

DOS REVOLUCIONARIOS

**Andreu
NIN**

**Joaquín
MAURIN**

VICTOR ALBA

hora h



DOS REVOLUCIONARIOS: JOAQUIN MAURIN ANDREU NIN

Víctor Alba



**SEMINARIOS Y
EDICIONES, S.A.**

© Víctor Alba

© de la presente edición by Seminarios y Ediciones, S. A.
Madrid - 4. San Lucas, 21. Teléf. 419 54 89

Cubierta: Diego Lara

Depósito legal: M. 25.235-1975

ISBN: 84-299-0074-8

Impreso en España por Ediciones Castilla, S. A.

Maestro Alonso, 23. Madrid-28

Printed in Spain

INDICE

Nota del autor	7
-----------------------	---

Nota sobre las fuentes	10
-------------------------------	----

JOAQUIN MAURIN

1. El maestro de Lérida	13
2. El visitante en Moscú	60
3. El comunista en desacuerdo	99
4. El bloquista	118
5. El unificador	159
6. El poumista	210
7. El preso	242
8. El exiliado	269
9. El maestro	310

ANDREU NIN

1. El maestro de Barcelona	323
2. El agente de la Profintern	334
3. El trotskysta catalán	352
4. El poumista	374
5. El secretario político	392
6. El Consejero	412
7. El acosado	431
8. El asesinado	472
9. El vencedor	523

NOTA DEL AUTOR

Hay muy diversos motivos para escribir las dos biografías que forman este volumen y también para reunir las en él.

Joaquín Maurín y Andreu Nin fueron dos dirigentes revolucionarios que entregaron su vida a la revolución. Hubieran podido ser figuras de primera magnitud en cualquier partido político convencional, pero prefirieron la relativa oscuridad y las penalidades. Sólo esto, en una época en que ponerse la etiqueta de revolucionario es abrirse las puertas de la fama instantánea y fugaz y labrarse un porvenir cómodo, justificaría que se dejara memoria impresa, con dos ejemplos bien claros, de que no siempre fue así. Por el prestigio mismo del adjetivo.

Los dos vivieron en una época en que este adjetivo fue utilizado para cubrir mercancía averiada, para hacerla aceptar como buena y para tapar muchas bocas. Ninguno de los dos se dejó engañar, y ambos arriesgaron su vida —uno de ellos la perdió—, para denunciar la corrupción y el contagio del movimiento revolucionario por quienes, utilizándolo, lo asfixiaban.

En un período en que había cesado toda actividad teórica creadora en el movimiento obrero mundial y en un país en el que jamás la había habido, supieron analizar la realidad, interpretarla y señalar los medios para cambiarla. Fueron, a la vez, hombres de acción, de pensamiento y de sentimiento. Para ellos la política era, al mismo tiempo, pedagogía de masas y lento trabajo de organización.

Formaron organizaciones que contribuyeron a hacer historia y de las cuales no se puede prescindir cuando se habla de la república y la guerra civil españolas, del movimiento comunista internacional y del stalinismo. Quienes los conocieron bien conservan por ellos un sentimiento fraternal, cálido, vivo. Temperamentalmente y por formación, Maurín y Nin eran muy distintos. Que coincidieran varias veces en su acción y su pensamiento prueba que aquélla y éste dependían de algo más fuerte que las inclinaciones personales, y también demuestra la conveniencia de que haya diversidad en todo movimiento.

De su vida se desprenden lecciones que todavía pueden aprovecharse, que todavía necesitamos. Así, a través de estas biografías, aún después de muertos seguirán siendo útiles.

Finalmente, los dos fueron cubiertos de injurias, calumnias, embustes, falsedades y difamaciones, mientras vivían y después. Nadie que los conoció puede sentirse tranquilo si no contribuye a mostrarlos tal cual eran: ni santos ni héroes, sino sinceros, inteligentes, activos, y —sin miedo a utilizar un adjetivo que parece haber caído en desuso— honrados. No hay tantos de quienes quepa decir todo esto, y, por lo mismo, Maurín y Nin no se pueden olvidar sin perjuicio del movimiento obrero.

Sus vidas estuvieron estrechamente ligadas a la introducción y el desarrollo del marxismo en España. En unas épocas colaboraron y en otras disintieron. En dos ocasiones formaron juntos organizaciones de lucha. Para

conocer éstas, el lector puede referirse a mi libro El marxismo en España, 1919-1939. Historia del BOC y el POUM. Allí encontrará extensas citas de los escritos de Maurín y Nin y el detalle de su actuación política. Por esto, citas y detalles no figurarán en estas biografías, que tratarán, más bien, de establecer la relación entre el hombre y su pensamiento, el dirigente y sus camaradas.

La biografía de Nin se basa en un texto más extenso en catalán, que escribí en 1971. Maurín, que fue amigo de Nin muchos años, lo revisó en lo referente a la exactitud de los hechos. Revisó también, con igual fin, el texto de la historia del BOC y el POUM y, por tanto, los hechos de su vida citados en ella. Puedo, pues, considerar que los datos de estas biografías han sido verificados. Pero la interpretación de los mismos es exclusivamente mía. Maurín no intentó nunca influirla, pese a que sé que en algunos aspectos no coincidía con ella.

Aunque fui amigo de Nin por un tiempo y de Maurín por largos años, estas biografías no deben confundirse con impresiones personales mías. Salvo en algunas ocasiones en que así se dice explícitamente, todo lo que se anota se halla documentado. Mis recuerdos sólo han sido aprovechados para tratar de recrear la atmósfera en que muchos de los acontecimientos de esas dos vidas se desarrollaron.

«Yunques, sonad, enmudeced, campanas», escribió Machado a la muerte de Giner de los Ríos. Estas dos biografías tratan de ser un golpe, por leve que sea, en el mismo yunque en que con fuerza golpearon Maurín y Nin.

VÍCTOR ALBA

Universidad de Kent, Ohio, febrero de 1975

Nota sobre las fuentes

Ni Maurín ni Nin han escrito memorias. El primero publicó, en 1960, una serie de cuatro artículos de recuerdos, y luego, en 1972, un fragmento de las memorias que estaba escribiendo y de las cuales sólo pudo redactar este capítulo. Cuando falleció, tenía en prensa —en México— un libro de recuerdos de la prisión, durante la guerra civil. Se refiere ahí a otros presos y no a él mismo. Lo poco que escribió sobre su vida se reproduce aquí íntegramente.

Nin ni siquiera hizo esto. Lo único autobiográfico que dejó fue su declaración ante la policía, en 1937, redactada por un policía y sin gran precisión en los detalles, como puede imaginarse. De esta declaración se toman algunos datos.

Para los dos, el autor ha tenido que recurrir a recuerdos escritos de algunos que los conocieron y que hablan de ellos marginalmente, o a recuerdos verbales de compañeros y familiares, así como a recuerdos personales.

Maurín y Nin, en cambio, dejaron una abundante producción política, en artículos, libros y, algunas veces, en resúmenes periodísticos de conferencias y mítines. Buena parte de este material ha sido recogida en mi obra El Marxismo en España. Pero algunos fragmentos deberán reproducirse aquí, para marcar la evolución del pensamiento de los dos dirigentes obreros. Sin embargo, se ha tratado, sobre todo, de sintetizar este pensamiento, marcando la tendencia que seguía más que su expresión momentánea. El lector que quiera ir a las fuentes puede consultar el libro indicado y la bibliografía que se encuentra en sus notas.

JOAQUIN MAURIN

EL MAESTRO DE LERIDA

Al morir Joaquín Maurín, en 1973, sus amigos de Barcelona publicaron en los periódicos una esquela que decía escuetamente: «Joaquín Maurín Juliá. 1896-1973, murió en Nueva York. Sus amigos lo recuerdan.»

Pero la esquela de *La Vanguardia Española* (18 de noviembre de 1973), el principal periódico de la ciudad, informaba así: «Don Joaquín Maurín Juliá falleció en Nueva York, a los setenta y seis años de edad, habiendo recibido los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica (A. C. S.). Sus amigos le recuerdan en sus oraciones.»

Unos días más tarde aparecieron otras esquelas en los periódicos barceloneses: «A la memoria de los asesinados por el POUM.»

Tras más de un cuarto de siglo de ausencia de Barcelona, la ciudad donde luchó, el simple nombre de Maurín suscitaba todavía maniobras (como la esquela que informaba falsamente de que había recibido los Santo Sacramentos), odio y amistad.

Sólo conociendo, siquiera sea en sus grandes líneas, la vida de Maurín se puede comprender esta persistencia de su recuerdo. Los comunistas lo combatían, porque fue el primero en España y de los primeros en el mundo que se rebeló contra su colonialismo ideológico; el único disidente que logró crear un movimiento más poderoso que el comunista. Los elementos de la extrema derecha lo detestaban porque este movimiento les causó, en más de una ocasión, inquietudes y alarmas, porque lo que Maurín escribió hace medio siglo puede todavía leerse con provecho. Los compañeros de lucha lo quieren —con calor fraternal—, porque fue Maurín quien les ayudó —uno a uno en muchos casos, a todos juntos siempre— a superar los prejuicios ideológicos que eran un lastre en el movimiento obrero español; el liberaloide reformismo socialista, el frenesí apolítico anarquista, el sumiso dogmatismo comunista. Fuimos muchos los que debemos a Maurín el habernos librado de la estrechez de ambiciones de la clase media o de las fantasías apocalípticas de una clase obrera marginada.

Para poder ayudarnos en esta emancipación ideológica, Maurín tuvo que emanciparse él mismo, paso a paso. Quien conozca la atmósfera de la España de comienzos de siglo y la Barcelona de después de la Primera Guerra Mundial sabrá que fueron muy pocos los que consiguieron eludir las alternativas tradicionales: toda protesta y todo inconformismo se canalizaban ya sea por el republicanismo pintoresco y nostálgico, ya por el socialismo sentimental, ignorante del marxismo, ya por el anarquismo rural trasplantado a las ciudades.

Esta emancipación de Maurín —que hizo posible la de millares de militantes— no fue fácil ni tuvo lugar de la noche a la mañana. Fue una larga evolución, un aprendizaje constante, el resultado de un choque permanente entre la realidad brutal y las teorías obsesivas. En España, en la época en que Maurín creció y se formó, la gente pensaba por categorías. Cada etiqueta entrañaba una serie de posiciones que encastillaban en actitudes irre-

ductibles a quien se la ponía. Cambiar de punto de vista, evolucionar, aprender las lecciones de los hechos parecía, a los ojos de los españoles que se habían formado en los «años bobos», un abandono, casi una traición a las actitudes que se derivaban del hecho de haberse puesto una etiqueta.

Si se era republicano, se era también anticlerical. Si se era socialista, se era honrado —en términos de dinero. Si se era anarquista, se rechazaba toda política y se soñaba con el día de la «repartidora».

Salir de esos encasillamientos no era cosa simple. Muchos ni pensaban que fuera posible y pocos lo deseaban. Porque las amistades se buscaban entre gente con la misma etiqueta y toda la vida se centraba en grupos etiquetados del mismo modo. Esto ocurría así en las ciudades, donde había cierta vida política. En el campo, en las villas provincianas, donde vivía la mayoría de la población del país, donde estaba «el macizo de la raza» de que hablara Machado, ni eso siquiera. Allí no había etiqueta. Los únicos que la llevaban eran el cacique, el administrador del señor marqués, el dueño de la pequeña fábrica, el alcalde y, acaso, con etiquetas distintas, el médico, el boticario, el cura...

Fue en uno de esos pueblos donde nació Maurín, en 1896: Bonanza, al pie del pico de la Maladeta, cerca del río Cinca, a cinco leguas de Lérida, pero en la provincia de Huesca, y en la franja donde coexisten el catalán adulterado y el castellano duro de los aragoneses.

Bonanza, villa agrícola, está cerca de Graus. En Graus vivía Joaquín Costa, que tenía cincuenta años cuando nació Maurín. La simple presencia en la comarca de una personalidad de la fuerza de Costa daba a Bonanza cierta vida política. La gente comentaba el último discurso de Costa, los periódicos de Huesca, Zaragoza y Lérida reproducían sus frases demoledoras. La gente sabía que cuando un grupo de campesinos lo visitó en su casa, exponiéndole sus quejas, Costa, levantándose sobre sus pies tullidos, gritó: «¿Para qué os sirven las hoces?»

Y probablemente el maestro de Bonanza que enseñó a Maurín las primeras letras conocía la frase de Costa proponiendo remedios a los males del país: «Doble vuelta de llave al sepulcro del Cid y política de escuela y dispensa.» Maurín tenía quince años cuando, en 1911, Costa murió, frustrado en sus planes de regenerar el país y enfurecido por la inercia de los españoles.

La familia de Maurín era de agricultores modestos. Su madre, Teresa, era catalana; su padre, Julián, aragonés. Tuvieron ocho hijos. Aquellos con quienes Joaquín jugaba e iba a la escuela eran María y Manuel, algunos años menores que él ¹.

La madre, muy piadosa, esperaba que Joaquín fuera cura. A los once años, lo mandó al seminario de Barbastro, cuando ya no tenía nada que aprender en la escuela del pueblo. El padre, liberal y de temperamento pasivo, aceptó. Un primo, Ramón Iglesias, que era, aunque más avanzado, también seminarista le enseñaba el latín durante las vacaciones de verano en su pueblo de Durro. Pero Joaquín no tenía vocación y convenció a su familia de que lo mandara a la Escuela Normal de Huesca. Quería ser maestro.

En la Normal hizo amistad con otros estudiantes que iban a seguir un camino semejante al suyo: Tomás Tusó, que sería médico; Ramón Acín y Felipe Alaíz, que fueron luego dirigentes cenetistas; Angel Samblancat, que llegaría a ser un polemista anticlerical famoso. Entre todos publicaron *El Talió*n, un periodiquillo muy estridente, tanto que un juez procesó a Maurín —aunque sin consecuencias, por su edad— a causa de un artículo contra la monarquía.

¹ La única superviviente es María, cuatro años más joven que Joaquín. Manuel murió en la cárcel, durante la guerra civil; era poumista y los comunistas lo detuvieron. Ramón, el mayor y heredero de las tierras del pueblo murió también durante la guerra civil. Tres de los hermanos murieron de niños, en una misma noche, durante una epidemia de difteria que afectó asimismo a Joaquín y María.

Terminada la carrera, decidió marchar a Lérida. Huesca era una ciudad apacible. Lérida, en cambio, era un centro del republicanismo catalán.

* * *

En aquella época, Cataluña se componía políticamente de cuatro sectores: las derechas monárquicas, en algunas ciudades provincianas donde subsistía el caciquismo; el centro regionalista, de la burguesía catalana que deseaba autonomía, congregada en torno a la Liga Regionalista, en la ciudad de Barcelona y algunas otras ciudades donde los viejos caciques habían sido sustituidos por caciques regionalistas; la izquierda del pueblo provincial, de voto republicano, y la masa obrera —sobre todo en la ciudad de Barcelona— que se organizaba en la CNT, la central sindical anarquista fundada justamente en 1911. La mayoría de los diputados catalanes enviados a Madrid solían ser republicanos; el resto de ellos se dividía entre los regionalistas y los monárquicos tradicionales (unos carlistas y otros alfonsinos).

Lérida era uno de los núcleos del republicanismo provincial, de tono catalanista. De la provincia de Lérida eran Lluís Companys, que luego sería abogado de la CNT. Francesc Maciá, diputado catalanista que había sido coronel de ingenieros, y dos dirigentes locales de fuerte prestigio: Alfredo Perenya y Humbert Torres. Aunque gente de clase media o campesinos acomodados, esos republicanos sentían simpatía por el sindicalismo. No participaron ni en la huelga general barcelonesa de 1902, ni en la quema de conventos de la semana trágica de 1909, pero creían que el sindicalismo acabaría poniéndose al lado de la república, cuando superara su apoliticismo anarquista. En 1906 habían visto, con la Solidaridad Catalana, cómo se movilizaba la masa obrera en unas elecciones. Esperaban que la experiencia se repetiría.

Maurín contó así los comienzos de su actuación en Lérída ².

«Mi primer contacto con el movimiento obrero organizado tuvo lugar durante el invierno de 1917-18.

Me encontraba en Lérída, enseñando en un colegio laico, Liceo Escolar, cuyo director, Federico Godás, merece ser recordado, con Francisco Giner de los Ríos y Francisco Ferrer, como uno de los apóstoles de la enseñanza libre ³. Políticamente, formaba parte, como la

² Joaquín Maurín: «Hombres e Historia», en *España Libre*, Nueva York, 19 de febrero de 1960.

³ La impresión que Maurín hizo en sus alumnos debió ser profunda, porque, a su muerte, un periodista barcelonés reprodujo lo que le contó de él uno de esos alumnos, para entonces ya viejo y retirado. Ramón Barnils, en un artículo-acróstico, «El joven maestro y su viejo alumno» (*Tele/exprés*, Barcelona, 22 de noviembre de 1973), dice:

«Muy joven, a los veinte años, era maestro en Lérída. Enseñaba en la Academia Godás, después de haber estudiado Magisterio en la misma ciudad. La Academia Godás era una institución de clase no muy frecuente en aquel tiempo: laica a rabiarse, compartía con los Maristas la función de preparar alumnos para la Escuela Normal y para el Instituto de Enseñanza Media. El señor Godás era tenido por el mismísimo diablo, y el joven maestro era respetado por el señor Godás, por sus compañeros de claustro y por mucha gente. Sus alumnos le queríamos mucho y yo mismo, acabada y olvidada la carrera de Magisterio, muchos años después, intenté localizarle sin resultado. Le creía muerto.

A menudo, los domingos por la mañana, en una sala encima de la Academia, a las once, hablaba a todo el que quería escucharle —estudiantes de Magisterio en su mayoría. Allí daba rienda suelta a sus ideas, su ideología. Hablaba pausado, sin gritar ni gesticular. Era suave y sin estridencias. Vestía con sencillez —ahora vestiría como tantos de estos jóvenes—, pero limpio. Tenía algo de místico, en el mejor sentido de la palabra. Vivía sólo para sus ideas. Su oratoria no tenía nada de deslumbrante ni de fulminante, ni de especialmente atractivo. Pero era imposible desentenderse de su discurso, del hilo de sus ideas. Le adorábamos —le adoraba— porque nos decía verdades, cosas inusitadas, inoídas, nuevas,

mayoría de los profesores del Liceo Escolar, de Juventud Republicana, la agrupación democrática más importante y responsable de la ciudad. Juventud Republicana tenía imprenta propia y editaba un diario, *El Ideal*, en el que yo escribía regularmente. Conservo aún la tarjeta que, desde su Salamanca, me envió Miguel de Unamuno, comentando un artículo mío publicado en *El Ideal*. Por *El Ideal* pasó, un día, Pío Baroja, a quien acompañé en su excursión preelectoral, infructuosa, por el distrito de Fraga.

En el invierno de 1917-18, se planteó en el ámbito nacional la cuestión de la amnistía. Se trataba de sacar de los presidios a centenares de socialistas y sindicalistas encarcelados a raíz de la huelga general revolucionaria de agosto de 1917.

Fui el redactor del diario encargado de llevar a cabo la campaña pro amnistía. Titulaba mis artículos 'España con honra'. A una distancia de medio siglo, todavía no se habían apagado

esclarecedoras. Era profesor de Historia y creo que nos daba también Geografía.

Unicamente al final daba su pincelada ideológica: de un solo trazo nos descubría la explicación de los hechos, fechas y nombres de la lección.

Recuerdo que con frecuencia iba al Casino de Lérida, en compañía de Pinyol, de sus mismas ideas, profesor, también de Historia, en la Normal; de un tal Vinyes, profesor de Matemáticas, exaltado y demagógico, muy lejos del modo de ser de él, sin su calidad ni su atractivo, ni su esencial razón.

Intermitentemente, en una sala, creo que de la Diputación, allá en la plaza, los estudiantes —catorce a diecisiete años— organizábamos coloquios libres. Lérida, hacia 1917, vibraba. El estaba presente, pero nunca intervenía. Luego nos íbamos al hotel de Aunós, a tomar el vermut.

Notable, obtuve notable en los exámenes de Historia en la Normal. Pinyol era el profesor, sabía que yo simpatizaba con él; me hizo las preguntas y casi las respondía él mismo. Pero yo había estudiado. Luego me fui a Madrid. Volví al cabo de más de diez años y ya mi camino estaba casi trazado. Le creía muerto y ahora me ha impresionado. Era una gran persona, una persona honrada. Le quise mucho.»

en la bella ciudad del Segre los ecos de la consigna revolucionaria de 1868. Un día recibí una carta firmada por Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero, Andrés Saborit y Daniel Anguiano, que en el presidio de Cartagena cumplían la pena de treinta años de reclusión que les había impuesto un consejo de guerra, por haber sido los dirigentes socialistas de la huelga general de agosto de 1917. Esa carta me alentó en mi tarea.

Por primera vez en su vida política, Francisco Maciá —que residía en Lérida— salió de su retraimiento de simple diputado catalanista, y vino algunas veces a *El Ideal*. Desde entonces nos unió una excelente amistad, que se intensificó cuando los dos estábamos en el destierro, en la época de la dictadura de Primo de Rivera.

La campaña pro amnistía culminó en una gran manifestación que, partiendo del Centro Obrero, se dirigió al Gobierno Civil para hacer entrega de las conclusiones —¡amnistía!— al gobernador. Fue una magnífica movilización de la burguesía liberal y la clase trabajadora. Esa manifestación, celebrada a fines del invierno de 1917-18, tuvo una cierta significación histórica, pues figuraba en la presidencia, al lado de los representantes obreros y republicanos, Francisco Maciá. Fue su primer contacto con el movimiento izquierdista, iniciando un giro importante en su carrera política. Desde ese instante, que vale la pena recordar, Maciá se sintió atraído por los ideales e inquietudes de las masas populares, amplió sus perspectivas y se convirtió en un adalid de la causa democrática. Fue Francisco Maciá más que nadie quien hizo inclinar el platillo de la balanza política, en abril de 1931, en favor de la República.

Mi intervención en la campaña pro amnistía debió ser del agrado de la organización obrera local, pues meses más tarde fui invitado por el Centro Obrero a dar una conferencia conme-

morando el primer aniversario de la Revolución rusa. Personalmente, simpatizaba con la Revolución rusa, como en general los hombres liberales y el movimiento obrero, entonces.

Un par de meses más tarde, Julián Besteiro —la amnistía fue concedida en la primavera de ese año— vino a Lérida, y organizamos un gran mitin, en el que hablamos, además de los representantes obreros y republicanos locales, Besteiro y yo. Con su aureola de ex presidiario y de intelectual prestigioso al servicio de la causa obrera, Besteiro produjo una gran impresión. Francisco Maciá figuraba en la presidencia del mitin, en el escenario del teatro, aunque no habló. Años más tarde, en 1936, una tarde, en los pasillos del Congreso, Besteiro me recordaba con emoción el acto celebrado en Lérida. ‘¡Ah, aquel mitin con Maciá!’ —exclamó con evidente nostalgia.

España atravesaba entonces —1918-19— una fase de intensa crisis política. Muchas cosas viejas se tambaleaban. La guerra mundial, recién terminada, y la Revolución rusa, recién empezada, ejercieron un poderoso impacto en todos los dominios de la vida nacional. España salía de un prolongado letargo. Terminaba la etapa histórica que se inició en 1874 con la restauración, caracterizada por el usufructo del poder por los terratenientes. De un salto, casi, el movimiento obrero pasaba de un tercer plano al segundo, en la vida del país. Hasta entonces, los estratos político-sociales habían estado dispuestos de este modo: en el primer plano, la burguesía conservadora que, sostenida por la Iglesia y el Ejército, monopolizaba el poder; en el segundo, llevando a cabo una oposición casi oficial, la burguesía liberal y la clase media; en el tercero, a una considerable distancia, el movimiento obrero cuya división le restaba fuerzas. En el curso de un par de años, 1917-19, el movimiento obrero pasó a ocupar el segundo plano, originándose una gran per-

turbación arriba y abajo: en el primer estrato, y en el segundo, que quedó prácticamente desplazado.

En enero de 1919, Salvador Seguí —secretario del Comité de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña, organizada en junio-julio de 1918— vino a Lérida a tomar parte en un acto de propaganda en favor de un movimiento huelguístico, que unas semanas más tarde pasó a ser la huelga más importante que registra la historia de las luchas sociales en España: la de 'La Canadiense'.

Era la primera vez que se veía a Seguí. Físicamente, era un hermoso ejemplar de la especie humana: alto, atlético, de facciones enérgicas que se suavizaban con un aura de nobleza y bondad cuando sonreía. Tenía entonces treinta y dos años. Era el gran agitador, el gran organizador, el gran líder del movimiento socialista. Como orador popular no tenía rival. Viéndole en la tribuna y escuchándole, uno no podía por menos que pensar en Dantón. Fue el dirigente con mayores condiciones personales que ha producido el movimiento obrero español en lo que va de siglo.»

* * *

En su vejez, un par de años antes de morir, Maurín comenzó a escribir sus memorias. Las empezó por estos años de Lérida. Desgraciadamente, sólo tuvo tiempo para la parte referente a una visita de Baroja. Merece la pena reproducir íntegramente este fragmento, porque permite ver —si se lo compara con escritos suyos muy anteriores— la persistencia de su estilo y, al mismo tiempo, revivir el ambiente político de la época en que Maurín se formó ideológicamente ⁴.

⁴ Joaquín Maurín: «Testimonio de una época: Con Viladrich y Baroja», en *España Libre*. Nueva York, enero-febrero y marzo-abril de 1972.

«De las crestas y ventisqueros del Pirineo aragonés se despegan, abriéndose paso por profundas gargantas, el Esera y el Cinca. Salvada la parte más escabrosa del recorrido, los dos ríos confluyen en las estribaciones de la cordillera. El Esera pierde su nombre, y el Cinca, como si estuviera cansado de tanto saltar y correr, se apacigua al llegar a la tierra baja y, describiendo perezosos meandros, forma la ribera de su nombre. La población más importante de la ribera del Cinca es Fraga, famosa por sus higueras.

En la segunda década del siglo, que es cuando yo la conocí, Fraga era una pequeña ciudad medieval y moruna, asentada al pie de un cerro, en cuya ladera se alzaba un viejo castillo.

Durante siglos, en la primera mitad de la Edad Media, Fraga fue una plaza fuerte árabe. En 1134, el rey Alfonso el Batallador, y, con él, la flor de la nobleza y de la Iglesia aragonesas perecieron en masa luchando, infructuosamente, por la conquista de Fraga. En el siglo XII, en Fraga, la Media Luna era más poderosa que la Cruz.

De su pasado árabe, la mujer fragatina conserva, más que el hombre, rasgos imborrables; es morena, esbelta, graciosa, y se mueve con languidez felina. Las madres enseñan a las niñas a andar, moviendo cadenciosamente los vuelos de las faldas.

Poco antes de la Primera Guerra Mundial, un joven pintor catalán, Miguel Viladrich, encantado del paisaje de Fraga y de las fragatinas, consiguió que el Ayuntamiento le cediese el viejo castillo en ruinas, que él restauraría convirtiéndolo en su taller de pintura.

Viladrich era un gran pintor: primitivo en la intención, maestro en la técnica, enamorado de la luz y con una gran sensibilidad para el color. Generalmente, pintaba sobre madera. Entre el *quattrocento* italiano y Viladrich no habían transcurrido cuatro siglos. Para él no

habían existido el Greco, ni Velázquez, ni Goya, ni el impresionismo francés en la segunda mitad del siglo XIX, ni el cubismo de Picasso y Braque. Entroncaba directamente con Piero della Francesca y Leonardo.

En su primera juventud, Viladrich estuvo en Madrid, Barcelona, Sevilla, París e Italia, y recorrió los pueblos y aldeas de España, en compañía de su fraternal amigo el escultor Julio Antonio. Al finalizar esa calidoscópica jira, Fraga fue para él un delicioso oasis.

Aunque catalán —nació en un pueblo cerca de Lérida—, Viladrich no se sentía atraído por Barcelona, que a comienzos de siglo era el centro artístico más importante de España, sino por Madrid, en donde tenía un grupo de amigos: Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Baroja, Luis Araquistáin, Marañón, Bagaría y, sobre todo, Julio Antonio, dos años más joven, y catalán como él. Periódicamente, salía de Fraga para ir a la capital a ponerse en contacto con la vanguardia intelectual. Espiritual y políticamente, Madrid estaba entonces en ebullición y Viladrich respiraba los aires de su tiempo: se sentía revolucionario.

Yo enseñaba en Lérida, y mi primer contacto con Viladrich se debió a Felipe Alaíz, aragonés, de Albalate de Cinca, que durante algún tiempo fue profesor de Literatura en el Liceo Escolar, al que yo pertenecía.

De vez en cuando, yo iba de Lérida a Fraga —treinta kilómetros— a pasar el fin de semana con Viladrich. Me hospedaba en su castillo, 'Castillo de Urganda la Desconocida', mencionado por Cervantes en el *Quijote*.

Era el año 1917. Alaíz había fundado en Zaragoza una revista literaria que defendía el regionalismo aragonés. En España se había despertado un movimiento de regionalismo renovador, opuesto al centralismo de la Monarquía. Si en Cataluña y las Vascongadas el regionalismo era más bien conservador, en Ga-

licia, en Andalucía y en Aragón, era progresista.

España, después de los 'años bobos' de la Restauración, salía de su modorra y empezaba a dar fe de vida política: Solidaridad Catalana en 1906, Semana Roja de Julio en 1909, y huelga general en agosto de 1917.

A comienzos de noviembre de ese año, por primera vez, los dos viejos partidos agrarios —liberal y conservador— perdieron el monopolio del poder, y se vieron obligados a aceptar la entrada en el Gobierno de representantes de la burguesía industrial catalana y asturiana.

Un industrial vasco, Nicolás Urgoiti, tuvo una visión política renovadora de gran alcance, y fundó en Madrid un diario, *El Sol*, moderno, en contraste con la adocenada prensa monárquica y republicana. La aparición de *El Sol*, en noviembre de 1917, fue como un sople de brisa vivificante.

Al margen de *El Sol*, pero espiritualmente vinculados, se publicaba en Madrid la revista semanal *España*. La fundó en 1915 Ortega y Gasset, quien al cabo de algún tiempo cedió la dirección a Luis Araquistáin. *España*, en la fase de Ortega como en la de Araquistáin, despertó inquietudes y polarizó el descontento. En la redacción de *España*, en la calle del Prado, no lejos del Ateneo, se forjaba una España nueva, la España europeizada con la que había soñado el gran visionario de Graus, Joaquín Costa.

Miguel Viladrich, en su castillo de Fraga, no era ajeno a ese despertar general alentado por la intelectualidad madrileña que se agrupaba alrededor de *España* y *El Sol*.

Fueron disueltas las Cortes y se convocaron elecciones para el 24 de febrero de 1918.

Viladrich tuvo una idea, y corrió a Madrid a entrevistarse con sus amigos.

Madrid estaba hirviendo. De Rusia llegaban ráfagas que avivaban la llama.

—Necesito un candidato para diputado a Cortes por Fraga —dijo Viladrich a sus contertulios en la redacción de *España*. Allí estaban, entre otros, Araquistáin, Baroja, Bagaría, Julio Antonio...

Alguien sugirió que ese candidato podía ser Baroja, y éste, atraído por la aventura, aceptó.

Para la campaña electoral se pusieron a disposición de Baroja: Luis Bagaría, caricaturista de *El Sol* y de *España*, Julio Antonio y Ricardo Baroja, hermano de don Pío. Viladrich aseguró la cooperación de Felipe Alaíz y la mía.

El Sol publicó la noticia —hizo sensación— en la primera plana. Y Bagaría, humorista, propuso que Baroja fuese nombrado Hijo adoptivo de Fraga.

Baroja y Viladrich tomaron el tren y se dirigieron a Zaragoza, en busca de 'refuerzos'. Alaíz y Sánchez Ventura, joven intelectual zaragozano, se incorporaron a ellos, y el equipo de cuatro se encaminó a Huesca. Allí hicieron gestiones de tipo preelectoral, y se ganaron la adhesión de Salvador Goñi, joven periodista republicano. La hueste iba engrosando: ya eran cinco.

Un día —debió ser a mediados de enero—, en Lérida, recibí un telegrama de Fraga, firmado por Viladrich, que decía: 'Baroja candidato por Fraga, necesitamos tu ayuda.'

Al día siguiente, a media tarde, llegué al Castillo de Urganda la Desconocida. Allí estaban, con Viladrich: Baroja y mis amigos Alaíz, Sánchez Ventura y Salvador Goñi. Acababan de llegar de Huesca, por Sariñena y Candanos.

Baroja tenía entonces cuarenta y seis años. De mediana estatura, bien proporcionado, calvo, con su barbilla grisácea, a mí me pareció un hombre viejo. Pero su sencillez, su voz igual y suave y su mirada entre bonachona e irónica, le rejuvenecían. Inmediatamente, me sentí bien a su lado.

Viladrich nos enseñó algunos de sus cuadros.

Y aunque Baroja no hizo ningún comentario, me pareció que le gustaron especialmente Las Aguadoras y Tres Muchachas fragatinas.

Como Viladrich prefería pintar sobre madera, salió a relucir en la conversación el retrato de Cervantes hecho por Jáuregui, del que entonces se hablaba mucho: se suponía que se trataba de una falsificación. Baroja aducía como prueba de su falsedad que la pintura había entrado en las grietas de la tabla, lo que demostraba que fue pintado sobre madera vieja. Viladrich pintaba sobre madera pulida recién preparada.

La revista de Alaíz había publicado hacía poco un artículo mío, con pretensiones más o menos literarias, hablando del Pirineo, con un fondo de pastores, rebaños y cencerros... Alaíz, Sánchez Ventura y Goñi hicieron el elogio del artículo. Yo debí sonrojarme, diciendo:

—No creo que cuando se es joven se pueda hacer nada valioso.

—Está usted equivocado —interrumpió Baroja, paternalmente—. La juventud es la primavera, y se pueden hacer cosas magníficas. Véa lo que ya ha hecho Viladrich. (Viladrich tenía entonces treinta y un años.)

Hacía poco que yo había leído la novela de Baroja *César o nada*, en la que el protagonista quiere ser diputado a Cortes y presupuesta gastar 5.000 pesetas. Aproveché un giro de la conversación para comentar ese cálculo pre-electoral, y Baroja dijo:

—Es aproximadamente lo que yo había calculado para esta campaña electoral, Calleja acaba de pagarme 2.500 pesetas por el volumen *Páginas escogidas*, a las cuales pensaba añadir otras 2.500.

Baroja, disparado por Viladrich, se había propuesto presentar su candidatura a diputado a Cortes por el distrito de la provincia de Huesca.

Candidato, sí, podía serlo. Diputado, imposible. Por lo visto, Baroja, cuando aceptó la

proposición de Viladrich, ignoraba la anatomía política de la provincia de Huesca.

El Alto Aragón, es decir, la provincia de Huesca, fue en la Edad Media cuna de las libertades aragonesas. Transcurrieron los siglos y cambiaron las circunstancias políticas; pero el espíritu liberal siguió profundamente arraigado. ¿Fue casual que el hombre político más liberal del Viejo Régimen, el conde de Aranda, naciese en las proximidades de Huesca?

En 1868, la provincia de Huesca en masa estuvo al lado de la revolución septembrina, y los diputados que envió a las Cortes de 1869 eran todos liberales.

El hombre político de esa región, más destacado entonces, por sus condiciones de organizador, era un farmacéutico de Huesca, llamado Manuel Camo, ferviente castelarino. Cuando Castelar, después de la caída de la República, aconsejó a sus seguidores que engrosaran las filas del partido liberal, Camo, dueño políticamente de la provincia de Huesca, se sumó a las filas de Sagasta. Castelar siguió siendo diputado por Huesca. En una ocasión, para celebrar su triunfo electoral, Castelar, desde Madrid, telegrafió a Camo llamándole: 'Aquí les sin talón donde ser herido.'

Al morir Castelar a fines de siglo, ocupó el puesto vacante de diputado a Cortes por Huesca Miguel Moya —el suegro de Gregorio Marañón—, eje alrededor del cual giraba el *trust* periodístico formado por *El Liberal*, *El Imparcial* y *El Heraldo de Madrid*. El *trust* era una potencia política: podía hacer y deshacer ministerios.

Manuel Camo, senador vitalicio, fuese liberal o conservador el Gobierno que convocara las elecciones, invariablemente sacaba triunfantes, por los distritos electorales de la provincia, a sus candidatos liberales.

Camo era el tipo representativo del perfecto cacique de la Restauración. Gobernaba la pro-

vincia de una manera paternal. Vivía modestamente de su botica y no buscaba enriquecerse. Era un cacique honrado. Sin embargo, Joaquín Costa lo detestaba. Se trataba de dos hombres completamente diferentes: Camo era el liberal pragmático, y Costa, el idealista.

El republicanismo no castelarino que quedó en la provincia de Huesca después del ingreso de Camo en el partido liberal, se redujo a unos cuantos núcleos desperdigados sin la menor importancia electoral. A comienzos de siglo, todos esos núcleos eran lerrouxistas. Costa, refugiado en Graus, antiCamo y antiLerroux, estaba completamente solo.

Camo murió a comienzos de la segunda década del siglo —irónicamente, la estatua que había de perpetuar su memoria fue esculpida por Julio Antonio—; pero la tupida red caciquil que él había urdido en cuarenta años de intensa labor se mantenía intacta. Miguel Moya seguía siendo diputado por Huesca.

Moya se opuso rotundamente a que Baroja pudiese ser diputado por un distrito de 'su' provincia. El *trust* periodístico, del que Moya era el director de orquesta, acababa de recibir una fuerte andanada con la aparición de *El Sol*, que discretamente auspiciaba la aventura política de Baroja.

Sólo si el Directorio Liberal —así se llamaba el triunvirato sucesor de Camo, integrado por los abogados Mairal, Del Cacho y Batalla (que fue mi defensor en un proceso que en 1914 se me instruyó por la publicación de un artículo en el que el fiscal creyó que se insultaba al rey)— hubiese dado el plácet para que Baroja fuese elegido diputado por Fraga, hubiese podido triunfar.

Sin el apoyo liberal oficial, a Baroja no le quedaba otro recurso que buscar el apoyo de los escasos grupos republicanos lerrouxistas. Pero llegaba tarde: los lerrouxistas ya tenían candidato: Medina.

A comienzos de siglo, mientras los republicanos españoles, embriagados de retórica, pronunciaban discursos, los republicanos portugueses, más modestos y sinceros, se afanaban por la República. Trabajaban por ella seriamente. Masones, los dirigentes —Teófilo Braga, Alfonso Costa, Bernardino Machado— para sus relaciones con las Logias de Madrid utilizaban como estafeta a un ferroviario español llamado Medina, que prestaba servicios en la línea Madrid-Cáceres-Portugal. Medina parece que fue siempre un correo ejemplar.

Cuando, en octubre de 1910, en Portugal se proclamó la República, el ferroviario Medina formó parte del grupo de republicanos que entró en el palacio real a notificar al rey Manuel II y a su madre, la reina Amelia, el destronamiento.

Medina, además de español y ferroviario, mason y republicano, tenía ínfulas de caballero fanfarrón. Y al frente de los asaltantes, con un ramo de flores en la mano, se dirigió a la reina Amelia —su marido, el rey Carlos, había sido víctima de un regicidio dos años antes—, diciéndole con gran prosopopeya: —‘Majestad, nada temáis: he aquí estas flores, como testimonio sincero de respeto y protección...’

La reina Amelia y su hijo el rey Manuel, indemnes, salieron para el destierro.

Para el ferroviario Medina, el ramo de flores ofrecido a la reina Amelia era sin duda la mayor proeza republicana de toda su vida. Esa proeza le confería ‘derechos’, si no más, a ser candidato a diputado a Cortes por el distrito de Fraga.

Medina, bien pertrechado electoralmente, con un par de automóviles, recorría el distrito. Su presentación giraba, casi siempre, en torno al ramo de flores que él en persona había ofrecido, ocho años antes, a la reina Amelia de Portugal.

Alaíz, Sánchez Ventura, Goñi y yo tuvimos

una entrevista con Medina, en el zaguán de la posada donde nos hospedábamos. Aferrándose a sus méritos, y seguro de sí mismo, defendió sus derechos de primer ocupante. Fue correcto, pero insinuó que nosotros, es decir, el equipo que acompañaba a Baroja, al dividir las 'fuerzas' republicanas del distrito, haríamos el juego de la reacción.

Baroja, después de estudiar el panorama, comprendió que ni él, con toda su obra literaria, ni Medina, con el recuerdo del ramo de flores ofrecido a la reina Amelia, serían diputados por Fraga. Y decidió retirarse de la contienda.

Viladrich, apesadumbrado, se quedó en el Castillo de Urganda la Desconocida; Alaíz regresó a Zaragoza; Salvador Goñi a Huesca. Y Baroja, Sánchez Ventura y yo nos dirigimos a Lérida.

En aquellos tiempos, ya empezaban a funcionar los autos de línea, pero la escasez de gasolina determinada por la guerra mundial resucitó la tartana, vehículo de dos ruedas, arrastrado por uno o varios mulos. Cuesta abajo la tartana iba de prisa, pero cuesta arriba se movía a paso de tortuga.

Salimos de Fraga en tartana antes de hacerse de día, y llegamos a Lérida a media mañana.

Generalmente, Lérida en invierno está envuelta en una espesa capa de niebla que se mantiene tercamente durante semanas enteras. Por fortuna, ese día, el cielo estaba despejado, brillaba el sol, y la luz era suave y acariciadora.

La Lérida primitiva se edificó en la falda de una colina, pegada a la margen derecha del Segre. La ciudad, temerosa, estaba apiñada entre el río y la colina.

A comienzos del siglo XIII, una vez expulsados los moros, el rey de Aragón y el conde de Urgel, colocaron en la cima del montículo, don-

de antes estaba la mezquita, la primera piedra de la catedral, en cuya construcción la arquitectura gótico-bizantina se juntó con el gusto árabe. El campanario, octogonal, muy alto, parecía un minarete.

En la guerra de sucesión, a principios del siglo XVIII, Lérida tomó posición por el archiduque de Austria, en contra del nieto de Luis XIV de Francia. Triunfante el Borbón, conocido en la historia de España con el nombre de Felipe V, Lérida fue severamente castigada: perdió las libertades municipales, la catedral fue transformada en cuartel, y la Universidad, fundada en 1300 —la primera en Cataluña—, fue trasladada a Cervera, cuyos sabios se hicieron famosos por aquella declaración de principios que empezaba: 'Lejos de nosotros la funesta manía de pensar...'

La pérdida de la Catedral no fue enmendada por los liberales del siglo XIX. En 1918 seguía ocupada militarmente.

Creí que a Baroja podría interesarle ver la historia desde la cima de la torre y le propuse visitar la catedral-cuartel.

En una lápida sobre el arco de la puerta estaba escrito el soneto del poeta local Morera y Galicia 'Lo Campanar de Lleyda'.

—Esto empieza bien —comentó Baroja, sonriendo—. Es la primera vez que veo versos grabados en la puerta de un cuartel.

La guardia nos autorizó la entrada, y subimos con calma los 232 peldaños que conducen a la plataforma donde están colgadas las campanas. El campanero nos dijo que una de las campanas sólo tocaba cuando moría un canónigo, y que en ese caso él recibía una paga extraordinaria.

—Pues le deseo que la toque con frecuencia —le dijo Baroja.

El campanero agradeció el buen deseo con una risita de conejo.

Subimos el último tramo y llegamos a la azo-

tea. Acariciados por el sol, permanecemos, como encantados, durante un buen rato.

En silencio, contemplando la llanura, con los Pirineos nevados al fondo, Clío, la musa de la historia, nos recordaba:

—Ahí cerca, en el cerro de Gardeny, lucharon Julio César y Pompeyo cuando Ilerda era una ciudad romana... Esta extensa llanura de Lérida fue convertida por los árabes en el jardín que es ahora... El Cid, condotiero al servicio del rey moro de Zaragoza, luchó en estos parajes contra el rey moro de Lérida. En el siglo xv, estuvo aquí preso el príncipe de Viana... En las guerras de Cataluña, en el siglo xvii, la pérdida de Lérida por los ejércitos de Felipe IV determinó la caída del conde-duque de Olivares... Napoleón confirió a Lérida el título de Inmortal, por el asedio victorioso del general Suchet...

Baroja, ensimismado, rompió el silencioso monólogo de Clío, diciendo:

—Es magnífico. Me recuerda la campaña romana...

En el poco tiempo que habíamos estado juntos, creía haberme ganado la confianza y la simpatía de Baroja, y me aventuré a hacerle preguntas.

Baroja había sido lerrouxista. Fue incluso candidato radical a concejal por un distrito de Madrid. No era el único intelectual lerrouxista. También lo fue Julián Besteiro. Cuando Lerroux, a comienzos de siglo, dirigía *El País*; diario republicano, escribían en sus páginas, entre otros, Azorín, Maeztu y Baroja. Lerroux, bravo, pícaro, inteligente, con una magnífica voz de tenor, fue el único político español de su generación que tenía lo que ahora se llama «carisma».

Le pregunté por qué había sido lerrouxista.

—Lerroux —contestó— es un hombre de un gran atractivo personal. Un rato de charla con él resulta sumamente agradable. En una oca-

sión, hicimos juntos el viaje en tren de Madrid a Barcelona, pues me había preparado una conferencia en un centro republicano. Al cabo de un par de horas de hablar, el repertorio intelectual de Lerroux se había agotado. Fuera de las pequeñas cosas de la vida política, no sabía nada de nada. Era totalmente inculto. Quedé defraudado. Luego vino, en agosto de 1911, la sublevación de la fragata «Numancia», y Lerroux aprobó el fusilamiento del fogonero Sánchez Moya, que dirigió el motín. Era demasiado: me pareció una ignominia.

Comenté que Unamuno había aprobado el fusilamiento de Ferrer en 1909, y Baroja exclamó:

—¡Otra ignominia! ¿Qué se puede esperar de ese personaje montaraz y altanero que es amigo personal del rey?

Unamuno y Baroja estaban entonces, en la cuestión de la guerra mundial, en los polos opuestos. Unamuno defendía la causa de los Aliados. Baroja, en cambio, era germanófilo.

A comienzos de 1918 se estaba en la fase más crítica de la guerra. España se había dividido en dos bandos antagónicos: las izquierdas, republicanas y monárquicas, eran aliadófilas; y las derechas, germanófilas. La intelectualidad casi sin excepción era aliadófila. Baroja era esa excepción.

En sus escritos, ni durante la Gran Guerra, ni después, Baroja no dijo de una manera explícita el por qué de su germanofilia, como me lo señaló a mí en la azotea del campanario de la Catedral Vieja de Lérida, aquella mañana de enero de 1918.

—Yo creo —dijo— que si los alemanes ganan, se hundirá la Iglesia católica.

—¿Sería el triunfo de Lutero sobre su paisano Ignacio de Loyola?

—Eso es.

La conversación dio varios giros y fue a parar a Azorín.

Azorín fue el único amigo personal que Baroja tuvo entre los intelectuales, desde su juventud hasta el crepúsculo amargo de sus *Memorias*.

Azorín, que había empezado siendo anarquista —fue famoso su paraguas rojo—, evolucionó hasta convertirse en turiferario de La Cierva, el cacique murciano bravucón de los últimos tiempos de la Monarquía.

—Azorín —dijo— espiritualmente es un hombre afeminado, y le atrae la condición de macho que presiente en La Cierva...

De Azorín pasamos a Alomar.

Gabriel Alomar, mallorquín-catalán, además de poeta y profesor, era un periodista político —tenía más emoción humana que Unamuno— que se destacaba en el firmamento de la intelectualidad catalana como una estrella de primera magnitud. Se decía que a Alomar le interesaban sobre todo dos cosas: los clásicos latinos y... las criadas...

Baroja, que ignoraba esta última particularidad, comentó jovialmente:

—Le alabo el buen gusto. En España las criadas son más interesantes que las señoritas...

Permanecer sentados en la azotea del campanario, contemplando una vega de unos treinta kilómetros a la redonda, era delicioso; pero a primeras horas de la tarde llegaba el tren de Zaragoza en el que venían, como propagandistas para la campaña electoral, ya cancelada, Ricardo Baroja, Luis Bagaría y Julio Antonio.

Bajamos del campanario, y después de almorzar de prisa y corriendo en un restaurante, fuimos a la estación.

El tren, como de costumbre, venía con retraso. Por fin, a media tarde, resoplando y echando chispas, la locomotora entró en agujas y se paró, cansada, delante del andén.

Allí estaban los viajeros: Ricardo Baroja, con abrigo y bufanda; Bagaría, con capa muy madrileña, y Julio Antonio, a cuerpo, traje

negro, con un bastón en la mano. Llegaban fatigados y somnolientos.

—¿Dónde pasaron la noche? —les preguntó Baroja.

—En Zaragoza, en una casa de p... —contestó Bagaría.

Baroja hizo un gesto de desagrado.

Lo más urgente entonces era hacer entrar en calor a los tres ateridos propagandistas. Los llevé al casino. Allí se estaba bien: una taza de café los reanimó. Bagaría me propuso jugar una partida de billar. Y mientras los Baroja y Sánchez Ventura ojeaban la prensa del día o charlaban, Julio Antonio permanecía callado, interesado, al parecer, por el azar de las carambolas.

El espectador Julio Antonio era el escultor más brillante de la España de entonces. Como Viladrich y como Bagaría era catalán: había nacido en un pueblo de la provincia de Tarragona. Hijo de una familia modesta, tuvo que abrirse camino heroicamente. A los veintinueve años, que tenía entonces, era ya famoso. Representaba la reacción contra la escultura oficial de la época. Las influencias de la escultura clásica dieron alas a su talento. No le atraían los toreros ni los guerreros, sino los mineros, los labriegos y los pastores. Sus Bustos de la Raza —que conserva el Museo de Arte Moderno, de Madrid— son los mejores cantos artísticos que se hayan hecho al pueblo humilde que trabaja y sufre. Físicamente, era alto, moreno, varonil hermoso.

Bagaría y yo seguíamos haciendo correr las bolas de marfil sobre el paño verde de la mesa de billar.

Bagaría fue el genio de la caricatura política española de su tiempo. Su trazo era rupestre. Los dibujantes anónimos de la Cueva de Altamira habían sido sus maestros. Su línea tenía la finura de la escuela del *Simplicissimus* alemán, en el que colaboró antes de la guerra.

El espíritu de su caricatura era entre irónico y sarcástico. Después del francés Daumier, del siglo pasado, en Europa hubo tres grandes caricaturistas: Bagaría, el holandés Raemakers y el alemán George Grosz. Sarah Bernhardt dijo de Bagaría que 'hacía jeroglíficos en el alma'. Bernard Shaw creía que Bagaría era el único caricaturista que no se había dejado dominar por la guerra. Había un cierto parentesco espiritual entre Bagaría y Picasso; pertenecían a la misma generación y se iniciaron en Barcelona a fines de siglo. Bagaría era más primitivo que Picasso y, en cierto modo, más genial.

Julio Antonio, recostado en un diván, ya no seguía el juego: se había quedado dormido.

Era ya de noche, y propuse dar una vuelta por la calle Mayor.

La calle Mayor, la del comercio, muy estrecha, de seis a ocho de la tarde, se convertía en un hormiguero humano. La juventud de la clase media se echaba a la calle... ¡Qué mujeres más hermosas había entonces en Lérida! Los tenientillos y capitanes ponían en derrota a la juventud civil. Las muchachas más guapas —lo eran todas—, muy románticamente, preferían a los militares. Los 'civiles' tenían que conformarse con lo sobrante. Afortunadamente, había para todos.

Dimos unas cuantas vueltas por la calle. Naturalmente, la presencia de un equipo de forasteros fue una sorpresa para las muchachas. Al pasar un grupo, una de ellas, que había sido semi novia mía —me la birló un teniente—, exclamó: '¡Quina colecció!'. Baroja, que tenía un oído muy fino y una portentosa memoria, captó la exclamación, y la transcribió cuando hizo el relato de la jira.

Hacia las ocho, las tiendas apagaban las luces y bajaban los cierres. El desfile se desvanecía, y la calle Mayor quedaba desierta.

Julio Antonio, que conocía Lérida de sus

tiempos de andanzas juveniles con Viladrich, propuso que fuésemos a comer al hostel del Roig, al otro lado del río. Era un hostel típico de los carreteros.

Atravesamos el puente, y nos presentamos en el hostel como si fuésemos carreteros honorarios.

Julio Antonio y Bagaría dictaron el menú: sopa de ajo y estofado. Vino, en porrón. Comida catalana sabrosísima. Julio Antonio, Bagaría y yo sabíamos beber en porrón; los otros, no, y pidieron vasos. La criada que nos servía nos miraba con asombro. ¡Qué carreteros más extraños! Teóricamente, Baroja sabía del porrón más que los demás. Nos explicó su origen fálico.

Julio Antonio apenas hablaba, empinaba el codo con frecuencia y dirigía sus atenciones a la sirvienta, joven y agraciada. La muchacha debió quedar encandilada por las miradas encendidas del carretero desconocido.

Regresamos a la ciudad. Al pasar el puente, soplaba con furia el helado viento del Pirineo. Julio Antonio, a cuerpo, lo capeaba con el bastón, mientras que con la mano izquierda se sujetaba el sombrero.

Abajo, el río, caudaloso y rápido, rugía sordamente.

Serían las diez de la noche, y el tren rumbo a Zaragoza sólo llegaba después de medianoche. Fuimos a pasar la velada al centro republicano. Bagaría se enzarzó en una discusión con los líderes republicanos locales a propósito de la situación política general.

Poco antes de las doce, nos dirigimos a la estación.

Julio Antonio se sentía mal, y hubo que reanimarle con una bebida caliente.

Por fin, aunque con el retraso habitual, llegó el tren y nos despedimos.

Un año después, cuando fui a Madrid a cumplir mi servicio militar, se celebraba en el

teatro Real la exposición de la obra escultórica de Julio Antonio, que había fallecido el 15 de febrero de 1919. Recorriendo la exposición, me pregunté si Julio Antonio no fue herido de muerte cuando, un año antes, cruzó conmigo dos veces el puente de Lérida, en pleno invierno, a cuerpo, capeando el viento helado con el bastón.

Alguna vez, me dije: —Y ¿qué hubiera ocurrido si Baroja hubiese sido elegido diputado por Fraga?

Baroja era un republicano anarquizante, y no hubiese podido formar parte de ningún grupo en el Congreso. Además, no era orador. Hubiera pasado inadvertido. Después de todo, quizá fue mejor que las cosas se hubiesen desarrollado tal como ocurrió. El capítulo que consagró a su infructuosa tentativa electoral, en *Horas Solitarias* (1919), es uno de los mejores relatos que salieron de su pluma de hombre humilde y errante. Se lee con interés al cabo de más de medio siglo, y seguirá leyéndose dentro de un siglo. ¿Quién se acuerda, en cambio, de las Cortes elegidas el 24 de febrero de 1918?»

* * *

Maurín leía mucho. Y sus ideas se iban depurando. «Me sentía decididamente atraído por la causa obrera»; contó decenios más tarde⁵. «Ahora bien, en España había dos movimientos obreros, distanciados y a veces divergentes. Del socialismo, me atraían la historia, la continuidad y el sentido de responsabilidad. Del sindicalismo, su espíritu revolucionario y combativo. Doctrinalmente, me encontraba cerca de los socialistas. Pero prácticamente, los sindicalistas me parecían más realistas, más audaces, más jóvenes. En mi orientación, me

⁵ Joaquín Maurín: «Hombres e historia» en *España Libre*. Nueva York, a partir del 19 de febrero de 1960.

ayudó grandemente la lectura de [Georges] Sorel. El sindicalismo soreliano, asentado sobre lo que hay de sólido en el marxismo pragmático y creador, contestó favorablemente a mis preguntas.»

Se interesa por la historia. Le parece indispensable conocerla para pensar en el futuro. Y la historia le indica que el republicanismo de clase media no basta para enfrentarse con los problemas del país. Fracasó en 1873, fracasó de nuevo en 1909, otra vez en 1917. La burguesía, piensa (y más tarde lo escribirá claramente), en España no ha sido capaz de hacer la revolución, el equivalente de lo que hizo la burguesía francesa en 1789, la inglesa en la época de Cromwell, la norteamericana en 1776. Por lo tanto, es natural que, al pensar en el futuro, considere que la clase que puede moldearlo no sea la burguesía, sino el proletariado. La burguesía española nació tarde y raquítica y nunca se desarrolló mucho, siempre vivió en simbiosis con las supervivencias feudales (gran propiedad de la tierra, Iglesia). El proletariado español, en cambio, apenas comenzó a formarse, dio muestras de mucha combatividad. Durante el siglo XIX, con sus batallones de la blusa, en la guardia nacional, con sus protestas, sus huelgas, sus organizaciones, confió en la burguesía, la apoyó y presionó. Cuando llegaron los años bobos de la Restauración, decepcionado por la incapacidad burguesa de hacer la revolución y puesto al margen de la vida política por el sistema de turno instaurado por Cánovas, el proletariado se inclinó, en el Centro y el Norte, hacia el partido socialista, y en Andalucía y Levante hacia el anarcosindicalismo. Esto se explicaba porque la burguesía, cuando se sentía amenazada por la presión obrera, abandonaba su propia presión sobre las fuerzas feudales y pedía a éstas apoyo para contener y perseguir al proletariado. De ahí, piensa Maurín examinando su propia experiencia en Cataluña, que el catalanismo de la burguesía no haya logrado otra cosa que una Mancomunidad simplemente administrativa: cada vez que la burguesía catalana pre-

siona para algo más, el miedo a la clase obrera la induce a olvidarse de sus reivindicaciones catalanistas a cambio de que el poder central reprima a los trabajadores.

Este análisis de la situación del país, que en el curso de los años Maurín irá refinando y profundizando, lo lleva, de modo lógico, casi sin necesidad de adoptar ninguna decisión tajante, a simpatizar con los sindicalistas. Su marxismo es todavía muy esquemático. Lo ve —y seguirá viéndolo así toda su vida— como lo veía Marx mismo, es decir, como un método de análisis de la realidad y no como una doctrina fosilizada y rígida.

* * *

En 1919 está haciendo el servicio militar en el Cuartel de la Montaña de Madrid. Al reunirse en esta ciudad el II Congreso de la CNT, Maurín asiste al mismo no como delegado, sino como espectador. Sigue las discusiones en torno a si la CNT debe o no adherirse a la Internacional Comunista que los bolcheviques han anunciado que van a organizar. Este Congreso, en el Teatro de la Comedia, fue muy apasionado. Nin habló en él en favor de la adhesión a la Internacional Comunista. Otros se opusieron. Pero la inmensa mayoría de los anarcosindicalistas sienten mucha simpatía por la revolución rusa y en especial les atrae de ella la espontaneidad de su organismo de poder, el soviet. Uno de los sindicalistas⁶ dice que los anarquistas «se sugestionaron por la revolución rusa, al punto de ver en ella la revolución soñada por ellos... El bolchevique era un semidiós portador de la libertad y de la felicidad comunes... ¿Quién, en España, siendo anarquista, desdeñó motejarse de bolchevique?». Entre los pocos que desconfiaban estaba el asturiano Eleuterio Quintanilla, que en el Congreso afirmó que «la revolución rusa no encarna nuestros idea-

⁶ Manuel Buenacasa: *El movimiento obrero español*. Barcelona, 1928, p. 109.

les... su dirección y orientación no corresponden a las intervenciones de los trabajadores, sino a los partidos políticos». Pero el Congreso se dejó deslumbrar por el hecho de que, por primera vez, parecía que una revolución proletaria triunfaba y acordó que la CNT, sin abandonar su ideal de comunismo libertario, se adhiriera provisionalmente a la Tercera Internacional y enviara a Moscú a una delegación de tres militantes. De ellos, sólo Angel Pestaña logró llegar a Rusia.

La CNT era en aquel momento la organización más poderosa del país. Ni la UGT socialista, ni el PSOE ni ningún partido burgués o feudal, podía contar con los 600.000 miembros que agrupaban los sindicatos cenevistas. La decisión del Congreso de la Comedia era, pues, importante.

Maurín contó, muchos años después, sus impresiones de este Congreso⁷, que para él fue de una importancia decisiva:

«Desde el Congreso constitutivo de la Confederación del Trabajo (octubre-noviembre de 1910) al segundo (diciembre de 1919), habían transcurrido nueve años. Durante ese breve lapso de tiempo, la historia cambió de goznes, y el mundo de 1919 era muy diferente del de 1910. En esa década había tenido lugar la Primera Guerra Mundial, con todas sus trascendentales consecuencias, entre las cuales, la mayor de todas, la revolución rusa.

España, aunque separada de Europa, más política que geográficamente, no pudo sustraerse al tremendo oleaje de la historia. Y en España quien captó mejor que nadie la variación de los tiempos, fue el sindicalismo, cuyo centro se encontraba en Barcelona.

Sin resonancias, a fines de junio y comienzo

⁷ Joaquín Maurín: «Hombres e Historia. El II Congreso de la CNT», en *España Libre*. Nueva York, 1 de abril de 1960.

de julio de 1918, se celebró en Sans, Barcelona, un congreso obrero regional, en el que un pintor-decorador, Salvador Seguí, defendió una tesis revolucionaria, que fue aprobada: el paso del sindicato de oficio al de industria. Este acuerdo iba a cambiar radicalmente, y de una manera rápida, las bases de la estabilidad político-económica del país.

Los sindicalistas que se lanzaron a la organización de los sindicatos de industria (los llamaron 'sindicatos únicos') —Salvador Seguí, Angel Pestaña, Evelio Boal, Manuel Buenacasa, Salvador Quemades, David Rey, Camilo Piñón...— sintieron los latidos de la historia.

La Confederación Nacional del Trabajo, que en 1910 no era más que un comienzo, en 1919 era ya un gigante, que hacía temblar las instituciones. El gran salto se hizo en un par de años, debido principalmente al sindicato de industria.

El II Congreso de la CNT se celebró en Madrid, en el teatro de la Comedia. Si el I Congreso de la CNT pasó casi inadvertido, el II fue como un enorme terremoto nacional.

El sindicalismo se reunía en la capital de la nación con la aureola de su ascenso vertiginoso, de sus grandes batallas sociales y de sus espectaculares victorias.

La España conservadora tradicional estaba, más que asustada, aterrorizada. El sindicalismo, impetuoso y desbordante, le hacía argüir posibles perspectivas catastróficas.

Los delegados que asistieron al Congreso de la Comedia sumaban 437 y representaban alrededor de 600.000 obreros organizados. La mayoría de los delegados era gente moza: entre los veinticinco y treinta y cinco años. Constituían la vanguardia aguerrida de la nueva generación obrera. Eran bravos e impetuosos, con las virtudes y los defectos de la juventud: arrojo y temeridad, audacia y falta de experiencia,

supervaloración de su fuerza y subestimación de la del adversario.

En el Congreso se destacaron como principales líderes Seguí, Pestaña y Eleuterio Quintanilla. A continuación venían: Evelio Boal, Manuel Buenacasa, Juan Peiró, Galo Díez, José María Martínez, Eusebio Carbó, David Rey, José Viadiu, Gallego Crespo, Andrés Nin, Ramón Acín...

El Congreso fue dinámico, con confusiones a veces, debido al número de delegados y las cuestiones planteadas. Como ejemplo, se contaba la siguiente anécdota:

Un delegado andaluz, después de pedir infructuosamente la palabra varias veces, por fin consiguió hacerse oír, y dijo:

‘¿Ze pué sabé zi Zeviya está en er planeta Marte?... Pues hase un siglo que pedí la palabra, y ¡na!, aún eztoy esperando que me la consedan...’

La Confederación Nacional del Trabajo era una gran organización. Ahora bien, ni remotamente representaba a toda la clase trabajadora española. Al margen había otra organización, con menos efectivos entonces, pero más antigua, y sin duda con una estructuración interna más firme: la Unión General de Trabajadores.

En su II Congreso la CNT tenía planteados dos problemas fundamentales: la táctica a seguir y la relación que convenía establecer con la otra organización obrera, la UGT.

El Congreso resolvió favorablemente la primera; pero estuvo desacertado en el enfoque de la segunda. En vez de buscar la unidad obrera sobre un terreno de aproximación plausible, adoptó una resolución absurda: absorber a la Unión General de Trabajadores.

Ese acuerdo fue desastroso para el porvenir de la clase trabajadora española en conjunto y para España en tanto que nación democrática.

Si el Congreso se había desarrollado sobre una amplia base de convergencia en la genera-

lidad de los temas debatidos, en la cuestión de la unidad obrera se dividió en dos sectores discrepantes. Votaron por la 'absorción' 323.000; en contra, 169.000; se abstuvieron 14.000, y estaban ausentes a la hora de votar 42.000.

La proposición absorcionista la hizo un delegado de Barcelona, y encarnaba el sentir general de las delegaciones de Cataluña, en donde el movimiento arrollador de la CNT había prácticamente absorbido a los sindicatos de la UGT. El Comité Nacional —Seguí, Pestaña, Boal, Buenacasa...— compartía el punto de vista absorcionista o se dejó, lamentablemente, arrastrar por la corriente catalana.

La delegación que más y mejor combatió la 'absorción' fue la de Asturias, de la que formaban parte Eleuterio Quintanilla, José María Martínez, Avelino González, Aquilino Moral y Jesús Rodríguez. El movimiento obrero asturiano ha tenido siempre un gran sentido de responsabilidad, tanto en la CNT como en la UGT, y ha sido siempre el primero que se ha lanzado a la lucha cuando la hora del combate ha sonado.

En el Congreso de la Comedia, la delegación catalana era la más numerosa (128 delegados) y la de mayor peso, pues Cataluña era entonces la base de la CNT. La delegación de Asturias era la más reducida (19 delegados); pero la que veía mejor la situación y las perspectivas. Casi siempre las minorías tienen razón.

Cuarenta años después, uno se pregunta:

¿Es que si la clase trabajadora española se hubiese unido en 1919-20, el giro de los acontecimientos posteriores hubiera sido el mismo? ¿Hubiera habido el terror patronal-policíaco en 1920-22? ¿Habría habido un golpe de Estado militar en 1923? ¿Hubiese naufragado finalmente?

Cierto que no era fácil unir dos organizaciones con ideologías distintas; pero existía la posibilidad [...], ¿por qué sindicalistas y socia-

listas no podían unirse en 1919-20, teniendo como objetivo la mejora moral y material de la clase trabajadora y el fortalecimiento de la democracia? Hay siempre un terreno básico en el que caben socialistas, sindicalistas y anarquistas. Si no se es capaz de encontrar esa base común, entonces hay que aceptar todas las consecuencias que puedan derivarse de una obtusa unilateralidad. Y las consecuencias están a la vista...

Entre las sesiones matinales y vespertinas del Congreso, había un intervalo para comer y, sobre todo, para ir al café —esa tradicional costumbre española de los buenos tiempos.

Había tres cafés favoritos de los delegados: Fornos, en la calle de Alcalá; Levante, en la Puerta del Sol, y Platerías, en la calle Mayor. Los delegados catalanes iban de preferencia a Fornos, y los aragoneses a Platerías. Yo, soldado-espectador, tenía conocidos y amigos entre los catalanes y aragoneses, e iba, alternativamente, los días que estaba libre de servicio en el cuartel, a Fornos y Platerías. En Fornos, Seguí me dijo sonriendo: 'Gracias a ti celebramos un Congreso de obreros, campesinos y... soldado.' Allí saludé por primera vez a Andrés Nin, que después fue mi fraternal amigo.

Recuerdo que una tarde entró en Fornos un señor, entre treinta y cinco y cuarenta años, rechoncho, con traje y sombrero negros, de mirar algo miope. Miró a un lado y a otro, como si buscara a alguien. Nadie lo saludó ni le invitó a sentarse. Se marchó... Era Indalecio Prieto.

El Congreso había acordado por mayoría la 'absorción' de la UGT. Al ver a Prieto, tan fornido, me pareció que la UGT, de la que él era un miembro conspicuo, sería un tanto difícil de absorber.»

* * *

Retrospectivamente, Maurín explicó ⁸ las causas de la fascinación por la revolución rusa. Como siempre en él, esta explicación tenía una raíz histórica:

«A comienzos de siglo, España se encontraba, política y económicamente, en la fase final de la decadencia determinada por el derrumbamiento de su imperio colonial.

La guerra mundial, primero, y la Revolución rusa, después, la sacudieron intensamente, haciéndole perder un equilibrio que no ha recuperado todavía.

España fue el único país relativamente importante de Europa que no participó en la Primera Guerra Mundial. Esta posición de neutralidad favoreció a la burguesía industrial y a la oligarquía agraria. La producción industrial y agrícola tenía un mercado inagotable en el extranjero, en Francia e Inglaterra principalmente. Se exportaba más de lo que la estabilidad de la economía nacional permitía, y se produjo un gran desequilibrio económico. Por un lado, una minoría hacía negocios fabulosos, y, por el otro, en el país aumentaba la escasez de los productos alimenticios y se intensificaba la escasez de las mercancías.

El malestar general fue agudizándose, y en 1917 adquirió proporciones importantes. La Revolución rusa de marzo repercutió en España, produciendo un efecto catalítico. Los sectores descontentos de la población se agruparon, y por primera vez la burguesía industrial, las clases medias y el movimiento obrero —anarco-

⁸ Joaquín Maurín: *Revolución y contrarrevolución en España*. París, 1966. Este libro es una reedición de *Hacia la segunda revolución*, que publicó en 1935, con un epílogo y un apéndice sobre el comunismo en España, escritos en 1965. En el apéndice incluyó los artículos ya citados de recuerdos sobre los orígenes del movimiento comunista español. Desde ahora, cuando se citen estas fuentes, se indicarán simplemente como *Epílogo* o *Apéndice*.

sindicalismo y socialismo— marcharon juntos durante algún tiempo formando un bloque de oposición a la oligarquía agraria dominante. Ahora bien, el bloque de oposición al régimen era fluido, inconsistente, y carecía de un objetivo preciso. Reflejaba históricamente el descontento político, económico y social reinante; pero su capacidad revolucionaria era prácticamente nula. Después de una serie de escaramuzas políticas, la acción de protesta culminó, en agosto, en una huelga general, que no logró hacer conmover las bases del régimen.

Vistas las cosas a distancia, con la perspectiva que da el tiempo, es sorprendente observar el paralelo que existe entre lo que ocurre en Rusia y en España en verano y otoño de 1917. Cuando en septiembre, después del fracaso del golpe contrarrevolucionario de Kornílov, los bolcheviques avanzaron rápidamente hacia la conquista del poder, en España, simultáneamente, la burguesía industrial rompió el frente de que había formado parte en los meses anteriores con la clase media y el movimiento obrero, y, asustada, se unió sin pérdida de tiempo con la oligarquía agraria. La formación de un gobierno de coalición agraria-industrial coincide con el triunfo de la revolución bolchevique.

La clase trabajadora, que había puesto alguna esperanza en el bloque democrático, se encontró de nuevo sola, y tuvo que mirar adelante contando sólo con sus propias fuerzas.

La revolución bolchevique produjo un impacto inmediato y profundo en los medios anarcosindicalistas.

Lo que al anarcosindicalismo le atraía principalmente de la revolución bolchevique era la revolución agraria y el propósito de poner fin a la guerra. La consigna bolchevique 'Paz, pan y tierra' se la hicieron suya los anarcosindicalistas. El campo andaluz, en 1918-19, se sentía

tan bolchevique o más aún que los obreros catalanes.

Con un faro, aunque lejano, y una firme esperanza, el anarcosindicalismo en 1918-1919, al calor de la revolución rusa, hizo avances enormes y progresos arrolladores.

El mito del *Soviet* (consejo de obreros) estaba muy cerca del sindicato, y el anarcosindicalismo se lo hizo suyo.

La adhesión del anarcosindicalismo a la revolución rusa fue intuitiva y sentimental. Lenin cautivaba a los anarcosindicalistas por lo que en él descubrían de jacobino y bakuninista.»

El Congreso del Teatro de la Comedia causó una honda impresión en Maurín, soldado, maestro y aprendiz de sindicalista. Medio siglo más tarde, citaba las decisiones del Congreso⁹.

«En una de las primeras sesiones, el Congreso aprobó por aclamación la siguiente aceleración de principios:

«Los delegados que suscriben, teniendo en cuenta que la tendencia que se manifiesta con más fuerza en el seno de las organizaciones obreras de todos los países es la que camina a la completa, total y absoluta liberación de la Humanidad en el orden moral, económico y político, y, considerando que este objetivo no podrá ser alcanzado mientras no sean socializados la tierra y los instrumentos de producción y cambio y no desaparezca el poder absorbente del Estado, proponen al Congreso que, de acuerdo con la esencia de los postulados de la I Internacional de los Trabajadores, declare que la finalidad que persigue la Confederación Nacional del Trabajo de España es el Comunismo Anárquico.»

La CNT reafirmaba su carácter anarquista.

Ahora bien, su adhesión al bolchevismo era completa y unánime.»

⁹ *Apéndice*, pp. 247 y ss.

¿Cómo explicar esta contradicción? Por la sugestión de las noticias procedentes de Rusia y también, en cierto modo, por la vaguedad del ideario anarquista, que le permitía hacer suyo cuanto se opusiera, de un modo u otro, al orden establecido. Maurín sigue recordando:

«Finalmente, como resumen del debate sobre la cuestión internacional, el Comité Nacional presentó al Congreso la siguiente proposición:

«El Comité Nacional, como resumen de las ideas expuestas acerca de los temas precedentes por los diferentes oradores que han hecho uso de la palabra en el día de hoy, propone:

Primero. Que la CNT de España se declare firme defensora de los principios de la I Internacional sostenidos por Bakunin.

Segundo. Declarar que se adhiere provisionalmente a la Internacional Comunista por el carácter revolucionario que la informa, mientras y tanto la CNT de España organiza y convoca el Congreso obrero universal que acuerde y determine las bases por las que deberá regirse la verdadera Internacional de los trabajadores.

Madrid, 17 de diciembre de 1919.»

La proposición fue aprobada por aclamación.

La CNT quedaba adherida a la Internacional Comunista.»

¿Cómo era esta CNT a la cual se había afiliado Maurín y en la que cifraba sus esperanzas de cambio para el país? El mismo la describe así:

«El anarcosindicalismo español de la segunda década del siglo tuvo dos líderes sobresalientes: Salvador Seguí y Angel Pestaña. Tenían la misma edad: nacidos en 1886. Seguí era catalán, y Pestaña, castellano.

El anarcosindicalismo español de entonces era el resultado de la convivencia, con tiran-

teces y diferencias, del anarquismo tradicional y el sindicalismo de comienzos de siglo.

La característica geopolítica era que los catalanes, que representaban al proletariado industrial, eran sindicalistas, y los no catalanes, de base principalmente campesina, anarquistas.

Salvador Seguí era, en la Confederación Nacional del Trabajo, el exponente del sindicalismo. Su posición correspondía, en líneas generales, a la del sindicalismo revolucionario francés y, en cierto modo, a la de los IWW de Estados Unidos. Angel Pestaña, en cambio, representaba el anarquismo comunista que fuera de España tenía entonces como figuras representativas a Kropotkin, Malatesta, Rocker, Sebastián Faure, Grave, Malato.

Entre Seguí y Pestaña hubo siempre una pugna sorda, que reflejaba la divergencia existente en la base entre sindicalistas y anarquistas.

Seguí, el de más talento y el de mayor influencia, buscaba contemporizar con la tendencia opuesta en el seno de la CNT. Fue él quien hizo que Pestaña fuese enviado a Moscú como delegado de la CNT al II Congreso de la Internacional Comunista.»

Pestaña mismo ha contado sus impresiones del viaje a la URSS, en su libro *Setenta días en Rusia*. Maurín recuerda sus propias impresiones del viaje de Pestaña, el único de los tres delegados enviados por la CNT que, después de «un viaje lleno de peripecias», pudo llegar a Moscú.

«Pestaña, relojero de oficio, más que obrero propiamente dicho, era un artesano. Hasta que en 1916 fue nombrado director de *Solidaridad Obrera*, diario de la CNT publicado en Barcelona, vivió con una cierta independencia, trabajando en su domicilio. Había permanecido varios años en Argel, en contacto directo con

el movimiento obrero francés. Personalmente era modesto y austero. Su carácter ascético, retraído, contrastaba con el de Seguí: abierto, generoso, mediterráneo. Había leído mucho, y tenía una gran capacidad de asimilación. Escribía con facilidad, exponiendo claramente su pensamiento. Y era un buen orador.

Al llegar a Petrogrado, recién instalado en el hotel Internacional, recibió la inesperada visita de un antiguo compañero y amigo: Víctor Serge.

Víctor Serge-Kibaltchiche, anarquista belga-francés de origen ruso, había emigrado de Francia a España, durante la Primera Guerra Mundial, permaneciendo durante algún tiempo en Barcelona, en donde trabajaba como tipógrafo. Escribía en el semanario anarquista *Tierra y Libertad*. Fue entonces cuando empezó a usar el *nom de plume* Víctor Serge. Frecuentaba asiduamente los medios anarcosindicalistas, y conoció y trató a Salvador Seguí, Angel Pestaña, Andrés Nin y demás dirigentes de la CNT. Cuando estalló la revolución rusa, con la que se sintió identificado desde el primer momento, Víctor Serge se encontraba en Barcelona. Con un conocimiento de los hechos, de las doctrinas y de los hombres, muy superior al de los líderes anarcosindicalistas españoles, Víctor Serge fue el primer mentor ruso-comunista que hubo en España, y su influjo, por medio de la conversación y de la pluma, fue considerable. Tan pronto como pudo, regresó a Francia y consiguió llegar a Rusia, formando parte de los anarquistas que se adhirieron al bolchevismo. Excelente escritor, trabajaba en la sección de propaganda de la Internacional Comunista. Los artículos que enviaba a *La Vie Ouvrière*, semanario que en París dirigía el patriarca del sindicalismo revolucionario francés Pierre Monatte, influyeron poderosamente en la actitud de simpatía hacia la revolución rusa

por parte de los sindicatos de Francia, España, Italia y Portugal.

Víctor Serge, desde el encuentro, en sus conversaciones particulares, expuso a Pestaña los aspectos negativos de la revolución, predisponiéndole, desde el primer momento, para ver el reverso de la medalla.

Según la importancia de las organizaciones que participaban en el Congreso, los países fueron clasificados en cinco categorías. España —tal era la importancia de la CNT— formaba parte de la segunda.

Pestaña fue elegido miembro del Comité del Congreso. Participó en las comisiones y en las sesiones plenarias. Su facilidad de palabra y su dominio de la lengua francesa le facilitaban la tarea.

En uno de los debates, Pestaña, harto de oír hablar del Partido Comunista, habló con desdén de los partidos en general: «Es posible —dijo— que en algunos países los obreros quieran agruparse en partidos políticos; en España no tenemos necesidad de ellos. Y la historia enseña que las revoluciones, empezando por la gran Revolución francesa, se han hecho sin partidos.»

Trotsky le interrumpió, exclamando: «¡Olvida a los jacobinos!» A continuación, en su discurso, criticó los puntos de vista de Pestaña:

«El camarada Pestaña —dijo Trotsky—, que es el secretario de la gran organización sindicalista española, ha venido a Moscú porque entre nosotros hay amigos que, más o menos directamente, pertenecen a la familia sindicalista; otros son, por decirlo así, ‘parlamentarios’; otros en fin no son parlamentarios ni sindicalistas, pero son partidarios de la acción de masa, etc. ¿Pero qué les ofrecemos nosotros? Les ofrecemos un Partido Comunista internacional, es decir, la unificación de los elementos avanzados de la clase trabajadora que han traí-

do aquí sus experiencias, sus confrontaciones mutuas, se critican el uno al otro y, después de discutir, toman decisiones. Cuando el camarada Pestaña regrese a España, llevando consigo las resoluciones del Congreso, sus camaradas le preguntarán: '¿Qué nos traes de Moscú?' Les presentará los frutos de nuestros trabajos y someterá nuestras resoluciones a su voto, y los sindicalistas españoles que se unirán sobre la base de nuestras tesis no formarán otra cosa que el Partido Comunista español... ¿Quién decidirá las cuestiones en España? El Partido Comunista español —y tengo la esperanza de que el camarada Pestaña será uno de los fundadores del Partido.»

Cuando se votó la resolución de las 21 Condiciones de Ingreso en la Internacional Comunista, Pestaña se abstuvo diciendo que 'la CNT es apolítica'.

Votó la resolución favorable a la creación de la sección sindical de la III Internacional —Internacional Sindical Roja— y firmó, al lado de Lenin, Trotsky, Zinóviev y Bujarin, el manifiesto que el Congreso dirigió a los trabajadores de todo el mundo.

Pestaña se encontró sujeto a dos presiones poderosas y contradictorias: por un lado, los comunistas, con su inmenso poder, y, por el otro, los anarquistas y anarcosindicalistas con los cuales estaba en contacto: Alexander Berckman y Emma Goldman (Estados Unidos), Armando Borghi (Italia), Augustin Souchy (Alemania), Alexander Shapiro (Rusia). En un orden más elevado, se encontró bajo la influencia de dos desbordantes personalidades: Kropotkin y Lenin. Se entrevistó con los dos, y el influjo de Kropotkin fue en él mayor que el de Lenin.

Hay que decir, sin embargo, que Kropotkin —murió unos meses más tarde— que se había trasladado de Londres a Rusia, simpatizando con el régimen de Kerensky, no parecía haber comprendido históricamente la Revolución bol-

chevique. La consideraba como una continuación radical de la Revolución francesa.

La entrevista de Pestaña con Lenin, aun a una distancia de cerca de medio siglo, es una página valiosísima como expresión de la camaradería personal de Lenin y como contraste entre el jefe bolchevique victorioso y el modesto obrero anarcosindicalista que era Angel Pestaña.

En la penúltima sesión del Congreso —empezó sus tareas el 19 de julio de 1920 y las terminó el 7 de agosto—, aprovechando el intermedio de una traducción, Pestaña se acercó a Lenin para despedirse de él, pues se disponía a marcharse sin pérdida de tiempo.

«—¿Cuándo os marcháis? —le preguntó Lenin.

»—A la mayor brevedad.

»—Quedaos algún tiempo más.

»—No. No podemos. Nuestra permanencia aquí algunas semanas más no tendría ya ningún interés.

»—Como aún estaréis algunos días más en Moscú —dijo Lenin—, ¿no os sería grato que hablásemos un rato a solas?

»—Con mucho placer. No habíamos hecho ninguna indicación en ese sentido por temor a molestaros.

»—De ninguna manera —respondió Lenin—. Pero como yo tengo muchas ocupaciones y pudiera ser que me olvidara de avisaros, ¿queréis recordármelo el martes próximo por teléfono? El martes podré deciros el día y la hora de hablar. (Era jueves.)»

En sus recuerdos, Maurín citó a Pestaña, al referirse a esta entrevista. Lo hizo porque ejerció cierta influencia en él y por esto mismo se cita también aquí. El lunes, Lenin hizo llamar a Pestaña y le invitó a visitarlo. La charla fue así, contada por el dirigente sindicalista español:

«Apareció Lenin. Sonriente nos tendió la mano que apretamos con verdadera efusión, y nos sentamos frente a frente.

—¿Estáis contento del trato que os hemos dado los comunistas?

—Mucho— contesté.

Después de un rato de charla-discusión a propósito de 'dictadura', 'centralismo', 'revolución', Lenin preguntó a Pestaña:

—A propósito: ¿qué concepto, como revolucionarios, os merecen los delegados que han concurrido al Congreso?

—¿Queréis que os sea franco?

—Para eso os lo pregunto.

—Pues bien, aunque el saberlo os cause alguna decepción, o penséis que no sé conocer el valor de los hombres, el concepto que tengo de la mayoría de los delegados concurrentes al Congreso, es deplorable. Salvando raras excepciones, todos tienen mentalidad burguesa. Unos por arrivistas y otros porque tal es su temperamento y su educación.

—¿Y en qué os fundáis para emitir juicio tan desfavorable? ¡No será por lo que han dicho en el Congreso!

—Por eso exclusivamente, no; pero me fundo en la contradicción entre los discursos que pronunciaban en el Congreso y la vida ordinaria que hacían en el hotel. Las pequeñas acciones de cada día enseñan a conocer mejor a los hombres que todas sus palabras y discursos. Es por lo que se hace y se dice, por lo que puede conocerse a cada uno. Muchos granos de arena acumulados hacen el montón. No el montón a los granos. La infinita serie de pequeñas cosas que hemos de realizar día tras día, demuestran mejor que ningún otro medio, el fondo verdadero de cada uno de nosotros. ¿Cómo queréis, Lenin, que creamos en los sentimientos revolucionarios, altruistas y emancipadores de muchos de esos delegados que en la vida de relación diaria, obran, ni más ni

menos, como el más perfecto burgués? Murmuran y maldicen de que la comida es poca y mediana, olvidando que somos los delegados extranjeros los privilegiados en la alimentación, y lo más esencial: que millones de hombres, mujeres, niños y ancianos carecen, no ya de lo superfluo, sino de lo estrictamente indispensable. ¿Cómo se ha de creer en el altruismo de esos delegados, que llevan a comer al hotel a infelices muchachas hambrientas a cambio de que se acuesten con ellos, o hacen regalos a las mujeres que nos sirven para abusar de ellas? ¿Con qué derecho hablan de fraternidad esos delegados que apostrofán, insultan e injurian a los hombres de servicio del hotel porque no están siempre a punto para satisfacer sus más insignificantes caprichos? A hombres y mujeres del pueblo los consideran servidores, criados, lacayos, olvidando que acaso algunos de ellos se han batido y expuesto su vida en defensa de la revolución. ¿De qué les ha servido? Cada noche, igual que si viajaran por los países capitalistas, ponen sus zapatos en la puerta del cuarto para que el 'camarada' servidor del hotel se los limpie y embetune. ¡Hay para reventar de risa con la mentalidad 'revolucionaria' de esos delegados! Y el empaque y altivez y desprecio con que tratan a quien no sea algo influyente en el seno del gobierno o en el Comité de la Tercera Internacional irrita, desespera. Hace pensar en cómo procederían esos individuos si mañana se hiciera la revolución en sus países de origen y fueran ellos los encargados de dirigirnos desde el Poder. ¡Poco importan los discursos que hagan en el Congreso! Que hablen de fraternidad, de camaraderismo, de camaradería, para obrar luego en amos, es sencillamente ridículo, cuando no infame y detestable. Y, por último, esas lucrativas componendas que presenciamos los que estamos asqueados de tantas defecciones; ese continuo ir y venir tendiendo la mano y poniendo precio

a su adhesión, reviste todos los caracteres de la más infame canallada, de la más indigna granujería. Eso es tan bajo, ruin y miserable, como lo sería una madre que vendiera su hija para satisfacer un capricho de los más abominables e inmundos. ¿Cómo vamos a creer en el espíritu revolucionario y en la seriedad de esas gentes? ¿Que desean la revolución en sus respectivos países? Eso sí; pero quieren que se haga sin peligro para sus olímpicas personas y en beneficio exclusivo de sus concupiscencias. Naturalmente que esto no quiere decir que en el seno de los partidos comunistas y de las multitudes, por esos delegados representadas, no haya centenares de individuos de buena fe, dispuestos al sacrificio y dignos de todo respeto y consideración. Estos quedan aparte. Estas censuras no tienen más alcance que el puramente personal y en relación a los delegados concurrentes al Congreso. Esta es nuestra opinión, sinceramente expuesta.

—De acuerdo, Pestaña, de acuerdo... aunque haya alguna exageración en vuestros juicios.

Al decir estas palabras, Lenin se puso en pie. La entrevista terminaba.

Antes de despedirnos de Lenin, nos preguntó si volveríamos a Rusia al próximo Congreso.

—Procurad venir, y que os acompañen varios de vuestros amigos. Venid y estudiad sobre el terreno nuestra obra. Para entonces la situación habrá mejorado, y acaso podamos llegar a conclusiones que nos aproximen más que lo estamos hoy. ¿Escribiréis algo acerca de lo que habéis visto y el concepto que os merece?

—Es muy probable —contestamos.

—Si lo hacéis, no dejéis de enviármelo. Tendré mucho gusto en recibirlo y leerlo.

Nos estrechamos cordialmente la mano, y salimos.

Una profunda simpatía y un respeto sin lí-

mites nos quedó hacia Lenin después de la conversación. No compartíamos sus ideas, ni las compartimos hoy; pero saben todos aquellos amigos con quienes hablamos de él que, al referirnos personalmente a Lenin, guardamos para él las consideraciones y miramientos a que creemos es merecedor.»¹⁰

Es significativo que de todo el libro de Pestaña, Maurín reprodujera sólo este fragmento. Pestaña y Maurín no eran figuras muy disímiles. En ambos había una honradez, una sinceridad y una especie de puritanismo o de austeridad que hizo que el primero dijera justamente esas cosas a Lenin y que el segundo las citara, al cabo de casi cincuenta años de haber sido dichas. Maurín era, intelectualmente, mucho más agudo que Pestaña, pero pertenecía al mismo tipo humano.

Al regresar de Rusia, Pestaña pasó por Italia, donde había comenzado la ocupación de las fábricas por los obreros. Quería entrevistarse con el viejo anarquista italiano Enrico Malatesta. Pero la policía lo detuvo, en septiembre de 1920, y así se retrasó su vuelta a Barcelona y su informe sobre Rusia a la CNT. Cuando regresó, se encontró con una ciudad tensa, con muchos sindicatos clausurados, muchos dirigentes detenidos y la violencia acechando en las esquinas. Con la creación por la patronal de los «sindicatos libres» (formados por elementos procedentes de los esqueléticos sindicatos católicos y por pistoleros asalariados), el sindicalismo catalán entraba en una nueva fase que iba a tener consecuencias considerables para el país y también para Maurín.

¹⁰ Angel Pestaña: *Setenta días en Rusia*. Barcelona, 1921, páginas 202-210.

EL VISITANTE EN MOSCU

Al terminar el servicio militar, Maurín regresó a Lérida y se afilió a la CNT. Fue nombrado, poco después, secretario del Comité Provincial de la CNT y director del semanario *Lucha Social*, fundado en 1919 y en el cual colaboraba desde sus comienzos.

Además, dirigía la escuela del Centro Obrero. Se consagró, sobre todo, a la propaganda, mientras que otro joven cenetista, Pere Bonet —con el cual lo unió una amistad para toda la vida— se dedicaba a tareas de organización, para capitalizar los efectos de la propaganda. Fue en esa época, sin duda, que Maurín se hizo orador.

Su oratoria estaba marcada por su entrenamiento como maestro. Una conferencia de Maurín adquiría a veces tono de mitin: no era nunca fría y erudita. Y un discurso de mitin parecía una conferencia, no era casi nunca demagógico ni ninguna de sus frases tenía por objeto únicamente encender el entusiasmo. Maurín quería que la gente se entusiasmara no por el sonido de las

palabras, sino por las ideas que exponía. Lo hacía con gestos tajantes, con frases cortas y a veces repetidas dos o tres veces (costumbre que pasó de la oratoria a la conversación privada). Su voz era sorda, grave, no muy potente, y a veces el público podía percibir la fatiga en ella. Pero era una voz que estremecía, que resultaba contagiosa. Maurín, indudablemente, tenía ya entonces esc que ahora llaman carisma. Pero desconfiaba de él. Quería aprovecharlo, eso sí, pero no para ganar una adhesión irracional, sino para hacer pensar, para exponer ideas. En esto se diferenciaba de la inmensa mayoría de los oradores españoles, especialmente de los anarquistas y de los republicanos, que solían apelar más a los sentimientos que a la razón (y no por hipocresía, sino porque eran los sentimientos los que los movían y no la razón). Andando el tiempo, Maurín llegó a ser, creo yo, el mejor orador político del país, aunque las masas no se dieran cuenta de ello porque no dispuso de tribunas que les llevaran su voz.

La presencia de Maurín en la tribuna atraía todas las miradas. Era alto y delgado. Un mechón de cabello solía caerle sobre la frente, y él lo retiraba con gestos bruscos de la cabeza. Vestía con sobriedad, no se disfrazaba de obrero ni hacía concesiones al lenguaje popular. Nunca he oído de Maurín, ni en los momentos de más acalorada discusión, una palabra gruesa. En este sentido, era un puritano. No para los demás, sino para él mismo. Su sentido del humor —más bien limitado— no le permitía ser ingenioso —ni en privado ni en público—, aunque se mostraba receptivo ante el humor ajeno. Poseía, en cambio, un fuerte sentido de la ironía y del sarcasmo (político, pues nunca le he oído tampoco observaciones sarcásticas sobre la vida o la personalidad privada de otras gentes). Cuando quería demoler a un adversario, no empleaba ni el insulto ni el humor, sino que solía exponer los puntos de vista del adversario y luego los llevaba a sus últimas consecuencias, a extremos de ridículo. Era un procedimiento que exigía mucha

atención del público, pero que impresionaba, porque forzaba al oyente a llegar a sus propias conclusiones.

Llenaba el escenario, como se dice en términos teatrales. Cuando le llegaba el turno de hablar, se levantaba de la mesa, avanzaba hacia el proscenio (la mayoría de los mítines tenían lugar en teatros), levantaba un brazo y empezaba: «Trabajadores...» El silencio se hacía inmediatamente. Y la gente, que con oradores anteriores rió, gritó, aplaudió, interrumpió y pataleó, con Maurín escuchaba como si estuviera en clase. Sospecho que muchos del público tenían, realmente, la impresión de que habían vuelto a la clase. No vacilaba en aportar datos, cifras, en insistir sobre puntos oscuros. Llevaba en un pedazo de papel unas notas, un esquema de los puntos que se proponía tratar. Pero se guiaba por el público, por sus reacciones, sus aplausos, para ir desarrollando lo que quería decir. Sus discursos y sus conferencias no eran breves, sino que tomaban todo el tiempo necesario para llegar al fondo de lo que quería decir.

Los que le escucharon en esa primera época de Léri-da me dicen que su oratoria no cambió con los años; él se afinó y su cultura se ensanchó, pero su manera de hablar siguió siendo la misma: la de un maestro, de un educador. Sospecho que, el meterse en política, además de responder a motivaciones entre románticas y racionales, reflejaba su vocación de educador. Esto era lo que había querido ser, lo que fue y lo que, cuando descubrió la vida sindical y política, continuó siendo hasta el final. Ya veremos que en el exilio, apartado de la política activa, se dedicó exclusivamente al periodismo y continuó siendo un educador.

Para las masas anarquistas y sindicalistas de los años 20 y 21, ese Maurín debía ser una sorpresa. Descubrían que había otra manera que la emocional de tratar los problemas, que no necesitaban estremecerse de odio o de esperanza para poder escuchar durante una hora a un orador. Quien lo seguía en sus razonamientos descubría que podía pensar por cuenta propia. Y esto ligaba más

al oyente con el orador que la simple y fácil coincidencia en emociones elementales.

Más de una vez, una charla de Maurín consistió en tomar el periódico, leer de él un par de noticias y comentarlas. Conozco a más de un trabajador que aprendió a leer el periódico, que se habituó a hacerlo, a consecuencia de una de esas charlas de Maurín con el diario en la mano. Porque los mítines eran, en cierto modo, lo de menos. Lo importante era el contacto directo, personal, en conferencias de pocos oyentes, en conversaciones en torno a una mesa, en discusiones. Maurín nunca se desabrochaba, por decirlo así. Hubiera diez oyentes o dos mil, hablaba siempre con el mismo cuidado, se esforzaba en estar seguro de que se le entendía. Y quien lo escuchaba tenía siempre la impresión de que se dirigía a él personalmente.

Su prestigio creció pronto. Tenía veinticuatro años y se le consideraba uno de los futuros dirigentes. Se le empezaba a conocer fuera de Lérida.

El movimiento anarcosindicalista era peculiar. En él los dirigentes no solían ser personalidades conocidas fuera de los sindicatos únicos (esos sindicatos de industria que fueron la base de la eficacia de la CNT, creados en 1918 por iniciativa de Seguí). Las grandes figuras tenían menos influencia en la marcha de las cosas sindicales que los oscuros militantes que dirigían tal o cual sindicato. Seguí era, acaso, la excepción. Maurín iba a ser, por un breve tiempo, otra excepción.

Posiblemente fue esta dificultad de decapitar a la CNT (porque cada vez que una personalidad o un comité iban a dar a la cárcel, otros los sustituían) la que indujo a la patronal a emplear el terrorismo. El asesinato de Francesc Layret, diputado catalanista republicano y abogado de la CNT, no desanimó a los sindicatos únicos. La detención y envío al castillo de la Mola (Menorca) de Seguí, Companys (amigo y sucesor de Layret) y otros, tampoco. El asesinato por los sindicatos libres de Evelio Boal, secretario del Comité Nacional de la CNT, deter-

minó, simplemente, que fuese sustituido por Andreu Nin, al cual el mismo Comité Nacional nombró. Nin era amigo de Maurín, que lo había conocido durante jiras y mítines en Lérida y que apreciaba su inteligencia. Esta amistad siguió, con períodos de enfriamiento, para el resto de la vida de Nin.

El Comité Regional catalán de la CNT fue detenido. Se formó otro, en el cual Maurín representaba a Lérida, al lado de Joaquim Ferrer por Barcelona, Francesc Isgleas por Gerona, Felipe Alaíz por Tarragona y Ramón Archs, que hacía de enlace con el Comité Nacional. Este último fue asesinado en el verano de 1921, cuando tenía apenas treinta años. Pero antes había organizado el atentado contra Eduardo Dato.

* * *

Maurín recordó siempre con calor sus años ilerdenses. Para él, no sólo eran los de su toma de conciencia política, sino también aquéllos en que anudó amistades que le durarían hasta la muerte. Además, desde Lérida vivió una época importantísima para el movimiento sindical catalán ¹.

«Unos meses después de celebrarse el II Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo, libre ya del servicio militar, la organización obrera de Lérida me nombró secretario provincial y director del semanario *Lucha Social*.

Lérida era entonces (1920) una ciudad de unos 30.000 habitantes, centro geográfico y económico de una de las regiones más fértiles de España. Incluso una gran parte de la provincia de Huesca —la ribera del Cinca— estaba vinculada comercialmente a Lérida.

¹ Joaquín Maurín: «Hombres e Historia. La derrota», en *España Libre*. Nueva York, 3 de junio de 1960.

Asentada graciosamente entre dos montículos a la vera del caudaloso Segre, Lérida era entonces una ciudad más comercial y agrícola que industrial; pero en la provincia de Lérida se encontraban las grandes centrales hidroeléctricas que abastecían de energía a Barcelona. Para la CNT era de gran importancia extender y fortificar la organización en Lérida y su provincia. La famosa huelga de «La Canadiense» (1919) se había iniciado allí.

La labor que me fue confiada me satisfacía. Temperamentalmente, cuando joven, me sentía hombre de acción. Y me encantaba ir de un lugar a otro como propagandista y organizador.

En Lérida, la capital, contaba con un núcleo de colaboradores entusiastas e incansables, entre los cuales, destacándose, Pedro Bonet con cuya valiosa colaboración la *Lucha Social* fue uno de los periódicos sindicalistas más interesantes de aquellos tiempos.

Durante medio año aproximadamente —verano y otoño de 1920— el trabajo de propaganda y organización fue intensísimo. No dejábamos pueblo o aldea sin visitar, «propagandear» y organizar sindicalmente. Cuando había que efectuar una jira de cierto alcance, el Comité Regional nos enviaba refuerzos. Así, vinieron a Barcelona Andrés Nin y José Vandin, excelentes oradores los dos, y durante el mes de agosto hicimos una serie de mítines en las principales poblaciones de la provincia, internándonos, al final de la excursión, en la provincia de Huesca, en donde se incorporó a nuestro grupo Ramón Acín.

A fines de otoño, la provincia de Lérida, en líneas generales, estaba organizada sindicalmente. El crecimiento había sido rápido y necesitaba consolidarse.

Esos meses de vivir dentro del movimiento obrero, fueron para mí extraordinariamente útiles desde un punto de vista moral. Descubrí, soterrado, todo aquello que constituye la gran-

deza del pueblo español: laboriosidad, nobleza, honradez, espíritu de sacrificio, generosidad, entereza, dignidad, heroísmo... Aquellos obreros y campesinos de Lérida, que en 1920-21 fueron mis compañeros, eran una muestra inequívoca del conjunto del movimiento obrero español. Mientras en Lérida y su provincia el movimiento sindicalista iba creciendo de ese modo —y el proceso era el mismo en el resto del país—, en Barcelona se estaba librando una guerra sorda, pero encarnizada, entre la dirección de la CNT y la organización patronal.

El capitalismo catalán se había desarrollado a un ritmo superior a lo que era normal durante los años de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). El movimiento obrero también había crecido vertiginosamente, y la aparición del sindicato de Industria ('Sindicato Unico') dio a la clase trabajadora una fuerza a la que la clase patronal no estaba acostumbrada.

Con el paso de los meses que siguieron a la terminación de la guerra mundial, se produjo un descenso en el ritmo económico de Cataluña, y en el verano de 1919 la situación era ésta: una parte patronal en crisis por haberse restringido los mercados, y un movimiento obrero combativo y bien organizado.

El movimiento obrero español, sin que él se diera cuenta de ello, experimentaba los vaivenes del movimiento obrero europeo, al que la revolución rusa (1917) había dado un impulso enorme. En 1919 la clase trabajadora de la Europa continental —Alemania, Austria, Hungría, Polonia, Francia, Italia y España— pudo haber tomado fácilmente el poder político y económico. Un tal acontecimiento histórico hubiese colocado a Rusia —que había hecho una revolución prematura— en un segundo plano, pues la hegemonía y dirección en Europa hubiese correspondido al Occidente industrial, democrático y civilizado.

Por una serie compleja de razones que no es

del caso exponer aquí, el movimiento obrero del Occidente no supo comprender la importancia del momento histórico —la responsabilidad principal recae en la socialdemocracia alemana— y perdió una oportunidad que ya no se le presentaría nunca más. El resultado de esa incapacidad global del movimiento obrero europeo fue, a no tardar, el fascismo, el stalinismo, el hitlerismo, la guerra civil española y, finalmente, la Segunda Guerra Mundial.

En 1919 las clases conservadoras estaban a la defensiva en toda Europa. En 1920 ya habían fortalecido sus posiciones y empezaban a contraatacar.

A cuarenta años de distancia, en amplia perspectiva, es fácil ver cómo lo que ocurrió en España en el otoño de 1920 no era más que un eco directo de lo que sucedió al mismo tiempo en Europa: la derrota del movimiento obrero.

A fines de verano (1920), el Comité Nacional de la CNT, dándose cuenta de que iba a librarse una batalla temporalmente decisiva entre la burguesía industrial y el sindicalismo obrero, decidió buscar un apoyo en la Unión General de Trabajadores. Apenas habían transcurrido nueve meses desde el Congreso de la Comedia en que la CNT había acordado declarar ‘amarilla’ a la UGT y absorberla...

Los líderes sindicalistas se presentaron inesperadamente en Madrid a parlamentar con los líderes socialistas.

El pacto CNT-UGT se firmó en Madrid el 3 de septiembre de 1920. Por la Confederación Nacional del Trabajo lo firmaban: Evelio Boal (secretario del Comité Nacional), Salvador Seguí y Salvador Quemades. Por la Unión General de Trabajadores: Francisco Largo Caballero, Francisco Núñez Tomás, Manuel Cordero, Luis Fernández, Juan de los Toyos y Lucio Martínez Gil.

Esta rectificación brusca de lo acordado en el II Congreso —‘absorción’ de la UGT— no

fue comprendida por la base de la CNT, y los líderes que concibieron el Pacto y lo firmaron fueron criticados y moralmente descalificados. Incluso Asturias, que en el II Congreso se había opuesto a la 'absorción' y defendido la 'fusión', no aceptaba el Pacto hecho precipitadamente desde arriba.

En cuanto a la UGT, que ni remotamente había sido absorbida, no se sentía interiormente muy dispuesta a defender a los que meses antes habían escrito con gran estruendo su esquela de defunción.

Lo que el Comité Nacional de la CNT temía, se produjo en noviembre.

La burguesía industrial catalana concentrada en Barcelona era una gran fuerza económica, pero una débil fuerza política. Entre paréntesis: la burguesía catalana siempre ha sido infantil o estúpida en política. El Gobierno, en Madrid, estaba en manos del partido conservador, ala reaccionaria de los terratenientes, usufructuarios del poder desde la Restauración (1874).

Durante todo el año 1920, las clases patronales catalanas no cesaron de pedir al Gobierno un baño de sangre sindicalista. El Gobierno, presidido por [...] Eduardo Dato, titubeaba. En el seno del gabinete se manifestaban dos tendencias: la de los ministros que se oponían a los deseos represivos de la burguesía industrial catalana y la de los que los aceptaban. Finalmente, el Gobierno, presionado por el ejército, capituló. El gobernador de Barcelona, Federico Carlos Bas presentó la dimisión porque 'no quería ser un gobernador asesino' (fueron sus palabras textuales). Le sustituyó el candidato de la clase patronal, general Martínez Anido, recayendo el nombramiento de jefe de policía en el general Miguel Arlegui [...].

Inmediatamente fueron apresados la mayoría de los dirigentes sindicalistas e hizo su aparición fulminante la banda de asesinos patronal-política titulada 'Sindicato Libre'. Simbólica-

mente, su primera víctima fue un hombre admirable; Francisco Layret, abogado de los sindicatos y diputado a Cortes republicano. Fue asesinado en pleno día, en la puerta de su casa. Quedaba iniciada la fase de terror que alfombró de cadáveres las calles de Barcelona.

Los dirigentes sindicalistas detenidos llenaron la cárcel de Barcelona y las ergástulas de Montjuich. Como no había espacio para todos, un grupo importante fue enviado al castillo de la Mola (Menorca), y otros, formando cuerdas como si fueran galeotes, fueron transferidos a pie a diferentes prisiones de la Península.

Decapitada la CNT, los supervivientes —fuera de la provincia de Barcelona, la represión fue menos intensa— nos reunimos para reconstruir los comités. Andrés Nin sustituyó a Evelio Boal en la Secretaría del Comité Nacional. Y el Comité Regional, que lo integraban Salvador Seguí, Juan Pey, Camilo Piñón, Salvador Quemades y Enrique Rueda, pasó a estar formado, en forma reducida, por Ramón Archs, Joaquín Ferrer (Barcelona), Francisco Isgleas (Gerona), Felipe Alaíz (Tarragona) y Joaquín Maurín (Lérida).»

Este improvisado Comité Regional, que sustituía al que había sido elegido en el Congreso y que estaba detenido, tuvo que enfrentarse a una situación que Maurín describe así ²:

«El hecho de que Madrid fuese la capital política y Barcelona la capital económica, creaba a comienzos de siglo, una dualidad nacional con las consiguientes implicaciones.

En Madrid había rey, Gobierno y Parlamento, y eso daba un indiscutible rango a la 'Villa

² Joaquín Maurín: «Hombres e Historia. Terror y Contra-terror», en *España Libre*. Nueva York, 5 de agosto de 1960.

y Corte'. En Barcelona había movimiento obrero, republicanismo y catalanismo —tres fuerzas de gran potencialidad—, y esto daba prestigio a la 'Ciudad Condal'.

La posibilidad de que esas tres fuerzas se unieran —separadas, se neutralizaban mutuamente— inquietaba al régimen, al que un instinto elemental de conservación aconsejaba proceder de modo que esa conjunción no se produjera. Para impedirlo, el régimen utilizó recursos confesables e inconfesables. Uno de ellos —confesable y confesado— fue favorecer la captación de la fuerza republicana por un demagogo, Alejandro Lerroux, opuesto al catalanismo.

Otro —inconfesable éste— fue mantener en conmoción a la ciudad, dificultando su verdadera cristalización política —el terrorismo de Rull.

Juan Rull, confidente del gobernador civil, dirigía una banda terrorista, que durante algún tiempo mantuvo a Barcelona en incesante zozobra. Rull fue apresado, silenciado y ejecutado cuando el detective inglés Arrow estaba a punto de descubrir el tinglado secreto de un terrorismo estrechamente ligado al Gobierno [...].

Durante los años 1915-20, la clase patronal barcelonesa, al margen del Estado, organizó una fuerza de choque antiobrera. La dirigía el industrial y diputado a Cortes de la Lliga Regionalista, Bertrán y Musitu. Oficialmente Bertrán y Musitu era el jefe del Somatén (una guardia rural catalana de gran tradición); pero detrás de esa fachada legal operaba una banda de facinerosos reclutados en los medios del lumpenproletariat y los requetés. Entre Bertrán y Musitu y la banda actuaba de segundo jefe el capitán Lasarte.

Ahí es donde está el origen del llamado 'Sindicato Libre', que no era sindicato ni libre, sino una banda de pistoleros sostenida por la

clase patronal. El jefe 'activista' de la banda era un tal Sales, y el jefe 'intelectual', un carlista, llamado Laguía Lliteras [...].

Desde noviembre de 1920 (asesinato de Francisco Layret) a marzo de 1923 (asesinato de Salvador Seguí), el movimiento sindicalista se encontró, en Barcelona, atacado noche y día, por la policía y por el 'Sindicato Libre' [...]. Fue el período de la llamada 'Ley de fugas'.

Las autoridades daban el parte diario [...] en la prensa. El clisé habitual era: 'Cuando la policía intentó proceder a la detención de Fulano de Tal, elemento sindicalista peligroso, éste se dio a la fuga y la policía disparó, matándolo.' Las 'operaciones' efectuadas por los del 'Libre' se caracterizaban por otro clisé: 'En un tiroteo entre grupos sindicalistas rivales, cayeron muertos, etc.' [...]."

Durante los meses de noviembre y diciembre de 1920, enero y febrero de 1921, la represión de los sindicalistas adquirió proporciones de verdadera hecatombe. Luego, la furia descendió porque el movimiento sindicalista empezó a contraatacar con éxito [...].

Ante la imposibilidad material de recordar a cada uno de aquellos sindicalistas anónimos, que lucharon y murieron, voy a citar, como tipo representativo, a uno de ellos, Ramón Archs.

Archs —de unos treinta años, moreno, de talla mediana, bien proporcionado, de mirada sagaz— fue quien concibió y, de hecho, dirigió la acción antiterrorista de la CNT durante esa fase. En los pocos meses que le quedaban de vida —fue asesinado [...] en el verano de 1921— fue el alma de la organización. Hacía de enlace entre el nuevo Comité Nacional, del que Andrés Nin era el secretario general, y el Comité Regional, del que yo formaba parte.

Lo recuerdo de una manera especial en una

reunión del Comité Regional celebrada en febrero (1921). En pleno apogeo de la 'Ley de fugas', nos reunimos, un domingo por la mañana, en una barraca de cañas, en la falda norte de la montaña de Montjuich. Llegamos allí de dos en dos, como si fuéramos simples paseantes. La barraca era transparente, desde el interior; pero opaca mirando desde fuera. Formaba parte de una serie de barracas situadas al pie del castillo, que desaparecieron cuando la colina fue transformada en parque-jardín.

Archs, que había escogido el lugar, estaba seguro de que la reunión se celebraría sin incidentes. Siempre había una posibilidad de fracaso, es evidente. Las autoridades y la clase patronal gastaban sumas enormes en sus servicios de 'inteligencia'. Pero los casos de confidencia no eran frecuentes, y sólo se manifestaban en los peldaños inferiores de la organización. Nunca hubo chivatazo en ninguna de las reuniones de los comités superiores.

En la barraca de cañas de Montjuich, después de estudiar la situación general, Archs dijo: 'Se está llevando a cabo en Madrid un trabajo importante, que si sale bien, parará aquí la ola de asesinatos [...]'.

No dijo más a este propósito. Pero todos comprendimos de qué se trataba.

Terminada la reunión, nos dispersamos. Yo salí con Felipe Alaíz.

Alaíz, algo poeta y algo platoniano en su sindicalismo, a veces se exaltaba, y sus explosiones líricas tenían el marchamo del Sindicato Unico. Mientras descendíamos, contemplando la ciudad, extendida entre el mar y la montaña, exclamó, como saludando a Barcelona: '¡Oh, sindicato de la construcción!'

Yo, menos poético, y quizá más realista, contesté: '¡Oh sindicato de la metalurgia!', acordándome de Archs que era metalúrgico...

Unos días después —el 8 de marzo—, Eduardo

Dato, presidente del Consejo de Ministros [...], fue alcanzado por los [...] disparos que se le hicieron desde una motocicleta que iba detrás del coche oficial [...].

Los autores fueron tres sindicalistas, del núcleo metalúrgico de Archs: Mateu, Casanellas y Nicolau.

La muerte de Dato, responsable principal del régimen de terror antisindicalista, fue políticamente saludable. La ola terrorista [...] fue contenida, y un año más tarde —abril de 1922— se formaba un Gobierno presidido por Sánchez Guerra, que restableció las garantías constitucionales y puso en libertad a los presos políticos y sociales. Y unos meses después, con motivo del descubrimiento de un complot para asesinar a Angel Pestaña, Martínez Anido y Arlegui [...], fueron destituidos.

* * *

El Comité Nacional representaba a una CNT en la cual la relación de fuerza de las tendencias ideológicas era muy distinta de la que iba a ser en el futuro. La poderosa CNT catalana era más sindicalista que anarquista, mientras que la CNT de las regiones donde había un partido socialista relativamente fuerte era más anarquista que sindicalista.

Esto se vio en un Pleno Nacional que iba a ser decisivo para el futuro de dos de sus componentes: Maurín y Nin. Como antecédente de esta reunión, cuenta Maurín³.

«La muerte de Eduardo Dato (marzo de 1921), responsable principal de la persecución

³ Joaquín Maurín: «Hombres e Historia. La CNT y la Tercera Internacional», en *España Libre*. Nueva York, 21 de octubre de 1960. De este artículo se ha suprimido lo referente a Pestaña, que, sustancialmente, es lo mismo que ya se ha citado.

sangrienta del movimiento sindicalista, produjo un enorme desconcierto en las altas esferas oficiales de la nación.

El hecho de que dos de los autores, Casanellas y Nicolau, hubiesen podido escabullirse, psicológicamente creaba en Madrid la sensación de una posible segunda 'vuelta'. El cargo de presidente del Consejo de Ministros, antes tan deseado, ahora era 'tabú'. Parece la antecámara de un condenado a muerte. Sustituyó a Dato un quídam cualquiera de la fauna conservadora.

La policía, siempre sagaz y diligente *post mortem*, estaba persuadida —y ahora no se equivocaba— de que Casanellas seguía en Madrid. ¿Con qué propósito? Siniestro, sin duda alguna...

Luis Bagaría, el genial caricaturista de la época, hizo una caricatura, que se publicó en *El Sol*, reflejando el estado de espíritu oficial de entonces. Aparecían dos personajes, en 1971, y recordaban lo que había ocurrido medio siglo antes. Uno de ellos decía: 'Yo fui el único español que no fue detenido entonces.' Al oírlo, el otro exclamaba: 'En ese caso, usted es Casanellas.'

Como el estado de temor e incertidumbre reinante en Madrid, repercutía en Barcelona, y además disminuyó la furia represiva [...], el Comité Nacional de la CNT decidió celebrar un Pleno Nacional. Además de los problemas de actuación y organización planteados había una cuestión internacional que resolver: la CNT había sido invitada a enviar una delegación a Moscú para participar en el III Congreso de la Tercera Internacional.

La Tercera Internacional fue fundada en 1919 como oposición a la Segunda Internacional.

Lenin, que fue quien concibió la idea, cometió —como los acontecimientos posteriores se encargaron de demostrar— un grave error de enfoque, cuyas repercusiones fueron desastro-

sas para el movimiento obrero mundial y para la causa de la democracia.

En 1919 Lenin creía que la revolución rusa era el comienzo de la revolución socialista mundial, y procedía en consecuencia. A su modo de ver, la Tercera Internacional agruparía a las fuerzas obreras revolucionarias de todo el mundo, y la toma de poder político y económico por la clase trabajadora se produciría con la facilidad con que el fruto cae del árbol cuando está maduro.

Ideológicamente, Lenin era una mezcla de socialista marxista y socialista utópico. Su marxismo 'científico' tenía mucha ganga utópica. En el fondo de su dialéctica materialista se movían las sombras de los utopistas del socialismo premarxista. En la concepción de la Tercera Internacional, el utopista se sobrepuso al marxista.

La Tercera Internacional, no produjo la revolución mundial, sino la contrarrevolución mundial. La clase obrera quedó dividida en dos sectores rivales, y por la brecha abierta penetró poco después el fascismo.

Sin la Tercera Internacional, es decir, sin la división del movimiento socialista, ni Mussolini (ex socialista) hubiese tomado el poder en Italia, ni Hitler en Alemania. Y sin fascismo y nazismo, no hubiera habido guerra civil española, ni Segunda Guerra Mundial.

Que la Internacional Comunista fue una creación equivocada, incluso, a la larga, para el propio Estado soviético, lo demostró Stalin disolviéndola de un plumazo años más tarde.

La Confederación Nacional del Trabajo se adhirió a la Tercera Internacional en su II Congreso, celebrado en diciembre de 1919.

Como todo movimiento obrero mundial, la CNT simpatizaba entonces con la Revolución rusa. Y la Tercera Internacional, en sus comienzos, trataba de parecerse más que a la Segunda Internacional, formada por los partidos socialistas, a la Primera, que agrupaba al conjunto del

movimiento obrero, sin distinción de sindicatos y partidos.

Por otra parte, Lenin, aunque marxista, tenía una gran simpatía por el movimiento sindicalista libertario, muy vigoroso entonces en los países latinos: Francia, Italia, España y Portugal. El libro de Lenin *El Estado y la Revolución*, escrito en 1917, era el puente doctrinal que enlazaba el bolchevismo con el sindicalismo y el anarquismo.

Era, pues, completamente lógico que la Confederación Nacional del Trabajo se adhiriera a la Tercera Internacional en 1919, como lo fue su separación tres años más tarde.»

En el mismo artículo, Maurín explica cómo se desarrolló el Pleno Nacional, que iba a adoptar la decisión respecto a la Tercera Internacional:

«Al margen de la información de Pestaña, el Comité Nacional de la CNT, cuyo secretario general era Andrés Nin, decidió convocar un Pleno Nacional, entre otras cosas, para nombrar la delegación que debía ir a Moscú a tomar parte en el III Congreso de la Tercera Internacional.

A pesar del riesgo que se corría, el Comité Nacional acordó celebrar el Pleno en Barcelona, aunque la preparación del mismo se hizo sobre un doble peldaño. Los delegados regionales fueron invitados a presentarse en Lérida, como si fuese allí donde debía tener lugar la reunión. A medida que los delegados iban llegando a Lérida —el Comité Regional de Cataluña me había nombrado delegado al Pleno Nacional—, yo les notificaba que la reunión tendría lugar en Barcelona. Conduje a los delegados a Barcelona, y el 28 de abril (1921) se reunió el Pleno Nacional de la CNT en la casa de un compañero, situada en el barrio de la falda de Montjuich.

Estábamos presentes: Andrés Nin, Jesús Ibáñez (Asturias), Arenas (Galicia), Hilario Arlandis (Valencia), Arturo Parera (Aragón) y Joaquín Maurín (Cataluña). Las Regionales del Norte, Centro y Andalucía, por diversas razones no estaban representadas.

La reunión empezó temprano por la mañana, y duró unas cuatro horas.

En el orden nacional se discutió la cuestión de la represión de que era objeto la CNT en toda España, y de un modo particular en Barcelona. Hubo dos posiciones: la del Comité Nacional y la Regional de Cataluña, opuesta al terrorismo como sistema, y la de la Regional de Aragón, partidaria del terrorismo permanente y sistemático. La tesis de Arturo Parera no encontró el menor eco. Se adoptó el punto de vista del Comité Nacional y la Regional de Cataluña.

A continuación, Nin dio cuenta de la invitación hecha a la CNT para que enviara una delegación a Moscú, al III Congreso de la Tercera Internacional, que debía celebrarse en junio. Fue aceptada.

Pasó a nombrarse la delegación, y fueron designados: Andrés Nin, Jesús Ibáñez, Hilario Arlandis y Joaquín Maurín.

Hilario Arlandis propuso que se invitara a la Federación de Grupos Anarquistas (aún no existía la Federación Anarquista Ibérica) a que indicara un nombre para que fuese el quinto miembro de la delegación. Fue aceptada la proposición, y los Grupos Anarquistas designaron a Gastón Leval.»

La delegación, como el Pleno mismo, estaba formada por jóvenes⁴:

«La edad de los delegados oscilaba entre veinticinco años, Maurín, el más joven, y treinta y tres, Arlandis, el más viejo.

⁴ *Apéndice*, pp. 255 y ss.

Hilario Arlandis, marmolista de oficio, tenía un pasado de actuación anarquista en España y Francia. Había participado en el II Congreso de la CNT. Era anarcosindicalista con una gran simpatía por la revolución rusa.

Jesús Ibáñez, carpintero, había sido miembro de la Unión General de Trabajadores, para pasar a la CNT. Participó en el II Congreso de la CNT. Era sindicalista.

Joaquín Maurín era secretario de la Federación Provincial de Sindicatos de Lérida y director del semanario sindicalista *Lucha Social*. Formaba parte del Comité de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña. Era sindicalista.

Andrés Nin desempeñaba las funciones de secretario general del Comité Nacional de la CNT, por haber sido detenido —poco después fue asesinado— el secretario regular, Evelio Boal. Era sindicalista.

Gastón Leval, anarquista, era francés, refugiado en España por razones de índole militar. Por qué los grupos anarquistas nombraron a un extranjero y no a un nacional, no se aclaró nunca.

La delegación estaba, pues, integrada por tres sindicalistas, un anarcosindicalista y un anarquista, representando, aproximadamente, las características ideológicas de la CNT.»

El viaje se efectuó con la ayuda de sindicalistas franceses y alemanes. El relato del mismo por Maurín⁵ da una idea de cómo en aquella época había que actuar, en medio de persecuciones y trabas:

«Teniendo en cuenta las circunstancias, se convino que cada delegado hiciera el viaje individualmente, señalando como lugar de cita París y Berlín.

⁵ *Apéndice*, pp. 256-257.

Nin y Maurín, sin pasaporte, hicieron el viaje juntos, cruzando la frontera francoespañola a mediados de mayo. En París se reunieron con Arlandis.

Se encontraba entonces en París Augustin Souchy, anarcosindicalista alemán que había estado en Moscú el año anterior. Souchy adoptaba una actitud crítica, aunque ponderada, con respeto al bolchevismo y al proceso de la revolución rusa.

Los anarquistas y anarcosindicalistas españoles que se encontraban en París, con los que se entrevistó repetidamente la delegación, estaban muy influenciados por la campaña antibolchevique que hacía en *Le Libertaire*, semanario anarquista, un emigrado español, que firmaba sus artículos con el pseudónimo de Wilkens. Wilkens había estado en Rusia, sin representar a nadie, y el tema de su campaña anticomunista era la persecución de que eran objeto los anarquistas rusos.

Nin y Maurín entraron en contacto con Pierre Monatte, director del semanario sindicalista procomunista *La Vie Ouvrière*. Monatte, de gran prestigio en la historia del sindicalismo revolucionario francés de comienzos de siglo, era el adalid de la tendencia sindicalista partidaria de la Revolución rusa. Su actitud ejerció una influencia en los sectores internacionales del movimiento obrero en contacto con el sindicalismo francés. Personalmente, Monatte era un hombre desbordante de simpatía. Sus ojos chispeaban de inteligencia y su sonrisa fácil reflejaba una *bonhomie* que cautivaba.

Monatte facilitó a Nin y Maurín, por medio de sus relaciones en Metz, el paso de la frontera francoalemana sin documentación. Arlandis y Leval fueron de París a Berlín, aisladamente, valiéndose de sus relaciones con los núcleos anarquistas. Ibáñez era un privilegiado: viajaba con pasaporte.

Al llegar a Berlín, a comienzos de junio, Nin

y Maurín se dirigieron al domicilio de Fritz Katter, uno de los líderes de la organización anarcosindicalista alemana, con la que la CNT estaba en fraternales relaciones. Katter les notificó que Jesús Ibáñez, que había llegado a Berlín unos días antes, estaba detenido. La policía alemana se encontraba un tanto excitada buscando a los españoles sospechosos, con motivo de la recompensa de un millón de pesetas prometida por el Gobierno español a quien facilitara la captura de los terroristas que, en marzo de ese año, mataron en Madrid a Eduardo Dato, presidente del Consejo de Ministros.

No era, pues, prudente, ir al hotel. Y Nin y Maurín fueron albergados por los compañeros de la organización anarcosindicalista.

Durante su estancia en Berlín conversaron ampliamente con Rudolf Rocker, teorizante anarcosindicalista de gran valor. Su posición doctrinal difería considerablemente de la de Pierre Monatte. Criticaba severamente la actuación de los comunistas, diciendo que la 'dictadura del proletariado', slogan bolchevique, era la dictadura sobre el proletariado.

La organización sindicalista que dirigían Rudolf Rocker y Fritz Katter encargó a un joven intelectual de su grupo que hablaba el español para que estuviera en relación regular con la delegación de la CNT durante su permanencia en Berlín. Aquel joven, alto, delgado, rubio, de aspecto infantil, siempre con la sonrisa en los labios, y que hablaba un español arcaico con acento chileno, sería más tarde un famoso novelista. Era Theodor Plievier.

Mientras tanto, llegaron Hilario Arlandis y Gastón Leval, y fue puesto en libertad Jesús Ibáñez.

El contacto de la delegación de la CNT con los representantes de la Internacional Comunista tuvo lugar en la Embajada rusa, un edificio enorme y sombrío, situado en la Unter den Linden, no lejos de la Puerta de Brandenburgo.

Cuando estuvo preparada la documentación —como rusos repatriados—, los delegados se dirigieron a Stettin, y allí subieron a un barquichuelo alemán, que se dirigía a Reval (Tallín), capital de Estonia. En Reval, un tren especial recogió a todos los ‘rusos repatriados’ que habían llegado en el barco alemán —entre ellos estaba Henriette Rolland-Holst, la poetisa holandesa—, y muy lentamente, con paradas frecuentes e interminables, condujo los delegados a Petrogrado. Un par de días después, la delegación llegaba a Moscú. Era a mediados de junio.»

Viendo las cosas retrospectivamente, Maurín escribía, como vimos, que Lenin cometió un grave error de enfoque al crear la Tercera Internacional, cuyas repercusiones fueron desastrosas para el movimiento obrero mundial y para la causa de la democracia.

Aunque Maurín siempre sintió por Lenin una enorme admiración, con el tiempo comprendió que sus puntos de vista habían ejercido una influencia negativa en el movimiento obrero. De ahí que al cabo de medio siglo del viaje a Moscú, Maurín lo juzgara con más objetividad que cuando hablaba de él a sus compañeros de lucha en España.

Pero entonces las cosas no se veían así. La revolución rusa había hecho nacer muchas ilusiones y la Tercera Internacional parecía el lugar adecuado para cualquier revolucionario. Además, «en sus comienzos, trataba de parecerse más que a la Segunda Internacional, formada por los partidos socialistas, a la Primera, que agrupaba el conjunto del movimiento obrero, sin distinción de sindicatos y partidos».

* * *

La delegación cenetista se encontró, apenas llegada a Moscú, en una situación ambigua. Poco antes, en marzo, Trotsky había aplastado por la fuerza a los marinos y obreros de Cronstadt. Entre ellos había no pocos anarquistas, que, en 1917, habían ayudado decisivamente a los bolcheviques a tomar el poder, y que, en 1921, alarmados por los comienzos de la burocratización del proceso revolucionario, reclamaban medidas que ahora denominaríamos de autogestión. Naturalmente, la represión de Trotsky causó pésima impresión en los delegados anarquistas, y no sólo entre los españoles, sino entre los de otros países.

Pero, así y todo, la visita a Moscú dejó una profunda huella en Maurín. Este, años después, hablaba a menudo de ella, la describía en conferencias y charlas, contaba cómo vio a Lenin y a otros bolcheviques que, para los obreros españoles, eran figuras legendarias. Durante unos años no escapó al hábito mental comunista: tomaba la revolución rusa por modelo y comparaba cualquier situación, en cualquier país, con tal o cual etapa de la revolución bolchevique. Lo que en ésta se había hecho era lo que debía hacerse en cada caso. Pero Maurín, a diferencia de muchos otros, se sobrepuso pronto a este vicio de apreciación.

Una prueba de la impresión que en él causó el viaje a Rusia está en el hecho de que ya en 1960, cuando aún no pensaba en sus memorias, escribió varios artículos contando esta visita con cierto detalle⁶.

«En el verano de 1921, la Revolución rusa se encontraba en la encrucijada: los bolcheviques habían ganado la guerra civil y habían hecho fracasar el cerco militar-económico ('cordón sanitario') organizado por Francia, Inglaterra y Estados Unidos; pero los campesinos, defraudados por el giro tomado por la revolución, se iban separando cada vez más

⁶ *Apéndice*, pp. 257 y ss.

intensamente del proletariado y las ciudades, creándose una brecha peligrosísima, de la que fue un ejemplo alarmante la insurrección de Cronstadt. Por otra parte, la revolución socialista en la Europa central y occidental, en la que Lenin y Trotsky habían confiado, se desvanecía.

Era con ese telón de fondo que el 22 de junio iniciaba sus tareas el III Congreso de la Internacional Comunista, en la sala de San Jorge del Kremlin.

El III Congreso fue sin duda el más importante de todos en la historia de la Comintern. Participó activamente en él Lenin, señalando, para el interior, el fin de la etapa del comunismo de guerra, y el comienzo de una economía mixta; y en el exterior, la adaptación de la realidad soviética al sistema capitalista, mucho más vigoroso de lo que él había creído o soñado.

Lenin —el cerebro de la revolución— no era un exaltado, ni un aventurero ni un demagogo. Estaba dotado de una prodigiosa intuición política, que le permitía sentir y presentir las corrientes subterráneas de la historia. Cometió errores enormes; uno de ellos, la fundación de la Internacional Comunista, que dividió y envenenó a la clase trabajadora de todo el mundo, uno de cuyos resultados fue el nazifascismo y, como consecuencia la Segunda Guerra Mundial. Pero sus aciertos, desde su punto de vista, fueron superiores a sus equivocaciones. Era un prodigioso jugador en el tablero del ajedrez de la historia. Movía las fichas con una precisión matemática, y, al cabo de unas cuantas jugadas, daba jaque-mate. Así tomó el poder en noviembre de 1917; así ganó la guerra civil; así desbarató el cerco creado alrededor de Rusia por los Aliados, y así iba ahora a ganar la batalla económico-política, llegando a una coexistencia con los campesinos por medio de la Nueva Política Económica (NEP).

A medio siglo de distancia, se puede hablar de Lenin con objetividad. Para bien o para mal —la historia hace caso omiso de la justicia—, es uno de los colosos que ha producido la historia. En Rusia, desde el punto de vista nacional, la figura número uno, desde luego.

Personalmente sencillo y modesto, daba la impresión sincera de tener conciencia de sus limitaciones. Era un mediano teorizante, un mediano economista, un mediano escritor, un mediano orador... Pero como estratega político alcanzaba proporciones de genio. El solo, con el instrumento que él forjó pieza a pieza, el partido, y con su estrategia política revolucionaria alteró la marcha de la historia. Sin Lenin no hubiese habido revolución comunista rusa; sin revolución rusa, que sigue en pie desde hace cerca de medio siglo, el mundo no sería el mismo de ahora ni en Europa, ni en Asia, ni en Africa, ni en América.

El impacto ejercido por Lenin en los componentes de las delegaciones —en la española, por lo tanto— fue enorme.

La primera vez que los delegados españoles vieron a Lenin fue en la sala de San Jorge, una tarde a fines de junio. Lenin entró por una puerta lateral y sin ser observado se sentó al extremo derecho de la mesa presidencial. Cuando los delegados que llenaban la sala se dieron cuenta de que Lenin estaba allí, ocupando su lugar en la tribuna, empezaron a aplaudir. Lenin miró como asombrado, hizo un gesto despectivo y se puso a leer un periódico, como queriendo decir a los que le aplaudían: '¡No sean ustedes bobos!'

Las veces que habló en las sesiones plenarios del Congreso lo hizo en alemán. Hablaba despacio, con vigor, subrayando las frases con movimiento vertical de la mano. Su oratoria no tenía la elocuencia de Trotsky. Daba la impresión de un profesor que explica la lección a sus alumnos: exponía concisa y claramente,

subrayaba, repetía y, finalmente, clavaba el punzante estilete de sus conclusiones.

El III Congreso giró en torno a la nueva política —un paso atrás— que Lenin preconizaba nacional e internacionalmente. Todo lo demás —luchas entre fracciones rivales en los partidos comunistas—era anecdótico y secundario.

La delegación de la CNT asistió al Congreso de la Comintern; pero dado el carácter sindical de la misma, se reservaba para el Congreso constitutivo de la Internacional Sindical Roja (Profintern), dejando que participaran en el Congreso de la IC, si lo deseaban, los delegados que, en representación de los dos partidos comunistas que había en España, se encontraban en Moscú ⁷.

⁷ Los dos partidos comunistas de que habla Maurín se habían formado en 1919-20 por escisiones en el Partido Socialista Obrero Español: La primera, cronológicamente, fue una escisión de las Juventudes Socialistas, iniciada por la Agrupación de Madrid, que se llevó aproximadamente a la mitad de sus miembros —es decir, un millar—, dirigidos por el maestro Ramón Merino Gracia. Ocurrió después del Congreso del PSOE de 1919, que expresó su simpatía por la revolución rusa, pero declinó adherirse a la Tercera Internacional. En 1920, en un nuevo Congreso del PSOE, los partidarios de la adhesión vencieron (por 8.268 votos contra 5.016) y el Congreso envió a Rusia una delegación formada por Daniel Anguiano y Fernando de los Ríos. Luego, el informe de De los Ríos (a quien Lenin dijo la frase que se hizo famosa: «Libertad. ¿Para qué?») determinó que en otro Congreso el PSOE decidiera definitivamente no adherirse a la Tercera Internacional (por 8.808 votos contra 6.025 en favor de la adhesión) y hacerlo, en cambio, a la Internacional Reconstructora (inspirada por los socialistas austríacos, a la que Lenin calificó de Internacional «Dos y Media»). Daniel Anguiano y otros socialistas decidieron, entonces, separarse y formar un partido comunista. Fue en el Congreso de la Internacional de 1921 cuando los delegados de los dos partidos (el de los jóvenes y el de los adultos), por presión de Moscú, se unieron en un solo partido, cuyo primer secretario fue Rafael Millá, quien, al ser detenido, fue sustituido por Manuel Núñez Arenas. Entre los fundadores del Partido comunista había militantes cuyos nombres aparecerán a me-

La delegación de la CNT mantuvo con las de los dos partidos —después se fusionaron— excelentes relaciones de camaradería, sin que mediara, sin embargo, ningún contacto político o de organización.

Los delegados de los dos partidos comunistas no participaron en el Congreso de la Internacional Sindical Roja.

El Congreso constitutivo de la ISR se celebró (del 3 al 19 de julio) en la sala de las columnas de la sede de los sindicatos de Moscú, que había sido el Club de la nobleza moscovita. Con un poco de imaginación, olvidando por un momento los debates sindicales, no era difícil reconstruir en esta misma sala, unos años antes, a la luz de las mismas arañas de cristal un animado baile de príncipes y princesas, duques y duquesas, condes y condesas, con el retrato del zar al fondo...

Después de crear la Tercera Internacional, Lenin se había dado cuenta de que precisaba, orgánicamente, separar los partidos de los sindicatos. Además de que sus objetivos inmediatos y sus características eran distintos. A la Tercera Internacional se habían adherido varias organizaciones de tipo sindicalista, como la Confederación Nacional del Trabajo de España, que realmente no encajaban en una organización de partidos. De ahí la fundación del Profintern, que sería la proyección de los sindicatos rusos en el área mundial.

El líder máximo de los sindicatos rusos era Mikhail Tomskey, que formaba parte del Politburó del partido, junto con Lenin, Trotsky, Bujarin, Zinóviev, Kámenev y Stalin. Lógicamen-

nudo en estas páginas: José Bullejos, Manuel Portela, Juan Andrade, Julián Gómez (Gorkin). La Internacional encargó a un abogado y diputado italiano, Antonio Graziadiei, que negociara la fusión de los dos grupos y que orientara sus primeras actividades. Esos dos partidos no participaron en el Congreso de fundación de la Profintern, sino sólo en el de la Comintern.

te, era Tomsy quien debía encabezar la Internacional Sindical Roja, como Zinóviev era el dirigente máximo de la Internacional Comunista. Ahora bien, Tomsy no hablaba más que el ruso, y eso constituía un grave inconveniente en una organización de carácter internacional. Para sustituirle, los dirigentes bolcheviques escogieron a Alexander Losovsky, que había vivido en Francia, en donde se le conocía como el sombrerero Salomón Alexander Drizo-Losovsky. Antiguo menchevique, pasó al bolchevismo, como tantos otros, a raíz de la Revolución de Octubre. Sin brillantez intelectual, fue siempre una figura de segundo orden en la jerarquía bolchevique. (Peció en las purgas stalinianas.) Conocía el movimiento obrero internacional, hablaba varios idiomas y, habiendo sido obrero, se encontraba psicológicamente más cerca de los delegados de procedencia proletaria que los otros jefes bolcheviques, intelectuales y procedentes de la clase media, la mayoría de ellos.

El Congreso del Profintern giró alrededor de Losovsky, que llevó a cabo con éxito la tarea que le había sido asignada.

La delegación de la CNT jugó un papel de primer orden en el desarrollo del Congreso, del que Nin fue uno de los líderes. Arlandis participó activamente en las comisiones; Ibáñez cooperaba discretamente, y Maurín desempeñaba las funciones de secretario de la delegación. Gastón Leval adoptó, desde el comienzo, una actitud de desconfianza o indiferencia, según los casos, y se mantenía casi siempre apartado.

Nin, Arlandis, Ibáñez y Maurín —ninguno de ellos era comunista entonces— estaban fundamentalmente de acuerdo y actuaban formando un *team*.

La cuestión más discutida en el Congreso fue la de la relación que debía existir entre las dos internacionales: la política, Comintern, y la sindical, Profintern. A este propósito se mani-

festaron dos tendencias opuestas: la que era partidaria de que no existiera entre ambas ninguna relación orgánica, y la que creía que esa relación debía existir. Las delegaciones de tipo fundamentalmente sindicalista, como la de Francia, estaban internamente divididas a este respecto. En la española, Arlandis, en principio, era opuesto a la relación; Nin, Ibáñez y Maurín, partidarios. Arlandis se sometió al criterio de la mayoría.

El Congreso del Profintern no alcanzó nunca gran altura. Además de quedar eclipsado por el del Comintern, la verdad es que no había congresistas capaces de levantar su nivel. Uno de los escasos participantes cuyo nombre adquirió relieve internacional años más tarde, fue el búlgaro Georges Dimitrov, que se distinguió en el Congreso, no por su intervención en las sesiones plenarias, sino por su cerrilísimo intransigente en las comisiones.

Quizá hubiese podido elevar el nivel del Congreso Bill Haywood, el gran luchador de los IWW que, para evitar un encarcelamiento, se marchó de Estados Unidos, y llegó por entonces a Moscú. Pero por las razones que fueron, Haywood, figura físicamente imponente, no participó en el Congreso. Big Bill se dedicaba a coleccionar cajas de fósforos.

Con la excepción de media docena escasa de delegaciones, entre las cuales la de la CNT española, la mayoría de los delegados representaban grupos minoritarios. Y lo que, finalmente, el Congreso buscaba tenía un signo negativo: cómo infiltrarse en el movimiento sindical de las grandes organizaciones para apoderarse de ellas o escisionarlas.

Para levantar un poco el tono en las últimas sesiones, hicieron acto de presencia en la sala de las columnas Rikov y Bujarin...

Unos cuantos años más tarde, en esa misma sala de las columnas, Rikov y Bujarin eran

sentenciados a muerte como 'enemigos del pueblo' por la barbarie staliniana...»

La delegación cenetista debe ocuparse no sólo de los problemas que se plantean en el Congreso, sino de una cuestión que la afecta de modo directo: la situación de los anarquistas en Rusia. Maurín explica:

«Al margen de los congresos, mientras se celebraban, uno de los problemas, quizá el principal, que tenía planteado la delegación de la CNT era la cuestión anarquista o, mejor dicho, la persecución de los anarquistas por parte del poder soviético.

En los comienzos de la revolución, una parte de los anarquistas rusos se había adherido a los bolcheviques, en la fase de destrucción del régimen caído; otra parte, con una concepción simplista del proceso revolucionario, se sintió decepcionada y adoptó, como Kropotkin, una actitud crítica pasiva; otros, en fin, se enfrentaron con los bolcheviques, atacándoles como pudieron. Naturalmente, los bolcheviques contraatacaron.

La actuación del guerrillero anarquista Makhno en Ucrania durante la guerra civil, y su persecución posterior por los bolcheviques dio, en cierto modo, a la lucha de los anarquistas contra los comunistas un aspecto romántico, con repercusiones sentimentales en los medios anarquistas y anarcosindicalistas de todo el mundo.

En los intermedios de los congresos, los anarquistas y anarcosindicalistas celebraban reuniones para estudiar la cuestión de las relaciones entre los anarquistas rusos y el poder comunista. A esas reuniones, generalmente celebradas por la noche en las habitaciones que los delegados de los congresos ocupaban en el hotel Luxe, acudían los anarquistas y anarcosindicalistas que formaban parte de las dele-

gaciones. Los más conspicuos eran los franceses. Asistían, aunque raramente, Alexander Berkman y Emma Goldman, anarquistas norteamericanos que apenas intervenían en las discusiones.

El más activo de todos, y el que daba la impresión de moverlo todo, era el anarcosindicalista ruso Alexander Shapiro.

La delegación de la CNT participaba en esas reuniones, y su parecer era escuchado con el mayor interés, siendo casi siempre decisivo. Así, en una de las reuniones, alguien propuso que las delegaciones sindicalistas se retiraran del Congreso del Profintern como protesta contra la persecución de que eran objeto los anarquistas. El delegado de la CNT —Maurín, en esta ocasión— se opuso, y la proposición hecha no prosperó.

Finalmente, se acordó nombrar una comisión que fuese a entrevistarse con Dzerzhinsky, jefe de la Tcheka (policía política) para plantearle abiertamente la cuestión. La comisión que se entrevistó con Dzerzhinsky estaba integrada por cinco delegados, uno de los cuales, Maurín, en representación de la CNT. La entrevista se celebró en el edificio de Lubianka, sede central de la Tcheka.

Como Dzerzhinsky sólo hablaba ruso y polaco, ejerció de intérprete Manuilski. Si Manuilski, que más tarde jugó un gran papel en la fase de «bolchevización» de los partidos comunistas, era entonces un agente de la Tcheka, no está claro.

Dzerzhinsky, de cara alargada y nariz afilada, delgado, con el pecho hundido, vestía rubachka, y tenía delante, sobre la mesa, apoyada contra el aparato del teléfono, la fotografía de un niño, que miraba atentamente, mientras alguien hablaba en francés. Escuchó la exposición que se le hacía, y dijo que los anarquistas no eran perseguidos como tales, sino como adversarios activos del régimen y como autores

de actos criminales. 'Es posible —manifestó— que se hayan cometido algunos errores, pero si ustedes nos los señalan, los enmendaremos.'

La comisión estaba preparada: llevaba una lista de unos cincuenta nombres de anarquistas presos.

Cuando Dzerzhinsky leyó la lista, se le demudó el semblante, se le abrieron las aletas de la nariz y dijo algo probablemente muy duro, que Manuiski tradujo: 'Ustedes han sido engañados. En esta lista veo nombres de atracadores y asesinos. Otros me son desconocidos. Algunos de los aquí indicados no están presos, sino fugitivos, y algunos de ellos están preparando asaltos y robos.'

La comisión había fracasado en la entrevista con Dzerzhinsky. Cuando informó del resultado negativo, se acordó que una segunda comisión se entrevistara con Lenin.

Lenin recibió a los delegados en su despacho del Kremlin y, como siempre, se mantuvo en una actitud de cordial camaradería. Dijo que los anarquistas habían cooperado admirablemente en la primera fase de la revolución; pero se habían ido apartando a medida que el proceso revolucionario crecía en dificultades. Comprendía la importancia que, desde el punto de vista de la propaganda fuera de Rusia, tenía el hecho de que hubiera anarquistas presos. 'Plantearé la cuestión —resumió— al Politburó. Pero no olviden ustedes que allí está Trotsky...'

En efecto, Lenin llevó la cuestión al Politburó. Algún tiempo después se hizo una revisión de los expedientes de los anarquistas detenidos, y los que no estaban complicados en robos, atracos, atentados, asesinatos y sabotajes, fueron puestos en libertad.»

Había entre los que asistían al Congreso elementos del tipo que Pestaña había señalado a Lenin dos años antes: aprovechados, egocéntricos. Pero había también

idealistas con entusiasmo y espíritu de sacrificio. Y en muchos, sin duda, se mezclaban las dos tendencias, como ocurre en todo movimiento político, en el cual la mayoría de sus militantes están movidos, a la vez, por estrechos motivos personales y por motivos colectivos y de altura. Maurín recuerda las veladas en el destartelado e incómodo hotel Luxe.

«La delegación de la CNT, al llegar a Moscú, fue instalada, junto con otros muchos delegados, en el hotel Luxe, en la Tverskaia, en el centro de la ciudad, a poca distancia del Kremlin. El Luxe debió haber sido un hotel importante a fines del siglo pasado; pero en 1921 estaba destartelado y resultaba repulsivo. Sin embargo, el hecho de ser la residencia general de los delegados facilitaba los contactos entre ellos.

En la habitación ocupada por Nin, Arlandis, Ibáñez y Maurín se celebraban dos o tres veces cada semana reuniones de carácter informativo, de las que Víctor Serge era el eje. Se hablaba y discutía acerca de las realizaciones y perspectivas de la revolución. Víctor Serge, en sus charlas, era claro y sincero. Hacía la crítica y el elogio, según lo creyera justo; señalaba los defectos y las virtudes, los errores y los aciertos. A la charla exposición de Serge seguían las preguntas. Con frecuencia, la contestación estaba sombreada por la incertidumbre. Pero lo que siempre quedaba incólume, incontrovertible, era la sinceridad, la honradez, la fe socialista y el espíritu internacionalista de los jefes de la revolución.

Después de Víctor Serge, la persona que estuvo en relación más efectiva con la delegación española fue Alfred Rosmer, sindicalista francés del grupo de Monatte. Detrás de su apariencia fría, Rosmer ocultaba una gran cordialidad humana. Sentía una gran devoción por el movimiento sindicalista español, que cono-

cía bastante. Todo esto hizo que la delegación española se sintiera profundamente ligada a él desde los primeros momentos.

Rosmer era entonces el delegado de Francia en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Gozaba de la mayor simpatía y consideración de Lenin y Trotsky, que consideraban el sindicalismo en los países latinos como el mejor potencial aliado de la revolución rusa.

Rosmer, temperamentamente taciturno, sólo hablaba lo necesario, y siempre de una manera justa y equilibrada. No deformaba nunca las proporciones: su exposición era clara y concisa. Cuando se le hacían preguntas que él consideraba graves, contestaba: '¿Por qué no planteáis la cuestión a Trotsky, a Kámenev, a Lunatcharsky, etc.?' Y preparaba entrevistas de la delegación con Trotsky, Kámenev, Lunatcharsky y demás.

La entrevista con Trotsky, en su despacho de la Comisaría de Guerra, tuvo una cierta importancia. Duró un par de horas. Trotsky expuso las dificultades enormes que se habían interpuesto en el camino de la revolución: en el orden económico, militar, político e internacional. Hablaba de compañero a compañero. Seguía creyendo en la 'próxima' revolución proletaria mundial. Confiaba que a no tardar, en Checoslovaquia y en Bulgaria, en donde los partidos comunistas eran mayoritarios, éstos tomarían el poder, con lo cual se abrirían nuevas perspectivas revolucionarias. 'Cuando eso ocurra —dijo— los soviets no permitirán que se repita en Checoslovaquia y en Bulgaria lo que pasó en Hungría en 1919.'

La delegación española había sido encargada por el Pleno Nacional de la CNT que la nombró de plantear una 'grave' cuestión: '¿Podrían los Soviets enviar a la CNT armas para hacer la revolución?' Trotsky contestó: 'Para hacer una revolución es preciso haber ganado las simpatías de la mayoría de la población,

y entonces se cuenta naturalmente con los soldados, que son los que tienen las armas. Las armas necesarias para la revolución española están en España. Ganen la voluntad de los que las tienen, y dispondrán de las armas necesarias.’

Al terminar la entrevista, Trotsky invitó a la delegación a pasar el próximo domingo en el campo en compañía de un grupo de jefes de la guarnición de Moscú.

A unos 30 kilómetros de la ciudad, en un claro de un bosque de abedules, en la antigua casa de campo de algún duque o gran duque, los jefes de la guarnición de Moscú pasaron el domingo en compañía de los sindicalistas españoles... El comisario político, un viejo metalúrgico, dijo que conocía a España por la lectura de las novelas de Blasco Ibáñez, y preguntó por Pablo Iglesias...

Durante las semanas que siguieron a la terminación de los congresos, hasta fines de agosto, la delegación, además de celebrar entrevistas, visitó fábricas, escuelas e instituciones. Una de las visitas más curiosas fue la que hizo a la fábrica de moneda. Los delegados quedaron sorprendidos viendo que un equipo de máquinas imprimía moneda soviética, y otro, billetes zaristas, con la efigie de Nicolás II. ‘¿Por qué?’ —preguntó con extrañeza uno de los delegados. Respuesta: ‘Porque los campesinos no venden sus mercancías más que si se les paga con esa clase de moneda...’ Esa artimaña explicaba más elocuentemente que todo lo que pudieran decir los libros y discursos, cómo el campesino, que en 1917-1918 había hecho la revolución agraria, al lado de los bolcheviques, en 1921 estaba contra el poder soviético.

En los congresos, en el Kremlin, en el antiguo Club de la Nobleza moscovita, en los Comisariados, en las salas de conferencias, la delegación sindicalista española, vio, escuchó o habló a Lenin, Trotsky, Bujarin, Kámenev, Zinóviev,

Kalinin, Rikov, Tomsy, Dzerzhinsky, Lunatcharsky, Radek, Krupskaja, Kollontai...

A quien no vio nunca fue a Stalin, que no existía entonces en el dominio de la política internacional de los bolcheviques.»

* * *

La delegación regresa a España. Todos menos Nin, que, por decisión de sus compañeros, se queda en Moscú y poco después empezará un período de varios años de servicio en la Profintern. Ibáñez, que viaja con pasaporte propio, es detenido en la frontera: los demás, con pasaporte falso, entran sin problemas.

Maurín, según la ficha policíaca suya de esta época⁸, usaba distintos nombres: Juan Olmedo, José Antonio Escolá Macellas, Luis Séral Soro. Indica la ficha que en su viaje de regreso, Ibáñez y Maurín fueron detenidos en la ciudad alemana de Stettin y puestos en libertad al cabo de cinco días, a condición de que salieran de Alemania, donde había entonces un gobierno socialista. El pasaporte de Maurín en ese momento llevaba el romántico nombre de Honorio de Lima. La ficha informa todavía que vivió por un tiempo en Madrid, en la calle de Sevilla, 4, y que tenía una *boite-à-lettres*, en Sadurní, 9, de Barcelona, a nombre de Ernesto Bonastre.

Era costumbre, entre los sindicalistas de aquel período, llevar siempre dos o tres identificaciones. Era fácil, porque, como no existía el carnet nacional de identidad, la gente se identificaba con la cédula personal (que venía a ser el recibo de haber pagado el impuesto municipal). En ella no había foto; además, se obtenía sin formalidad ninguna, con sólo pagar el reducido impuesto.

La CNT seguía en la ilegalidad. En Lérida se reunió,

⁸ Pedro Foix: *Los archivos del terrorismo blanco*. Barcelona, 1932, reproduce esta ficha en facsímil.

en octubre de 1921, un Pleno Nacional, ante el cual Maurín informó sobre el viaje a la URSS. Se aprobó por unanimidad. Pero pronto hubo grupos anarcosindicalistas que, ante las noticias que se recibían de Rusia, comenzaron a dudar: no les parecía prudente que la CNT siguiera afiliada a la Profintern. Llevaba la voz cantante de esta tendencia el semanario madrileño *Nueva Senda*, mientras que *Lucha Social*, de Lérida, defendía la adhesión.

Como Nin se quedó en Moscú, Maurín fue nombrado secretario provisional del Comité Nacional. Gracias a su prestigio creciente, consiguió que el Comité no adoptara ninguna decisión sobre la cuestión; puesto que la adhesión había sido decidida por un Congreso, sólo un Congreso podía anular este acuerdo, decía. Pero el 22 de febrero de 1922, Maurín fue detenido. Sin Maurín en sus reuniones, el Comité Nacional comenzó a vacilar en la cuestión de Moscú. Cambió el gobierno, y el nuevo permitió que la CNT volviera a la legalidad. Inmediatamente, se reunió en Zaragoza una Conferencia Nacional que decidió, entre otras cosas, retirar la adhesión de la CNT a la Profintern y enviar, en cambio, una delegación a un congreso convocado en Berlín para crear la AIT (Asociación Internacional de Trabajadores, el mismo nombre que tuvo la Primera Internacional), que debía reunir a los diversos movimientos anarquistas y anarcosindicalistas del mundo y de la cual la CNT se convirtió pronto en el eje.

Esta decisión parecía peligrosa a Maurín y sus compañeros. El mismo lo explica ⁹.

«Una minoría —la influenciada por *Lucha Social*, de Lérida— no aceptó la decisión de la Conferencia de Zaragoza por dos razones principales: primera, la adhesión de la CNT a la Internacional Comunista había sido acordada en un Congreso, y sólo un Congreso estaba fa-

⁹ Apéndice, p. 266.

cultado para rectificar el acuerdo; segunda, la ruptura con la Internacional Sindical Roja era el sector anarquista de la CNT el que la imponía, y el sector sindicalista no debía dejarse dominar por los anarquistas.

Este punto de vista, sostenido por Maurín, Nin, Arlandis e Ibáñez, contaba con muchos partidarios, sobre todo en Cataluña, Asturias y Valencia.

Los sindicalistas partidarios de la Internacional Sindical Roja se organizaron en Comités Sindicalistas Revolucionarios, en una conferencia nacional que se celebró en Bilbao a fines de 1922. En 21 de diciembre de ese mismo año, empezó a publicarse en Barcelona el semanario *La Batalla*, portavoz de los Comités Sindicalistas Revolucionarios.

En los meses que siguieron, los Comités Sindicalistas Revolucionarios —parecidos a la organización del mismo nombre, en Francia, cuyo órgano era *La Vie Ouvrière* dirigida por Pierre Monatte— hicieron grandes progresos. En Barcelona, por ejemplo, las direcciones de los tres sindicatos más importantes —Transporte, Metalurgia y Textil— estaban en manos de partidarios suyos.»

No sólo el temor —que Maurín todavía no compartía— de que el gobierno bolchevique se volviera más y más una dictadura ayudó a los anarquistas en su reconquista de la CNT, sino también la campaña que sostenía contra ellos el semanario madrileño *El Comunista*, que hacían Andrade, Manuel Pumarega y Merino Gracia. Moscú, donde la CNT gozaba de mucho prestigio, a pesar de sus divergencias con la Profintern, debió considerarla perdida, pues cuando en 1921 llegó a España Mikhail Borodin (que poco después fue el agente de la Comintern cerca de Chiang-Kai-Chek, en China), se entrevistó con algunos socialistas y comunistas madrileños, pero no entró en contacto con ningún cenetista.

Tampoco lo hizo su ayudante, un mexicano apellidado Ramírez, que se quedó en Madrid por un tiempo, cuando Borodin dio por terminada su breve visita.

En los pocos recuerdos que Maurín escribió, los acontecimientos posteriores a 1922 se tratan de modo mucho más esquemático y sin dejar que en ellos se deslicen anécdotas personales. Esto, creo, indica que para el Maurín de la vejez, los años 1917-1922 fueron los decisivos y aquéllos en cuyo recuerdo se complacía más. Fueron los años románticos, exaltantes, con el descubrimiento de una ideología, de una organización, de una meta concreta y de una experiencia deslumbradora. A partir de entonces, la actuación de Maurín fue mucho menos espectacular, menos apasionante —aunque no menos apasionada. Entre otras razones, porque formaba parte de una minoría exigua y porque esta minoría debía ir contra la corriente y, haciéndolo, esperar el momento en que dejaría de serlo. Esta posición exige mucha tenacidad, mucha convicción, mucho entusiasmo callado, pero no tiene nada de romántica ni de dramática. Es una posición de la que Maurín ya no saldría nunca.

EL COMUNISTA EN DESACUERDO

Maurín se consideraba comunista en 1922. Pero los Comités Sindicalistas Revolucionarios no lo eran, propiamente hablando. Aunque estaban adheridos a la Profintern (Nin era su representante en ella), no exigían de sus miembros que se declararan comunistas. Bastaba con que desearan que la CNT se adhiriera a la Internacional Sindical Roja y adoptara posiciones claras en materia política, que se pronunciara por luchar por una sociedad comunista y abandonara las tácticas antipolíticas de los anarquistas.

En realidad, se trataba de contrarrestar la influencia de los anarquistas en el proletariado catalán y de llegar a sustituirlos en la dirección de la CNT. Era una labor larga, que exigía tenacidad, habilidad, no desalentarse con los fracasos y no deslumbrarse con los éxitos. Estos, muchas veces, se debían no tanto a las posiciones políticas cuanto al prestigio de los militantes que las sostenían o al desencanto con los anarquistas de los obreros de tal o cual ramo.

Los Comités iban ganando terreno. Como se ha visto, conquistaron algunos sindicatos importantes. En Lérida, donde Maurín conservaba todo su prestigio, muchos sindicalistas se pronunciaron en su favor. En Barcelona, los Comités captaron a algunos viejos sindicalistas conocidos: a Daniel Rebull (David Rey), al médico Tomás Tusó y a un tarraconense, del que se contaban muchas leyendas de hombre de acción, Eusebio Rodríguez Salas, de vida privada algo turbia.

La Batalla, que dirigía Maurín y administraba un muchacho empleado como él en la Asociación de Empleados Municipales de Barcelona, Josep María Foix (que fue asesinado en abril de 1923 por los pistoleros del «libre»), tiraba 3.000 ejemplares. Se imprimía en la imprenta Cosmos, cuyo regente era el cenetista Martí Barrera, que abría crédito a los Comités a pesar de que disentía de ellos. Pere Bonet e Hilario Arlandis eran los redactores del semanario.

La acción de los Comités era doble: por un lado, con *La Batalla*, se trataba de orientar e informar. El semanario sostenía, con discreción y sin mucha retórica, las posiciones de la Comintern y defendía la revolución rusa, pero se ocupaba, sobre todo, de las cuestiones españolas y de la vida interna de la CNT. Por otro lado, los militantes de los Comités debían convencer a los obreros del sindicato del cual formaran parte de la justeza de sus posiciones, criticar la dirección anarquista, asistir a las asambleas sindicales, hablar, presentarse como candidatos y, si eran elegidos, dirigir con acierto el sindicato. La mayoría de ellos contaban con una larga experiencia sindical (la intensidad de la misma hacía que pudiera considerarse larga una vida militante de tres o cuatro años). La actuación de los Comités no era secreta. Los cenetistas la conocían y a veces colaboraban con ellos. Por ejemplo, el Ateneo Enciclopédico Popular, dirigido por el doctor Jaume Ayguadé, organizó una campaña contra el terrorismo. En los mítines de la misma

hablaron Juan Peiró, Angel Pestaña, Libertad Ródenas y Maurín por *La Batalla*.

Entretanto, el Partido —unificado, como se dijo, en el III Congreso de la Internacional— llevaba una vida precaria. Había constantes crisis en su dirección. Algunos elementos procedentes del PSOE volvieron a éste. Otros, detenidos, se dejaron convertir por un dominicano famoso a la sazón, el padre Gafo, como ocurrió con los dirigentes Pérez Solís y Merino Gracia (este último, además, se hizo miembro de los sindicatos libres).

Para Maurín, la vida del Partido era secundaria. Aunque estuvo de acuerdo con la propuesta de formar un frente obrero único —lanzada, sin resultado ninguno, por su I Congreso, en marzo de 1922— y con la condena del terrorismo —pronunciada por el II Congreso, en marzo de 1923—, veía con desagrado los frecuentes viajes a Madrid del suizo Jules Humbert-Droz que, enviado por la Comintern, daba instrucciones al Partido. No le agradaba tampoco el tono de crítica a los anarquistas, que con aires de superioridad adoptaba el semanario madrileño del Partido, *La Antorcha*, haciendo más difícil la acción de los Comités.

Mientras que la policía toleraba la actuación del Partido —la Dictadura ni siquiera lo declaró ilegal—, perseguía a los miembros de los Comités, porque estaban en la CNT. Maurín, además de dirigir *La Batalla* y escribir algunos folletos, daba conferencias, asistía a reuniones y orientaba la acción de los Comités. Estos, aunque fundados en Bilbao y con acción en diversas partes de España, eran activos sobre todo en Cataluña. Maurín transmitió a Seguí una carta enviada por Losovsky, invitándolo a visitar Moscú con motivo del primero de mayo de 1923; la carta llevaba una postdata manuscrita de Nin. Seguí no pudo contestarla, porque fue asesinado.

Maurín había seguido siendo amigo no sólo de él, sino de otros muchos sindicalistas. Gracias a esto, cuando en 1923 fue suspendida *Solidaridad Obrera*, diario de la CNT, la redacción de *La Batalla* hizo aparecer un diario

provisional —*Lucha Obrera*— en el cual trabajaron los redactores de la *Soli*. Sin embargo, la dirección anarquista de la CNT ordenó a estos últimos que se retiraran: prefería que los trabajadores no tuvieran diario a que éste no estuviera controlado por ellos. *Lucha Obrera* desapareció a las tres semanas. Para entonces, la situación había cambiado. El 13 de septiembre de 1923 el general Miguel Primo de Rivera estableció la Dictadura, con el beneplácito del rey y de la Lliga Regionalista. La burguesía catalana ponía por encima de sus sentimientos catalanistas sus intereses de clase. El Directorio Militar arrojó poco después a la ilegalidad a la CNT, mientras permitía que el PSOE y el Partido Comunista siguieran actuando. No hubo reacción contra el golpe militar, que cogió de sorpresa a los cenetistas, a pesar de que *La Batalla*, desde la toma del poder por Mussolini en Italia unos meses antes, venía advirtiendo que había en España elementos dispuestos a imitarlo. Como la acción de los Comités se desarrollaba, sobre todo, en las asambleas sindicales, al quedar disueltos los sindicatos, desapareció su campo de batalla principal.

Una etapa de la actuación de Maurín concluía. De la acción sindical, la Dictadura lo obligó a pasar a la acción política abierta.

* * *

Los Comités todavía tuvieron tiempo de enviar una declaración a Moscú, a un congreso de la Profintern. Maurín anota sobre este viaje¹:

«La delegación la formaban, junto con Maurín, Desiderio Trilles y José Grau, de la dirección del Sindicato de Transportes de Barcelona, José Jover y José Valls, de la dirección del Sindicato Metalúrgico de Barcelona.

¹ *Apéndice*, p. 266.

En 1924, el clima político y moral era en Moscú muy distinto del que prevalecía en 1921, y la impresión general produjo un gran desagrado en la delegación. Ninguno de los cuatro obreros que la integraban se sintió atraído por el comunismo. A su regreso a España, unos antes, otros después, se orientaron en dirección opuesta.»

En Moscú, Maurín vio de nuevo a Nin, charló largamente con él y, aunque Lenin había muerto a comienzos de año, pudo darse cuenta de la lucha que por su sucesión se preparaba entre Trotsky, de gran popularidad, y Stalin, casi desconocido por las masas, pero dueño del aparato burocrático del Partido. Pero no todo era política. Maurín conoció a Jeanne Souvarine, que se hallaba en la capital rusa acompañando a su hermano Boris, entonces dirigente del Partido francés. Pasearon mucho juntos, hablaron, y Maurín le pidió que se casara con él. Jeanne dudaba... pero, camino de Barcelona, Maurín se presentó en casa de Souvarine y habló con ella, que decidió que se casarían cuando él hubiera instalado un hogar en Barcelona.

Al regresar a la ciudad condal, le quedaron unos meses de actuación semilegal. *La Batalla* seguía publicándose, con muchos blancos impuestos por la censura. La única lectura que quedaba a los militantes era la de libros. En este período, muchos que antes apenas sí tenían tiempo para leer devoraron, publicadas en ediciones baratas, las traducciones de las obras clásicas del movimiento obrero. La Dictadura, que censuraba rigurosamente la prensa, tenía manga ancha con los libros. Maurín, que había escrito cuando dirigía *Lucha Social*, un folleto, *El sindicalismo a la luz de la revolución rusa*, fruto de su primer viaje a Rusia, procuraba aprovechar este resquicio y *La Batalla*, como editorial, publicó varios folletos más, entre ellos *La crisis de la Confederación Nacional del Trabajo*, del propio Maurín, y varios de

Nin, Losovsky, Arlandis y Rappoport. Además, los miembros de los Comités, ahora inactivos en el terreno sindical, procuraban dar todas las conferencias posibles, especialmente en los ateneos obreros, que si bien eran clausurados a menudo, seguían abiertos la mayor parte del tiempo.

El Partido Comunista español estaba organizado en federaciones. En Cataluña estaba la Federación Comunista Catalano-Balear. No tenía más allá de una treintena de miembros. Muchos de los componentes de los Comités Sindicalistas Revolucionarios ingresaron, en esta época, en la Federación y la coparon, puesto que eran más numerosos (unos 150 ó 200).

El grupo de *La Batalla* estaba en desacuerdo con la pasividad del Partido. Creía que se debía combatir a la Dictadura abiertamente, aunque esto lanzara al Partido a la ilegalidad. En noviembre de 1924 hubo en Madrid un pleno del Partido, en el cual se formularon críticas muy duras a la dirección. Por entonces, la campaña de bolchevización de los Partidos, emprendida por Zinóviev desde la Comintern todavía no había destruido por completo la democracia interna y se podía discutir. Se podía incluso cambiar la dirección. En el pleno de Madrid, el Comité Ejecutivo dimitió, ante el alud de críticas y fue sustituido por uno del cual formaba parte Maurín. Inmediatamente, este Comité aceptó la propuesta de Maurín de publicar un periódico ilegal dedicado enteramente a combatir a la Dictadura: *Vanguardia*. En enero de 1925, dos miembros del nuevo Ejecutivo fueron detenidos en Madrid y, en Barcelona, lo fueron Maurín, Bonet y bastantes militantes de los antiguos Comités Sindicalistas Revolucionarios. *La Batalla* quedó suspendida.

Así terminó, por acción policíaca, la única «salida» de Maurín por los cambios de la dirección del Partido Comunista español.

La detención casi le costó la vida. La policía —según dice su ficha policíaca de la época— no conocía su domi-

cilio (una pensión de la Ronda de San Pablo). Para capturarlo, lo esperó delante de un lugar a donde iba a menudo, el Ateneo Barcelonés, de la calle de Canuda. Al salir de él, al anochecer del 2 de enero de 1925, Maurín vio a unos sujetos en un zaguán próximo y, sospechando que eran policías o pistoleros, echó a correr por la esquina, con la esperanza de perderse por las callejas de aquel barrio, pero uno de los policías disparó y lo hirió en la pierna. Lo condujeron al Hospital Clínico y, cuando estuvo curado, al castillo de Montjuich, donde le dieron la misma celda que en 1909 había tenido Francisco Ferrer. Es característico de Maurín que, al relatarme este episodio, no mencionara este detalle ni hablara de su tentativa de fuga, al cabo de casi un año de encierro: se lanzó desde el muro al recinto, pero la herida de la pierna, todavía mal cerrada, se le abrió y no pudo caminar. Fue Pedro Bonet quien contó este detalle. Después lo trasladaron a la Cárcel Modelo.

El grupo de *La Batalla* permaneció bastante tiempo en la cárcel. Uno de sus componentes, un tal Fontanilles, imitó a algunos comunistas y se convirtió al catolicismo: lo dejaron salir y entró en los sindicatos «libres». Poco a poco, otros miembros del grupo fueron puestos en libertad, por jueces que no encontraban elementos jurídicos para prolongar su detención. Pero Maurín no salía.

Mientras él estuvo en la cárcel ocurrieron algunos acontecimientos que, si bien de momento no parecían importantes, influyeron en su vida política. En Rusia había comenzado la lucha por la sucesión de Lenin: Trotsky, negándose a emplear el ejército y su prestigio contra Stalin, acabó derrotado. Maurín sentía admiración por Trotsky, pero no simpatía. Por Stalin no sentía nada, puesto que ni lo conoció ni lo vio. Por aquel entonces, Stalin todavía no se metía en los asuntos internacionales: dedicaba todo su tiempo a la conquista del poder en el interior del Partido ruso. En Cataluña entretanto crecía lentamente, en una semilegalidad, un nuevo partido formado

poco antes de la Dictadura: la Unió Socialista de Catalunya, con Manuel Serra i Moret y Rafael Campalans como inspiradores y el Ateneo Polytechnicum como centro de actividades. Además, grupos minúsculos de muchachos catalanes que simpatizaban con el comunismo o el marxismo, pero no con la línea política del Partido comunista ni con la Comintern, empezaban a reunirse y a hablar de formar un partido comunista exclusivamente catalán. Consideraban que el problema catalán era fundamental para ellos, pero que sólo podría resolverse con el comunismo, pues aunque desconfiaban de la Comintern admiraban a la URSS y pensaban que la «solución» soviética del problema de las nacionalidades era la ideal. Por entonces, la política de nacionalidades de los bolcheviques, que se conocía sólo en sus aspectos formales y propagandísticos, gozaba de mucho prestigio; nominalmente se basaba en la doctrina de Lenin del «derecho de autodeterminación de las nacionalidades, incluso hasta la separación». No podía dejar de atraer a catalanistas que, además, se sentían revolucionarios en las cuestiones sociales.

Por fin, se presentó una coyuntura para tratar de sacar a Maurín de la cárcel. En noviembre de 1927, debía reunirse en París una conferencia hispano-francesa sobre Marruecos. Algunos amigos de Maurín pensaron que era el momento oportuno para ejercer presión. Informaron de la situación de Maurín a algunos franceses prestigiosos —al abogado Henri Torres, por ejemplo—, y éstos dirigieron un escrito a la embajada española pidiendo la libertad de Maurín y de sus compañeros todavía encarcelados. El embajador español aconsejó a Madrid que los dejara salir, porque una campaña pública, en París, podía crear un ambiente de opinión contrario a los acuerdos que Madrid deseaba establecer con Francia en la cuestión de Marruecos. El gobierno de Primo de Rivera lo vio así y Maurín y sus compañeros fueron puestos en libertad. Maurín tenía un proceso en Bilbao, que mientras él estaba en la cárcel había concluido con una sen-

tencia de cuatro años de prisión, por incitación a la rebelión. Pero el gobierno no quería problemas en París y se saltó a la torera la ley. El proceso bilbaíno se olvidó.

La policía no perdía de vista a Maurín fuera de la cárcel. Estaba «quemado». No podía hacer nada. Cuando fue evidente que esta situación no cambiaría con el transcurso del tiempo, la Comintern decidió que se marchara a París, donde estaban ya la dirección del Partido y muchos compañeros. Maurín, aunque su afiliación al Partido fuese más bien laxa y reciente, era altamente considerado en Moscú. Sus Comités Sindicalistas Revolucionarios habían sido la esperanza de la Profintern en España. Nin, que sentía por él mucho respeto, debió influir en esta decisión.

* * *

En París Maurín encontró la situación más bien turbia. La dirección del Partido se inclinaba por Stalin, en la lucha por la sucesión de Lenin, puesto que, por aquel entonces, Trotsky había sido ya vencido. Maurín se negó a condenar a Trotsky, aunque no sentía especial interés por sus posiciones. Podía hacerlo, porque no debía su prestigio en el Partido a un nombramiento de Moscú, sino a su propia actividad y a la confianza de sus compañeros. Los Comités —lo que quedaba de ellos— y *La Batalla* eran el Partido en Cataluña, puesto que la Federación Catalano-Balear se componía de ellos.

Maurín recibió el encargo de dirigir las Ediciones Europa-América, sostenidas por la Comintern, que publicaban obras clásicas del marxismo y algunas de actualidad, en ediciones muy cuidadas, con notas, apéndices documentales, biografías de los nombres citados, etc. Las ediciones, bajo la dirección de Maurín, aumentaron su producción y su difusión. Fue a través de ellas que Maurín entró en contacto, aunque lejano e intermitente, con el superficial movimiento comunista de América Latina.

Había en París exilados de distintas ideologías: anti-

monárquicos, antidictatoriales, republicanos, socialistas, anarquistas, catalanistas. El embajador español, Quiñones de León, había organizado una red de confidentes y policías, pero no podía impedir que los exilados se reunieran, celebraran mítines de protesta, lanzaran manifiestos a la opinión francesa, etc. Maurín se fue enterando de la vida del Partido y de la Comintern en los años que él había estado preso. Y se inquietó.

Porque el Partido no crecía y cometía error tras error. Por ejemplo, cuando Primo de Rivera quiso organizar una Asamblea consultiva, la Comintern ordenó al Partido español que aceptara puestos en ella y la apoyara. En aquel momento, la Dictadura negociaba con Moscú un acuerdo de venta de petróleo a la CAMPSA, la compañía monopolística importadora de petróleo organizada por el gobierno. Maurín se opuso a este apoyo a la Asamblea primorriverista y encontró bastante eco en el Partido. Moscú tuvo que desistir de su orden. Fue uno de los primeros casos evidentes en que la Comintern quiso poner los intereses diplomáticos soviéticos por encima de los intereses políticos de un partido comunista. Luego, la cosa se convirtió en hábito, hasta el punto de que muchas veces, los dirigentes nombrados por Moscú ya ni necesitaban indicaciones de la Comintern y adoptaban por sí mismos las posiciones que creían que convenían a la diplomacia soviética.

Mientras tanto, Maurín se había casado con Jeanne Souvarine el 26 de noviembre de 1927, recién llegado a París. El hermano de Jeanne estaba a punto de separarse del partido francés. A fines de 1928 nació Mario, el único hijo que tuvieron. Vivían entonces en un pequeño apartamento en Neuilly.

En París Maurín entró en contacto no sólo con exilados comunistas —especialmente con el valenciano Gorkín, que pronto simpatizó con su posición—, sino también con elementos de Estat Catalá, de Maciá y con anarquistas que, en 1927, habían fundado la Federación Anarquista Ibérica (FAI).

Se veía acercarse el momento en que la Dictadura caería. Maurín deseaba regresar. Pensaba que era preciso que en el momento que el dictador cayera, *La Batalla* reapareciera inmediatamente. Por las cartas de los compañeros que se habían quedado en Barcelona se daba cuenta de la impaciencia y la desorientación que había en el país. Por otro lado, Maurín se iba sintiendo más y más en desacuerdo con la política de la Internacional. Después del Congreso de 1928, en que se adoptó la táctica del «socialfascismo» (los socialistas y anarquistas son la antesala del fascismo, según empezó a decir la propaganda comunista), Maurín comprendió que si no había un cambio profundo en el Partido, éste no desempeñaría ningún papel en los acontecimientos que se avecinaban en España. Criticar a socialistas y anarquistas, sí, pero considerarlos aliados del fascismo, en un momento en que los unos y los otros se oponían a la Dictadura era una insensatez, además de ser una falsedad. El Partido estaba en cuadro, no tenía más allá de 500 miembros y la dirección brillaba por su ausencia.

En Moscú se dieron cuenta de esto. La Comintern encargó a Maurín un informe sobre la situación española. Entretanto, el vasco José Bullejos y el joven intelectual Gabriel León Trilla habían sido nombrados dirigentes por Moscú. Consiguieron dos éxitos: el viaje de Maciá a Moscú —que, de todos modos no tuvo consecuencias²— y la adhesión al Partido de un grupo de obreros sevillanos encabezados por José Díaz —que, con el tiempo, sustituiría a Bullejos.

Bullejos y Trilla fueron llamados a Moscú, donde asistieron a numerosas reuniones (con Doriot, Marty, Gramsci, Codvila, Almanza, Humbert-Droz, Losovsky y Nin). Se acordó que Bullejos se encargara de reorganizar el Partido en España. De vuelta a Francia, se celebraron dos Comités Centrales del Partido (uno en París y otro

² Para más detalles sobre la visita de Maciá a Moscú, véase el capítulo 2 de la biografía de Nin.

en Burdeos), en los cuales se eligió, de acuerdo con los deseos de la Comintern, una dirección o *troika* compuesta por Bullejos, Trilla y González Canet (éste, luego, fue sustituido por Adame). Maurín y una parte del Comité Central se opusieron a la posición de Moscú, que calificaron de aventurerismo revolucionario.

Maurín se daba cuenta de que no era una cuestión de personalidades. Nadie podía reorganizar el Partido si no tenía independencia política, si no podía adecuar las consignas y el programa a la realidad española. No era una cuestión de hombres, sino de lo que él empezaba ya a llamar «colonialismo revolucionario». Mientras Moscú —y no el Partido mismo— decidiera cuál debía ser la política a seguir, el comunismo no pasaría de ser un movimiento insignificante en España. Era el principio mismo de la sumisión a Moscú lo que debía eliminarse. Amistad, defensa, coordinación, sí, pero no sumisión. El ejemplo de lo que sucedía en otros partidos comunistas —especialmente en el francés—, reforzaba estas convicciones de Maurín.

La *troika*, viendo que no podía inducir a Maurín a someterse, quiso eliminarlo. Trilla fue a Moscú y allí dirigió contra Maurín una serie de acusaciones. Nin advirtió a Maurín, éste contestó. La *Correspondencia Internacional* publicó una nota reivindicando a Maurín y a la Federación Catalano-Balear. Maurín no había perdido la esperanza de modificar la situación. Para esto, era necesario permanecer en el Partido.

Pero algunos compañeros suyos, en Barcelona (especialmente Víctor Colomé, un maestro de Lérida), habían perdido ya esta esperanza y se separaron de la Federación Catalano-Balear. Se pusieron en contacto con los ya citados grupos dispersos de comunistas catalanistas (Jordi Arquer en Barcelona, Joan Farré en Lérida, etc.): con ellos formaron un Partit Comunista Catalá, que comenzó a actuar en 1928, después de aprobar su programa en una reunión clandestina celebrada en el depósito ferroviario de Lérida. El Partit Comunista Catalá no se

afilió a la Comintern y decidió que si bien defendería a la URSS, no aceptaría sus órdenes políticas ni renunciaría a criticar las decisiones de la Comintern que le parecieran equivocadas. Al cabo de unos meses, este Partido, a pesar de ser clandestino, llegaba a tener unos 250 afiliados, más que la Federación Catalano-Balear. La independencia con respecto a la Internacional permitía aprovechar la difusa simpatía por el comunismo que había en el país y que las consignas absurdas de Moscú impedían que el Partido Comunista capitalizara.

Fue en 1929 cuando Maurín se convenció de que no era posible reformar la situación. Se encargaron de abrirle los ojos la *troika* y el delegado de la Internacional al III Congreso del Partido. Había sido convocado en París para marzo, pero la policía detuvo a varios delegados en la frontera y hubo que aplazarlo hasta agosto. La Federación Catalano-Balear dio su mandato a Maurín y Bonet. El enviado de la Internacional, un italiano que se hacía llamar Greco, decidió que, como ambos residían en Francia, debían ser miembros del Partido francés y, por tanto, no podían serlo del español. Sin embargo, la Federación Catalano-Balear hizo llegar al Congreso su propio proyecto político. En él se decía que en España la revolución debía ser democrática y que bajo la Dictadura la consigna apropiada era la de República Federal Democrática. El Congreso rechazó estas tesis, calificándolas de derechistas y aprobó unas en las cuales se daba como consigna la de dictadura democrática de obreros y campesinos. Maurín consideraba que era insensato prometer, bajo la Dictadura, otra dictadura. Debía responderse al deseo de la gente de salir de la dictadura, esto es, propugnar un régimen de libertad. Por otro lado, en un país como España, con un régimen social semifeudal, lo que importaba era establecer la democracia, para que desde ésta se pudiera pasar al socialismo. Maurín comenzaba, ante la experiencia rusa, a desconfiar de la posibilidad de construir el socialismo partiendo de un sistema feudal y dictatorial. Creía que el

socialismo debía arrancar de un sistema político democrático, sin que esto excluyera el empleo de la violencia, si era necesaria, para establecerlo.

Por otra parte, Maurín estimaba que el Partido Comunista español —formado en sus orígenes por disidentes socialistas— sufría de las concepciones centralistas de Pablo Iglesias y que no comprendía que el factor fundamental de la revolución en España era el proletariado catalán. Por esto, el Partido nunca prestó gran atención a Cataluña.

En el Congreso no pudo discutirse nada importante. Pero el fracaso del Partido era tan evidente que el delegado de la Internacional aceptó que el Congreso depusiera a la *troika* —nombrada por la Internacional—, con el fin de proporcionar un chivo expiatorio y evitar que las culpas fueran achacadas a quien las tenía, la Internacional misma.

Que esta dirección era incapaz quedó probado cuando cayó la Dictadura. Bullejos comentó este hecho en la *Correspondencia Internacional* diciendo: «No ha pasado nada». Repetía, de hecho, una frase de Manuilsky, según la cual, los acontecimientos de España «no tienen importancia». Manuilsky había dicho, en otra ocasión, que «una huelga en Alemania es más importante que una revolución en España».

* * *

En marzo de 1930 se convocó una conferencia del Partido en Bilbao (aunque se la llamó de Pamplona, porque de momento, para despistar a la policía, se dijo que se había reunido en esta ciudad). Esta conferencia repuso a la *troika* depuesta en París seis meses antes. Así lo dispuso Moscú. La conferencia, además, consideró justa la tesis de la Internacional según la cual la Dictadura sólo podía ser derrocada por el triunfo de la clase trabajadora. Ahora se trataba de la «dictablanda» del general Dámaso Berenguer, puesto que la dictadura

de Primo de Rivera había caído en enero. A pesar de que la caída del dictador no se debió a la acción obrera, sino a la de la burguesía y a la crisis económica mundial, la Comintern persistía en su posición. Se insistió en la necesidad de una «dictadura democrática de obreros y campesinos, que tenga como base los soviets de obreros y campesinos y como expresión un gobierno obrero y campesino». ¿Es preciso decir que en España no existía ni había existido jamás un solo soviets y sí, apenas, unos centenares de personas que tenían una idea de lo que un soviets era?

La *troika* dijo que a esta conferencia la Federación Catalano-Balear envió una delegación que rectificó sus puntos de vista —es decir, que reconoció los «errores» de la Federación Catalano-Balear— y aprobó la posición de la *troika*. Esta declaración, si existió, fue amañada, compuesta sin duda por militantes amigos de la *troika* que pretendieron ser delegados de la Federación Catalano-Balear. La verdad es que ésta no envió ninguna delegación, porque se consideraba separada del Partido, dado que el Congreso de París se había negado a aceptar a sus delegados. La versión oficial del Partido dice que la gestión de esos supuestos delegados fue desautorizada en Barcelona por la Federación y que el Comité Central, entonces, decidió expulsar del Partido a la Federación Catalano-Balear, a propuesta del delegado de la Internacional³.

³ José Bullejos: *Europa entre dos guerras*. México, 1946, página 127, es quien da esta versión. Puede considerarse oficial, puesto que Bullejos era, entonces, jefe de la *troika*, aunque más tarde fue expulsado del Partido y escribió su libro estando ya fuera de él. Otra versión todavía más oficial es la que se encuentra en la *Historia del Partido Comunista de España*, París, 1965, p. 82, obra redactada por una comisión bajo la dirección de Dolores Ibárruri. En esta «historia» se lee: «...en Cataluña, Maurín consiguió, con malas artes, arrastrar a una parte de la Federación Comunista Catalano-Balear. Esta desgarradura tuvo consecuencias dolorosas para el desarrollo del Partido en Cataluña, si bien, a

Maurín había roto de hecho con la Internacional. Pero las cosas que se refieren a la Comintern nunca son tajantes. Por esto, mientras por un lado, el Comité Central del Partido expulsaba a la Federación y a Maurín, por otro lado, el delegado de la Comintern para Francia y España, Jules Humbert-Droz, hizo gestiones bajo mano con el fin de atraerse a Maurín. Pero Maurín, como se verá, había emprendido ya su propio camino.

Porque si bien se hallaba fuera del Partido, no se encontraba sin Partido. Este estaba, por decirlo así, difuso en la atmósfera política. Para Maurín, la tarea consistía en convertir este Partido potencial en una realidad.

Como consideraba que Cataluña era el centro del movimiento revolucionario español, y Cataluña se hallaba bajo la influencia tradicional del anarquismo y el anarcosindicalismo, y como en el resto de España no existían marxistas de verdad (fuera de algunas personalidades aisladas), la tarea que se fijó Maurín, que los hechos, tal como él los veía, le señalaban, consistía nada menos que en introducir y popularizar en España el marxismo, partiendo de la parte del país más reacia a él: aquella cuya adhesión al marxismo era indispensable para hacer la revolución. Los hechos, tal como él los veía, le señalaban este camino.

Desde ese momento, Maurín no dejará ya de ir contra la corriente y de esforzarse en cambiar la dirección de la corriente. Y cada día irá encontrando mayor número de gentes dispuestas a acompañarlo en esta empresa.

* * *

Es evidente —pues no podía ser de otro modo— que en la ruptura de Maurín con la Comintern hubo factores de muy diversa índole. Personales e ideológicos, de táctica y de principio. Conviene analizarlos brevemente,

pesar del revés temporal, un núcleo de firmes militantes reorganizó las filas del Partido».

porque con ello se perfilará más la personalidad de Maurín.

Este tenía un tipo muy especial de carisma. Podría calificarse como carisma intelectual. Encendía a la masa, en los mítines populares, cierto, pero sin «latiguillos». Forzaba a pensar, a razonar, a buscar respuestas a las preguntas que formulaba. Era, esencialmente, un carisma de educador. Muchos debieron a Maurín el haber salido de la pasividad o de los viejos clisés al uso. Algunos, como yo mismo, el haberse librado de prejuicios y condicionamientos de clase.

Un carisma así no atraía a los perezosos mentales ni a los ambiciosos. Maurín, como ya se ha dicho, marchó siempre, en toda su carrera política, contra la corriente. Atraía, pues, a aquéllos que no se sentían espoleados por la ambición, sino por la esperanza, que buscaban no tanto el poder cuanto la lucha misma.

Era en el fondo un tímido, que bajo una apariencia no áspera, pero sí un poco distante, ocultaba calor y ternura. Sólo quienes eran capaces de discernir lo último tras su aspecto más bien tajante y, si no seco, sí enjuto, podían sentir por él amistad. Pero a medida que se le trataba, la verdadera personalidad se iba revelando. Maurín contó con amigos muy sólidos, entre sus compañeros lo mismo que entre personas que no lo seguían políticamente. Y para sus compañeros, llegó a ser una especie de hermano mayor.

Un hombre así no podía ser un ambicioso de tipo corriente, del tipo que tanto abunda en la política. No ambicionaba cargos o halagos, sino que tenía la ambición más compleja de formar a la gente, de perpetuarse en ella, y, a la vez, de hacer aceptar sus convicciones, de convertirlas en realidad. El poder, sí, pero para algo concreto. La popularidad, sí, pero también con un fin bien determinado. Creo que ningún amigo suyo dejó de verle embarazado, casi molesto, por alguna frase de elogio que sonaba a adulación.

Maurín, pues, era un ambicioso ideológico. Hacer pe-

netrar el marxismo en el proletariado catalán constituía un desafío que podía colmar sus ambiciones. Lo aceptó. Y creo que, de haber tenido tiempo, habría logrado el éxito.

Por tanto, había mucho de ambición en su ruptura con el Partido Comunista y la Internacional. El Partido, bajo el control de la Comintern, no podía ser el instrumento para colmar esta ambición. En vez de ayudar a «marxistizar» a la clase obrera, la alejaba del marxismo, al presentar sus consignas absurdas como producto de él. Para Maurín, la separación del Partido, pues, no fue una cosa de rivalidades por la dirección. De haber sido esto, no habría tenido que separarse. Con acatar las órdenes de Moscú, hubiera podido ser designado dirigente supremo del Partido. Pero, ¿para qué? ¿Para perderse en los recovecos de las intrigas de la Comintern, para desperdiciarse con la propaganda de unas consignas que no se adaptaban a la realidad española, para perder su dignidad por un cargo?... La *troika* contaba con un intelectual de cierta valía y con un dirigente que en otras condiciones hubiera podido ser eficaz. Pero Maurín —lo sabía él, lo sabía Moscú y lo sabían sus compañeros y la *troika* misma— era infinitamente superior, como dirigente, como intelectual, como hombre de masas y como hombre de comités. No había una medida común... No podía, pues, haber propiamente rivalidad personal.

Maurín habría destacado, con sus libros, con sus conferencias, con su capacidad de organización y de atracción, en cualquier partido al que se hubiera adherido. Habría llegado a ser lo que llaman una primera figura, a tener cargos, a gobernar. No despreciaba los cargos ni el poder, pero no a cambio de concesiones fundamentales, como las que hubiera tenido que hacer para seguir en el Partido o entrar en otros partidos.

Porque Maurín tenía una idea propia de la realidad española. Esta idea no encajaba ni en las consignas de la Comintern ni en los partidos republicanos, ni en el PSOE, ni en la CNT. En cualquiera de estas organizacio-

nes habría llegado a la cumbre. Pero no hubiese servido a su concepción de la realidad española. No hubiese satisfecho su ambición intelectual. Para él, interpretar en marxista la realidad y transformar esta realidad era lo fundamental. Por esto se encontró en el movimiento obrero y por esto, dentro del movimiento obrero, no aprovechó sus cualidades para «subir», sino que las utilizó para tratar de orientarlo hacia donde su análisis marxista de la realidad le señalaba.

Si para esto era necesario renunciar al apoyo de la Internacional, se renunciaba. Si había que sacrificar cargos, influencias, poder, se sacrificaban. Si había que ir contra la corriente, se iba. Si con ello se quedaba reducido a formar un grupo minoritario y a luchar aislado, se quedaba reducido y aislado.

Maurín, sin embargo, nunca creyó, como tantos otros, que bastara con tener una «línea justa». La justeza de la línea, para él, quedaba demostrada si esta línea atraía a las masas. Sin las masas no había política posible. Había que hablar a las masas, convencerlas, organizarlas y ayudarlas a llegar al poder.

Maurín tenía, pues, con respecto a la Comintern, una diferencia fundamental —aparte de su interpretación de la realidad—: él confiaba en la masa, y la Comintern no. Maurín no era paternalista, elitista, y la Comintern sí. Y lo eran también los partidos republicanos, el PSOE de aquella época y hasta los anarquistas que controlaban la CNT.

Para Maurín un partido revolucionario era indispensable. A formarlo dedicó, en consecuencia, lo mejor de su actividad. Pero un partido revolucionario —y eso cada vez más, con el transcurso del tiempo y la acumulación de la experiencia— no era para él un partido para decir a las masas lo que debían hacer, sino para preparar a las masas: que ellas decidieran qué les convenía hacer.

Tímido, abrupto, distante, caluroso y tierno, Maurín tenía un gran respeto por el hombre. Y los hombres lo sentían, cuando lo conocían.

EL BLOQUISTA

En febrero de 1930, el Gobierno del general Berenguer, que sucede a la Dictadura, da una amnistía. Salen de la cárcel los presos políticos y regresan de Francia los exiliados. Maurín es entre éstos de los primeros en volver.

Reanuda los contactos con los compañeros de la Federación. Reaparece *La Batalla*. En mayo, como ya se explicó, después de la conferencia comunista de Bilbao, la Federación se encuentra separada del Partido.

La Batalla es el núcleo de la Federación. Tira 3.000 ejemplares y se sostiene por sí misma, aunque realiza suscripciones públicas de vez en cuando, que permiten a la Federación disponer de cortas sumas para su actividad. En torno al semanario se organizan conferencias y charlas con grupos de lectores. Maurín va a muchos pueblos de Cataluña a establecer contacto personal con esos grupos.

La Batalla es probablemente el mejor semanario que ha tenido el movimiento obrero español, uno de los

mejores del mundo. Su primera página —de tamaño de diario— se dedica a la actualidad. La segunda, a asuntos internacionales. La tercera, a la vida de la Federación. La cuarta, a discusiones teóricas. Además, publica en folletón, en las páginas 2 y 3, algún estudio clásico del movimiento obrero. No hace concesiones: nada de verisitos cursis, de artículos sobre el vegetarianismo o el esperantismo, nada de sexología o de sentimentalismo. Era un semanario político de combate y no se desviaba de esto. *La Batalla* informaba, razonaba y, sobre todo, inducía al lector a pensar por su cuenta. Maurín, separado del Partido, veía que las probabilidades de establecer un partido revolucionario radicaban no en pensar por cuenta de los obreros, sino en hacerlos pensar. Estaba convencido de que, haciéndolo, adoptarían los puntos de vista de *La Batalla*.

¿Cuáles eran estos puntos de vista?

Maurín los expuso, con detalle, en su primer libro, *Los hombres de la Dictadura*¹, que apareció a mediados de 1930 y que había comenzado a escribir en París y terminado en la Cárcel Modelo de Barcelona, donde estuvo unas semanas, a poco de regresar.

El libro llevaba, debajo del título, seis nombres de políticos españoles: los conservadores Sánchez Guerra y Cambó; los republicanos Lerroux y Melquíades Álvarez; los socialistas Iglesias y Largo Caballero. Eran los hombres que, según Maurín, habían hecho directa o indirectamente la Dictadura, con su política y en defensa de los intereses que representaban.

Las 250 páginas del libro causaron mucha impresión. España tuvo pocos escritores políticos. Hacía decenios que no había salido ninguno nuevo, de talla. En el alud de literatura política que se produjo en 1930, el libro de Maurín destacaba porque no era un cúmulo de anécdotas o de diatribas, sino una interpretación de la realidad española razonada, apoyada en la historia. Maurín, como

¹ Madrid, Editorial Cénit, 1930.

marxista, basaba siempre en la historia sus razonamientos políticos. Y los ligaba siempre a la situación internacional. No hay asomo en el libro del zafio anticlericalismo de moda entonces, ni de los chistes antimonárquicos al uso. La crítica habló de él y, con reservas, de sus interpretaciones. Se dijo de él: «Obligará a revisar problemas que acaso hemos dado por resueltos demasiado pronto» (Carles Capdevila, en *La Publicitat*, de Barcelona); y, también, que era «superior al de Cambó —*Por la concordia*—..., superior a otros libros recientes de políticos catalanes». (Mario Aguilar, en *El Día Gráfico*, de Barcelona); que era «duro, violento, pródigo en el ataque, como corresponde indudablemente a un escritor de oposición proletaria» (José Díaz Fernández, en *El Sol*, de Madrid); y que «explora capas vírgenes del subsuelo político español» (Doménech Guansé, en *La Rambla*, de Barcelona).

Maurín no había sido marcado por la prosa de la Comintern. Su estilo era plástico, vibrante, rápido. La idea central del libro, aunque en su tratamiento mostraba todavía la influencia del antisocialismo de la Internacional, era original. Los republicanos, al no saber hacer la república, y los conservadores, al no saber reformar la sociedad española, habían hecho inevitable la Dictadura. Los socialistas, por su parte, la aceptaron (y hasta colaboraron con ella un tiempo, con Largo Caballero como consejero de Estado designado por el dictador), porque les daba un respiro en la crisis interna de su partido. Los anarquistas, con su antipoliticismo, no habían sabido preverla ni impedirla. Pero el reformismo socialista, las vacilaciones republicanas, la cerrazón conservadora y el aventurerismo anarquista se debían al hecho de que España era una sociedad feudal. Había que hacer en ella, ante todo, una revolución democrático-burguesa (idea que Lenin había sostenido respecto a Rusia, muchos años antes). Había que establecer la democracia, para pasar de ella al socialismo. Si los republicanos, es decir, la burguesía y la clase media, no eran capaces de hacer

la revolución democrática, correspondería a la clase obrera hacerla. Todo esto, apoyado, repito, en ejemplos históricos, españoles y europeos, con pocas citas de Marx y bastantes de españoles del siglo XIX.

La Dictadura cayó por su propio peso, a causa de la crisis económica mundial. Pero puede regresar, decía Maurín. «El ejército puede ser un instrumento fascista sin necesidad de que haya escuadras de choque.»

Leído ahora, al cabo de tantos años, el libro tiene un tono de advertencia que no se supo discernir entonces; advertencia contra el peligro del renacimiento de la dictadura —si no se hacía la revolución democrática—, advertencia contra el peligro de hacerse ilusiones acerca de la república, lo que podría impedir que se presionara sobre ésta para que realizara la revolución democrática.

Además, hay en el libro cosas que son nuevas en la literatura política española: por ejemplo, Maurín relaciona la situación política del país con la de Europa y pone de relieve el papel de Inglaterra y su imperialismo en la vida española: Londres siempre trató de impedir el desarrollo del país, con la guerra de Marruecos y con las exportaciones de capital español a América latina a través de la Chade, empresa que dirigía Cambó.

Al analizar la política del general Prim en 1868 y la de la primera República, en 1873, señala la estrategia adecuada —presión de la periferia sobre el centro— y las reivindicaciones que han de constituir la revolución democrática: «Dar alas a la insurrección general del pueblo para dar la victoria a la revolución burguesa...» Agregaba que «no basta con que se vaya el rey. Hay que echarlo y destruir el régimen monárquico». El rey es sólo el presidente del consejo de administración de la sociedad anónima formada por la alianza de la gran burguesía y el feudalismo terrateniente. Con cambiar el presidente, no se cambia nada. Debe transformarse la estructura social del país: dar la tierra a los campesinos, quitar la influencia política a la Iglesia, meter al ejército en los cuarteles, dar libertad política a las nacionalidades.

Hablando de 1873, dice algo que podrá aplicarse poco después a la realidad española:

«Una revolución vencida lo es siempre, más que por el combate perdido a última hora, por la batalla que se pudo ganar y, sin embargo, no fue empeñada. La burguesía española salía derrotada en 1873. ¿Por qué?

Todas las experiencias revolucionarias, desde la gran Revolución francesa, han evidenciado que la revolución, una vez empeñada con objetivos meramente burgueses, adquiere a la postre un cariz proletario, ya que es la clase obrera la fuerza motriz que anima los acontecimientos. El proletariado que ha peleado al lado de la burguesía para aplastar las fuerzas reaccionarias no se detiene fácilmente en el momento en que la burguesía quiere hacer alto. 'Se empieza, y luego ya se ve cómo hay que seguir', decía Napoleón, refiriéndose a las batallas. La clase trabajadora, en pleno combate, hace esfuerzos para ganar la dirección del movimiento. Esta experiencia, desde Babeuf, ha venido repitiéndose infaliblemente en todas las revoluciones posteriores. Junio de 1848 y la *Commune*, en Francia; 1917, en Rusia; 1918-1919, en Alemania, son ejemplos históricos que no dejan lugar a duda. El proletariado se une a la burguesía descontenta, pero no tarda en volverse contra ella. La revolución, que es una cosa dinámica, no se estanca. Toma luego un carácter pronunciado de clase. Por eso la burguesía se horroriza ante la perspectiva de una revolución, aun cuando aparentemente esté inspirada y dirigida por ella. El comienzo es fácil señalarlo y distinguirlo, pero el fin, ¿quién podrá determinarlo? La revolución no obedece ni a los razonamientos de los más profundos sabios oficiales de turno ni a los arrebatadores párrafos oratorios de los Demóstenes burgueses. Sigue adelante, imperturbable, como un meteoro.»

Maurín plantea una cuestión que en Cataluña será de actualidad permanente durante años: ¿debe el proletariado intervenir en política? En unos lugares por mesianismo revolucionario y en otros por espíritu acomodaticio, se responde que no. Pero las consecuencias de esta negativa se vieron en 1923:

«Los sindicalistas habían dado de sí todo lo que humanamente era posible. Encerrados en un círculo vicioso, no hacían más que dar vueltas yendo al asalto de su propia sombra. La huelga del transporte tuvo lugar en Barcelona, en mayo-julio de 1923, provocada por la burguesía y de hecho contradirigida por Primo de Rivera, fue la medida de la resistencia de la clase obrera. Vencida en una lucha a la que se había dejado arrastrar estúpidamente por un enemigo que iba tanteando el terreno, quedó fuera de combate.

La clase obrera de Madrid y de Barcelona tenía una dirección incapaz. El golpe militar, con un Estado Mayor proletario medianamente inteligente, pudo haber fracasado. La huelga general en Barcelona y en Madrid hubiera hecho abortar el pronunciamiento. El proletariado catalán, aunque destrozado por la presión ejercida por el partido conservador, debió haber reaccionado ante un hecho tal. Pero el sindicalismo anarquista se había pasado años y años predicando a las masas obreras el apartamiento de la política. Los anarcosindicalistas españoles, a la zaga del movimiento obrero de los países europeos industrialmente avanzados, creían hacer un formidable descubrimiento predicando un sindicalismo caducado, estéril, infecundo. A su entender, la clase obrera debía preocuparse solamente de pesetas y de jornales. Lo otro, la política, carecía de importancia, era una especulación puramente burguesa. De ese modo, al proletariado se le inutilizaba para toda acción eficaz en las horas difíciles de lucha

social enconada. El 13 de septiembre (de 1923) la clase obrera catalana se mantuvo en la pasividad más completa.»

Hablando de 1923, Maurín señala una táctica que, aunque no se siguió frente a la Dictadura, seis años más tarde iba a convertirse en realidad, con ligeras diferencias:

«La dictadura ganó la primera batalla en Barcelona. La segunda victoria se la dieron los socialistas. El partido socialista, que no había sido destrozado por la reacción como los sindicalistas, tenía fuerzas para detener el movimiento. La declaración de huelga general en Madrid, que hubiera trascendido inmediatamente a Bilbao y Asturias, hubiese sido de efectos políticos indiscutibles. El personaje misterioso, que nadie nombra y que todos conocen, que intervenía en el *affaire*, ante una perspectiva revolucionaria, hubiera, muy valientemente, dado media vuelta. Con la huelga general en Madrid, los sindicalistas hubiesen tenido tiempo para reponerse de su estupefacción y lanzarse asimismo a la acción. El éxito de las grandes batallas puede depender de un momento. La rapidez en la maniobra puede decidir la victoria. El pronunciamiento pudo haber sido vencido el 13 de septiembre. El 14 era ya demasiado tarde. Se trataba de un giro político instantáneo. Los socialistas podían cambiar totalmente el aspecto de la situación. Pero no quisieron. Premeditadamente se abstuvieron. El golpe de Estado era para ellos la salvación que llegaba inesperadamente.»

Maurín reprochaba a los socialistas, sobre todo, que no hubiesen comprendido que Barcelona era el centro revolucionario de España. Con ello, permitieron que creciera el anarcosindicalismo. Y la existencia de éste, en el ojo de las futuras tormentas, hacía mucho más difícil

la tarea que Maurín se había fijado: la de introducir el socialismo revolucionario en Cataluña, porque:

«La capital de la España medieval tenía que ser Toledo, Valladolid o Madrid; es decir, una plaza en el centro de la estepa castellana. Es lógico que el feudalismo procurara la defensa de sus posiciones.

Con el descubrimiento de América y el progresivo desarrollo de la burguesía, la capital debía ser Lisboa o Barcelona. En uno o en otro caso, la burguesía que hubiera crecido en la capital hubiese acabado por asaltar el Estado, realizando la revolución burguesa. Esto es lo que Felipe II comprendió bien, asentando la capital en el desierto.

En Madrid no hay gran burguesía. En cambio, es el foco de todos los restos del feudalismo. La pequeña burguesía madrileña, la más radical de España, precisamente porque tiene que enfrentarse con la reacción feudal, no puede ganar por sí sola una revolución que subvierta los fundamentos de la estructura histórica de España.

Madrid es la capital oficial de España, pero la capital efectiva, real, es Barcelona. Todos los grandes acontecimientos político-sociales sobrevenidos en España durante los últimos treinta años han tenido lugar en Barcelona o han sido inspirados por Barcelona. Y esto tanto en el campo obrero como en el dominio de la burguesía.

La explosión proletaria más sensacional, más gigantesca que hasta comienzos de siglo se había dado en España, fue la huelga general de Barcelona del año 1902, que constituye un jalón imperecedero en la historia de las luchas sociales en nuestro país. *La Solidaridad Catalana*, 1906-1907, y toda la serie de hechos políticos que de ella se derivaron —antimilitarismo, ley de Jurisdicciones, cuestión catalanista— estremecieron la política general de Espa-

ña. El 1909 rojo, que pudo haber sido una revolución trascendental, ocurrió en Barcelona y no en Madrid. En 1917, la aparición de las *Juntas de defensa* y la Asamblea de Parlamentarios surgen asimismo en las Ramblas. El 1919 sindicalista, tumultuario, soviético, fulgurante, es hijo de Barcelona. El golpe de Estado, en 1923, se da cerca de la estatua de Colón...

Estas apreciaciones no son subjetivas, derivadas del hecho de que Maurín se hubiera educado en Cataluña. Se apoyan, como se ve, en la historia. Si Madrid fuese el trampolín de la revolución, a Madrid hubiese ido a vivir. En cambio, la actitud de los socialistas sí que era, en gran medida, consecuencia de preferencias personales, pues:

«Esta característica diferencial entre Madrid y Barcelona debió haber sido comprendida por los primeros propagadores del movimiento obrero. Hacer de Madrid el centro de la clase trabajadora significaba consagrar la escisión permanente del proletariado español.

Pablo Iglesias se apartó de Barcelona, dejando el campo libre a todas las experiencias anarquistas y a la demagogia de la pequeña burguesía por las mismas razones que el feudalismo había trocado un villorrio insignificante en capital de España. Pablo Iglesias, representante típico del oportunismo socialista, de la colaboración de clases, comprendió que Barcelona como centro obrero de España, crearía la unidad de la clase trabajadora frente a la dualidad de la burguesía —agraria e industrial—, lo cual sería causa de perturbaciones políticas de gran alcance. Barcelona, inspiradora del movimiento obrero, significaría el triunfo de la corriente revolucionaria y la derrota de la tendencia reformista. Pablo Iglesias, guiado más por los intereses de la burguesía que por los de la clase obrera, consagró la escisión proletaria, dejando Barcelona a merced del azar.

Este fue el primer gran pecado de la social-democracia española.

La protesta contra los crímenes horribles de Montjuich fue llevada a cabo por la pequeña burguesía. El socialismo se mantuvo en una actitud de soberana indiferencia o manifestó un intervencionismo de encargo, puramente formal.

La huelga general de 1902, no sólo fue objeto del boicot por parte de los socialistas, negándose a colaborar, sino que Pablo Iglesias y su grupo se esforzaron porque las Trade Unions británicas, que se disponían a ayudar a los huelguistas moral y materialmente, desistieran de sus propósitos.

Después de esta huelga general famosa, la Barcelona obrera daba por terminada una etapa —la anarquista— y se disponía a emprender otro sendero. ¿Cuál? El proletariado no encuentra empíricamente su camino, cae en un estrecho corporativismo o se deja arrastrar por la pequeña burguesía radical.

El momento era llegado para que el partido socialista se adueñara de la dirección del proletariado catalán y surgiera un formidable partido obrero en España. Esto hubiera cambiado del todo la dinámica de la política habitual del país.»

Esta crítica del socialismo, que evidentemente no se limita a su alejamiento de Cataluña, le da ocasión para trazar una síntesis de la historia revolucionaria catalana, que se confunde con la de las oportunidades para cambiar la realidad social española. Pues, dice Maurín, si los socialistas hubieran estado presentes en Cataluña:

«La acción de masas que tuvo lugar en el lerrouxismo hubiera poseído otro carácter más sólido, más taladrante. La clase obrera hubiese ayudado, en 1906, a la burguesía catalana a imponer la revolución democrática, en vez

de hacer la política favorable al Estado que siguió Lerroux. La revolución burguesa tenía la victoria segura con la clase obrera como aliada.

Pero la socialdemocracia se alejó de Barcelona una vez más.

En 1909, las masas obreras de Cataluña, impulsadas por la necesidad histórica de la revolución, se insurreccionaron. Aquel movimiento caótico, incoherente, sin dirección, fue, sin embargo, una de las páginas más brillantes del proletariado español. La clase obrera, dirigida por la pequeña burguesía, se equivocó en el ataque. Cayó sobre el clericalismo en lugar de lanzarse al asalto del Estado. Quemó conventos e iglesias en vez de tomar los cuarteles, Montjuich, Capitanía, el Gobierno civil, los Bancos. No obstante su error básico, aquella protesta encendida merecía el apoyo entusiasta de todos los trabajadores españoles. La revolución de julio, triunfante en Cataluña, pudo ser ahogada en flor, exterminada violentamente, porque el resto de España se mantuvo en la mayor pasividad. Si la insurrección hubiese estallado al mismo tiempo en Vizcaya, Asturias y Madrid, el aspecto del movimiento hubiera sido otro, conduciendo irremediablemente a la lucha por el Poder. Pero la defección de la socialdemocracia se dio la mano con la pequeña burguesía aterrorizada. Socialistas y lerrouxistas se movían siguiendo el mismo impulso. La reacción pudo poner en práctica todos los medios para aplastar a los *sansculottes* del Paralelo [...].

Después de 1909 empieza el declive del radicalismo. La clase obrera catalana ha comprendido, tras una dura experiencia, que la dirección de las masas proletarias ejercida por la pequeña burguesía conduce al desastre. La reacción natural es el odio a la política, ya que la política ensayada ha sido catastrófica. Es el partido socialista quien con una labor revolucionaria tenía que enseñar a las clases traba-

jadoras que hay una política obrera y otra burguesa, una democracia obrera y otra burguesa, y que los objetivos de dos clases diferentes en manera alguna pueden ser idénticos. El partido socialista, como en el último cuarto del siglo XIX y como a comienzos del XX, dejó de cumplir con su deber. El movimiento obrero catalán fue orientándose hasta el sindicalismo y apartándose de la acción política.»

El libro concluye con unas imágenes que, para quien conoció al Maurín orador, suenan como el final de un discurso. En realidad, entre un discurso y un escrito de Maurín no había diferencia más que en la voz. Decía así —y hoy, al leerlo, me parece estar escuchándolo:

«Toda la raigambre de intereses que se concentran alrededor de los restos feudales, de los que la Monarquía no es más que la clave de bóveda, con la inercia que comunica una persistencia de siglos y siglos, no puede saltar si no es mediante una mina cargada de dinamita. Sólo una revolución que socave las entrañas de la sociedad actual pulverizará la agrietada, pero firme aún, fortaleza de las supervivencias feudales.

Naturalmente, esta revolución creadora no puede ser obra de los republicanos. No la llevaron a cabo cuando tenían fuerzas suficientes. Menos la harán ahora. Los republicanos, como máximo, podrían producir un engendro híbrido, como el de 1873.

La gran revolución española será la clase trabajadora quien la lleve a cabo.

¡Saludemos la próxima República Socialista Federativa de España!»

Los hombres de la Dictadura resume, a través de un examen histórico, el pensamiento político de Maurín en ese momento. Tiene treinta y cuatro años. Cuando termine su carrera política tendrá cuarenta. Y su pensa-

miento habrá ido evolucionando, claro está, pero siguiendo la línea que empezó a trazar en este libro. Fue esa línea la que lo condujo a crear la organización a la que iba a dar su personalidad y que, a su vez, iba a darle a él su figura política: el Bloque Obrero y Campesino.

* * *

Cuando estaba en el Partido Comunista, aunque no se privaba de expresar su opinión, Maurín se encontraba, de hecho, influenciado por la línea de la Internacional. No podía ver muchas cosas que se le fueron haciendo evidentes en cuanto rompió sus lazos con Moscú. El mismo lo explicó²: «Durante el período de encarcelamiento del grupo de *La Batalla*, en Rusia, la lucha por la sucesión se decidió en favor de Stalin. El grupo de *La Batalla*, con Andrés Nin representante suyo en la Profintern, había tenido simpatías ideológicas con Lenin y Trotsky, pero jamás con Stalin. Al resurgir después de la caída de Primo de Rivera en 1930, el movimiento obrero, el núcleo de *La Batalla* fue clarificando sus posiciones ideológicas, adoptando una actitud de oposición a Stalin, al Comintern y a su representación en España, el Partido Comunista.»

Esta clarificación se manifestó en las dos posiciones políticas fundamentales de Maurín: la necesidad de hacer la revolución democrático-burguesa (en vez de proclamar, como el Partido, «todo el poder a los soviets») y la necesidad de formar una República Socialista Federativa de España (en vez de hablar de la autodeterminación de las nacionalidades, como el Partido, pero sin preocuparse de fomentar los movimientos de las nacionalidades, que, a los ojos de Maurín, debilitan el Estado monárquico y el feudalismo centralista).

Las dos posiciones coinciden con las que sostiene, por

² *Apéndice*, p. 267.

su cuenta, el Partit Comunista Catalá, cuya fundación ya se indicó. Es sintomático que, mientras los republicanos españoles se muestran centralistas, el viejo grito de los republicanos, ¡Viva la Federal!, sea ahora lanzado no por la clase media, sino por una parte —todavía pequeña— de la clase obrera catalana.

Las posiciones de Maurín iban contra el ambiente rosado que los republicanos soñaban con crear, contra los delirios de monopolio obrero de los socialistas y las vacilaciones de los anarcosindicalistas. Las masas empujaban. Como otras veces, eran más lúcidas que sus dirigentes. El Pacto de San Sebastián, la formación del Comité Revolucionario (republicano), las sublevaciones de Ramón Franco y Queipo de Llano en Cuatro Vientos y de Fermín Galán en Jaca fueron la respuesta a la presión de las masas. Y éstas fueron las que obligaron al gobierno a convocar elecciones y a Cambó a fundar, a última hora, un partido español de centro. Pero ni republicanos, ni socialistas, ni anarcosindicalistas le parecían a Maurín capaces de dirigir las masas hacia la revolución democrático-burguesa. Para que la caída de la monarquía, que Maurín preveía, fuera algo más que un cambio político, para que fuese la revolución democrático-burguesa que consideraba indispensable en el país, se necesitaba la presencia de un partido revolucionario.

A la tarea de crearlo, como se dijo, se dedicó Maurín. ¿Con qué elementos? La Federación contaba apenas con 200 miembros —y entre ellos había algunos que todavía deseaban volver al Partido Comunista. Fuera de la Federación, en Cataluña —y en el resto de España— sólo había un núcleo que compartiera sus puntos de vista. Hacia él se orientó la acción de Maurín.

En vez de una alianza de republicanos y socialistas —apoyada apenas disimuladamente por los anarcosindicalistas—, lo que el país requería, pensaba Maurín, era una alianza de socialistas y anarcosindicalistas, con candidatos propios, apoyada por los republicanos, es decir, por la clase media, que se vería en gran parte arrastrada

por esta coalición obrera. Pero ni socialistas ni anarcosindicalistas estaban dispuestos a llevar a cabo esta política.

No podía esperarse que un partido revolucionario, si se formaba ahora, pudiera llenar el vacío que hubiera debido ocupar una coalición obrera. Pero podría presionar, educar a las masas, orientarlas para que siguieran tomando la iniciativa. Por esto, era urgente formar ese partido.

Además de *La Batalla*, para exponer sus puntos de vista, Maurín fundó una revista que debía ser mensual, pero que en realidad salía cuando podía: *La Nueva Era*. El primer número apareció en París, en enero de 1930, y el segundo ya en Barcelona, en octubre del mismo año. Trataba de ser interesante para los latinoamericanos lo mismo que para los españoles, pero pronto abandonó esta pretensión, para ocuparse únicamente de España. Al mismo tiempo, salía en Barcelona un semanario en catalán, *L'Hora*, en el cual colaboraban elementos de la Federación del Partit Comunista Catalá.

«Después del ensayo, que había durado seis años, de trabajar en comunista, haciendo esfuerzos por seguir la línea trazada por la Internacional Comunista, nos encontramos rechazados como heterodoxos. ¿Qué hacer?», se preguntaba Maurín. «¿Abandonar la lucha? Hubiéramos dejado de ser comunistas. Persuadidos firmemente de que el movimiento comunista progresaría en Cataluña solamente si nosotros, es decir, el grupo que se había formado en torno a *La Batalla*, se mantenía fuerte, nos trazamos la ruta, señalamos el objetivo y nos pusimos en marcha.»³

Era una marcha intermitente, porque los miembros de la Federación a menudo iban a dar a la cárcel, en detenciones gubernativas de esas que duraban una quincena sin necesidad de que interviniera el juez. En una de esas

³ Maurín: *El Bloque Obrero y Campesino*, Barcelona, 1932, p. 21.

detenciones, en septiembre de 1930, Maurín se encontró en la cárcel con Jordi Arquer, al que conocía desde París. Los dos firman, con otros, un manifiesto protestando por la detención de Francesc Maciá cuando éste regresa a Cataluña y la policía lo conduce a la frontera. También hay algunos miembros del Partit Comunista Catalá. Discuten y los últimos se convencen de que la posición de Maurín sobre la cuestión catalana es sincera. Deciden, entonces, trabajar por la fusión del Partit y la Federación.

Por la misma época, regresó a Barcelona Andreu Nin, con su mujer rusa y sus dos hijas, nacidas en la URSS. Uno de los primeros con quien se puso en contacto fue Maurín. Nin volvía trotskysta. Trató de atraer a Maurín hacia las posiciones del «viejo», pero no lo consiguió⁴.

Hubo una reunión clandestina de militantes de la Federación en la playa de Badalona. Algunos creían que sería todavía posible reformar el Partido Comunista: otros renunciaban ya a esta esperanza. La mayoría estuvo por la fusión con el Partit Comunista Catalá. En éste, la mayoría está también en favor de la fusión, aunque un pequeño grupo de intelectuales se opone a ella y se queda con el semanario *Treball*.

Los acontecimientos van más de prisa que la unificación de los dos pequeños partidos. En diciembre se sublevan en Jaca dos capitanes republicanos y en su apoyo se declara una huelga general en Barcelona, en respuesta a un manifiesto entre cuyos firmantes está Maurín. Y a la cárcel de nuevo: es detenido en una reunión, en el bar La Punyalada del Paseo de Gracia, con Aguader, Carrasco, Campanys y otros.

Esto no impide a *La Batalla* publicar una carta abierta al Comité Ejecutivo de la Internacional, a comienzos de 1931, en la cual la Federación expone sus críticas: «la dirección del partido oficial no ha hecho absoluta-

⁴ Sobre las relaciones de Nin con Maurín en esta época, véase el capítulo 3 de la biografía de Nin.

mente nada para crear en Vasconia, en Galicia y en Andalucía un movimiento de independencia nacional íntimamente ligado a la clase obrera revolucionaria». La carta sostenía, además, que debían formarse no soviets, ajenos a la experiencia española, sino juntas revolucionarias, como forma espontánea, popular, de organización del contrapoder en la historia de España. La carta acababa prometiendo «luchar con todas las fuerzas por la realización total de la revolución democrática».

Cuando la oposición republicana anuncia que no participará en las elecciones legislativas que se propone convocar Berenguer (porque no se le ofrecen garantías de libertad) el rey sustituye al gobierno de éste por otro presidido por el almirante Juan Bautista Aznar, en el que figuran varios monárquicos tradicionales y Cambó, el jefe de la Lliga catalana. Varios políticos monárquicos se declaran republicanos. El Comité Revolucionario republicano detenido en diciembre, es condenado a seis meses de prisión. En marzo, el gobierno convoca elecciones municipales, con la esperanza de que, por ser de carácter administrativo, no tendrán significado político.

Mientras se comentan estos acontecimientos en *La Batalla* y *L'Hora*, se preparan las tesis para el Congreso de unificación. Maurín redacta la mayoría de ellas.

El Congreso tenía que reunirse en diciembre, pero los hechos de Jaca lo impidieron. Por fin, pudo celebrarse el primero de marzo de 1931. Tuvo lugar en una sala privada del bar Ballart, de la ciudad textil de Tarrasa, con unos 70 delegados.

El Congreso fue casi una ceremonia, porque la mayoría de los aspectos de la unificación se habían ido resolviendo en reuniones privadas.

No hubo problemas en cuanto al programa. El nuevo partido sería marxista. Se consideraría comunista, pero no estaría afiliado a la Comintern; defendería a la URSS, pero no renunciaría al derecho a criticar a sus dirigentes. Se fijaría como objetivo la toma del poder para instaurar el socialismo, y, como estrategia, el ayudar a hacer la

revolución democrática para pasar luego a la socialista, y, como táctica, la de presionar para que la clase trabajadora llevara a cabo la revolución democrática. Sindicalmente, sus miembros militarían en la CNT y tratarían de conquistar la dirección de sus sindicatos. Participaría en las elecciones, pero no confiaría en éstas para realizar sus objetivos. Aunque de momento actuaría con absoluta independencia, para darse a conocer y afirmar su personalidad, no rechazaría alianzas o coaliciones con otras organizaciones obreras, si se presentaba la oportunidad de establecerlas. Se organizaría al modo típico de los partidos comunistas, con células de cinco miembros, en barrios o localidades y, cuando fuera posible, en lugares de trabajo. Las células enviarían delegados a los congresos locales que elegían los Comités y al nacional. Este último, reunido anualmente, decidiría las posiciones políticas del partido, una vez se hubieran discutido en las células las tesis correspondientes. El Congreso elegiría un Comité Central, que se reuniría por lo menos cada tres meses y que, a su vez, elegiría al Comité Ejecutivo. El propósito de los fundadores era que el partido fuera a la vez centralizado y democrático (lo que Lenin llamaba el centralismo democrático), sin admitir en él la formación de fracciones, pero sin impedir jamás la libre discusión antes de adoptarse decisiones. Los hechos demostraron que estos propósitos no eran utópicos, puesto que el nuevo partido se gobernó siempre democráticamente.

Una cuestión importante —aunque pueda parecer frívola— era la del nombre. Se decidió darle el nombre de Bloc Obrer i Camperol (Bloque Obrero y Campesino). De momento, sólo existiría en Cataluña, pero hasta sus elementos más catalanistas aceptaban la idea de que con el tiempo se extendiera al resto de la Península. En la cuestión catalana reclamaba el derecho a la autodeterminación hasta la separación, pero no era partidario de ésta, sino que deseaba que se llegara a formar una Federación Ibérica de Repúblicas Socialistas (incluyen-

do a Portugal) y reclamaba la independencia de las colonias españolas, especialmente de Marruecos.

Se consideró que, debido a la ausencia de formación marxista del proletariado catalán y español, convenía que existiera, dentro del Bloque, por un tiempo, un núcleo de militantes que lo gobernara realmente. Lo formaría la Federación Comunista Catalano-Balear (que en el Congreso de 1932 cambió su nombre por el de Federación Comunista Ibérica), pero pronto dejó de haber ninguna diferencia entre Bloque y Federación. Esta quedó, en la práctica, absorbida por aquél.

El Bloque, como sus miembros lo llamaban, era un partido distinto. Ofrecía la única visión original, en aquel momento, en toda la política española. Iba contra la corriente y esto lo protegió de ambiciosos y oportunistas y, de hecho, hizo una especie de selección de militantes. Sólo iban al Bloque quienes realmente estaban convencidos de la justeza de sus puntos de vista, puesto que no ofrecía ni posibilidades de «subir», ni satisfacciones inmediatas de triunfo ni otra cosa que trabajo, sacrificios y esperanzas.

En el momento de constituirse, el Bloque tenía unos 700 miembros⁵ —de hecho, todos militantes. Creció rápidamente por unos meses, luego quedó en los 1.400 miembros por un período y, en 1932, volvió a crecer. Se formaron, como resultado de ello, las Juventudes del Bloque (que en 1935 adoptaron el nombre de Juventud Comunista Ibérica, cuando las juventudes comunistas oficiales se unieron a las socialistas y no hubo en España ninguna organización juvenil con el adjetivo de comunista). Se crearon también una Sección Femenina, una Escuela Marxista, unos grupos de choque (Gabocs o grupos de acción del BOC) y un secretariado sindical, a

⁵ En ese momento, el Partido Comunista tenía un millar de miembros en España, de los cuales unos 50 en Cataluña, según evaluación del delegado de la Internacional, Jules Humbert-Droz, en sus memorias: *De Lénine à Staline*. Neuchâtel, 1971, p. 409.

cargo de Pere Bonet, compañero de Maurín desde los años de Lérida.

En los primeros meses de su existencia, el Bloque recibió la adhesión del grupo que editaba el semanario *L'Hora* y de algunos elementos de Estat Catalá que no quisieron ir a la Esquerra Republicana de Catalunya (el partido nuevo que Maciá formó con la unión de una serie de grupos republicanos). Josep Rovira y Jaume Miravittles fueron los más destacados de estos nuevos elementos. En Asturias algunos elementos separados del Partido Comunista formaban un núcleo que, sin ser del Bloque, simpatizaba con él. Otro núcleo creado en Valencia por Julián Gómez («Gorkín») se adhirió pronto al Bloque. Y, en Madrid, el grupo de Luis Portela (uno de los fundadores del Partido Comunista), con su semanario *La Antorcha*, simpatizaba también con él.

Maurín fue elegido secretario general (era el único miembro del partido que tenía un sueldo: lo mismo que ganaba un obrero calificado, o sea, 300 pesetas mensuales). Dirigía, además, *La Nueva Era* y *La Batalla*. El primer comité ejecutivo se compuso de Maurín, Jordi Arquer, Josep Coll, Miquel Ferrer, Eusebio Rodríguez Salas, Hilario Arlandis, Víctor Colomer, Pere Bonet y Enrique Adroher («Gironella»).

Todo esto —organización, formación de comités, distribución de los militantes en células, impresión de cárnets de cotización, alquiler de locales—, tuvo que hacerse a toda prisa, sin poder consagrar a ello mucho tiempo, porque los acontecimientos políticos se aceleraban. El Bloque se fundó en marzo. Para abril estaban convocadas elecciones municipales. La Esquerra de Maciá, que acababa de formarse, ofreció al Bloque aliarse con ella. Algunos eran partidarios de aceptar, porque pensaban que podrían influir en la Esquerra. Pero predominó el criterio de ir a las elecciones independientemente. La Esquerra, entonces, se alió con la Unión Socialista de Cataluña —alianza que persistió hasta 1936. El Bloque presentó candidatos por los distritos populares

de Barcelona (Maurín lo fue por el distrito cuarto) —en algunos distritos residenciales, no tenía ni un militante para presentar— y en unos cuantos pueblos de Cataluña donde existía sección. En aquel momento, la sección de Lérida era más fuerte que la de Barcelona.

El Bloque redactó un programa municipal de 20 puntos, que podría resumirse en una frase: ni un céntimo para los barrios ricos, todo el dinero para los barrios obreros. La breve campaña electoral le dio ocasión, por decirlo así, de presentarse al público. Pero no disponía de medios para hacer una campaña intensa: unos cuantos carteles, unos pocos mítines y nada más.

* * *

Todos los bloquistas de más de veinticinco años han sido cenetistas. Conocen, pues, a la masa sindical catalana. Por esto no les sorprende —como ocurre con los demás políticos— la victoria de la Esquerra en las elecciones municipales del 12 de abril de 1931. Saben que los dirigentes cenetistas han aconsejado bajo mano a sus gentes que voten por el partido de Maciá. En todas las ciudades españolas vencen los republicanos. En Barcelona, el Bloque obtiene 2.176 votos y saca algunos concejales en varios pueblos de la provincia de Lérida. Maurín está satisfecho. Es un primer paso nada desdeñable.

Siguen unos días frenéticos. *L'Hora* (que ahora ya es un semanario bloquista) saca una hoja pidiendo que se establezca la República. A las pocas horas de empezar a circular, Companys y Maciá proclaman la República, el uno en el Ayuntamiento y el otro en la Diputación. Madrid sigue al cabo de unas horas.

L'Hora, el 15 de abril, pide que se arme a los obreros, que se juzgue al que ya es el ex rey. El Comité Ejecutivo del Bloque se dirige al Comité Nacional de la CNT proponiéndole la formación de juntas obreras revolucionarias. No hay respuesta, porque los dirigentes de la CNT —Ángel Pestaña, Joan Peiró— prefieren dar un

respiro a los republicanos, en vez de empezar inmediatamente a presionar. El 17 de abril, un manifiesto del Bloque —redactado por Maurín, como la carta citada— pide juntas revolucionarias, separación de la Iglesia y el Estado, entrega de la tierra a quienes la trabajan, reconocimiento del derecho de las nacionalidades a la autodeterminación, supresión de los comités paritarios (organismos de arbitraje en los conflictos de trabajo creados por la Dictadura), ayuda a los obreros parados y formación de una Unión de Repúblicas de Iberia.

El 19 de abril, *L'Hora* publica un artículo de Maurín: ha sido un error, dice, el haber aceptado transformar la República Catalana proclamada por Maciá en un organismo autónomo, la Generalidad. Ha sido un error, también, permitir que el rey se marchara, porque «será el centro de atracción de los restos de la sociedad feudal para preparar su regreso con ira vengativa» y esto «hará inevitable una guerra civil». «Se ha perdido la primera batalla. Los trabajadores españoles deberán derramar mucha sangre en defensa de las conquistas revolucionarias», termina proféticamente.

El 23 de abril, en las mismas páginas, Maurín recuerda la proclamación del Estado Catalán en 1873 y la confesión posterior de Pi y Margall de que se equivocó cuando, por teléfono, consiguió que sus partidarios depusieran su actitud. El semanario pide unas cortes constituyentes catalanas, el voto a las mujeres y a partir de los dieciocho años, y la formación de juntas revolucionarias.

En el número 6 de *La Nueva Era*, el editorial fija la posición del Bloque. Escrito por Maurín, será la base de la intensa campaña de educación política que el Bloque emprende a partir de abril, cuando la agitación disminuye en el país y el gobierno provisional consigue hacer prevalecer el punto de vista de que debe dejarse para las Cortes Constituyentes la solución de los problemas que determinaron la caída de la monarquía. El Bloque quisiera, en cambio, que estos problemas se solucionaran

primero en la calle, en la realidad, y que luego la constitución legalizara estas soluciones. Pero la gente está ilusionada y el punto de vista del Bloque encuentra un eco reducido. En realidad, el Bloque aparece como un aguafiestas que quiere sacar a la gente de sus sueños dorados. Necesita, por tanto, educar a la gente. Es lo que el Bloque tratará de hacer en centenares de mítines y conferencias (durante los cuales muchos militantes se descubren dotes de agitador o de orador improvisado), en los meses en que, en Madrid, se discuten la Constitución, el Estatuto de Cataluña y las bases de la reforma agraria.

«La Revolución española ha entrado en una etapa del mayor interés histórico. El frente reaccionario ha sido roto en el suelo de la Península Ibérica, y las fuerzas revolucionarias se disponen a librar un formidable combate.

La Revolución no ha terminado, como pretenden los sectores que actualmente son dueños del poder, sino que, por el contrario, se encuentra en plena ascensión.

España llega tarde a la Revolución democrática, cuando casi todo el mundo ha logrado, en el transcurso del siglo XIX, desembarazarse de las supervivencias feudales. España inaugura este proceso de transformación social con un retraso evidente. Por eso aquí la Revolución ha de ser más honda, más intensa [...]. España necesita llevar a cabo todavía su Revolución democrática, es decir, la abolición definitiva de la monarquía, el exterminio del poder de la Iglesia, el reparto de la tierra, la liberación de las nacionalidades, la emancipación política y moral de la mujer, la destrucción total del armatoste secular del Estado semifeudal.

Si la Revolución fuese limitada al simple cambio de forma de Gobierno, el malestar de España quedaría intacto. La República degeneraría, a no tardar, en un régimen tan reaccionario y despótico como era la monarquía bor-

bónica. Uná República como la de Portugal, como la de Francia, como la de Polonia, como la de Alemania, como la de China, no puede ser, ciertamente, motivo de atracción.

La Revolución española será ahogada en flor por la reacción, si las clases trabajadoras no hacen un esfuerzo gigantesco para impedirlo.

Las fuerzas motrices de la Revolución son el proletariado, los campesinos pobres, el movimiento nacionalista y una parte importante de la juventud, que aunque de origen pequeño-burgués, desea que la Revolución haga dar un salto a España en el camino de su transformación social.

Todo el problema consiste en que esas fuerzas motrices, que son las que han de fecundar el porvenir, actúen no paralelamente, ni en zig-zag, sino de una manera convergente con vistas a un mismo objetivo.

¿Es posible esta unidad de perspectiva, esta meta final única? Sí.

Pero para conseguirla es indispensable una comprensión exacta del fenómeno revolucionario, sobre todo en los medios dirigentes de las clases populares. El esfuerzo para llegar a esta interpretación justa ha de ser realizado por todos [...]. La Revolución española no puede estancarse. Hay que trocarla en permanente. Precisa hacer un poco de Revolución cada día. Que las clases trabajadoras jueguen un papel cada vez más activo en los acontecimientos políticos. Y, sobre todo, llevar la Revolución al campo, que los campesinos comiencen a hacer la transformación agraria, que se adelanten a las leyes de propiedad que han de estatuir las futuras Cortes Constituyentes.

Cuando el torrente revolucionario crezca, adquiriendo las proporciones de un desbordamiento histórico, cuando la Revolución lata en las profundidades del pueblo y lo sacuda todo, el retorno del pasado no será ya posible, y marcharemos entonces, con la seguridad de pisar

terreno firme, hacia la instauración de la *República Socialista*.»

Maurín habla tres o cuatro veces por semana, en sindicatos obreros, en la Universidad (invitado por los estudiantes) en salas de baile o cines donde el Bloque organiza mítines. Casi todos los sábados por la noche hay un mitin en alguna ciudad catalana, el domingo por la mañana en Barcelona y el domingo por la tarde en alguna otra localidad. El Bloque es pequeño, pero su voz empieza a oírse y se comienza a hablar de él. En torno a Maurín hay una serie de oradores que rompen con la tradición grandilocuente y que hacen de la tribuna una tarima de escuela: Jaume Miravittles, Víctor Colomer, Julián Gorkín, Jordi Arquer, Gironella. Salen jóvenes que nunca pensaron en hablar y que se lanzan, primero en los pueblos, luego en las ciudades. Este esfuerzo de muchas semanas puede sostenerse no sólo porque los bloquistas cotizan, sino porque los mítines se pagan por sí mismos, con lo que se recoge a la salida entre los oyentes. La politización de la masa es tan considerable que hasta muchachos de quince años asisten a los mítines y hablan de política. La atmósfera es como la realización de los sueños más imposibles de un agitador.

En esta actividad incesante, dos conferencias destacan: una en Manresa, en controversia con Rafael Campalans, uno de los fundadores de la Unión Socialista de Cataluña. Un centro obrero de esa ciudad había decidido afiliarse y en su seno luchaban los partidarios de hacerlo al Bloque y los de hacerlo a la USC. Se organizó la controversia, para que pudieran votar con conocimiento directo de causa. La superioridad argumentativa de Maurín fue tal, que el centro votó por fuerte mayoría por adherirse al Bloque. A la salida, según contaba el moderado semanario republicano *Mirador*, Campalans preguntó a uno de sus acompañantes: ¿Dónde puedo tomar una ducha?, y un oyente comentó: ¿Otra?...

En junio, Maurín fue invitado a dar una conferencia

en el Ateneo de Madrid. Era su primera salida pública fuera del movimiento obrero catalán⁶. Dice en ella que el país necesita un gobierno de jacobinos, e insiste en su tesis: es necesaria la revolución democrática para pasar luego a la socialista. Critica la política de la Cominform: «La ortodoxia formulista ha fracasado siempre en las revoluciones. Por esto fracasó la Internacional Comunista en Alemania, en China y en Bulgaria. El querer reproducir en estos países la fórmula rusa ha conducido al fracaso.» Y agrega: «Sin la revolución democrática no es posible la revolución socialista. Pero nuestra revolución debe ser una revolución típicamente española. Todas las grandes revoluciones han sido un fenómeno nacional, aunque en su fondo, pero no en su forma, hayan tenido irradiaciones universales.»

Al día siguiente, Nin habló en el mismo Ateneo madrileño. Dedicó toda su conferencia a atacar las tesis de Maurín. Esto marcó un enfriamiento de las relaciones entre ambos. Estas habían llegado a hacer crisis cuando, en mayo, Nin pidió su ingreso en el Bloque y el Comité Ejecutivo del mismo lo rechazó, porque temía que los pocos trotskystas que había en el país hicieran una labor fraccional que podía ser peligrosa en un partido recién formado⁷. Nin tomó la cosa como un rechazo personal, cuando en realidad era sólo político, y sus relaciones con Maurín, sin llegar a romperse totalmente, se espaciaron. Siguiendo las orientaciones de Trotsky, Nin ataca frecuentemente al Bloque, aunque nunca descende a la crítica personal, pues, como él mismo escribió a Trotsky, ve en Maurín «un militante inteligente y, sobre todo, muy honrado». Termina así

⁶ La revista madrileña *Nuevo Mundo* publica (12 de junio de 1931) una entrevista con Maurín y otra con Nin, con motivo de esta conferencia.

⁷ Que era así se ve en la correspondencia de Nin con Trotsky, en la cual el primero habla de su propósito de crear una fracción en el bloque, si ingresa en él. Esta correspondencia se cita en el capítulo 3 de la biografía de Nin.

la colaboración intermitente de Nin en *L'Hora* y hasta en *La Batalla* (con seudónimo). Durante cuatro años, Nin y la Oposición Comunista, perdida la esperanza de captarse a Maurín, se dedican a criticarlo, aunque estos ataques disminuyen a medida que se enfrían las relaciones de Nin con Trotsky: el primero se va liberando del dogmatismo trotskysta. Maurín se limita a replicar a estos ataques, en un par de ocasiones, poniendo de relieve que la Oposición Comunista en ningún país ha logrado crear un verdadero partido y que esto demuestra su ineficacia.

Muchos años más tarde, Maurín me dijo que, en 1931, había deseado que Nin ingresase en el Bloque, porque éste era «el lugar donde lógicamente debía estar». Pero que tuvo que renunciar a ello en vista de la lealtad de Nin a Trotsky, que habría hecho de él un factor de desintegración. Maurín se daba cuenta de que un partido necesita más de un dirigente de talla y creía que Nin lo era, por lo menos potencialmente, y que su ingreso habría fortalecido el Bloque, si no hubiera existido el dogmatismo trotskysta.

Entretanto, la Internacional se dio cuenta del empuje que iba adquiriendo el Bloque y trató de atraérselo. Para ello, Humbert-Droz hizo gestiones cerca de bloquistas, y cuando éstas fracasaron invitó a Maurín a ir a Moscú. Algunos bloquistas, todavía ilusionados con la idea de la Internacional, apoyaron esta invitación. Maurín les dijo que la aceptaran para ellos pero que él no iría. Ante esta respuesta, Moscú retiró la invitación. Lo que deseaba era tener a Maurín allí, ya para convertirlo en un dirigente sometido, ya para retenerlo, con pretextos diversos y dejar así al Bloque decapitado y expuesto a las presiones comunistas. Los bloquistas se dieron cuenta de esto y no hubo ya más vacilaciones. La Internacional se dio también cuenta de que no podría «seducir» a los bloquistas y declaró oficialmente expulsada a la Federación Comunista Catalano-Balear, expulsión hasta entonces decretada solamente por el Partido español.

Algunos de los que en 1931 vacilaron, en 1932 se separaron del Bloque para ingresar en el Partit Comunista de Catalunya, cuando éste se fundó, con apariencias de independiente pero, en realidad, como apéndice del Partido español (Arlandis, Sesé, Masmamo).

Esto era anécdota. Lo fundamental para el Bloque y para Maurín era el problema que planteaba el predominio anarcosindicalista (anarquista a secas, a partir de 1932) en la clase obrera, a través de la CNT.

* * *

Muchos de los militantes adultos del Bloque habían sido militantes destacados de la CNT y algunos tenían puestos de responsabilidad en sindicatos cenetistas. Entre ellos y los dirigentes de la CNT existían lazos de amistad y recuerdos comunes. Pero habían evolucionado, aprovechando las lecciones de la experiencia española: abandonaron los principios antipolíticos que inspiraban a los anarcosindicalistas. Reprochaban a éstos, sobre todo, que cuando las circunstancias les obligaban a prescindir de tales principios, en vez de hacer de la CNT un organismo político obrero, empujaban a los trabajadores a votar por políticos, de izquierda cierto, pero de clase media, cuyos intereses eran ajenos a los intereses de la clase obrera. Si los anarquistas no hubieran apoyado a Lerroux, decían, si se hubieran constituido en organismo político, la insurrección popular de 1909 hubiera podido desembocar en una revolución. Si en 1931, en vez de dar sus votos a la Esquerra, hubieran presentado candidatos de la CNT, la situación sería muy distinta, y la dualidad de poderes entre Gobierno de Madrid y Generalidad (que los bloquistas consideraban progresiva y uno de los elementos de la revolución democrática) habría sido mucho más acentuada.

Si los bloquistas habían podido evolucionar del anarcosindicalismo al marxismo, también podría hacerlo el resto del proletariado catalán. Se trataba de hablarle,

de explicarle, de informarle. Lo malo era que esto constituía una labor lenta: los acontecimientos no esperaban. Posiblemente los bloquistas y Maurín se mostraron demasiado optimistas acerca de sus posibilidades de acelerar la evolución ideológica de la clase obrera. Más de una vez, Maurín debió exasperarse. Por ejemplo, cuando «decía en un mitin ‘Tenemos que enviar a la cárcel a...’ [y] se veía interrumpido por gritos de ‘¡Basta de cárceles!’, y cuando trataba de precisar que había que ahorcar a los usureros y verdugos, le gritaban: ‘¡Dictador! ¡Muera Rusia!’»⁸.

Maurín procedía del sindicalismo. Tenía un gran respeto por su espíritu revolucionario, pero veía, al mismo tiempo, que los sindicalistas temían meterse en política. Esto tenía como consecuencia que apoyaran en los momentos graves a políticos que no eran obreros y que acababan apartándose de ellos una vez los habían utilizado. Si los sindicalistas hubieran formado un partido que hubiese tenido el sostén de la CNT, Maurín, indudablemente, habría tratado de unir el Bloque con él. Si este partido hubiese existido en 1919, habría formado parte de él, probablemente hubiese tratado de que se adhiriera a la Tercera Internacional, pero nunca se habría separado de él, sino que, como lo hizo con la Federación, habría ayudado a separarlo de la Internacional Comunista.

Ya en 1928 le preocupaba el problema del anarquismo y trataba de encontrar una explicación válida de su influencia en Cataluña. En aquel año, Maurín publicó en el semanario *L'Opinió*, de Barcelona, un artículo (14 de abril de 1928). Le respondió, en términos airados, el líder sindicalista Joan Peiró. Siguió la polémica por varios números más, con intervenciones de Andreu Nin, Jordi Arquer, Jaume Ayguadé y Joan Lluhí Vallescá⁹.

⁸ Francisco Madrid: *Film de la República comunista libertaria*. Barcelona, 1932, p. 170.

⁹ Estos artículos fueron reunidos en un volumen por Al-

En todos los libros de Maurín se encuentra un análisis del movimiento anarquista. Años más tarde, iba a resumirlo así ¹⁰:

«Al iniciarse la Revolución rusa, 1917, el movimiento obrero español estaba dividido en dos sectores ideológica y orgánicamente distintos y rivales: el anarcosindicalista y el socialista.

El anarcosindicalismo se agrupaba en la Confederación Nacional del Trabajo, con sede central en Barcelona. Al margen, pero convergiendo, funcionaban los Grupos Anarquistas o, simplemente, núcleos de «militantes», que constituían la vertebración interna de la CNT.

Los socialistas estaban agrupados en tres organizaciones: el Partido Socialista Obrero Español; las Juventudes Socialistas y la Unión General de Trabajadores. Aunque oficialmente independiente, la UGT se encontraba bajo el control del Partido Socialista.

Esta división tenía profundas raíces históricas; arrancaba de los mismos comienzos del movimiento obrero organizado.

El anarquismo prendió inicialmente en Barcelona y Andalucía, y al correr de los tiempos, con ascensos y descensos, éxitos y fracasos, fue extendiéndose y ganando posiciones en el resto del país.

En los cuarenta y un años que median entre la escisión socialista-anarquista en el Congreso de La Haya y la Revolución rusa, el movimiento anarquista fue batiéndose en retirada ante el avance socialista en todas partes, menos en España (y Portugal), en donde el anarquismo, en el siglo XIX, y el anarcosindicalismo, en los comienzos del siglo actual, fue siempre más numeroso y fuerte que el movimiento socialista.

Las razones para que el proceso fuese en Espa-

bert Balcells: *El arraigo del anarquismo en Cataluña*, Barcelona, 1973.

¹⁰ Apéndice, pp. 242-244.

ña distinto que en los otros países son varias:

1.^a Los anarquistas españoles comprendieron el problema campesino mucho antes que los socialistas, y arraigaron, desde los primeros tiempos, en Andalucía, que es el crisol de la cuestión agraria española.

2.^a Los anarquistas establecieron su base principal en Barcelona, que era el centro industrial del país, mientras que los socialistas lo asentaron en Madrid, capital burocrática de la nación, en donde el proletariado propiamente dicho apenas existía.

3.^a Los anarquistas eran propagandistas formidables e incansables. Publicaban periódicos, revistas y folletos en abundancia. A comienzos de siglo, el semanario *Tierra y Libertad*, que se editaba en Madrid, se transformó en diario, siendo sin duda el primer diario anarquista que se publicó en el mundo. La editorial Sampere-Prometeo, de Valencia, dirigida por Blasco Ibáñez, publicaba a precios populares toda la literatura anarquista de la época. Los socialistas no concedieron nunca una importancia especial a la propaganda impresa: se contentaban con publicar tres o cuatro semanarios en todo el país.

4.^a Los anarquistas, aunque el número de intelectuales que formaron parte de sus organizaciones fue muy reducido, hicieron una inteligente política de atracción de ellos, invitándolos a colaborar en sus revistas y periódicos. La llamada «generación del 98», que inició una nueva fase en la vida intelectual de España a comienzos de siglo, era intuitivamente anarquista. Los socialistas, en cambio, hasta la segunda década del siglo, desconfiaron de los intelectuales, rechazándolos.

5.^a Los anarquistas eran más combativos que los socialistas. Las insurrecciones campesinas en Andalucía, en el último cuarto del siglo pasado, aunque elementales y equivocadas las más de las veces, encendían la llama de una ansiada liberación, cuyo rescoldo, después del fracaso, no se

extinguía nunca. Al calor de ese rescoldo se agrupaban los humildes campesinos y escuchaban la lectura de los folletos de Malatesta y *La Conquista del Pan* de Kropotkin.

6.^a Los anarquistas comprendieron la importancia que tiene la educación de la juventud para formar los luchadores de mañana, y crearon las escuelas racionalistas, cuyo principal propulsor, Francisco Ferrer, al ser fusilado, en 1909, dio al santoral anarquista un mártir con aureola internacional.

7.^a Los anarquistas practicaron el terrorismo como arma política, y si en algunos casos los resultados fueron negativos, en otros fueron positivos, siendo siempre terribles.

8.^a Los anarquistas, perseguidos sin parar, adquirieron la práctica de actuar a la sombra, en la clandestinidad, mientras que los socialistas procuraban no infringir las leyes establecidas.

9.^a La dualidad Madrid-Barcelona, Castilla-Cataluña, favorecía a los anarquistas, cuya oposición a Madrid coincidía con la de la clase media catalana.

10.^a El anarquismo, un poco místico, quijotesco, aventurero, individualista, estaba mucho más cerca de las características psicológicas del pueblo español, que no el socialismo: frío, esquemático, formulista, disciplinado, reglamentario.

11.^a La Primera Guerra Mundial determinó un rápido desarrollo industrial en Cataluña, con el consiguiente crecimiento del movimiento obrero, encuadrado y dirigido por el anarcosindicalismo.

12.^a Los anarcosindicalistas comprendieron antes que los socialistas la conveniencia de transformar las sociedades de oficio en sindicatos de industria. La aparición del Sindicato Único (sindicato de industria) fue revolucionaria y dio a los anarcosindicalistas un tal impulso que alrededor de la Confederación Nacional del Tra-

bajo gravitó la mayoría de la clase trabajadora española.

13.^a Y, último pero no lo último, los anarquistas dieron pruebas de una imaginación de la que carecían los socialistas.»

Las diferencias ideológicas o doctrinales entre marxismo y anarquismo eran importantes, no tanto por sí mismas, cuanto por la fosilización que el anarquismo español sufría en este terreno. No hubo aportaciones teóricas importantes por parte de los anarquistas españoles ¹¹.

«En la gestación del anarquismo español, además que Bakunin, que ocupa indiscutiblemente el primer lugar, juega un papel importantísimo Proudhon. Las ideas de Proudhon, sobre todo su concepción federalista, fueron divulgadas a mediados del siglo pasado, adaptándolas a la realidad española, por un ideólogo y político de gran prestigio, Pi y Margall, catalán, que fue, aunque brevemente, presidente de la primera República (1873). Ideológicamente, el anarquismo español de fines del siglo XIX y comienzos del presente es una fusión de las ideas críticas y negativas de Bakunin y de las ideas positivas y constructoras de Proudhon. 'Las doctrinas de Proudhon —escribió Ricardo Mella, teorizante anarquista— constituyen en España el credo de la mayor parte de las gentes, y, en una u otra forma, en cada español puede reconocerse un federal.'

En 1917-1921, el anarcosindicalismo español se aproxima al bolchevismo por el camino del bakuninismo, y luego se aparta de él, principalmente, por el antagonismo que existe entre las concepciones proudhonianas y la práctica bolchevique. Cuando Angel Pestaña, en 1920, discute con Lenin, el eje de la argumentación crítica de

¹¹ *Apéndice*, p. 242.

Pestaña es proudhoniano: federalismo contra centralismo.»

Pero los anarquistas nunca aplicaron este federalismo teórico al análisis de la realidad española. De haberlo hecho, habrían tomado posición en favor de un sistema federal de organización del país y no habrían dejado que las burguesías locales monopolizaran los movimientos catalanista, nacionalista vasco, etc. Al contrario, habrían fomentado movimientos locales en lugares donde todavía no estaban más que en potencia, como Castilla, Asturias, Andalucía, etc. En cambio, el anarquismo se dejó cegar por el hecho de que los movimientos nacionalistas estaban encauzados por la burguesía, que los aprovechaba en su beneficio y los utilizaba como arma para exigir del gobierno central la persecución del movimiento obrero. Esto impidió a los anarquistas comprender el problema a la luz de sus propias doctrinas. Si el anarquismo hubiera sabido ver este problema, habría podido sobreponerse a la burguesía y su acción se hubiera encontrado fortalecida, habría podido arrastrar a la clase media, que también era nacionalista, y con ello habría predominado. Esto pensaba Maurín. Esto era precisamente lo que trataba de hacer el Bloque. El federalismo anarquista se detenía en cuanto se planteaba en términos políticos, momento en que, de hecho, se colocaba involuntaria e inconscientemente al lado del centralismo feudal. Naturalmente, esto debilitaba su eficacia revolucionaria.

La política de la República con respecto a la CNT alarmaba a los bloquistas. Los socialistas, desde el Ministerio de Trabajo, impusieron los Jurados Mixtos, que eran anatema para los sindicalistas, partidarios de la acción directa. Como los sindicalistas habían apoyado a los republicanos, esta imposición socialista fue vista como una traición y ello preparó el terreno para que los elementos anarquistas puros —de la FAI— pudieran desplazar a los sindicalistas de la dirección, por lo cual acabaron firmando un manifiesto antifaista con treinta

firmas (se les llamó «treintistas») y separándose de la CNT.

Si para los bloquistas, los sindicalistas representaban un obstáculo por su tendencia a entenderse con los republicanos, los anarquistas lo fueron también, por su tendencia a organizar insurrecciones sin porvenir, que «justificaban» la represión policiaca que la República pronto emprendió contra la CNT, sin lograr debilitarla. Los bloquistas eran todos miembros de sindicatos cetetistas. En ellos formaban minorías o grupos que trataban de conseguir la dirección. Lo lograron en algunos sindicatos barceloneses y en casi todos los de Gerona, Tarragona y Lérida. En 1932, el Comité Regional de la CNT, en manos de los faistas, decretó que cualquier sindicato que estuviera dirigido por alguien que hubiese sido candidato a cargos políticos debía expulsarlo o ser expulsado de la CNT. De este modo salieron de la CNT sindicatos fuertes, como el Mercantil y el de Artes Gráficas de Barcelona. Luego, con igual pretexto, fueron expulsadas las Federaciones Locales de Lérida, Gerona y Tarragona, dirigidas por bloquistas. El panorama sindical catalán se complicó. La CNT era muy poderosa en la ciudad de Barcelona, los «treintistas» lo eran en la provincia de Barcelona, los bloquistas en las otras tres provincias. Además, existían numerosos y fuertes sindicatos autónomos.

En el campo, el panorama no era más simple. Por un lado, la Esquerra controlaba a la Unió de Rabassaires (medieros de la vid), en la que los bloquistas iban penetrando; estos últimos formaron federaciones agrarias en Gerona y Lérida, y la Unió Socialista de Catalunya tenía también una pequeña organización campesina. La CNT no estaba presente en el campo catalán.

Los bloquistas, a pesar de sus diferencias ideológicas, consideraban a la CNT como la gran fuerza revolucionaria de España. Querían, pues, trabajar en ella y con ella. Por esto, cuando en 1931 los comunistas convocaron en Sevilla una Conferencia Sindical, la aprobaron,

al creer que se quería renovar la CNT, pero, cuando se vio que trataba de organizar una nueva central sindical, la condenaron. Por esto también cuando el Gobierno de Madrid empezó a mostrarse abiertamente antisindicalista, el Bloque comenzó a decir que, surgidos espontáneamente, los sindicatos eran los instrumentos españoles del futuro poder obrero.

Aunque desconfiaban de los socialistas, cuando dimitiesen por motivos religiosos los dos hombres de derechas del Gobierno provisional, Alcalá Zamora y Maura, el Bloque dijo que lo adecuado era que los socialistas se encargaran del poder y no, como ocurrió, los republicanos, puesto que aquéllos, pese a su reformismo, eran una fuerza obrera.

* * *

Los bloquistas no descansaban. Para ellos, una jornada sin hacer algo por el Bloque era una jornada perdida. Maurín supo dar a los militantes lo que bien podría llamarse patriotismo de partido. El Bloque era bastante pequeño y entre sus militantes había una atmósfera familiar. Al mismo tiempo, ya era bastante grande y no se sentía una secta aislada. Y, como el Bloque iba creciendo, sus hombres se sentían entusiastas, dinámicos. Los que se separaron para volver al Partido Comunista, en 1932 (una docena escasa), no arrastraron a nadie. Cuando esta pequeña crisis ocurrió, el Bloque celebró un mitin para explicarla. Maurín terminó su discurso llamando a los bloquistas a redoblar sus esfuerzos y con la frase «Bloquistas, ¡a caballo!». Causó tanta emoción entre los militantes que desde entonces, cada vez que había algún problema interior, la misma frase resurgía, como una especie de amuleto verbal contra las divisiones y el desánimo.

Esta capacidad de ir contra la corriente sin desalentarse iba a permitir a los bloquistas, años después, no

sólo el sobrevivir como partido, sino también como individuos. De momento, les daba una especie de excitación, no exenta, cierto, de dogmatismo, puesto que les inclinaba a creer que ellos poseían la verdad política. Pero, en todo caso, era una verdad sometida constantemente a la duda, puesto que en las células se discutía y, a veces, Maurín quedaba en minoría en el Comité Ejecutivo. Los bloquistas, que salían todos los atardeceres a charlar en los corrillos callejeros y a convertir las discusiones sobre fútbol o filatelia en discusiones políticas, se encontraban, así, en contacto con toda clase de posiciones políticas distintas de las suyas.

El gran instrumento del Bloque era *La Batalla*. El semanario mejoraba. Se leía fuera del Bloque. Maurín le dedicaba largas horas ¹². Pero eran también eficaces, en

¹² Cuando estaba yo escribiendo la historia del POUM, en 1970-73, formulé muchas preguntas a Maurín, que las contestaba por escrito. La respuesta que me dio sobre *La Batalla* (9 de mayo de 1972) es interesante, porque revela su economía de palabras y adjetivos, incluso en un tema que le inspiraba nostalgia al cabo de tantos años. He aquí su respuesta, dada como ejemplo del estilo privado de Maurín, aun a riesgo de repetir cosas ya dichas: «*La Batalla*, semanario, empezó a publicarse en diciembre de 1922, en Barcelona. Director, Maurín; redactores, Pedro Bonet e Hilario Arlandís.

Tirada inicial, 3.000 ejemplares. (Dejó de publicarse *Lucha Social*, de Lérida, que tiraba algo más de 1.000 ejemplares, y recogió su campo.)

La impresión de *L. B.* se hacía en una imprenta pobre situada en la calle del Tigre, y era relativamente barata. No tenía gastos de redacción ni administración. Pedro Bonet trabajaba en la imprenta como cajista y se ocupaba de *montar* el periódico. (Bonet no era administrador de *L. B.*)

El primer administrador de *L. B.* fue Foix (no recuerdo ahora el nombre de pila). Foix trabajaba con Maurín en la secretaría de la Asociación de Empleados Municipales. Era un joven sindicalista muy formal y capaz. Fue asesinado por las bandas del Sindicato Libre poco después del asesinato de Salvador Seguí (abril de 1923).

L. B. fue mejorando técnicamente y pasó a la imprenta «Cosmos», montada por Barrera (viejo líder sindicalista, que durante la República fue consejero de Trabajo de la Gene-

la formación de los militantes, las conferencias de los domingos por la tarde, en la mayoría de las secciones. Y no dejaban de influir en ellos la lucha que sostenían en grupos minoritarios en los sindicatos, en los ateneos obreros (muchos de los cuales conquistaron), las peleas a golpes para defender los mítines contra las interrupciones (sobre todo de comunistas oficiales), y hasta la monótona actividad electoral.

En el otoño de 1931, Maurín tuvo la posibilidad de ir a las Cortes Constituyentes. En las elecciones para formarlas, en junio, el Bloque obtuvo 17.536 votos en Cataluña. En julio debía cubrir un puesto por minorías que quedó vacante y Maurín se presentó. La *Soli* hizo campaña contra él, llamándolo «muy bien preparado para ser el segundo Maura». Los anarquistas que votaron lo hicieron por el comandante Jiménez, un demagogo fácil. Maurín no salió. Pero en octubre hubo que cubrir dos puestos en Barcelona, porque dos diputados sacaron acta doble y renunciaron a la de la capital. El Bloque presentó de nuevo a Maurín. La *Soli* apoyó a un candidato radical (del partido de Lerroux), y acusó a Maurín de hablar despectivamente en un mitin de «los murcianos» —cosa evidentemente falsa. Salió el candidato de la Lliga, Pere Rahola, con 30.000 votos. Maurín llegó en tercer lugar, con 8.000 votos (contra 13.000 al radical

alidad). La tirada no pasó entonces nunca de unos 3.000 ejemplares. Pero el impacto era considerable.

Suspendida en 1924 (ó 1925), reapareció en 1930. Administrador entonces, Eusebio Rodríguez Salas.

Cuando se proclamó la República y en las semanas siguientes llegó a tirar hasta 30.000 ejemplares. Luego descendió y adquirió el nivel normal; unos 7.000 ejemplares, con tendencia ascendente. Administradora de *L. B.* era Natalia Bonet (la mujer de Pedro), extraordinariamente eficiente. En 1935 llegó a los 10.000 ejemplares de tirada. *La Batalla* era la fuente principal de ingresos del BOC. Pudo permitirse el lujo de instalar sus oficinas en la Vía Layetana, con un administrador permanente, José Rebull, y un auxiliar, Pedrola. Alrededor de *L. B.* fue creándose una pequeña editorial de folletos, que se vendían como el pan...

apoyado por los anarquistas). Ningún candidato obtuvo bastantes votos para el segundo puesto y esto obligó a nuevas elecciones el domingo siguiente. Ahora sí que se creyó que Maurín saldría. Muchos amigos suyos de la Esquerra le ofrecieron apoyo. Pero los electores de la Lliga dieron su voto al candidato de Acció Catalana, Martí Esteve (un moderado catalanista), para evitar que triunfara Maurín. Este obtuvo 13.000 votos, contra 42.000 del candidato moderado.

El Bloque no tendría, pues, diputado. Maurín no podría hablar desde la tribuna de Madrid. De haber salido triunfante, no hubiera podido cambiar, evidentemente, la marcha de las cosas, pero es muy probable que hubiera establecido contactos con socialistas de izquierda, que hubiera influido en ellos (pues no tenían a ningún teorizante de valía) y que sus discursos hubiesen abierto puertas al Bloque en otros puntos de España.

Para Maurín fue una desilusión, y para el Bloque una frustración. Sin embargo, no se rindieron. Lo que no podía decirse en las Cortes se decía en los mítines. Maurín no había sido muy optimista. El día antes de las elecciones, declaró a *La Noche*, de Barcelona: «Las elecciones son entre el Bloque y la Lliga. Mi impresión es que las derechas triunfarán.» Porque Maurín creía que, al cabo de cinco meses, la República ya estaba gastada, pues no había sabido adoptar ninguna de las medidas esenciales de una revolución democrática.

«La burguesía española ha perdido toda condición revolucionaria», escribe en *La Nueva Era* (núm. 8, de septiembre-octubre de 1931). «Mejor dicho aún: es la muralla que se levanta para contener el oleaje de la revolución. ¿Qué hacer, pues? Cuando la burguesía ha dado ya la medida de lo que quiere, entonces hay que llevar a la clase trabajadora a la convicción de que es ella la que ha de tomar el poder, para terminar la revolución democrática y pasar luego a la revolución socialista.»

* * *

Maurín trabaja mucho. Prepara un nuevo libro. Con Jeanne y Mario —que todavía no va a la escuela— vive en un piso de la Gran Vía, no lejos de la plaza de toros Monumental (después de haber estado por unos meses en la calle de Nápoles). Pero la humedad de Barcelona perjudica la salud de Jeanne, y Tomás Tusó, amigo de muchos años, les aconseja que vayan a vivir a las afueras, a un lugar alto. Se instalan, así, en un cuarto piso de la calle de Padua, 90, en San Gervasio. Maurín pierde tiempo en el metro o los tranvías, cierto, pero en cambio tiene frente a sí, cuando trabaja en su mesa delante de la ventana, la vista de la ciudad hasta el puerto, y, cuando come en la parte de atrás del piso, la vista de la montaña, y, al pie, el jardín de un convento. «Es el lugar donde quisiera pasar el resto de mi vida», le dice a Jeanne ¹³.

Cuenta su mujer que Maurín tenía la costumbre de llevar un carnet en el bolsillo y de anotar en él las ideas, frases e imágenes que se le ocurrían, los títulos de los libros que veía y quería leer, los datos que encontraba. Leía mucho. Su biblioteca iba creciendo lentamente. Estas notas, las clasificaba, al llegar a su casa por la noche, y cuando creía que tenía bastante material para un artículo o un capítulo, se ponía a escribirlo. Escribía a mano. Sólo en la vejez, estando ya en Nueva York, se acostumbró a escribir directamente a máquina. Copiaba a máquina lo que escribía, lo corregía y, si era necesario, volvía a copiarlo. Era paciente, persistente, sistemático. Muy ordenado en sus papeles y libros y hasta en sus cosas personales. Como pasaba buena parte del día fuera de casa, en reuniones, bibliotecas, entrevistas, conferencias, solía escribir de noche, de 8 a 11, en general, a menos que tuviera que salir para un mitin.

Jeanne le ayudaba en su trabajo, llevaba su archivo, copiaba muchos de sus artículos.

¹³ Este y otros detalles íntimos me han sido proporcionados por Jeanne Maurín, en carta fechada en Nueva York el 6 de enero de 1974.

Poca vida social. Visitas de algunos amigos —casi todos gente del Bloque—, charlas con su hermano Manuel, que estaba en Barcelona y era bloquista, cartas de la familia. Maurín tenía muy arraigado el espíritu familiar. Quedaban vivos Ramón, el mayor, que vivía en Bonanza, y María, con seis hijos, que vivía en Huesca, además de Manolo. El padre murió cuando Maurín estaba en París, en 1928. Fue Jeanne la que recibió la noticia y tuvo que comunicársela. Fue Jeanne, también, la que tuvo que informarle de la muerte repentina de su madre, a poco del regreso a Barcelona, en 1930. «Lloró mucho. Durante varias semanas, estuvo silencioso, sin interesarse por nada». Quería profundamente a su madre y estaba orgulloso de que, a pesar de ser muy católica, cuando durante la Dictadura una comisión de la Unión Patriótica fue a pedirle su firma para un homenaje a Primo de Rivera, ella, que no tenía ningún interés por la política, les contestara a gritos: «El metió a mi hijo en la cárcel y tenéis la desfachatez de decirme que firme... ¡Marchaos; !Fuera de aquí!» La mujer era poco demostrativa y Maurín sin duda aprendió de ella a dominar la expresión de sus emociones. Era la figura fuerte de la casa. Su padre, más liberal que ella, era débil de carácter.

Personalmente, Maurín era feliz. Pero políticamente, estaba inquieto.

EL UNIFICADOR

Lo que inquieta a Maurín en ese año 1932 no son las críticas del minúsculo grupo trotskysta, ni las injurias de los comunistas, ni las pequeñeces de la *Soli*. Todo esto, dada su posición política, no le puede sorprender.

De los primeros dice: «El BOC es combatido por la secta impotente de los trotskystas como un movimiento puramente catalanista. El BOC ha sabido dar a la cuestión nacional una interpretación leninista que los pedantes trotskystas son incapaces de asimilarse»¹. Y casi ya no vuelve a hablar de ellos.

Los comunistas acusan al Bloque y especialmente a Maurín de estar al servicio de la burguesía catalana (mientras que achacan a los trotskystas el estar al servicio de la «burguesía imperialista española»). Aunque dirigen un llamamiento a los bloquistas para que reingresen en el Partido oficial, no obtienen ningún resultado. El partido oficial no tenía, en aquel momento, más afi-

¹ Joaquín Maurín: *El Bloque Obrero y Campesino*. Barcelona, 1931, p. 28.

liados en toda España que el Bloque de Cataluña. «En Barcelona, los camaradas se niegan a distribuir nuestros manifiestos a causa de la hostilidad de las masas», escribe el delegado de la Comintern Humbert-Droz².

Cuando, en mayo de 1932, se crea el Partido Comunista de Cataluña —por decisión del IV Congreso del Partido Comunista de España— Maurín explica la situación de los comunistas señalando que «algo que ha contribuido mucho a la fortaleza del BOC, aunque en ciertos momentos constituya un motivo de grandes dificultades, es su pobreza... La ayuda económica que los partidos comunistas oficiales reciben de la IC es extremadamente perniciosa. Se crea una burocracia permanente que acaba por estar de acuerdo de una manera sistemática con quien manda... Así las cosas, la actividad de los partidos depende del tanto por ciento de protección que reciben. La personalidad de los partidos desaparece, quedando convertidos en piezas de una gran máquina burocrática... La experiencia ha demostrado de un modo asaz concluyente que el régimen de dictadura burocrática que impera en los partidos comunistas oficiales es tremendamente funesto para la vitalidad del movimiento comunista»³.

En cuanto a los anarquistas, Maurín conserva la esperanza que aprenderán las lecciones de sus propios experimentos y aventuras. Por ejemplo, en enero de 1932, cuando se alzan los anarquistas del Alto Llobregat y toman los ayuntamientos de Sallent y Fígols, *La Batalla* del 29 de enero escribe: «estamos en presencia de un hecho histórico de la más alta significación, que señala para la marcha de nuestra revolución un giro importantísimo. El anarquismo ha dejado de existir. Los obreros, y entre ellos naturalmente los anarquistas, han aceptado la tesis marxista de la toma del poder». Es un optimismo prematuro. Los anarquistas catalanes no llegarán a comprender esta tesis ni siquiera durante la guerra civil.

² Humbert-Droz: *Op. cit.*, p. 453.

³ Maurín: *El Bloque Obrero y Campesino*, p. 30.

Maurín esperó que esos hechos de Sallent determinaran una corriente de cenetistas hacia el Bloque. Algunos de los dirigentes del alzamiento, al regresar de su deportación a Bata, se afiliaron al Bloque, pero fueron pocos y por poco tiempo, porque pronto descubrieron que su formación en la retórica ácrata los hacía sentirse incómodos en el ambiente de rigor intelectual del Bloque.

Este iba creciendo. Sus militantes conquistaron el Ateneu Enciclopèdic Popular y fundaron muchos ateneos obreros o entraron a dirigir varios de los existentes. En el Congreso de 1932 (el segundo), se cambió el nombre de la Federación Comunista Catalano-Balear por el de Federación Comunista Ibérica, para que varios núcleos de simpatizantes de Asturias, Madrid, Castellón y Valencia pudieran ingresar en el Bloque. Maurín, sin impaciencia, esperaba que sería posible extender poco a poco el Bloque por toda la Península ⁴.

La inquietud política de Maurín venía de dos tendencias que observaba. Por un lado, el ascenso del fascismo en Europa; por el otro, la necesidad de que la República no defraudara a la clase obrera y al campesinado. Las dos tendencias se conjugaban en el peligro —que Maurín comenzó a señalar a mediados de 1932— de que en España surgiera un movimiento fascista que aprovechara la desilusión con la República para crecer y amenazar las posibilidades revolucionarias que aún subsistían.

Hitler estaba acercándose al poder en Alemania, explicaba Maurín en mítines y conferencias (y probablemente era el único político español que relacionaba la situación del país con los acontecimientos internacionales). Los socialistas alemanes, con su política del mal menor, de retrocesos parciales constantes, y los comunistas, con su política del «socialfascismo», que los llevaba incluso

⁴ El Comité Ejecutivo designado por el Comité Central elegido en este Congreso estaba formado por Maurín, como secretario general; Jaume Miravittles, Jordi Arquer, Josep Coll, Eusebio Rodríguez Salas, Miquel Ferrer, Pere Bonet, Enric Gironella y Josep Rovira.

a aliarse con los nazis contra los socialistas de Prusia, preparaban el terreno para Hitler. «Por la brecha abierta entre socialistas y comunistas alemanes se está colando el fascismo», decía. Por la brecha entre socialistas y anarquistas españoles podría un día colarse el fascismo español.

La República, por otro lado, no sabía resolver rápidamente los problemas de la revolución democrática: la Iglesia, aunque separada del Estado, conservaba una enorme influencia; la reforma militar de Azaña había entregado el ejército a los oficiales monárquicos; la reforma agraria no había ni siquiera comenzado; el Estatuto de Cataluña distaba mucho de ser lo que un sistema federal reconocería a las distintas partes del Estado español; la Constitución no establecía la república federal y era una mala imitación de la de Weimar, que en Alemania estaba agonizando; los republicanos, en vez de apoyarse en la clase obrera, perseguían a sus organizaciones; los socialistas, en lugar de reclamar el gobierno, dejaban que gobernara Azaña y se hacían cómplices de su Ley de Orden Público, que era una ley antiobrera; los anarquistas, marginados de la República por la política de los socialistas, reaccionaban con un apoliticismo que sólo podía favorecer a las derechas, en vez de defender sus posiciones en el terreno de la acción política, de clase, independiente, el único donde podían defenderse; las derechas, recobradas del susto del 14 de abril, se reorganizaban, unas infiltrándose en la República y otras tratando de fomentar un clima de desempleo, crisis y desorden propicio a un golpe militar. Pero los republicanos y los socialistas no parecían darse cuenta de las consecuencias de todo esto para el futuro.

Eran estas consecuencias las que inquietaban a Maurín y al Bloque. Las tesis políticas que aprobó el II Congreso (preparadas por Maurín), lo decían bien claramente: «La clase trabajadora española se encuentra colocada ante una grave constatación: la revolución democrática es ahogada por la burguesía, ayudada por la

socialdemocracia. Existen condiciones objetivas favorables para que la revolución triunfe completamente: incapacidad y caos, arriba; malestar, abajo, provocado por la tremenda crisis económica que padece el país. Falta, sin embargo, que el proletariado comprenda realmente, que sólo si él toma el poder, la revolución democrática podrá triunfar plenamente... El BOC y la Federación Comunista tratan de dar a la clase trabajadora española los instrumentos revolucionarios que históricamente le son necesarios».

La experiencia rusa exige que se pongan los puntos sobre las íes. Por esto, las tesis declaran: «El comunismo, aun aceptando desde luego los principios fundamentales del marxismo y del leninismo, no podrá sin embargo conquistar la dirección de la clase trabajadora más que si es fruto directo de la realidad histórica ibérica, y no un modelo standarizado sujeto a indicaciones burocráticas completamente extrañas a nuestra revolución. La revolución española ha de ser hecha por los trabajadores españoles. El colonialismo revolucionario es desastroso para la marcha de la revolución».

Esto no basta todavía. Hay que precisar más: «El comunismo, por tender hacia la democracia auténtica y desprovista de todo vestigio de clase, debe conservar y acrecer como un bien precioso los elementos de democracia históricamente adquiridos en la lucha de clases y no rehusar el beneficio de la democracia más que a aquellos que, conscientemente o no, quieren privar de ella al proletariado».

* * *

El pensamiento político de Maurín se afina cuando analiza la obra llevada a cabo por la República. Lo hace en su segundo libro, *La Revolución española*, que lleva por subtítulo «De la monarquía absoluta a la Revolución socialista» y que se publica a comienzos de verano de 1932. Lo había empezado a escribir en el otoño del

año anterior y algunos de sus fragmentos aparecieron como artículos en *La Batalla* y en *La Nueva Era*. Este libro no fue acogido por las aclamaciones de la crítica como *Los hombres de la Dictadura*. Maurín tenía una posición bien definida y quienes no coincidían con ella le hacían el vacío. Pero el libro se agotó pronto. Era la única obra política de envergadura publicada desde 1930.

En ella, Maurín explica que España fue el primer país europeo que hizo la unidad nacional, pero no gracias a la burguesía, sino a la monarquía absoluta, hipotecada por la Iglesia a causa de la reconquista. El feudalismo luchó contra la burguesía por medio de la teología (contrarreforma y jesuitas), la expulsión (de judíos y moriscos), la emigración (a América, válvula de escape de energías que, en la Península, habrían podido ser revolucionarias) y el exterminio (germanías y comunidades). Por esto, la unidad nacional y el absolutismo no condujeron a la revolución burguesa. La primera república, de 1873, respondió a la voluntad de la pequeña burguesía y de los obreros, pero no satisfizo sus anhelos, sino que los ahogó. Quedaron, pues, pendientes las aspiraciones democráticas no satisfechas: distribución de la tierra, estructura federal, separación de la Iglesia y del Estado, destrucción del Estado monárquico.

Siguió un régimen semiconstitucional, con la alianza intermitente del feudalismo y la burguesía contra la pequeña burguesía, los obreros y el campesinado. Cada vez que había una crisis, la burguesía y el socialismo acudían a apoyar este régimen. Los obreros fueron a remolque de los republicanos hasta 1917. Pero debido al progreso de la industria (a causa de la guerra mundial) y a la revolución rusa, en 1917, los obreros comenzaron a actuar por su cuenta. La Dictadura fue, ante la amenaza del movimiento obrero, el intento de sobrevivir de un régimen caduco.

La Dictadura quiso una industrialización artificial apoyada en la oligarquía y los monopolios. La monarquía necesitaba evitar la libre expansión de las fuerzas pro-

ductivas. El nacionalismo económico de la Dictadura y su acuerdo con la URSS sobre el petróleo opusieron el régimen a los países industriales. Cuando coincidieron las crisis de la peseta, del vino, del aceite, del trigo y de la fruta, el régimen entró en crisis definitiva.

La caída de la producción agrícola, de la producción industrial y de la peseta conducen a la caída de la monarquía. «Para evitar que las masas derriben al rey, han de derribarlo los señores», que se declaran republicanos. Alfonso XIII fue el monarca más hábil de España desde Felipe II. Supo destruir al Partido republicano, atraerse a los socialistas, ser agente de Inglaterra incluso en Marruecos. Pero en 1930 no pudo efectuar una retirada estratégica con la rapidez necesaria. Durante un tercio de siglo había mantenido aliados a la burguesía y al feudalismo, pero cuando la burguesía se hizo republicana para salvarse, el rey perdió la corona.

La dirección de la República pasó a manos de los «representantes más típicos del viejo régimen», que buscan una alianza del latifundismo andaluz con la pequeña burguesía catalana y con los socialistas. Para contener la impaciencia de las masas, se sacrifica a los ministros derechistas del gobierno provisional y así se hace aprobar una ley represiva de orden público, que permite a la burguesía contener la presión del movimiento obrero y campesino. El Parlamento no oye las voces de la calle. Las Cortes Constituyentes «habían de buscar soluciones intermedias». La salud estaba «en una convención que encarnara los ímpetus revolucionarios de las masas trabajadoras».

La Constitución aprobada por las Cortes no satisface a nadie, «no será más que un breve armisticio..., un prólogo... La Constitución no puede ser una pauta a la que sujetar el porvenir, sino la consagración de un hecho plenamente realizado... La Constitución nace de la revolución, no la precede». El Estatuto de Cataluña no resuelve la cuestión nacional, porque Cataluña «queda sujeta a la voluntad de la burguesía panespañola». La

solución del problema agrario «no está en un simple reparto de tierras —reparto que la República no hará—, sino en la industrialización general del país... España sólo puede ser salvada si el Estado, durante el período de transición al socialismo, se transforma en un gran empresario que, nacionalizando tierra, banca, minas, transportes, comunicaciones, con arreglo a un plan científico, trazado de antemano, se dispone a cambiar a España de los pies a la cabeza. Naturalmente, esta empresa corresponde a la clase trabajadora».

Recuérdese que esto se escribía en 1932, antes de las experiencias de lo que llamamos el desarrollo, que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Puede verse, pues, hasta qué punto Maurín preveía el porvenir y reclamaba para España soluciones que un cuarto de siglo más tarde llegaron a ser consideradas como normales y adoptadas en muchos países.

La clase trabajadora, que debe realizar todo esto, «ha estado, desde que la monarquía empezó a dar fuertes bandazos, a las órdenes de la burguesía por intermedio de la socialdemocracia y del anarcosindicalismo». En 1931, «la clase obrera no quiso más que la República burguesa. La impotencia del proletariado en esa hora histórica era el resultado final de sesenta años de socialdemocracia reformista y de anarquismo».

El apoliticismo anarquista es, sobre todo, lo que ha puesto a la clase obrera en condiciones de ser vencida por «su incapacidad política», por no haber comprendido el papel del segundo poder. Naturalmente, éste no puede ser el soviet, que no corresponde a la realidad española, sino el sindicato, que tiene «una vivacidad extraordinaria». En efecto, «nuestro sindicato es el segundo poder, que espera que se le confiera esta misión. Todo el porvenir revolucionario está en él». Los sindicatos «pueden, en el proceso revolucionario, adquirir formas nuevas, insospechadas». Para comenzar, esta «palanca de poder [con la cual] puede darse a España una rotación de 180 grados», ha de hacer la revolución de-

mocrática, porque España es uno de los pocos países que aún no la ha realizado. La desilusión de las masas presiona sobre los socialistas y los radicalizará. ¿Podrán los anarquistas salir de su contradicción, la de ser revolucionarios y negarse a la política? «Revolución o contrarrevolución; es así como se plantea el problema. No hay término medio posible. O adelante o atrás.» Pero «los residuos feudales permanecen agazapados, aunque sin darse por vencidos. Nuestra burguesía buscará la salida por medio de un golpe de Estado republicano-militar, inaugurando una etapa bonapartista al estilo de Pilsudski en Polonia. Todos los síntomas son favorables a una orientación burguesa en este sentido».

Maurín lo advierte. Unas semanas después de aparecer su libro, republicanos, socialistas, anarquistas, se quedan sorprendidos cuando el telégrafo, el día 10 de agosto de 1932, anuncia que el general José Sanjurjo se ha sublevado en Sevilla.

Sanjurjo fracasó más por la acción obrera —una huelga general en Sevilla— que por la gubernamental. Detenido el general, el Bloque pidió que se le ejecutara y calificó de «debilidad» la petición de los socialistas de que se le conmutara la sentencia, una vez condenado a muerte. Maurín señaló que ante la imposibilidad de tomar la República desde fuera, las derechas tratarían, ahora, de tomarla desde dentro. Esto hacía imperativo buscar formas de unidad obrera que permitieran, a la vez, radicalizar a los socialistas, integrar a los anarquistas en el movimiento político y presentar la batalla a la reacción.

Maurín, por su formación y también por inclinación, trataba los problemas políticos en su contexto internacional. En Europa, lo más importante era el ascenso de Hitler. Si Hitler triunfaba en Alemania, gracias a la división entre socialistas y comunistas, la amenaza del fascismo se generalizaría. Era preciso que en España no encontrara una brecha en el movimiento obrero por la cual penetrar.

Esta visión de las cosas hizo buscar a los bloquistas, formas de unidad, en su acción sindical. Fue por iniciativa bloquista que se formó un Frente Obrero contra el Paro Forzoso, en Barcelona, que desembocó en una Conferencia sobre el Paro Forzoso, en febrero de 1933, la cual consiguió que el gobierno de la Generalidad adoptara diversas medidas. Había, en aquel momento, 400.000 obreros parados en España, 36.000 en la «provincia» de Barcelona. Pero ni la CNT ni la UGT participaron en la Conferencia, a la cual acudieron sólo pequeñas organizaciones.

Más importante fue, en agosto de 1933, el Frente Único de Luz y Fuerza, iniciado por bloquistas, que logró, con su simple existencia, mejorar considerablemente las condiciones de trabajo de los obreros de la electricidad. Animados por esto, los bloquistas, desde el Sindicato Mercantil (expulsado de la CNT) organizaron un Frente Único de Trabajadores Mercantiles, que declaró una huelga en Barcelona en noviembre de 1933; 80.000 trabajadores de cuello y corbata dejaron el trabajo por primera vez en la historia del país y vencieron, pese a que la CNT no los apoyó.

La prueba estaba hecha, la unidad obrera daba resultados. Era necesario extender la unidad al terreno político, el decisivo. Las derechas habían ganado en las elecciones de segundo grado para elegir a los miembros del Tribunal de Garantías Constitucionales y el gobierno Azaña dimitió a consecuencia de ello. Se formó entonces un gobierno de republicanos sin socialistas y éstos, sintiéndose abandonados por sus aliados de la víspera, comenzaron un proceso de radicalización que dio a Largo Caballero, que lo fomentó, la dirección efectiva del PSOE y la UGT. La CNT, por su parte, después del fracaso de tres tentativas sucesivas de insurrección, entró en un período de lenta pérdida de influencia. Las circunstancias parecían propicias para buscar la unidad.

El Bloque se impuso esta tarea en su II Congreso, en abril de 1933. Decidió, además, para impulsar la política

de unidad, fundar el diario *Adelante*, que dirigió Maurín y cuyo administrador fue Luis Portela —llamado de Madrid. Era un diario exclusivamente político, en castellano, de sólo cuatro páginas, pobre y combativo, que no logró penetrar fuera de los medios bloquistas y que acabó, en la primavera de 1934, siendo suspendido por el gobierno de la Generalidad. Maurín tenía mucha ilusión por el diario. Pensaba que del mismo modo que *La Batalla* había sido el instrumento fundamental para formar el Bloque, *Adelante* podría serlo para extender el Bloque fuera de Cataluña y para hacer penetrar la idea de la unidad en la masa obrera. Se equivocó.

* * *

Los comunistas habían desprestigiado, con su táctica del «frente único por la base», la consigna de unidad obrera. Había que presentarla, pues, con otro nombre y con sinceridad. Maurín pensó que la expresión *Alianza Obrera* tendría «gancho».

Las derechas hacen su unidad, forman la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas). Su dirigente, José María Gil Robles, se hace llamar «jefe» y sus juventudes adoptan posturas semimilitares. La clase obrera debe hacer lo mismo: «Hay que cerrar el paso al fascismo. ¿Cómo? ¿Creando organismos imaginarios y artificiales, en forma de Comités contra el Fascismo, como durante los últimos años han hecho los comunistas stalinianos? ¿Siguiendo estérilmente la crítica de lo que debió hacerse y no se hizo? Lo interesante es hacer algo concreto. Dar un paso adelante. Crear las bases de acuerdo con las organizaciones existentes. No precisa inventar nada. Tampoco es necesario hacer contrabando de importaciones. Nuestro proletariado, cuyo pasado combativo es importantísimo, puede y debe encontrar la nueva forma de organización que las circunstancias exigen» ⁵.

⁵ Mont-Fort (seudónimo de Maurín): *Alianza Obrera*.

Hay en el movimiento obrero español tres tendencias fundamentales: la reformista, la anarquista y la comunista disidente, cada una de ellas dividida y a veces subdividida. La unidad no puede, pues, buscarse a base de la ideología, sino que ha de construirse partiendo de algunos puntos en común. En 1933 estos puntos son, evidentemente, el ascenso del fascismo en Europa y la recuperación de las derechas en España. En consecuencia, la unidad debe ser, de momento, defensiva, para pasar luego a la ofensiva, cuando las condiciones sean favorables. Así la ve Maurín. Este, muchos años más tarde, explicó la formación de la Alianza, de la que se sentía muy orgulloso y de la cual fue él el instrumento principal ⁶:

«A comienzos de 1933, a raíz de la toma del poder por Hitler, en Alemania, el doctor Tomás Tusó, miembro del BOC, propuso un cambio de impresiones entre la dirección del BOC y la Unió Socialista de Catalunya. La idea fue aceptada por ambas organizaciones, y los cambios de impresiones entre las dos delegaciones tuvieron lugar en el domicilio particular del doctor Tusó. El BOC estaba representado por Maurín y Tusó, y la USC por Juan Comorera y Fronjosá. La delegación de la USC propuso la fusión de las dos organizaciones. La del BOC no aceptó la proposición por razones obvias: el BOC estaba en pleno ascenso y la USC era un cuadro de partido sin base. Se celebraron, siempre muy cordialmente, varias reuniones, y, finalmente, rechazada la idea de fusión, se creyó que era conveniente hacer un frente unido de todas las organizaciones obreras sobre la base de la lucha contra el fascismo. Fue la idea de la Alianza Obrera, que em-

Barcelona, 1935, p. 11. Este folleto explica los orígenes de la Alianza y su necesidad en el momento en que fue publicado.

⁶ Carta a Víctor Alba, fechada en Nueva York el 27 de febrero de 1972.

pezó llamándose Alianza Obrera Antifascista (o Alianza Obrera contra el fascismo).

Se acordó que el llamamiento lo llevara a cabo una entidad neutral, y se propuso que fuera el Ateneo Enciclopédico Popular (cuya dirección estaba en manos del BOC). A la reunión fueron invitadas todas las organizaciones obreras existentes en Cataluña, CNT y Partido Comunista (creo que se titulaba Partit Comunista de Catalunya) comprendidos. Acudieron a la reunión inicial —que debió tener lugar en marzo o abril de 1933— delegaciones de BOC, USC, Sindicatos de Oposición (treintistas), Sindicatos al margen de la CNT (expulsados), Izquierda Comunista, Unió de Rabassaires, UGT, PSOE. Y se creó la Alianza Obrera Antifascista.

Los sindicatos de Oposición (treintistas) al comienzo estuvieron representados por Angel Pestaña. Pestaña era entonces el líder obrero más conocido y contribuyó a prestigiar la AO.

La labor de la AO fue de propaganda, demostrándose que el frente unido era posible. La cooperación entre las diversas organizaciones fue siempre cordial. La AO tenía más eco fuera de Barcelona, que en Barcelona, en donde la oposición de la CNT era absoluta y prohibitiva.

En los medios del BOC fuera de Barcelona había un poco de desconfianza con respecto a la AO porque cuando se celebraba un acto de propaganda, de hecho no acudían más oyentes que los que normalmente movilizaba el BOC por sí solo. Pero esa desconfianza no prosperó, y el BOC fue siempre el primer animador de la AO.

A mediados de 1934, Pestaña dejó de acudir a las reuniones de la AO, siendo sustituido por Mascarell, de Mataró, hombre de confianza de Juan Peiró. En los medios de los Sindicatos de Oposición (treintistas) había surgido una crisis

con motivo del propósito de Pestaña de formar el Partido Sindicalista.

En los primeros meses de 1934 —debió ser en marzo o abril— la AO envió a Madrid una delegación a entrevistarse con el PSOE y la UGT. La delegación la integraban Angel Pestaña, Vila Cuenca y Maurín. Se entrevistaron separadamente con Largo Caballero, de la dirección del PSOE, y con Besteiro y Trifón Gómez (dirección de la UGT)⁷.

El Partido Comunista pidió el ingreso en la AO en los primeros días de octubre de 1934.

Fuera de Cataluña donde la AO cristalizó en 1934 fue en Asturias, en donde el BOC tenía una sección que la propagó y la impuso. De la sección del BOC de Asturias formaban parte dos de los militantes mineros de mayor prestigio: Benjamín Escobar, ex secretario del Sindicato Unico Minero, y Marcelino Magdalena. Militante más joven: Manuel Grossi.

La Alianza estaba formada en sus comienzos por el Bloque, la Izquierda Comunista, la Unió Socialista de Catalunya, el Partido Sindicalista, la Federació Sindicalista Libertaria, la Federació catalana del PSOE, la UGT catalana, la Unió de Rabassaires, los Sindicatos de Oposición (treintistas) y la Federación de Sindicatos Excluidos de la CNT (bloquistas). Se organizó, a partir de diciembre de 1933, con un Comité Ejecutivo en Barcelona y Comités locales en pueblos y ciudades. Los bloquistas trabajaron intensamente en la Alianza; veían en ésta su misión. Gracias a la Alianza, Nin consiguió un público

⁷ En otra carta al autor (Nueva York, 29 de febrero de 1972), Maurín recordó que «Largo Caballero estuvo en Barcelona [en febrero de 1934] y tuvo una entrevista con el Comité de la AO. Dijo cosas interesantes. Y Maurín las recogió, publicándolas en *Adelante*, en dos días seguidos. Largo Caballero escribió desde Madrid a Maurín diciendo que había recogido bien lo que él dijera. A partir de entonces, Largo Caballero fue un defensor de la Alianza Obrera».

por primera vez después de su regreso y el Bloque hizo llegar la voz de sus oradores a núcleos de auditores hasta entonces impermeables. Pero la ausencia de la CNT era importante.

Lo había sido ya en las elecciones de noviembre de 1933, en las cuales las derechas triunfaron en todo el país, gracias a la abstención obrera que la CNT predicaba. Para hacer penetrar la idea de la Alianza, el Bloque se presentó en Barcelona aliado con la minúscula Agrupación catalana del PSOE. Consiguió unos 5.000 votos en toda Cataluña⁸.

La victoria derechista precipitó en muchos lugares del país la formación de la Alianza. En Cataluña organizó una huelga general (que lo fue fuera de Barcelona) por solidaridad con una de los trabajadores madrileños; en Valencia, apenas constituida (con adhesión de los socialistas locales), hizo triunfar una huelga importante con una huelga general: en Asturias se formó con la CNT, que en aquella región se negó a aceptar el interdicto del Comité Nacional; en Madrid, se constituyó con socialistas, trotskystas, algunos sindicatos ugetistas y con la simpatía, pues no la adhesión, de la CNT del Centro. Pero para que fuera realmente eficaz, era necesario que la Alianza Obrera llegara a formarse a nivel de las direcciones nacionales y con el PSOE. La UGT y la CNT. Fue la falta de esta Alianza a nivel nacional lo que hizo fracasar el movimiento de octubre de 1934, del mismo modo que su existencia a nivel local lo hizo posible allí donde lo hubo.

* * *

⁸ Fue durante esta campaña electoral que Santiago Carrillo, entonces Secretario General de las Juventudes Socialistas, parodió la consigna de la CEDA («Para salvar a España del marxismo, vota por la CEDA») con ésta otra: «Para salvar a España del fascismo, vota comunista.»

En octubre de 1934 se iba a realizar lo que Maurín había previsto después del fracaso del pronunciamiento de Sanjurjo en 1932: el golpe y la toma de la República desde dentro. Los gobiernos de radicales que se habían sucedido desde mediados de 1932 sólo podían vivir con el apoyo de los votos derechistas en las Cortes. En octubre, la CEDA decidió que había llegado su momento y provocó una crisis ministerial negando sus votos al Gobierno. Los republicanos de izquierda se alarmaron porque la CEDA nunca había declarado su adhesión a la República. Los catalanistas se alarmaron porque preveían que se agravaría el conflicto surgido entre la Generalidad y el Gobierno Central a propósito de una ley sobre contratos de cultivo aprobada por el Parlamento Catalán y declarada inconstitucional por el Tribunal de Garantías Constitucionales (a petición de los propietarios catalanes). Temían que las derechas aprovecharan el conflicto para anular la autonomía de Cataluña. Los socialistas se alarmaron: no se sentían todavía preparados para ir a la toma del poder como Largo Caballero comenzaba a reclamar (unos meses antes habían perdido una huelga general campesina). Los anarquistas no se inquietaron, pues consideraban que todo eso eran «peleas entre lobos». La Alianza Obrera entendió que el momento era muy grave: la primera posibilidad de un avance fascista.

El Comité de la Alianza⁹ se reunió en permanencia y

⁹ Carta de Maurín (Nueva York, 29 de febrero de 1972): «El Comité Ejecutivo de la Alianza Obrera, durante las jornadas de octubre, se reunía en el local del Sindicato Mercantil, calle Puertaferri.

El Comité Ejecutivo lo integraban: Maurín (BOC), Mascarell (Sindicatos de Oposición de la CNT [Treintistas], Vila Cuenca (UGT), Rafael Vidiella (PSOE), Nin (Izquierda Comunista), Rebull (Rabasaire), Fronjosá (Unió Socialista de Catalunya), Sesé (Partido Comunista). El Comité Ejecutivo de la AO no lo componían nombres, sino organizaciones. De modo que los representantes podían ser diferentes de una

convocó para el día 4 de octubre una asamblea de la Alianza, a la que acudieron delegados de todas las Alianzas locales de Cataluña. Mandó delegados a Companys, para pedirle que proclamara la República Catalana, y a Dencás, ministro de Gobernación, para exigirle armas, cosa que no obtuvo. La Alianza, piensa Maurín, debe presionar a la Generalidad. Más adelante describirá así su táctica: «La Generalidad puede hacer abortar el avance de la derecha; si ésta avanza, lo perderá todo. Pero si la Generalidad reacciona, puede temer las consecuencias de su gesto. Por esto, el movimiento obrero ha de estar al lado de la Generalidad, para presionarla y prometerle ayuda, sin ponerse delante de ella, sin aventajarla en los primeros momentos. Lo que interesa es que la insurrección comience y que la pequeña burguesía, con sus fuerzas armadas, no tenga tiempo de retroceder. Después, ya veremos» ¹⁰.

Maurín cierra la asamblea con unas palabras tajantes:

«Ha llegado la hora de que la Alianza Obrera demuestre hasta dónde puede llegar y todo lo que puede hacer. La situación es grave, la reacción ataca a fondo... La subida de las fuerzas radicales y cedistas al poder significa la

reunión a otra; pero los antes mencionados eran los más asiduos.

A una de las reuniones del Comité Ejecutivo de la AO asistió Juan Peiró, de los Sindicatos de Oposición (treintistas).

Cuando el 6 de octubre el General Batet declaró el estado de guerra y atacó a la Generalidad, el Comité de la AO se trasladó de la calle de Puertaferri, que estaba a dos pasos de la Generalidad, al domicilio particular de Vila Cuenca (en el Ensanche), y estuvo allí hasta altas horas de la noche, siguiendo por la radio la marcha de los acontecimientos. El Partido Comunista pidió el ingreso en la Alianza durante la Asamblea del 4 de octubre, después de haberla injuriado hasta unos días antes. Se le aceptó.»

¹⁰ Joaquín Maurín: *Hacia la segunda Revolución*. Barcelona, 1935, p. 124.

muerte de las escasas libertades democráticas. El movimiento obrero será aplastado... Detrás de este Gobierno vendrá otro de la CEDA, y que será ya el fascismo. Los trabajadores tenemos el deber de evitarlo.

La Alianza Obrera hace honor a su propia consigna. La Alianza Obrera va esta noche a la huelga general revolucionaria, en Barcelona, en Valencia, en Madrid, en Asturias, en todos los puntos donde está constituida. Los trabajadores piden el poder para organizar la economía sobre bases socialistas. Los trabajadores de España se lanzan hoy a la toma del poder, a la conquista revolucionaria del Estado. O el feudalismo o nosotros. O el fascismo o la revolución social.

El Gobierno de Cataluña está desorientado... Le hemos hecho saber que mañana empezaremos la huelga general revolucionaria. Le hemos invitado a proclamar la República Catalana. Si él no la proclama, lo haremos nosotros. Hay que atacar a fondo el Estado feudal centralista. Las otras nacionalidades españolas seguirán el ejemplo de Cataluña.

...Cada delegado se dirigirá, ahora, a su pueblo. En la localidad respectiva, el Comité de Alianza declarará inmediatamente la huelga general revolucionaria. Si las autoridades locales son de la Esquerra, se actuará conjuntamente con ellas hasta que las circunstancias cambien o lo ordene la Alianza. Pero allí donde las autoridades sean de derechas, serán inmediatamente destituidas. El objetivo inmediato es: República Catalana. Empujad a la Esquerra para que la proclame. Si no lo hace, proclamadla vosotros. La Alianza irá dando las consignas apropiadas para el triunfo del movimiento.

Ahora, cada cual a su puesto. La situación es grave. Hay que tener audacia y fe en la fuerza de la clase obrera... La Alianza, que significa

la unión de todos los trabajadores, es una garantía. Adelante y a triunfar» ¹¹.

Huelga general el día 6 —a pesar de la CNT, que se encuentra, al sabotearla, al lado de los mismos «escamots» que la perseguían. Toda Cataluña se paraliza. El día 6 por la tarde, manifestación delante de la Generalidad. Maurín y sus compañeros del Comité de la Alianza, puño en alto, ven desfilar a unos millares de aliancistas por la Plaza de la República, gritando «República Catalana». Las ventanas del Palacio están cerradas. De hecho, los comités de Alianza han proclamado ya la República Catalana, en la mayoría de las ciudades, cuando Compayns, al anochecer, lo hace en la Generalidad.

Los aliancistas no tienen apenas armas. Reclaman que se las entregue quien las posee: Dencás. Este amenaza con lanzar a la policía contra ellos. Pero de madrugada, cuando el ejército ha salido a la calle y cañonea el palacio de la Generalidad, Dencás pide socorro a la Alianza por radio, antes de marcharse por las alcantarillas. Un enviado de la Alianza penetra en la Generalidad y sugiere a Compayns que salga con su gobierno y se instale en cualquier otro punto del país. Lo único que obtiene es la pistola del presidente y media docena más que le dan sus ministros. Los aliancistas recogen, por Barcelona, las armas abandonadas por los «escamots», que no han disparado ni un tiro, y se baten con la guardia civil en varios puntos de las afueras, camino de Sabadell, donde esperan resistir. Casi todos esos combatientes —cuatro de los cuales pierden la vida— son bloquistas. Diecisiete de ellos son detenidos. Permanecerán en el Fuerte de San Cristóbal, en Pamplona, tanto tiempo como el gobierno de la Generalidad permanecerá en la cárcel y recibirán la misma pena —treinta años— que los ministros catalanes.

Cuando ya se ve que la Generalidad no quiere luchar,

¹¹ Angel Estivill: *El 6 d'octubre, l'ensulsiada dels jacobins*. Barcelona, 1935, pp. 125-126.

el Comité de la Alianza da orden de recoger armas, ocultarlas y marcharse a casa. Por la mañana, un delegado del Comité Regional de la CNT, desde un micrófono instalado en Capitanía General, da la orden de reanudar el trabajo.

Detenciones en cantidad. Maurín, como otros muchos, pasa unos días en un palacio de Montjuich, habilitado como prisión, pero ha dado un nombre falso y acaba saliendo en libertad. Medio oculto, se pone a escribir un nuevo libro y un folleto. Las noticias que llegan de Asturias demuestran que si en Cataluña la Generalidad hubiese combatido, se habría podido triunfar y que la consigna de Alianza Obrera ha sido apropiada. Por esto su folleto insiste en la necesidad de mantener, reforzar y extender la Alianza Obrera ¹²:

«En los acontecimientos de octubre, hubo dos centros revolucionarios principales: Asturias y Cataluña. Precisamente los dos lugares en donde la Alianza Obrera tenía una mayor virtualidad.

En Asturias, la Alianza Obrera era completa. Comprendía a todos, absolutamente todos los trabajadores. De ahí su fuerza irresistible. De ahí el empuje arrollador del proletariado asturiano que en breves horas hizo triunfar su insurrección.

Los obreros de Asturias se insurreccionaron porque se sintieron fuertes... Y se sintieron fuertes porque se sabían unidos, porque marchaban juntos.

El movimiento revolucionario asturiano fue obra de la Alianza Obrera. Su importancia, su significación, su heroísmo procede todo de la Alianza Obrera...

Octubre ha sido la demostración práctica de que la clase trabajadora para vencer necesita tener formado el Frente Unico, cuya cristalización, en nuestro país, la constituye la Alianza

¹² Mont-Fort: *Op. cit.*, pp. 22-25.

Obrera. Octubre fue el estallido que sobrevino como consecuencia de la formación de la Alianza Obrera. Es indiscutible que sin la Alianza Obrera, en octubre no se hubiera dado la explosión revolucionaria más formidable ocurrida en el Occidente de Europa después de la *Commune* de París de 1871.

Si la Alianza Obrera hubiera estado constituida en todas partes, y, además, concentrada nacionalmente, no hay duda de que el desenlace de las cosas hubiese sido muy diferente del que tuvo lugar.

Octubre constituye, pues, una formidable lección.»

¿Cuál es esta lección? Maurín la resume así:

«Las dos palancas que la Revolución necesita son: Alianza Obrera y Partido Socialista Revolucionario Unico...

A la construcción de esos dos instrumentos de lucha ha de consagrar, pues, la clase trabajadora su atención y esfuerzos.

Hablar de Revolución en abstracto, utilizar tópicos rutilantes, adornarse con gestas pasadas, todo eso es escamotear el problema. La Revolución se organiza; es, en último término, una simple relación de fuerzas. La fuerza difusa debe ser concentrada y aplicada. La Alianza Obrera es la turbina de la Revolución, podríamos decir.

Hay que hacer la segunda Revolución, la nuestra, la de la clase trabajadora.

La primera Revolución ha planteado las cuestiones cuya solución histórica es inaplazable. Pero no ha podido llegar hasta el final. Precisa ahora entrar en la etapa de la segunda Revolución.

La segunda Revolución tendrá un carácter democrático-socialista, porque realizará la parte democrática de la Revolución que la burguesía ha orillado, ha dejado de lado, y al

mismo tiempo, sin que exista solución de continuidad, empezará la Revolución socialista.

La Alianza Obrera es una condición *sine qua non* para la victoria de la segunda Revolución»¹³.

* * *

Mientras el Bloque, con los locales clausurados, actúa en la ilegalidad, con *La Batalla* recortada por la censura, y mientras se hacen suscripciones para ayudar a los presos y sus familias, Maurín dedica todos los días unas horas para escribir su tercer libro, que habrá de resumir las experiencias de octubre y sus consecuencias.

Hacia la segunda revolución —aparecido en Barcelona a mediados de 1935— fue el tercer libro de Maurín. El de interés más permanente¹⁴, aquél en el cual resumía sus previas interpretaciones de la historia de España y del movimiento obrero español, puestas al día y depuradas. Es el libro que ofrecía un programa de futuro más concreto. Maurín tenía la convicción de que este programa podría llevarse a la práctica en un porvenir próximo, a condición de que se llegara a establecer la unidad obrera y la unidad de los distintos grupos marxistas en un solo partido.

El libro no encontró eco en la crítica. De nuevo, iba contra la corriente y los comentaristas políticos lo ignoraron. Pero no los lectores, puesto que a los pocos meses tuvo una segunda edición.

Uno de los errores fundamentales de la República, dice, fue no adoptar la forma federal:

¹³ Mont-Fort: *Op. cit.*, pp. 30 y ss.

¹⁴ Esta permanencia del libro quedó demostrada por su reimpresión, en París, en 1966, con el título de *Revolución y contrarrevolución en España*, y su traducción al francés en 1937 con este mismo título. Ya se dijo que la reedición en castellano lleva un apéndice y un epílogo escritos en 1965.

«Monarquía e Iglesia dieron vida a un Estado dominador, verdadero monstruo que ahogó las manifestaciones de la libertad individual y colectiva...

Frente a ese Estado no había más que una medida salvadora: separarse. Es lo que hizo todo el Imperio hispánico 'sobre el que no se ponía el sol'. El cesarismo fue el disolvente del Imperio y amputó la unidad ibérica.

La República tenía que ser la antítesis natural de la Monarquía. Su misión, por lo tanto, era romper implacablemente con el centralismo asfixiante, burocrático, de armadura mohosa, que representaba el viejo régimen. ¿La Monarquía era centralista? Pues la República debía ser federal. Esto parece que era una conclusión tan incontrovertible como un axioma. Y así, en efecto, lo habían considerado los republicanos hasta el preciso momento que había que pasar de la teoría a la acción, de las palabras a los hechos. Entonces retrocedieron...

Hacer que la República fuese federal o unitaria alteraba completamente las perspectivas. La estructuración federal tenía una consecuencia saludable de gran trascendencia: rompía el viejo Estado, lo hacía trizas, obligándole a desaparecer. Constituía una medida más revolucionaria que la misma proclamación de la República. Porque lo que en último término interesaba no era tanto la personalidad del rey como el sistema...

La cristalización de España como República democrática federal, que debía haber sido la aspiración lógica de nuestros republicanos, hubiera alterado fundamentalmente el ritmo de las cosas. Las regiones, los municipios, hubiesen despertado de un largo letargo trocándose en trincheras y murallas de la Revolución democrática. El peligro de un renacimiento monárquico con o sin rey habría quedado completamente desvanecido.»

Maurín pone, entonces, de relieve lo que debería ser la función de Cataluña en el complejo de los pueblos ibéricos: actuar como la avanzada de la transformación social de toda España. Esta posición, adoptada desde hace años, daba al movimiento obrero catalán —y, por tanto, al Bloque— una misión concreta y especial: de él debían salir las soluciones y las iniciativas:

«El caso de la pequeña burguesía catalana ha sido ejemplar. Su Partido, la Esquerra, en medio de un gran caos ideológico y orgánico, representaba, no obstante, el deseo unánime del pueblo catalán, partidario de la ruptura con el Estado monárquico para pasar a una estructuración revolucionaria. Si los campesinos de Andalucía y Extremadura, los que asaltaban cortijos y dehesas, eran el exponente intuitivo de la revolución agraria, la Esquerra representaba el movimiento de liberación nacional. Pero fue sobornada con la promesa de un trato especial para Cataluña...

La limitación del problema nacional a Cataluña hizo perder al movimiento catalán una gran parte de su fuerza revolucionaria. Cataluña aparecía entonces no como el adalid de la liberación colectiva, sino simplemente como una región que quería obtener ventajas exclusivamente para ella. La gran simpatía que Cataluña había despertado se convirtió en menosprecio, que la reacción supo utilizar, hábil y demagógicamente, para crear un abismo entre Cataluña y el resto de la Península...

El Estatuto ofrecido nominalmente y a regañadientes a Cataluña fue, como la propia Constitución, como la Reforma agraria, como las reformas militares, un dique para detener la marcha de la Revolución. Con la Constitución de doble cara se detuvo la marcha hacia la libertad. Con la Reforma agraria, la Revolución campesina. Con el Estatuto de Cataluña —reforma regional—, el aspecto nacional de

la Revolución en toda la Península. Una reforma es siempre provisional. Puede deshacerse; se deshace generalmente. Lo que es indestructible es la Revolución cuando, realmente, ha tenido tiempo de operar.»

Después de repetir las críticas a los socialistas y los anarquistas formuladas ya en libros anteriores, pero buscándoles ahora una explicación histórica y marcando la evolución que creía observar en esos movimientos, Maurín examina la política seguida en España por la Internacional Comunista. En la misma concepción de la Internacional la que queda malparada:

«Toda una serie de circunstancias contribuían a que en España se desarrollara vertiginosamente un gran Partido Socialista Revolucionario, es decir, un Partido Comunista. Estábamos en época revolucionaria, cuando las masas se encuentran en estado de plasticidad y los acontecimientos se desarrollan rápidamente.

La imposibilidad de que la pequeña burguesía hiciera la Revolución democrática, el fracaso del socialismo colaboracionista, la actuación caótica y disparatada del anarquismo, todo parecía crear un terreno favorable para que ese Partido, históricamente necesario, se formase...

Moscú, sin embargo, lo malogró todo. Empezó por no darse cuenta de la Revolución española, ni concederle importancia alguna en los primeros momentos... Luego, orgánicamente trituró el germen de Partido Comunista que existía, partiéndolo por la mitad y expulsando a diestro y siniestro, cuando lo que precisaba era presentarse como el centro de atracción del proletariado español. El sectarismo de Moscú fue funesto para el movimiento comunista y para la Revolución.

Moscú, absorbido por los problemas rusos, es sorprendido por los acontecimientos la ma-

yor parte de las veces. Todos los golpes de Estado contrarrevolucionarios ocurridos desde hace diez años y la propia Revolución española le han cogido desprevenido. Se ha encontrado de súbito ante ellos, sin esperarlos. Y al decir Moscú, nos referimos también a sus adictos en cada país.

Moscú, precisamente a causa de su política rusa, teme, rehúye la revolución obrera en otro país de Europa, por dos razones. Primera: Porque una revolución obrera pudiera destruir el *statu quo* actual precipitando la guerra, lo que Rusia necesita evitar a toda costa. Rusia primero: lo demás es secundario. Segunda: Porque la revolución proletaria en otro país de Europa fatalmente haría perder a Rusia la influencia que hasta ahora ha ejercido sobre el proletariado. La sentencia fue oportunamente formulada por Lenin, en 1920: 'Sería erróneo olvidar que después del triunfo de la revolución proletaria en un país adelantado —aunque no fuese más que uno solo—, Rusia, según todas las probabilidades, se convertirá muy pronto por un cambio brusco, en un país, ya no ejemplar, sino otra vez retardatario desde el punto de vista soviético y socialista.' Lenin se hubiese alegrado que Rusia pasara a ocupar un lugar secundario porque en Alemania, en Inglaterra, en Italia triunfara la Revolución socialista. Lenin enlazaba la Revolución rusa con la revolución internacional. Pero cuando se es nacionalista en primer lugar —un nacionalismo socialista, claro está, que no deja de ser paradójico—, cuando el problema de la revolución mundial queda supeditado al desarrollo de la URSS, es fatal que lo que Lenin aseguraba sea considerado, caso de ocurrir, como una verdadera catástrofe. Rusia estaría dispuesta a tolerar —digámoslo así— una revolución en Alemania, en Francia, en España, si además de tener la seguridad de que no había de determinar la guerra, le ofrecía asimismo otra garantía:

la de que esa Revolución se haría siguiendo las órdenes de Moscú y con los hombres que por Moscú fueran considerados 'personas gratas'. De otro modo, no.

El movimiento obrero, aun siendo internacionalista, y precisamente por serlo, rechaza en absoluto el espíritu gregario, colonial que ha pretendido infundir Moscú en la clase trabajadora. El proletariado cree en sí mismo, en su fuerza creadora, en el valor de su iniciativa. Por eso ha ido alejándose de Moscú tan pronto como desde allí se ha pretendido imponer un socialismo ruso, en oposición muchas veces al marxismo y leninismo internacionalistas.

Moscú hubiese querido tener en todos los países, España entre ellos, fuertes secciones de la Internacional Comunista capaces de monopolizar plenamente la dirección del movimiento obrero. Mas en la política de Moscú hay una contradicción fundamental. Pretende formar partidos aparentemente revolucionarios por su fraseología y por su parentesco con la Revolución rusa, pero, en la práctica, completamente demagógicos, electoralistas, sin consistencia y objetivo revolucionario alguno...

Este análisis le lleva a concretar las etapas que toda revolución democrática sigue:

«Durante la primera, la Revolución busca la destrucción del absolutismo y, en la acción revolucionaria, forman un frente único: movimiento obrero, pequeña burguesía, y una parte importante de la misma burguesía propiamente dicha. Ese período, en España, se extendió desde la caída de Primo de Rivera, en 1930, hasta unos meses después de proclamarse la República, esto es, verano de 1931. La segunda etapa supone la conquista de las libertades democráticas fundamentales que desea la gran masa popular. En este segundo período, la burguesía, inquieta, se esquivo. La situación es sos-

tenida por los obreros, campesinos y la pequeña burguesía. Fue la fase que medió entre la caída de Alcalá-Zamora, Maura y Lerroux y la formación del Gobierno presidido por Azaña, octubre-diciembre de 1931, y el verano de 1932, con las grandes revueltas campesinas en España, la inquietud de Cataluña y el general malestar obrero. Entonces debía, históricamente, empezar la tercera fase, es decir, la marcha hacia el socialismo. Se llegaba a la conclusión palmaria de que los grandes problemas de la Revolución no podían ser resueltos por la democracia burguesa. ¿Qué hacer, pues?

Existe, en los procesos revolucionarios, una hora única que no puede perderse, o se marcha hacia el fracaso.

Los socialistas españoles, al cabo de cerca de año y medio de estar en el Poder, después de haber recibido amonestaciones bien contundentes por parte de los representantes políticos de la gran burguesía, después de las chispas de Castilblanco y Arnedo, cuando el movimiento de ofensiva burguesa se iba perfilando hasta adquirir la manifestación explosiva del 10 de agosto, no podían dudar ni un momento. 'Empalmar con la cola de un movimiento ya en marcha —decía Mehring— para empujarlo hacia adelante era precisamente la táctica que Marx había aconsejado siempre y la que él mismo siguiera en el año 1848.'

El 10 de agosto de 1932 pudo haber sido, en la Revolución española, lo que fue el 10 de agosto en la Revolución francesa: el desmoronamiento definitivo de lo que quedaba en pie del viejo régimen...»

Pero los socialistas no aprovecharon la ocasión y esto condujo a los anarquistas a nuevas aventuras estériles. Sin embargo, los hechos fuerzan a la dirección socialista a cambiar. Largo Caballero, pese a su tradición reformista, se convierte en el representante de las inquietudes

de la masa socialista. Esto lleva a octubre de 1934. ¿Era propicio el momento para una acción revolucionaria? A juzgar por la posición adoptada por Maurín en aquellos días, cabría pensar que sí. Pero los hechos obligan a reflexionar:

«La situación de las masas trabajadoras no era, económicamente, peor entonces que un año y que tres años antes. Durante la República, el proletariado ha hecho algunas pequeñas conquistas, pocas, que todavía, a pesar de la contrarrevolución, no habían sido desvirtuadas plenamente al llegar a octubre. Situación más mala era la de los campesinos, y los campesinos habían sido derrotados en la huelga que en junio, con falta de acierto, se planteó al margen del resto del movimiento obrero. Las masas populares y pequeño burguesas no se encontraban en trance desesperado. La mayoría de la población deseaba, es cierto, un cambio de situación, pero este deseo no se había concretado aún en la esperanza puesta en una revolución obrera. Existía un gran descontento. No obstante, este descontento era diluido, vago, lo que hacía difícil una cristalización rápida.

Eso por un lado. Y por el otro, la crisis de la burguesía dirigente estaba muy lejos de ser tan honda que la situación fuera inextricable. El Estado vivía arrastrándose como un enfermo, aunque sin creerse desahuciado. En las cimas gubernamentales quedaban varias cartas por jugar...

Si, objetivamente, las cosas no estaban maduras para la insurrección, subjetivamente tampoco lo eran del todo.

El movimiento obrero es verdad que había iniciado su rectificación. Mas faltaba recorrer mucho camino aún. El Partido Socialista estaba lejos de haber superado plenamente su pasado reformista. Algunas veces vacilaba. El sector derechista, subterráneamente, no in-

terrumpía su labor. El anarcosindicalismo empezaba tan sólo a darse cuenta de sus posiciones erróneas. La Alianza Obrera, aun cuando se iba extendiendo por toda la Península, en realidad, únicamente se había formado íntegramente en Asturias. El movimiento aliancista estaba en marcha, sin que se hubiera afianzado en absoluto. La clase trabajadora continuaba dividida, aunque con tendencia a unirse, en la mayor parte de España. Faltaba la sensación general de fuerza que comunica la unidad y que sólo tuvieron los trabajadores de Asturias.

Además, la perspectiva de una insurrección obrera triunfante no había llegado a las grandes masas. Y no había llegado porque no estaba vencido del todo el fraccionamiento obrero y porque faltaba al frente, gozando de la simpatía indiscutible de la mayoría de la masa trabajadora activa, un partido que sin fluctuaciones, resueltamente, convertido en guía del proletariado revolucionario, tuviera un objetivo revolucionario firme y la táctica y estrategia adecuadas.

La insurrección no era planteada directamente, voluntariamente, por el proletariado. El movimiento obrero se veía obligado a aceptar una batalla que la burguesía, disponiendo aún de la iniciativa, le presentaba antes de que hubiese llegado a la unidad revolucionaria a la que ascendía por la espiral de la propia experiencia.»

Octubre fue, pues, la respuesta a una provocación. Pero, ¿por qué en Cataluña, donde el movimiento obrero era más fuerte que en el resto del país, se dejó la iniciativa a la pequeña burguesía? Maurín responde:

«El proletariado de Cataluña no ha conquistado la hegemonía en la política catalana por las razones siguientes: Primera, porque no se ha emprendido hasta hace poco la labor ardua,

en sus comienzos, de dar a los trabajadores de Cataluña una conciencia de clase, una educación marxista. Segunda, porque el proletariado ha dejado que, demagógicamente, los partidos pequeño-burgueses usufructuaran como palanqueta —exactamente igual que hizo antes la Lliga— la cuestión nacional, que existe y que, por lo tanto, hay que contar con ella. Tercera, porque el proletariado no ha sabido enfocar debidamente el problema agrario en un país en donde la mayoría de los campesinos están explotados no como jornaleros, sino como pequeños burgueses.

El fracaso de octubre en Cataluña, lleva lógicamente a la conclusión que para no fracasar de nuevo, es condición indispensable proceder a una corrección fundamental de la línea política seguida por el movimiento obrero. Se requiere que las masas trabajadoras en vez de ir, en condiciones de inferioridad, detrás, dependiendo de un gesto —el ‘gesto’— de Emiliano Iglesias (1909), Domingo (1917) y Companys (1934), dispongan de suficiente fuerza —puesto que pueden tenerla— para recorrer el camino que ellas se hayan trazado.»

Para que el proletariado pueda tomar la iniciativa se necesita, ante todo, que se atraiga al campesinado y que tome la dirección de los movimientos nacionalistas. Si en octubre, estas dos condiciones no se reunieron, ¿por qué lanzarse al combate? De cara al porvenir, dice Maurín:

«Si los trabajadores españoles, en octubre de 1934, ante una provocación clara —lo ha dicho abiertamente Gil Robles y lo ha indicado el Gobierno en el informe oficial sobre los sucesos de octubre—, no hubiesen contestado debidamente, su derrota se hubiese producido igualmente y las consecuencias finales hubieran sido políticamente catastróficas.

Marx decía refiriéndose a la *Commune*: ‘Los

canallas burgueses de Versalles han colocado a los parisienses en la alternativa de aceptar el reto o sucumbir sin combate. *En este último caso, la desmoralización de la clase obrera sería una desdicha mayor que la pérdida de un número cualquiera de jefes.*

Esa era, exactamente igual, la situación de los trabajadores españoles, en octubre de 1934...

Para la marcha política general de España, octubre es un punto de separación. En octubre acaba la primera Revolución. Y comienza la segunda.

En adelante la lucha no queda entablada entre República y Monarquía, entre democracia y dictadura, entre pequeña burguesía y gran burguesía, sino más concretamente entre revolución y contrarrevolución.

La disyuntiva es ahora: socialismo o fascismo.»

Es importante destacar esta argumentación de Maurín, porque su Partido se encontrará, antes de que transcurran dos años, en situaciones muy similares y reaccionará siguiendo, justamente, el razonamiento formulado aquí.

España, afirma Maurín, marcha hacia una segunda Revolución, una vez fracasada la primera, la democrática-burguesa que debió ser la República. Pero esta segunda Revolución, claro, no se hará sola:

«El Estado capitalista español, a pesar de su carácter agónico, se mantendrá en pie sin que las más fuertes sacudidas logren derrumbarlo, mientras no aparezca dentro del Estado, un nuevo Estado, mientras no se cree su sustitución. 'No se destruye sino lo que se reemplaza', dijo Dantón.

Esa es la misión de la Alianza Obrera, germen de un nuevo Estado...

...Si los obreros han de unirse, los marxistas han de unificarse. No es posible permane-

cer ante la amenaza fascista, como fue el caso de Italia y Alemania, divididos y en guerras intestinas.

El proletariado se ha de unificar: Alianza Obrera.

Los marxistas se han de unificar también: Partido Marxista Único.»

Pero, atención, después de la experiencia rusa, Maurín no cree ya en minorías selectas de revolucionarios. «Fundir el interés de una clase —dice—, con el interés general de un pueblo, con el interés de toda una nación o varias naciones ligadas por un mismo Estado: he ahí el secreto de todo movimiento revolucionario de envergadura histórica.» Atención de nuevo:

«La clase trabajadora conquistará el Poder para la Revolución socialista en tanto que representante de la Revolución democrática.

Si el proletariado o el Partido del proletariado no buscara otra cosa que ganarse la confianza de la mayoría de la población como el heraldo de la democracia, simplemente, sin querer ir más allá, lo conseguiría tal vez, como fue el caso de los socialistas italianos, la socialdemocracia austríaca y alemana, después de la guerra. Pero, ¿y después? Si el movimiento obrero después de haber navegado sobre el río de la democracia no sabe llevar la democracia a una etapa superior —la democracia proletaria—, se ahoga, fatalmente, en el pantano de una falsa democracia burguesa, y luego viene el fascismo.

Democracia, sí, hasta las últimas consecuencias. El proletariado es el campeón real de la lucha por la democracia. No puede quedar ni una parcela de reivindicaciones democráticas al margen de las actividades obreras. De este modo, el proletariado irá relegando a la sombra a los partidos pequeño-burgueses, traidores a los intereses vitales de la pequeña burguesía,

y ganará la confianza efectiva de las grandes masas, de la mayoría de la población políticamente activa del país.

Cuando el proletariado organizado, cuando la Alianza Obrera, cuando el Partido Marxista Unico, sea el representante de la gran masa, cuando el meridiano del interés nacional se confunda con el meridiano del movimiento obrero, entonces el proletariado tomará el Poder.»

¿Qué hará una vez en el Poder? Maurín veía bastante cercana esta posibilidad para creer que merecía la pena concretar. Formuló, así, un programa de gobierno:

«La Revolución democrático-socialista triunfante, nuestra segunda Revolución, no podrá prometer un paraíso cargado de ilusiones. Sus forjadores sabrán que se hacen cargo de un país arruinado, que hay que reconstruir, comenzando por cambiarle los fundamentos, que eran falsos.

El programa mínimo inaugural del gobierno obrero y campesino, en la primera fase de la Revolución democrático-socialista, tendrá que ser, en líneas generales, el siguiente:

1. *Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas*

La nueva estructuración revolucionaria será más que una simple Federación. Los Estados que la compondrán podrán separarse si quieren. La puerta estará abierta para entrar y salir. Las nacionalidades hasta ahora comprimidas, las regiones naturales, los municipios, gozarán de una amplia autonomía. Portugal, si, como consecuencia de nuestra segunda Revolución, hace su Revolución, entrará, seguramente, a formar parte de la UIRS.

2. *Nacionalización de la tierra*

La tierra pertenecerá a la nación, no a los particulares.

La tierra, patrimonio nacional.

La tierra, usufrutuada por quien la trabaje.

Todos los campesinos tendrán tierra, y en vez de pagar la renta a los propietarios y las contribuciones al Estado, pagarán una parte pequeña de la renta al nuevo Estado a título de préstamos, puesto que el Estado se lo devolverá en carreteras, ferrocarriles, abonos baratos, canales de riego, escuelas, garantía, etc.

Los pequeños propietarios guardarán sus tierras que en muchos casos podrán aumentar todavía. Por otra parte, disminuirán en gran medida los pagos que por conductos diferentes ahora tienen que hacer al Estado.

El Estado iniciará las explotaciones colectivas.

3. *Nacionalización de los ferrocarriles, flota mercante, gran industria y minas*

El Estado se transformará en empresa económica. La economía, que bajo el régimen de capitalismo parasitario es la explotadora de la nación, se pondrá, bajo el control directo del Estado, al servicio de la nación. Se producirá más, se transportará más y se abaratarán la producción industrial y el transporte.

4. *Nacionalización de la banca*

Los bancos nacionales quedarán fusionados en un banco único, que será nacionalizado.

La banca, en lugar de ser un negocio entre los negocios, se convertirá en el sistema circulatorio de la economía nacional. Dejará de des-

empeñar funciones de sanguijuela para trocarse en una palanca poderosa de elevación económica.

5. *Abolición de las deudas*

Las deudas del Estado, municipios, diputaciones quedarán abolidas. Asimismo las deudas usurarias, como sucede con los campesinos pobres que adeudaban hace ya años, según cálculos de Bernis, 10.000 millones de pesetas.

La deuda es un expediente maravilloso para mantener a expensas de la nación una casta de parásitos que viven espléndidamente sin trabajar...

La parte exigua de pequeña burguesía y clase media que pudiera sentirse herida por la abolición general de la deuda, será, por otro lado, compensada con creces, disminuyendo impuestos, aumentando la prosperidad económica y dando posibilidades de trabajo bien remunerado.

6. *Municipalización de transportes y servicios urbanos, fábricas de harina y grandes almacenes*

El Municipio, como el Estado, ha de ser una empresa económica. Ha de cesar su misión como simple cobrador de impuestos. Ha de producir. Y ha de especializar su actividad en aquellos aspectos que afectan más directamente a la vida de los habitantes de la población, los ciudadanos.

7. *Monopolio del comercio exterior por parte del Estado*

En la relación comercial con los otros países es donde principalmente se pone de manifiesto la necesidad imperiosa de que el comer-

cio exterior dependa de un centro único, de que esté estatificado.

La política general de contingentes que se sigue y los tratados de comercio exigen que sea el Estado quien compre y venda al exterior.

La importación y exportación, aun cuando el Estado se ve obligado a ajustarlas, son cada vez más anárquicas, sin embargo. Un sistema arancelario prehistórico destinado a favorecer industrias raquílicas y empresas explotadoras origina el marasmo de la industria nacional y la superelevación de precios de artículos de consumo y mercancías.

Es el Estado quien, teniendo una visión de conjunto de la conveniencia nacional, deberá ordenar debidamente el comercio exterior.

8. *Jornada de seis horas*

Derecho al trabajo. Y obligación de trabajar. Basta de paro forzoso y basta de vagos profesionales. La UIRS es una Unión de trabajadores y el Estado proporciona trabajo a todos los que reúnan condiciones para ello.

9. *Duplicar la capacidad adquisitiva del mercado interior*

Doblar la posibilidad de consumo individual, lo cual requiere, como es natural, un ascenso vertiginoso del rendimiento del trabajo y de la producción general.

10. *Doblar, triplicar, cuadruplicar la producción que será controlada por el Estado*

De acuerdo con el plan central de ordenación económica, y según las necesidades nacionales, determinar un ritmo creciente.

La economía debe salir del caos y ha de ser dirigida. Dirigida con vistas a una finalidad concreta: aumentar el bienestar de los trabajadores.

11. *Todos los trabajadores en armas*

Mientras haya países con régimen capitalista, la guerra es inevitable. La Unión Ibérica ha de estar en pie de guerra, preparada para defenderse de un posible ataque. Obreros, ingenieros, campesinos, maestros, médicos, sí, pero todos, soldados de la segunda revolución. El fusil, el cañón y la bomba en manos de los trabajadores asegurarán la libertad y el socialismo.

12. *Democracia obrera*

Gobierno central, gobierno de las Repúblicas Socialistas, gobierno municipal, así como todos los órganos de Poder, elegidos democráticamente por los trabajadores.

El Poder pertenecerá a todos y será de todos. Su organización quedará estructurada de manera que todos los trabajadores intervengan en las funciones del gobierno.

Los trabajadores tendrán derechos, sus derechos básicos: a la vida, a la libertad, al trabajo, a la verdad, a pensar, al Poder.

El Estado carecerá de derechos. Tendrá deberes.

La gran diferencia entre la segunda revolución y la contrarrevolución, entre el socialismo y el fascismo estriba, precisamente, en que en el sistema fascista el Estado asume todos los derechos y la población carece de ellos, pues sólo tiene deberes, mientras que en régimen socialista sucederá al revés. En el fascismo, el Estado ordena y los ciudadanos obedecen por

fuerza. En el socialismo, los trabajadores mandarán y el Estado obedecerá.

El Estado socialista es la negación del Estado burgués. Es, en realidad, el Anti Estado.»

Los hechos, al cabo de apenas doce meses, pondrán a prueba este programa, cuando Maurín no podrá participar en su aplicación. Pero, sin Maurín, los obreros —y no sólo los bloquistas— lo llevarán a la práctica, espontáneamente. Prueba de que respondía, a la vez, a las aspiraciones de los trabajadores y a las necesidades del país. Nadie, cuando se aplique, hablará del libro de Maurín. Muchísimos de los que adoptarán estas medidas ni siquiera han leído el libro, ni saben que se escribió. Del mismo modo que la consagración de un poema es que se convierta en folklore, en anónimo, la consagración de un pensamiento político es que llegue a hacerse anónimo, que se convierta en reacción espontánea.

Maurín es optimista. En una conclusión que parece casi profética, agrega:

«Claro está que Francia e Inglaterra tratarían de ahogar la Unión Ibérica, puesto que comprenderían muy bien que la revolución obrera en la Península significaba la resurrección de un pueblo que ambas habían logrado mantener fuera de combate, como un barco en el astillero, destinado a ser desguazado. Pero el proletariado ibérico tendría además de la suya propia, internacionalmente, otras defensas valiosísimas: la Unión Soviética y el proletariado de los países capitalistas que con su acción impedirían que la revolución española fuera aplastada. Además, aparecería otro factor de no menor influencia: dada la matización imperialista que se va agudizando, la propia rivalidad interimperialista sería una garantía para España.

Por toda una serie de razones se llega a la conclusión de que la Unión Ibérica podría co-

menzar, audazmente, la organización de una nueva sociedad.

Poseemos nosotros, en cierto sentido, condiciones muy superiores a los rusos para emprender una tal tarea. La experiencia de la misma Revolución rusa nos sería de gran valor. Los errores que allí se han cometido, aquí pueden ser evitados. Poseemos una tradición democrática que no tenía el pueblo ruso. Esto nos da una gran ventaja para la democratización del Poder de la clase trabajadora. Nuestro campesinado se encuentra a un nivel mucho más elevado que el de Rusia cuando triunfó la Revolución, y su proporción con respecto del proletariado no es tan desfavorable para éste. Rusia, al tomar el Poder los bolcheviques, estaba arruinada por la guerra. España lo está por un sistema económico, lo cual no es lo mismo. El cambio de sistema superará la ruina existente. Rusia tuvo que sostener durante tres años una guerra civil alimentada por la Europa capitalista. En España habrá también una guerra civil, pero será mucho más breve porque los países capitalistas que quisieran alimentarla, se encontrarán dificultados por su propio proletariado y por la amenaza de la guerra mundial.

La revolución democrático-socialista puede triunfar. Debe triunfar, por lo tanto».

Los hechos confirmarán el grueso de estas previsiones, aunque harán aparecer como excesivamente optimista la confianza en la solidaridad proletaria y soviética.

* * *

Escrito el libro, Maurín y el Bloque debían, evidentemente, ponerse en campaña para tratar de convertir sus conclusiones en realidad.

El Bloque toma la iniciativa de revitalizar la Alianza. Sus comités vuelven a reunirse clandestinamente. Se em-

prende una campaña en favor de la amnistía (hay 30.000 presos políticos en España).

La experiencia de octubre acelera la radicalización del Partido Socialista. Santiago Carrillo, que dirige las Juventudes Socialistas y que flirtea, en Madrid, con los trotskystas, sugiere que el Bloque ingrese en el Partido Socialista, para ayudar a su radicalización. Maurín contesta, en *La Batalla*, señalando que existía la posibilidad de una victoria del ala derecha socialista y que si esto ocurriera, los bloquistas que hubieran entrado en el partido socialista se hallarían desplazados. El ingreso del Bloque en el socialismo, en la coyuntura de aquel momento, significaría la desaparición de la influencia que el Bloque podía ejercer, sin que esto se compensara con ningún beneficio para el movimiento obrero.

La polémica duró varias semanas y los textos de la misma fueron publicados por la Editorial Marxista en 1937, en un folleto que llevaba por título *Polémica Maurín-Carrillo*, cuando ya Carrillo era comunista. En efecto, después de un viaje a Moscú, en 1935, Carrillo propició la fusión de las Juventudes Socialistas y las Juventudes Comunistas en unas Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), de las cuales fue secretario general y que pronto fueron dominadas por los comunistas —hasta el punto de que se adhirieron a la Internacional Comunista. El Partido Socialista se quedó sin juventudes. Si el Bloque hubiera aceptado la sugestión de Carrillo, las juventudes bloquistas hubiesen ingresado en las socialistas y habrían acabado encontrándose sometidas a los comunistas. Este sólo hecho daba la razón a Maurín en su negativa.

Maurín aprovechó la polémica para, desde fuera, tratar de influir en el Partido Socialista. Sabía que Largo Caballero, después de su entrevista con él en 1934, leía regularmente *La Batalla*. Esto no le hacía disfrazar la verdad, pero sí que le inducía a adoptar un tono más amistoso que en el pasado. Por ejemplo, decía sobre la historia socialista:

«El Partido Socialista tiene una historia. Y esa historia, camarada Carrillo, es profundamente reformista. El Partido Socialista ha cometido a través de su larga etapa errores políticos gravísimos. Citaremos solamente los más significativos: el abandono de Cataluña al anarquismo y a la demagogia pequeño-burguesa; la conjunción republicano-socialista; la posición socialdemócrata ante la Revolución rusa, en 1917-1921; su posición de 'conllevaria' durante la dictadura; su actitud reformista cien por cien desde que se proclamó la República hasta el otoño de 1933.

Todo eso por lo que refiere al pasado. Y lo pasado pesa, camarada Carrillo. No es posible borrarlo haciendo pronósticos para el mañana. Precisamente ese pasado es un obstáculo poderosísimo para que los buenos propósitos de las Juventudes Socialistas puedan triunfar e imponerse.

Vengamos ahora al presente del Partido Socialista.

El Partido atraviesa una crisis que nadie niega. Hay indisciplina. Cada fracción hace lo que le da la gana. Hablan Saborit y Besteiro en su periódico fraccional; habla Prieto en la prensa burguesa, habla la izquierda. ¿Quién manda aquí?

Un partido con la enorme responsabilidad que tiene el Partido Socialista no puede ser un galimatías, en el que cada cual haga de su capa un sayo, sino que ha de ser un todo homogéneo, consciente de su autodisciplina, pero como un arco en tensión todo él hacia un objetivo único.

El Partido Socialista no es eso. En ese sentido, históricamente, no ofrece, en estos momentos, garantía alguna de que logre lo que Carrillo y yo deseáramos.

El Partido Socialista, cuya equivocación antes de Octubre parece reconocer Carrillo, no sigue después de Octubre, a mi entender,

una política acertada ni mucho menos. Y citaré también los principales puntos de su actuación que considero desacertados: el abandono del Parlamento, dejando libremente en manos de la reacción un arma de gran eficacia que bien empleada hubiese contribuído a gastar la situación política dominante; el silencio oficial, el mutismo absoluto del Partido Socialista durante largos meses después de Octubre; la Circular-Vidarte de últimos de marzo, que era como una invitación a preparar un bloque electoral con los republicanos, en un momento en que no había ninguna perspectiva electoral y los republicanos estaban deshechos; la política favorable a Azaña que el Partido Socialista está haciendo; la oposición —que Carrillo justifica por ‘razones’ de partido— al desarrollo de la Alianza Obrera.

Ya ven, pues, los jóvenes socialistas que hay más de una razón para que los marxistas que, colocados al margen del Partido Socialista somos, sin embargo, partidarios de la unificación marxista, no nos sintamos en manera alguna atraídos por la idea de ingresar en el Partido Socialista.

Ni nos convence la hipótesis de una problemática bolchevización, ni nos sentimos inclinados hacia el Partido Socialista a causa de su tradición histórica.

Precisamente los partidos viejos en los períodos revolucionarios acostumbran a ser verdaderos impedimentos. La Revolución francesa fue la obra de un Partido joven que nació con la Revolución y se desarrolló con ella: el Partido de los jacobinos. En la Revolución rusa ha ocurrido lo mismo. El Partido bolchevique, que ha sido su eje, al tomar el poder carecía de tradiciones históricas. Era reciente. Lenin lo formó durante la etapa que medió entre la Revolución de 1905-1907 y la Revolución de Octubre. Llevaba, en realidad, unos diez años de vida.

Las tradiciones, el pasado, dejan un surco, determinan un amaneramiento que en épocas de saltos bruscos constituyen verdaderos impedimentos.»

Aprovechó también la polémica para aclarar ideas confusas sobre la Alianza Obrera:

«Las Juventudes Socialistas y la izquierda socialista no han comprendido aún lo que es y lo que debe ser la Alianza Obrera. Están obsesionados por el fetichismo de su partido. Su aspiración es: el Poder para el Partido Socialista. Y esto es un error gravísimo. El Poder ha de ser para la clase trabajadora, ejercido por medio de sus órganos de Poder, que en Rusia fueron los Soviets, y aquí deben ser las Alianzas Obreras. Que el partido obrero ha de desempeñar el papel de dirigente, es natural, pero el partido no ha de pedir el Poder para él. El Partido Bolchevique reclamó siempre el Poder para los Soviets.

Los socialistas creen que la Alianza Obrera es tan sólo un órgano insurreccional. Error. Hay que ver las fases sucesivas por que pasan los órganos revolucionarios. Los Soviets en Rusia, primero, fueron instrumentos de frente único, de reagrupación obrera; luego, instrumentos insurreccionales, y, finalmente, órganos de Poder. Las AO tienen las mismas características.»

Era evidente que si el Bloque ingresaba en el Partido Socialista, Maurín ganaría una tribuna mucho más amplia que la del Bloque: adquiriría talla nacional, saldría de Cataluña y podría, sin duda, ocupar cargos en el futuro. Pero, en cambio, perdería su personalidad política —como la perdería el Bloque:

«No tenemos la pretensión de ser un partido hegemónico, pero nadie podrá negarnos una fuerza indiscutible, debida quizá más que

a la suma de nuestros efectivos, a la solidez de nuestra posición política.

Desde fuera, tenemos plena libertad para defender y propagar lo que consideramos ineludible, si el movimiento obrero quiere salvarse. Dentro, no tendríamos, ni mucho menos, la libertad que poseemos ahora. No nos quedaría más remedio que someternos a la voluntad directa o marcharnos. La política actual del Partido Socialista no es, de mucho, nuestra política.

Desde fuera, hemos tenido la posibilidad de impulsar la formación de la Alianza Obrera, a pesar de la oposición del Partido Comunista, y a pesar del recelo no superado aún, del Partido Socialista...

Desde fuera, podemos defender ahora la unidad integral del movimiento obrero en su triple aspecto de unidad de acción (Alianza Obrera), unidad sindical (una sola Central sindical) y unidad política (Partido Marxista Unico), cosa que no podríamos hacer desde dentro con la libertad necesaria.

Y como, a nuestro entender, el eje de todas las perspectivas lo constituye ahora el problema de la unidad, comprenderán Carrillo y demás compañeros de las Juventudes Socialistas que no estamos dispuestos a adoptar una posición que implique hipotecar nuestra interpretación doctrinal y táctica.»

Siguiendo su convicción de que había llegado el momento en que la triple unidad era indispensable para el porvenir de la Revolución española, Maurín fijaba las condiciones para que el Bloque pudiera un día llegar a un acuerdo con los socialistas:

«A nuestro entender, las cuestiones básicas de un acuerdo posible con los socialistas son las siguientes:

1.^a Reconocimiento de la Alianza Obrera como organismo de lucha, de unidad de es-

fuerzos en su primera fase; insurreccional luego e instrumento de poder después.

2.^a Necesidad de la unidad sindical formando una Central unitaria.

3.^a La Revolución actual es democrático-socialista. Y como consecuencia, en la cuestión agraria y nacional se adoptará el punto de vista clásico del bolchevismo.

4.^a El partido unificado será un todo homogéneo, sin fracciones.

Si el Partido Socialista se pronuncia sobre esos puntos, que nosotros consideramos *sine qua non*, entonces la unidad marxista será un hecho inmediato.»

* * *

El ingreso no es el camino de la unidad. La fusión puede serlo. Y hacia la fusión de los grupos más o menos marxistas catalanes orienta el Bloque su actividad, como primer paso hacia una fusión posterior a escala nacional.

Maurín recuerda que:

«Un día, en el invierno 1934-35, al salir de una reunión de Alianza Obrera, Nin me dijo que convendría que cambiáramos impresiones acerca de una posible unificación del BOC y la IC. Me pareció bien. A mí me interesaba más Nin, personalmente, que la IC. Las negociaciones las llevaron a cabo Nin y Maurín. No hubo dificultades. Nin había roto oficialmente las relaciones con Trotsky y yo estaba persuadido de que Nin era sincero y no trataba de infiltrarse a la clásica manera bolchevique. El tema capital fue: independencia internacional, no contactos con Trotsky. Nin asintió. En el BOC había un grupo que no estaba de acuerdo con la fusión con la IC. Era el grupo de Colomer, Estivill, Estartús, Ferrer, partidario de una fusión más bien con el Partido Comu-

nista. Ese grupo no tenía gran influencia y su punto de vista no prosperó.»

Cuando comenzaron las conversaciones se decidió que convendría ampliarlas a otros grupos. Así:

«Durante el invierno y primavera de 1935 hubo varias reuniones del BOC, PC, USC, PSOE e IC y Estat Catalá Partit Proletari con vista a una unificación. En esas reuniones y discusiones se vio en seguida que la USC, el PSOE y Estat Catalá Partit Proletari, se reunían separadamente y aparecían con un punto de vista convergente. La que daba el tono era la USC. El BOC y la IC discrepaban de ellos y generalmente coincidían ¹⁵.»

Cuando se vio que la unificación general no sería posible, se decidió que tuviera lugar entre las dos organizaciones que coincidían en lo fundamental. A Nin no le fue difícil persuadir a sus compañeros, porque con la unificación ganaban un lugar en la vida política y no perdían nada, ya que no podían considerarse trotskystas. Trotsky se había encargado, con su dogmatismo, de «destrotskyzarlos». Maurín lo creía así. Pero los bloquistas no eran tan confiados como él.

Hubo un grupo que no quiso aceptar esta unificación. En total, una docena, que se marcharon, unos al Partido Comunista de Cataluña, otros a la Unión Socialista, y meses después, cuando esos grupos se unificaron a toda prisa, el 22 de julio de 1936, se encontraron formando parte del aparato de la Internacional Comunista y luego se hallaron del lado de los asesinos de sus antiguos compañeros y tuvieron que hacerse eco, aunque fuese pasivamente, de las calumnias con que el nuevo partido, el PSUC, les obsequiaba. Los únicos que ocuparon cargos de importancia en el PSUC fueron Miquel Ferrer,

¹⁵ Las dos citas son de una carta de Maurín al autor, fechada en Nueva York, 27 de febrero de 1972.

que había sido secretario de organización del Comité Ejecutivo del Bloque casi desde la fundación de éste y que, después de julio de 1936, fue secretario de organización de la UGT catalana, y Rodríguez Sala, que había sido uno de los jefes de los grupos de choque del Bloque y que en mayo de 1937 fue Comisario de Orden Público de Barcelona, en representación del PSUC, y encargado por éste de provocar los que se llamaron hechos de mayo, que sirvieron de pretexto para el comienzo de la persecución declarada contra los antiguos bloquistas ¹⁶.

Maurín daba un gran valor a la amistad y al compañerismo. Toda su vida política la había hecho teniendo al lado un grupo de amigos. Algunos de éstos se separaron ahora. Trató de convencerlos, pero no a costa de abandonar una posición que le parecía la apropiada. La pérdida de Colomer, al que conocía desde sus años de Lérida (y que ya en 1928 se había apartado de la Federación Comunista Catalano-Balear para ir al Partit Comunista Catalá), fue sin duda la que le dolió más. A Rodríguez Salas lo respetaba poco, porque era hombre de vida privada turbia y Maurín era, en el fondo, un puritano (aunque bastante tolerante para ocuparse personalmente, después de la proclamación de la República, de conseguir para Rodríguez Salas un puesto en la burocracia municipal barcelonesa, con la esperanza —vana— de que, teniendo un sueldo seguro, dejaría de utilizar a las mujeres para mantenerse).

Los trotskystas hicieron circular rumores sobre las negociaciones de unificación. El escritor, Pierre Broué (de uno de los diversos grupos trotskystas franceses), le preguntó mucho más tarde sobre estos rumores. La respuesta de Maurín aclara lo que para él había sido la unificación ¹⁷:

¹⁶ Para más detalles, véase el capítulo 7 de la biografía de Nin.

¹⁷ Carta de Maurín a Pierre Broué, con copia a Víctor Alba, fechada en Nueva York, el 18 de mayo de 1972.

«Lo dicho por Trotsky que 'Nin et les trotskystes espagnols s'étaient en quelque sorte ralliés à vous (Maurín)' —que usted cita— está más cerca de la verdad que la versión de Jean Rous. La única concesión que el BOC hizo a la ICE fue el cambio del nombre del partido. *Bloque Obrero y Campesino* había sido un nombre de circunstancias y se creyó que adoptando otro no se perdería nada. No fue tampoco muy afortunado el nuevo nombre: *Partido Obrero de Unificación Marxista*. Tenía, sin embargo, un doble valor: daba a entender que buscaba la *unificación* con otro sector marxista, y no había otro que el Partido Socialista Obrero Español. La palabra *marxista* acababa con el calificativo *comunista*, que había tenido la Federación Comunista Catalana (después Ibérica) y la Izquierda Comunista.

Lo que dijo Jean Rous acerca del «grupo Colomer» es pura palabrería. Colomer no representaba ninguna tendencia derechista, sino simplemente oposición a la fusión del BOC con la ICE. Había un poco de catalanismo retardado en el grupo formado por Colomer, Estivill, Estartús y Ferrer, en el sentido de que convirtiéndose el BOC en un partido peninsular, perdería —creían ellos— su característica inicial catalana.

Yo defendí la fusión del BOC con la ICE no como contrapeso al grupo de oposición de Colomer, que era insignificante y limitado a Barcelona, sino porque tenía el mayor interés en recuperar la cooperación de Nin, con quien había luchado desde 1920 a 1931. Nin solo, o bajo la influencia de Trotsky —que nunca entendió el problema español— era un caso perdido. En el BOC podía ser muy valioso. El crecimiento del BOC y su responsabilidad política eran cada vez mayores y se requería reforzar la dirección. En las conversaciones particulares que tuve con Nin, al salir de las reuniones de la Alianza Obrera, sobre todo a

partir de 1934, uno y otro constatamos que en nuestra manera de pensar no había discrepancia fundamental alguna. ¿Por qué no aceptar, pues, el acercamiento que Nin propuso?

El BOC había crecido y seguía creciendo a un ritmo considerable. Prácticamente, el BOC había hecho imposible el arraigo del Partido Comunista en Cataluña. Pero los elementos directivos del BOC no crecían al mismo ritmo que el partido. La incorporación de Nin reforzaría la dirección del BOC considerablemente. El BOC, por una serie de circunstancias, giraba demasiado alrededor de Maurín, y creía yo que convenía ensanchar la dirección. Además, nunca hice caso de la campaña que Nin durante los años de su entusiasmo trotskysta llevó a cabo contra el BOC y contra mí. De modo que acepté con optimismo la idea de *confluencia* más que fusión.

Lo que dice Rous acerca de la Cuarta Internacional, aceptada (sin el número) por «Maurín y los maurinistas» es una burrada —lo menos que se pueda decir. Nunca se habló en las conversaciones de fusión del BOC y de la ICE de la Cuarta Internacional, que para nosotros era una entelequia. Es más: el BOC formaba parte de la organización internacional de partidos y grupos socialistas independientes (Independent Labour Party, Inglaterra, SAP alemán, grupo francés de Marceau-Pivert, Juventudes Socialistas escandinavas (Willy Brandt, etc.). Y después de la fusión del BOC y la ICE, siguió formando parte de la misma. Yo asistí en París, mayo de 1936, como representante del POUM a una conferencia de ese reagrupamiento internacional.

Yo no evolucioné nunca en 1934-35 a posiciones que defendieran Trotsky y los trotskystas. En primer lugar, yo leía los libros que se publicaban de Trotsky, pero no los periódicos trotskystas. Que Trotsky, los trotskystas y yo coincidiéramos en la crítica del stalinismo era natural. De eso a decir que yo había evolucionado

nado hacia el trotskysmo mediaba un gran trecho de camino.»

Finalmente, tras muchas discusiones con Maurín, los bloquistas se convencieron de que los ex trotskystas eran realmente ex y de que no se proponían infiltrarse en el Bloque con segundas intenciones. Entonces se planteó la cuestión del nombre. Los bloquistas tenían mucho apego al de su Partido. Maurín hubo de discutir todavía largamente para convencerlos de que era preciso olvidarse del hecho de que el Bloque tenía casi 7.000 miembros y la Izquierda Comunista apenas 250 y que el nuevo Partido debía llevar un nuevo nombre. Finalmente, se aprobó uno que era un programa, pero que no respondía a la tradición española de títulos políticos: Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Los hechos, creo, probaron que Maurín se había equivocado¹⁸. El nombre, en política, tiene mucha importancia. La gente estaba acostumbrada al del Bloque y el de POUM le sonaba a exótico. Tal vez la solución hubiese podido ser la que se adoptó en la unificación de 1931: conservar el nombre de Bloque para la organización pública y de simpatizantes y adoptar el de POUM para la organización de militantes. Pero no se pensó en esto, porque la experiencia demostraba que no era posible diferenciar, en la práctica, a las dos organizaciones. Sea como fuere, el 25 de septiembre de 1935 se reunió en el bosque de las Planas, cerca de Barcelona, el Congreso de Unificación. Eran unos cuantos delegados (se vivía todavía en una semiclandestinidad) que aprobaron las tesis redactadas por Nin y Maurín y algunos otros, y que decidieron fundar el POUM.

¹⁸ Maurín me dijo, en 1971, que la fusión y sobre todo el nombre del partido habían sido, tal vez, un error suyo, un precio demasiado alto pagado para atraerse a Nin. «Pero el Bloque crecía y debía ampliar su dirección. Nin era un buen elemento, que necesitábamos», agregó.

EL POUMISTA

Maurín escribió para *La Batalla* una reseña del Congreso de Unificación, que no fue realmente tal, sino una charla de amigos bajo los polvorientos árboles donde los domingos iban los obreros a comer arroz con conejo. El verdadero trabajo se había hecho en las reuniones de célula, donde se discutieron, aunque no mucho, las tesis propuestas. Digo que no mucho, porque reflejaban las posiciones sostenidas por el Bloque desde hacía años. La reseña era muy optimista y algo exagerada. Creo que expresaba el estado de ánimo de Maurín. Por fin el Bloque iba a salir fuera de Cataluña. Esto y la colaboración de Nin, que había deseado desde hacía años, explican este optimismo. Por otro lado, era evidente que pronto podría volverse a la actuación legal y que el período de predominio de las derechas se estaba terminando.

La reseña apareció en el número del 11 de octubre. Decía así:

«Las negociaciones de fusión databan de hace varios meses. Pero como tanto por parte

del BOC como de la Izquierda Comunista, se ha seguido un procedimiento completamente democrático, ha sido necesario, primeramente, que se pronunciaran los Comités Centrales respectivos, luego que las células estudiaran y se manifestaran respecto de las resoluciones presentadas, y finalmente, que el BOC y la Izquierda Comunista celebraran su Congreso como primera parte indispensable del Congreso definitivo, el de fusión.

Considerando, pues, que el Congreso de fusión es el resultado final de los Congresos celebrados por el BOC y la Izquierda Comunista, podemos decir que en el Congreso de unidad han sido representados núcleos de todo el país.

La fusión del BOC y de la Izquierda Comunista es algo más que una simple suma de adherentes de dos organizaciones. Representa el primer paso importante hacia la constitución del gran partido obrero socialista revolucionario que el proletariado español necesita.

En los momentos en que el Partido Socialista está paralizado por una grave crisis interior y por una política completamente equivocada, sobre todo en lo que se refiere a su oposición sistemática a la Alianza Obrera; que el Partido Comunista pasa mecánicamente, en virtud de la política exterior del Estado soviético, a ser un defensor entusiasta de las concepciones pequeño-burguesas del menchevismo; que el anarcosindicalismo está en descomposición, el Partido Obrero de Unificación Marxista que acaba de fundarse, es más, mucho más que una vaga esperanza. Constituye una realidad, un hecho concreto que no puede ser eludido...

El Congreso de unificación ha disentido poco. Los delegados que han acudido a él representando el pensamiento de núcleos desparramados por el suelo de toda la Península, estaban ya de acuerdo. No han tenido más que constatar la unidad de pensamiento y de voluntad que había en ellos.

El Partido Obrero de Unificación Marxista (Bloque Obrero y Campesino e Izquierda Comunista unificados) es seguramente el segundo partido obrero de nuestro país. Viene, tanto por su fuerza intrínseca como por su representación y la solidez de sus cuadros, después del Partido Socialista.

Cuenta con una fuerte base, en donde es indiscutiblemente el primer partido obrero, en Cataluña. Tiene organización en Castilla, Valencia, Extremadura, Asturias, Galicia, Andalucía, Aragón, Vascongadas, Navarra, Baleares y Canarias.

Las resoluciones aprobadas, que se irán publicando sucesivamente en estas columnas, ponen de relieve la justa interpretación del momento político actual y la línea acertada tomada por el Partido Obrero de Unificación Marxista.

Un hecho que conviene remarcar, puesto que es importantísimo: al lado de militantes valiosísimos de la nueva promoción obrera revolucionaria, forman parte del Partido Obrero de Unificación Marxista todos los militantes comunistas de la primera época: Portela, Andrade, Benjamín Escobar, Magdalena, Nin, Bonet, David Rey, Maurín, Peyrat, Gorkín, Loredo Aparicio. ¿Qué significa esto? Simplemente que los comunistas verdaderos se encuentran al margen de la disciplina de la Tercera Internacional y se agrupan, formando un partido bolchevique por su doctrina y por su práctica.

El Congreso, que se había iniciado dirigiendo un fraternal saludo para todos los presos políticos y sociales y de un modo especial para los miembros del POUM que sufren en las cárceles los rigores del régimen, acordó iniciar una amplia suscripción popular con objeto de aportar a los camaradas caídos una mayor ayuda material.

Sobre la cuestión de las Juventudes se tomaron decisiones importantísimas que harán

efectivo el trabajo y que serán comunicadas a la organización.

El Congreso tomó en consideración una carta del camarada Fenner Brockway, secretario del Independent Labour Party y del Comité Internacional de los Partidos Comunistas y Socialistas Independientes (Unidad Socialista Revolucionaria), acordando comunicar al Secretario Internacional, residente en Londres, la adhesión definitiva del Partido Obrero de Unificación Marxista al Comité de Unidad Socialista Revolucionaria¹.

Se estudió la gravedad de la situación internacional, acordándose dirigir inmediatamente una carta a todas las organizaciones obreras de nuestro país, proponiéndoles una reunión conjunta para tomar posiciones firmes ante el peligro inminente de una guerra.

Se aprobó, asimismo, el Manifiesto dirigido a la clase trabajadora dándole cuenta de la constitución del Partido Obrero de Unificación Mar-

¹ Este Comité se había creado poco antes, en parte por iniciativa del Bloque. Luego se denominó Buró (Buró de Londres, para los militantes, por la ciudad donde tenían su sede). Formaban parte de él una serie de partidos socialistas y comunistas disidentes, en general poco fuertes. Los más importantes eran el Partido Laborista Independiente británico, el SAP alemán (grupo Brandler) y la tendencia de izquierda del Partido Socialista francés (Grupo Marceau-Pivert). La adhesión a este Buró ponía bien claramente de manifiesto que los militantes procedentes de la Izquierda Comunista no tenían ningún interés por la Cuarta Internacional que Trotsky trataba de organizar. Esto fue, sin duda, uno de los motivos por los que Trotsky calificó de «traición» de sus antiguos partidarios la formación del POUM.

Maurín asistió, en mayo de 1936, a una conferencia del Buró Internacional. Participó en ella Willy Brandt, en representación de las Juventudes Socialistas Obreras alemanas en el exilio. Más tarde, en sus memorias (*El exilio y la lucha*, Barcelona, 1973), Brandt contó (p. 180) que «Maurín era una figura atractiva y luchadora. De todas formas, su fórmula —‘Estamos en el Frente Popular porque estamos en contra’— no pudo llegar a convencerme».

xista, como primer paso importante hacia la constitución del Partido Unico [Obrero].»

Se procedió a la elección de los organismos directivos ².

El Congreso terminó sus tareas en medio del mayor entusiasmo.»

Las posiciones fundamentales del POUM quedaron resumidas en los nueve puntos con que concluía la tesis política ³:

«1.^a La Revolución española es una Revolución de tipo democrático-socialista. El dilema es: socialismo o fascismo. La clase trabajadora no podrá tomar el Poder específicamente, sino por medio de la insurrección armada.

2.^a Una vez tomado el Poder, establecimiento transitorio de la dictadura del proletariado. Los órganos del Poder serán las Alianzas Obreras. La dictadura del proletariado presupone la más amplia y completa democracia obrera. El Partido de la Revolución no puede, no debe, ahogar la democracia obrera.

² En realidad, el Congreso había encargado a un grupo de militantes que eligiera a los miembros de los comités Central y Ejecutivo, porque, dadas las condiciones en que se celebró, no hubiera sido prudente hacerlo durante su reunión. Según Ignacio Iglesias (carta a Víctor Alba del 10 de diciembre de 1972, fechada en París), «Nos reunimos en el n.º 24 de la calle Monserrat de Casanovas (Horta) los siguientes: Maurín, Arquer, Rovira, Coll y Bonet por el Bloque; Nin, Molins, Alútiz (compañero ferroviario de Pamplona, que estaba de paso por Barcelona, luego fusilado por los carlistas), yo, Francisco de Cabo y su compañera, Carlota Durany, que eran los ocupantes de la torre, por la Izquierda. Nada se discutió, pues todo estaba preparado. Se estableció el CE y la lista del CC, así como el Secretario de las Juventudes, Germinal Vidal.»

El Comité Ejecutivo quedó formado por Maurín, Nin, Arquer, Molins i Fàbrega, Gironella, Rovira, Coll y Bonet.

³ *Qué es y qué quiere el Partido Obrero de Unificación Marxista*. Barcelona, 1936, pp. 8-9.

3.^a Necesidad de la Alianza Obrera local y nacionalmente. La Alianza Obrera debe pasar necesariamente por tres fases: Primera, órgano de Frente Unico, llevando a cabo acciones ofensivas y defensivas legales y extralegales; segunda, órgano insurreccional, y tercera, órgano de Poder.

4.^a Reconocimiento de los problemas de las nacionalidades. España quedará estructurada en forma de Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas.

5.^a Solución democrática, en su primera fase, del problema de la tierra. La tierra, para quien la trabaja.

6.^a Ante la guerra, transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Ninguna esperanza en la Sociedad de las Naciones, que es el frente único del imperialismo.

7.^a El Partido unificado permanecerá al margen de la Segunda y Tercera Internacionales, fracasadas ambas, luchando por la unidad socialista revolucionaria mundial, hecha sobre bases nuevas.

8.^a Defensa de la URSS, pero no favoreciendo su política de pactos con los Estados capitalistas, sino por medio de la acción revolucionaria internacional de la clase trabajadora. Derecho de criticar la política de los dirigentes de la URSS que pueda ser contraproducente para la marcha de la revolución mundial.

9.^a Régimen permanente de centralismo democrático en el Partido unificado.»

Para todo partido obrero, la posición respecto a la URSS constituía una cuestión delicada. Todavía era común considerar a la Unión Soviética, bajo Stalin, como un Estado obrero. Recuérdese que no habían tenido lugar los procesos de Moscú y que nadie sospechaba, entonces, la paranoia de Stalin ni el hecho de que un sistema que se autocalificaba de socialista pudiera verse impotente ante la demencia de uno de sus dirigentes y caer en

lo que sus cómplices llamaron luego el «culto de la personalidad», lo que constituía la negación misma del socialismo. Pero en la tesis internacional del POUM apuntaba ya cierto escepticismo, al decir que «la línea consecuente del marxismo revolucionario de los primeros tiempos [de la Tercera Internacional] se ha quebrado. Se va de un extremo a otro, de una manera empírica, abandonando del todo los fundamentos esenciales del marxismo». Y agregaba:

«La Revolución rusa es una de las grandes conquistas históricas del Proletariado. En la URSS el capitalismo ha sido abatido, y la clase trabajadora ha iniciado la marcha hacia el socialismo. En este sentido, pues, el POUM es un ardiente defensor de la Revolución rusa. Ahora bien, esta simpatía que todo trabajador revolucionario ha de tener por el hecho ruso no significa que cuanto sucede en la URSS ha de ser recibido con admiración beata. Los admiradores profesionales de la URSS son tan perjudiciales para la causa revolucionaria como sus detractores sistemáticos. Lenin, con razón —porque era marxista—, señaló oportunamente (*La Revolución proletaria*) la necesidad de hacer la crítica de la obra de la revolución. Dijo: ‘Estaremos profundamente agradecidos a todo marxista de Occidente que después de haberse informado debidamente haga la crítica de nuestra política, ya que de ese modo nos prestará un gran servicio a nosotros y a la revolución en marcha en todo el mundo.’

Este principio fundamental del marxismo ha querido desconocerlo la dirección actual de la URSS y de la IC, ahogando el derecho y el deber de examen y de crítica...

Llevando a cabo esa crítica objetiva, prestamos un gran servicio a la Revolución rusa y a la causa de la revolución mundial.

Cada proletario explotado tiene el deber de defender a la Unión de Repúblicas Socialistas

Soviéticas... La lucha contra la URSS continúa siendo uno de los objetivos fundamentales de la reacción imperialista mundial.

La defensa más eficaz de la URSS no la constituyen ni los Pactos ni los Tratados, sino la lucha revolucionaria por el hundimiento de la burguesía en los demás países.

El POUM considera, pues, como un deber ineludible la defensa de la primera República obrera triunfante, reservándose, sin embargo, el derecho de criticar objetivamente las posiciones de la dirección de la URSS que pueda creer equivocadas para la propia URSS y para los intereses del movimiento revolucionario mundial.»

* * *

Muy poco después de la fusión, el Gobierno permitió que las organizaciones obreras volvieran a actuar legalmente. El POUM se instaló en un local del Pasaje Escudillers, en la parte baja de las ramblas barcelonesas. El trabajo de dirección se dividió entre Maurín, que era secretario general del Partido y dirigía *La Batalla*, y Nin, que se encargó de las actividades sindicales y de dirigir *La Nueva Era*. Maurín creía que Nin, en ese período, se sentía «políticamente feliz». Los militantes del Bloque lo habían aceptado, no sin cierta reserva —Nin la fue venciendo con la ayuda discreta, casi imperceptible, de Maurín. Para el militante, nada parecía haber cambiado, fuera del nombre. La Izquierda Comunista tenía tan pocos miembros en Cataluña, que no se veían en la pequeña masa bloquista.

El POUM es, a los ojos de Maurín, un Partido de transición, un paso hacia una formación mayor, de unidad de todos los marxistas españoles. Por lo tanto, sus primeras manifestaciones deben tender hacia esta unidad. Así, el 3 de octubre de 1935, el Ejecutivo envía una

carta ⁴ a todas las organizaciones obreras, proponiéndoles una reunión para «estudiar la manera de llevar a cabo la acción conjunta contra la guerra». Italia acaba de atacar a Etiopía, los nazis aceleran sus preparativos militares y, evidentemente, «por su situación geográfica y por ventilarse esta vez un grave problema en el Mediterráneo, [España] difícilmente quedaría al margen de la contienda, si la clase trabajadora no se opone enérgicamente a la guerra».

Hubo pocas respuestas y la iniciativa se frustró.

El 4 de noviembre, en una nueva carta a las organizaciones obreras —también sin éxito— les proponía la formación de un frente obrero electoral. Había ya negociaciones entre socialistas y republicanos de izquierda para formar un Frente Democrático. El POUM preferiría un frente obrero, de hecho, la Alianza Obrera actuando en el plano de las elecciones. Pero los socialistas se aferran a la idea de aliarse con las izquierdas burguesas, pese a toda su retórica izquierdista. Los comunistas, después de la celebración del VII Congreso de la Tercera Internacional, que adoptó la táctica del Frente popular, lanzan una gran campaña en favor de éste. Se les admite en el Frente Democrático todavía en gestación y consiguen que adopte el nombre propuesto por Moscú, con lo que les es fácil atribuirse falsamente, ante el público, la iniciativa del mismo.

¿Qué posición adoptará el POUM? Afirma que a la clase trabajadora le conviene un Frente Obrero. Pero como hay 30.000 presos políticos, y como la gente no comprendería que, ante esto, se abstuviera de participar en la acción electoral, decide pedir su admisión en él. En Cataluña —donde no se adopta el nombre de Frente Popular, sino el de Frente de Izquierdas—, no hay problemas, aunque, tras muchas discusiones, el POUM no consigue los dos puestos en candidatura que reclama (uno para Maurín y otro para Nin), sino uno sólo (Mau-

⁴ *La Batalla*, 11 de octubre de 1935.

rín), a pesar de que su influencia es mucho mayor que la del Partit Comunista de Catalunya, la Unió Socialista o minúsculo Partit Catalá Proletari, cada uno de los cuales tiene también un candidato.

Para entrar en el Frente Popular del resto de España, el POUM pide al PSOE que gestione su admisión, el PSOE somete la propuesta a la comisión del Frente y se atribuyen dos puestos al POUM: uno a Nin, por Teruel, y otro a Gorkín, por Cádiz. Los comunistas de esta ciudad protestan y acaban obteniendo el puesto para ellos; los republicanos turolenses quieren el puesto para ellos y Nin se queda también sin candidatura. (De todos modos, no habrían salido elegidos.) Se da al POUM, pues, un trato de pariente pobre, sobre todo porque nadie quiere molestar a los comunistas, que, pese a su escasa fuerza numérica, aportan mucha disciplina y, sobre todo, mucho dinero a la campaña electoral. Así, el 15 de enero de 1936, Maurín firma en Barcelona el pacto del Frente de Izquierdas ⁵.

«Marchar separados y golpear juntos» es la frase de Lenin que los poumistas utilizan para explicar su posición. Insisten en que el Frente Popular se ha creado únicamente para las elecciones y que después de éstas habrá que revivir la Alianza Obrera, mientras que los comunistas tratan de crear la atmósfera adecuada para que el Frente Popular siga de modo permanente, con el fin de coordinar el apoyo al gobierno que se forme después de las elecciones. Esto, para los poumistas, equivaldría a someter el movimiento obrero a los partidos de clase media y hacerle perder su independencia. Los poumistas —y sobre todo Maurín— aprovechan la campaña electoral para señalar todo esto. Repiten lo que Maurín escribió en *La Batalla* del 3 de enero: «Dos caminos se abren

⁵ Trotsky comenta la firma por el POUM del pacto de Frente Popular diciendo que «lo que sucede en España es una prueba de los errores y hasta de la traición cometidos por Nin y Andrade». Para más detalles, véase el capítulo 4 de la biografía de Nin.

ante nosotros y sólo dos: o la marcha hacia el socialismo, hacia la segunda Revolución, o el retroceso fulminante y el triunfo de la contrarrevolución... Vamos a entrar ahora en el período de las grandes luchas.»

Maurín habla en Madrid, en el cine Stambul, en un gran mitin: diez cines unidos por una red radiofónica. Cuando llegan las elecciones, el 16 de febrero, el Frente Popular triunfa por muchos diputados y escaso margen de votos. En Barcelona, Maurín obtiene tantos votos de menos (unos centenares) como el candidato comunista oficial obtiene votos de más; los comunistas han dado a sus militantes la orden de borrar de la candidatura al primero de la lista y a Maurín.

El POUM tiene, pues, un diputado. Su voz podrá escucharse —pero ¿la escucharán?— en las Cortes. Maurín tendrá una tribuna nacional.

* * *

Actuar en el Parlamento es sólo una parte de la actividad que debe desplegarse. El POUM dispone de núcleos pequeños (procedentes de la Izquierda Comunista) en Madrid, Asturias, Santander, Bilbao, Galicia y Extremadura, y de otros (procedentes del Bloque) en Asturias Castellón, Valencia y Madrid. Deben ser avanzadas para formar en esos lugares secciones del Partido; Maurín podrá aprovechar sus privilegios de diputado para ayudar en esto. El POUM, en los meses que siguen a las elecciones, crece y llega a los 10.000 miembros ⁶.

No basta tampoco con que el Partido crezca. Debe aprovecharse esto para tratar de reavivar la Alianza Obrera y para marchar hacia la unidad sindical. Sin una mayor cohesión de la clase trabajadora, piensa Maurín,

⁶ En ese momento, la CNT cuenta con casi dos millones de afiliados, la FAI con unos 10.000, la UGT y el PSOE juntos con otros dos millones y el Partido Comunista con 100.000 según él, con unos 3.000 según los observadores extranjeros (Brennan, Borkenau).

las posibilidades de triunfo son escasas para los obreros y abundantes para las fuerzas reaccionarias. El ejemplo de Alemania le obsesiona y lo repite constantemente en mítines y conferencias.

De ahí dos acciones del POUM. En el terreno sindical, la formación, en mayo de 1936, de la FOUS (Federación Obrera de Unidad Sindical), cuyo secretario general es Andreu Nin⁷, y que no quiere ser una central más, sino un primer paso hacia la unificación, ante todo, de los sindicatos no cenetistas de Cataluña y después de la UGT y la CNT a escala nacional. En el terreno político, la propuesta, de marzo de 1936, de que se reorganice la Alianza Obrera. El Ejecutivo del POUM formula un plan completo de reorganización⁸, pero no encuentra eco, porque la existencia del Frente Popular se considera, por muchos, como suficiente: no ven la diferencia entre el Frente, organismo electoral que, si persiste, será instrumento de los comunistas para atar a la clase obrera a la vez a la diplomacia de Moscú y a la política de los republicanos, y la Alianza, que, de reorganizarse, podría convertirse en instrumento de la toma del poder.

En todas estas tareas, Maurín cuenta con la colaboración de Nin. Recordando ese período, escribió que «en el breve tiempo que Nin y yo estuvimos juntos en la dirección del POUM, no hubo nunca ningún desacuerdo entre los dos».

Hubo, sin embargo, dos ocasiones en que se vio que no existía una completa identificación entre los puntos de vista de ambos. Maurín mismo lo contó⁹. «Me sorprendió que en una reunión del Comité Ejecutivo —debió ser en la primavera de 1936— Nin me propusiera que yo escribiese un artículo para *La Nueva Era*... acerca de lo que yo entendía por 'Revolución democrático-

⁷ Para mayores detalles, véase el capítulo 4 de la biografía de Nin.

⁸ Publicado en *La Batalla* del 27 de marzo de 1936.

⁹ Las tres citas son de la carta de Maurín a Broué.

socialista', que había sido la base política del BOC. Una tal proposición me hizo suponer que Nin, en su fuero interno, todavía seguía aferrado a la tesis trotskysta de 'Revolución socialista' [...].».

En sus viajes a Madrid, como diputado, Maurín habló varias veces con Largo Caballero. Los dos discursos políticos que pronunció no atrajeron sobre él los aplausos, pero sí la atención de muchos diputados y en especial de los largocaballeristas. En la primavera de 1936, habló largamente con Largo Caballero. «Me expuso la conveniencia de que el POUM se fusionase con el PSOE. Al dar cuenta de esta entrevista al Comité Ejecutivo del POUM, Nin fue el que más intensamente se opuso a la idea de una tal fusión.» Pero no fue el único. Sólo un par de ex bloquistas apoyaron a Maurín, que deseaba que, sin precipitarse, se comenzara a negociar con el PSOE. Este no tenía en Cataluña más que una muy pequeña agrupación, sin importancia ninguna. Si el POUM entraba colectivamente en el PSOE —que estaba radicalizándose y en el cual los caballeristas conquistaban posiciones—, se habría podido lograr, pensaba, que los poumistas fueran la Federación catalana del PSOE, hasta que ésta aceptara federarse con un Partido Socialista catalán, hacia el cual habrían gravitado, inevitablemente, los pequeños grupos que en aquel momento estaban negociando su fusión con los comunistas. Las posiciones del POUM habrían podido ser defendidas en el seno del PSOE, porque, sin duda, se habría conseguido para Maurín y Nin puestos en su Comisión Ejecutiva. Como al PSOE lo que más falta le hacía, en su proceso de radicalización, era una concepción teórica coherente, Maurín creía que los poumistas, que la tenían, podrían proporcionársela.

Andando el tiempo, se echó de ver que de haberse fusionado el POUM con PSOE muchas cosas hubiesen podido ocurrir de modo distinto: habría habido influencia del POUM en los gobiernos de Largo Caballero durante la guerra civil, no hubiese sido posible perseguir

al POUM (que no hubiera existido como tal) y se hubiera podido influir más en la CNT desde el PSOE y la UGT (cuyo control en Cataluña los poumistas hubieran conservado) de lo que fue posible hacerlo desde el POUM. Pero esto, claro, Maurín no podía preverlo. Lo que él creía era que las condiciones políticas del país eran ahora distintas de las de 1935, cuando Carrillo propuso al Bloque su entrada en el PSOE. La izquierda de éste había avanzado, se mostraba menos inclinada a dejarse orientar por los comunistas —debido a la actitud meliflua de éstos en el Frente Popular— y se vivía no a la defensiva, como unos meses antes, sino en un período de ofensiva obrera. Tal vez con el POUM en el PSOE, éste hubiese emprendido la tarea de formar de nuevo la Alianza Obrera, lo cual habría cambiado completamente la relación de fuerzas en el país. Maurín hizo observar (en su carta a Broué) que «el esfuerzo del POUM hubiese fortalecido la posición de Largo Caballero frente al Partido Comunista y al sector prietista. Conviene recordar que el sector socialista más procomunista durante la guerra civil fue el anticaballerista de Prieto-Negrín». En todo caso, los poumistas no estaban dispuestos a fusionarse con el PSOE. Los argumentos de Maurín en su polémica con Carrillo, apenas un año antes, les parecían todavía válidos. Maurín se adelantaba a sus compañeros de dirección en la interpretación de los acontecimientos.

Se adelantaba también a los diputados.

* * *

Maurín habló cuatro veces en las Cortes¹⁰. Dos de ellas fueron preguntas a ministros: el 20 de abril preguntó al de Guerra por qué los militares sentenciados por

¹⁰ Los textos de estas cuatro intervenciones se encuentran en el Diario de Sesiones de las fechas correspondientes y también en un folleto publicado por el POUM en 1937. Joaquín Maurín: *Intervenciones parlamentarias*, con prólogo de Jordi Arquer.

los hechos de octubre de 1934 no habían sido todavía reintegrados al ejército; y, el 8 de julio, preguntó al de Instrucción Pública por qué en los tribunales para la selección de cursillistas del magisterio sólo había profesores considerados monárquicos o reaccionarios, razón por la cual en aquel momento los maestros cursillistas estaban en huelga. Maurín se acordaba, como diputado, de su primera profesión. Fue el único maestro de las Cortes que alzó la voz en defensa de los huelguistas, el único que no aceptó el chantaje del Frente Popular entendido a la manera comunista, que quería acallar toda crítica al Gobierno.

No aceptó este chantaje tampoco en sus otras dos intervenciones, abiertamente políticas.

El 15 de abril se presentó a las Cortes el Gobierno Azaña. Maurín —en un discurso, cuyos párrafos principales se reproducen a continuación— explicó así su voto, al hablar por primera vez en las Cortes:

«Tomo parte en este debate, señores diputados, ostentando una representación puramente unipersonal. Mi intervención por esta razón será muy breve y, además, tendrá seguramente la virtud de no satisfacer a ninguno de los sectores de la Cámara.

Empiezo por decir que por esta vez la representación del Partido Obrero de Unificación Marxista votará la confianza al Gobierno del señor Azaña. Sin embargo, he de evidenciar mi desacuerdo con las manifestaciones hechas por el señor presidente del Consejo. Ha dicho Su Señoría —fue el tono general de su discurso— que su objetivo fundamental, como hombre directivo cargado de gran responsabilidad para el futuro de España, es que haya calma. Ese deseo de calma mereció, señor Azaña, el aplauso de los hombres representativos del bienio negro. Pero el pueblo no se mantendrá en calma, no habrá calma en el país, a pesar de los factores psicológicos de que hablaba el señor

Ventosa, a pesar de las invocaciones a los peligros comunistas de que hablaba el señor Calvo Sotelo, mientras no se haya hecho justicia; en el país no habrá calma mientras no se haya ventilado la represión de octubre de 1934, con sus 3.000 muertos, los 30.000 encarcelados, el señor Azaña preso, el señor Companys preso, el señor Largo Caballero preso, con Indalecio Prieto emigrado, el señor González Peña preso, e igualmente otros hombres representativos de distintos sectores del movimiento popular que integran esta Cámara.

Todos ellos podrán, tal vez, sentirse personalmente satisfechos escuchando las palabras de la derecha; pero el pueblo, el verdadero pueblo que ha sufrido en octubre, y sufre ahora todavía, no podrá mantenerse en calma mientras no se haya hecho justicia [...].

El señor Azaña tiene firmadas por todos nosotros en el manifiesto del Frente Popular la depuración de las responsabilidades por la represión de octubre: el señor Azaña lleva ya dos meses en el Poder y estas responsabilidades no las hemos visto exigidas todavía: los asesinos de Sirval siguen aún en libertad [...].

Hay que tener justicia: el proletariado no es nunca vengativo, el proletariado sufre como en la *Commune* francesa, el proletariado ha sufrido a través del siglo XIX y durante el siglo XX, y cuando toma el Poder hace la justicia, estrictamente necesaria, pero esta justicia hay que hacerla. Cuando esta justicia se haya llevado a cabo, entonces es cuando podrá haber calma, esa calma que desea el señor Azaña.

Yo veo para el Gobierno del señor Azaña grandes peligros, que no se han señalado, pero que están flotando en el ambiente. El señor Azaña ocupa el Poder por segunda vez. No podrá decirse que el Gobierno primero del señor Azaña fue un completo acierto. El Gobierno primero del señor Azaña se hundió en

septiembre de 1933, y todo hundimiento político, todo colapso político es, fatalmente, un fracaso. Fracaso, ¿por qué? Fracaso porque el Gobierno del primer bienio no había hecho la política radical en el orden social que precisaba llevar a cabo. Y es por eso por lo que las derechas, vencidas el 12 y el 14 de abril de 1931, reaparecieron de una manera lenta, pero progresiva, y en septiembre de 1933 arrollaban al Gobierno republicano-socialista y tomaban, de una manera vertiginosa, el Poder en noviembre-diciembre de 1933.

¿Cómo ha sido posible ahora reconquistar las posiciones perdidas? Las posiciones perdidas se han reconquistado gracias al sacrificio de la clase trabajadora, gracias a esos 3.000 muertos, a esa pirámide de cadáveres, gracias a los 30.000 encarcelados, gracias a los sufrimientos de las 30.000 familias. Todo eso es lo que ha permitido ahora un Gobierno republicano, con una mayoría del Bloque Popular [...].

Generalmente no suceden nunca las cosas por segunda vez de una manera exacta. La *Commune* francesa fue el aplastamiento momentáneo del movimiento obrero y tuvieron que pasar muchos años para que la clase trabajadora francesa pudiera resurgir y presentar nuevamente batalla. Tal vez si la actuación del Gobierno del señor Azaña fuera ahora una repetición de lo que fue en 1931 a 1933, conduciría, inevitablemente, a un triunfo de la contrarrevolución, a una victoria de los hombres que se sientan en los escaños de las derechas, que tienen la osadía, después de todo lo que han hecho durante el bienio negro, de venir aquí a pedir explicaciones a la mayoría de la Cámara. Reconquistando el Poder esta gente—no os quepa duda, señores republicanos de izquierda, camaradas socialistas y comunistas—, se iría directamente al fascismo [...].

La disyuntiva es terminante: o triunfará el socialismo o triunfará el fascismo. La democra-

cia en el siglo xx, después del triunfo de la Revolución rusa, en esta época de convulsiones sociales, de cataclismos políticos, de guerras imperialistas, es un simple momento de transición entre dos etapas antagónicas. El dilema es: fascismo o socialismo.

¿Qué hicieron, camaradas socialistas, los socialdemócratas alemanes y austríacos, creyendo que podrían estabilizar la República democrática, sino dar tiempo a la organización fascista, para que, preparándose, pudiera después conquistar el Poder? [...]. La gran responsabilidad del proletariado y de los hombres representativos del movimiento liberal está precisamente en impedir ese movimiento ascendente del fascismo que representan todas las derechas coaligadas, apoyando en este momento al Gobierno del señor Azaña, si el señor Azaña, en realidad, se propone llevar a cabo el pacto del Frente Popular.

¡Ah! Pero es que el señor Azaña se encuentra con que no podrá llevar a cabo el pacto del Frente Popular.

En el Gobierno del señor Azaña hay dos contradicciones fundamentales: la primera es que en 1936, en época profundamente revolucionaria, que aterroriza a los hombres de la derecha, el Gobierno del señor Azaña es menos revolucionario, es menos avanzado, es de tipo más conservador que el Gobierno de 1931-33. Dentro del Gobierno había entonces tres representantes socialistas, que le daban un tono más avanzado del que podía tener representado solamente por republicanos. Hoy se da esta primera contradicción. Y la segunda contradicción es creer que haya triunfado el 18 de febrero un movimiento republicano en sí. Es el movimiento de octubre, son las masas trabajadoras, es el movimiento obrero, representado por Largo Caballero, por Indalecio Prieto, por González Peña, por los hombres encarcelados en octubre, lo que ha triunfado.

[...] Hoy existe en el país una mayoría socialista o comunista y, sin embargo, hay aquí un Gobierno de tipo republicano. Esta es la segunda contradicción. Esto nos lleva a esta ofensiva que realizan las derechas subrepticamente, conspirando contra la República, apoyándose, como en tiempos de la monarquía, en ciertos sectores, en 'determinados elementos', a través de la finanza internacional, de la Prensa internacional, y por todos estos medios se lleva a cabo la ofensiva contra la situación actual.

No os quepa duda (yo al menos tengo la plena convicción) de que el sentido del Gobierno Azaña es exactamente el mismo del Gobierno Herriot en 1924. En las elecciones de mayo de 1924 triunfó en Francia, a través del 'cartel', el Bloque Popular, que subió al Poder entusiasmado, embriagado de República. Al cabo de unos meses, el Gobierno de Herriot se encontró con la ofensiva de la Banca, y Herriot tuvo que ir a llamar a las puertas de Poincaré para que acudiera a salvar el franco. Al Gobierno laborista inglés le ocurrió lo mismo en el período 1920-31. Cuando la burguesía inglesa se cansó del Gobierno laborista, emprendió la ofensiva financiera, cayó la libra esterlina y MacDonald quedó anulado en las elecciones siguientes, en las que alcanzó un triunfo jamás obtenido el Partido conservador de Baldwin.

Aquí se está preparando lo mismo. La peseta tiene ya, de hecho, hoy una devaluación del 12 ó 15 por 100 de su valor. La finanza internacional no está a las órdenes del Gobierno pequeño-burgués, republicano y liberal que hoy tiene España; la finanza está movida por los hombres representativos de la gran burguesía española. Esta ofensiva se lleva a cabo, y cuando venga el *crack*, vendrá al mismo tiempo el hundimiento de la actual situación del Frente Popular.

En un determinado sector obrero hay la concepción de que el desgaste del Gobierno

Azaña no es al mismo tiempo el desgaste de los partidos que lo sostienen. El desgaste del Gobierno Azaña será el desgaste de los partidos obreros que lo sostengan. Por eso la situación para los representantes obreros es enormemente delicada.

Yo he dicho que una vez votada la confianza al señor Azaña, no sé si podré hacerlo otra vez, porque discrepo del modo de entender la política tal como se lleva a cabo por algunos sectores obreros con relación al Gobierno del señor Azaña. Yo creo que en este momento no hay que consentir el desgaste del señor Azaña, inevitable, porque todo Gobierno se desgasta, y el desgaste simultáneo de las fuerzas obreras.

A mi entender, lo que no procede es que aquellos partidos obreros que creen en la eficacia del Frente Popular (y yo no creo en su eficacia) formen con los republicanos de la izquierda un Gobierno del Frente Popular. Este Gobierno del Frente Popular se desgastará también; pero en tanto se desgaste este Gobierno del Frente Popular, no habrá habido tiempo para que la reacción pueda prepararse. Y entonces los obreros deben ir más allá del Gobierno del Frente Popular: a la formación de un Gobierno obrero que solucione los problemas de la Revolución española.

La disyuntiva —repito— es fascismo o socialismo; los socialistas tenemos que pronunciarnos, naturalmente, por el socialismo. Nada más. (*Rumores de aprobación en algunos sectores de la Cámara.*)»

No hubo aplausos. Lo que Maurín dijo chocaba con los clisés frentepopulistas. Pero esos «rumores de aprobación en algunos sectores de la Cámara» indican que las observaciones de Maurín sobre la actitud de los socialistas —apoyadas, como siempre hacía, en antecedentes históricos—, no caían completamente en el vacío. Fue este discurso el que despertó el interés por Maurín

entre los caballeristas y el que destacó a Maurín, que no tenía claqué, puesto que era el único diputado de su Partido. En las oleadas de retórica huera y de demagogia fácil, la oratoria de Maurín, sostenida en hechos, no sólo era distinta, sino que llevaba a las Cortes el aire de la calle. Lo que Maurín reclamaba era, realmente, lo que grandes masas del país deseaban. En aquellos meses, cualquiera que haya vivido en España, alejado de los medios oficiales, se daba cuenta de este estado de ánimo colectivo de medio país. Maurín trataba de hacer llegar, no tanto hasta los diputados cuanto hasta los dirigentes y militantes socialistas, esta atmósfera de las masas. Pero la prensa resumió mal el discurso. A fin de cuentas, Maurín era sólo un voto y de un Partido que únicamente tenía influencia en Cataluña. Maurín lo sabía. Por esto aprovechaba la tribuna parlamentaria para hablar, sobre todo, a los socialistas de izquierda.

El discurso cayó muy mal, claro, entre los comunistas. El 24 de abril, *Mundo Obrero* hablaba del «renegado Maurín, enemigo del Frente Popular», y Dolores Ibárruri y Miguel Valdés (éste diputado del Partido Comunista de Cataluña) atacaron a Maurín en las Cortes porque en unas declaraciones a la Prensa había dicho que los partidos obreros tenían que separarse del Frente Popular y formar su propio frente.

Maurín no habló —y acaso fue un error— cuando se desarrolló el absurdo debate sobre si Alcalá Zamora había disuelto legítimamente las Cortes por segunda vez en su mandato. Lo que Maurín hubiera dicho, hubiese caído en el vacío total, dadas las maniobras que precedieron al debate y que tenían que ver no con la actuación de Alcalá Zamora, sino con las ambiciones de unos cuantos socialistas de derechas. Habría podido decir lo que escribió sobre esto muchos años más tarde ¹¹:

«La elección de Alcalá Zamora como presidente fue un grave error. Primero, Alcalá Za-

¹¹ *Apéndice*, pp. 236 y ss.

mora era el sobreviviente político de la fracasada oligarquía agraria, y era inevitable que en los momentos críticos y decisivos se inclinara hacia el sector social del que procedía y que, de hecho, representaba la gran propiedad. Segundo, temperamentalmente era todo lo contrario de lo que conviene que sea un jefe de Estado. Le faltaba ponderación, y se desequilibraba fácilmente. Tercero, al ser elevado a la presidencia se dejaba a la derecha republicana procedente del sector terrateniente decapitada, sin jefe. Fuera de la presidencia, Alcalá Zamora pudo haber sido el centro de convergencia de los terratenientes que antes se agruparon en el Partido liberal de la Monarquía, llevándolos a aceptar la legalidad republicana [...].

A pesar de estos factores negativos, fue una equivocación política destituir a Alcalá Zamora, en abril de 1936. Hay un viejo refrán inglés que dice: no conviene cambiar de caballo en la mitad del vado. En la primavera de 1936, la República estaba en crisis, y el cambio de presidente tenía forzosamente que acentuarla más aún. La destitución de Alcalá Zamora favoreció a las derechas.

Además, un sector del ejército se sentía ligado al presidente Alcalá Zamora, y con él a la República. Al ser destituido, ese sector militar se sumó a los conspiradores [...].

Reemplazar a Alcalá Zamora por Azaña fue tanto como ir de lo malo conocido a lo malo por conocer.

Azaña era el jefe del partido político que había fracasado en la primera fase de la República y que reconquistó el poder, no por sus méritos, que no tenía, sino gracias a la ola nacional de indignación levantada contra las inmoralidades y embrollos del 'bienio negro'. En una República como la de 1931-1936, no convenía que el presidente fuese jefe de partido, sino una figura con autoridad moral, situada por encima de los partidos, convertida

en fiel de la balanza. Azaña era precisamente todo lo contrario [...].

Al ser elegido Azaña presidente, lo inteligente hubiese sido la formación de un gobierno socialista-republicano, presidido no por Prieto, que representaba un sector minoritario socialista, sino por Largo Caballero, con un general enérgico en Guerra y un hombre capaz en Gobernación. En mayo-junio, con dos ministros de altura en Guerra y Gobernación, hubiese sido fácil desbaratar la sublevación que se estaba urdiendo en los cuarteles.

Ahora bien, Azaña, presidente de la República, quería gobernar él personalmente, y nombró presidente del Consejo de Ministros a uno de los personajes más grises de su partido, pero subordinado y maleable, Casares Quiroga.

Y Casares Quiroga, a su vez, se nombró a sí mismo ministro de Guerra, y ministro de Gobernación a una momia del republicanismo provinciano de comienzos de siglo, Juan Moles.

Siguiendo la voluntad de Azaña, se juntaron tres funciones de una importancia decisiva —Presidencia del Consejo, ministro de Guerra y ministro de Gobernación— en dos nulidades políticas».

En la elección del nuevo Presidente de la República, el diputado y el compromisario del POUM no votaron por Azaña, sino por Ramón González Peña, diputado socialista asturiano que había estado condenado a muerte por los hechos de octubre, que entonces era caballero y que, en cierto modo, podía simbolizar, por todo esto, la posición que defendía el POUM.

En junio, al cabo de un mes de formarse el nuevo gobierno, hubo un gran debate en las Cortes sobre la situación del país. Se dieron cifras de los motines, incendios, choques con la fuerza pública, muertos y heri-

dos habidos desde el 16 de febrero hasta entonces. El 16 de junio Maurín intervino en él:

«Muy brevemente, para fijar la posición de mi Partido.

El señor Ventosa, en su intervención, se quejaba de que el Gobierno es beligerante ante el problema del orden público. Discrepo completamente de lo manifestado por el señor Ventosa. Yo tengo que hacer una crítica del Gobierno precisamente porque después de haber afirmado hace aproximadamente un mes que él sería beligerante ante el problema del fascismo, el Gobierno no es verdaderamente beligerante. El hecho de que en esta Cámara puedan pronunciarse discursos de tipo fascista como el pronunciado por el señor Calvo Sotelo hace unas semanas y esta misma tarde, demuestra que el Gobierno da, incluso en el propio Parlamento, toda clase de facilidades a las hordas fascistas, a esas hordas a que antes en sentido negativo se refería el señor Calvo Sotelo.

Yo dije al señor Azaña el día 15 de abril en esta misma Cámara: en ese Gobierno —y en el del señor Casares Quiroga, la cuestión está todavía más acentuada—, en ese Gobierno hay dos contradicciones fundamentales. Y en política, cuando hay contradicciones fundamentales, no se va a ninguna parte, o se va, inevitablemente, al fracaso. La contradicción fundamental que se manifestaba en el Gobierno del señor Azaña, y que se repite ahora en el del señor Casares Quiroga, es que en 1936, cuando existe en el país una situación mucho más revolucionaria que en 1931-33, el Gobierno es menos de izquierda, menos avanzado, menos revolucionario que el de entonces. La presencia de tres ministros socialistas en el Gobierno presidido a la sazón por el señor Azaña tuvo en aquella época la garantía de un sentido social progresivo que en manera alguna puede tener, aunque posean sus hombres la mejor voluntad del mundo, el

Gobierno actual, formado exclusivamente por republicanos.

Y otra de las contradicciones que indicaba al señor Azaña, y que señalo ahora al señor Casares Quiroga, es que siendo el triunfo del Frente Popular en 16 de febrero el del movimiento de octubre, pues sin octubre no existiría el triunfo del 16 de febrero, los hombres que representan octubre, los hombres que simbolizan aquella gesta, no se encuentran representados de una manera directa en el Gobierno del Frente Popular que actualmente preside los destinos de España.

Y bien, señores diputados, estas contradicciones no conducen, como he dicho, a ninguna parte, o conducen, irremediablemente, al fracaso. Hace un mes aproximadamente que este Gobierno se constituyó, encontrándose ahora ante una ofensiva brutal por parte de la derecha e, indiscutiblemente, con una situación caótica en todo el país.

¿Por qué esta situación del Gobierno? ¿Es que voy a suponer ahora en el Gobierno del señor Casares Quiroga una falta de buena voluntad para cumplir los compromisos del Frente Popular? Yo no haré esta afirmación; pero el hecho evidente es que el Gobierno, que lleva de hecho cuatro meses de vida —hoy hace cuatro meses que triunfaba el Frente Popular en las elecciones—, este Gobierno durante un tercio de año, durante una sexta parte, aproximadamente, de lo que es la vida normal de unas Cortes ordinarias, no ha hecho, no ya la sexta parte, ni la décima, ni la centésima parte de lo que contiene el programa del Frente Popular.

En el pacto del Frente Popular, firmado por los partidos republicanos de izquierda y firmado también por el partido que yo represento, se hablaba, en primer término, como cuestión capital, de la amnistía. Esta amnistía no ha sido concedida por el Parlamento. Esas masas, no las hordas que trataba de denostar el represen-

tante del fascismo en esta Cámara, señor Calvo Sotelo, sino esas masas que tienen una gran vibración política, las masas que hicieron el movimiento de octubre, las masas que dieron el triunfo del 16 de febrero al Frente Popular, estas masas, porque recelaban tal vez de las posibilidades del Parlamento, arrancaban la amnistía antes de que el Parlamento se la diera. Y el Parlamento no ha concedido todavía la amnistía prometida en el pacto del Frente Popular.

Hay más. En el pacto del Frente Popular se hablaba de los represaliados. El Gobierno ha obligado a que los represaliados sean admitidos por parte de las empresas de que fueron despedidos; pero hay represaliados del Estado, hay hombres que tomaron parte activa en el movimiento de octubre, personalidades cuyos nombres, si hubieran sido fusilados, como querían los representantes de la derecha, hoy seguramente estarían inscritos en mármol al lado de los de Galán y García Hernández —me refiero a los militares sublevados, al comandante Farrás, a Bosch, a Luengo, a Condé, a Escofet—; y estos hombres, representantes de octubre; estos hombres, funcionarios del Estado, represaliados, todavía no han sido readmitidos. Se falta, por tanto, al pacto del Frente Popular, se falta en la acción del Gobierno a las promesas del pacto del Frente Popular.

Hay más todavía, señores diputados: esta suspensión permanente de las garantías constitucionales. Yo no sé, hombres representantes de los partidos de izquierda, socialistas, camaradas del movimiento obrero, si os dais cuenta de la gravedad que entraña por parte de un Gobierno del Frente Popular, la suspensión permanente de las garantías constitucionales. Con la suspensión de garantías constitucionales gobiernan las derechas; pero la clase popular progresiva, un movimiento que tiene la garantía de contar con el asentimiento casi unánime de las grandes capas populares, no necesita la suspensión perma-

nente de garantías constitucionales. Es a través de la Constitución, es a través de la democracia, es a través de la libertad, como nosotros podemos combatir el movimiento contrarrevolucionario. ¿Os dais cuenta, señores de la izquierda y señores socialistas, de lo que representa una educación permanente del pueblo español viviendo en régimen constante de suspensión de garantías? ¿No es esta una educación negativa, en el sentido de que puedan implantarse regímenes que vayan contra la libertad, que dice asegurar la Constitución del año 1931? Los peligros de la democracia se vencen con la democracia misma.

Aquí se habla de leyes represivas contra los jueces que dictan sentencias favorables al fascismo. ¿Por qué no restaurar el Jurado, y un Jurado popular dictaminaría, no como quieran los jueces reaccionarios, sino como es el sentido liberal de la población? ¿Por qué no matar esos Tribunales de urgencia, engendro equivocado de la República, que dan el poder de una manera omnímoda a los jueces contrarrevolucionarios? ¿Por qué no establecéis la libertad de Prensa, que no atacará las ideas progresivas, sino que determinará precisamente una gran corriente popular para ahogar todo lo que se oponga a esta libertad del sentido progresivo de la Prensa? Y, en último término, señor Presidente del Gobierno, si con la libertad de Prensa el Gobierno ve enemigos declarados en la Prensa contrarrevolucionaria, ¿por qué no aplica una medida contra uno, dos, tres o cuatro periódicos y no adopta una medida general contra toda la Prensa, incluso contra la Prensa de izquierda? Lo cierto es que hoy, para enterarnos de lo que ocurre en España tenemos que leer la Prensa inglesa, la Prensa francesa, la extranjera en general, y aquí estamos 'in albis'. Así se va fomentando un ambiente de desconfianza, de rumor, de descontento, de ansiedad, de inquietud, y esto es, precisamente, lo que utilizan los

hombres de la contrarrevolución, en el Parlamento, en su Prensa, en sus reuniones clandestinas, para ir creando una atmósfera contraria a la situación actual [...].

Hay en el país un movimiento de huelga, no de hordas, sino de masa civil, de masas representantes de la verdadera esencia de la Nación.

Si vosotros veis este gran movimiento huelguístico, no lo atajaréis ni con mauseres ni con fusiles, ni con medidas represivas; ese movimiento huelguístico, que tiene una razón de ser, lo apaciguaríais si tomaseis medidas, no de orden coactivo, éstas para las derechas, sino medidas de índole económica para la clase trabajadora. La semana de cuarenta horas, un salario mínimo, una garantía de que los obreros en paro forzoso encontrarían trabajo, todo eso liquidaría el movimiento huelguístico que actualmente existe planteado en España. Y si no hacéis esto, representantes de la mayoría, del Gobierno, del Frente Popular, las huelgas crecerán, habrá mayor malestar y todo esto hará que vaya intensificándose la ofensiva de la contrarrevolución, y llegará el momento, como ocurrió en 1933, en que pueda haberse creado un divorcio, un abismo infranqueable entre la voluntad de las masas y el Gobierno del Frente Popular. Yo no deseo eso, y, porque no lo deseo, señalo el que, a mi entender, debiera ser el camino político seguido por el Frente Popular, para salir de la contradicción actual.

Hay una situación prefascista en el país, es innegable; existe el fascismo; ataca el fascismo; lanza bombas el fascismo; ametralla el fascismo; dispara las pistolas el fascismo; habla desde los Bancos de la contrarrevolución el fascismo; existe el fascismo, y toma en este momento en España las posiciones que adopta el fascismo cuando nace en determinados países [...].

Para destruir el fascismo no bastan medidas coercitivas, sino que hay que aplicar medidas políticas, y una medida política, principal-

mente, señores del Frente Popular, es que el Gobierno responda a la constitución de este Frente, que no haya contradicción en la constitución del Gobierno. Un Gobierno que respondiera actualmente a los deseos de las masas populares y, por tanto, a la realidad, debería estar integrado, no solamente por los partidos republicanos, sino por los partidos obreros, por los representantes del Frente Popular que crean en la política de este Frente Popular.

Ese Gobierno, así formado, debería nacionalizar las tierras, los ferrocarriles, la gran industria, las minas, la banca y adoptar medidas progresivas, como las que ha adoptado en Francia Blum; ese Gobierno podría acabar con la amenaza fascista.

De otro modo, dentro de dos meses veremos cómo la contrarrevolución es más intensa, y tal vez entonces sea ya tarde para contener los desmanes del fascismo, más peligroso de lo que tal vez nosotros nos lo figuramos desde estos años.

El fascismo hoy es un peligro real en España, y hay que acabar con él con medidas represivas y con medidas políticas, como las que acabo de señalar.»

* * *

El POUM insiste constantemente: reorganizar la Alianza Obrera, terminar el apoyo obrero a los gobiernos republicanos. Al mismo tiempo, se refina la interpretación de la realidad soviética; *La Nueva Era* y *La Batalla* denuncian el stajanovismo, reproducen las ideas de Rosa Luxemburgo y recuerdan que sus advertencias sobre la democracia y el movimiento obrero siguen siendo actuales. A la vista de las experiencias alemana y española, señalan también la necesidad de tener en cuenta la existencia de la clase media y de defender lo que subsiste de democracia bajo el capitalismo, con el fin de poder

luchar contra éste y de establecer una democracia verdadera.

En el número de mayo de *La Nueva Era*, Maurín explica las causas de la tensión en que vive la sociedad española:

«Por dondequiera que el problema sea considerado, se llega fatalmente a la conclusión que para salir del atolladero actual no hay otra perspectiva viable que entrar de lleno en el comienzo de las realizaciones de tipo socialista.

Pero como los republicanos, burguesía liberal, no pueden saltar por encima de su sombra, el fracaso de su actuación será tan inevitable como durante el primer período de su dominación: 1931-1933.

Si el proletariado español tuviera un gran Partido Marxista Revolucionario, probablemente ya se hubiese verificado la toma del poder por la clase trabajadora.

Ha sido demostrado y se demostrará de nuevo una vez más que no hay posibilidad alguna de encerrar la Revolución en el cerco de la Revolución democraticoburguesa. La Historia, el desarrollo de la clase obrera, la conciencia política del proletariado, la incapacidad y las contradicciones de la propia burguesía, las mismas necesidades colectivas llevan a la conclusión final: el paso al socialismo, es decir, la Revolución socialista.

La toma del poder por la clase trabajadora entrañará la realización de la Revolución democrática que la burguesía no puede hacer —liberación de la tierra, de las nacionalidades, destrucción de la Iglesia, emancipación económica de la mujer, mejoramiento de la situación material y moral de los trabajadores— y al mismo tiempo iniciará la Revolución socialista, nacionalizando la tierra, los transportes, minas, gran industria y Banca.

Nuestra Revolución es democrática y socialista a la vez, puesto que, el proletariado triun-

fante tiene que hacer una buena parte de la Revolución que correspondía a la burguesía y, simultáneamente, ha de empezar la Revolución socialista. La trascendencia que la toma del poder por los trabajadores en nuestro país tendrá en todo el mundo es incalculable. Inaugurará un período de grandes conmociones revolucionarias, de hundimiento de regímenes fascistas y de empuje arrollador de los pueblos esclavizados en busca de su emancipación.

Nuestro país, rezagado en la Historia, puede de un salto ponerse a la cabeza de un grandioso movimiento de consecuencias incalculables.

Una serie de circunstancias hacen que la clase trabajadora española sea hoy el centro de esperanza del proletariado mundial.»

Pero advierte: «cierto que nuestro movimiento obrero tiene todavía una serie de escollos que sortear y dificultades subjetivas que vencer para llevar a feliz término su misión».

Las dificultades son evidentes. Hay una carrera entre las derechas y el movimiento obrero. Las primeras tienen detrás al ejército, están unidas por su fracaso en las elecciones, cuentan con apoyos internacionales, en un ambiente mundial de ascenso del fascismo, mientras que el movimiento obrero se encuentra dividido, minado, además, por la propaganda comunista que trata de paralizar su avance hacia posiciones revolucionarias (porque así conviene a la diplomacia soviética), carece de un organismo que oriente el evidente anhelo popular de acabar de una vez con una situación insostenible lo mismo para los ricos que para los pobres, para los opresores que para los oprimidos.

El lunes, 13 de julio (menos de sesenta días después de la advertencia de Maurín en las Cortes, en la cual hablaba de dos meses de plazo), ocurre el asesinato de Calvo Sotelo —que Maurín, más tarde, calificará de

«monstruoso». Las derechas, inevitablemente, tomarán la iniciativa, y esto en un momento en que el movimiento obrero no está todavía preparado para emprender su propio combate decisivo.

El jueves, día 16, se reúne el Ejecutivo del POUM. Sus componentes prevén un golpe militar de un momento a otro. Nin y Maurín se entrevistan con Companys, presidente de la Generalidad, amigo del primero desde la juventud y del segundo desde la época de la Dictadura. Son las diez de la noche. Companys les dice que ha sabido que en algunos cuarteles de Barcelona hay agitación, que trata de comunicarse con Madrid, pero que no lo logra.

El Ejecutivo, que esperaba el regreso de sus dos emisarios, decide entonces la «movilización» de los poumistas en toda Cataluña. Que duerman en los locales, que se armen en lo posible, que vigilen los cuarteles (del ejército y la guardia civil), y que mantengan informado al Ejecutivo de todo lo anormal que observen. Al mismo tiempo, se aconseja a los comités locales que a nivel local traten de establecer el enlace con la CNT y otras organizaciones obreras, con la esperanza de que si una especie de Alianza Obrera tácita se crea en la base, esto forzará a los dirigentes a aceptarla de modo más formal.

El Ejecutivo decide, asimismo, que Maurín marche el viernes por la mañana, en avión, a Madrid y que allí, según sea la situación y los informes que reúna, decida si regresa a Barcelona o si se dirige a Galicia, donde estaban anunciadas para el sábado y el domingo varias conferencias suyas y un congreso regional para la constitución del POUM gallego.

Cuando Maurín llega a Madrid, va directamente del aeropuerto al palacio de las Cortes.

Y allí comete el peor error de su vida.

EL PRESO

Cuando estalló el alzamiento militar, el 18 de julio de 1936, Maurín no se encontraba en Madrid ni en Barcelona, sino en Santiago de Compostela, en el extremo noroeste de España, donde había un minúsculo grupo de poumistas.

¿Cómo, viendo el golpe militar cercano, habiendo denunciado que se aproximaba, pudo Maurín marchar a Galicia, en vez de regresar a Barcelona, aquel viernes, 17 de julio?

Se lo pregunté al llegar el momento de escribir sobre esto en mi historia del POUM, y me contestó en una carta¹, en la cual me decía:

«Adjunto una nota del porqué del infortunado viaje a Galicia. Azaña tuvo la culpa... Yo, que no fui nunca azañista, esa vez le creí: 'Esta semana no pasará nada'... No hubo exceso de optimismo por parte mía. Creí lo que Azaña había dicho unas horas antes a Lana Sarra-

¹ Carta de Maurín a Víctor Alba, fechada en Nueva York el 8 de marzo de 1972.

te. [Este] era profesor en la Escuela de Ingenieros Industriales.»

La nota a que se alude dice así:

«El jueves, 16 de julio, el Comité Ejecutivo del POUM, después de haber estudiado la gravedad de la situación —el lunes, día 13, había sido asesinado (fue un monstruoso asesinato) Calvo Sotelo—, acordó que Maurín y Nin fuesen a entrevistarse con Luis Companys, presidente de la Generalidad...

Fue convenido que Maurín saldría para Madrid el viernes, día 17, para informarse de la situación, y una vez allí, decidir si iba o no a Galicia, en donde la sección del POUM de Santiago (antiguos trotskystas) había organizado una serie de actos de propaganda.

Maurín llegó en avión, a Madrid, el viernes, 17, hacia las dos de la tarde. Se dirigió al Congreso. No había sesión ese día. Se encontró allí en los pasillos a los diputados: Calvet, de los Rabassaires, Angel Pestaña, diputado por Cádiz, y Lana Serrate, diputado de Izquierda Republicana por la provincia de Huesca. La conversación con Calvet y Pestaña fue superficial. No, en cambio, la que tuvo lugar con Lana Serrate, quien le dijo que esa mañana había tenido una larga entrevista con Manuel Azaña, presidente de la República, quien le dijo —era el viernes, 17, cuando se sublevó Marruecos—: que 'esta semana no pasará nada, la semana próxima, ya veremos'.

Maurín dudó unos instantes entre ir o no ir a Galicia. Pero la seguridad de Azaña que esa semana no pasaría nada, le decidió, pues tenía la costumbre de no faltar nunca a los compromisos contraídos; tomó el tren y marchó a Galicia.

El sábado, 18, a última hora de la tarde, estaba dando una conferencia en la Casa del Pueblo de Santiago, cuando llegó la noticia de la sublevación.

El domingo, 19, se dirigió a La Coruña y se entrevistó con el Gobernador.

El lunes, 20, se produjo la sublevación militar en La Coruña, hacia las dos de la tarde.»

Comenzó entonces, para Maurín, un largo período de extrema tensión y mucho peligro. Era diputado, conocido —su nombre acababa de sonar en Galicia, en la propaganda por sus conferencias. Por tanto, si le detenían, estaba seguro de que lo iba a pasar muy mal. Su familia se hallaba en Barcelona y en Barcelona se encontraban sus compañeros. En Galicia se sentía fuera de casa, mientras que en Barcelona podría dar de sí todo lo que cabía esperar de un dirigente obrero en momentos de gravedad.

Tenía, pues, que salvarse y que encontrar la manera de llegar a Barcelona. Portugal no tenía sentido, porque los que huían a ese país eran detenidos por la policía y devueltos a España. El puerto podía ofrecer una salida. Pero se le cerró. No quedaba sino la frontera con Francia. Maurín, nacido y criado en Huesca, conocía los Pirineos aragoneses, que estaban en poder de las fuerzas nacionales. Por ahí podía estar la salvación.

En ese período cabe distinguir tres etapas: del 20 de julio a comienzos de septiembre, cuando se oculta y trata de llegar a la frontera; de septiembre de 1936 a septiembre de 1937, cuando está detenido con nombre falso; de septiembre de 1937 a octubre de 1946, cuando se halla preso ya bajo su nombre.

Maurín no explica en detalle esos años. Cualquiera que haya estado largo tiempo en la cárcel sabe por qué: se teme hacerse pesado, se tiene la impresión de repetir siempre el mismo disco (puesto que los hechos son idénticos, aunque quienes los escuchan sean distintos), y finalmente se siente el temor de que crean que trata uno de presentarse como un héroe o un mártir. En el caso de Maurín, había un motivo adicional: le molestaba que pudieran creer que trataba de justificarse por haberse

salvado, porque esto a sus ojos casi equivalía a dudar de su honradez política y personal. Como se verá tenía razones para esta reacción.

Esto no quiere decir que rehuyera hablar de esos años. Lo hizo conmigo y con muchos amigos. Preparaba sus memorias, en las cuales se proponía hablar, naturalmente, de esto. Y, además, había «politizado» una serie de relatos escritos en la prisión, sobre compañeros suyos de encierro (redactados, de primera mano, sin ningún toque político, porque tenía que guardar esas notas en la cárcel y hubiera sido peligroso que le encontraran alguna frase que pudiera interpretarse como política). Esta parte de sus memorias estaba en prensa en México cuando le sorprendió la muerte.

El período de 1936 a 1947, en la vida de Maurín, sólo puede entenderse por quienes hayan vivido aquella época y sepan hasta qué punto las cosas, en plena catástrofe, pueden ser caóticas, y cuánto puede influir en su desenlace un azar, unos días ganados o perdidos, una amistad o hasta el humor de un policía, un juez o un carcelero.

Cuando estaba escribiendo mi historia del POUM puse en ella la versión que yo conocía, a través de amigos, de este período de la vida de Maurín. Ocupaba no más de una hoja. Maurín, al leer el manuscrito, a petición mía, me mandó una nota puntualizando mi versión de los hechos. Es una nota que también ocupa aproximadamente una página y que está escrita en tercera persona, de modo escueto y sin sentimentalismos. La completaré con recortes de algunos artículos escritos por amigos de Maurín que habían tenido ocasión de escuchar parte de sus recuerdos de ese período, y que, al recibir la noticia de su muerte, los pusieron en negro sobre blanco.

La nota que me mandó Maurín (fecha en Nueva York el 25 de marzo de 1973) decía así:

«De propaganda y organización en Santiago de Compostela, cuando se produjo la subleva-

ción militar. De Santiago se trasladó a La Coruña para entrevistarse con el gobernador civil.

Se instaló en un hotel de segunda clase con otro nombre.

La 'conquista' de La Coruña por los militares duró la tarde del lunes, día 20.

Unos días después, Maurín fue a visitar al cónsul de Francia para pedirle ayuda para pasar a Francia, alegando que su mujer era francesa. Se negó.

Pudo hacerse con una cédula personal a nombre de Joaquín Julio Ferrer, y con ese pase salió de La Coruña el 1 de septiembre, llegando a Zaragoza el día 2. El día 3, en la estación ferroviaria tomó un billete para Jaca. Estuvo en Jaca tres días hasta conseguir un pase para acercarse a la frontera. En Panticosa fue detenido por la guardia civil, como sospechoso, y conducido a Jaca. En Jaca ingresó en la prisión como Joaquín Julio Ferrer.

En la primavera de 1937, Maurín logró establecer relación epistolar con su mujer, que residía en París.

Jeanne notificó a José Coll, muy confidencialmente, que Maurín vivía. El Comité Ejecutivo del POUM supo guardar el secreto.

A comienzos de septiembre de 1937, Maurín fue puesto en libertad, y se dirigió a un pueblo de la frontera francesa. Uno de los policías que estaban destacados allí, lo reconoció y lo identificó. Maurín fue trasladado a Jaca, a la comandancia militar.

La prensa 'nacionalista' dio la noticia, que reprodujo la prensa de París.

Jeanne se puso en contacto con el primo de Maurín, teniente coronel de capellanes castrenses —después fue obispo de Seo de Urgel—; el primo pudo parar el 'golpe'.

Maurín fue trasladado a Zaragoza, y al cabo de algún tiempo a la prisión de Salamanca, aislado de los demás presos.

Se aceptó como un posible canje, que no se

realizó porque los comunistas del Gobierno de Negrín se opusieron.

En la primavera de 1942, fue trasladado de la prisión de Salamanca a la de Barcelona, en donde se le instruía proceso militar.

En diciembre de 1942 fue trasladado al presidio de Burgos en concepto de 'peligroso'.

En marzo de 1943, fue de nuevo trasladado a la prisión de Barcelona, pues se iba a celebrar el consejo de guerra. Unos meses después el consejo de guerra lo condenó a treinta años de prisión.

En 1945, el triunfo de los aliados hizo que el Gobierno de Madrid moderara su actitud con relación a los presos políticos.

El 1 de octubre de 1946, Maurín fue puesto en libertad vigilada, con la obligación de residir en Madrid.

En julio de 1947, pudo salir de España, reuniéndose con su mujer e hijo al cabo de once años de separación.»

También conviene recordar, para comprender todo esto, que en aquella época no existía nada parecido a un documento personal de identidad, con foto y huellas dactilares. La gente se identificaba —cuando lo hacía— con la cédula personal, que venía a ser el recibo (sin foto ni huella dactilar) de haber pagado el impuesto municipal personal. Cualquiera que pagara este impuesto (en general unas pocas pesetas al año) a nombre de varias personas, podía tener varias cédulas personales. Y no era raro que en el movimiento obrero, muchos militantes dispusieran de dos o tres cédulas, por si les convenía ocultar su identidad. Gracias a esto, por ejemplo, se salvaron muchos detenidos en masa después del 6 de octubre de 1934, puesto que exhibieron cédulas que llevaban nombres que no eran los suyos; si los policías no los conocían personalmente, nadie podía saber la verdadera personalidad del detenido.

Joaquín Julio Ferrer se hizo pasar por un viajante de

comercio catalán, que había ido a estudiar el mercado de Galicia. La cosa era creíble y la creyeron. Maurín, además, tuvo la suerte de que aparte de 200 pesetas que llevaba encima cuando salió de Barcelona, cobró en Madrid, en la tarde del viernes, sus haberes de diputado del mes de julio —exactamente 1.000 pesetas—, y esta cantidad, entonces aproximadamente el doble del sueldo corriente de un obrero, le permitió subsistir las seis semanas que transcurrieron hasta su primera detención, viajar e incluso tener algunas pesetas para ayudarse a comer en la cárcel. (Por lo demás, según era tradición en todos los partidos obreros, las 1.000 pesetas de su sueldo de diputado iban íntegras al POUM, que pagaba a Maurín un sueldo de obrero calificado por su cargo de secretario general.)

El año que estuvo detenido en la prisión de Jaca lo empleó no sólo en disimular su personalidad, cosa que no debía ser fácil, sino en tratar de comunicarse con su mujer sin llamar la atención. Lo logró con una tarjeta cuyos términos dieron lugar a un malentendido, como cuenta Luis Portela, viejo compañero de Maurín. Portela, que vio a Maurín a su salida de la cárcel, escuchó de sus labios muchos detalles de su encarcelamiento. Al morir Maurín, la revista *Triunfo*, de Madrid, publicó un artículo de Francesc Bonamusa, en el cual se deslizaban una serie de preguntas tan insidiosas en el fondo como inocentes en la forma ². Portela, que leyó el artículo, puso

² Francesc Bonamusa: «La segunda muerte de Joaquín Maurín», en *Triunfo*, Madrid, n.º 583, 1973. Bonamusa escribió años antes una tesis sobre los orígenes del BOC. Para recopilar información, estuvo en contacto personal con muchos poumistas y epistolar con Maurín. Pero nunca formuló ni a aquéllos ni a éste las preguntas que a la muerte de Maurín deslizó en su artículo necrológico.

La propaganda comunista fue tan intensa y ha seguido tan persistente, que penetró en el subconsciente de muchos; se formulan las mismas preguntas que Bonamusa, sin darse cuenta de que se hacen eco de las calumnias comunistas: «¿Por qué se hizo el silencio sobre la detención, en la zona

los puntos sobre las íes en una nota muy concreta, que no reflejaba la indignación que, como cualquier amigo de Maurín, debieron causarle las insinuaciones del biógrafo improvisado³.

Merece la pena reproducir las partes principales de este artículo, aun a riesgo de repetir algo de lo ya dicho:

«El 19 de julio, Maurín marcha a La Coruña, visita al gobernador civil, que no sabe nada de nada, no ha recibido ni información ni instrucciones de Madrid, y se instala en una pensión con un nombre que no es el suyo; ya no tiene posibilidad de retornar a Barcelona. Su esposa, Juana, había marchado algunos días antes a París para ver a sus padres y se había llevado con ella al pequeño Mario, que contaba entonces unos ocho años de edad. Desde La Coruña, Maurín pudo escribir algunas líneas discretas a su esposa. Y se puso en contacto con el cónsul de Francia tratando de hallar ayuda para salir de España a bordo de un barco francés. Pero el representante consular de la República francesa no siente ninguna simpatía hacia la República española, y si no delata a Maurín, tampoco le presta apoyo alguno. Así pasó dos meses en La Coruña. Había salido de Barcelona el 16 de julio con 200 pesetas en el bolsillo; en las pocas horas que pasó en Madrid estuvo en el Congreso y cobró las 1.000 pesetas que tenían asignadas entonces los diputados. Sus recursos se iban mermando alarmantemente y decidió llegar por su cuenta a la frontera francesa. Después de haber bordeado las provincias del norte de España, mediado septiembre se encontraba en la de Huesca, que él conocía, pues había nacido en Bonanza, un pueblecito aragonés situado en

nacional, de Maurín? ¿Por qué no se le juzgó hasta muchos años más tarde? ¿Por qué sobrevivió? ¿Por qué se benefició de indultos?»

³ Luis Portela: «La única muerte de Joaquín Maurín», en *Triunfo*, Madrid, n.º 588, 5 de enero de 1974.

la raya de límite y en el que se habla catalán. Se dirigió hacia Panticosa. En la carretera que lleva al balneario topó con una pareja de la Guardia Civil, a la que inspiró sospechas. Detenido, fue conducido a la prisión de Jaca, donde permaneció un año, siempre con nombre falso. A nadie confió durante este año de encarcelamiento su verdadera identidad.

Un día, su esposa recibe en París una tarjeta en la que Maurín ha escrito estas palabras: 'En este momento te recuerdo más que nunca.' Se interpreta este lacónico mensaje como un adiós. Y se llega a la conclusión de que Maurín ha muerto. El POUM lanza la noticia. Se suceden artículos y discursos necrológicos, en muchos pueblos y ciudades de Cataluña se rotula con su nombre alguna calle, son innumerables y todos muy sinceramente sentidos los homenajes que se rinden al hombre al que se cree desaparecido. Pero Maurín hace llegar de nuevo noticias suyas a su esposa. ¡No ha muerto! Juana informa a los directivos del POUM y es preciso hacer marcha atrás. Se juzga que hay que hacer de nuevo el silencio en torno a Maurín, cuya vida sigue estando en peligro.

Quien tenga la ocasión y la curiosidad de repasar colecciones de periódicos de la zona republicana encontrará con frecuencia en los partes de guerra del verano de 1937 estas o parecidas palabras: 'Han llegado a nuestras líneas del frente de Aragón... expulsados de la zona enemiga.' Efectivamente, hubo un tiempo en que el capitán general de la V Región se desembarazó de gentes detenidas por sospechosas de no ser afectas a su causa, brindándoles una de estas tres opciones: ser conducidos hasta la frontera y permitirles que se internasen en Francia, ser llevados al frente y dejarles pasar a las líneas republicanas o ser puestas en libertad sin obligarles a salir de la zona regida por el general Franco.

Cuando ya llevaba un año encarcelado en

Jaca, un funcionario anunció a Maurín que iba a ser puesto en libertad y le dio a escoger entre las tres opciones. Reaccionó Maurín como, sin duda, lo hicieron muchos: pensó que se trataba de hacer que cada uno descubriese sus verdaderos sentimientos y que optar por pasar a Francia o a las líneas republicanas podría conducir a caer en una emboscada. Manifestó que se quedaría en la zona en que se encontraba y que buscaría algún trabajo para poder subsistir. Se equivocó, evidentemente.

Fue puesto en libertad. La frontera no está lejos de Jaca y Maurín se decidió a intentar llegar a ella. Recorrió varios pueblos que no le eran desconocidos. Era obligado presentarse, al llegar a una población, a la autoridad local. A los cinco días de libertad llegó a Hecho. Se presentó, como estaba mandado. El funcionario que le recibió le reconoció rápidamente. Maurín sostuvo firmemente que el funcionario estaba en un error. Pero éste, que tenía buena memoria, le recordó que a comienzos de los años 20, cuando iba a ser detenido al salir de Correos, donde había recogido la correspondencia dirigida a determinado apartado, y para evitar que cayese en manos de la policía, echó a correr, los agentes dispararon y una bala le atravesó el muslo; la cicatriz que la herida había dejado confirmaría lo que él decía. Maurín no tuvo más remedio que identificarse. Inmediatamente reingresó en la cárcel de Jaca, esta vez con su verdadero nombre. Rápidamente se informó de su detención al capitán general de Aragón.

Pronto fue trasladado a Zaragoza en un coche, custodiado por una pareja de la Guardia Civil. En el trayecto, los ocupantes de un camión que de Zaragoza se dirigía a Jaca hicieron parar el vehículo. Echaron pie a tierra todos. Maurín fue obligado a esperar en la cuneta el desenlace del incidente. Los del camión iban precisamente a buscarle y pretendían que los guardias se

lo entregasen. Estos se mantuvieron firmes; se habían hecho cargo del detenido en Jaca, habían firmado un documento en que así constaba y sólo lo entregarían en la Capitanía General de Aragón, como se les había ordenado. La discusión duró una hora; finalmente, los del camión hubieron de ceder. En Zaragoza, Maurín ingresó en los calabozos de la Jefatura de Orden público, donde había de permanecer tres meses. De cuando en cuando pudo escribir algunas líneas a su esposa, que continuaba en París.

El capitán general, el auditor, el jefe de Orden Público y quizá algún otro jefe u oficial se reunieron un día para acordar lo que iba a hacerse con Maurín. En principio procedía hacerlo comparecer ante un consejo de guerra. Alguien apuntó otra solución... Y alguno sugirió: 'Maurín es diputado, quizá interese canjearlo. ¿Por qué no lo enviamos a Salamanca, a disposición del cuartel general del Generalísimo?' Se aceptó esta solución, y Maurín fue trasladado a la prisión de Salamanca. En ella se hallaba al terminar la guerra. Más tarde fue llevado al penal de Burgos.

Cuando los directivos del POUM supieron, a través de París, que Maurín estaba identificado, encargaron a su delegado en Valencia, José Buiria, un militante de Lérida y al comité provincial del partido que informaran al presidente de las Cortes. En el palacio de la Lonja, sede entonces del Parlamento de la República, Martínez Barrio recibió a Buiria y a un militante de la organización de Valencia. En su presencia, el presidente de las Cortes dictó dos telegramas, uno a la Cruz Roja Internacional y otro a la Unión Interparlamentaria, en que solicitaba su intervención. En opinión de Martínez Barrio, Maurín podía ser 'un buen canje'. Creía que después del trágico desenlace, entonces reciente, del canje concertado del diputado Florensa, de la Lliga —a quien los comisionados del POUM

acababan de ver en los pasillos de la Lonja— por el diputado socialista Luis Ruflanchas, cabía esperar que Maurín salvase su vida.

El canje no se efectuó. Puede asegurarse que alguien le puso el veto para no enfrentarse a los comunistas, a los que apoyaba y en los que se apoyaba.

En 1944, Maurín fue trasladado a la cárcel de Barcelona. Allí encontró a viejos amigos y compañeros del POUM y de otras organizaciones. Próximo ya a celebrarse el consejo de guerra que había de juzgarlo, Daniel Rebull, más conocido por su seudónimo de David Rey, le sugirió que escribiese a Oscar Pérez Solís, a lo cual se negó, y Rebull, por su cuenta, escribió al antiguo comunista diciéndole simplemente que Maurín estaba en la cárcel de Barcelona en espera de comparecer ante un consejo de guerra. Pérez Solís se apresuró a escribir a Maurín. Le expresaba en su carta su alegría por saludarle en vida, pues pensaba que había muerto; le decía que no se trasladaba inmediatamente a Barcelona por estar su madre muy gravemente enferma, aunque de ser absolutamente necesario, emprendería el viaje, y anunciaba que dirigía al Tribunal una carta, que sería su testimonio en el proceso [...].

Se celebró el consejo de guerra contra Maurín. Fue condenado a reclusión perpetua.

En 1946, dos años después, le fueron aplicados, como a tantos españoles que habían sido condenados [entre ellos, por ejemplo, el jefe militar cenetista Cipriano Mera], los beneficios de la libertad condicional. Había pasado en la cárcel más de diez años, que venían a sumarse a los tres que en tiempos de la Dictadura había permanecido en la cárcel de Barcelona y en el castillo de Montjuich, y a otras detenciones de poca duración. Se le prohibió residir en Barcelona; en un plazo de cinco días había de salir de la ciudad. Se trasladó a Madrid y se instaló

en una modesta pensión de la calle de la Montera...

Maurín añoraba profundamente a los suyos, a su esposa y a su hijo, a quien había dejado niño de ocho años y era ya un hombre. Sentía cada vez con más fuerza la necesidad de reunirse con ellos. Si intentaba pasar la frontera clandestinamente y era detenido, volvería a la cárcel. Se preguntó si no sería posible obtener un pasaporte para salir de España. Pérez Solís hizo gestiones cerca de varios ministros, en particular cerca del de Justicia, señor Fernández Cuesta. Empleó un argumento convincente: 'Por mucho que haga y diga, Maurín no podrá hacer ni decir más de lo que ya se ha hecho y dicho contra nosotros.' Y así fue como Maurín pudo salir de España legalmente, provisto de pasaporte.

No fue el único que lo consiguió. Se ha dicho que Cipriano Rivas Cherif salió de España en las mismas condiciones. Y parece ser que también obtuvo pasaporte y pudo salir legalmente de España José Rodríguez Vega, que había sucedido a Largo Caballero en la secretaría general de la UGT y había sido liberado tras prolongada situación en la prisión de Porlier, en Madrid, sin llegar a ser juzgado.

No puede, pues, decirse que Maurín reapareciera vivo en Estados Unidos como por arte de encantamiento. Sobre todo, su paso por la cárcel de Barcelona y su estancia en Madrid no fueron un secreto para nadie. No se benefició de ningún indulto; salió de la cárcel en libertad condicional en 1946, cuando no eran ya muchos los condenados a consecuencia de la guerra civil que quedaban en las prisiones, y tras seis años de encarcelamiento; no puede, por tanto, pensarse que se le dio un trato de favor. No parece, en efecto, que se publicase en la prensa de la zona en que fue detenido la noticia de su captura, pero, ¿era habitual cacear los nombres de las personalidades del otro

bando que eran detenidas en ella? En todo caso, después del final de la guerra civil no se hizo, y si hemos sabido que habían sido detenidos Luis Companys, Juan Peiró, Zugazagoitia y otros y la suerte que corrieron, no fue precisamente por la prensa o por la radio. Si es cierto que tardó mucho tiempo en ser juzgado, no lo fue menos que tardó en recobrar la libertad. Y aquí pudo intervenir un factor (no lo puedo afirmar ni negar, y al menos hasta que salió de España, tampoco Maurín había podido hacerlo): este factor es la intervención de su familia, que hizo todo lo humanamente posible por salvar su vida. Su esposa, que permaneció todo el tiempo en París, y su cuñado, Boris Souvarine, hicieron múltiples gestiones. Este último, una de las personalidades más relevantes del movimiento comunista hasta 1924, dirigente después, decididamente anticomunista más tarde, colaboraba en 1937 en el periódico conservador *Le Figaro*. Sus múltiples relaciones en los círculos políticos e intelectuales le permitieron solicitar la intervención de personalidades francesas que podían hacerse escuchar por el Gobierno del general Franco. ¿Contribuyeron esas gestiones a demorar el consejo de guerra que había de juzgar a Maurín? No lo sé, pero no es imposible. ¿Intervino a favor de él un primo suyo, en 1937 capellán castrense con el grado de teniente coronel y que más tarde, después de la guerra, ocuparía la sede episcopal de Seo de Urgel? Habían convivido bajo el mismo techo durante su infancia; la vida les separó más tarde, cuando uno salió camino del Seminario y el otro hacia la Escuela Normal. El futuro obispo, informado por Juana Maurín de la situación en que se hallaba su primo, fue a Zaragoza y le visitó en la Jefatura de Orden Público, donde se hallaba detenido. No creo que nadie pueda reprochar a la familia de Maurín los esfuerzos que realizó para salvar la vida de éste, gravemente en peligro.

Cualquier madre, cualquier esposa habría hecho otro tanto.

Y lo que los suyos hicieron por salvar su vida, no empaña ni puede empañar la vida de Maurín.

En resumen, Maurín sobrevivió, como sobrevivieron otros, porque no hay hecatombe sin supervivientes; los hubo incluso en las explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki. Es triste, pero parece que algunos no lo han perdonado nunca.»

Jeanne Maurín, por su parte, a preguntas mías, me escribió lo siguiente sobre este período ⁴:

«Cuando Maurín fue identificado, recibí de Barcelona [del Ejecutivo del POUM] telegramas pidiéndome que iniciara gestiones inmediatamente. Gracias a mi hermano, pude movilizar a personalidades que podían ejercer cierta influencia sobre las autoridades franquistas.

Para empezar, me dirigí a Ginebra y pedí la intervención de la Cruz Roja Internacional, e insistí para que su delegación en España [nacional] exigiera ver a Maurín. Pero aún antes de eso, mandé un telegrama al primo Ramón Iglesias Navarri, que era entonces Jefe de Capellanes castrenses. Al recibir el telegrama informándole que Kim había sido identificado y que su vida corría peligro, no vaciló y se puso en camino de Zaragoza, a donde Maurín había sido trasladado cuando lo identificaron. Logró verlo en los calabozos de la policía. Esta visita tuvo ciertamente una considerable influencia sobre la suerte de Kim, que estaba reclamado por el gobernador militar de Galicia y cuya vida pendía de un hilo. Además, la Falange se había enterado de su detención...

Aparte de los contactos establecidos por mi hermano y yo, intervino la Unión Interparla-

⁴ Carta a Víctor Alba, fechada en Nueva York, el 6 de enero de 1974.

mentaria. [Además de la gestión hecha por el presidente de las Cortes españolas], me entrevisté con Carton de Wiart. Conseguimos también que el ministro inglés Butler y varios ministros y parlamentarios franceses se interesaran por Maurín, en tanto que diputado.

Mi argumento era que Maurín, habiendo sido detenido a comienzos de la guerra civil, no podía ser acusado de 'tener las manos manchadas de sangre' como se decía entonces. Se trataba de ganar tiempo. *Jamás ofrecimos ninguna concesión*⁵ ni, desde luego, Kim hizo ninguna. Un día me contó que lo llamaron cierta mañana y lo hicieron comparecer ante un alto funcionario, que le sugirió que depusiera su intransigencia. Kim le contestó: 'Comprendo perfectamente que quieran fusilarme. Deme una hora para escribir a los míos y estaré a su disposición.' Esta actitud impresionó lo bastante a ese alto funcionario para que le prometiera no insistir más.»

* * *

La mayor parte del tiempo que estuvo en Salamanca, según me contó Maurín mismo, lo pasó incomunicado. En otras ocasiones, lo tuvieron aislado largas temporadas, sin dejarle comunicarse con los demás presos. Y otras veces (por ejemplo, en Barcelona, donde pude conversar con él en diversas ocasiones, aunque estábamos en distintas galerías), lo trataron con corrección. Dependía del temperamento y de la que podríamos llamar intensidad ideológica del director de la prisión.

Tuvo ocasión de leer, cuando en la cárcel había biblioteca, y en algunos lugares de escribir (ya indiqué antes que eran relatos sobre presos, despolitizados de momento). La correspondencia con su familia, en París, era muy limitada y, al parecer, la mayor parte de ella no llegó a su destino. Su primo y su hermana María le

⁵ Subrayado por Jeanne Maurín.

mandaban de vez en cuando giros postales, que le permitieron comprarse ropa, entre los mismos presos, cuando el traje que llevaba al detenerle ya estuvo insertible, y también adquirir algunos alimentos. Cuando le permitían hacer vida entre los otros presos —cosa rara—, siempre había alguno que lo conocía de nombre y entonces podía charlar y enterarse de la marcha de la guerra, en la medida en que los presos sabían algo más que los inevitables bulos que mantienen la moral. En suma, pasó la cárcel más o menos como la mayoría; un poco peor que la mayoría, en realidad, porque no tenía familia cerca, era más conocido y, por tanto, más vigilado, y compartía con una minoría la angustia de la incertidumbre. ¿Podría, su primo, seguir parando el golpe? ¿Habría manera de continuar ganando tiempo? Además, Maurín sentía la responsabilidad de su partido, de sus compañeros, y una responsabilidad que no puede cumplirse es siempre un peso agobiante...

Sus compañeros, en Barcelona, trataban también de hacerle ganar tiempo. Lo echaban de menos, pero cuando comenzó la persecución contra el POUM, después de los hechos de mayo de 1937⁶ y de la caída del Gobierno Largo Caballero y su sustitución por el de Negrín, muchos se alegraron de que Maurín no se hallara en la zona republicana, pues estaban seguros de que, de encontrarse en ella, sufriría la misma suerte que Nin y sería también asesinado.

Como ya vimos, la masa de poumistas temía que hubiera sido muerto, aunque quedaba la esperanza, por la falta de información, de que hubiese podido salvarse. El Ejecutivo sabía que había sido así, pero, siguiendo las instrucciones de Jeanne, no dijo nada.

Cuando la primera postal de Maurín a su mujer hizo suponer, por su breve texto, que había sido ejecutado,

⁶ Para más detalles sobre esta situación véase el capítulo 7 de la biografía de Nin.

algunos poumistas, en un gesto de rabia, tomaron represalias violentas contra elementos de derechas en ciertos pueblos. El Ejecutivo se enteró a tiempo para frenarlos antes de que esta reacción se generalizara. Recuerdo que le conté esto a Maurín, en 1950, un día en que pasé por Nueva York y vino al aeropuerto a charlar entre dos aviones. Y recuerdo, porque me impresionó mucho, que se le atragantó la palabra y se quedó un largo rato silencioso. Los poumistas no eran, en general, resentidos que estaban en el movimiento revolucionario para compensar complejos personales; se condujeron después de julio de 1936 con relativa serenidad; para ellos, la sangre era, acaso un mal necesario, pero nunca un placer. Que unos poumistas hubieran cedido a un impulso brutal, al enterarse de que Maurín había sido ejecutado, decía, a la vez, de la fragilidad de la vida humana en momentos de caos y de la fortaleza de los lazos que ligaban a los militantes con Kim, como ellos lo llamaban familiarmente (por la última sílaba de Joaquim, su nombre en catalán). Tal vez pensó, entonces, que acaso esos mismos poumistas eran los que, sin atreverse a decirlo abiertamente pero sin disimularlo tampoco, casi le reprochaban que no lo hubiesen ejecutado de veras, porque con ello hubieran tenido un buen argumento para enfrentarse a las calumnias comunistas.

Que Maurín hacía falta en el Partido, durante la guerra civil, nadie lo dudaba. Muchos amigos de poumistas pertenecientes a otros partidos, lo dijeron más de una vez discutiendo con ellos la situación del POUM: «Si Maurín estuviera aquí, las cosas serían distintas.» Muchos poumistas lo pensaron también. No creyeron que la política del POUM hubiese sido distinta, pero sí la manera de presentarla. Para ellos, Maurín era más flexible que Nin. Y creían que Maurín hubiese llegado a influir más en los socialistas de izquierda y en los cenetistas...

Hubo incluso un fantástico plan para rescatar a Maurín. Un poumista de Bilbao, José María Arenillas, que había sido secretario de la Junta de Defensa de Euzkadi,

y que luego fue asesinado por los comunistas en Asturias, mientras esperaba en Bayona la manera de regresar al norte, se enteró de que la esposa del general Franco iba a menudo de compras a la ciudad francesa y escribió una nota a Nin sugiriéndole que el Partido organizara el secuestro de la señora de Franco, la condujera a Barcelona y pidiera como rescate, a Maurín. Lo que hoy se consideraría como normal, entonces era un proyecto muy audaz. La nota, llevada a mano por un enlace, estaba en la mesa de Nin el día mismo que detuvieron a éste. La policía se la llevó y los comunistas utilizaron algunas frases de la misma fuera de contexto, para hacer creer que los poumistas querían que la señora de Franco «se diera un paseo por Barcelona». La cosa era tan burda que, finalmente, no se empleó esta nota en el proceso contra el POUM.

Pero de nada de esto se enteró Maurín cuando estaba encerrado en Salamanca. No había prensa en las prisiones, aunque, cuando los nacionales ganaban una batalla, se dejaba entrar algún periódico, para que su lectura desmoralizara a los presos y les quitara las pocas esperanzas que tenían. Los compañeros de prisión si lograban hacerse con algún periódico y veían en él alguna información (en general breve) sobre el POUM, procuraban hacerle llegar el recorte a Maurín⁷. Así, cuando

⁷ Manuel Sánchez, de Salamanca, me cuenta algunos datos complementarios. Hallándose detenido en la cárcel de aquella ciudad, pudo ver a Maurín algunas veces. Estaba incomunicado, separado del resto de los presos y en el registro de la prisión no figuraba con su nombre, sino con el de Máximo Uriarte Ortega, de Portugalete. El anagrama es MUOP o POUM al revés. Únicamente podía charlar algunos ratos con Filiberto Villalobos, ex ministro de Chapaprieta, también detenido, que, por ser médico, circulaba por la prisión y que reconoció a Maurín a pesar de no conocerlo antes personalmente. Durante los cinco años que estuvo sometido a este régimen y este nombre (lo cual posiblemente le salvó la vida, pues evitó que fuera de la cárcel se supiera de su presencia en la ciudad y, por tanto, que se ejercieran presiones para liquidarlo), Maurín escribió a escondidas

terminó la guerra, Maurín sabía de modo muy esquemático que el POUM había sido perseguido, que Nin había desaparecido, pero ignoraba las circunstancias exactas. Tenía que poner en juego su imaginación política para reconstruir, sin saber si acertaba, los acontecimientos. Sólo cuando, ya terminada la guerra, lo trasladaron a la Cárcel Modelo de Barcelona, pudo hablar con algunos compañeros encarcelados —David Rey entre ellos, amigo de su juventud, condenado a muerte—, y con cenetistas y republicanos que le fueron informando, fragmentariamente y según su propia manera de ver las cosas⁸. Nunca, en esta época, expresó, que yo sepa, una opinión sobre lo sucedido. No se consideraba bastante informado para poder juzgar.

De lo que tampoco se enteró Maurín, estando en Salamanca, fue de las gestiones que el POUM hizo para

cosas de imaginación y cuentos para niños, sin gran valor, pero que le ayudaron a mantener su equilibrio mental. Un amigo suyo, el novelista Ramón J. Sender, con quien debió conversar de este período en Nueva York, utilizó estos recuerdos para un personaje de su «Crónica del Alba», que lleva el nombre supuesto de Luis Alberto Guinart y cuyo verdadero nombre, en la novela, es Julio Bazán.

⁸ Estando en la cárcel escribía, a escondidas, en papel higiénico y con letra diminuta, «para no enloquecer», como él mismo me dijo. Redactó relatos novelescos y observaciones sobre sus compañeros. Estas últimas, corregidas y «politizadas» (pues en la prisión era demasiado arriesgado que pudieran encontrarle algún comentario político), las publicó mucho después (*En las prisiones de Franco*, Costa-Amic editor, México, 1974). Durante su estancia en el penal de Burgos, donde ya no estaba aislado, escribió un libro sobre la situación del mundo, que quedó en casa de un compañero y que todavía está inédito. Es probablemente uno de los mejores textos políticos de Maurín, y los hechos han confirmado en gran parte sus anticipaciones.

Estando en la Cárcel Modelo de Barcelona, sus compañeros del POUM le informaron de la actividad clandestina de los grupos supervivientes del Partido. Cuando en 1944 se celebró en la calle de Galileo un congreso del POUM en la clandestinidad, Maurín escribió en la cárcel las tesis políticas que el congreso aprobó.

ayudarle. Fueron gestiones, como ya se vio, que comenzaron cuando se supo que estaba vivo y, por tanto, cuando ya el POUM se hallaba perseguido. La noticia de que no había sido ejecutado la publicó *La Batalla* clandestina en octubre de 1937. Ya vimos las gestiones que se hicieron cerca del presidente de las Cortes. Por otro lado, las comisiones internacionales que acudieron a Valencia y Barcelona para defender a los poumistas plantearon también la cuestión de Maurín. En el informe de la comisión McGovern⁹ de noviembre de 1937, se lee:

«Planteé igualmente la cuestión del posible canje de Joaquín Maurín por un prisionero fascista. Maurín no era solamente líder del POUM, sino también miembro del Parlamento español. Estaba en poder de Franco desde agosto de 1936 y actualmente detenido en una prisión militar de Zaragoza. Yo estaba en posesión de una lista de fascistas importantes detenidos, a la sazón, en las prisiones gubernistas, y sugerí que uno de ellos, el señor Lucía, también miembro de las Cortes, podría ser canjeado por Maurín.

El señor Irujo replicó que el Gobierno había discutido poco antes el canje de Maurín y que sólo los comunistas se habían opuesto. Sin embargo, me autorizó a dirigirme al Ministerio de Relaciones Exteriores británico, de parte del Gobierno español, para pedirle que hiciera las gestiones necesarias a tal fin. Y me dijo que él aceptaría en canje de Maurín al fascista que designaran los insurrectos. Me dijo igualmente que podía estar seguro que la palabra que me daba sería mantenida.

Después de mi retorno a Inglaterra, llegó la noticia de que el Gobierno español había en-

⁹ Este informe se reproduce íntegramente en Rudolf Rucker: *Extranjeros en España*. Buenos Aires, 1938, páginas 158 y ss.

tregado a la Cruz Roja Internacional una lista de los prisioneros fascistas que podrían ser canjeados por Maurín, lo que confirma la promesa que nos hiciera Irujo.

Preguntamos también si era verdad que una hermana de Díaz, secretario del Partido Comunista español, había sido canjeada por un fascista. Se nos respondió que los miembros comunistas del Gobierno habían insistido para que fuera canjeada no sólo la hermana de Díaz, sino también su madre. En efecto, ambas mujeres fueron canjeadas por dos grandes jefes fascistas que se encontraban en las prisiones gubernistas.»

Zugazagoitia da una versión distinta ¹⁰: según él, el POUM pidió que se colocara el nombre de Maurín en las listas de canjeables. Dice que «los comunistas, después de hacer unas observaciones, no se opusieron». Jesús Hernández me aclaró ¹¹ que los comunistas no se opusieron en la reunión del consejo en que se planteó esta cuestión, pero que luego sus ministros advirtieron a Negrín que esto era para no crear problemas al Gobierno, pero que no tolerarían que el canje se efectuara en ningún caso. No querían que Maurín regresara (porque tal como estaban las cosas con la desaparición de Nin, no hubiese sido posible eliminarlo sin mucho riesgo político, y porque consideraban que el hecho de que se hallara preso en la zona nacional les daba el argumento, que no dejaron de utilizar, de que «si Maurín no ha sido ejecutado, por algo será».

* * *

Incluso preso y ausente, Maurín molestaba a los comunistas. Era un blanco fácil y no dejaron de tirar contra él. Así, ya el 17 de febrero de 1937, el diario

¹⁰ Zugazagoitia: *Guerra y vicisitudes de los españoles*. París, 1968, vol. I, p. 108.

¹¹ Conversación en México D.F., en junio de 1955.

comunista noruego *Ny Tid* decía que «Maurín se pasea tranquilamente por Burgos», «noticia» que la prensa comunista española reprodujo con fruición. Un periodista que se volvió comunista con la guerra y que, por tanto, deseaba hacer méritos, Manuel D. Benavides, escribió¹² que «sorprendido en Santiago de Compostela, a las veinticuatro horas de haberse rebelado el ejército en Marruecos, pronunció un discurso contra la unidad del Frente Popular. Con este antecedente, debió serle fácil establecer acuerdos con la Falange» y refina su «historia» agregando que «Maurín ha servido de ‘gancho’ durante la guerra en las prisiones de Franco. Ahora pronuncia discursos en los patios de las cárceles y en ellos concilia el POUM con el nacional-sindicalismo. Se puede presumir que, recobrada la República, se presentará como un ‘mártir glorioso’».

Cuando Maurín salió de la cárcel, en 1946, Rafael Vidiella, que había sido, como socialista, su compañero de candidatura en 1933, y que luego, como comunista, se dedicó a deshacer la obra realizada por Nin en la Consejería de Justicia de la Generalidad, escribió, en 1946, en el órgano del PSUC en Francia, *Lluita*, un artículo en el cual afirmaba que dejaban a Maurín en libertad para que pudiera seguir atacando a los comunistas. *Mundo Obrero*, de París, dijo que era «el organizador de las jornadas de mayo» [desde la cárcel de Jaca, sin duda]. *Lluita*, de nuevo, afirmó tranquilamente que Maurín, en julio de 1936, «se encontraba en Galicia de vacaciones» y unos números después que «huyó a Galicia cuando ocurrió el levantamiento militar».

Maurín, como ya se vio, salió en libertad vigilada como cualquier otro preso en su situación. La libertad vigilada debía gozarla en Madrid, lejos de Barcelona, puesto que la policía le asignó como lugar de residencia la capital de España. Pudo estar sólo cinco días en Bar-

¹² Manuel D. Benavides: *Guerra y revolución en Cataluña*. México, 1944, pp. 36 y 418.

celona, durante los cuales vio a pocos amigos, porque temía comprometerlos ¹³. Mi madre lo presentó al editor Josep Janés i Oliver, que le dio inmediatamente trabajo de traducciones (como había hecho conmigo y con otros presos).

Este trabajo le permitió sostenerse en Madrid. Las reglas que le impuso la policía —estar en su pensión a partir de las seis de la tarde, todos los días y no salir de la ciudad—, le daban tiempo de sobra para traducir. Pero como era muy concienzudo, no «producía» mucho y vivía con estrecheces. Le ayudaban su hermana o su mujer, cuando a ésta le era posible enviarle dinero desde Nueva York (donde ella y Mario se habían refugiado con Souvarine, a la caída de Francia y donde trabajaba en la representación en Norteamérica de una empresa barcelonesa de perfumería).

Trataba a poca gente. La mayoría de los compañeros estaban en el exilio. A los que quedaban en la ciudad, los veía disimuladamente.

Un día, lo detuvieron en la pensión donde vivía. Lo acusaban de ser masón (cosa absurda, puesto que Maurín nunca se afilió a la masonería, ni de joven: ideológicamente era incompatible con el teísmo de la misma). Sus amigos comunicaron lo sucedido al juez que había instruido su proceso y el juez informó a la policía que en el sumario no aparecía nada que indicara que Maurín hubiera sido masón. Gracias a esto, lo soltaron.

Pero, ¿qué podía hacer Maurín en Madrid? ¿Política? Imposible, puesto que estaba vigiladísimo. Debía con-

¹³ Posteriormente me he enterado que al día siguiente de salir de la prisión los compañeros que en aquel momento formaban el Comité Ejecutivo del POUM en el interior (clandestino, evidentemente), le enviaron a Juan Roca y que éste lo llevó, con las debidas precauciones, a entrevistarse con ellos. La reunión tuvo lugar una tarde en los jardines de Montjuich. Maurín expuso su visión del momento. El Comité acordó que se abstuviera de reunirse y actuar mientras no pudiera salir de España, para no exponerlo a una nueva detención.

tentarse con traducir de noche e ir, de día, a la Biblioteca Nacional, a tratar de informarse sobre lo sucedido en los años de prisión. No era fácil, pues en aquellos tiempos se publicaba poco sobre la guerra civil, nada objetivo, y poquísimo referente a los acontecimientos de la zona republicana; ni siquiera la prensa de Madrid de 1936 a 1939 se podía consultar en la Hemeroteca. Debía limitarse, de nuevo, a lo que le contaban....

El patrón de Jeanne, durante una visita de negocios a Nueva York, habló con ella de la situación de Maurín y le sugirió que le escribiera aconsejándole hacer una petición de pasaporte, con el fin de reunirse con ella, a la que no había visto desde hacía once años. Jeanne cuenta así las gestiones que esta carta suya provocó ¹⁴.

«Mi patrón pensaba que esta demanda, con un pretexto de orden familiar, podía tener buen resultado. Había la posibilidad de que le dieran el pasaporte, puesto que, dándoselo, el Gobierno se desharía de su presencia.

Mi patrón, viendo que yo no estaba convencida de que Kim aceptaría intentar esta gestión, me sugirió que le telegraficara indicándole que fuera a verlo en el hotel Palace, donde vivía.

Como no se conocían, un 'groom' los puso en contacto. Mi patrón, bajo y regordete, y Kim, alto y flaco, debieron atraer la atención de la gente del vestíbulo del hotel, cuando se estrecharon la mano y se abrazaron muy emocionados, con lágrimas en los ojos. Mi patrón era la primera persona que podía hablarle directamente de su mujer y su hijo, puesto que los había visto unos días antes.

Mi patrón, después de contarle cómo nos encontrábamos, de hablarle de Mario y Jeanne, le explicó nuestra conversación sobre el pasaporte. Kim se mostró dispuesto a salir de España, por su propia cuenta, pasando la frontera. Pero mi

¹⁴ Carta a Víctor Alba, fechada en Nueva York, el 6 de febrero de 1974.

patrón le explicó lo que yo, previendo la respuesta de Kim, le había advertido: que no podría venir a Nueva York, porque sin un pasaporte en regla nunca le darían un visado norteamericano. Insistió para que Kim pidiera el pasaporte por la vía reglamentaria y se ofreció a hacer algunas gestiones, si fuese necesario, pues si bien no era hombre político, tenía amigos en ambos bandos.

Kim, después de pensarlo, accedió. Hizo la demanda. Parece que se discutió su caso en consejo de ministros. Y se decidió darle el pasaporte, sin duda considerando que sería buena propaganda en el extranjero mostrar que Maurín no sólo no había sido ejecutado, sino que incluso se le permitía salir del país ¹⁵.

Cuando fue a recoger su pasaporte, le dijeron que el ministro Fernández Cuesta deseaba hablarle. Evidentemente, no podía negarse. Acudió, pues, a su despacho. El ministro, muy cortés y después de unas frases banales, le preguntó de repente: '¿Qué piensa usted del régimen?' El momento era delicado. Maurín, pesando sus palabras, le contestó que le parecía que el régimen debería evolucionar, so pena de hundirse. Fernández Cuesta le respondió: 'Esto es lo que creo' y se separaron ¹⁶.

¹⁵ Es posible que Pérez Solís, que como explica Portela en su artículo citado, hiciera gestiones por Maurín durante su proceso, las hiciera también para que le dieran el pasaporte o que algún ministro le consultara sobre la demanda. Esto explicaría la versión que da Portela.

¹⁶ Esta visita a Fernández Cuesta, Maurín debió contarla en Nueva York a Miravittles y éste, recordando mal el relato, atribuyó a la visita que le dieran el pasaporte, cuando en realidad tuvo lugar después de haberlo recibido. Véase, para la versión de éste, Jaime Miravittles: «En la muerte de Joaquín Maurín», en *Tele-expres*, Barcelona, 23 de noviembre de 1973.

Jaime Miravittles me afirma que Maurín le contó, en Nueva York, que estando todavía en Madrid y deseando reunirse con su familia, telefoneó varias veces a Raimundo Fernández Cuesta —ministro de Justicia, del cual, como

Desde Madrid, Kim marchó a Barcelona, donde la empresa de mi patrón le adelantó dinero. Tomó el avión para Ginebra y de allí fue a París. Hacía exactamente once años y dos meses que nos habíamos separado. Había visto a Mario, por última vez, a la edad de siete años y medio y lo volvió a ver a los dieciocho ¹⁷.

Kim me habló más de una vez de esos días de espera, en Madrid. Sé, pues, exactamente, que así fueron las cosas.»

preso en libertad vigilada, dependía, sin lograr pasar de su secretaria, a la cual dejaba el recado de que le había llamado Maurín. Sin resultado. Finalmente, para quitarse del teléfono a aquel pelmazo, la secretaria pasó el recado al ministro, y éste tomó el teléfono y citó a Maurín en su despacho.

¹⁷ Maurín sentía una profunda nostalgia por su familia. Le preocupaba, sobre todo, la formación de su hijo. Recuerdo que en la Modelo nos hablaba a menudo de Mario. Y cuando supo que yo iba a salir y que me proponía pasar a Francia, me dio la dirección de Jeanne en Nueva York y me pidió que, puesto que su hijo iba de vacaciones a París, tratara de verlo y le escribiera mis impresiones. Lo hice así, en el verano de 1946.

EL EXILIADO

Maurín tenía veinticinco años cuando fue a Rusia por primera vez. Fundó el Bloque Obrero y Campesino a los treinta y cinco, el POUM a los treinta y nueve. Cuando entró en la cárcel, en Jaca, contaba cuarenta años. Cuando salió de ella, cincuenta. Y, cuando partió de España, llegaba a los cincuenta y uno. Murió a los setenta y siete años.

Una tercera parte de su vida —veintiséis años exactamente— los pasó al margen de lo que era su vocación: la política activa. Casi una quinta parte la había pasado en la prisión, en diversas etapas.

Pudo dedicar, pues, a la política activa, un poco más de la mitad de su vida adulta.

¿Por qué los veintiséis últimos años no los consagró a la política? La respuesta es evidente: por qué había dejado de vivir activamente una experiencia que era fundamental para cualquier dirigente obrero español, o sea, la guerra civil.

Los sueños, las aspiraciones, las perspectivas que ha-

bían animado toda la vida política de Maurín se realizaron, bien o mal, justamente cuando Maurín no pudo participar en esta realización. Su ausencia le privó de algo esencial: la vivencia, como dicen los psicólogos, la perspectiva para juzgar esos acontecimientos por los cuales luchó durante decenios y que tuvieron lugar sin que él pudiera ser protagonista.

De otro lado, a medida que se iba informando sobre la guerra civil, se perfilaba su desacuerdo con lo que el POUM había hecho durante ella. Pero, habiendo estado ausente y por culpa de un error suyo de apreciación, no quería formular críticas a las posiciones adoptadas por el POUM. Menos todavía teniendo en cuenta la campaña de calumnias y asesinatos que, por parte de los comunistas, habían acogido a esas posiciones.

Esto determinó que, en cuanto llegó a París, decidiera no celebrar reuniones políticas. Charló con algunos viejos amigos y nada más. Muchos poumistas —especialmente los que entonces estaban reorganizando el Partido en el exilio, después de la participación de muchos de sus militantes en la resistencia francesa, de la estancia y muerte de otros en los campos de concentración alemanes y del asesinato de algunos por los comunistas, en la propia resistencia— le reprocharon este alejamiento.

Contribuyó a él el hecho de que el POUM se había dividido —como casi todas las organizaciones españolas en el exilio. Había los que querían mantener el POUM como partido independiente, con *La Batalla* como órgano, y los que habían formado el Moviment Socialista de Catalunya, que agrupaba a antiguos poumistas y a aquellos psuquistas que, apenas traspuesta la frontera, se habían separado de un Partido al que fueron a dar por el juego de la unificación y en el cual se habían encontrado incómodos durante la guerra civil. Maurín no quería tomar partido, aunque en el fondo le parecían más apropiadas las posiciones del Moviment que las de *La Batalla*. Nunca lo dijo públicamente, pero quienes

hablamos con él de política se lo oímos más de una vez. (Téngase en cuenta que estoy hablando de 1947 y no de hoy, cuando ambos movimientos han evolucionado considerablemente y se han ido vaciando por la muerte de muchos de los que los componían cuando Maurín salió de España.) Por otro lado, él venía de España, había vivido la situación del país y la visión que tenía de él no coincidía en absoluto con la que tenían los exiliados, que encontraba muy alejada de la realidad. No compar-tía los puntos de vista sobre la evolución de la situación española que predominaban entre los refugiados ni sus sueños de cómo cambiarla o hacerla evolucionar. Los hechos han demostrado que su interpretación era mucho más realista¹.

Consiguió un visado de turista para los Estados Unidos, apoyándose en el hecho de que su esposa y su hijo eran residentes de ese país, y se instaló con ellos en Nueva York, donde Jeanne tenía su trabajo.

* * *

Comenzó para él un período difícil. Estableció contactos con algunos dirigentes obreros norteamericanos a los que conocía de nombre por haber sido comunistas

¹ Pedro Bonet, compañero de Maurín desde los años de Lérida, dice sobre esto, en un artículo necrológico: «En la muerte de Joaquín Maurín» (*La Batalla*, París, enero de 1974). «Surgieron divergencias entre Kim y nosotros [es decir, los poumistas que continuaban el POUM en el exilio y que publican *La Batalla*]. Tenía una óptica diferente a la nuestra en el enfoque de los problemas, sobre todo a nivel internacional. El stalinismo, al estrangular toda base democrática en la edificación del socialismo, produjo en Maurín una brutal frustración en las ilusiones y esperanzas que había puesto en la revolución rusa. La trágica superchería de los procesos de Moscú y el asesinato de Andrés Nin en el curso de la represión de la GPU contra el POUM, todo ello indujo a nuestro compañero a establecer una nueva tabla de valores con vistas a reorientar el combate por el socialismo y la libertad.»

disidentes. Asistió a la tertulia que un grupo de profesores españoles formaban regularmente: Angel del Río, Francisco Ayala, a veces Federico de Onís..., más tarde un poumista gallego, Enrique F. Granell. Iba a menudo a la enorme biblioteca municipal de la Quinta Avenida, donde releó todos sus libros y leyó mucho sobre la guerra civil, en libros, periódicos, revistas.

Una caída que le rompió una vértebra lo tuvo inmobilizado bastante tiempo. Se exasperaba porque no encontraba trabajo. Finalmente, decidió emprender algo por su cuenta: una agencia de prensa, de *features* como se dice en la jerga periodística norteamericana. Su vocación de maestro, de periodista político y de político educador se conjugaron en esta tarea. Pensaba que si lograba distribuir a los diarios de América latina —y algún día a los de España—, los artículos de algunos escritores latinoamericanos y españoles cuyos puntos de vista, aunque distintos, coincidían en lo fundamental, podría hacerse una buena labor de aclarar ideas.

Germán Arciniegas fue el primero que contestó a su circular exponiendo la idea, y desde entonces, Arciniegas escribió un artículo semanal para ALA (American Literary Agency), que fue el nombre adoptado por esa agencia unipersonal. Se unieron a este nombre bien conocido —que abrió a ALA las puertas de muchos periódicos— los de Alfonso Reyes, Antonio Uslar Petri, Miguel Angel Asturias, José Vasconcelos (por un tiempo, y a petición suya, el de Pablo Neruda), entre los norteamericanos, el de Waldo Frank, y los de Luis Araquistáin, Ramón Sender, Salvador de Madariaga, Ramón Gómez de la Serna, entre los españoles. Maurín, con los seudónimos de J. K. Mayo, escribía un par de «columnas» semanales. Sender vio una carta de Gómez de la Serna a Maurín en la cual le decía: «Gracias a ALA no me he muerto de hambre en Buenos Aires.»

El hacía todo el trabajo: reunía los originales, mantenía correspondencia con los autores y con los periódicos,

llevaba la contabilidad, hacía los clisés, manejaba la multicopista, llenaba los sobres y los llevaba al correo.

Poco a poco, la agencia se acreditó. Al cabo de unos tres años empezó a dar para vivir. Entonces, la familia se trasladó a un apartamento de Riverside Drive, sobre el río Hudson, en el corazón de Manhattan. Ya no se movió de allí. Una secretaria iba, ahora, unas horas al día para hacer los clisés y manejar la multicopista. Jeanne continúa hoy esta agencia, que modernizó las páginas editoriales de la prensa latinoamericana y que a partir de 1965 encontró también cierta acogida en algunos periódicos españoles. Maurín no aparecía nunca con su nombre, ni en artículos ni en cartas.

Pero, entretanto, Maurín tuvo que resolver el problema de los papeles. Estaba en los Estados Unidos como turista. Cuando se le acabó el tiempo de permanencia, pidió la residencia. El servicio de inmigración se la negó. El senador McCarthy, con su «caza de brujas», tenía atemorizados a los burócratas y éstos no se atrevían a dar permiso para estar en los Estados Unidos a un revolucionario español, que había sido comunista y que, naturalmente, no disimulaba su pasado².

² En la investigación del FBI que siguió a su demanda de que se le concediera la residencia, los agentes descubrieron que Maurín había estado en Moscú y había sido del Partido comunista español. Los datos los encontraron en el libro de Gerald Brenan *The Spanish Labyrinth*, lo que prueba, por lo menos, afición a la lectura de algunos agentes. Para puntualizar las cosas, Miravittles, que entonces era delegado en los Estados Unidos del Gobierno Republicano Español en el exilio, escribió a Brenan y éste mandó una carta que fue transmitida a la FBI, en la cual explicaba que Maurín fue a Moscú como sindicalista y que se había separado muy pronto de la Tercera Internacional, cosa que en su libro no puntualizaba. El motivo jurídico para querer expulsarlo era que teniendo Maurín un pasaporte español, no podía alegar que fuese refugiado político. A los agentes de inmigración norteamericanos no les cabía en la cabeza que se pudiera ser, a la vez, enemigo de un régimen, temer el regreso al territorio del mismo y, al propio tiempo, haber recibido un pasaporte de él. Y lo relativamente anómalo del

Maurín hacía para su agencia algunas entrevistas a personajes que visitaban Nueva York. Uno de sus entrevistados fue José Figueras, un ingeniero hijo de catalanes, que acababa de dirigir una pequeña revolución política en Costa Rica. Durante otra visita a Nueva York, en su charla con Maurín salió a relucir el problema de los papeles. Figueras, a su regreso a San José, donde era presidente de la República, le mandó una credencial de agregado de prensa de la delegación costarricense ante la ONU. Era un nombramiento para permitirle permanecer en los Estados Unidos, como diplomático. Pero Maurín dedicó muchas horas a relacionar con los periodistas a los miembros de la delegación de Costa Rica.

Los burócratas del servicio de inmigración se enojaron. Aquello era jugarles una mala pasada. Habían dado orden de expulsión contra Joaquín Maurín, turista, y ahora se encontraban con un Joaquín Maurín diplomático, al que debían aceptar. El gesto de Figueras le permitió ganar tiempo. McCarthy cayó de su pedestal de demagogia y los burócratas tuvieron menos miedo. Maurín, entonces, recurrió a un juez, expuso su situación familiar y política y el juez decretó que debía dársele la residencia. Se terminaron, así, sus quebraderos de cabeza administrativos.

* * *

Por esa época murió Jesús González Malo, un sindicalista montañés que se encargaba del semanario *España Libre*, que desde la época de la guerra civil informaba en castellano e inglés de los problemas españoles. Maurín dedicó muchas horas semanales a este periódico (que ahora es trimestral, porque la mayoría de sus redactores y lectores se han ido muriendo). El periodista político reapareció, aunque sólo en editoriales sin firmar y en

caso —anómalo para quien no es español y no ha vivido aquella época— dio pretexto a los comunistas para seguir calumniando a Maurín.

algunos fragmentos de las memorias (reproducidos en este libro) que hacia 1960 comenzó a escribir en ratos libres, sin prisas.

Angel del Río murió, Federico de Onís y Ayala se marcharon de Nueva York. Entre sus colaboradores, la muerte abría también claros: Reyes, Vasconcelos, Arquistáin... Maurín se iba quedando solo en Nueva York. Granell era su amigo más constante.

De vez en cuando debía sentir la nostalgia de sus viejos compañeros. Se carteaba regularmente con algunos (estas cartas, algún día, tendrán interés político indudable). Hizo un viaje a México, donde había un grupo de poumistas refugiados y, también, otro viaje a París, a ver a amigos. Su hijo se casó y al cabo de unos años tuvo una niña. En 1966, una editorial española de París le pidió permiso para publicar su libro *Hacia la segunda Revolución*, que el editor consideraba todavía actual. Maurín le puso un prólogo, un epílogo y un apéndice, y yo diría que se sintió feliz al comprobar que el libro se leía y que lo que había escrito treinta años antes todavía interesaba.

Los poumistas que vivían en América latina, cuando iban a Europa de vacaciones, pasaban por Nueva York. Maurín les dedicaba, cada vez, un día entero, los llevaba a visitar la ciudad y museos, a comer. Hablaban de política actual, pero casi nunca de la guerra civil. Maurín no quería juzgar —públicamente, por lo menos— al POUM del período de la Revolución.

* * *

Daba a la amistad tanto valor, que, según él mismo me dijo una vez, prefirió no quedarse en París, porque allí «habría perdido a mis mejores amigos, en cuanto hubiera empezado a hablar de política».

¿Cuál era, pues, el juicio de Maurín sobre la guerra civil?

Públicamente, lo expresó muy condensado, con las siguientes frases³:

«La sublevación militar del 17-20 de julio 1936 respondía, fundamentalmente, a los deseos e intereses de la gran propiedad. Los sublevados se hicieron fuertes en la zona de la gran propiedad: Castilla la Vieja, Aragón, Extremadura y Andalucía.

Los campesinos que en 1931-1933 esperaban el reparto de la tierra, en 1936-1939 fueron asesinados o, aterrorizados, combatieron en defensa de la gran propiedad.

En 1962, según cifras oficiales del Censo Agrario, los latifundios, explotaciones agrarias superiores a 100 hectáreas, suman 51.579, con una superficie total de 2.434.041 hectáreas, lo que representa el 55,4 por 100 del total de la tierra cultivada. Es decir, en la segunda mitad del siglo xx, la distribución general de la tierra, la Iglesia exceptuada, es la misma que a comienzos del siglo xix.

Para mantener ese *statu quo* se llevó a cabo la sublevación militar de julio de 1936. Y el régimen militar-falangista ha hecho honor a su objetivo. La gran propiedad ha sido y está bien defendida.

En los meses que siguieron a la proclamación de la República, el ejército estaba desmoralizado, y hubiese sido fácil desmontarlo de arriba abajo, reduciéndolo a proporciones mínimas y, sobre todo, efectuar una labor selectiva de los mandos.

A la República se le planteaba la cuestión militar de una manera parecida a como se planteó a comienzos del siglo a la oligarquía terrateniente: rebajar el ejército, poniéndolo al servicio de la nación, o poner la nación al servicio del ejército. La oligarquía agraria optó por lo segundo, y fue abatida en 1923. Sin embargo,

³ *Epílogo*, pp. 234 y ss.

caído el sistema político de los terratenientes, lo que era su base, la injusta repartición de la tierra, no experimentó quebranto alguno.

En la República, el proceso fue parecido, aunque más rápido.

El vivero del ejército, desde 1906, había sido Marruecos. A la República no se le ocurrió que había que liquidar ese pegote, creado para justificar la existencia de un ejército parasitario. La reforma administrativa de Azaña carecía de fondo si el ejército seguía disponiendo de un centro de operaciones al otro lado del Estrecho de Gibraltar.

La sublevación militar que acabó con la República se inició en Marruecos el 17 de julio, y los marroquíes fueron durante la guerra civil las fuerzas de choque del ejército antirrepublicano.

El 10 de agosto de 1932, como un toque de clarín anunciador, el general Sanjurjo, al *servicio* de la República, que Azaña había dejado en activo —colaboró con Primo de Rivera al golpe de Estado de 1923— se sublevó, pero fracasó. Sanjurjo era un general impaciente. La situación no estaba madura todavía. Beatíficamente, el Gobierno se abstuvo de fusilarlo, y los militares reaccionarios que permanecían en activo protegidos por la reforma de Azaña constataron que se podía conspirar impunemente.

La impaciencia del general Sanjurjo dio a la República en bandeja de plata una oportunidad única para imprimir un impulso formidable a la Revolución democrática.

Era el momento de disolver las Cortes Constituyentes e ir a las elecciones con un programa radical constructivo. Los sectores reaccionarios estaban amedrentados, mucho más que al proclamarse la República, y hubiesen sido completamente barridos.

Había llegado la hora de que los socialistas tomasen el poder, jubilandos a la pequeña burguesía charlatana e incapaz. El Partido Socialista

perdió una oportunidad única. Todo el futuro de España pasó por delante de él, y no supo aprovecharlo. Ha pagado cara su incapacidad revolucionaria.

Después de la proclamación de la República, la dirección de la Confederación Nacional del Trabajo, con un dominio del 50 por 100, si no más, del movimiento obrero organizado, fue asaltada por la Federación Anarquista Ibérica (FAI). El sector sindicalista responsable, llamado el grupo de los Treinta (los 'treintistas'), quedó anulado. La CNT pasó a manos de un grupo de anarquistas de origen pistolero, unos, formados *ideológicamente* por la lectura de la *Revista Blanca*, de Federico Urales, otros. Bajo la dirección de los anarquistas, la Confederación Nacional del Trabajo adoptó una actitud de oposición a la República, sobre todo cuando en el Gobierno había representación socialista. La actitud antisocialista de la CNT, naturalmente, favorecía a las fuerzas reaccionarias. Durante algún tiempo, el diario que en Madrid defendía las posiciones cenetistas, *La Tierra* estuvo subvencionado por Juan March. La CNT llevó a cabo varios 'putsch' descabellados cuando el Gobierno era republicano-socialista. En la fase reaccionaria de Lerroux-Gil Robles, los anarquistas se abstenían de organizar 'putsch'.»

Pero la responsabilidad no correspondía únicamente a los anarquistas. Los republicanos, con su carencia de política internacional, tuvieron también su parte de ella:

«La República careció de política internacional. O, lo que es más grave aún: siguió la política internacional que inauguró Primo de Rivera, basada en la *independencia* de Inglaterra y en la *petrolización* rusa.

En enero de 1933, Hitler asaltó el poder en Alemania. Las perspectivas generales de la política mundial cambiaron por completo en bre-

ves instantes. A partir de Hitler Canciller, Europa estaba en equilibrio inestable. Acababa de iniciarse un proceso de transformaciones radicales. Las derechas españolas lo comprendieron en seguida y cifraron sus esperanzas en el hitlerismo. Las izquierdas, en cambio, no comprendieron nada.

Dada la gravedad de la situación creada, la República debió haber superado su aislacionismo de origen primorriverista, y buscar una entente con Francia e Inglaterra. Francia envió incluso a Herriot a Madrid como emisario para sondear a los dirigentes de la República. Pero los dirigentes de la República —todavía Azaña presidía el Gobierno republicano-socialista— muy españolistas, muy independientes y muy torpes, se negaron a estudiar la conveniencia de un eventual acuerdo defensivo con Francia. Por lo demás —para *satisfacción* de Inglaterra—, los barcos seguían cargando petróleo ruso en los puertos del mar Negro y desembarcándolo en los puertos españoles. Prieto, como ministro de Hacienda, ratificó lo que había hecho Calvo Sotelo en 1927.

En 1936, España fue invadida por el nazifascismo, por Alemania e Italia.

La España republicana se apresuró a pedir la ayuda a Francia, en primer lugar, y a Inglaterra, en segundo. Francia estaba estrechamente ligada a Inglaterra, y le era difícil actuar independientemente. Inglaterra no sentía la menor simpatía por la República española, que había seguido con relación a ella la política de Primo de Rivera. Así, la ayuda de Francia fue parcial, casi clandestina, e Inglaterra, directa e indirectamente, ayudó a la caída de la República.

La República pagó cara su *independencia*.

El 17-20 de julio de 1936, los militares insurrectos, al no conseguir triunfar en Madrid y Barcelona, habían fracasado en sus planes de golpe de Estado. No les quedaba como

tabla de salvación posible más que la guerra civil.

España quedó dividida en dos zonas: la industrial de la periferia, más Madrid, y la agraria.

A fines de julio, tal como había quedado el mapa de la Península, la España republicana aventajaba a la España de la gran propiedad.

La España republicana tenía la capital de la nación, los principales centros industriales, el oro del Banco de España y la mayoría de la población. Además, tenía razón y contaba con la simpatía mundial. Con ese capital pudo haber ganado la guerra civil.

Pero cometió en los comienzos un error capital que determinó su fracaso final: el haber aceptado la intromisión comunista.

El Partido Comunista no era absolutamente nada en julio de 1936. Su representación parlamentaria, 16 diputados en un Congreso de 452, era un regalo que equivocadamente le había hecho el Frente Popular. No siendo una fuerza, no había que darle la categoría de fuerza.»

¿Qué representaban los comunistas, en 1936? ⁴:

«Vamos a suponer que las cifras oficiales que da el Partido Comunista en su *Historia* son aproximadamente ciertas: en febrero de 1936, 30.000 afiliados, para pasar a 100.000 en julio.

¿De dónde salía esa avalancha de comunistas neófitos? ¿Del Partido Socialista? No. El Partido Socialista debió aumentar en afiliados. ¿De la Confederación Nacional del Trabajo? No. La CNT progresó en adherentes. ¿Del BOC? Tampoco. El BOC creció considerablemente en militantes. ¿De dónde procedía, pues, esa avalancha que, según cifras oficiales, tri-

⁴ *Apéndice*, pp. 286 y ss.

plicó los efectivos del Partido Comunista en cinco meses?

En épocas revolucionarias hay siempre una masa políticamente retrasada fluctuante que busca encuadrarse para protegerse, y lo hace atolondradamente orientándose las más de las veces hacia el grupo u organización aparentemente más radical y de mayor fluidez. Esa masa fluctuante e incierta, en los primeros meses de la República, fue la base del Partido Radical Socialista. El Partido Radical Socialista en las Cortes Constituyentes tuvo 56 diputados. En las Cortes elegidas en noviembre de 1933, tres diputados. La masa políticamente fluctuante se había evaporado, o lo que es peor: votó a las derechas.

El Partido Comunista en 1936 era, de hecho, un Partido Radical Socialista; populachero, demagógico y comunista sólo de nombre. La misma masa políticamente inmadura que en 1931 fue radical socialista, en 1936, se hizo comunista. De los *jabalíes* de las Cortes Constituyentes a los Comunistas de 1936 no había diferencia: el peso específico era idéntico.

Aceptemos que el Partido Comunista, el 18 de julio de 1936, tuviera en sus filas 100.000 adherentes. (El POUM contaba con unos 10.000). Esos 100.000 comunistas al lado de los socialistas agrupados en el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores (alrededor de 2.000.000), y de los anarcosindicalistas de la CNT (alrededor de 2.000.000), representaban poca cosa: exactamente el 2,5 por 100 de la población obrera.

La importancia de una organización o partido obrero hay que medirla: 1) por su misión; 2) por su historia; 3) por sus éxitos; 4) por su fuerza sindical; 5) por su proyección intelectual; 6) por la proporción de su fuerza numérica; 7) por su representación parlamentaria; 8) por sus líderes.

Veamos qué es lo que correspondía al Partido Comunista a mediados de julio de 1936: 1) Misión: convertir a España en una dependencia rusa; 2) Historia: lamentable, negativa; 3) Exito: ninguno, exceptuando el Frente Popular, puramente electoral; 4) Fuerza sindical: nula. La Confederación General del Trabajo Unitaria fue un completo fracaso y para camuflar el entierro, el Partido dijo que la *fusionaba* con la UGT; 5) Proyección intelectual: nula; 6) Fuerza obrera proporcional: 2,5 por 100; 7) Representación parlamentaria: 16 diputados en una Cámara de 452. O sea, 3,5 por 100. Con un sistema electoral basado en la representación proporcional, cuanto más le hubiese correspondido un diputado; 8) Líderes: Humbert Droz (suizo), Codovila (argentino), Rabaté (francés), Stepanov (búlgaro)... Después, nada. Y un poco más allá, José Díaz, Dolores Ibárruri y otros.

El Partido Comunista, a mediados de julio de 1936, era un supuesto político que no merecía ser tomado en consideración.

‘El Partido Comunista de España no tenía ninguna importancia. En las Cortes Constituyentes, en las que había socialistas, republicanos y monárquicos, regionalistas, sacerdotes y militares, no tenía ni un solo diputado, ya que el señor Balbontín, diputado por Sevilla, elegido como social revolucionario, se declaró comunista después de estar en las Cortes. En la siguiente legislatura la minoría comunista estaba formada por un solo diputado, el doctor Bolívar. En las últimas Cortes, de 1936, resultó elegida, merced a la coalición de Frente Popular una pequeña minoría. Además, en el Gobierno, todos eran anticomunistas. ¿Dónde estaba el bolchevismo?’ (F. Largo Caballero, *op. cit.*, p. 169.)

El Partido Comunista de España se aproximaba a una ficción el 17 de julio de 1936. Y la mejor prueba de que era así, Sevilla, que era la

fortaleza comunista por excelencia —Sevilla la *roja*, decían los comunistas— fue tomada por el general Queipo del Llano sin grandes dificultades. ¿Dónde estaban, qué hicieron las aguerridas huestes comunistas de Sevilla la *roja*, el 18-19 de julio de 1936? Los socialistas salvaron Madrid y Bilbao; los anarcosindicalistas y el POUM, Barcelona; socialistas y sindicalistas juntos, salvaron Valencia. La quinta ciudad importante, después de Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao, es Sevilla, que perdieron los comunistas.

Sin la sublevación militar, que por diversas razones determinó la ayuda militar rusa a la España Republicana, el Partido Comunista hubiese sido siempre una creación artificial en el seno del movimiento obrero español, sin la menor perspectiva. Tenía enfrente, muy arraigados y con gran prestigio, el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores, la Confederación Nacional del Trabajo y el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), tres trincheras que no hubiese podido franquear jamás.»

Pero estas trincheras estaban separadas. Por esto, los socialistas, que hubieran debido ser el eje de la política española, según Maurín, no lo fueron ⁵.

«El Partido Socialista, desde Largo Caballero a Prieto, desmoralizado por los errores cometidos anteriormente y porque la CNT le iba pisando los talones, se encontraba en una fase de debilidad expectante con relación a los comunistas. La entrada de dos ministros comunistas en el Gobierno presidido por Largo Caballero, septiembre de 1936, cerró totalmente la puerta a la posibilidad de un entendimiento con Inglaterra y Estados Unidos.

Luego, como colofón, unas semanas después,

Epílogo, p. 240.

vino el *non plus ultra*: el traslado del oro del Banco de España a Rusia. Esa torpeza colosal, en la que cooperaron Azaña, Largo Caballero, Negrín, Prieto y Alvarez del Vayo, significaba entregarse atados de pies y manos a Stalin.

Por lo demás, Stalin nunca se propuso ayudar a ganar la guerra civil española. Sabía que aún ganándola, España quedaba geográficamente muy lejos de Rusia, y no le interesaba una eventual España soviética, que, a la postre —como se ha visto en los casos de Yugoslavia y China— se enfrentaría con Rusia.

Lo que Stalin quería era ganar tiempo para ir preparando, mientras tanto, el entendimiento con Hitler.»

Lo consiguió gracias a la alianza de los socialistas de derechas con los comunistas y los republicanos⁶:

«La subversión determinada por la guerra civil, cambió por completo el ritmo de los acontecimientos.

La caída de Largo Caballero y su sustitución por Negrín, a fines de mayo de 1937, crisis política provocada por los comunistas, y el horrible asesinato, por la GPU staliniana, unos días después, de Andrés Nin, secretario político del POUM, pusieron de manifiesto que el Partido Comunista o, lo que era lo mismo, los agentes de Moscú, Togliatti y compañía, se habían adueñado del poder en la España republicana.

En el momento en que la disyuntiva quedó planteada —a partir de junio de 1937— entre el Partido Comunista, al servicio de Moscú, o los militares, reaccionarios, pero españoles, el desenlace de la guerra civil estaba ya predeterminado.»

⁶ Apéndice, p. 289.

Por esto, termina diciendo este análisis esquemático, «todo lo demás, desde hace veintisiete años, para España y los españoles, ha sido sangre, sudor, lágrimas. Y remordimiento»⁷.

* * *

¿Cómo veía Maurín al POUM, a su POUM, dentro del contexto de la guerra civil interpretada según acaba de leerse?

No discutió nunca en público este tema y habló de él sólo con amigos muy cercanos. En 1970 le dije que me proponía escribir una historia del POUM, puesto que ninguno de sus dirigentes lo había hecho en los años transcurridos desde la terminación de la guerra civil, y una biografía de Nin. Me aconsejó que primero preparara la biografía de Nin, porque consideraba que debía rendírsele este homenaje y le extrañaba que ninguno de sus amigos más íntimos lo hubiera hecho ya. Le pedí un prólogo y me contestó⁸: «Si lo deseas, haré un prólogo, pero... no podría referirme [en él] a la política seguida por la dirección del POUM durante la guerra civil, porque la considero fundamentalmente equivocada. (En noviembre de 1961, hablamos de esto con Rovira, Arquer y Coll —en casa de Arquer. Rovira estaba de acuerdo conmigo; Arquer estaba perplejo.) Si deseas un prólogo en el que yo pueda decir lo que pienso a este propósito, creo que sería más apropiado para tu libro sobre el POUM. Tú verás».

Creo que puede afirmarse (él mismo me lo dijo) que

⁷ *Epílogo*, p. 240. Este análisis lleva la fecha de diciembre de 1965, cuando ya Maurín había tenido tiempo de absorber gran parte de la literatura y documentación sobre la guerra civil y de hablar con mucha gente que la vivió.

⁸ Carta fechada en Nueva York, el 4 de diciembre de 1971. Esta biografía de Nin la escribí en 1971-72, en catalán. Maurín revisó el manuscrito, corrigió algunos errores de hecho, pero se abstuvo de hacer ninguna sugestión en cuanto a mi interpretación política y mi visión de Nin.

la crítica de Maurín a la actuación del POUM durante la guerra civil coincidía en líneas generales con la que formuló Willy Brandt y que figura en sus memorias (*op. cit.* pág. 202), cuando cita en ellas un informe, destinado a su propia organización, que escribió el 31 de marzo de 1937 sobre la situación en España. Dice en él: «Voy a hacer también algunas observaciones críticas sobre la política nacional de nuestro partido hermano:

a) El POUM se mantiene rígido en su definición de la guerra como una guerra exclusivamente de clases. No tiene ningún punto de vista razonable sobre los elementos nacionales y 'no proletarios' de la guerra.

b) El Partido es poco concreto al plantear sus tareas políticas. Su consigna estratégica fundamental de que la guerra y la revolución están indisolublemente ligadas es justa, pero lo que partiendo de ella se hace en la práctica es en parte francamente espantoso.

c) Su enfoque del problema del Frente Popular es falso. Su participación en el gobierno de la Generalidad lo justifica diciendo que no es un gobierno de F. P., sino un gobierno socialista.

d) No se hace absolutamente ninguna política de frente unido.

A todo ello se añade que se hace una política:

e) Limitada exclusivamente a Cataluña.

f) Viene a añadirse la concepción internacional trotskysta. Debo decir que el Partido da la impresión de carecer de dirección».

¿A qué atribuir lo que Maurín consideraba erróneo en la dirección del POUM? ¿A la presencia de Nin en el ejecutivo? ¿Al hecho de que Nin no había comprendido lo que significaba la consigna de revolución democrático-socialista, como ya se indicó? Maurín, que no podía saber por experiencia directa cuál era el estado de ánimo de los poumistas en los días de julio, tendía a creer que los bloquistas hubiesen seguido, en iguales circunstancias, una política distinta. Tengo la impresión que en esto se

equivocaba. Hay que haber estado allí, en Barcelona o Lérida, en aquellos momentos, para comprender que la influencia de los ex trotskystas en la fijación de la línea política del POUM fue mínima y que Nin mismo fue criticado por algunos de sus antiguos compañeros por plegarse demasiado —así lo creían ellos—, a las posiciones que defendían, sobre todo, los ex bloquistas. En todo caso, Maurín me dijo, refiriéndose a un capítulo de mi biografía de Nin⁹:

«Está muy bien expuesto el esfuerzo que hizo Nin —le fue muy penoso— para desembarazarse de una ideología muerta, y asentarse sobre una realidad viva, palpitante.

Nin era bueno y sincero. Su adhesión final —porque fue una adhesión más que una fusión— a lo que era el BOC, en sus doctrinas y en su táctica y estrategia fue leal, noble. Creo que los diez meses que trabajamos juntos se sintió políticamente feliz. Era eso lo que buscaba.

Algunas veces, sobre todo cuando estaba en la prisión, me pregunté si no fue un error político mío el haber favorecido la aceptación del grupo trotskysta. Pero apreciaba a Nin —sus críticas me dejaron siempre impasible y frío— y la ‘fusión’ se hizo para reconquistar a Nin. Ese reencuentro político fue para él una verdadera satisfacción, y eso me reconforta.

Las pequeñeces de Trotsky aceptadas —creo que a disgusto— por Nin, muy bien expuestas en tu estudio, no le favorecen, desde luego. Pero, finalmente, acabó por comprender que el Viejo le había empujado a un callejón sin salida. Y eso le absuelve».

Cuando terminé, en 1973 mi historia del POUM en catalán, larguísima y llena de citas, Maurín —que mori-

⁹ Carta a Víctor Alba, fechada en Nueva York el 20 de noviembre de 1971.

ría a los pocos meses—, además de corregir los errores de hecho, hizo algunos comentarios. He aquí el que se refiere a la línea política del Partido durante la guerra civil ¹⁰:

«He leído el manuscrito, y empezaré por decirte que he quedado desconcertado por la serie de *burradas* —no merecen otro calificativo— cometidas por la dirección del POUM, en la etapa que tú relatas en esa parte de tu trabajo. Desconcertado y apenadísimo. Actuaron como una capillita de *amateurs* políticos, no como un partido responsable.

Es muy posible que si yo hubiese estado allí, la dirección del POUM hubiese cometido errores y equivocaciones, pero nunca alguna de las *burradas* incalificables que tú mencionas. Yo no hubiese consentido nunca que *La Batalla* saliese *adornada* en su cabecera con la hoz y el martillo, insignia soviética; ni que el ejecutivo del POUM pidiera a la Generalidad que Trotsky fuese admitido en Cataluña. Trotsky era un factor permanente de desorden, y, en el supuesto de que hubiese llegado a Barcelona, las primeras consecuencias de su espíritu desorganizador las hubiese experimentado el POUM, al que él había combatido, combatía y seguía combatiendo. Además, invitar a Trotsky era como un reto a Moscú. Moscú aceptó el reto y contraatacó.

Has hecho muy bien en contar las cosas tal como sucedieron. Fue así, y tú haces historia, que se leerá con interés por las próximas generaciones.

Ese capítulo [sobre la guerra civil] es el más interesante —hasta ahora— de tu libro. Para mí ha sido acongojante.

El Ejecutivo del POUM no comprendió nunca que lo primero era ganar la guerra. Ante-

¹⁰ Carta fechada en Nueva York el 11 de febrero de 1973. Los subrayados son de Maurín.

puso la revolución a la guerra, y perdió la guerra, la revolución y se perdió a sí mismo.

Lo que Engels dijo de los anarquistas españoles de 1873, es decir, que actuaron como no debían haber actuado, puede decirse, aproximadamente, del POUM en 1936-37.

Por todo eso, te ruego que me absuelvas de escribir un Prólogo o un Epílogo a tu libro. Tendría que criticar duramente a la dirección del POUM, a la luz de tu exposición histórica, y sería de pésimo efecto.

Yo haré la crítica del POUM durante la guerra civil en mis Memorias —que voy escribiendo— y en el contexto general, puesto que haré la crítica de los demás partidos y organizaciones, quedará diluida».

La muerte no le dejó tiempo de llegar a esta parte de sus memorias —que apenas alcanzaron a los años anteriores a su viaje a Rusia. Pero creo que, por haber hablado con él varias veces sobre el tema, puedo resumir así su posición:

Una revolución sólo puede triunfar si los revolucionarios toman la iniciativa y lo hacen en el momento favorable. En España, en julio de 1936, la ofensiva no la llevaban los revolucionarios, sino los militares. La situación internacional hacía imposible que una revolución se mantuviera y pudiera ganar la guerra. Por haberse hablado tanto de revolución, la República tuvo que fiarse en las armas soviéticas; la guerra estaba perdida para ella. Por otro lado, no había realmente una revolución, sino una serie de medidas de urgencia, impuestas por el hecho de que se estaba en guerra civil, adoptadas por sindicatos, partidos y gobiernos, y que tenían una apariencia revolucionaria. Pero una revolución implica, siempre, la toma del poder, cosa que no ocurrió. Además, fuera de Cataluña (y marginalmente Aragón y partes de Valencia), no se hablaba de revolución.

Los anarquistas han sido criticados por no haber tomado el poder. En la historia de sus muchos fracasos, tal vez su principal acierto fuera el de no tomar el poder en 1936. Haberlo hecho hubiese conducido a la pérdida inmediata de la guerra.

¿Qué hubiera debido hacer el POUM? Creo que si Maurín hubiera estado en Barcelona, el 19 de julio (Así, por lo menos, lo veía él desde Nueva York), habría propuesto inmediatamente al Partido Socialista y a Largo Caballero la fusión del POUM con el PSOE, como una rama independiente, catalana, del PSOE. De este modo el PSOE no se encontraría ausente del punto clave de la política española, Cataluña. El PSUC no habría podido prosperar, la UGT catalana no hubiese caído en manos de los comunistas, y los puntos de vista del POUM se habrían podido exponer en el PSOE, acaso en el Gobierno Largo Caballero y ciertamente en la Generalidad. Es posible que la alianza de prietistas y comunistas no hubiese tenido lugar, porque no habría habido ocasión de que los comunistas crecieran, puesto que en ningún caso se hubiese enviado el oro español a Rusia ni se hubieran pedido armas soviéticas, innecesarias si no hubiese habido tanta retórica revolucionaria.

En todo caso, incluso si no se hubiese llegado a esta fusión, el POUM habría debido afirmar que primero debía ganarse la guerra y, mientras ésta se libraba, presionar para que se completara la Revolución democrática, con el fin de poder pasar a la socialista una vez alcanzada la victoria. Esto es lo que el Bloque propugnó en 1932, cuando el general Sanjurjo se sublevó en Sevilla. La misma posición era la justa en 1936. «La tesis [de la Revolución socialista inmediata] que sostuvo el POUM cuando yo desaparecí de la escena [era] fundamentalmente equivocada y contribuyó a conducirlo al descalabro» ¹¹.

¹¹ En la carta citada de Maurín a Broué. Recuérdese que en esta misma carta Maurín indica que, poco antes del 19 de julio, Largo Caballero le había sugerido la conveniencia

La conducta del POUM, en suma, habría debido ser la misma que defendieron los comunistas, pero por otras razones, evidentemente, y aplicada con otros métodos y muy distintos objetivos.

Esta posición no respondía, como algunos creyeron, a una moderación de las ideas de Maurín a causa ya de vivir en los Estados Unidos, ya de acumular los años. Me la explicó, en líneas generales, ya en la cárcel de Barcelona, hacia 1944, y hacia 1950 me dijo, en Nueva York, que lo que había ido leyendo sobre la guerra civil le confirmaba en su juicio. Era, pues, una opinión no de un hombre de setenta y seis años, sino de un hombre de cincuenta. Por otro lado, Maurín, intelectualmente, envejeció poco y en muchísimas cosas no moderó en absoluto sus opiniones.

¿Hasta qué punto Maurín, de haberse hallado en Barcelona en julio de 1936, habría adoptado estas posiciones? Es difícil decirlo. Probablemente las hubiese sugerido; pero no estoy seguro de que el Partido lo hubiese seguido y, además, es posible que viviendo algo que no podía imaginar ni reconstruir, la atmósfera obrera de julio y la voluntad de los trabajadores de ser los ámos, hubiese considerado que no podía oponerse radicalmente a ella. Tal vez esta atmósfera hubiese influido en su visión de las cosas.

Es una lástima que no pudiera exponer esta crítica con mayor extensión y detalle, puesto que hay en ella, ciertamente, elementos válidos. Maurín, que tenía una gran admiración por Lenin como estratega, hacía una crítica leninista de la conducta del POUM. Los pocos poumistas que conocieron sus puntos de vista a este respecto, se sintieron defraudados y algunos indignados. Precisamente porque preveía esto y porque su honradez política no le permitía, por otro lado, aprobar una línea que no encontraba acertada, se abstuvo de exponerla y

de una fusión del POUM con el PSOE, a la que, entre otros, se opuso Nin y que Maurín veía con simpatía.

no quiso meterse en la política —tan estéril por lo demás— del exilio.

Muchos hubieran interpretado esta crítica —y en ello hubieran errado— pensando que Maurín se mostraba insolidario con su Partido, cuando, en realidad, sentía una gran admiración y hasta una especie de ternura justamente por los aspectos humanos de sus compañeros, perseguidos y asesinados de manera indignante para él.

No creía que con otra línea política el POUM hubiera podido evitarse la campaña de calumnias y persecución de los comunistas. Creía, eso sí, que con otra línea política se habría evitado que los comunistas llegaran a estar en condiciones de sostener una campaña semejante o, en todo caso, de pasar de las palabras a los actos.

Consideraba que «todo lo que se llamaba izquierdas en 1931-36 —el BOC y el POUM comprendidos— iba a redropelo de la historia»¹². E insistía, al escribir esto, en que las cosas aparecían así «vistas en perspectiva histórica». Se colige, pues, que en sus memorias habría criticado no sólo la actuación del POUM en la guerra civil, sino también la del Bloque durante la República, el Bloque que él orientó. No se trata, pues, en su crítica, de una cuestión de personalidades, sino de una visión —también la suya— de la realidad política. Pero como Maurín, de haberse hallado en Barcelona, en 1936, no hubiera dispuesto de esta perspectiva histórica, no es seguro, insisto, que hubiera visto las cosas como las veía en 1972.

Sabiendo lo que pensaba de la guerra civil, es fácil deducir en líneas generales cuál debía ser su posición respecto al futuro de los poumistas (puesto que el POUM, como organización, si bien subsistía esquemáticamente en el exilio, no se parecía en nada a un partido sucesor del POUM que él fundara).

* * *

¹² Carta a Víctor Alba, fechada en Nueva York el 29 de mayo de 1972.

En el otoño de 1971, unos compañeros de Maurín, que todavía se consideraban poumistas, le escribieron pidiéndole su opinión sobre la situación política general. Pensaban utilizar su escrito para una tentativa de reagrupar a los viejos poumistas supervivientes que no estuvieran organizados, con el fin de elaborar un programa de orientación. Maurín, escéptico sobre lo que se pudiera hacer en el exilio, contestó, sin embargo, con cierta extensión el 11 de octubre de 1971. Es el único documento político que escribió en sus años fuera de España. Preveía (así me lo dijo en una carta) que descontentaría a muchos, pero en el fondo de su comentario creí adivinar la esperanza de que muchos poumistas de la base hubieran aprovechado como él, y en el mismo sentido, las experiencias vividas.

Esta carta es una especie de *mise au point*. Después de años de no escribir directamente sobre política, Maurín fijaba sus posiciones. Lo hacía casi como un ejercicio académico, pues no creía que los viejos pudieran hacer ya nada útil. En una ocasión, durante los años de intensa agitación estudiantil en los Estados Unidos —debió ser alrededor de 1970—, me dijo, comentando lo que sucedía: «Los jóvenes tienen razón. Los jóvenes siempre tienen razón, porque mañana serán los que decidirán.» Su propia actuación política se había desarrollado en su juventud y en los comienzos de su madurez. Siempre había demostrado, en el Bloque, una considerable confianza en los jóvenes, con quienes era más paciente y con quienes pasaba, proporcionalmente, más tiempo que con los adultos, a pesar de que era con éstos con quienes tenía lazos de amistad. Los viejos, creía, lo único que podían aportar era la lección de las experiencias vividas. Insistió en esto, en una breve introducción a los artículos ya citados sobre los comienzos de su carrera política ¹³.

¹³ «Hombres e Historia» en *España Libre*, Nueva York, 19 de enero de 1960.

«El porvenir —que espera desesperadamente la emigración española— no viene fatalísticamente, como el día después de la noche. En la vida política de los pueblos puede darse un salto atrás de decenios o de siglos. El caso actual de España es el ejemplo más contundente. España ha retrogradado al siglo xvi.

El porvenir hay que forjarlo con la inteligencia y la lucha estrechamente unidas. Separadas, son infructuosas, estériles. Se asciende al porvenir por los peldaños de la historia. Mejor se conocen los peldaños, más segura es la ascensión. Un paso equivocado o en falso, puede determinar la caída, quedando sin alcanzar el objetivo, es decir, el porvenir.

Para saber a dónde se va, precisa saber previamente de dónde se viene. Lenin, por ejemplo, antes de lanzarse a preparar la Revolución, escribió la *Historia del capitalismo en Rusia*.

La historia no es un pasado muerto. Vive, y se ofrece generosamente como guía capaz para ir, por los vericuetos del presente a la conquista del porvenir.

Yo creo que si nuestra generación hubiese conocido a fondo la Historia de España durante el siglo xix, con las dos experiencias liberales fracasadas, 1820-1823, 1868-1874, no hubiese cometido en 1931-1936 los errores, grandes y pequeños, que sumados condujeron a la caída de la República democrática [...].

Un capítulo importante de la historia general de España es la historia del movimiento obrero español, que aún no está escrita, pero que se escribirá exhaustivamente un día.»

La carta que bien podemos considerar como su testamento político decía así:

«Estimado compañero Joan:

Contesto a tus dos cartas, en las que me invitas insistentemente a que exponga mi pun-

to de vista político-social, con respecto a la situación actual y las perspectivas inmediatas.

Si los compañeros dirigentes del POUM, con motivo de la proyectada conferencia, se hubiesen dirigido a mí, pidiéndome mi parecer, les hubiese contestado haciendo una detenida exposición. No lo han hecho, y sus razones tendrán. Tal vez me consideran 'jubilado'. Sin embargo, no lo estoy. Mi labor consecuente e ininterrumpida contra los regímenes autoritarios, rojos o negros, y en defensa de la Libertad y la Democracia, realizada de una manera permanente en la prensa hispanoamericana; mis contactos y cooperación con profesores y estudiantes norteamericanos que estudian el problema español; mi libro *Revolución y Contrarrevolución en España*, que se sigue vendiendo, y el que estoy ahora preparando, prueban que no estoy 'jubilado' todavía.

O quizá los compañeros de Francia creen que yo he evolucionado en un determinado sentido, y me consideran en completo desacuerdo con ellos. Aquí tal vez tengan razón. Ciertamente he evolucionado —las piedras no evolucionan. Desde 1936 han transcurrido treinta y cinco años, y durante ese largo espacio de tiempo, el mundo ha cambiado más que en los dos siglos precedentes. El mundo de 1971 es totalmente distinto del de 1936. Y las 'medidas' doctrinales e ideológicas de entonces no sirven ahora: son viejas y no corresponden a la nueva realidad.

¿En qué sentido he evolucionado? ¿Cuál es mi posición ahora? En primer lugar, repudio la palabra 'comunismo' desprestigiada y envilecida por el stalinismo. Creo que 'socialismo' y 'comunismo' no sólo son distintos, sino anti-téticos. El socialismo, tal como lo entendieron los clásicos, es inseparable de la Libertad y la Democracia. El 'comunismo', en cambio, es su negación absoluta. Así, pues, me considero socialista y creo en la Libertad y la Democracia.

Y como socialista que cree en la Libertad y la Democracia, veo los problemas del mundo en general y de España en particular.

El mundo llamado capitalista, contrariamente a lo que creíamos cuando éramos jóvenes —confundidos por el espejismo de la Revolución rusa— no sólo no agoniza, sino que es más fuerte y vigoroso que nunca. Tan fuerte y vigoroso, que Rusia, en su fase de revolución industrial —que Europa llevó a cabo en la primera mitad del siglo pasado— ha evolucionado y sigue evolucionando hacia un capitalismo de Estado, más absorbente y explotador que el capitalismo de empresa libre. El próximo ‘colapso’ del capitalismo, sentido por Lenin y Trotsky, no sólo no está a la vista, sino que se ha esfumado.

El ‘comunismo’ ha triunfado allí donde el peso de la historia hizo derrumbar los regímenes feudales: Rusia y China. El paso del feudalismo al socialismo, soslayando la fase capitalista —opuesto a las predicciones de Marx y Engels— no ha producido el socialismo, sino un engendro híbrido, con toda la barbarie del feudalismo, sin ninguna de las libertades de los regímenes burgueses, el todo cubierto con una falsa careta de fraseología pseudosocialista. El obrero ruso está más explotado económicamente y más oprimido políticamente que el de los países capitalistas más atrasados. Hay más socialismo potencial en los países de gran desarrollo capitalista —Estados Unidos, Inglaterra, Alemania occidental, Francia, Italia, países escandinavos y Japón— que en Rusia. Y hay más Democracia y Libertad en esos países capitalistas que en los comunistas. Si se da el caso que un país comunista desea respirar Libertad y Democracia —Checoslovaquia, por ejemplo— es implacablemente estrangulado.

Para construir el edificio del socialismo hay que sentar, primero, los fundamentos, que son Libertad y Democracia.

Y esto nos lleva a España.

La clase trabajadora española paga ahora duramente su incapacidad política, su fraccionamiento y sus errores durante la República (1931-36). Si el movimiento obrero español hubiese estado unido y si su aspiración política hubiera sido la Revolución democrático-socialista, habría triunfado y hoy España sería una estrella de primera magnitud en el firmamento de la democracia occidental.

Tres veces, las fuerzas históricamente progresivas españolas fracasaron por su incapacidad política: en 1820-23, en 1868-74 y en 1931-36. Las dos primeras veces, la incapacidad fue de la burguesía liberal; la segunda [sic, quiere decir la tercera], la culpa principal la tuvo la clase trabajadora.

Alguien dijo que los que no comprenden la historia se verán forzados a repetirla. Por no haber comprendido el fracaso de 1820-23, la burguesía española volvió a fracasar en 1868-1874; y por no haber comprendido la lección de 1868-74, la clase trabajadora fracasó en 1931-36.

Yo no sé si la generación responsable del desastre de 1936 ha sido capaz de comprender su culpa. Pero el deber de los que sí la han comprendido es enseñar a la nueva generación la amarga experiencia, para que ella, a quien corresponde el porvenir, no repita las equivocaciones.

Para otear el horizonte lejano precisa ante todo ver la realidad inmediata.

Los que creen que cuando Franco desaparezca, y Juan Carlos sea proclamado, rey, cambiarán políticamente las cosas, son, en el mejor de los casos, unos ilusos. Durante los treinta y pico de años de régimen franquista, España se ha industrializado, ha crecido una burguesía reaccionaria, y el ejército se ha convertido en la espina dorsal del régimen. Cuando Franco se eclipse, quedarán en pie el ejército,

la banca, la burguesía industrial y la gran propiedad agraria, los cuatro puntales del régimen.

El mundo marcha cada vez más intensamente hacia el predominio de las fuerzas conservadoras o reaccionarias. El panorama mundial no sólo no ayudará a cambiar fundamentalmente las cosas en España, sino que, por el contrario, ayudará a fortificarlas. Hay que enterrar, por lo tanto, ilusiones más o menos infantiles y enfrentarse con la realidad tal como es: durante largo tiempo —no me atrevo a pronosticar lo que pueda ocurrir en el siglo XXI— en España habrá capitalismo, con una burguesía archirreaccionaria, sostenida por un ejército omnipotente.

Para que España pueda ser socialista mañana, hay que reconquistar progresivamente la Libertad y la Democracia.

Esa 'reconquista' sólo puede hacerla la clase trabajadora. Y para ello precisa que haga su examen de conciencia.

En primer lugar, para liberar a España, el movimiento obrero necesita liberarse a sí mismo de las cadenas que lo atan a ideologías muertas.

En segundo lugar, hay que hacer posible la doble unidad de la clase trabajadora: sindical y política.

La Confederación Nacional del Trabajo, por su actitud negativa fue altamente responsable del fracaso de la República. Pero durante la guerra civil rectificó su pasado y eso le da crédito ante el porvenir. Además, la CNT, afortunadamente, está inmunizada contra el virus comunista.

La Unión General de Trabajadores se caracterizó siempre por su espíritu democrático y por su honradez y nobleza en los propósitos. Ahora bien, ha sido menos resistente a la penetración comunista.

CNT y UGT deben encontrar la manera de unirse, pensando, no en el pasado, sino en el

porvenir. El futuro de España depende en gran parte de esa unión.

En el campo político hay que buscar, primero, la unidad del Partido Obrero de Unificación Marxista y el Moviment Socialista de Catalunya, y, en una segunda fase, la unidad con el Partido Socialista Obrero Español.

El Partido Obrero de Unificación Marxista fue el resultado de dos unificaciones escalonadas: primera, la de la Federación Comunista Catalano-Balear y el Partit Comunista Catalá en 1930-31, unificación que tomó el nombre de Bloque Obrero y Campesino; segunda, la fusión en 1935 del Bloque Obrero y Campesino y la Izquierda Comunista, adoptando el nombre de Partido Obrero de Unificación Marxista. Desde su nacimiento, el POUM no se consideró como un partido definitivo sino en formación: es decir, como un primer peldaño hacia la unificación con el Partido Socialista Obrero Español.

El objetivo general del movimiento obrero español ha de ser la Tercera República. Ese objetivo, lejano sin duda, sólo se podrá lograr mediante el esfuerzo de la clase trabajadora unificada.

La lucha para recobrar la Libertad y la Democracia perdidas será dura y prolongada. Pero precisa llevarla a cabo en bien de España.

He ahí, compañero Joan, resumido lo que yo pienso y a ti te interesa conocer.

Puedes hacer de esta carta el uso que tu buen sentido te aconseje.

Con un fraternal abrazo,
Joaquín Maurín.»

* * *

Maurín trabajaba muchas horas diarias, en su cuarto-oficina de Nueva York. La agencia exigía paciencia y meticulosidad. Pero encontró tiempo para empezar sus

memorias y para revisar unos recuerdos de cárcel de los que ya he hablado. «Después de mucho vacilar, pues temía producir un escándalo publicando una novela —¿es novela?—, finalmente he decidido publicar *Los siete círculos* —ese es el título—, recuerdos e imaginación juntos, de la prisión. Si no recuerdo mal, tú ya leíste el borrador de lo que entonces pensaba titular *Mis compañeros de prisión*. Es, como digo, una novela y no es una novela. La he retocado, dándole forma definitiva, y busco editor.»¹⁴ El editor lo encontró en México, en un antiguo poumista, Costa-Amic, el mismo que había formulado el plan para secuestrar a la esposa del general Franco y cambiarla por Maurín.

Hay un fragmento de lo que dejó escrito de sus memorias que nos permite vislumbrar cómo era su vida en Nueva York, aparte del trabajo de la agencia¹⁵:

«Cuando salí de la prisión en 1946, pregunté por Viladrich, y me dijeron que estaba en Buenos Aires, con su mujer e hijos. Me alegré mucho que se hubiese salvado de la catástrofe. ¿Y sus cuadros de Fraga? ¿Se habrían salvado también Las Aguadoras, Tres Muchachas fragatinas, Las Hilanderas...?

Al venir a Nueva York, en el otoño de 1947, Fernando de los Ríos me dijo que una gran parte de la obra de Viladrich estaba en Nueva York, en la Hispanic Society of America.

La Hispanic Society of America, creada por el multimillonario y filántropo Archer Milton Huntington, es sin duda el mejor museo español que existe fuera de España. Se encuentra en la parte alta de Manhattan, entre las calles 155-156 y Broadway. En el centro de la plazuela, entre dos cuerpos de edificio, se levanta la estatua ecuestre del Cid. En la fa-

¹⁴ Carta a Víctor Alba, fechada en Nueva York el 23 de enero de 1972.

¹⁵ Joaquín Maurín: «Con Viladrich y Baroja», en *España Libre*, Nueva York, marzo-abril de 1972.

chada del de la derecha hay dos bajorrelieves: el rey moro Boabdil, saliendo de Granada, y Don Quijote, sobre Rocinante, camino del Puerto Lápice, después de la aventura de los molinos de viento. En el edificio de la izquierda, el más importante, hay una sala dedicada a España, vista por Sorolla. A estas alturas, resulta un poco la España de pandereta de Carmen. La Biblioteca, pequeña, pero valiosa, está presidida por el retrato de los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia, y por un busto del conde Romanones... Es una España vieja, viejísima, casi caricaturesca.

El pabellón de la derecha, más pequeño, está consagrado a Viladrich: 34 cuadros.

En la pintura de Viladrich hay tres etapas distintas: el período juvenil, cuando él, autodidacto, y rebelde, se busca a sí mismo; la fase fragatina y el retratista después de Fraga.

La fase fragatina es una maravilla artística. Sus cuadros de aldeanas y campesinos son auténticos poemas bucólicos cantados por la paleta del pintor.

Pues bien, todo ese encantador ramillete de flores del jardín de la ribera del Cinca se encuentra en Nueva York.

A veces, en esta ciudad multitudinaria y asfixiante, cuando me embarga la nostalgia de la tierra natal, hago una visita al museo de la Hispanic Society. Dejo de lado la España de Sorolla y del conde de Romanones, y voy al pabellón que guarda la obra de Viladrich. Me siento rejuvenecer; tengo entonces veintiún años, y estoy en el Castillo de Uganda la Desconocida, en compañía de Viladrich, Baroja, Felipe Alaíz, Salvador Goñi y Sánchez Ventura.

Una vez instalado en Nueva York, en donde se habían refugiado mi mujer e hijo durante la guerra mundial, busqué contactos con antiguos amigos. Sabía que Ramón Sender enseñaba en alguna Universidad de Estados Unidos. Fede-

rico de Onís, me descubrió su paradero; enseñaba en la Universidad de New México, Alburquerque. Le escribí, me contestó. Y seguimos relacionándonos epistolarmente.

En junio de 1958, Sender vino a Nueva York. Tenía algo que hacer aquí con sus editores. Además, había vivido en Nueva York en los primeros tiempos de su emigración, y la ciudad le gustaba.

Tenemos que ir a ver los cuadros de Viladrich, en la Hispanic Society —le dije.

—¿Qué ha sido de Viladrich? —me preguntó.

—Vivía en Buenos Aires; pero creo que ha muerto.

Si Viladrich era riberano del Cinca por adopción, Sender lo es por naturaleza. Nació en Alcolea de Cinca, a unas leguas de Fraga. Su padre era el administrador general de las propiedades que el duque de Solferino tenía en Albalate de Cinca.

Entre Sender y Viladrich había un parentesco espiritual: estaban unidos por el Cinca.

Visitamos la colección de Viladrich, convenimos que en esta Nueva York superindustrial y excitada, Viladrich está completamente desplazado. El público heterogéneo y sofisticado de Nueva York no puede comprender el aura poética que hay en la obra de Viladrich. Como la Dama de Elche, que equivocadamente estaba en París, regresó a España, Viladrich, un día, debiera regresar a Cataluña.

Mientras recorriamos la sala, volvió a plantearse si Viladrich vivía o había fallecido.

La secretaria que nos acompañaba dijo que las últimas noticias que la Hispanic Society tenía eran que vivía.

—Vagamente, yo tengo la impresión de que murió —comenté yo.

Sender escribió un artículo sobre Viladrich para la prensa hispanoamericana y, dando crédito a mi parecer, le dio por fallecido.

Algún tiempo después recibí una carta de la escritora peruana Rosa Arciniega, que entonces residía en Buenos Aires, diciéndome que había enseñado a la esposa de Viladrich, su amiga, el artículo de Sender publicado en el diario *La Crónica*, de Lima. Y ella, asombrada, preguntó cómo era posible que Sender lo diese por muerto cuando Miguel falleció el mismo día que se publicó el artículo, el 5 de julio de 1956... Viladrich tenía sesenta y nueve años.»

* * *

Recuerdos, nostalgia. Pero también curiosidad. Maurín leía mucho, iba todo lo que podía a la biblioteca de la Quinta Avenida, y escribía para su agencia y para *España Libre* artículos con nombre supuesto. Su pensamiento no cambiaba, pero evolucionaba. Seguía considerando, como siempre, que el socialismo sólo podía construirse partiendo de una sociedad en la que existiera la libertad política y que allí donde ésta no existía, el primer paso hacia el socialismo consistía en establecerla. Querer hacer socialismo sin libertad previa era condenarse a la dictadura, es decir, a negar el socialismo. Esto, que era el meollo de su concepción de la Revolución democrático-socialista para España, lo vio confirmado, a medida que se iba estudiando mejor la experiencia soviética y que se descubrían nuevos hechos de la misma. Maurín desconfiaba de cualquiera que quisiera aliarse con los comunistas so pretexto de que después de la muerte de Stalin habían cambiado. Periódicamente, alguna acción soviética venía a demostrar que no había tal cambio —que los «progresos» eran sólo fachada— y, por tanto, que una alianza con los comunistas equivalía a hacer el juego a la diplomacia soviética y entregar en bandeja el propio Partido a los comunistas.

Un comentario que escribió a propósito de las elecciones francesas de 1973, en que socialistas y comunistas

se aliaron, indica lo que Maurín pensaba en los últimos meses de su vida ¹⁶:

«Es ya un hecho histórico que la política de Charles De Gaulle, en los años 1958-1969, estuvo basada en un acuerdo tácito con el Partido Comunista, que evitó crearle conflictos interiores, a cambio de lo cual, De Gaulle, en el terreno internacional, llevaba a cabo la política que convenía a Moscú: separó militarmente a Francia de la Alianza Atlántica (OTAN), expulsó su sede de París, y se opuso repetidamente al ingreso de Inglaterra en la Comunidad Económica Europea (Mercado Común).

Ese pacto tácito entre De Gaulle y el Partido Comunista lo quebró la insurrección estudiantil de París, en mayo-junio de 1968. El líder de los estudiantes, Cohn-Bendit, era un joven anarquista, cuyos dardos herían al mismo tiempo al gaullismo y al Partido Comunista, hasta el punto de producirse una división entre el movimiento obrero que simpatizaba con los estudiantes, y el Partido Comunista que los consideraba como irresponsables y provocadores.

Las consecuencias no se hicieron esperar. Unos meses después, repudiado por la nación, De Gaulle se vio obligado a presentar su dimisión. Su sucesor, Georges Pompidou, aunque gaullista, rectificó en parte la política del general. La primera concesión importante que hizo fue aceptar a la Gran Bretaña en la Comunidad Económica Europea.

El Partido Comunista, por su parte, perdido el apoyo tácito que tenía en el Elysée, y queriendo reconquistar la simpatía del movimiento obrero, empezó a fomentar la idea de resucitar el Frente Popular. Y el líder del Partido Socialista, François Mitterrand, se la hizo suya. Así,

¹⁶ «Editorial. La lección de las elecciones francesas», en *España Libre*, Nueva York, marzo-abril de 1973.

comunistas y socialistas acordaron formar un bloque electoral con un programa de gobierno.

Cuando se ha sido derechista en la juventud, después radical y finalmente socialista, como es el caso de Mitterrand, uno se puede dejar engatusar por los comunistas. Francia ya tenía una experiencia del Frente Popular. La propagaron los comunistas, por indicación de Moscú, en 1935-36, y León Blum la aceptó. Fue un fracaso en todos los sentidos. De aquel Frente Popular de los años 30 arranca el descenso del Partido Socialista francés.

En 1973, los comunistas franceses se proponían repetir con Mitterrand lo que en 1936 habían hecho con Blum.

En las elecciones normales que Francia había celebrado en 1967, el Partido Comunista obtuvo 73 diputados, y los socialistas 91. En una Asamblea Nacional de 487 diputados, los 73 comunistas representaban un 16 por 100. Su número de votos en las elecciones era alrededor de un 20 por 100. Una fuerza política, sin duda; pero minoría, y detestada por el 80 por 100 de la población.

En las elecciones celebradas en 1968, a raíz de la conmoción que produjo el movimiento estudiantil, se produjo una basculación anormal: los socialistas bajaron a 57 diputados, y los comunistas a 34. Los gaullistas, en cambio, obtuvieron 293 diputados en una cámara de 487 puestos: es decir, una mayoría absoluta.

Ahora bien, durante los cuatro años y medio transcurridos, el gaullismo se ha gastado considerablemente: ha habido inmoralidades, escándalos financieros y un primer ministro, Chaban-Delmas, muy secretamente, se abstenía de pagar impuestos...

El gaullismo presentaba un flanco vulnerable, y el Bloque comunista-socialista tenía donde atacar. En las últimas semanas de la campaña electoral los sondeos de opinión daban al Blo-

que comunista-socialista un porcentaje de 45-47, y al gaullismo 35-37.

Teóricamente, el triunfo del Bloque comunista-socialista era posible. El Gobierno comunista-socialista en Francia hubiera producido una perturbación en toda Europa, y no sólo en Europa. El Mercado Común se hubiese resquebrajado. En España, el franquismo hubiese apretado todavía más los tornillos.

El sistema electoral francés está basado en dos turnos. Los que la primera vez, el 4 de marzo de este año, no obtienen el 50 por 100 de los votos que han de ir, el domingo siguiente, a la segunda vuelta, pudiendo presentarse sólo los que en el primer turno hayan obtenido un 10 por 100 de votos.

El principio electoral francés es: en el primer turno, votar al Partido; y en el segundo, votar a Francia.

Entre el 4 y 11 de marzo, Francia, que es un país de gran tradición democrática, reflexionó, llegando a la conclusión que el gaullismo es malo, pero los comunistas serían mil veces peores. Y el cuerpo electoral procedió en consecuencia.

El gaullismo fue derrotado. En una cámara de 487 diputados, obtuvo 184, es decir, una pérdida de 87.

El Bloque comunista-socialista experimentó una derrota, puesto que estuvo muy lejos de conseguir la mayoría en la que confiaba.

Michel Rocard, secretario general del Partido Socialista Unificado (grupo independiente), ha manifestado: 'El resultado global de estas elecciones es la derrota de la izquierda.' Exacto.

El gaullismo sobreviviente, en colaboración con otros grupos intermedios podrá seguir en el poder.

El Partido Socialista francés no ha sabido seguir el camino de Willy Brandt, que sin hacer ninguna concesión al comunismo —al contrario prácticamente lo ha anulado—, mediante

una política justa e inteligente, combinando los intereses de la clase trabajadora y la democracia, ha conquistado el poder.

¿Sabrá el Partido Socialista francés sacar una lección del fracaso moral que ha experimentado?

Como en Francia hay muchos emigrados políticos españoles, las recientes elecciones son una experiencia de gran valor. Todo contacto con los comunistas es letal.

Unión de fuerzas democráticas, sí, desde luego. Pero no hay que olvidar nunca que los comunistas en Francia, como en España, como en Checoslovaquia y como en Rusia son totalitarios, es decir, enemigos mortales de la libertad y la democracia.»

* * *

Esos años de Nueva York fueron, sin duda, para Maurín, una dura contradicción. Feliz viendo a su hijo progresar, casarse, ascender como profesor, tener una hija. Feliz de la vida familiar y de descubrir un mundo realmente nuevo: el mundo, creía, en que por primera vez se realizaría el socialismo, porque había en él las condiciones técnicas y la tradición de libertad que son requisitos para el socialismo.

Pero, al mismo tiempo, la frustración de su vocación política (inevitable, por el hecho de no haber vivido políticamente la guerra civil), compensada en parte por el sentimiento de utilidad que le daba su agencia y la labor que realizaba en los países de habla hispana. Que no era una labor ilusoria lo sabían los comunistas, puesto que aprovechaban todas las ocasiones para seguir atacando a Maurín, a pesar de que no actuaba en política. Por ejemplo, un ex socialista de los que en 1935 pedían a Maurín que se uniera al PSOE, y que acabó en comu-

nista, Amaro del Rosal, escribió ¹⁷: «Maurín, se convirtió en un agente al servicio de la política del Departamento de Estado, renegando de su pasado.»

Entristecido a veces al ver que algunos de sus compañeros no comprendían que su silencio político estaba motivado, justamente, por el deseo de no criticar su actuación durante la guerra, por poner la amistad por encima de las divergencias.

Interesado, otras veces, por las consultas que le hacían gentes de las universidades —profesores que escribían libros, estudiantes que preparaban tesis. Muchos de los libros sobre España aparecidos en los Estados Unidos en esos años contaron con la discreta colaboración de Maurín.

Emocionado, a veces, por la visita de algún oscuro militante, al que conocía poco, que habiendo prosperado en algún país latinoamericano, iba a Nueva York sólo para estar unas horas con él.

Maurín era hombre poco dado a los abrazos y expresiones externas de emoción. Pero detrás de esto había, como ocurre a menudo con los adustos, un tierno. Cuando lo vi por última vez, el 3 de noviembre de 1973, en su casa de Riverside Drive, me contó el mal verano que había pasado: tuvieron que operarle de un tumor en el cerebro. Estuvo unas semanas sin apenas conocimiento y otras reponiéndose. Lo encontré bien, con la cabeza muy clara. Habló de sus memorias, que quería avanzar rápidamente, de nuevos colaboradores que deseaba para la agencia. Nos despedimos y, creo que por primera vez desde que lo conocía (es decir, desde 1932), se inclinó y me dio un abrazo fugaz.

Dos días después, mientras estaba escribiendo una carta a Gorkín, perdió el conocimiento y al cabo de cuarenta y ocho horas murió en el hospital, tras una nueva operación.

¹⁷ Amaro del Rosal: *Los congresos obreros internacionales en el siglo XX*. México, 1973, p. 420.

El día 6 de noviembre lo incineraron. Sus cenizas están enterradas en el jardín de la casa de su hijo, en Byrn Mawr.

En la prensa española salieron algunas notas informativas, breves, y unos cuantos artículos (uno, ya lo dije, con malintencionadas preguntas), y unas cuantas esquelas, una de ellas calumniosa, como indiqué al principio.

Cuando la noticia de su muerte se supo, muchos que lo conocieron escribieron a Jeanne. La frase que más frecuentemente aparece en estas cartas dice más o menos: «Maurín fue un maestro para mí.»

Es exactamente la frase que yo habría puesto al final de esta biografía. Maurín, en efecto, fue, ante todo, por encima de todo, en todo momento, un maestro.

EL MAESTRO

Lo mismo que, sentido confusamente en la adolescencia, llevó a Maurín a querer ser maestro, lo condujo luego a la política. Yo lo definiría como el deseo —la necesidad— de enseñar a mirar. En vez de contentarse con describir el paisaje a los ciegos, que es lo que la mayoría de los maestros hacen, Maurín quería abrirles los ojos, hacer que vieran por su cuenta.

Toda su vida —el cuarto de siglo de política activa y el cuarto de siglo de voluntario retiro— fue esto: enseñar a mirar. Precisamente porque fue esto, puede considerársele como un educador.

Para él, la política era una forma más amplia, más intensa, de educación. Nunca se propuso decirles a quienes le escuchaban o leían cómo debían pensar. Lo que hacía era explicarles cómo él había llegado a las conclusiones que les exponía. Era un constante ejercicio práctico, a través de la actualidad, de interpretación de la realidad. Esperaba que con este ejercicio, repetido una y otra vez, los lectores y oyentes llegaran a aprender, por su propia

cuenta, cómo interpretar ellos también la realidad. Y confiaba que esta interpretación coincidiría, a grandes rasgos, con la suya. En esto —en esta coincidencia de interpretaciones— basaba su seguridad de que su organización —primero los Comités Sindicalistas Revolucionarios, después la Federación, más tarde el Bloque y finalmente el POUM—, crecería, influiría.

Recuerdo que una vez, cuando yo tendría dieciocho años, le entregué tímidamente un artículo —muy breve— para *La Batalla*, que ni me atreví a firmar. En él citaba una frase de Maurín. Me llamó, me dijo que publicaría el artículo, pero que me aconsejaba que suprimiera la cita. «Dices todo esto porque lo ves así, ¿no? Entonces, ¿de qué sirve citarme...? Es lo que tú crees lo que importa.» No era falsa modestia, porque Maurín nunca la tuvo; sabía lo que valía y encontraba natural, por ejemplo, que en el Bloque o el POUM se le considerara como el dirigente. Era, creo, su espíritu de educador que veía cuán dañino podía ser para alguien que hacía sus pinitos de periodista político, el dejarle acostumbrarse a apoyarse en otros al afirmar sus ideas...

Para Maurín educar era también esto: que cada uno aprendiera a caminar por sí mismo, viendo caminar a los demás. En el terreno de la interpretación política (que es lo fundamental de la política), él caminaba y esperaba que viéndolo, otros aprenderían a caminar también, no necesariamente por el mismo camino, aunque, claro está confiaba en que se encontrarían en la ruta...

Si los militantes experimentaban por Maurín más que admiración, amistad, si lo llamaban Kim como si fuese de la familia, era justamente porque, aun cuando no lo comprendieran, sentían que esto era justamente lo que Maurín hacía por ellos: empujarlos a ser, políticamente, ellos mismos, a llegar a sus propias conclusiones tras interpretar por su cuenta la realidad. Claro que influía en ellos, inevitablemente, la interpretación de Maurín. Pero lo que contaba, sobre todo, a sus ojos, era el hecho de que Maurín les había enseñado a pensar por sí mis-

mos, políticamente, les había hecho darse cuenta de que tenían una personalidad política individual.

Esto era muy visible en los militantes de base, en los jóvenes, pero no dejaba de ser así también en los dirigentes. En el Bloque, por ejemplo, había antiguos sindicalistas que habían estado con Maurín desde 1921, antiguos nacionalistas catalanes y otros que procedían del Partit Comunista Catalá. Todos ellos aprendieron con Maurín lo mismo que los militantes: a desarrollar su propia individualidad política.

Esto fue lo que dio al Bloque y luego al POUM un carácter democrático real, que no era solamente sobre el papel. La organización de ambos partidos era fundamentalmente la misma que la de los partidos comunistas oficiales, lo que Lenin denominó centralismo democrático: células, congresos, discusión libre y defensa por todos de la línea aprobada por la mayoría. Pero en los partidos comunistas oficiales este sistema de organización era sólo una fachada del autoritarismo de Moscú y de la dirección nombrada por Moscú. En el Bloque y el POUM era algo que funcionaba, que existía de veras. Los militantes discutían, disentían. Maurín se encontró algunas veces en minoría en los congresos y varias en el Ejecutivo. Cuando esto ocurría, aparte de la contrariedad política que pudiera entrañar para él, debía sentir una satisfacción profunda, al ver que su tarea de educador daba resultados.

Pero no tuvo tiempo de dar esos resultados hasta el punto de que los poumistas pudieran llegar a su propia interpretación de la realidad durante la guerra civil —así, por lo menos, lo creía Maurín. Para él, los poumistas, después del 19 de julio, fallaron porque no supieron independizarse de las consignas dadas por el POUM antes del 19 de julio. Las circunstancias habían cambiado, con la guerra civil, y era preciso cambiar de táctica. Lo que el POUM hizo —y que Maurín consideraba un error—, fue aplicar a las nuevas circunstancias la táctica del POUM prevista para una situación ofensiva, cuando, a

criterio de Maurín, lo que había después de julio era una situación defensiva.

Fue este mismo sentido de la política como educación lo que hizo que Maurín se separara de Moscú. El movimiento comunista no podía educar, desde el momento en que se limitaba a aplicar consignas elaboradas en la URSS, y no daba, por tanto, a sus componentes ni la oportunidad de interpretar ni la ocasión de llegar a sus propias conclusiones, sino sólo la de aplicar las interpretaciones y conclusiones elaboradas por otros. Esto, que él llamaba colonialismo revolucionario —y que era en realidad colonialismo ideológico—, equivalía a renunciar a que los militantes comunistas se educaran, a que con ellos se formaran marxistas (entendiendo el marxismo como un instrumento para interpretar y llegar a conclusiones y no como un dogma). Un movimiento que no realizaba esta función, no podía ser revolucionario. Porque la revolución es el resultado de esta educación, que permite a los militantes decidir cuándo las circunstancias son propicias para tomar el poder y como han de aprovecharse con tal fin, sin esperar órdenes de nadie.

* * *

Naturalmente, Maurín no llegó de súbito a ver la política como educación, sino que esto fue producto de una larga evolución, aunque creo que desde el principio hubo en él una intuición, que determinó, justamente, su doble vocación de maestro y de político.

En el Maurín de los Comités Sindicalistas Revolucionarios hay todavía mucho de mimetismo, de leninismo aprendido. Esto se ve, por ejemplo, en su crítica del socialismo en *Los hombre de la Dictadura*, que todavía huele a Tercera Internacional. En una época en que la defensa de la URSS era una especie de axioma en el movimiento obrero, Maurín fue descubriendo, paso a paso —me imagino que con un hondo desgarramiento—,

las verdaderas características del stalinismo. Para 1935, el derecho a criticar la política de la URSS se había convertido, para él, en un deber, en un servicio a sus convicciones. Los hechos, tal como los fue conociendo después de 1946, le demostraron que había seguido el camino justo, aunque acaso con demasiada cautela, con cierto temor a los traumas emocionales que la ruptura con la idea de la «URSS patria del socialismo» entrañaba. Que los poumistas habían aprovechado la educación de Maurín, lo demostraron en 1936 y 1937 cuando, pese a la «ayuda» soviética, no renunciaron a su deber de criticar los procesos de Moscú y el colonialismo soviético en España, cosas ambas —bien lo sabían— que serían peligrosas no sólo políticamente sino hasta físicamente.

Un estratega político —y esto es lo esencial del político de veras, del hombre de Estado—, no es hombre de muchas ideas originales. Una o dos bastan. Porque en la vida de un político, las circunstancias pueden cambiar a menudo, pero la situación general, histórica, de un país no varía mucho, a menos que el político logre triunfar; en cuyo caso, evidentemente, necesita una o dos ideas originales para la nueva situación. Lenin, que Maurín consideraba un gran estratega, tuvo un par de ideas originales antes de la Revolución: el centralismo democrático y la dictadura democrática del proletariado, y una después de la Revolución: la NEP. Que una idea política sea original no significa que necesariamente sea buena.

Lo que decide si una idea es buena es su influencia en favor o en contra de lo que para Maurín, desde los comienzos de su carrera política, era fundamental: el grado de libertad.

Maurín abrió los ojos a la política en la época de mayor nimiedad de la farsa del turno de liberales y conservadores, cuando el caciquismo, ya en descomposición, se mostraba más al desnudo. Para que siguiera desarrollándose el movimiento obrero, para destruir el caciquismo, la libertad era indispensable.

Lo era también para acabar con el terrorismo en torno a los sindicatos, como Maurín pudo verlo cuando formó parte del Comité Nacional de la CNT con los viejos dirigentes en la cárcel, muchos sindicatos clausurados y reuniones clandestinas. La Dictadura reforzó esta convicción. Hablar de dictadura del proletariado cuando se vive bajo una dictadura de la burguesía, decía, es absurdo. Así, en este punto que era mucho más que una cuestión de oportunidad, empezó su discrepancia con la Tercera Internacional.

El colonialismo ideológico de la URSS, su segunda visita a Moscú —donde ya el entusiasmo por la Revolución se había extinguido—, reforzaron en Maurín el sentido de la libertad. Para que hubiera socialismo, le indicaban no sólo la razón y las obras de Marx y Luxemburgo, sino también la experiencia rusa, era indispensable que se empezara a construir —como se decía entonces—, en una atmósfera de libertad política. La gente debía acostumbrarse a la libertad, a considerarla indispensable, para no aceptar nunca que, en nombre de un supuesto socialismo, se la quitaran.

Lo primero, pues, era establecer la libertad. De aquí se sigue la necesidad de una revolución democrático-burguesa. Pero las burguesías catalana y española estaban demasiado asustadas ante el movimiento obrero para que pudieran desear libertad (que sería, ante todo, libertad para el movimiento obrero). Por tanto, correspondía a éste crear las condiciones de libertad, hacer la revolución democrática. Y al hacerla, iría estableciendo las condiciones para pasar al socialismo. De ahí, la necesidad de la Revolución democrático-socialista.

Esta fue la idea guía de la actuación política de Maurín, su aportación principal al movimiento obrero español.

En éste, los teorizantes brillaban por su ausencia. Los anarquistas se apoyaban en los escritos de italianos, rusos y franceses y en las obras de un no anarquista, como Pi y Margall. Los socialistas, que no eran marxistas en

España (Prieto se vanagloria de no haber leído nunca a Marx y Largo Caballero lo descubrió en 1934), no pensaban en la revolución, sino en el cambio de Régimen. Sólo cuando se vieron expulsados del Gobierno por las derechas republicanas empezaron a sentirse socialistas en vez de obreristas.

Maurín fue, pues, el primer escritor político obrero del país desde hacía muchos años. En realidad, el primer escritor político de envergadura, de cualquier ideología, desde Costa. El primero que se preocupó de interpretar la historia de España de cara al futuro, buscando en ella lecciones que sirvieran para actuar sin caer en los errores del pasado. El primero también que colocó los problemas de España en el contexto internacional (por ejemplo, señaló la importancia del imperialismo financiero británico en la política española y habló de Gibraltar cuando nadie lo hacía).

Fue justamente este recurso constante a la historia y a la situación internacional lo que dio fuerza a los argumentos de Maurín. Ni anarquistas, ni socialistas ni republicanos se preocuparon nunca por los problemas del mundo y todos ellos veían la historia como la de sus organizaciones, sin relacionarla con la lucha de clases ni con el presente. Maurín, con su atención a la historia y al mundo, rompía con la tradición provinciana y miope de la literatura política española, que era más chismorreos y politiquería que visión de conjunto.

Pero ni los centenares de artículos y conferencias, ni los tres libros de Maurín tuvieron tiempo de abrir brecha. Mejor dicho, empezaron a abrirla, pero no tuvieron nunca tiempo de ensancharla.

Cuando la Dictadura, los Comités Sindicalistas Revolucionarios estaban haciendo mella en la CNT: la Dictadura los eliminó. Cuando la caída de la Dictadura, la Federación Comunista Catalano-Balear estaba progresando, pero los acontecimientos impusieron cambios de táctica y vino el Bloque.

Este progresaba rápidamente cuando se produjo el

golpe del general Sanjurjo, en 1932. La amenaza a las libertades imponía una nueva táctica, la unificadora, y Maurín y el Bloque tuvieron que dedicarse a ella: Alianza Obrera, POUM. De nuevo, cuando el POUM avanzaba, cuando había perspectivas de restablecer la Alianza Obrera en un plano más amplio; el 19 de julio interrumpió la tarea... Y el error de marchar a Galicia cortó definitivamente a Maurín la posibilidad de aplicar la estrategia que se había trazado años antes y encontrar las tácticas sucesivas que la sirvieran.

El movimiento obrero español —la política española en general— nunca tuvo estrategia. Siempre fue de una táctica a otra, pero sin objetivo final y sin unos métodos fijados de antemano para llegar a él. Maurín fue el primero que se evadió de esta cárcel de lo cotidiano, del presente, y que sometió éste al futuro, a cuyo servicio ponía la historia y el análisis de la situación mundial.

Esto permitió a Maurín adivinar los movimientos del adversario. *La Batalla* anunció con antelación la amenaza del golpe de Sanjurjo, la «toma del poder desde el interior» de octubre de 1934, el alzamiento de 1936. Fue una tragedia política para Maurín que habiendo previsto todo esto, no previera, el 16 de julio, que el golpe era para aquellos días mismos. El deseo de ensanchar el Partido, su lucha contra el tiempo, pues, lo cegaron a peligros que él mismo había denunciado en las Cortes unos días antes.

* * *

El campo en el cual actuaba Maurín, el movimiento obrero catalán, estaba lleno, no había en él ningún espacio vacío. Los trabajadores catalanes se hallaban organizados sindicalmente en la CNT, políticamente en la FAI, la USC, la Esquerra... Entrar en este campo, con una interpretación de la realidad que chocaba con todas las ideas preconcebidas y los clisés al uso, era arriesgarse al fracaso.

Propagar el marxismo en un medio tradicionalmente anarquista, en el cual el odio al marxismo estaba muy arraigado por generaciones de propagandistas ácratas, era una tarea que parecía imposible. Maurín y sus compañeros la emprendieron y lograron avanzar, rápidamente unas veces, lentamente otras, sin desanimarse por los fracasos y sin perder la cabeza por los éxitos.

Ver el marxismo como un método y no como un dogma era ir en contra de la corriente de la época y enfrentarse a los que se presentaban como los únicos marxistas del momento, los comunistas. Y esperar que el marxismo superaría las tendencias burocráticas y acomodaticias de varias generaciones de socialistas era dar pruebas de un optimismo exagerado.

Toda la vida política de Maurín estuvo dedicada a esta labor. Creía que una interpretación marxista de la realidad española era indispensable para transformar a la sociedad y, por tanto, como esto constituía su aspiración, se consagró a «marxistizar» a un proletariado dividido entre anarquistas y socialistas. El tiempo no le permitió completar su tarea. Pero avanzó considerablemente en ella. El Bloque y el POUM, sin ser factores decisivos, no eran cantidades despreciables. Y siempre crecieron.

Maurín y sus compañeros lograron lo que no habían conseguido en ninguna parte los disidentes del socialismo o del comunismo. Ningún grupo separado de un partido socialista o de un partido comunista alcanzó jamás, en ninguna parte, a formar un partido más fuerte que aquél del que se había separado. Los trotskystas, aun contando con la fascinante figura de Trotsky, no pasaron nunca —ni pasan— de ser grupitos muy dinámicos y muy ruidosos, pero sin peso específico en el movimiento obrero. Los partidos que formaban el Buró Internacional por la Unidad Socialista Revolucionaria (del cual el Bloque y el POUM fueron miembros), no pasaban de ser grupos muy minoritarios, sin influencia verdadera en sus países respectivos. Tenían más bien la función de

revulsivos ideológicos que de organizaciones que pudieran llegar a ser de masas. El Bloque y el POUM fueron, en cambio (hasta julio de 1936) siempre más fuertes que el Partido Comunista del cual se habían separado.

Pero el Bloque y el POUM, sin dejar de ser minoritarios, no sólo crecieron en todo momento, sino que se ganaron el respeto, la audiencia y la influencia que correspondían tanto a su fuerza real como al prestigio de sus militantes. Por el hecho de ir contra la corriente, hicieron una especie de selección automática de sus afiliados. No iban al Bloque ni al POUM los ambiciosos, los impacientes, los sentimentales arrebatados, sino aquéllos que estaban de antemano dispuestos a un largo esfuerzo, que habían sido convencidos y que no contaban con victorias fáciles ni con satisfacciones de vanidad. Cualquiera de los militantes del Bloque o el POUM hubiera sido un dirigente en otra organización; cualquiera de los dirigentes del Bloque o el POUM hubiera sido figura destacadísima en otra organización. Pero estaban en el Bloque o el POUM. Esto fue obra de todos, mas el hecho de que se empezara por iniciativa de Maurín y con la constante presencia de Maurín no era ajeno a este fenómeno excepcional en la historia del movimiento obrero.

Maurín no fue sólo un escritor político y un educador. Era también un político.

Un político, en el sentido noble del término, no sólo el teorizante y el maestro, el estratega y el táctico, sino también el organizador. Organizar, es fundamental en el movimiento obrero, mucho más que en la política de cualquier otra clase. Organizar, además, significa crear unos lazos de compañerismo, una relación personal, de calor y afecto, que hagan posible, para los organizados, sentir ya en su vida la fraternidad que con su lucha esperan lograr para todos. Un buen organizador es aquél que sabe establecer en su partido, su sindicato, su ateneo, un clima que dé sentido a la vida de los organizados.

Militar es exactamente esto: dar sentido a la vida del militante.

Maurín poseía estas cualidades en medida superlativa. Probablemente en ninguna organización española estaba tan arraigado este sentimiento de fraternidad y ninguna daba tan hondamente este sentido a la vida como el Bloque y luego el POUM. Sin estas dos cosas no sería explicable que entre decenas de millares de afiliados, en la época de la calumnia y la persecución, el POUM no tuviera más que una docena de defecciones, ninguna traición y conservara incluso a aquéllos que habían ido a él después del 19 de julio y no siempre por motivos desinteresados.

Maurín era, en cierto modo, contagioso. Escucharlo, leerlo, conocerlo, tratarlo, cambió la vida de muchos.

Cabía describir a Maurín, físicamente lo mismo que políticamente, como Machado veía a la España del futuro: «Dos ojos que avizoran y un ceño que medita.» En su voz se sentía que «es voz, no es eco».

De pocos puede decirse otro tanto.

ANDREU NIN

EL MAESTRO DE BARCELONA

Al cabo de casi cuatro decenios de su desaparición, tortura y muerte, Andreu Nin es todavía una pesadilla para aquellos mismos que ordenaron o toleraron su asesinato. Nunca hablan de él cuando escriben lo que, con exageración, llaman historia: no lo citan en sus memorias o usan su nombre para escudarse detrás de pretendidas ignorancias.

Nin sentía una profunda admiración por los bolcheviques, compañeros de Lenin, que hicieron la Revolución en Rusia y que murieron asesinados por Stalin, después de confesar imaginarias culpas y falsas complicidades. Y Nin, el admirador, murió sin confesar nada. El discípulo superó a los maestros.

Buena parte de su vida la pasó aprendiendo a ser un revolucionario. La muerte lo halló mucho más joven que a sus maestros —tenía apenas cuarenta y cinco años—, pero su aprendizaje había sido tan intenso, que a la hora de la verdad venció a los mismos torturadores que habían vencido a sus maestros. Precisamente porque

se había emancipado de ellos, porque su aprendizaje le enseñó a ver la realidad de su pueblo por encima de las ideologías y los dogmas. Durante una parte de su vida de militante, sacrificó a estos dogmas y a lealtades personales su acción política. Cuando superó unas y otras, le llegó la muerte.

La vida de Nin no estaba orientada hacia la muerte. Aunque enfermo del hígado, poseía una vitalidad considerable. Todo lo hacía de cara al futuro. Era un gozador de la vida; le gustaba comer, reír, charlar, le atraían las mujeres y si no llevó una existencia cómoda, fue porque sacrificó el confort material a su acción de militante. En el fondo, hubiera preferido ser novelista o crítico literario o escritor político. Sacrificó la vocación a lo que consideraba su deber.

Pero su muerte hace inevitable que cualquiera que escriba sobre Nin lo haga pensando en su fin. Se dice que algunos cargos hacen a quien los ocupa. Los cargos que Nin desempeñó no lo engrandecieron, pero su muerte le dio talla histórica. Y no porque murió, sino porque supo morir por los demás. Suele decirse que a la hora de la muerte todos estamos solos. Nin fue de los pocos que murieron acompañados, porque murió pensando no en sí mismo, sino en los demás¹.

Víctor Serge, que lo conoció en Moscú, dice de él en sus memorias² que «detrás de sus lentes con círculo de metal, tenía una expresión concentrada que la alegría de vivir aligeraba».

Alegría de vivir... esta frase describe exactamente la impresión que Nin producía en quienes le conocían. Al-

¹ Incluso quienes no lo veían así, recuerdan su muerte. Por ejemplo, Jaume Miravittles (*Episodis de la guerra civil espanyola*, Barcelona, 1972, p. 112), dice que «siempre me pareció lo que más me desagradaba en una persona: se encontraba terriblemente importante», y agrega: «Hay que reconocerlo, pero resaltando sus méritos intelectuales y su martirio.»

² Víctor Serge: *Memoires d'un revolutionnaire*, París, 1953, p. 14).

gunos que lo trataron no como militante, sino como escritor, recuerdan sus comentarios sobre libros y la afición con que acariciaba las bellas ediciones, siempre ajenas, pues nunca tuvo bastante dinero para permitirse el lujo de poseerlas.

Esto se ve claro cuando se lee su prosa política o la prosa de sus traducciones literarias. El catalán de Nin (literariamente, sólo escribía en este idioma) era fluido, flexible, innovador. Quienes leen ruso, afirman que sus traducciones de esta lengua son tan ricas como el original. En cambio, en sus escritos políticos, su estilo pierde personalidad y podría confundirse con el de otros escritores marxistas.

Pero si se lee esta prosa política siguiendo un orden cronológico, se nota en seguida que empieza, en su período de periodista barcelonés, por ser muy literaria, luego se amazota y, finalmente, vuelve a adquirir vuelos, ya cerca de la muerte, cuando los hechos parecen librarlo de la rutina estilística. Por ejemplo, sus artículos y sus discursos de 1936 son más personales que los de 1933 y mucho más originales que los de 1926, pongamos por caso.

Nin era, esencialmente, un intelectual, pero un intelectual que desde joven, antes de que el hecho de ser intelectual lo deformara, prefirió la acción a la teoría. En realidad, sospecho que no lo prefirió, sino que aceptó lo que las circunstancias le hacían ver como su deber.

Era fuerte de cuerpo, con las piernas cortas y las caderas anchas. Tenía un rostro redondo. Si, con la imaginación, dotárais un retrato suyo de un bigote, recordaríais la imagen del Dr. Juan Negrín que, como Nin, era un disfrutador de la vida. Sólo que Nin renunciaba a los goces para militar, mientras que Negrín renunció a su personalidad política para, ante todo, gozar del poder.

* * *

El año 1892, en que Nin nació, vio dos acontecimientos secundarios de los llamados «años bobos»: un motín de los jornaleros de Jerez, con muchos muertos, y la Asamblea de Manresa, donde los catalanistas fijaron las que llamaron bases de sus reivindicaciones. Nin nació, pues, bajo el signo de un doble ascenso: el del anarquismo y el del catalanismo.

Su familia poseía una zapatería en una ciudad agrícola de una comarca vinícola: el Vendrell, en la «provincia» de Tarragona. Cuando era chiquillo, debió oír hablar de un muchacho, ya cercano a la veintena, que empezaba a destacar como músico: Pau Casals. La ciudad y su comarca eran republicanas y daban a menudo la victoria a los candidatos que entonces se llamaban antidinásticos.

En casa de Nin se hablaba poco de política. Sus padres ahorraban, porque el muchacho destacaba en la escuela y querían enviarlo a estudiar. Cuando decidió que quería ser maestro, estudió en Tarragona la parte de bachillerato que se exigía para el magisterio y luego pasó a Barcelona, a la Normal.

Llegó a Barcelona en 1909, poco después de la Semana Trágica. Todavía vio conventos e iglesias con los muros ennegrecidos por los incendios. Pronto se dio cuenta de que la ciudad estaba dividida entre los republicanos centralistas que seguían a Alejandro Lerroux, los republicanos catalanistas, los autonomistas burgueses de la Lliga Regionalista y los obreros anarquistas que dos años después iban a formar la CNT (Confederación Nacional del Trabajo). Fue en Barcelona donde Nin descubrió la fascinación de la política. Le atraían a la vez el romanticismo de los sindicalistas y el sentido de la lengua de los catalanistas. Y lo atraían, también, las mujeres. En Barcelona encontró, en 1911, al terminar la Normal, a una de las tres hermanas maestras con las cuales, de muchacho, había hecho amistad en Tarragona. Poco después, se instalaron juntos en un barrio de la ciudad. Tuvieron dos hijos —una muchacha y un chico—, pero

la pareja, en cuanto pasó la etapa de entusiasmo juvenil, fue aflojándose; la muchacha se interesaba poco por la política. Al cabo de siete u ocho años, se separaron.

Entre tanto, terminada la carrera, Nin empezó a trabajar de maestro. No en una escuela oficial, cuyo ambiente burocrático le habría asfixiado, ni en una escuela privada de tipo convencional, donde habría chocado con los valores aceptados. Entró en la Escuela Horaciana, fundada por Pau Vila, un tipógrafo anarquista (hoy geógrafo eminente), y sostenida por los sindicatos. Además, de noche, enseñaba en el Ateneo Obrero de la Barceloneta, probablemente de balde, como era costumbre en los ateneos obreros. En ambos lugares empezó a entrar en contacto con los trabajadores. Por esta época publicó un cuento, más bien mediocre, en la colección de *La Novela Ideal*, que dirigía el viejo patriarca del anarquismo, Federico Urales. Probablemente fue un gesto de respeto por Urales.

Nin asistía a una de las tertulias político-literarias, en un café de las Ramblas, que se reunía en torno a Pere Corominas, entonces muy popular por haber estado encarcelado en Montjuich unos años antes y que en aquel momento dirigía *El Poble Catalá*, el diario catalanista de izquierdas. Era la época de los comienzos de la Mancomunitat (la primera, transitoria y muy limitada autonomía para Cataluña), dominada por la Lliga, de la guerra europea, de los grandes negocios para los industriales que vendían a los beligerantes de ambos bandos, aprovechando la neutralidad de España, y también del terrorismo de la banda de pistoleros del barón alemán König, que trataba de impedir las ventas a los aliados. La relativa prosperidad que la guerra provocó en Barcelona permitió a los sindicatos de la CNT conseguir mejoras para sus miembros y atraerse al grueso de la clase obrera catalana. La guerra europea, indirectamente, contribuyó al rápido crecimiento de la CNT, en cuyo seno comenzaban a destacar militantes que poco después serían dirigentes muy populares: el relojero Angel

Pestaña, Salvador Seguí, «Noi del Sucre», y un grupo numeroso de sindicalistas que, sin dejar de ser anarquistas, tendían a prestar más atención a las luchas inmediatas que a los objetivos lejanos.

Aunque trabajaba en una escuela y en un ateneo anarquizantes, el anarquismo no satisfacía las emociones de Nin, porque se mostraba indiferente al problema catalán —que él sentía de modo profundo— y porque le encontraba un regusto de cursilería que chocaba con sus aspiraciones literarias. Por esto, en 1911, sin duda después de leer muchas de las ediciones baratas sobre cuestiones sociales que entonces circulaban, Nin se adhirió a las Juventudes Socialistas. El partido socialista español nunca había logrado arraigar en Cataluña, por su incompreensión del problema catalán y por su carácter moderado, que no atraía a un proletariado, al cual, las desilusiones de la segunda mitad del siglo XIX había inclinado hacia el anarquismo y al que la persecución policiaca mantenía en esta posición.

En 1912, durante unos alborotos estudiantiles, Nin fue detenido, junto con docenas de compañeros; a las cinco o seis horas fueron dejados todos en libertad. Dos años después, nueva detención por haber publicado un artículo con el título muy juvenil de «Los miserables» en el semanario socialista *La Internacional*, que dirigía Fabra Ribas, y que fue denunciado por el fiscal. El juez, después de tomarle declaración, lo dejó en libertad provisional.

Su estancia en las Juventudes Socialistas le hizo entrar en contacto con algunos grupos obreros y entrenarse en hablar en público, en mítines y conferencias. José Pla que por aquella época era izquierdista y que lo escuchó algunas veces, escribió mucho después que «hablaba bien, con una indudable estampa de orador y con un innegable respeto por el sentido común y la sintaxis, cualidades que más bien fueron excepcionales en la historia de nuestra oratoria moderna».

Nin, además de ser miembro de las Juventudes Socia-

listas, lo era también de las juventudes de la Unión Federal Nacionalista Republicana, que se había formado en 1910 por la fusión de diversos grupos republicanos catalanistas y que admitía que sus miembros fueran también afiliados a otras organizaciones. Es posible que Nin figurara entre los primeros adherentes de la Unión Federal, porque su principal dirigente, Jaume Carner, era justamente diputado por el Vendrell. En julio de 1912, Lluís Companys, que era secretario de las Juventudes de la Unión Federal se pasa a un partido más moderado, el reformista, y Nin es elegido para sustituirlo. Se ocupa, pues, de enseñar en una escuela anarquista, de hablar en mítines socialistas y catalanistas republicanos, de escribir en periódicos de ambos movimientos y de colaborar a veces en las publicaciones del Institut d'Estudis Catalans, además de crear una familia. En 1913, reclama que la Unión Federal «cree escuelas neutras, bisexuales y catalañas.»

Como una consecuencia casi normal de esta actividad, Nin se encontró, en 1914, redactor de *El Poble Català*, el periódico de la Unión Federal. Pero no debió sentirse satisfecho en él, o acaso su ideología iba cristalizando, porque poco después sale del periódico. Se encuentra en apuros económicos. Jaume Carner lo presenta a una empresa exportadora de tejidos, Tusell Hermanos, que lo envía como representante a Egipto, para tratar de meterse en el mercado de este país, aprovechando que los aliados, que antes lo abastecían de tejidos, no estaban en condiciones de seguir haciéndolo. La experiencia fue interesante, pero Nin pronto deseó volver a Barcelona. En febrero de 1917, cuando estaba haciendo el equipaje, llegó la noticia de la caída del zarismo. De Egipto regresó con un sentido más claro de las cosas del mundo, con menos provincianismo y con un conocimiento bastante eficaz del árabe. Nin poseía un buen sentido del lenguaje y Egipto le dio ocasión de ponerlo a prueba.

La empresa textil le hizo viajar por la Península. Es difícil imaginar a Nin haciendo de viajante, pero sin

duda la necesidad económica no le dejó alternativa. Aprovechó sus viajes para establecer contactos políticos. Estaba en Oviedo cuando comenzaron los preparativos para la huelga general de agosto de 1917. Se entrevistó con los dirigentes locales Teodomiro Menéndez e Isidro Acevedo (que luego fue uno de los fundadores del Partido Comunista español) y con el líder minero Manuel Llaneza. Continuando su viaje, llevó instrucciones de Oviedo a los socialistas de Valladolid. Un policía lo vio paseando con Oscar Pérez Solís (dirigente socialista que luego fue uno de los fundadores del Partido Comunista) y lo detuvieron, pero como no encontraron nada comprometedor en su cuarto de hotel, lo dejaron en libertad a las veinticuatro horas.

* * *

De vuelta a Barcelona, deja su puesto en la casa Tusell y se lanza de lleno a la política. Da muchas conferencias y escribe a menudo en *Justicia Social*, semanario del ala izquierda socialista. Pero el Partido Socialista ya no respondía a la impaciencia y las aspiraciones de Nin, que devoraba las noticias sobre Rusia y que leía más y más a los teorizantes marxistas y bolcheviques. Al mismo tiempo, en la CNT los elementos sindicalistas predominaban sobre los anarquistas. Sin abandonar su concepción socialista de la vida, consideró que la CNT era la fuerza revolucionaria de España. Se afilió al sindicato de profesiones liberales y pronto fue elegido presidente del mismo.

Comenzó luego el terrorismo entre los «sindicatos libres» —organizados por los patronos y apoyados por la policía y sin base obrera— y los sindicatos únicos de la CNT: atentados contra patronos, contra dirigentes sindicales, contra policías. Nin siguió los acontecimientos no sólo desde su sindicato, sino también desde un periódico, puesto que, para ganarse la vida, había vuelto al periodismo, ahora como redactor del diario *La Publicidad*, inspirado por el abogado Amadeu Hurtado, y

en la Agencia Fabra, filial española de la francesa Havas, entonces muy poderosa, que en Barcelona dirigía Claudi Ametlla.

En enero de 1918, *lock-out* de la patronal barcelonesa. Manifestaciones, choques con la policía, clausura de sindicatos. La policía asaltó una reunión clandestina: 62 detenidos, entre ellos Nin. Seis meses en la Cárcel Modelo. Finalmente, cuando cambian al gobernador civil, Teodomiro Menéndez, que era diputado, hizo gestiones y el nuevo gobernador ordenó la libertad de los detenidos. Pero el jefe de policía —general Arlegui— se negó, hasta que hubo una fuerte discusión entre las dos autoridades y los detenidos salieron a la calle. En la puerta de la cárcel, la policía espera a Nin, lo conduce al despacho de Arlegui, que le espeta un sermón, y al día siguiente lo suelta.

Poco después, el general Severiano Martínez Anido es nombrado gobernador civil y el terrorismo patronal se convierte, así, en política oficial.

Todo esto es anécdota. Lo importante es el camino que debe seguir la CNT. En ésta surgen dos tendencias: una favorable a la adhesión a la Tercera Internacional y otra contraria a ella. La primera prevalece —como se explicó en la biografía de Maurín— en el Congreso cenetista de 1919. En él, Nin pronuncia un discurso en favor de la adhesión: «Soy un fanático de la acción, de la Revolución. Creo más en los actos que en las ideologías para una mañana lejano, y en las cuestiones abstractas. Soy partidario de la Tercera Internacional porque... por encima de las ideologías, representa un principio de acción, un principio de coexistencia en todas las ideologías netamente revolucionarias, que aspiran a implantar el comunismo de modo inmediato. Por esto, yo, que he pertenecido al Partido Socialista hasta el día en que decidió, en su Congreso, permanecer en la Segunda Internacional, os anuncio, a todos vosotros, compañeros de España, que sigo siendo un revolucionario, que desde el día en que el Partido Socialista Obrero Español

acordó persistir en sus normas anacrónicas, me di de baja de él, para continuar con vosotros en el terreno puro de la lucha de clases.» El Congreso decidió adherirse provisionalmente a la Tercera Internacional, «por el carácter revolucionario que la informa», y enviar una delegación a Rusia para examinar sobre el terreno la situación.

Nin era ya comunista, pero su comunismo tenía más que ver con la simpatía por la Revolución rusa que con programas y doctrinas, poco conocidos y, en general, a través de pésimas traducciones.

En marzo de 1921, seis meses después de la firma de un pacto entre la CNT y la UGT, Eveli Boal, secretario general del Comité Nacional de la CNT cae asesinado. Nin es nombrado por el Comité Nacional para sucederle. (Muchos dijeron que Nin era secretario de la CNT; en realidad, este cargo es imaginario; se era secretario de tal o cual comité y Nin lo fue del Nacional.) No es popular entre las masas, pero comienza a ser conocido por los militantes, que respetan su aire de intelectual. Los pistoleros se encargaron de realzar su figura: una noche, mientras cenaba con otro cenetista conocido, Canela, disparan contra ellos desde la puerta del bar (en la esquina de Buen Suceso y Sitjá). Canela murió y Nin no sufrió ni un rasguño.

El aprendizaje de Nin —en esos años tan intensos, con el terrorismo barcelonés, la huelga de la Canadiense, la sublevación del cuartel del Carmen zaragozano, el desastre de Annual— iba a ponerse, ahora, a prueba. Seguí, Pestaña, Carbó y otros dirigentes, se hallaban encarcelados. Nin y Maurín (éste en el Comité Regional catalán) eran las dos personalidades más sobresalientes de la dirección de la CNT.

* * *

En abril de 1921, un pleno nacional de la CNT decidió enviar una nueva delegación a Rusia, al III Congreso de la Internacional y al Congreso de fundación de la que iba a ser la Internacional Sindical Roja. Nin, que hablaba varios idiomas, fue designado para formar parte de esta delegación.

Era el primer viaje de Nin a Europa (antes, sólo había salido de España para ir a Egipto). Cómo se realizó, se contó ya en la biografía de Maurín. En Barcelona corrió la voz que Nin huía de la policía, porque inmediatamente después de su nombramiento para el puesto de secretario del Comité Nacional cenetista, tres militantes anarquistas (entre ellos Ramón Casanellas), mataron a tiros al jefe del Gobierno, el conservador Eduardo Dato, y la policía le achacaba la inspiración del atentado. En realidad, este tipo de «operaciones» se llevaban a cabo por grupos específicos, sin conocimiento de los comités «regulares» y Nin no tuvo nada que ver en él.

En Berlín, tuvo que esconderse de la policía, que vigilaba a los españoles, confiando en descubrir a alguno de los que mataron a Dato, para cuya captura el Gobierno español había ofrecido un premio de un millón de pesetas. Con pasaporte falso, como rusos repatriados, los delegados cenetistas pasaron a Estonia, de allí a Petrogrado y a Moscú.

Nin no lo sabía todavía, pero empezaba para él una nueva etapa de su vida, durante la cual contemplaría millares de veces los muros del Kremlin, la gran extensión de la Plaza Roja y los muros desconchados de su habitación del Lux.

EL AGENTE DE LA PROFINTERN

Cuando llegó a Moscú, en 1921, la Revolución estaba en una crisis. El ejército rojo, improvisado por Trotsky, había ganado la guerra civil, pero la Revolución en Europa, por lo menos en Alemania, que Lenin y Trotsky consideraban indispensable, había fracasado. En el III Congreso de la Internacional, al cual Nin asistió como espectador, Lenin expuso su nueva táctica, la NEP (Nueva Política Económica), que a muchos delegados les pareció un retorno al capitalismo, un pasó atrás; se permitía el pequeño comercio y que los campesinos pudieran vender libremente su cosecha. Los campesinos del Volga, con sus rebeliones verdes, y los de Ucrania, detrás del maestro anarquista Majno, se oponían a los bolcheviques. Los marinos de Cronstadt, que habían hecho posible el triunfo bolchevique en 1917, habían sido aplastados poco antes por Trotsky, cuando reclamaron más democracia. Predominaban el puritanismo en las esferas dirigentes bolcheviques, la austeridad en el vestido y la comida. La Revolución, apagada la gran

llamarada de la guerra civil, se volvía triste. Sólo los escritores y artistas —Maiakovsky, Bebel, Stanislavsky...— seguían experimentando en medio del racionamiento. Para los demás, trabajo, organización, propaganda, con el fin de «salvar la Revolución con la labor cotidiana».

Había dificultades para adquirir ropa y comida. Durante unos años todavía, vivir en Rusia sería, para los comunistas, un privilegio que se pagaría con privaciones. Pero había compensaciones: las discusiones interminables, las polémicas con los europeos (Kaustsky a la derecha, Panakoek y Bordiga a la izquierda), las noticias sobre la fundación de partidos comunistas en los lugares más inverosímiles, en el Ecuador, en Ceylán, las visitas de comunistas de todo el mundo, que desafiaban a las policías para poder conversar con Lenin y Trotsky (el primero más accesible que el segundo), las maniobras diplomáticas que desconcertaban a las cancillerías europeas, y el enorme entusiasmo pasivo, la fe resignada del pueblo ruso, el desafío de contribuir a movilizar este entusiasmo para aumentar la producción, las luchas fraccionales en el seno del Partido, etc.

Este fue el ambiente en que vivió Nin durante nueve años. Cuando salió de Rusia, comenzaba a cambiar, pues si la austeridad era todavía común, ya no la compartían los dirigentes, y el monolitismo se generalizaba en el Partido ruso y en el movimiento comunista internacional. Nin vivió, pues, un período de fe, que como todas las fes, secaba el alma y mantenía tenso el cuerpo, un período en que nada ocurría para mantener vivo el entusiasmo, en que éste debía generarse por los propios militantes, pues nada, desde fuera, lo alimentaba.

Lo que salvó a Nin de ahogarse en este ambiente fue su alegría de vivir y el recuerdo de su país, su insistencia en escribir el catalán, en mantener correspondencia con los amigos que había dejado en Cataluña, especialmente con Maurín y otros compañeros que habían formado en el seno de la CNT, los Comités Sindicalistas Revolucionarios, para luchar por la «marxistación» del movi-

miento obrero y su nueva adhesión a la Internacional Comunista (de la cual la CNT se separó en 1922).

Debía haber, sin embargo, algo contagioso en ese ambiente, puesto que Nin se rusificó —sin dejar por ello de sentirse muy catalán. Nin sostenía una actividad —correspondencia, artículos, luchas burocráticas, viajes como agente de la Internacional— que solamente podía mantenerse si uno se convencía de que lo bueno para la URSS era bueno para el mundo obrero en general.

* * *

Nin trabajó en la Profintern. Fue un miembro del aparato dirigente internacional, que lo mandó con misiones a Alemania, Francia e Italia. Por suerte para él, no eran todavía las misiones de muerte y traición que más adelante caracterizaron la vida de los *aparatchik*. Nin debía pensar todos los días que trabajar en la Profintern era trabajar por la revolución y el socialismo mundiales. Estas frases, que parecen retóricas, tenían para aquellos hombres un sentido real, casi tangible. Sin ellas no hubieran podido continuar...

* * *

Todo esto se verá mejor en la crónica de la vida de Nin en Moscú. A su llegada, con los demás delegados de la CNT, lo instalaron en el hotel Lux, en la avenida Tverskaia, no lejos del Kremlin. Un hotel polvoriento, mal cuidado, frío y con una cocina detestable. Ya vimos, al hablar de Maurín, cuál fue su actividad. Al terminar la visita, al cabo de casi dos meses, decidieron que Nin se quedara en Rusia, puesto que su vida corría peligro si regresaba a España, donde seguía considerándosele autor intelectual del atentado contra Dato.

Nin había establecido buena amistad con Víctor Serge, que, por hablar francés y algo el castellano, se encargó de mantener el contacto con los delegados cenetistas, a

los que iba a ver casi todas las noches en su hotel. Serge, en un artículo de 1937¹ recordó al Nin de 1921: «Es joven, flaco, con una abundante cabellera ondulada, una mirada alegre detrás de los lentes, una voz bien timbrada y que revela, ya, la firmeza. Nin me explica que no es anarquista, sino rigurosamente sindicalista. Ninguna utopía en su pensamiento: su única preocupación es conquistar y organizar la producción. Durante el Congreso, nos encontrábamos en el Kremlin, en la sala de las columnas de la casa de los sindicatos: Nin, con el cuello de su camisa blanca desabrochado, su perfil acusado, su cordialidad. De noche volvemos a encontrarnos en la habitación de Maurín, en el hotel Lux, para hablar de arte, del ejército rojo, del terror rojo, de organización, para agitar todas las cuestiones. No se trata de palabras; se trata de vidas; de entrada, de las nuestras, que hemos comprometido.»

Rosmer, en un acto de homenaje a Nin, en 1954, recordó que «las intervenciones de Nin en el Congreso [de la Profintern] llamaron mucho la atención. Se le vio ya como un jefe, si entendemos por tal a toda persona capaz de tomar decisiones»².

Alexander Losovsky, un sombrerero que había estado exiliado en Francia y que hablaba francés, algo el inglés y alemán, era el bolchevique encargado de organizar primero la Profintern y luego de dirigirla. No era un hombre deslumbrante, sino gris, pero buen coordinador. Más adelante sirvió a Stalin, para acabar, como tantos otros, asesinado por orden de éste. Losovsky se había fijado en Nin, durante el Congreso, y no fue difícil persuadirle de que lo aceptara entre sus colaboradores en el equipo que iba a poner en marcha la Internacional Sindical Roja (constituída formalmente en el Congreso al cual habían asistido los delegados cenetistas). Un

¹ Cit. por Wilebaldo Solano: «Andreu Nin, assaig biogràfic», en *Els moviments d'emancipació nacional* de Andreu Nin. París, 1970, pp. 28-29.

² Citado por Solano: *Op. cit.*, p. 29.

trabajo paciente, de fichas, circulares, contactos. Nin se descubrió entonces una nueva aptitud: la de organizador, de burócrata si se quiere, como solía llamarse despectivamente a quienes realizaban estas tareas. Necesario, pero no admirado. (Más adelante, se dijo que había sido secretario de la Profintern; el secretario era Losovsky y sólo él. Nin formaba parte del secretariado, que era el organismo encargado de aplicar las decisiones del Comité Ejecutivo y que, andando el tiempo, de hecho determinaba estas decisiones.)

Además, Nin fue nombrado delegado en la Profintern de los Comités Sindicalistas Revolucionarios creados por Maurín y sus compañeros en España. Pero esto le daba poco trabajo. Su tiempo lo empleaba casi íntegramente en la Profintern; el poco que le quedaba, lo dedicaba a leer lo que se publicaba en Cataluña: aprovechaba todas las ocasiones para hacerse mandar libros en catalán y, desde luego, en las oficinas de la Profintern recibía la prensa barcelonesa. Era probablemente el único en Rusia que podía leer lo escrito en catalán y adivinar lo que la censura había suprimido en sus grandes espacios en blanco.

En septiembre de 1921, la Profintern envió a Nin a Alemania, a establecer contacto con el Partido Comunista —clandestino a la sazón— y a ayudarlo en su tarea sindical. Pero lo detuvieron apenas había empezado a trabajar en Berlín. Nin creía que fue víctima de la delación de una comunista bávara de la que más tarde se comprobó que era espía de la policía; otros dijeron que Nicolau (uno de los autores del atentado contra Dato) llevaba la dirección de Nin encima cuando lo detuvo la policía berlinesa. El Gobierno soviético declaró a Nin ciudadano ruso, hizo gestiones diplomáticas y consiguió que lo pusieran en libertad. Un buque soviético lo llevó a Petrogrado. En aquella época, los agentes de la Internacional se consideraban en Moscú como revolucionarios y no como espías al servicio de la diplomacia soviética y, por tanto, se les protegía. De todos

modos, Nin rozó la catástrofe, pues al saber su detención, la embajada española pidió su extradición y los comunistas alemanes hubieron de organizar, bajo mano, una serie de mítines y protestas para oponerse a ella. De no haber sido por la decisión soviética de hacerlo pasar por ruso, le habría ido mal.

En enero de 1922 vuelve a estar en Moscú, de donde no se mueve hasta principios de 1924. Esos años lo integran profundamente a la vida política rusa. Es miembro del Partido Comunista soviético y candidato por el mismo al Soviet de Moscú, para el cual fue elegido en representación de los extranjeros residentes en la capital. Tuvo, pues, cierta experiencia del funcionamiento de un Soviet, aunque, por aquella época, alrededor de la muerte de Lenin, los soviets habían perdido influencia y todo giraba ya en torno al Partido.

En esa época, Nin se casa con una secretaria en la Profintern, que había formado parte del cuerpo de ballet de la ópera, Olga Taréeva. Olga, al cabo de un tiempo, tuvo un parto triple (lo que dio a Nin más popularidad, en Moscú, que su actividad política). Sólo sobrevivió Ira. Dos años más tarde, les nació Nora. Nin llamó a Moscú a su madre, que se había quedado viuda, pero la campesina del Vendrell no se adaptó al reducido espacio de un cuarto de hotel, a no entender a la gente, a tener poco trabajo, y finalmente regresó a su pueblo catalán. Tal vez se hubiera adaptado mejor unos años más tarde, cuando, en 1926, Nin consiguió una *datcha* pequeña, cercana a la ciudad.

En el verano de 1924 Nin volvió a ver a Maurín y a algunos otros sindicalistas catalanes, que acudieron, en representación de sindicatos cenetistas (controlados por miembros de los Comités Sindicales Revolucionarios) para asistir al II Congreso de la Profintern. Trató de explicarles las dificultades de la vida rusa, pero ninguno se hizo comunista (salvo Maurín, que ya se consideraba tal).

Hay una foto de esta visita, en la cual se ve, en el centro, a Losovsky, a su lado Nin (el único que no lleva

corbata y va en mangas de camisa), y a Oscar Pérez Solís, Joaquín Maurín, Joan Grau Jassans, Josep Jové Surroca, Desideri Trilles, Rojals y Valls.

Pero el trato que Nin tenía con España y Cataluña era más bien burocrático. Esto se revela, por ejemplo, en un artículo que escribió en *Lucha Social* (el semanario de Maurín en Lérida), donde, el 29 de abril de 1922, podía leerse bajo su firma una frase como ésta: «El Partido Comunista ruso es la única garantía de la Revolución y del mismo modo que los jacobinos se vieron obligados a guillotinar a los hebertistas, a pesar de que representaban una tendencia izquierdista..., nuestros camaradas rusos se ven obligados a aplastar cualquier intento de destruir su poder. No es sólo su derecho, sino su deber. La salud de la Revolución es la ley suprema.»

La Profintern se iba burocratizando y esto no podía dejar de influir en Nin. La Internacional Sindical Roja se había creado sobre un malentendido. Para los bolcheviques era un instrumento de la Internacional Comunista, pero para muchos sindicalistas debía ser un instrumento de los sindicatos afiliados. Los bolcheviques veían los sindicatos como un centro de reclutamiento para el Partido y como tropas de choque para el mismo, mientras que muchos sindicalistas los veían como un futuro órgano de poder y como el motor de la Revolución. Nin, en 1921, era sindicalista; en 1924 era ya marxista. En esta evolución se manifestaba la influencia del ejemplo ruso, cierto, pero también la lectura de los autores marxistas, el contacto con los dirigentes bolcheviques, las largas discusiones con ellos. No se olvide que en esa época, si no había libertad en la URSS, la había en el seno del Partido Comunista ruso para las diversas tendencias del mismo. Hacerse comunista, pues, no parecía renunciar a algo, sino enriquecerse tanto en la teoría como en las posibilidades de acción.

* * *

Su trabajo de periodista y en una casa comercial, su preparación de maestro y sus aficiones de intelectual ayudaban a Nin a convertirse en un alto funcionario revolucionario, pues esto es lo que ya era en 1924. Su labor resultaba, a la vez, fascinante (porque permitía intervenir desde dentro en la creación de un movimiento sindical comunista internacional) y exasperante (porque se desarrollaba en un ambiente cada vez más enraizado por las intrigas y las órdenes de Moscú, pues había comenzado ya la etapa de la bolchevización de los partidos comunistas, por orden de Zinóviev, que iba a separar del movimiento, en todo el mundo, a muchos de sus fundadores). La muerte de Lenin contribuyó a este enturbiamiento de la atmósfera, porque los burócratas, siempre inclinados a la veneración, se sintieron en cierto modo huérfanos. Pero contribuyó a ello aún más la presencia de Stalin en el secretariado del Partido Comunista ruso. El ambiente de desconfianza que reinaba en el Partido se reflejaba en la Comintern y la Profintern (dirigidas, no se olvide, por rusos que estaban mezclados en las luchas en el seno del Partido Soviético). Los altos funcionarios de la Comintern y la Profintern, en aquella época, no eran títeres que decían que sí a todo y, rusos o extranjeros, veían las consecuencias que tendría la victoria de una u otra facción en la lucha por la sucesión de Lenin. Por tanto, participaban en ella.

Nin conoció poco a Stalin y de lejos, pero lo suficiente para que no le atrajera como persona. En cambio, conoció más de cerca a Trotsky, Zinóviev, Bujarin, Kámenev. Con ninguno tuvo una amistad estrecha. Trotsky le fascinaba, pero Nin no se sentía, entonces, trotskysta. Si por alguna se inclinaba, era por la posición más realista de Bujarin (a quien los hechos, hoy lo sabemos, han acabado dando la razón).

En 1924, la Profintern envía a Nin a Italia, con un pasaporte que le da la nacionalidad belga y el nombre de Uhrmacher (relojero). Se ve ya que Mussolini, que

todavía mantenía una fachada parlamentaria, iba hacia la Dictadura franca y Nin tiene el encargo de ayudar a organizar las actividades sindicales clandestinas del Partido. Está reunido con el Comité Central del Partido italiano cuando llega la noticia de la muerte de Lenin. Luego va a Viena, donde le dan un pasaporte de correo diplomático soviético con el apellido de Koroliof.

A últimos de 1925, nueva salida, hacia París. Tiene mala suerte. La policía lo detiene a la salida de una reunión en el local de la CGTU (la pequeña sindical comunista francesa). Esta vez pierde el pasaporte falso, que lo hacía suizo, y después de cumplir un mes de prisión, por entrada ilegal en Francia, es expulsado y regresa a Rusia con un pasaporte, a nombre suyo pero como súbdito soviético (cosa que no era, pues Nin nunca cambió de nacionalidad, probablemente porque para él representaban muy poco los papeles oficiales). Es curioso que en esta detención, el comisario que la efectuó conocía el nombre verdadero de Nin, cosa que los franceses, alemanes, italianos, etc, con que Nin había tratado ignoraban; esto hizo pensar que la detención se debía a algún confidente español que conocía a Nin de vista. En este viaje a París debía ocuparse, sobre todo, de la visita de Francesc Maciá a Moscú y del Partido Comunista español, que pasaba por una de sus periódicas crisis. Pero la policía no le dejó tiempo de hacer nada de lo previsto.

* * *

Al mismo tiempo que viajaba, Nin escribía, en *Lucha Social*, de Lérida, luego en *La Batalla*, fundada por Maurín y sus compañeros y, asimismo, en la *Correspondencia Internacional*, el órgano de la Comintern. De esta época son una serie de folletos, medio de teoría y medio de propaganda, defendiendo las posiciones sindicales de la Profintern, que se tradujeron a diversas lenguas. En 1933, Nin mismo recordaba algunos de sus

títulos³: *El sindicalismo revolucionario y la Internacional* (editado por *La Batalla*, de Barcelona), *El fascismo y los sindicatos* (en ruso, Moscú, 1923, luego traducido al inglés y publicado en Chicago el mismo año con el título de *Struggle of the Trade Unions Against Fascism*), *Los anarquistas y el movimiento sindical* (en francés, París, 1924), *El peligro de guerra y el movimiento obrero internacional* (en ruso, Moscú, 1925), y *El movimiento sindical en España* (en ruso, Moscú, 1926). Probablemente, supervisó también todo lo que aparecía sobre países de lengua española en las publicaciones de la Internacional, pues era el único que hablaba y escribía el castellano en las oficinas de Losovsky, aparte de algunos latinoamericanos transitorios.

Finalmente, Nin era, en cierto modo, el «cónsul» de los visitantes catalanes y de habla española en Moscú. José Bullejos, que dirigía entonces el Partido Comunista de España, no dejaba nunca de visitarlo en el Lux, cuando iba a Moscú. Los periodistas catalanes Josep Pla y Eugeni Xammar fueron guiados por Nin en su visita a la URSS, para la cual él les proporcionó la invitación (a ambos los conocía de su época de periodismo barcelonés). Pla, que años después se hizo de derechas y prosperó en el periodismo (que entonces era corresponsal de *La Publicitat*, en Berlín, y vivía con estrecheces), escribió mucho más tarde un retrato de Nin. Es interesante saber cómo este tímido desenfadado lo veía⁴: agitador «frío, glacial, egoísta, ambicioso, vindicativo», con un «deseo impetuoso de gloria y de placer». Pla atribuye todo esto a un «resentimiento sexual», porque no podía hacer el amor con señoras distinguidas... De sus conversaciones con Nin, Pla recuerda una en la cual le enseñó un libro de Alexander Herzen con la frase «la finalidad de una generación es la generación misma»:

³ Que aparecen, bajo el epígrafe de «Otras obras del autor», en el libro suyo *Las Organizaciones Obreras Internacionales* (publicado en 1933, por Dédalo de Madrid).

⁴ Josep Pla: *Homenots*, 3.ª serie. Barcelona, 1959.

Nin se mostró en desacuerdo con esta idea, pues él, decía, trabajaba para el futuro y esperaba que las generaciones venideras se beneficiarían de sus sacrificios y luchas. Pla no indica cómo el supuesto resentimiento sexual se concilia con esta disposición a hacer sacrificios para el futuro...

Xammar lo recuerda como un hombre de cultura, aunque limitado por sus convicciones. Nin, cuenta Xammar, alternaba en las conversaciones los recuerdos y preguntas sobre Cataluña con explicaciones «francamente demasiado largas» sobre la realidad soviética. Hay que decir que ya se había generalizado entre los comunistas la costumbre de hablar como editoriales de periódico y de utilizar las consignas del momento como argumentos, y Nin, que estaba donde estas consignas germinaban, no debió sustraerse al hábito.

Antes de esta visita, Nin hubo de intervenir en la crisis del Partido Comunista español. Había en él divergencias, pues muchos creían que al seguir ciegamente las consignas de Moscú, la dirección aislaba al Partido de las masas. Moscú llamó a una comisión, compuesta por José Bullejos, Jesús Ibáñez y Julián Gómez («Gorkín»). Esta comisión se reunió con una formada por Antonio Gramsci, Jacques Doriot, el italiano Verti, André Marty, el argentino Vittorio Codovila, el mexicano Almanza, el suizo Humbert-Droz, Losovsky y Nin. De regreso a París, esta comisión (que vivía en el exilio) reunió dos Comités Centrales (a los cuales Nin debía asistir, aunque no pudo hacerlo porque lo detuvo la policía francesa, como ya se dijo). De estas reuniones surgió la *troika* Bullejos-Trillas-Adame, que dirigió el Partido español hasta 1932.

Más interesante para Nin debió ser la visita a Moscú de Francesc Maciá, el ex coronel de ingenieros del ejército español que, después de ser diputado durante unos años, se había exiliado durante la Dictadura de Primo de Rivera y dirigía el grupo nacionalista radical Estat Catalá. Maciá preparaba una entrada armada en

Cataluña y necesitaba ayuda. A comienzos de 1925 se formó en París un comité con Maciá y algunos cenetistas y comunistas. Bullejos informó a la Comintern que había pocas posibilidades de éxito para el proyecto de insurrección armada de Maciá, pero el representante comunista francés en el comité de París, Pierre Semard, aconsejó que, de todos modos, se invitara a Maciá a Moscú, para tratar de atraérselo y, en todo caso, para beneficiarse con su presencia allí ⁵.

Maciá hizo el viaje en compañía de J. Carner Ribalta y de Bullejos, los tres con pasaporte falso, como súbditos franceses. Los cenetistas del comité de París se opusieron al viaje. Pero Maciá decidió, sin muchas esperanzas, emprenderlo. Una vez en la capital soviética, el líder catalanista se reunió con Bujarin, secretario de la Comintern, y con algunos de sus consejeros... Nin sirvió de intérprete ⁶. Bujarin comenzó afirmando que la Internacional ayudaría de acuerdo con un principio de apoyar todos los movimientos de emancipación nacional. Maciá indicó que, con ayuda o sin ella, emprendería su acción armada, si no para triunfar, por lo menos para que «quedara en la historia una página comparable a la de Irlanda frente a Inglaterra». Bujarin aconsejó que no se iniciaran movimientos heroicos y sentimentales, que, al fracasar, conducirían a la desmoralización. Hubo acuerdo en que se necesitaba emprender una acción contra la Dictadura. Mientras Maciá la veía como una insurrección armada, los comunistas estimaban que había que hacer «un trabajo previo de agitación y preparación, tanto entre las masas populares como entre los soldados. Sólo después de madurar las condiciones políticas de la Revolución podrían plantearse los problemas técnicos de la insurrección, en cuyo momento no se

⁵ José Bullejos: *Europa entre dos guerras*. México, 1946, página 111.

⁶ Sobre este viaje más detalles en Maciá: *La seva actuació a l'estranger*. México, 1963, vol. II, pp. 63-65.

regatearía [por la Internacional] ninguna clase de asistencias materiales»⁷.

Maciá había llegado a Moscú el 24 de octubre de 1925. El 13 de noviembre se dio por terminada la discusión. Moscú ayudaría cuando tuviera la seguridad de que la mayoría de los españoles estaban dispuestos a lanzarse a la Revolución; Maciá quería ayuda para comenzar la Revolución, convencido de que luego la mayoría se le sumaría. Aunque no hubo acuerdo, Moscú aceptó enviar un representante al comité de París. Maciá se quedó unos días más en Moscú, aguardando la llegada de Trotsky, que estaba en Leningrado, y que los dirigentes de la Comintern consideraban que podía dar a Maciá algunos consejos. Entretanto, con Nin, visitaron a Zinóviev, presidente de la Internacional, que les habló de cómo la URSS había «solucionado» el problema de las nacionalidades. El 28 de noviembre, cansados de esperar a Trotsky, Maciá y Carner Ribalta decidieron regresar a París y se marcharon sin despedirse de nadie, decepcionados y acaso resentidos. Nin debió encontrarse en posición falsa, teniendo que justificar a Trotsky (del cual no era todavía partidario) y lamentando la falta de interés del creador del ejército rojo. Claro que éste, que había ya comenzado su lucha con Stalin, tenía cosas más urgentes que ocuparse de los sueños del jefe de un grupo minoritario de un pequeño país en el otro extremo de Europa.

Una vez en París, Maciá informó al Comité, que tuvo la impresión de que la Comintern quería aprovechar a los nacionalistas catalanes para sacar al Partido Comunista de su aislamiento. El delegado prometido por la Comintern llegó; era Nin. Antes de que lo detuviera la policía, tuvo tiempo de enviar una nota a Rafael Vidiella, cenequista entonces y miembro del comité, para indicarle que éste debería preparar un manifiesto de frente único, y le adjuntó el texto del mismo, ya preparado en Moscú.

⁷ Bullejos: *Op. cit.*, p. 112.

Vidiella afirmaba que era «un fiel reflejo de la literatura bolchevique»⁸. No volvió a hablarse de él, debido a la detención y expulsión de Nin. En el verano de 1926, el comité de París se disolvió. Y, en noviembre, la policía francesa detenía en el pueblo pirenaico de Prats de Molló al núcleo del que Maciá quiso hacer un ejército insurreccional. En aquellos momentos, Nin, en Moscú, se enfrentaba a problemas muy distintos.

Recibió el encargo de preparar la primera conferencia sindical (comunista) latinoamericana, que finalmente se celebró en Montevideo en 1929, sin ninguna participación de Nin. Preparó también la primera conferencia comunista latinoamericana (de partidos) que tuvo lugar en Moscú aprovechando la presencia de delegados latinoamericanos en el Congreso de la Internacional de 1928. Es interesante notar que durante estos preparativos, colaboró con el búlgaro Stepanov y el ruso Guralsky, que se encargaban en la Comintern de los asuntos de América latina. Ya veremos cómo el primero de estos personajes reaparecerá siniestramente en la vida de Nin, años más tarde.

* * *

Pero lo que más absorbía a Nin era la lucha por la sucesión de Lenin y sus repercusiones en la Profintern. Zinóviev, presidente de la Comintern, se alió con Stalin contra Trotsky. Bujarin ocupaba una posición intermedia, aunque en los asuntos decisivos se ponía al lado de Stalin. Nin, como ya se dijo, se inclinaba por Bujarin, cuyas posiciones le parecían más realistas que las de Trotsky. Esperaba que Bujarin llegara a ser el sucesor, con lo cual se conseguiría lo que estimaba esencial: la eliminación de Stalin de la dirección del Partido. Incluso, en la *Correspondencia Internacional* del 6 de mayo

⁸ Rafael Vidiella: *De París a la cárcel de Madrid*. Barcelona, 1932, p. 72.

de 1925, había publicado una declaración criticando las posiciones de Trotsky.

Su formación libertaria lo ayudó, pues por encima de las posiciones doctrinales, colocó el derecho a expresarse libremente dentro del Partido. Serge dijo que era «de los que reclamaban en el Partido Bolchevique el derecho de pensar y de hablar, y una reforma capital del régimen, a fin de restablecer la democracia obrera».

Ya hacia 1926, Nin estaba en relación frecuente con Trotsky —al que conocía pero al que, hasta entonces, no le ligaba ninguna amistad estrecha—, y especialmente con Serge y Stepanov. Nin acabó viendo que Bujarin no aspiraba realmente a suceder a Lenin, sino a entenderse con Stalin y, a pesar de que Bujarin era su jefe, Nin se acercó a la Oposición, es decir, al grupo de viejos bolcheviques que sostenían las mismas posiciones que Trotsky, expuestas en el documento llamado Plataforma de la Oposición, que debía discutir el Congreso del Partido ruso en 1927, pero que fue guillotinado por los burócratas stalinianos que coparon la reunión.

La Oposición había constituido, en 1926, una Comisión Internacional encargada de informar sobre sus posiciones a los partidos comunistas extranjeros. Nin actuó en esta comisión al lado de Serge, Rikov, Kapitanov, Stepanov y Radek. Otro de los que estaban en la Oposición y con quien Nin tuvo relaciones frecuentes fue el ex comisario de los marinos de Cronstadt en 1917, Antonov-Ovseenko.

Toda la vida rusa había sido burocratizada, no sólo por Stalin, sino por el carácter mismo que había ido adoptando el régimen. La propia Oposición se encontró paralizada por su burocratización. Organizó una manifestación en 1927 —en la cual tomó parte Nin—, fue expulsada del Congreso del Partido y no encontró forma de reaccionar. A pesar de que Trotsky conservaba una enorme influencia en la masa y en el ejército rojo, no se atrevió a apelar a las masas, acaso temiendo que, cansadas y desilusionadas por la burocratización, no le res-

ponderían. Venció Stalin. Tras la confusión de la dictadura del Partido con la dictadura del proletariado, comenzó la confusión de la dictadura del Partido con la de un hombre. Pero Stalin debía ir con cautela. Esto salvó, de momento, la vida de Nin y de muchos otros de la Oposición.

Comenzó, sin embargo, la eliminación lenta, sutil, oculta, de los oponentes. Unos dieron con sus huesos en la cárcel, otros fueron sustituidos en sus puestos, porque habían sido expulsados del Partido. En noviembre de 1928 (probablemente en uno de los últimos días que trabajó en la Profintern), Nin escribió a Trotsky: «Aquí hay una completa confusión. No se hace nada. Todos esperan a ver cuál será el resultado de la lucha entre Stalin y la derecha [Bujarin]. La desmoralización es total. La mayoría del Presidium está, evidentemente, con Stalin, porque es seguro que saldrá vencedor.»⁹

Nin habló con viejos bolcheviques y dio cuenta a Trotsky de estas entrevistas: «Solamente Tasca [del Partido Comunista italiano] y Humbert-Droz [suizo que se encargaba de Francia y España] están al lado de Bujarin. Piatnisky [el encargado de las finanzas de la Comintern] vacila. Se pregunta qué pasará con la Comintern si después de la exclusión de Trotsky, de Radek, de Zinóviev y de muchos otros, cae ahora Bujarin. ¿Quién dirigirá entonces la Comintern?... Los miembros de la derecha con los cuales he hablado están dispuestos a combatir, pero no creen que Bujarin tenga bastante decisión. En Alemania, la situación es catastrófica: la exclusión casi cierta de Brandler y Talhaimer conducirá a una escisión en el Partido. Pensar en la situación de Francia le arranca lágrimas...» Stalin triunfó. Bujarin fue descartado de la Comintern y con él sus principales colaboradores. Entre éstos, Nin. Serge y Rosmer dijeron que no lo deportaron porque no querían fricciones con

⁹ Citado por Jeanne Degras en *The Communist International*. Londre, 1961.

el Partido Comunista español, en el cual la división era profunda; la persecución de Nin la hubiera hecho irrevocable. Por otra parte, por sus viajes y contactos, Nin era conocido de los dirigentes comunistas europeos y la noticia de su deportación hubiese sido favorable a la Oposición.

Perdió su *datcha* y regresó al hotel Lux, donde le dieron un cuarto para él, Olga y sus dos hijas, probablemente porque allí era más fácil vigilarlo. Finalmente, el Comité Local de Moscú del Partido lo expulsó de éste. El Buró Político del Partido Comunista español, obediente, lo expulsó también. Le retiraron su cargo de miembro del Soviet moscovita, a pesar de que había sido elegido para ocuparlo. Le permitieron trabajar en traducciones, para que pudiera sostenerse. También daba clases. Dos años y medio vivió así.

Como le quedaba tiempo, empezó a traducir al catalán la novela de Boris Pilniak *El Volga desemboca en el mar Caspio*. Asistía, además, a reuniones privadas (que todavía no debían ser clandestinas), enviaba paquetes a los presos, se escribía con Trotsky, cuando éste fue enviado a Alma Atta, en el Asia central. En esta época, escribió su primer libro en catalán, *Les dictadures dels nostres dies* (Las dictaduras de nuestros días), cuyo prefacio lleva por fecha, Moscú, marzo de 1930. Era una respuesta, desde el punto de vista marxista, al libro *Las dictaduras*, del jefe de la Lliga Regionalista catalana, Francesc Cambó, quien justificaba, oblicuamente, el régimen de Mussolini y que daba consejos, ya tardíos, al dictador Primo de Rivera.

Pero Nin, que había enviado el manuscrito de este libro a un editor catalán, sólo pudo hojearlo y tocarlo, no en Moscú, sino en Barcelona. Porque cuando se publicó ya lo habían expulsado de la URSS. No le fue fácil conseguir esta expulsión.

No sólo la vida se hacía materialmente difícil en Moscú, sino que le parecía políticamente estéril. Por otra parte, la Dictadura cayó en España, regresaron los exi-

liados, salieron de las cárceles los detenidos y Nin, en contra de lo que afirmaban el Partido español y la Comintern, consideraba que se preparaban acontecimientos importantes. Deseaba, pues, volver a Barcelona. Pidió que le permitieran salir de la URSS. No obtuvo respuesta. Decidió forzar la mano: envió una carta al Comité Central del Partido ruso, «escrita en un tono que no tendrán más remedio que meterme en la cárcel o dejarme salir del país», según le dijo a Serge, al que veía de vez en cuando en su casa de Leningrado. El burócrata del Comité Central encargado de estas cuestiones debió pasar la carta a la policía y ésta decidió que era mejor expulsar a Nin. Al comunicarle la orden de expulsión, lo detuvieron. Olga aprovechó estas horas de arresto para mover cielo y tierra, amenazando con hacer un escándalo, con el fin de conseguir que la expulsaran a ella también y a sus dos hijas. Porque la intención de la policía era que la familia de Nin se quedara en Moscú, y así asegurarse que Nin, en el extranjero, no continuara sus actividades de oposición. Pero Olga era nerviosa, decidida. Escribió a Losovsky diciéndole que si no la dejaba salir con su marido, se mataría. La policía debió pensar que era preferible que se marchara también. Un escándalo no haría sino poner de relieve la expulsión de Nin. Y las cosas, en la URSS, no habían llegado a los extremos que alcanzaron unos años más tarde.

Así, a comienzos de septiembre de 1930, Nin, Olga, Ira y Nora llegaron a la frontera con Letonia, de donde pasaron a Riga y luego a Berlín. Los amigos tuvieron que prestarles dinero, en la capital alemana, para que pudieran continuar el viaje hasta Barcelona.

EL TROTSKYSTA CATALAN

Hacia el 20 de septiembre de 1930, después de estar unos días en París, Nin llegó a Barcelona. Encontró las cosas —sobre todo las políticas— muy distintas de como se veían en Moscú. La ciudad era también, físicamente, diferente de la que había dejado nueve años antes.

Le fue preciso reaprender su país. Descubrió que el mundo real y el mundo del revolucionario profesional son muy distintos. Necesitó una larga temporada para rehabilitarse al mundo real. Nin no había sido nunca un dirigente de los que fijan la política, sino de los que la aplican, lo mismo en el PSOE que en la CNT, en la Profintern, que en la oposición a Stalin. Ahora entraba en un período de su vida en que debería adoptar decisiones políticas.

Los clisés que traía de Moscú no servían en España. No había soviets en la Península ni posibilidades de crearlos. Los anarquistas, evidentemente, no eran la antesala del fascismo, ni lo eran los socialistas. Las

gentes del movimiento obrero —fuera de algunos dirigentes del Partido Comunista español— no conocían apenas la lucha entre Trotsky y Stalin. Para Nin, miembro de la Oposición comunista, todo estaba por hacer.

Había un grupito de trotskystas, casi todos intelectuales sin contacto con las masas ni influencia. Nin se puso en contacto con ellos, pero, de momento, antes de decidir nada, debía empaparse de la realidad.

Incluso en el terreno personal, cotidiano, las cosas eran distintas. No había colas ni racionamiento ni el miedo a la policía que había conocido en Moscú —a pesar de que se mostraba muy activa contra los adversarios de la monarquía. No se sentía la nostalgia del pasado, como en Moscú, sino la impaciencia por el futuro.

Ante todo, había que comer. Encontró un piso pequeño cerca de la Gran Vía y de la plaza Monumental, y se puso a traducir. Entró en relación con Joan Puig i Ferrater, director de las ediciones catalanas Proa, que desde entonces le encargó las traducciones de novelas rusas. Esta fue la base de su sustento, que completaba con traducciones al castellano (especialmente de obras de Trotsky, a las que ponía prólogos) y con algunos libros originales. Era una existencia más bien estrecha, que nunca le permitió amueblar su piso con otra cosa que con muebles de pino. Si no hubiese sido un político obrero, Nin de todos modos se hubiera ganado prestigio y un lugar en la historia de la literatura catalana por esas traducciones modélicas y perfectas.

Para Olga y las niñas, la adaptación fue más difícil. Tuvieron que ir aprendiendo el catalán y el castellano, acostumbrarse a lo que en Barcelona era estrechez, pero que en Moscú hubiera sido desahogo, es decir, a poder comprar la comida y los vestidos que quisieran. La primera vez que detuvieron a Nin, Olga tuvo un enorme susto, porque se imaginaba que las cosas eran como en Moscú, que ya no lo volvería a ver. Esta detención tuvo lugar en diciembre de 1930, con motivo de la subleva-

ción de Jaca y de la huelga general que la apoyó en Barcelona. En la Modelo, donde estuvo como detenido gubernativo por unas semanas, Nin encontró a muchos antiguos compañeros, a los que todavía no había tenido tiempo de ver desde su regreso a Barcelona, dos meses antes.

Las amistades, había que reanudarlas. Con los compañeros de Maurín no hubo problemas. En el fondo sostenían puntos de vista similares, aunque Nin los expresaba más tajantemente. Con los sindicalistas y anarquistas, hubo cierta frialdad, que fue cediendo con el tiempo, porque Nin estaba asociado, en su mente, con la persecuciones de los anarquistas rusos por los bolcheviques; además, no dejaban de sonreír, pensando en el Nin que se marchó a la URSS como sindicalista, se hizo comunista y ahora se encontraba en Barcelona expulsado por sus propios camaradas. Con los comunistas catalanes no afiliados a la Tercera Internacional, el contacto fue fácil. Publicaban el semanario *L'Hora*, y acogieron en él los artículos que Nin les mandaba. Como era el único catalán que había vivido en Moscú y, además, había ocupado un puesto en la Profintern (la gente comenzaba a decir que había sido su secretario), le hicieron entrevistas en varios periódicos de izquierdas. Así, adquirió pronto, a los ojos del público, una personalidad política propia, que en otras circunstancias hubiese tardado más en poseer. Para el lector de periódicos, era el «trotskysta catalán»; de momento, casi el único en Cataluña.

Llegaba con una actitud que chocaba con los hábitos políticos del país. Por ejemplo, Amadeu Hurtado, mucho mayor que él, amigo suyo de la época de *La Publicidad*, viendo que Nin no lo llamaba, fue a visitarlo.

—¿Por qué no me ha buscado para charlar? —le preguntó.

—No tenemos nada de que charlar —fue la fría respuesta de Nin.

Era todavía el puritanismo de clase bolchevique. Con

el tiempo, lo fue perdiendo y el ambiente del país le hizo comprender que la tolerancia personal no era incompatible con la firmeza de los principios.

Poco a poco, reapareció el Nin cordial, caluroso y hasta tierno que habían conocido años antes en Barcelona y que ya no dejó de ser. Reapareció el sentido del humor, mellado en Moscú, donde hasta la ironía era peligrosa, y, con la modestia impuesta por la escasez de ingresos, reapareció también el placer de vivir, de sentarse en un café con amigos o de ir a alguna tasca a comerse un plato típico sin pensar en el hígado, que desde hacía tiempo le molestaba. Tenía treinta y ocho años.

* * *

Al poco de llegar a Barcelona. Nin pudo ver en los escaparates de las librerías su primer libro, *Les dictadures dels nostres dies*, escrito, como se dijo, en Moscú, en réplica a uno de Cambó. El libro le dio prestigio, porque, aunque lleno todavía de los clisés habituales en la literatura comunista, aportaba algunos puntos de vista nuevos en el país. Pero el estilo era gris. Nin no se libró de la influencia estilística de Moscú, en su producción política, hasta pasados unos años. Era la aplicación a la realidad española de la tesis de la Comintern sobre el fascismo. Cambó salía mal parado del libro, incluso como economista, cosa que él era y Nin no. Quedaba al descubierto su tesis favorable al fascismo italiano, que unos años antes había presentado como un posible modelo para Primo de Rivera. Nin mostraba cómo con su libro, Cambó trataba de encontrar una salida airosa a una situación que él mismo y su Partido, la Lliga, habían ayudado a crear. Leído ahora, con perspectiva, se da uno cuenta de que Nin hubiera podido hacer un libro mucho mejor, de no haberse encontrado disminuido por sus años de actividad en la URSS. La idea fundamental era que Cambó, primero

apoyando a la Dictadura y después oponiéndose a ella, trataba de «asegurar en una u otra forma la Dictadura de la clase capitalista». Poniendo de relieve las características de la época que Cambó se olvidó de citar en su libro (problema colonial, paro obrero, luchas inter-imperialistas, racionalización del trabajo), Nin no eludía, por su parte, los clisés de la Comintern: decadencia del capitalismo, diferencia entre democracia burguesa y democracia proletaria, la URSS como modelo de solución al problema de las nacionalidades. No preveía que apenas un año más tarde, al proclamarse la República, la gente iría por las calles gritando «Mori en Cambó», como en 1926 nadie había previsto en Moscú que al cabo de cinco años la misma gente gritaría por las calles «Visca en Maciá».

«La causa inmediata del advenimiento de las dictaduras —dice Nin— fue la derrota del proletariado», y «la demagogia, uno de los medios de que se valió la burguesía para encontrar la base social que le facilitara el aplastamiento de la clase obrera y la instauración de la Dictadura descarada». Cambó, agregaba, «quiere legalizar, por así decirlo, el régimen de Gobierno extralegal, dándole un barniz democrático, para disimular su verdadero significado». Pero «el fracaso de la Dictadura agrava la crisis del régimen —que con este sistema jugaba su última carta—, y acelera el proceso revolucionario. Este proceso puede ser temporalmente detenido, pero no definitivamente parado. El fin de las dictaduras burguesas extralegales abre en todas partes un período de inestabilidad y agitación. Durante ese período, la burguesía defenderá furiosamente sus privilegios, valiéndose de los medios más variados, desde las tentativas de restauración de las dictaduras extralegales —en la medida en que esto sea posible—, hasta la utilización de los elementos social-demócratas como instrumentos directos de represión del movimiento revolucionario».

El libro acaba con esta frase de mitin: «La lucha será violenta, prolongada, sangrienta. Pero el capitalis-

mo, que ha cumplido ya su misión histórica, será indefectiblemente vencido, y su heredero, el proletariado, al destruir todas las formas de dominación burguesa, instaurará su propia Dictadura, punto de partida de la supresión de las clases, de la implantación del socialismo y de la liberación de toda la humanidad.»

Esta era la concepción de las cosas que tenía cuando llegó a Barcelona. A medida que fue reaprendiendo a su país, se dio cuenta de que su visión no correspondía a la realidad. Pero había llegado con lazos políticos y en cierta medida sentimentales, que le hacían difícil trasladar a su actuación el resultado de su reaprendizaje de Cataluña y de España. Estaba todavía deslumbrado por la Revolución rusa, en gran parte porque había tratado de tú a tú con algunos de sus dirigentes. Tenía la tendencia, común a muchos comunistas, de establecer siempre un paralelo entre la situación local y algún momento de la Revolución rusa. Lo que había sucedido en Petrogrado en octubre de 1917 era lo que debía suceder en todas partes. La Revolución rusa era intangible, era el modelo. Stalin podía equivocarse —y a la sazón sólo los trotskystas pensaban que se equivocaba—, la Internacional podía cometer errores, pero la Revolución rusa estaba por encima de estas contingencias y algún día la fuerza que le quedaba de 1917 corregiría los errores y volvería al buen camino.

Abandonar el modelo ruso le habría parecido al Nin de 1930 una traición y se hubiese sentido como huérfano. Trotsky mismo, a pesar de su deslumbradora inteligencia, no se libró de este mimetismo. Los años que siguieron a su regreso a Barcelona, son para Nin de lucha entre su experiencia personal y el modelo ruso. Su biografía a partir de 1930 es la historia de su progresiva liberación del modelo soviético.

Es curioso, dicho sea de paso, que la vida de Nin, tan breve, puede dividirse en períodos de nueve años: de los diez a los diecinueve años, educación de maestro; de los veinte a los veintinueve, socialismo, sindicalis-

mo; de los veintinueve a los treinta y ocho, Moscú: de los treinta y ocho a los cuarenta y cinco, recuperación de su propia personalidad política, frente al modelo soviético y también frente a Trotsky.

* * *

Trotsky ejerce una poderosa influencia en Nin. No sólo intelectual, sino también emocional. Siente por él admiración, amistad, lealtad. Esta lealtad condicionará durante años su actuación.

Entró inmediatamente en contacto con los escasos grupos trotskystas que había en España —medio centenar de personas—, pero algunas de cierto prestigio en reducidos núcleos, por haber sido fundadoras del Partido Comunista español. En aquel momento, la posición de los trotskystas, organizados en la Oposición Comunista, consistía en esperar que, mediante su acción en el seno del Partido, lograrían hacerlo volver a una línea revolucionaria y al centralismo democrático. Por esto, los trotskystas que no habían sido todavía identificados —muy pocos— continuaban siendo miembros del Partido.

Pero el Partido, que contaba apenas con un millar de afiliados, estaba tan burocratizado que eran mínimas las posibilidades de influir en él. Por esto Nin trató de integrarse a un movimiento que estaba surgiendo y que le parecía lleno de posibilidades: el comunismo disidente en Cataluña. Allí existía una Federación Comunista Catalana-Balear (del Partido Comunista), dirigida por Maurín y producto de aquellos Comités Sindicalistas Revolucionarios que Nin había representado en Moscú, y el Partit Comunista Catalá (entre cuyos dirigentes figuraban Jordi Arquer y Joan Farré, que nunca estuvo adherido a la Internacional). Los dos grupos se hallaban en tratos para fusionarse, puesto que la Federación se había separado del Partido. En realidad, actuaban ya conjuntamente, en espera de poder celebrar

el Congreso de Fusión, que finalmente tuvo lugar en marzo de 1931 en que se formó el BOC (Bloque Obrero y Campesino)¹. Nin, apenas de vuelta en Barcelona, había reanudado su amistad con Maurín, con el cual siempre había sostenido correspondencia.

En *L'Hora* del 11 de enero de 1931 publica un artículo, «La Revolución democrática y el bolchevismo», en el cual sostiene que en España se necesita que los obreros hagan la Revolución democrática, para ir luego hacia el socialismo, tesis que Maurín mantenía desde hacía tiempo.

Durante sus primeros meses barceloneses, Nin sostuvo una frecuente correspondencia con Trotsky, entonces exiliado en la isla turca de Prinkipo². El 23 de octubre, le decía que «la Oposición de izquierda no tiene ninguna fuerza en Cataluña». El 2 de noviembre, le hablaba de Maurín que, «a pesar de sus vacilaciones, es un camarada muy inteligente y, sobre todo, muy honrado», que «está muy cerca de nosotros y estoy seguro que no tardará en pronunciarse por la Oposición. Sería una adquisición de gran valor, pues es muy apreciado y muy honrado. Podríamos perder todo esto si lo atacáramos de una manera demasiado injustificada».

El 17 de enero, Nin propone a Trotsky que dos trotskystas madrileños ingresen en la Federación Comunista Catalano-Balear, y agrega que colabora con Maurín —porque «somos vecinos» dice— en la redacción de las tesis para el Congreso de Fusión de la Federación y el Partit Comunista Catalá, del que iba a salir el Bloque Obrero y Campesino. Esta última afirmación es exage-

¹ Para más detalles sobre este nuevo partido, véase además de *El Marxismo en España*, el capítulo 3 de la biografía de Maurín.

² La correspondencia Nin-Trotsky se encuentra, en parte, en *Etudes Marxistes*, n.º 7-8, París 1969. Esta revista es órgano de uno de los tres o cuatro grupos trotskystas franceses y sus redactores seleccionaron de la correspondencia lo que les pareció conveniente. El resto de ella se encuentra en la Universidad de Harvard y no puede consultarse todavía.

rada, pues el estilo de las tesis es inconfundiblemente el de Maurín.

El 26 de enero, informa al exiliado ruso que si hay elecciones, la Federación presentará a Nin candidato por su ciudad natal. Pero no hay elecciones.

El 7 de marzo, ya constituido el BOC, Nin escribe que los dirigentes del nuevo partido piensan que la adhesión al mismo de Nin podría dificultar sus relaciones con la Internacional Comunista (pues todavía esperaban influir en su transformación). Nin está de acuerdo en esto. Pero agrega que «escribo todas las semanas, con seudónimo, en *La Batalla*. Si la ruptura con la Internacional Comunista se convierte en definitiva (y es inevitable), seré admitido inmediatamente en la Federación». Y contestando a una pregunta de Trotsky, dice: «No sé nada de divergencias en la Oposición. Si por lo menos existieran, esto significaría que vive.»

El 10 de abril, informa que el grupo trotskysta de Madrid no está de acuerdo con que Nin ingrese en el BOC y el 12 de abril, el mismo día de las elecciones que trajeron la República, propone a Trotsky: «Hay que entrar en la Federación, llevar en ella a término un trabajo sistemático y crear en ella una fracción.»

Al día siguiente de la proclamación de la República, informa todavía: «La Federación ha pedido mi colaboración. No podía negarla, y trabajo con el Comité Central. Publicamos una hoja cotidiana de la cual soy redactor.» Esto es, de nuevo, una exageración, porque en aquellos días de agitación, el Comité Central no se reúne no hay redacción para la hoja que se publica. Todo se hace un poco al azar por todos, sin necesidad de cargos.

En el Bloque se siente simpatía por Nin, pero no por el trotskismo. Y se empieza a temer que el ingreso de Nin conduzca a la creación de una fracción trotskysta, y que esto lleve a una división del nuevo Partido. El 30 de abril, *L'Hora* llama «enfermedad de *snoobs*» al trotskismo y el 7 de mayo afirma que «el trotskismo tiene razón de ser en Rusia, pero no fuera de Rusia» y que

ser trotskysta es «trabajar contra el comunismo». Así, cuando en mayo de 1931, Nin pide formalmente su ingreso en el Bloque, el Comité Ejecutivo de éste decide no aceptarle, por no considerarlo conveniente. Nin recibe esta respuesta de vuelta de un viaje de conferencias a Madrid y responde con una carta en la cual afirma que «vuestra respuesta evasiva demuestra que mis deseos sinceros de contribuir a la unificación indispensable de las fuerzas comunistas no han encontrado en vosotros el eco que merecía». No se percata que la respuesta evasiva era, en realidad, una manera de darle a entender que no se le rechazaba a él, sino al fraccionalismo trotskysta.

Nin se siente herido por el rechazo del Bloque y dedica, desde entonces y durante un par de años, buena parte de su actividad política a atacar al Bloque y a Maurín. Las relaciones entre ambos se enfrían, pero no se rompen: simplemente, dejan de verse. En junio de 1931, la ofensiva antibloquista se inició en una conferencia que Nin dio en el Ateneo de Madrid, en la cual dedicó todo el tiempo a criticar las posiciones que expuso Maurín en su conferencia del día anterior y en lo misma tribuna³.

El 29 de junio, escribe a Trotsky que «la política de la Federación es vacilante, indefinida. Mis relaciones con sus dirigentes han pasado por diversas etapas: colaboración, ruptura, nueva colaboración, nueva ruptura».

Al mismo tiempo que se ve condenado a actuar en el círculo reducido de la Oposición, sin apenas audiencia, debe trabajar febrilmente para sostener a su familia. Olga aprende rápidamente el catalán y el castellano y es una buena secretaria. Toma al dictado las traducciones, y esto deja tiempo a Nin para escribir sus artículos y ensayos políticos.

³ El 12 de junio de 1931, la revista *Nuevo Mundo*, de Madrid, publicó unas entrevistas con Maurín y Nin. Este, en la suya, afirma que «la vida en Rusia no es un infierno ni un paraíso, pero el pueblo lucha con enormes dificultades».

En junio, la Oposición consigue reunir bastante dinero para empezar a publicar en Madrid una revista teórica, *Comunismo*. Nin dirige en Barcelona otra publicación, *El Soviet*, que edita varios folletos suyos. La Oposición publica también bastantes folletos, algunos de los cuales son de Nin: *Lo que son los soviets*, *La huelga general de enero [de 1932] y sus enseñanzas*, *Reacción y Revolución en España*, *Manchuria y el imperialismo*, *El proletariado español ante la Revolución*, *Los anarquistas y el movimiento sindical*. Publica también un libro de divulgación: *Las organizaciones obreras internacionales*, que es todavía, de hecho, propaganda de la Profintern. Iba recogiendo notas para un libro sobre Seguí, que nunca tuvo tiempo de escribir. Al mismo tiempo, traducía al castellano libros de Trotsky: *La situación real de Rusia*, la *Historia de la Revolución rusa*. Tradujo también la *Crítica del sindicalismo* de Pléjanov y más tarde al catalán una biografía de Bakunin, por Viacheslav Polansky.

Hablaba con frecuencia en los ateneos obreros catalanes. En el Ateneo Enciclopédico Popular de Barcelona—controlado por bloquistas—dio un curso de economía política que despertó mucho interés incluso entre los profesionales jóvenes.

En 1932 se reúne una conferencia nacional de la Oposición que decide trasladar a Barcelona el Comité Ejecutivo y elige a Nin para sustituir a Francisco García Lavid («Henri Lacroix») en el cargo de secretario general. El Comité Ejecutivo del Partido Comunista español expulsó a los trotskystas que todavía eran miembros del mismo; en su decisión el Ejecutivo decía que la base del partido no estaba preparada para pronunciarse sobre «tan profundos problemas» y que, por esto, el Buró Político decretaba la expulsión.

Pero la Oposición apenas si aumentaba sus filas. «Falló en ductilidad y energía, aunque su programa era justo», dijo de ella un trotskysta mexicano⁴. «Si se quisiera

⁴ G. Munis: *Jalones de derrota, promesas de victoria*. Mé-

dar un ejemplo espantable y feo... de pésima dirección práctica, de torpeza de movimientos y mal aprovechamiento de posibilidades, la Izquierda Comunista, [la oposición] española suministraría el más palmario».

* * *

Las ideas de Trotsky sobre España eran muy esquemáticas. Nin que tradujo, en 1931, su ensayo *La revolución española y la táctica de los comunistas*, se hallaba metido, por su lealtad hacia Trotsky, en una especie de camisa de fuerza ideológica, no muy distinta de la que constreñía a los comunistas oficiales. La medida de esta lealtad puede encontrarse en el prólogo de Nin a ese folleto, en el cual dice que «Trotsky, el gran estratega de la revolución, el compañero de armas de Lenin, acude en auxilio del proletariado español y, poniendo a contribución su riquísima experiencia y su genio político, le señala el camino a seguir». ¿Cuál era este camino, según Trotsky? El del establecimiento de la dictadura del proletariado, la cual «realizará la revolución burguesa y abrirá audazmente el camino a la transformación socialista».

Cuando se proclamó la República, Trotsky, con su costumbre de juzgar desde lejos y superficialmente, publicó algo con el curioso título de *Los diez mandamientos del comunismo español*⁵. Decía que la monarquía esperaba reconquistar el poder, por lo cual los obreros debían armarse y confiscar los bienes de los monárquicos; que el gobierno republicano capitularía ante la Iglesia Católica; que como los comunistas estaban en minoría, debían aceptar la etapa de ilusiones republicanas de las masas y aprovecharla para ganar a la mayoría «de los obreros, de los soldados y de los cam-

xico, 1948. p. 62. Munis estuvo en España antes, durante y después de la guerra civil, a menudo en la cárcel.

⁵ En *La lutte de classes*, París, 30 de abril de 1931.

pesinos», que debían popularizar la idea de los soviets y organizarlos, pero sin darles por tarea inmediata la conquista del poder; y aceptar el formar bloque con los comunistas de izquierda, proponiéndoles que la alianza fuera en la formación de soviets.

Como se ve, Trotsky cometía el mismo error que la Comintern; aplicaba el modelo ruso a la realidad española. Como reflejo de esto, Nin siguió criticando al Bloque, acusándole de que su campaña electoral del verano de 1931 «tuvo muy poco de comunista»; a pesar de esto, en septiembre escribe a Trotsky que si la Oposición lograra formar núcleos, en Cataluña, aconsejaría que se adhirieran al Partido oficial en la ciudad de Barcelona y al Bloque en el resto de Cataluña, porque «podríamos contribuir activamente a la descomposición del Bloque». En noviembre, se queja de que por falta de fondos ha habido que suspender la publicación del semanario *El soviet* (cuatro meses antes decía que si tuviera mil pesetas fundaría un semanario en Barcelona), y se lamenta de que el Secretario Internacional de la Oposición no ayude.

Al mismo tiempo, la Oposición española sostiene una correspondencia con Trotsky acerca de cuestiones de personalidad; no le gustan los hombres en quienes Trotsky confía para dirigir el Secretariado Internacional de la Oposición. Además, algunas posiciones de Trotsky chocan con las ideas de Nin. Por ejemplo, el viejo bolchevique afirma que puede admitirse el federalismo en el Estado, pero no en el partido (comunista). Escribe cosas tan alejadas de la realidad como esto que afirma en mayo: «Los anarcosindicalistas llevan una política de conciliación con el régimen pobre y miserable del coronel Maciá, agente barcelonés de los imperialistas de Madrid... La Federación [es decir, el Bloque], ocupa una posición conciliadora con los anarcosindicalistas, es decir, sustituye la política revolucionaria del frente único por una política oportunista, defendiendo a los anarcosindicalistas y, con esto, al régimen de Maciá».

El 20 de junio aconseja «someter a Maurín a una crítica implacable e incesante, que los acontecimientos confirmarán brillantemente». La entrada [de la Oposición] en el Bloque, dice el 27 de septiembre, «deshonraría a la Oposición». Como se ve, la política de la Oposición española y hasta algunos escritos de Nin están orientados desde el despacho de Trotsky, como la del Partido oficial lo está desde algún despacho de Moscú.

La disputa por cuestiones internas se agria y, en diciembre de 1933, Trotsky envía una carta a las secciones de la Oposición; dice que la Oposición española acusa a Trotsky (y es cierto) de haber eliminado a Landau, Rosmer y otros dirigentes importantes de los puestos de dirección, y señala «el peligro y la falsedad de la política del camarada Nin». Los trotskystas españoles tratan de arreglar las cosas sin ceder en sus puntos de vista. Para Nin, la situación debió de ser dura, porque era el único que tenía amistad personal con «El Viejo», como llamaban a Trotsky, y se sentía ligado a él por una lealtad que no era sólo política. Es ésta la que, sin duda, le inclina a escribir, en 1932, un folleto sobre *La revolución española y los soviets*. En él se leen cosas que Nin no podía dejar de ver que estaban desvinculadas de la realidad que contemplaba todos los días. Por ejemplo, esto: «Hay que ser ciego para no ver la necesidad de estas organizaciones [los soviets] en la etapa actual de nuestra revolución», posición que es idéntica, por lo demás, a la del Partido comunista oficial. El razonamiento de Nin era que, estando la clase obrera dividida, eran necesarios los soviets para lograr la unidad de acción, y que debían aprovecharse las huelgas de aquel momento para elegir soviets. Los campesinos estaban desorganizados y para organizarlos debían formarse soviets de pueblo. Si las masas obreras no organizan soviets, se irá al fascismo, concluía. Años más tarde, Nin reconocerá implícitamente el error de esta concepción, cuando dirá, en 1936, que España tenía en los sindicatos lo que Rusia tuvo en los soviets. Pero, entre

tanto, la repetición de las consignas de Trotsky impide que la Oposición crezca y mantiene a Nin políticamente aislado.

En abril de 1932, la policía detiene a un grupo de trotskystas catalanes, en el apartamento donde tienen su local. Nin está entre ellos. los tuvieron una quincena en la cárcel. Era la octava detención de Nin. En la prisión se encontraron con numerosos cenetistas y algunos bloquistas.

La novena detención tuvo lugar en diciembre del mismo 1932, por orden de un juez militar de Algeciras, que le instruyó proceso por incitar a la sedición. Habían encontrado una carta de Nin en poder de un soldado, en la cual le hablaba, en respuesta a una suya, de cosas tan terribles como la revolución rusa. Era una carta amistosa de dirigente a militante. Pero, por una tonte-ría así, Nin —detenido el día de Navidad— permaneció en la cárcel de la ciudad andaluza hasta el 14 de marzo. Finalmente, el juez lo dejó en libertad bajo fianza (dos mil pesetas, reunidas por los miembros de la Oposición). Pero el juez no le permitió ausentarse de Algeciras, por lo que Nin tuvo que estarse dos meses en una pensión, traduciendo, hasta que en mayo la causa fue elevada a plenario. No llegaron a juzgarlo, porque la amnistía que dio en 1933 el gobierno de Lerroux para favorecer a los sentenciados de derecha, lo favoreció a él también.

Además, lo procesaron tres veces por lo que se llaman delitos de imprenta, es decir por artículos que un fiscal consideraba injuriosos para las autoridades. Era fruta del tiempo, sin mayor importancia. Ninguno de estos procesamientos acarreó detención.

* * *

Entre todo esto, sus traducciones. Llegó a un acuerdo con la editorial madrileña Aguilar para traducir y prologar las principales obras de la literatura rusa. Uno de

estos prólogos apareció como ensayo en catalán en la *Revista de Catalunya* de 1933.

Tal vez esta mezcla de literatura y política daba a Nin la vida que había deseado —aunque con mucha estrechez económica. Esto fue posible sólo porque la Oposición era tan pequeña que no exigía todo su tiempo. Tan pequeña, además, que en su seno surgían constantemente crisis de esas que dependen más de personalidades que de principios y que en las organizaciones mayores quedan ahogadas por los militantes. Pero en la Oposición casi todos los miembros se consideraban dirigentes. En 1932, se decidió cambiarle el título por el de Izquierda Comunista —en contra de los deseos de Trotsky— y esto provocó disputas y resentimientos.

La terquedad de los hechos de que había hablado Lenin iba eliminando la deformación de los nueve años de Moscú. Esto se ve en un examen rápido de la producción política de Nin en esa época ⁶.

A finales de 1931, en *El proletariado español ante la revolución*, un folleto publicado por la revista *Comunismo*, afirmaba que el 14 de abril no era el final de la revolución, sino una etapa de un proceso comenzado en el siglo anterior y debido al hecho de que España no había realizado todavía su revolución democrático-burguesa. El cambio de régimen no es la revolución (pues ésta es «un movimiento popular que destruye las bases económicas del régimen existente para asentar las de un nuevo sistema»). Pero el cambio no carece de importancia. Antes de la república, sólo parte de la burguesía, aliada con las fuerzas feudales, gobernaba; ahora, con la república, será toda la burguesía la que gobernará. El acto más revolucionario del 14 de abril fue la proclamación de la República Catalana. Pero la burguesía no se atreve a hacer su revolución. Esta sólo podrá ser

⁶ Una antología de los principales artículos suyos se encuentra en Andrés Nin: *Los problemas de la revolución española, 1931-1937*, París, 1971, seleccionados por Juan Andrade, compañero de Nin en la Oposición.

obra de la dictadura del proletariado. Para llegar a ella hay que ayudar a que se desvanezcan las ilusiones democráticas de las masas y hay que crear un potente partido comunista. Para esto, a su vez, deben unificarse todos los grupos comunistas españoles.

Pero el grupo comunista más importante, el BOC, se le aparece como un intento de revisión del marxismo. Si triunfara «representaría un peligro inmenso para la Revolución española», como dice Nin en un largo artículo sobre el Bloque aparecido en el número 4 de *Comunismo*. Reprocha a Maurín que «se acerca a la izquierda pequeño burguesa» y le critica porque quiere una Revolución que no siga el modelo ruso. Mientras Maurín achaca el fracaso de las revoluciones comunistas en Europa y China a que trataron de imitar el modelo ruso, Nin lo atribuye a que no supieron aplicarlo.

Acusa al Bloque de hacer concesiones a la pequeña burguesía, para atraérsela, en lugar de «demostrar la inconsistencia de la misma», y, al mismo tiempo, lo acusa de aventurismo por afirmar que, a los tres meses de República, ésta está ya gastada y por no reclamar que el poder vaya a los soviets sino a los sindicatos. Como se ve, la posición de Nin, al año de haber regresado de Moscú, está todavía fuertemente influida por las consignas rusas, como lo está la de Trotsky.

En el número 7 de *Comunismo*, Nin señala lo que, a su parecer, debe hacerse, en un artículo titulado: «La situación política, el peligro fascista y la necesidad del frente único del proletariado.» El Gobierno Azaña no es un Gobierno Kerensky, como muchos creyeron, sino que consolidó el poder de la gran burguesía y la alianza de ésta con los socialistas. En España, agrega, hay factores que favorecen la aparición de un movimiento fascista; para evitarlo se necesita un partido Comunista fuerte; el Partido oficial no lo es. La base del nuevo Partido podría hallarse en los comités de fábrica, que habría que crear en todas partes.

En otros artículos analiza las tácticas empleadas por

la Comintern en España (a propósito de la sustitución por Moscú de la *troika* dirigente del Partido oficial, en la cual se ve una confirmación más de la desastrosa política staliniana), y las que siguen los anarquistas (a propósito de una sublevación anarquista en enero de 1933). Para Nin, «el problema que se plantea (...) no es el de la lucha por la conquista inmediata del poder, sino el de la organización de las masas para esta lucha».

Pero la Oposición, por su debilidad, no puede hacer nada en este sentido. La «línea justa» no basta. Esto se ve claro en el artículo, «La situación política española y los comunistas», publicado en el número 22 de *Comunismo*, de marzo de 1933. Para poder aprovechar la situación revolucionaria hay que emprender una política de unidad obrera. El Partido oficial, además, debe admitir a la Izquierda Comunista en sus filas y renunciar a la política staliniana. Naturalmente, esto era una plataforma de propaganda, pues Nin sabía perfectamente que el Partido oficial no haría ni podía hacer nada de esto.

La decisión de cambiar el nombre de la organización trotskysta española agrió aún más las relaciones entre ella y Trotsky. La correspondencia de Nin con él se había ido espaciando y haciéndose más formal. Probablemente ya había llegado a la conclusión de que las tácticas que Trotsky imponía a la Oposición no servían en España. Se separa de ellas, sin decirlo, en un folleto de enero de 1934 —*Reacción y Revolución en España*—, en el cual, después de señalar el papel reaccionario de Lerroux (el nuevo jefe del Gobierno español) y «el papel nefasto» de los anarquistas, insiste en que existe un peligro de fascismo en el país, que no hay tiempo que perder, que el proletariado ve amenazadas sus conquistas. La reacción, que todavía no ha triunfado, agrega, sólo puede ser vencida por la clase obrera. «Para ello es necesario que se constituya inmediatamente un frente único de todas las organizaciones proletarias cuyo programa inmediato sea la lucha activa contra el peligro reaccionario.» En un *post scriptum* Nin señala que se

acaba de constituir una Alianza Obrera en Cataluña y que no tiene «la menor duda de que el ejemplo de Cataluña será imitado por los trabajadores de toda España».

La formación de la Alianza Obrera permite salir a Nin de su aislamiento político, por primera vez desde su regreso a Cataluña. Comienza, de hecho, con ella, una nueva etapa de su biografía política.

La Alianza Obrera se creó por iniciativa del Bloque⁷. Fue la primera vez que la Izquierda Comunista participó en una organización con otros partidos obreros. Respondía más al criterio de Nin que al de Trotsky, en aquel momento. A pesar de que los comunistas oficiales —en la única reunión a la que asistieron— exigieron que no se admitiera a la Izquierda Comunista, los demás participantes desecharon unánimemente esta exigencia y los comunistas se retiraron, para ingresar en la Alianza sólo en el último momento, después de haberla atacado furiosamente durante un año. De momento, la Alianza se redujo a Cataluña, pero en 1934 fue extendiéndose por el resto de España, aunque sólo a nivel local. La CNT nunca quiso tomar parte en ella.

Para Nin, la Alianza fue sin duda como salir de un cuarto cerrado. Por primera vez, desde 1930, podía hablar no a grupos limitados de militantes, sino a las masas. Figuró entre los oradores de muchos mítines organizados por la Alianza. Debía sentirse a gusto, puesto que su nombre se encuentra con mayor frecuencia que el de cualquier otro orador en las listas de los mítines de la Alianza. Además, las reuniones del Comité Ejecutivo de la Alianza —en el cual él representaba a la Izquierda Comunista y Maurín al Bloque— permitió que se rompiera el hielo que se había ido formando entre los dos desde 1931.

Esto no significa que todo lo vieran igual. Para Nin,

⁷ Véase, para más detalles, el capítulo 5 de la biografía de Maurín.

la Alianza era un instrumento de la toma del poder. Para Maurín, en cambio, era, de momento, un organismo de defensa que más tarde podría pasar a la ofensiva. Estas diferencias no eran simplemente teóricas, puesto que influían en la táctica. Esto se vio cuando, en octubre de 1934, hubo una crisis ministerial y miembros de la CEDA (la organización de las derechas que nunca había declarado que aceptaba la república) fueron nombrados ministros. La Alianza, como las izquierdas republicanas, consideró que esto era un atentado contra la República. Declaró la huelga general en Barcelona y Cataluña; fue un éxito a pesar de que se oponían a ella la CNT y la Esquerra. Era la primera vez que un organismo que no fuera la CNT lograba hacer una huelga general en Cataluña. Esta era para presionar al Gobierno de la Generalidad para que declarara la República Catalana. Los elementos de la Alianza, que de hecho se apoderaron de la mayoría de los municipios catalanes (por lo menos allí donde la Esquerra no los controlaba), la proclamaron por su cuenta antes de que Lluís Companys, el presidente de la Generalidad, lo hiciera en la noche del 6 de octubre de 1934.

La Esquerra no quiso dar armas a la Alianza, pero tampoco lanzó a sus hombres a la lucha. Cuando la Generalidad se rindió, los aliancistas intentaron, sin éxito, resistir en grupos dispersos. En estas acciones tomaron parte elementos de la Izquierda Comunista. Nin estuvo todo el tiempo reunido con el Comité Ejecutivo de la Alianza —una reunión permanente desde el 2 al 7 de octubre. No dejó de comparar los momentos que vivía con otros que le parecían similares de la revolución rusa. Pero los hechos le hicieron ver que Cataluña distaba mucho de ser Rusia. El reaprendizaje de su país continuaba, pues.

Sin embargo, Nin no pudo desempeñar ningún papel importante en la lucha de octubre: a la hora de los hechos lo que cuenta es la fuerza y la Izquierda Comu-

nista no la tenía. Sólo en Asturias unos cuantos trotskystas ocuparon puestos de responsabilidad en los comités organizados por los mineros sublevados.

* * *

Los hechos de octubre de 1934 agudizaron una crisis que fermentaba ya en el grupo trotskysta —si es que todavía se le podía llamar así, puesto que sus relaciones con Trotsky eran esporádicas y muy formales. Varios de los miembros jóvenes, que tenían puestos dirigentes en algunos sindicatos de la UGT madrileña, propusieron que la Izquierda Comunista entrara en el Partido Socialista español, para tratar de acentuar la radicalización que se observaba en él desde que los socialistas fueron desplazados del Gobierno en 1933. Poco después, Trotsky adoptó lo que se llamó la táctica del «entrismo», hizo lo que se llamó el «viraje francés», y ordenó a las secciones de la Oposición que ingresaran en los partidos socialistas.

Los trotskystas españoles se dividieron en dos grupos: el minoritario, partidario del entrismo, y el mayoritario, favorable a mantener la Izquierda Comunista de modo independiente, para luchar por la unificación con otras fuerzas más o menos marxistas del país. Fersen, Esteban Bilbao y unos tres o cuatro más se fueron al PSOE, donde Lacroix había entrado ya en 1932. Los restantes siguieron con la Izquierda Comunista, en contra de la consigna de Trotsky.

En septiembre de 1934, es decir, antes de los acontecimientos de octubre, *Comunismo* publicó un editorial que marcaba estas divergencias: la garantía del porvenir está en el frente único obrero, decía, pero también en la «independencia de la vanguardia del proletariado» (es decir, en el trotskismo). «Por más que nos resulte triste y penoso, estamos dispuestos a mantenernos en esta posición de principio, que hemos aprendido de nuestro

dirigente, aun a riesgo de tener que hacer una parte del camino separados de él.»

Nin planteó públicamente la cuestión después de octubre, en un número de la publicación clandestina de la Izquierda Comunista de Barcelona, *L'Estrella Roja* (1 de diciembre de 1934). El título de su artículo resume la tesis: *Las lecciones de la insurrección de octubre. Es necesario un Partido revolucionario del proletariado*. Octubre fue en cierto modo la lucha de la España industrial contra la España agrícola. Los socialistas aceptaron el desafío de las fuerzas reaccionarias en situación desventajosa, pues no habían creado los organismos capaces de transformar en hechos su aspiración al poder. Sólo allí donde las masas estaban organizadas en la Alianza Obrera tomaron la iniciativa sin aguardar órdenes de los socialistas. (Como se ve, Nin ya no habla de los soviets.) Para hacer la revolución hay que seguir un plan trazado de antemano. Al proletariado español, excepto en Asturias, le faltó conciencia de la necesidad de tomar el poder. Pero el movimiento obrero no está liquidado; la contrarrevolución sigue teniendo miedo de la revolución, porque sabe que no está vencida y porque hay en el país tres grandes problemas que no pueden aplazarse: el de las nacionalidades, el campesino y el del paro obrero. «Hay que propagar, más que nunca, la necesidad de organizar comités de Alianza Obrera, comités de fábrica, e ir a la formación de un Partido revolucionario, pues la derrota de octubre ha confirmado la teoría marxista con tanto brillo como habría podido confirmarla una victoria.»

Seis meses más tarde, en el mismo periódico clandestino (16 de febrero de 1935), Nin insistía en que octubre no fue un error, porque la clase obrera «debía tomar las armas».

Nada, pues, de ingresar en el Partido Socialista. Nin, de hecho, rompía con Trotsky. Había comprendido, al entrar en contacto con las masas a través de la Alianza Obrera, que el trotskysmo no era la respuesta.

EL POUMISTA

A finales de 1934, Nin y Maurín salieron juntos de una reunión clandestina del Comité de la Alianza, en el pueblo de Les Planes, en las cercanías de Barcelona.

—Ya es hora de que nos unamos, ¿no crees? —dijo Nin.

Decidieron volver a hablar de la cuestión. Maurín consultó con el Comité Ejecutivo del Bloque; Nin, con sus amigos de Madrid y Asturias.

Pero no se trataba de que se unieran el Bloque y la Izquierda Comunista, sino de ir a la unificación de todos los partidos que se consideraban socialistas y marxistas, en Cataluña. A comienzos de 1935, el Bloque convocó a esos partidos: Unió Socialista de Catalunya, Partit Catalá Proletari, Partit Comunista de Catalunya (que era, de hecho, la sección catalana del Partido español), Agrupación catalana del Partido Socialista Obrero Español, Izquierda Comunista y Bloque Obrero y Campesino. Pronto se vio que los partidos moderados se reunían antes de acudir a las reuniones de unificación y

presentaban un frente común en torno a la Unió Socialista de Catalunya. Al cabo de varias reuniones, esos partidos moderados decidieron continuar sus reuniones por separado. Pensaban adherirse cuando se unieran a la Internacional Comunista y sabían que ni la Izquierda Comunista ni el Bloque seguirían. Por otro lado, ninguno de esos partidos tenía personalidades de relieve y temían que Maurín y Nin fueran, casi automáticamente, los dirigentes del Partido que saliera de la unificación.

Las negociaciones entre Nin y Maurín fueron fáciles. Coincidían en muchas cosas. Los elementos de la Izquierda Comunista estaban dispuestos a unirse al Bloque. Unos pocos, dirigentes de sindicatos ugetistas madrileños, prefirieron ingresar en el PSOE, donde no desempeñaron ningún papel apreciable. En el Bloque había cierta resistencia. Maurín logró convencer a los bloquistas de que no se trataba de otra forma de «entrismo» de los ex trotskystas (puesto que realmente ya no eran trotskystas). Por fin se llegó a un acuerdo pleno sobre los aspectos programáticos, aunque algunos bloquistas se separaron para ingresar en los partidos que hace un momento se han calificado de moderados. Quedaba la cuestión del nombre. Para no herir la susceptibilidad de la Izquierda Comunista, había que adoptar un nuevo título para el nuevo Partido. Lástima, pensaban los bloquistas, porque el de Bloque había arraigado y ganado prestigio. Pero accedieron a que el futuro organismo se llamara Partido Obrero de Unificación Marxista, nombre que decía lo que deseaba ser.

En el nuevo Partido, varios miembros de la Izquierda Comunista entraron a formar parte del Comité Central y varios del Ejecutivo. Pero para los ex trotskystas de Cataluña, no podía ocultarse la realidad: había unos 7.000 bloquistas y apenas medio centenar de miembros de la Izquierda. Para los de Madrid, Asturias, Galicia, Extremadura, País Vasco y Santander, donde existían núcleos de la Izquierda, la cosa no era igual, puesto que ellos formaban allí la base de los grupos del POUM.

Casi como una formalidad, se celebraron los congresos de la Izquierda y el Bloque para decidir la unificación.

Por fin se había hecho lo que, de no ser por la influencia de Trotsky, habría podido y convenido llevar a cabo en 1930: la colaboración de Maurín y Nin en la formación de un partido marxista en Cataluña¹.

El nuevo Partido adoptaba como estrategia la que había sido proclamada por Maurín y Nin, separadamente, en 1931: ante la incapacidad de la burguesía española para hacer la Revolución democrática, la clase obrera debía realizarla y pasar, luego, a hacer la Revolución socialista. Como táctica, afirmaba la necesidad de mantener y extender la Alianza Obrera —dándole incluso un carácter electoral—, y, a más largo plazo, de llegar a la unificación de todos los partidos marxistas españoles. En primer lugar, con el fin de detener el avance del fascismo, y después, por el de tomar el poder. El POUM, naturalmente, no se adhería ni a la Segunda ni a la Tercera Internacional, sino a un Buró Internacional para la Unidad Socialista Revolucionaria —con sede en Londres—, creado poco antes con la colaboración del Bloque y que agrupaba a diversos pequeños partidos italianos, franceses, ingleses y alemanes. El POUM defendería a la URSS, pero sin abandonar su derecho a criticar los errores de la política de sus dirigentes.

Como es lógico, Nin formó parte del Comité Ejecutivo del POUM, y recibió de él dos funciones para las cuales se le consideraba especialmente preparado: dirigir la política sindical (en colaboración con Pere Bonet, que había orientado la del Bloque desde su fundación), y dirigir la revista *La Nueva Era*, órgano teórico del Partido, que había sido de 1930 a 1933 la revista del Bloque, y que ahora reaparecía, modernizada. *La Batalla*

¹ Sobre las posiciones programáticas del POUM y más detalles de cómo se elaboraron, véase *El Marxismo en España*. Puede consultarse también el capítulo 6 de la biografía de Maurín.

sería el órgano semanal del POUM, dirigida, como siempre, por Maurín.

Hasta entonces, Nin había podido adoptar posiciones teóricas sin tener que pensar en aplicarlas, porque la Izquierda Comunista no tenía posibilidades de hacerlo. Pero ahora, con el POUM y sus 7.000 militantes (cifra no despreciable en Cataluña, sobre todo teniendo en cuenta el entusiasmo, la disciplina, el dinamismo de que daban pruebas y su entrenamiento en la acción y la discusión), Nin debería pensar, siempre, al adoptar una posición, en sus consecuencias prácticas y en su propio papel en la tarea de aplicarla, de hacerla pasar de las discusiones a la realidad. Para él se trataba de una situación nueva.

Muy pronto se planteó un problema en que tuvo que conducirse de acuerdo con esta nueva situación personal, en que no pudo ya limitarse a marcar una «línea justa». Esto condujo a una ruptura definitiva y pública con Trotsky.

Había en España, a consecuencia del movimiento de octubre de 1934, unos 30.000 presos políticos. El Gobierno de derechas se hundía en el desprestigio y los escándalos; los que se presentaban como portaestandartes de la moralidad, resultaban corrompidos políticos de dos al cuarto. A mediados de 1935, republicanos y socialistas comenzaron a hablar de una coalición electoral. Cuando la Internacional Comunista, en su VII Congreso, adoptó la consigna de Frente Popular, los comunistas pidieron tomar parte en estas negociaciones y la ingenuidad increíble de republicanos y socialistas no sólo los aceptó, sino que, además, les permitió que su formidable y bien financiada maquinaria de propaganda diera a la futura coalición electoral el nombre de Frente Popular. Únicamente en Cataluña conservó un título menos comprometido: Frente de Izquierdas.

El ambiente era favorable a la idea de Frente Popular, porque la masa no veía las consecuencias de la misma. El POUM las denunció: el Frente Popular, decía,

equivaldría a atar a la clase trabajadora, que era la fuerza ascendente y dinámica del país, a la clase media vacilante y moderada. Esto podía convenir, por razones diplomáticas, al Gobierno de la URSS, que acababa de ingresar en la Sociedad de las Naciones («esa cueva de bandidos imperialistas», como la había llamado Lenin) y negociaba alianzas con Francia e Inglaterra, alarmada por la agresividad de Hitler, cuya llegada al poder había sido posible, en gran medida, por la política de los comunistas alemanes. Pero esto no convenía a la clase obrera española. Lo que ésta necesitaba era la Alianza Obrera, y, frente a las elecciones que se preveían, una candidatura obrera unida.

Cuando el presidente de la República disolvió las Cortes y se convocaron elecciones para el 16 de febrero de 1936, el Frente Popular tomó forma. ¿Qué iba a hacer el POUM? El Frente Popular se constituiría con POUM o sin POUM. La gente no comprendería que el POUM se abstuviera ante una candidatura que reclamaba, en primer lugar, la amnistía para los 30.000 presos políticos. El POUM se encontraría aislado, sin posibilidad de influir en otras fuerzas obreras. Una idea de cuán popular era la idea del Frente, la da el hecho de que los anarquistas, a pesar de su apoliticismo, estaban dispuestos a aconsejar bajo mano a sus masas que votarían por los candiatos frentepopulistas.

En cambio, si el POUM ingresaba en el Frente, podría no sólo tener voz en el Parlamento: podría aprovechar la campaña electoral para insistir en lo que consideraba esencial, esto es, en que el Frente se viera como una simple alianza electoral y no como un organismo permanente. Los comunistas, desde el comienzo, sostenían, por su parte, que el Frente debía ser el organismo que, una vez ganadas las elecciones, dirigiera la política de las izquierdas. Esto era peligroso, porque de hecho equivalía a pedir que los republicanos y los comunistas, ambos muy moderados, controlaran la acción política de los socialistas y de los grupos más de izquierda y

hasta, indirectamente, de los cenetistas. Ya que no podía evitarse la constitución del Frente Popular, en vez de la Alianza Obrera que el POUM propugnaba, por lo menos debía intentarse evitar que se convirtiera en un organismo permanente de freno de las masas. Y esto podía hacerse mejor desde dentro que desde fuera.

Estos eran los razonamientos del Comité Ejecutivo del POUM, aprobados por su Comité Central. Nin estuvo absolutamente de acuerdo con ellos y lo mismo los demás poumistas procedentes de la Izquierda Comunista. Pero esta posición desencadenó la ira de Trotsky. Este envió a España a su representante en el Secretariado Internacional de la Oposición, Jean Rous, que enseñó a Nin y Andrade una carta de Trotsky en la cual decía que «lo que ocurre en España es la prueba de los errores y hasta las traiciones cometidos por Nin y Andrade, en enero, al firmar el pacto del Frente Popular».

El 22 de enero de 1936, Trotsky publicó una carta abierta rompiendo con los ex trotskystas españoles (que de hecho habían roto ya con él, bastante antes). Esta carta se titulaba «La traición del POUM» y en ella se decían cosas así: «La organización española de comunistas de izquierda, que fue siempre una organización confusa, se unificó, después de innumerables oscilaciones a derecha e izquierda, con la Federación comunista de Maurín, a base de un programa centrista. El pacto del Frente Popular es un documento vergonzoso. Firmarlo es una traición al proletariado en beneficio de una alianza con la burguesía.» Y acababa: «En España habrá indudablemente verdaderos revolucionarios que desmascararán implacablemente la traición de Maurín, Nin, Andrade y consortes, y establecerán los elementos de una sección española de la Oposición Internacional.» El 15 de febrero de 1936, el Secretariado Internacional de la Oposición anunció que rompía toda relación con el grupo español (ya inexistente), cuyo «centrismo, disfrazado con una fraseología revolucionaria, oculta un contenido oportunista».

Nin debió sufrir por esta ruptura, que para él era más personal que política. Cesó toda correspondencia con Trotsky, incluso la muy formal que en los dos años anteriores había sostenido con él. Pero, al mismo tiempo, debió sentirse libertado de la hipoteca que sobre él hizo pesar, durante seis años, su lealtad con «el Viejo».

El POUM no tuvo problemas para entrar en el Frente de Izquierdas Catalán. Pero no consiguió que, teniendo en cuenta su fuerza numérica, se pusieran en candidatura dos de sus dirigentes, Maurín y Nin. Tuvo que contentarse con Maurín. A través de gestiones hechas ante el Partido Socialista, el POUM entró también en el Frente Popular español. Sus dos candidatos en él fueron Nin por Teruel y Gorkín por Cádiz. Pero los comunistas gaditanos se opusieron a Gorkín y lograron que se le remplazara por uno de los suyos. Los republicanos turolenses se opusieron a Nin y lo sustituyeron por un moderado. Nin se quedó, así, sin acta. Cuando la candidatura del Frente triunfó el 16 de febrero de 1936, el POUM sólo tuvo en el Parlamento la voz de Maurín.

* * *

Hasta qué punto la formación del POUM fue una liberación ideológica para Nin puede verse con una ojeada al libro que publicó en catalán en 1935 (escrito en 1934), *Els moviments d'emancipació nacional* (Los movimientos de emancipación nacional). En él, después de dedicar unos capítulos al examen de las distintas posiciones sostenidas por marxistas sobre la cuestión nacional —Bauer, Kautsky, Rosa Luxemburgo—, y de contrastar la posición de Marx y Engels sobre el tema con la de Bakunin, Nin explica lo que en el terreno de las nacionalidades se hizo en la URSS y presenta la «solución soviética» como la verdadera solución al problema. Todavía, cuando escribió este libro, Nin estaba dominado por la idea de Trotsky de que la URSS era un Estado obrero, con una degeneración burocrática, y por tanto

veía en lo realizado por este Estado un modelo posible. No se daba cuenta del nacionalismo gran-ruso de Stalin. Reeditado en París en 1971, este libro resulta desplazado, porque sabemos la verdad sobre la «solución» soviética del problema de las nacionalidades, que ha consistido en el fomento del folklore local, la dominación política por Rusia y en algunos casos el genocidio puro y simple. El libro tiene hoy más valor por su breve parte teórica que por su apología de la política de las nacionalidades soviéticas, que suena casi a propaganda. Sirve, además, para comprender retrospectivamente la ambivalencia —inevitable por un tiempo y en aquella época— de quienes se separaban del movimiento comunista oficial. Tenía que ser aún mayor en Nin, que había vivido largos años en Rusia y, por tanto, había sido influenciado directamente por la atmósfera soviética.

Poco a poco, se iba librando de esta influencia. Su libro sobre las nacionalidades fue el último destello de ella. A partir del momento en que empieza a actuar en el POUM, Nin parece políticamente otra persona. Incluso su estilo político se hace más vivo, más personal.

Esto se ve, por ejemplo, en los comentarios que Nin escribió en *La Nueva Era* (número de febrero de 1936) sobre las elecciones que acababan de dar el triunfo a los candidatos frentepopulistas. El frente Popular ha conseguido su objetivo: cortar el paso a la reacción. La victoria se debe a las masas obreras, menos representadas de lo que les corresponde. Si no hubiese habido octubre de 1934, no habría ahora victoria. La lucha continúa y para derrotar definitivamente a la reacción se necesita la acción obrera. El Gobierno Azaña no responde a las aspiraciones de las masas y las desilusionará. Exigir en nombre de la República que la clase obrera renuncie a destruir el capitalismo es un crimen y una traición. Esto es lo que el Partido Comunista preconiza, al pedir que el Frente Popular se convierta en un organismo permanente. La conquista del poder es el objetivo del proletariado. Las condiciones no están ma-

duras para que la clase obrera tome el poder, pero sí para que se prepare a tomarlo en un futuro inmediato. Hay que reforzar la Alianza Obrera. Si el Gobierno decepciona a la clase media y al campesinado, estos grupos se lanzarán en brazos del fascismo y le darán la base social que le falta en España. Así pues, los deberes del momento son: independencia del movimiento obrero con respecto a los republicanos, unidad sindical, alianza obrera y formación rápida del Partido Revolucionario.

Lo que diga Trotsky de esta posición ya no inquieta a Nin. El 12 de abril, el viejo bolchevique comenta en un artículo: «Los grandes revolucionarios Nin y Andrade se quedan al margen, para realizar con Maurín una propaganda completamente impotente por la Revolución Democrático-Socialista, es decir, por la traición socialdemócrata.» Y da estas consignas: «Condenar la política de todos los jefes que están en el Frente Popular, denunciar al POUM, reunirse en torno a la bandera de la Cuarta Internacional, adherirse al Partido Socialista y a las Juventudes Socialistas Unificadas² para trabajar como fracción en el espíritu del bolchevismo, crear fracciones en los sindicatos y otras organizaciones.»

Trotsky tiene un motivo personal para estar furioso con el POUM: desea crear la Cuarta Internacional, pero el POUM ha formado con diversos partidos socialistas independientes el Buró Internacional, y esto disminuye las posibilidades de los trotskystas de conquistar estos partidos para la nueva Internacional.

* * *

² Las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) se formaron poco antes, cuando Santiago Carrillo, que había flirteado con los trotskystas y el Bloque, decidió, después de un viaje a Moscú, que las Juventudes Socialistas, de las cuales era secretario general, se unieran con las Juventudes Comunistas, mucho menos numerosas, para formar una nueva organización. En ésta, al cabo de poco tiempo, los comunistas, más disciplinados y con mayores medios, coparon la dirección. Finalmente, las JSU se adhirieron a la Comintern.

«Nin era bueno y sincero. Su adhesión final —porque fue una adhesión más que una fusión— a lo que era el BOC, en sus doctrinas y en su táctica y estrategia, fue leal, noble. Creo que los diez meses que trabajamos juntos se sintió políticamente feliz. Era eso lo que buscaba», escribió Maurín mucho después, recordando este período de los primeros meses del POUM³. Y subrayó «el esfuerzo que hizo Nin —le fue muy penoso— para desembarazarse de una ideología muerta y asentarse sobre una realidad viva, palpitante».

Estas frases resumen lo que fueron los meses que transcurrieron entre la fundación del POUM y el 19 de julio de 1936. Nin se encontraba bien en el POUM. Sabía que debería esforzarse para conquistar no la aceptación razonada, que la tenía, sino la simpatía de los militantes, casi todos procedentes del Bloque en Cataluña. Era un hombre caluroso, paciente, y estaba convencido de que esto no sería difícil. Sabía que Maurín, por su historia y su inteligencia, sería siempre la primera figura en el POUM, y creo que lo aceptaba sin que le pareciera un sacrificio. Recuérdese que Nin era, por temperamento, un intelectual, y el intelectual tiende a seguir a un líder político, más que a querer ser líder él mismo. Por otro lado, en la división de trabajo entre Maurín y Nin, éste tenía un campo de acción definido, en el cual podía sentirse eficaz, con autoridad moral e intelectual y con la satisfacción de los resultados que se consiguieron. Nin, por lo demás, había actuado siempre al lado de otros dirigentes: de Seguí en la CNT, de Losóvsky en la Profintern, de Trotsky en la Oposición.

Además de dirigir *La Nueva Era*, que bajo su guía salió regularmente y muy mejorada, se encargó de los asuntos sindicales del POUM. Era éste un terreno en el cual sus años en la Profintern podían serle de mucha

³ Carta a Víctor Alba, fechada en Nueva York el 20 de noviembre de 1971, comentando el manuscrito de una anterior biografía de Nin en catalán escrita por Alba.

utilidad, una vez reaprendida, con su experiencia de 1930 a 1935, la realidad española.

El movimiento sindical catalán estaba muy dividido. Por un lado estaba, desde luego, la CNT, dirigida por anarquistas y que pronto iba a reabsorber a los sindicatos separados de ella, controlados por los «treintistas». Era fuerte sobre todo en Barcelona y su provincia. La Unió Socialista de Catalunya tenía unos cuantos sindicatos en provincias y una organización agraria, ambos sin mucho volumen. Estaban, además, sindicatos autónomos, algunos importantes, en cuyo seno luchaban socialistas, comunistas y poumistas, y en varios de los cuales —Sindicato Mercantil, Unión Ultramarina, Artes Gráficas, Luz y Fuerza— los bloquistas habían conquistado democráticamente la dirección. Los comunistas no tenían ninguna fuerza sindical, aparte de un par de sindicatos autónomos (el de gastronomía era el más destacado). Finalmente, estaban los sindicatos de Lérida, Gerona y Tarragona, dirigidos por poumistas desde hacía años —expulsados por ello de la CNT—, y los sindicatos agrícolas de Gerona y Lérida, dirigidos también por poumistas, además de algunos autónomos barceloneses que eran fuertes.

Nin y Bonet organizaron una conferencia de unidad sindical a la que, finalmente, sólo asistieron los sindicatos dirigidos por poumistas y algunos autónomos. La conferencia creó la Federación Obrera de Unidad Sindical (FOUS), de la cual Nin fue elegido secretario general y que actuaba desde un oscuro local en la calle de Portaferriassa. Los sindicatos Mercantil y de Artes Gráficas de Barcelona, autónomos, formaban también parte de la FOUS. En total, había en ella unos 60.000 obreros organizados. La CNT contaba con algo más de 200.000 en Cataluña.

La FOUS no quería ser una central sindical más, sino un organismo propulsor de la unidad sindical, primero en Cataluña, luego en el resto de España. Su objetivo final era lograr un pacto CNT-UGT y, a largo plazo, la

fusión de las centrales sindicales socialista y anarcosindicalista en una sola. Era un programa ambicioso, pero que la situación del país hacía imperativo a los ojos de los poumistas. La rapidez con que esta situación evolucionó, no permitió que se llevara a cabo.

Nin, con un sueldo modestísimo en la FOUS —500 pesetas al mes—, pudo liberarse de la carga de las traducciones y consagrarse enteramente a ella.

Además, disponía de tiempo para escribir con mayor calma sobre cuestiones políticas y, sobre todo, para hablar en público. Nin necesitaba entrar en contacto con la base de su nuevo Partido. En ella había una gran admiración por Maurín, una profunda amistad casi personal. Muchísimos de los militantes del POUM se habían formado gracias a la influencia de Maurín y a sus relaciones personales con él, a sus charlas, a sus conversaciones, a sus libros y folletos, a sus reuniones. Conocían a Nin, sobre todo, por las citas que *La Batalla* había dado de sus ataques contra el Bloque. Nin necesitaba que lo conocieran también personalmente, si quería llevar a cabo con éxito la misión que tenía en el POUM. Y esto lo consiguió, en gran medida, gracias a las conferencias y mítines en que participó no sólo durante la campaña electoral, sino después de ella.

Toda conferencia o mitin en un pueblo, un barrio o una ciudad, solía ir precedida de una reunión con los militantes, en el local del POUM, y de una cena en una tasca cualquiera con los dirigentes locales. Después de la conferencia o mitin, había más charla, más preguntas y discusiones, sin ninguna formalidad, hasta que llegaba la hora de tomar el tren o el autobús o de marcharse a Barcelona en el auto que algún militante había proporcionado (y esto era raro, porque el POUM tenía sólo tres o cuatro militantes dueños de coche). Por suerte, *La Batalla* no sólo se sostenía por sí misma, sino que dejaba un remanente, que, agregado a la cuota de los militantes —la más alta de todos los partidos obreros españoles y pagada en general con puntualidad—,

permitía enviar a equipos de oradores a los lugares más recónditos de Cataluña y hasta a algún conferenciante a lugares fuera de Cataluña, donde el POUM tenía pequeñas secciones que comenzaban a crecer.

Nin dedicó muchas noches a esta tarea. Trabajó así conocimiento con los dirigentes locales de muchas secciones del POUM y, además, por su cargo sindical, con muchos de los que actuaban por el POUM en los sindicatos. Esto iba a serle de un valor decisivo, como se verá.

En esos meses, en Barcelona, Nin pudo ver una serie de rostros que había visto ya en Moscú. Por ejemplo, no sólo a Vittorio Codovila, el argentino que desde 1933 era el agente de la Internacional en España, sino también a Erno Gëro (este húngaro que se hacía llamar Pedro, era, desde 1933, delegado de la Comintern cerca del Partit Comunista de Catalunya y, en 1956, iba a ser el encargado de dar a los tanques soviéticos una justificación, cuando, sin ninguna autoridad oficial, pidió a la URSS que enviara sus fuerzas a «liberar» a Hungría del Gobierno de Imre Nagy y a obligar al país a volver al redil soviético). Una tarde, al salir de la FOUS, Nin se encontró con Gëro, frente al café Moka, en las Ramblas, y, de modo automático, lo saludó con un gesto. Gëro lo miró, y sin que se moviera nada en su rostro, siguió su camino. Desde entonces, Nin ya no tuvo más gestos espontáneos, irreflexivos, de saludo a viejos conocidos de Rusia. El alto funcionario de Moscú quedaba definitivamente enterrado.

A Nin le quedaba poco más de un año de vida. Iba a ser un año dedicado a lo que él mismo definió en el número de julio de 1936 de *La Nueva Era*: «Para la burguesía democrática, la Revolución ha terminado. Para la clase obrera, está sólo en una etapa de su desarrollo... Cada retroceso de la reacción, cada avance de la Revolución, es resultado de la acción extralegal de la clase obrera.»

Maurín llevaba la voz del POUM al Parlamento. En

uno de sus cuatro discursos, insistió en que se acercaba el enfrentamiento entre las fuerzas reaccionarias, que ya podían calificarse de fascistas, y las fuerzas revolucionarias.

A pesar de esto, cometió el error de confiar en los informes del Gobierno y, dejándose arrastrar por su espíritu de partido, marchó a Galicia el 16 de julio. Debía asistir allí a una reunión de los poumistas de Santiago. En esta ciudad le sorprendió el golpe militar. Quedó encerrado en la ratonera⁴.

Así, cuando llegó el 18 de julio, el POUM se encontró sin su secretario general, sin el hombre que había formado a la mayoría de sus militantes y en el cual éstos tenían una calurosa confianza personal.

* * *

La ausencia de Maurín, en el momento por el cual el Bloque y el POUM habían luchado, planteaba a Nin un problema muy delicado.

Era un problema en el cual los factores psicológicos eran, acaso, más importantes que los políticos. Porque la línea del POUM se hallaba trazada, de antemano, por lo que decía su programa, aprobado unos meses antes de su constitución: hacer la Revolución democrático-socialista. Es decir, aprovechar todas las oportunidades para presionar con el fin de que se adoptaran medidas que no sólo fortalecieran la democracia y la extendieran, sino que prepararan el socialismo. Y, si la ocasión se presentaba, luchar para establecer el socialismo, con el propósito, al mismo tiempo, de que éste fuera el coronamiento y la consolidación de la Revolución democrática que la burguesía española no había sabido hacer.

Que el 19 de julio provocó esta oportunidad, los pou-

⁴ Para más detalles, véase el capítulo 7 de la biografía de Maurín.

mistas no lo dudaban. Pero, además, para cualquiera que conociese a los trabajadores catalanes —y los poumistas eran trabajadores catalanes y los conocían bien—, era evidente que no sólo existían las posibilidades de hacer la Revolución soñada y deseada durante tantos años, sino que la clase obrera, por lo menos en Cataluña, quería hacerla.

Podría discutirse si las condiciones objetivas para hacer la Revolución eran favorables: el fascismo estaba en ascenso en toda Europa; la URSS, deseosa de contar con el apoyo de Francia e Inglaterra, había abandonado definitivamente el lenguaje y los objetivos revolucionarios; el Frente Popular francés (que acababa de ganar las elecciones) se encontraba hipotecado por el Gobierno conservador de Londres, puesto que la alianza de Inglaterra se veía en París como indispensable para contrapesar a Hitler.

Era posible y legítimo, pues, preguntarse si una Revolución socialista en España tenía alguna probabilidad de triunfo ante esta situación internacional. Maurín, como hemos visto, consideró *a posteriori* que no. Pero si Maurín hubiese estado en Cataluña, habría, sin duda, reaccionado de otro modo.

Porque al lado de estas condiciones objetivas adversas, estaba una realidad subjetiva que no podía ignorarse y que un Partido obrero no debía en ningún caso desconocer: el deseo de la masa obrera de convertirse en el factor decisivo, el deseo de la mayoría de los trabajadores de ser los amos (deseo explícito en Cataluña, menos abierto pero no menos real en el resto del país).

No era, pues, de momento, un problema político lo que se planteaba a Nin. En la apreciación de las condiciones del momento, coincidieron con él todos los militantes del POUM. El dirigente que no hubiera hablado de hacer la Revolución, en aquellos días, se hubiese quedado solo. Sospecho que incluso Maurín, con toda su autoridad moral, no hubiese sido seguido por los poumistas, por «sus» poumistas, si hubiera estado en

Barcelona y hubiese dicho que no era el momento de hacer la Revolución. Y sospecho que nunca lo hubiese dicho, en aquellas jornadas de julio.

El problema de Nin era más bien psicológico.

No podía olvidar un hecho. Aunque el POUM había reclutado muchos adherentes en los diez meses que, desde su fundación, transcurrieron hasta el 19 de julio de 1936 —acaso unos 3.000, lo que elevaba a 10.000 la cifra de sus miembros—, los cuadros del Partido estaban formados por los ex bloquistas. Si la Izquierda Comunista hubiese tenido cuatro, cinco mil miembros o más que el Bloque, en el momento de la unificación, la situación de Nin hubiese sido distinta. Pero tenía 250 ó 300 militantes, mientras que del Bloque procedían siete mil.

Esto pesaba, pues eran esos siete mil quienes ocupaban puestos en la dirección local del partido, en los sindicatos afectos, en ateneos y otras organizaciones. Los ex trotskystas, aunque todos activos y bien considerados en el medio en que actuaban, no podían ser el esqueleto, los nervios y los músculos del Partido —por lo menos, no en Cataluña, donde estaba el grueso de la fuerza del POUM, que en el resto de España no debía tener más de quinientos o, a lo sumo, un millar de afiliados. Por lo tanto, eran esos siete mil quienes debían estar en contacto con la dirección, quienes debían aplicar sus consignas y orientaciones y quienes debían fijar, en definitiva, la línea política y las decisiones de la dirección.

El POUM, como el Bloque antes, era una organización democrática. En un prefacio tendencioso, el ex dirigente trotskysta Juan Andrade⁵ afirma que «su autoridad [la de Nin] y criterio no eran siempre decisivos para los comités de Cataluña, para los 'notables' mau-

⁵ Juan Andrade: «Prefacio» a Andrés Nin: *Los problemas de la revolución española*. París, 1971, p. 8.

rinistas de las comarcas, que eran finalmente los que decidían con sus votos». Esto fue así porque el POUM, repito, era un Partido democrático y resultaba lógico que si algunos ex trotskystas preconizaban una línea política que no parecía la apropiada a los antiguos bloquistas, éstos, «notables» o no, la rechazaran; no por venir de ex trotskystas, sino porque no la encontraban adecuada. El Comité Central del Partido no dejó de reunirse nunca, cada tres meses, y durante la guerra civil hasta con mayor frecuencia y ampliado, para dar cabida en él a elementos del Partido que tenían cargos de responsabilidad. De modo que Nin contó siempre con la opinión de la base del Partido.

Nin debía tener en cuenta todo esto. Retrospectivamente, puede decirse que nunca lo olvidó y que convenció plenamente y rápidamente a los bloquistas de que él había ido a la unificación sin segundas intenciones. Pero esto no bastaba.

Maurín se hallaba ausente. Por unos días, después del 19 de julio, se esperó que regresaría, de alguna manera. Pero cuando se comenzaron a tener noticias, por fugitivos y por la prensa extranjera, de lo que sucedía en la zona dominada por los militares, se supuso que Maurín había sido muerto —y hasta se publicó esta noticia en algunos periódicos. Sin embargo, los poumistas nunca perdieron del todo la esperanza de que Maurín se salvara y reapareciera.

Había que encargar a alguien que cumpliera las funciones de secretario general. Nadie dudó que este alguien debía ser Nin. Ni a los más «maurínistas» de los bloquistas se les ocurrió que pudiese ser otro de los dirigentes del Partido.

Pero era evidente que muchos sentirían como una intrusión que alguien ocupara el puesto de Maurín, que sería como darlo por muerto. Esta reacción de raíz sentimental se obvió, en la primera reunión del Comité Central, después del 19 de julio, nombrando a Nin, no secretario general, puesto y título que se reservaba para

Maurín —ya que para ellos había sido elegido, sino secretario político.

Las funciones de Nin serían, pues, las que habría cumplido Maurín, de haber podido estar en Barcelona. Pero su título sería otro.

A él correspondía dar a este título la eficacia que la situación exigía. Nadie podía hacerlo por cuenta suya.

EL SECRETARIO POLITICO

El alzamiento militar de julio de 1936 no fue como el golpe que condujo a la Dictadura en septiembre de 1923. No fue una sorpresa ni triunfó sin resistencia.

Durante los treinta y tres meses de esa resistencia, los militantes obreros no tuvieron, prácticamente, vida privada. Se vivía sólo para la guerra, la revolución, la organización. La vida de Nin, en los once meses que le quedaban, se confunde con la historia del POUM.

Los dirigentes, republicanos y obreros por igual, vieron el 19 de julio como un intento de hacer fracasar el golpe. Pero la base de las organizaciones obreras sorprendió a todos: a sus propios dirigentes, a los republicanos y a los militares. Nin no fue una excepción, pero se repuso de la sorpresa más de prisa que los dirigentes de otras organizaciones.

Los obreros querían las fábricas y las tomaron. Los campesinos querían la tierra y la tomaron. El POUM quería el poder, pero no era bastante fuerte para tomarlo. Los que hubieran podido hacerlo, los anarquistas, no lo querían, obnubilados por su tradición antipolítica.

Los socialistas no se atrevían a tomarlo solos. Para el POUM y para Nin comenzó, así, un período en el cual gran parte de su acción se dedicó a tratar, en vano, de convencer a los cenetistas de que debían tomar el poder.

En la noche del 18 al 19 de julio, el Comité Ejecutivo del POUM, reunido en casa de un militante, hizo gestiones para restablecer la Alianza Obrera. Los comunistas dijeron que bastaba con el Frente Popular. Los anarquistas, que la CNT se bastaba.

Nin, automáticamente, se convierte, en ausencia de Maurín, en el centro del Comité Ejecutivo, que va recibiendo noticias de cómo se desarrolla la lucha, de los militantes que van cayendo en la Plaza de la Universidad, en la Plaza de Cataluña, de los que entran en Atarazanas. A mediodía del 19 de julio, los poumistas se instalan en el edificio del Teatro Principal Palace, en la parte baja de las Ramblas y, al otro lado de éstas, en el Hotel Falcón. Nin redacta, para que se impriman, manifiestos a toda prisa. Con el cuello de la camisa desabrochado, sin chaqueta, Nin habla con los mensajeros de las barricadas, telefonea a los pueblos. Hace un calor agobiante. El momento con el cual ha soñado toda la vida, el momento de romanticismo exacerbado, lo que Malraux llamará la apocalipsis de la fraternidad, ha llegado.

Pero todavía no se ve que es una revolución. El POUM lanza una serie de reivindicaciones: huelga general (que ya existe), rebaja de los alquileres, de la jornada de trabajo, aumento de sueldos, castigo de los sublevados. Son reivindicaciones que podríamos llamar «normales». Pero el lunes, cuando ya la batalla se ha ganado en Barcelona y en toda Cataluña, los obreros se encargan de hacer que las circunstancias dejen de ser normales. Encuentran fábricas y despachos sin los dueños —que no se atreven a comparecer—, se reúnen en asamblea, eligen comités para controlar las empresas. Ahora son ellos los dueños, los amos.

Nin se da cuenta de este cambio en el humor de los trabajadores. Por esto, el POUM es la primera organización que habla de revolución. El 22 de julio —el mismo día que se forma el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) adherido a la Tercera Internacional y constituido por los partidos que no quisieron unificarse con el Bloque y la Izquierda Comunista—, *Avant*, diario en catalán que el POUM empieza a publicar en la imprenta del viejo periódico tradicionalista *El Correo Catalán*, proclama que la Alianza Obrera es ahora más necesaria que nunca, para evitar que se trate de escamotear la Revolución. El Comité de Milicias, que acaba de formarse, es, para Nin, «el segundo poder hoy; el poder único, revolucionario, mañana». Nin expone ante el Comité Central, convocado por radio, esta tesis y el Comité Central la hace suya.

Conviene, aquí, señalar que, a partir de este momento, se ejercerán sobre Nin tres presiones distintas: por un lado, la de los comités locales de Barcelona y Lérida y de las Juventudes del POUM (Juventud Comunista Ibérica), que podríamos llamar el ala radical del Partido; la de algunos comités comarcales, a veces temerosos de que las posiciones del Partido aislen a éste de los republicanos y exasperen a los comunistas, posición que se manifiesta esporádicamente y sin fuerza; y, finalmente, aunque ésta sólo aparece más adelante, la presión de algunos amigos suyos de la época de la Izquierda Comunista, que se instalan en Barcelona y que se muestran furiosamente antilargocaballeristas, presión que no sería importante si no se apoyara en la amistad de quienes la ejercen con Nin ¹.

¹ En el prefacio ya citado, Andrade dice que la propaganda comunista era tal que influía incluso en los ex bloquistas, que se «esforzaban por disminuir la influencia en el interior de la organización de los militantes que procedían del trotskismo, y, en primer lugar, la de Andrés Nin, el más representativo, cuya menor opinión era recibida con recelo y desconfianza». Ya iremos viendo que esta afirmación no

Ya se ha señalado la difícil posición en que la ausencia forzada de Maurín colocó a Nin. A pesar de que no tenía todavía tradición dentro del Partido, de que debía tratar de equilibrar las distintas presiones que sobre él se ejercían y sacar de ellas una línea política que, a la vez de satisfacerlas, fuera, a sus propios ojos, la adecuada, Nin logró que el Partido tuviera una sola voz, que no aparecieran resquebrajaduras importantes en él, que la persecución verbal y luego física de que fue objeto no lo dividiera, que no hubiese defecciones importantes ni numerosas. Tuvo que emplear mucho tiempo tratando de mediar, de poner remiendos, de calmar indignaciones. Lo hizo con flexibilidad, con habilidad, con eficacia. A pesar de sus años de Moscú y de su admiración por los bolcheviques, Nin mostró que no había perdido ninguna de las cualidades humanas que faltaban a los camaradas de Lenin y a éste mismo. Algunos, entre sus viejos compañeros, interpretaron esto como debilidad. En realidad, como secretario político del POUM, fue su fuerza. Sin el calor humano de Nin, el POUM se hubiese dividido, probablemente o, en todo caso, no hubiera sobrevivido a las pruebas que lo acechaban. Ideológicamente, el POUM respondía, en lo fundamental, a la inspiración de Maurín. Pero en la lucha, después del 19 de Julio, el POUM respondía, sobre todo, a la ductilidad y la simpatía de Nin. No quiere esto decir que no cometiera errores. Quiere decir que sus errores no respondían a segundas intenciones, sino a su carácter mismo. Y que sus aciertos fueron producto, a la vez, de este carácter y de la fraternidad que Maurín había sabido crear como clima del Bloque y que el POUM heredó.

refleja la realidad. Andrade toma por desconfianza hacia los ex trotskystas lo que era, de hecho, desconfianza hacia él, provocada, sobre todo, por su tono tajante, superior y su antimaurinismo apenas disimulado. Pero Nin nunca la encontró.

Ignacio Iglesias, miembro asturiano de la Izquierda Comunista, redactor de *La Batalla* durante la guerra civil, describe así a Nin, a quien conocía bien y por quien sentía un gran aprecio²:

«[Nin] sentía una gran fatiga: Ese cansancio fue físico y moral, fácil por lo demás de explicar. Fue nombrado secretario político, es decir, la cabeza principal del POUM, en condiciones poco propicias: en ausencia de Maurín. Muchos o muchísimos de los militantes poumistas casi estaban dispuestos a ver en Nin al intruso; me refiero, claro está, a los antiguos bloquistas, para los cuales Maurín era algo más que el dirigente máximo: era, pura y simplemente, el dirigente, el único. Esta actitud se reflejó también en algunos miembros del Comité Ejecutivo. Añadamos a todo esto el hecho cierto de que algunos ex trotskystas no comprendieron que Nin tenía que defender la política de la mayoría del Comité Ejecutivo y no la que él —o ellos— juzgaban más idónea; quizá les pareció su actitud un tanto conformista u oportunista. Lo indudable es que el POUM no había aún alcanzado la necesaria homogeneidad y que la ausencia de Maurín ahondó más las diferencias. Nin, por no proceder del BOC, no podía contar con la adhesión incondicional con que hasta entonces había contado Maurín. Todo esto le produjo sin duda una gran fatiga moral, a la que por desgracia se agregó la fatiga física, fruto de su enfermedad, agravada entonces, y que él procuraba disimular a los demás compañeros. Más de una vez vino a mi despacho de *La Batalla* para dejarse caer hundido en un sillón, sin la menor desmoralización, porque no era hombre que se desmoralizara jamás, pero sí presa de ese cansancio

² Carta a Víctor Alba, fechada en París el 1 de julio de 1973.

moral y físico al que aludí. Me parece que ni sus íntimos llegamos a comprender entonces la tragedia que vivía.»

* * *

Escuché varias veces a Nin decir a grupos de militantes y a periodistas extranjeros que en Rusia las cosas tardaron mucho más que en Cataluña en comenzar a funcionar. Le parecía increíble que los trenes, los tranvías, las oficinas, las fábricas, marcharan normalmente al cabo de tres o cuatro días de haberse vencido el alzamiento en la ciudad. Esto indicaba, decía, un grado de preparación y de conciencia social más alto en el proletariado catalán de 1936 que en el ruso de 1917.

Fue esto, sin duda, lo que alarmó al PSUC y a los republicanos. Se daban cuenta de que la clase media ya no era indispensable. Convocaron una reunión de todos los partidos que habían formado el Frente de Izquierdas y propusieron que se estableciera un comité de enlace. El POUM estuvo de acuerdo, pero no aceptó la posición del PSUC de que este comité de enlace fuera, de hecho, un comité ejecutivo que fijara su línea a todas las organizaciones: No aceptó un superpartido. El POUM no quiere perder su independencia. Es la primera disensión del POUM. Pese a esto, buena parte de la clase media lo ve como un Partido responsable y espera que pueda servir de freno a la CNT, que la inquieta. Pero el POUM no quiere jugar este papel.

Sus filas aumentan. Sus milicias marchan a diversos frentes: Huesca, Teruel, Guadalajara, desde Barcelona, Lérida, Tarragona, Castellón y Madrid.

El 1 de agosto se forma un nuevo Gobierno de la Generalidad. El POUM dice que no representa a nadie, que debería ser netamente proletario. «Abajo es donde hay que concentrar la atención, porque es allí donde surgen las nuevas instituciones. Todo lo que se constituya al margen de la acción creadora de las masas es

artificial y efímero. Arriba se producen crisis ministeriales. Abajo la Revolución continúa», dice *Avant* en un editorial escrito por Nin.

El primero de agosto, primer mitin del POUM; el primero de cualquier organización, después del alzamiento militar. Nin, que habla en último lugar, dice que «el alzamiento fascista se ha transformado en una insurrección de la clase obrera». Para ir a la Revolución socialista, los trabajadores deben tomar el poder. Lanza tres consignas: «Control obrero de la producción, milicias obreras, unidad sindical.» Y acaba: «El pueblo ha resuelto los problemas de la Revolución democrático-burguesa, los ha resuelto con las armas en la mano y en una semana. Ahora pasa a la Revolución socialista.»

El hombre de la calle quiere la Revolución. Pero sus organizaciones, aunque hablan de ella, no hacen lo indispensable para que tenga lugar, no toman el poder. Esta idea se convierte casi en una obsesión para Nin. Le escuché muchas veces decir a militantes que lo visitaban en su despacho del edificio del antiguo Banco de Cataluña, en las Ramblas —donde se instaló el Comité Ejecutivo del POUM en agosto—, que sin el poder todo lo demás es retórica. No basta con tener las fábricas, con formar el nuevo ejército (las milicias); es indispensable tener el poder político. Este poder podría ser el Comité de Milicias, si se atreviera a quererlo, porque el Gobierno de la Generalidad no manda, en realidad, sino que manda el Comité de Milicias.

Por otro lado, Nin no se cansa de señalar a los catalanistas que la Generalidad ha visto sus funciones ampliadas a esferas que el Estatuto de Cataluña no le atribuía (defensa, economía, banca, trabajo, comercio exterior), y ello gracias a la Revolución. Es la Revolución la que ha de resolver definitivamente el problema catalán, la que lo está resolviendo.

Nin, hablando a los anarquistas y a los catalanistas, escribiendo con la esperanza de que lo lean, ha de tener muchos miramientos. Los catalanistas ven en él al es-

pléndido traductor al catalán y lo respetan, pero esto no basta para que acepten sus ideas. Los anarquistas ven en él al compañero de Trotsky —es decir, del hombre que aplastó sangrientamente la protesta de Crons-tadt—, y recuerdan las duras críticas dirigidas por Nin a la CNT, incluso recuerdan que Nin es el secretario general de la FOUS, que justamente cuando estalló el alzamiento sostenía una huelga de tipógrafos a la que la CNT se opuso al extremo de que sus impresores hicieron de rompehuelgas. Hay, pues, en las filas cenetistas, cierta suspicacia con respecto a Nin y al POUM. Este, además, lleva en su título el adjetivo de «marxista» que los anarquistas odian con la misma fuerza con que los anticlericales odian el nombre de «inquisición». Las querellas de setenta años antes entre Marx y Bakunin influyen todavía en los anarquistas... Estos, finalmente, se sienten tan poderosos, tan indispensables, que no escuchan a nadie.

Mientras las organizaciones obreras no se atreven a tomar el poder por respeto a los sacrosantos principios, la clase media se recobra. No gracias a la Esquerra, que sólo tiene el Gobierno y la presidencia de la Generalidad, sino gracias a ese PSUC creado a marchas forzadas en torno al minúsculo Partido Comunista de Cataluña, adherido a la Internacional Comunista, dirigido nominalmente por ex moderados como Joan Comorera y, de hecho, por el húngaro Gëro. Los obreros tienen ya sus organizaciones, no están disponibles. ¿A quién atraerá el PSUC? Primero le quita clientes a la Esquerra, que parece incapaz de defender a la clase media; luego, atrae a la parte más conservadora de esta misma clase media. El PSUC se convierte, por la fuerza de las circunstancias, en el Partido de los que quieren orden por encima de todo. Pero esto ocurre no sólo por las circunstancias, sino también por la voluntad de la Cómintern. En efecto, el Partido Comunista y su apéndice catalán, apenas se recuperan del susto del 19 de julio, se lanzan a una campaña en la cual no se habla de revolución, sino de

democracia y república. Para el Partido Comunista y el PSUC la guerra qué ha comenzado —y que, según todavía se cree, será breve— no es una guerra para hacer la revolución, sino para defender la República. No se atreven todavía a decir que no quieren la revolución (de hecho, que Stalin no la desea porque puede enturbiar sus buenas relaciones con Londres y París), pero afirman constantemente: «Primero, ganar la guerra.»

Nin —y con él el POUM— opinan que sin la revolución no se puede ganar la guerra. No creen en la ayuda internacional —que los comunistas presentan como un motivo para no hacer la revolución—: lo esperan todo de la solidaridad proletaria internacional. Y sin la moral de victoria que los avances de la revolución dan a las milicias, no hay posibilidad de ganar una guerra civil contra un enemigo que entiende de esto mucho más, que está organizado militarmente y que cuenta masivamente con la ayuda alemana e italiana.

El 6 de septiembre, en un mitin en el Gran Price, Nin lo dice con claridad: en España, la oposición no está entre fascismo y democracia (como pretenden comunistas y republicanos), sino entre fascismo y socialismo. «La rebelión del 19 de julio ha acelerado el proceso revolucionario, ha provocado una revolución proletaria más profunda que la misma revolución rusa»³.

A los cenetistas, les dice, para desarmar su desconfianza y porque esto es lo que piensa: «La dictadura del proletariado es la democracia obrera ejercida por todos los trabajadores sin excepción de ninguna clase. Vayamos a la instauración de esta democracia obrera. Aquí, como fuera de aquí, nuestro partido está dispuesto a luchar con los compañeros de la CNT y con toda la clase obrera contra cualquier tentativa encaminada a con-

³ El texto de este discurso fue publicado en folleto por la Editorial Marxista, fundada rápidamente por el POUM. Aparece en la antología de escritos políticos de Nin ya aludida, pp. 175-184.

vertir la dictadura del proletariado en dictadura de partido o en dictadura personal.»

Como se ve, ni Nin —por su formación— ni el POUM renuncian a la fórmula tradicional, que con la simple mención de la palabra dictadura hace rechinar de dientes a los anarquistas.

* * *

Stalin se encargará de liberar algo más a Nin de esa formación, de hacer avanzar su aprendizaje. En efecto, del 19 al 23 de agosto de 1936, se reúne en la Casa de los Sindicatos de Moscú —tan familiar para Nin— el primer tribunal contra los viejos bolcheviques. Zinóviev, Kámenev y otros catorce compañeros de Lenin son condenados a muerte. Stalin elimina, así, a algunos de sus posibles sucesores y se proporciona chivos expiatorios para sus propios errores. Todos los condenados han confesado que eran agentes fascistas e imperialistas. Naturalmente Nin, que conoce a muchos de ellos, no cree nada de estas confesiones. Ve ahora a dónde puede conducir la idea de dictadura del proletariado, si no se la rodea de garantías de democracia. Comprende que la idea debe refinarse más...

Los procesos de Moscú dan trágicamente la razón a las posiciones sostenidas por el Bloque y luego por el POUM. Los poumistas, y en esto no hay excepciones, condenan los procesos. El Comité Ejecutivo publica una protesta en *La Batalla* (28 de agosto de 1936), al día siguiente de la noticia de las ejecuciones: «Somos socialistas revolucionarios, marxistas. En nombre del socialismo y de la clase obrera revolucionaria protestamos contra el crimen monstruoso que acaba de perpetrarse en Moscú»... Y como el proceso había girado en torno a la figura de Trotsky, la protesta puntualiza: «Trotsky es, para nosotros, al lado de Lenin, una de las grandes figuras de la Revolución de octubre y un gran escritor socialista revolucionario. Injuriado, perseguido, le expre-

samos nuestra solidaridad revolucionaria, sin ocultar por esto nuestras discrepancias con algunas de sus apreciaciones».

Nin propone, además, que el Comité Ejecutivo sugiera que se dé asilo a Trotsky en Cataluña, puesto que se halla en situación precaria en Noruega. Pero la sugestión no tiene mucho eco. Trotsky ni siquiera se había ofrecido a acudir a España para poner su experiencia al servicio de la revolución; se contentaba con dar lecciones por escrito a quienes estaban sobre el terreno y conocían mejor la realidad, y a criticar a los poumistas... porque no eran trotskystas.

Desde este momento, *La Batalla* no cesará de denunciar, a cada nuevo proceso, la política de represión de Stalin: en enero de 1937, cuando ante los «jueces» comparezcan Radek, Piatakov y otros quince —confesos también y también condenados a muerte— y, después, el juicio contra Bujarin...

Pero si el POUM se muestra tajante en esta cuestión, no ocurre lo mismo con los demás. Los anarquistas hablan poco de los procesos. Los republicanos y socialistas, menos. Los comunistas, claro está, repiten las explicaciones que les llegan de Moscú. Todos creen que sería inoportuno protestar por algo lejano y que la protesta podría disminuir la muy parca ayuda rusa (que por ahora es sólo en comida y medicinas, no en armas). Con la retórica del Frente Popular, los comunistas consiguen, en todo el mundo, acallar muchas de las protestas; sólo algunos intelectuales, los socialistas austríacos y norteamericanos y los pequeños partidos del Buró Internacional alzan su voz. El truco de que protestando se debilita la unidad, silencia a la mayoría, como si lo que debilitara la unidad no fueran los procesos mismos...

En las propias filas del Buró Internacional hubo algunas dudas. Recuerdo una visita a Nin del viejo comunista disidente alemán Brandler, cuyo partido era miembro del Buró. A través de la puerta del despacho de Nin se oían

las voces airadas de los dos, en alemán. Brandler aconsejaba no criticar a Stalin en aquel momento. Nin estaba más liberado de su pasado que el dirigente alemán. Creo que John Dos Passos, entonces en plena gloria por sus novelas norteamericanas, visitó a Nin a su paso por Barcelona y le dio el mismo consejo (poco después la desaparición en manos de los comunistas de un amigo suyo le haría cambiar de opinión). En las Juventudes hubo también una discusión por el mismo motivo con Willy Brandt, entonces dirigente de un grupo juvenil socialista alemán miembro del Buró Internacional.

En esas semanas, Nin se va enterando de la llegada a España de viejos conocidos —pero ya no amigos— de Moscú: Palmiro Togliatti, que se hace llamar Ercoli; Stepanov, que había sido trotskysta a su lado, y luego el cónsul soviético —el primero que hubo en Barcelona—, viejo amigo de Nin, compañero suyo en la Oposición a Stalin, Antonov-Ovseenko. Por cierto que le jugó una mala pasada política: descubrió y tradujo un folleto de Antonov en el cual, en 1920, sostenía la superioridad de las milicias obreras sobre el ejército regular. Esto, en el momento en que el Partido Comunista reclamaba la reorganización del ejército y la desaparición de las milicias y, al mismo tiempo, agitaba como una bandera la figura del cónsul ruso, sin citar sus antecedentes ideológicos, claro está.

Cuando Antonov quiso establecer relaciones con los dirigentes de la CNT, «comenzó diciendo que a Stalin le producía hondo disgusto la presencia de Nin en la Generalidad», según cuenta Diego Abad de Santillán, dirigente de la CNT, quien agrega: «Esto sólo hubiese bastado para que nosotros testimoniásemos de todas formas nuestra amistad con él [Nin]»⁴.

Nin es el representante del POUM en el Consejo de Economía, creado el 11 de agosto por una acción con-

⁴ Carta a Víctor Alba, fechada en Buenos Aires el 19 de enero de 1972.

junta del Comité de Milicias y el Gobierno de la Generalidad. Se da cuenta, desde este puesto, de que existe el peligro de que se cree lo que *La Batalla* llamará un «capitalismo sindical», pero también de que, de momento, «se evitan el desorden, los trastornos de la desorganización y la desocupación, en una palabra, todo ese caos revolucionario que hasta ahora se consideraba inherente a las grandes convulsiones sociales». Lo dice en el diario del partido.

Este cargo es el primer cargo público, de poder, que Nin ostenta en toda su vida. El Consejo de Economía era, junto con el Comité de Milicias, el verdadero poder, aunque no lo fuera de nombre. Pero pronto Companys y los republicanos deciden que ha llegado el momento de hacer desaparecer este segundo poder. Lo hace hábilmente, incorporando al gobierno de la Generalidad las organizaciones que forman el Comité de Milicias, con lo cual, dicen, éste ya no es necesario. A mediados de septiembre propone este plan y comienza a negociar. La resistencia más difícil de vencer es la de la CNT. Los anarquistas están como presos por sus principios antipolíticos. Pero finalmente, ceden, porque, según dicen, ponen por encima de sus principios la necesidad de ayudar a ganar la guerra, cosa que, creen, sólo puede lograrse con la unión de todos en un mismo organismo. Sólo Santillán, entre ellos, considera que esta unión se ha logrado ya en el Comité de Milicias.

El POUM también lo cree así. La decisión del POUM de aceptar un puesto en este gobierno no es fácil. El Comité Ejecutivo la aprueba, pero quiere consultar con el Comité Central. Este la aprueba también, aunque con cierta oposición —sobre todo de los Comités Locales de Lérida y Barcelona. Los opuestos a entrar en el gobierno catalán arguyen que este gobierno será, de hecho, de clase media (el PSUC comunista no es en realidad un partido obrero), que logrará la complicidad de las organizaciones revolucionarias para medidas que no

serán necesariamente favorables a la revolución. Al ver que su punto de vista no se acepta, sugieren que se nombre a un poumista de segunda fila, para marcar así que el POUM no concede mucha importancia a esta decisión. Tampoco en esto se les sigue. La mayoría del Comité Central decide que Nin sea el representante del POUM en el gobierno. El lo hace porque estima que no entrar en el gobierno sería dejar al partido aislado y, además, porque el POUM no es bastante fuerte para impedir con su negativa la formación del gobierno planeado por Companys. Finalmente, la CNT interpretaría la negativa del POUM como una censura indirecta a la aceptación cenetista y esto haría más difícil, a la vez, el diálogo con los cenetistas y su evolución hacia posiciones políticas y hacia la convicción de que es necesario tomar el poder. Nin defiende esta posición.

La prensa del POUM explica esta decisión diciendo que el nuevo gobierno catalán será de «un tipo original, no duradero, de transición revolucionaria», que se verá «superado por la toma total del poder por las organizaciones obreras».

Por otro lado, *La Batalla* (6 de septiembre de 1936) había dicho del primer gobierno Largo Caballero (compuesto por republicanos, socialistas y comunistas, pero sin cenetistas): «El gobierno de Frente Popular responde a la situación anterior al 19 de julio... No hay otra salida que un gobierno obrero». Por tanto, no hubiese sido congruente negarse a formar parte de un gobierno en el que, aparentemente, los partidos obreros serían mayoría (si se consideraba obrero al PSUC)⁵.

⁵ Nin participaba en las negociaciones para formar el nuevo Gobierno. Es decir, fundamentalmente en la redacción de su declaración de principios y su programa. Algunos miembros del Comité Ejecutivo del POUM creen recordar, al cabo de cuarenta años, que Nin consultó con el Comité antes de firmar este documento, mientras que otros son tajantes en el sentido de que no lo hizo, sino que comunicó la firma del acuerdo por teléfono *a posteriori*.

Juventud Comunista, el órgano de la JCI, explicaba con más franqueza los motivos de la entrada del POUM en el Gobierno, al decir que lo ha hecho «porque no ha querido ir contra la corriente en estas horas de extrema gravedad, y porque ha considerado que la Revolución socialista puede ser impulsada a partir de la Generalidad».

Trotsky, naturalmente, aprovechó la ocasión para criticar al POUM y a Nin, acusándolos de haber entrado en «un Gobierno burgués que tiene por objetivo ahogar todas las conquistas, todos los puntos de apoyo de la naciente Revolución socialista».

* * *

Mientras tanto, el POUM actuaba en otros terrenos en los cuales sus militantes se sentían más en su casa. Por ejemplo, en el sindical en el que Nin, como secretario general de la FOUS, tuvo que adoptar decisiones que debieron exasperarlo, puesto que fueron impuestas por las circunstancias, sin que dispusiera de ninguna posibilidad de maniobra ni de ninguna fuerza de presión. Lo inquietante del caso —para él y para el POUM— fue que esto se debió no tanto a la acción de los comunistas cuanto a la de los anarquistas.

En efecto, apenas unos días después del 19 de julio, la UGT, que en Cataluña era una fuerza mínima, comenzó a crecer. Se refugiaron en ella muchos obreros que no estaban organizados, indiferentes, por tanto, a la idea de revolución y sin ningún interés por la lucha social. Como los partidos que controlaban los esqueléticos sindicatos ugetistas en Cataluña habían pasado a formar el PSUC, este nuevo Partido se encontró con un aparato sindical pero sin masas. Sin embargo, gracias al hecho de que la UGT era fuerte en el resto de España, podía ponerse en pie de igualdad con la CNT, infinitamente más poderosa en Cataluña. Los psuquistas abrieron inmediatamente las puertas de la UGT no sólo a los

obreros hasta entonces indiferentes, sino también a la clase media, hasta el punto de que organizó un sindicato de tenderos (el GEPCI). Podría argüirse que, al hacerlo, neutralizaba la presión de la clase media contra los sindicatos, pero éste no era el objetivo del PSUC: pronto se vio que quienes influían en la UGT no eran los sindicatos obreros, sino los elementos de clase media y que el PSUC y la UGT catalana actuaban sobre todo con vistas a captarse la clase media, defendiéndola y favoreciéndola. Esto era lógico, porque el PSUC, como se dijo, no podía encontrar clientela más que entre la parte menos politizada de la clase obrera y en la parte también menos politizada de la clase media.

Lo que no era lógico fue la actitud adoptada por la CNT ante la situación sindical. La prensa anarquista comenzó a decir que sólo debía haber dos centrales sindicales, la CNT y la UGT, y que los sindicatos dirigidos por marxistas (se refería a los de la FOUS) debían estar en la UGT. Los dirigentes anarquistas no comprendieron que con esta posición forzaban a la FOUS a ingresar en la UGT sin ninguna posibilidad de negociar su entrada en bloque, es decir, de influir en ella y que, automáticamente, la fuerza de la FOUS (entonces más poderosa que la UGT), aumentaría la fuerza del PSUC que controlaba la UGT, en vez de arrancar la UGT de manos del PSUC, como hubiera sido posible de no haber existido la presión anarquista.

Aunque Nin y Bonet intentaron negociar con la UGT, la dirección psuquista de ésta fue demorando su respuesta y, finalmente, no hubo más remedio que ordenar a los sindicatos de la FOUS que ingresaran en la UGT. Por un tiempo, siguieron con sus dirigentes poumistas, pero poco a poco la dirección central de la UGT catalana, en manos de psuquistas, logró irlos desplazando. Nin debió sentir rabia y exasperación al encontrarse con que los anarquistas, en los que veía, a pesar de las diferencias doctrinales, los aliados naturales del POUM —porque ambas organizaciones deseaban la revolución—,

obligaban a éste a dejarse despojar de su base sindical por la principal fuerza contrarrevolucionaria, el PSUC. Nin, que sabía de cosas sindicales, debió comprender, acaso sin querer confesárselo, que, con esta decisión, el POUM quedaba reducido a un partido político, sin masa de maniobra y, por tanto, en situación de inferioridad respecto al PSUC (a pesar de que, de momento, tenía muchos más afiliados y más milicianos que el flamante Partido Comunista). Después de la absorción de sus sindicatos por la UGT, la única arma que le quedaba al POUM era la propaganda. Ya no podía influir directamente en el punto más sensible de toda sociedad: la producción, puesto que los poumistas, aunque mayoritarios en muchos sindicatos de la UGT, se encontraban sometidos, como productores, al control del PSUC.

Si la CNT, tomando en cuenta la realidad catalana, hubiera hecho un pacto o alianza con la FOUS, la UGT habría quedado marginada y la FOUS hubiese podido absorber a la UGT o tomar su dirección, dejando al PSUC sin base sindical. Es decir, hubiese podido suceder exactamente lo contrario de lo que aconteció. Pero Nin, por más que habló con algunos dirigentes anarquistas, no pudo convencerlos. Ellos veían que la UGT era fuerte en España y querían, en todo caso, pactar con la UGT y no con la FOUS, que sólo tenía fuerza en Cataluña y que, además, estaba formada, sobre todo, con sindicatos que los anarquistas habían expulsado de la CNT en 1932.

La cuestión sindical puso de relieve —aunque, de momento, los poumistas no lo vieron— una debilidad del POUM que sólo Maurín hubiese podido subsanar. Me refiero a la nula comunicación del POUM con el ala izquierda socialista y su dirigente Francisco Largo Caballero, que en agosto presidía el Gobierno de Madrid. Maurín, que había criticado a Largo Caballero en su primer libro y que se negó en 1935 a que el Bloque entrara en el Partido Socialista, estableció con él, en un viaje de Largo Caballero a Barcelona, en 1934, una bue-

na relación personal, que se reforzó durante los meses que Maurín estuvo de diputado. Los discursos de Maurín atrajeron hacia él la atención de la izquierda socialista. Habría podido, de hallarse en Barcelona, aprovechar esto para explicar a Largo Caballero la situación catalana, que el líder socialista veía muy esquemáticamente y más como un problema para el Jefe del Gobierno que como un elemento esencial de la Revolución española.

Acaso Maurín hubiese podido convencer a Largo Caballero —que en 1936 era secretario general de la UGT— para que ayudara a la FOUS a controlar a la UGT catalana, privando a los comunistas catalanes de una base sindical. Largo Caballero, que se dejó deslumbrar en 1935 por los halagos comunistas, en 1936 estaba ya de vuelta y desconfiaba profundamente del Partido Comunista, como bien lo demostró luego. Aunque conocía poco al POUM —y esto sólo a través de Maurín— no lo veía como un rival, tanto más cuanto que los comunistas habían privado al Partido Socialista de su pequeña sección catalana, absorbiéndola en el PSUC. Por lo tanto, no es exagerado suponer que hubiese puesto en acción la fuerza de la dirección nacional de la UGT para ayudar a la FOUS a evitar que el PSUC se apoderara de la UGT catalana. Pero nadie se lo sugirió, nadie le puso al corriente del panorama sindical catalán. Maurín hubiese podido hacerlo. Nin no tenía ninguna relación con Largo Caballero ni con la izquierda socialista, a la que el POUM seguía criticando (en vez de tratar de ayudarla a acelerar su apartamiento de la influencia comunista). La obsesión por influir en la CNT hizo olvidar a los poumistas la existencia de otra fuerza en la cual podían influir y con la cual hubiese sido posible aliarse.

Los resabios de la aversión bolchevique a los partidos socialistas impidieron que el POUM aprovechara esta posibilidad, pero la experiencia rusa de Nin le ayudó a comprender la actitud de los campesinos afiliados al POUM y a hacer aceptar sus puntos de vista sobre otro aspecto importante de la Revolución: la política agraria. Nin había

visto cómo la colectivización forzosa, acelerada por Stalin pero de hecho iniciada ya por Lenin con las requisas de cereales y ganado por los «equipos volantes bolcheviques», había provocado el fenómeno que los economistas soviéticos llamaron de las tijeras. Los campesinos rusos, al no poder comprar productos industriales con el dinero que obtenían por sus cosechas, cultivaban menos; esto condujo a las requisas y, luego, a la colectivización forzosa, que produjo la crisis agrícola permanente de la URSS. Había que evitar que lo mismo sucediera en España.

Las columnas de la CNT en Aragón colectivizaban las tierras en los pueblos donde dominaban. Las columnas del POUM tuvieron que aceptar eso, en su parte del frente, para evitar choques con los cenetistas. Esta colectivización —que de hecho fue forzosa— no tuvo los resultados catastróficos que tuviera en Rusia por distintas razones: mayor preparación ideológica de una parte de los campesinos aragoneses (entre los cuales los anarquistas habían hecho mucha propaganda desde años antes), cercanía del frente, entusiasmo por la guerra y, también, adaptación de las colectividades a las nuevas realidades y suavización de algunas de las medidas iniciales, etc. En la cuestión de la tierra, los anarquistas, después de comenzar muy dogmáticamente, supieron mostrarse flexibles y pragmáticos. Esto evitó que las colectivizaciones tuvieran en el campo las mismas consecuencias que en la URSS.

Pero en Cataluña las cosas eran distintas. Había muchos pequeños propietarios y, sobre todo, medieros. Estos, después del 19 de julio, se consideraron dueños de las tierras que trabajaban. El POUM les apoyó. Algunas explotaciones extensas, en pueblos donde el POUM tenía influencia (como en Raimat, por ejemplo), se organizaron en cooperativa de producción. Pero el POUM se negó sistemáticamente y con energía a aceptar ninguna clase de presión para inducir a los campesinos a colectivizar sus tierras. Era partidario de la colectivización

agraria, cierto, pero insistía con infatigable persistencia en que esta colectivización sólo debía ser voluntaria: únicamente así tendría resultados económicos positivos. Precisamente porque la posición del POUM respondía a los deseos de los campesinos, los poumistas lograron conservar sus puestos en los sindicatos agrícolas, que se formaron a partir de agosto de 1936 para dirigir la producción en cada localidad rural. Aunque las organizaciones campesinas existentes se fusionaron en tres (una controlada por la Esquerra, otra por los anarquistas y otra por la UGT), los poumistas no perdieron su base sindical rural con la misma rapidez con que habían perdido la sindical urbana. Pero, con el tiempo, les fue también minada y arrebatada por la UGT psuquista. No podía ser de otro modo."

El 26 de septiembre de 1936, con Nin como consejero, el POUM entró en el Gobierno de la Generalidad, en una situación paradójica: con mucha simpatía en la masa, pero aislado, porque los anarquistas lo consideraban marxista y esto era motivo de anatema para ellos, mientras los socialistas de izquierda no tenían relación con él y los republicanos lo consideraban anticomunista (pues veían en los comunistas sus aliados del momento). El POUM era eficaz como organización, pero no tenía fuerzas de presión para defender sus puntos de vista.

EL CONSEJERO

A Nin le tocó la consejería de Justicia. Era un lugar que casi siempre había ocupado un técnico. Claro que su función fundamental era participar en las discusiones del consejo de Gobierno de la Generalidad, en las cuales se adoptaban las decisiones importantes.

Pero, a pesar de que no era un jurista y de que no se esperaba que la consejería de Justicia hiciera nada especial fuera de las actividades de rutina, Nin dio a esta consejería un relieve que no había tenido desde el 19 de julio y que no volvió a tener durante la guerra civil. Un militante revolucionario, en cualquier cargo, puede utilizarlo para adoptar medidas revolucionarias. Y esto fue lo que Nin hizo en su puesto, aparte de lo que hiciera en el Consejo mismo.

Este estaba formado por tres consejeros de la Esquerra, tres de la CNT, uno de Acció Catalana, uno de la Unió de Rabassaires, uno del PSUC y uno del POUM. Unicamente los de la Esquerra, el PSUC y el POUM eran dirigentes de relieve en sus organizaciones respectivas.

Los consejeros de la CNT, que lógicamente debían llevar el peso de la política del Gobierno —puesto que representaban la fuerza principal en Cataluña, en aquel momento— eran militantes fervientes pero de segunda fila. Ninguno de ellos tenía experiencia en las lides gubernamentales.

Nin se encontraba, pues, prácticamente solo. Los consejeros de la Esquerra, Acció Catalana, Unió de Rabassaires y PSUC coincidieron casi siempre en las votaciones, aunque los de la Esquerra se esforzaban en encontrar posibles puntos de coincidencia entre las dos posiciones —PSUC por un lado, y el POUM y la CNT por el otro. A Lluís Companys, presidente de la Generalidad, no le interesaba que ninguna fuerza predominara. El futuro de la Esquerra, por el momento, estaba en ser precisamente el mediador y el árbitro. Por otro lado, el PSUC se hinchaba y podía preverse ya el día en que tendría pretensiones hegemónicas. A Companys, claro está, no le convenía. Pero tampoco le convenía que la CNT prevaleciera. Su política —que a la larga lo llevó a perder para la Generalidad las funciones que le había ganado la Revolución—, consistía en frenar al PSUC con la CNT y en contener a la CNT con el PSUC.

Un Gobierno formado con esta intención recóndita no podía ser un Gobierno revolucionario, a menos que consiguieran prevalecer quienes representaban en él a las fuerzas revolucionarias. Esto, evidentemente, no podía lograrse simplemente discutiendo y argumentando, sino ejerciendo, desde fuera, desde la calle, la presión necesaria para apoyar los propios argumentos. Si el POUM estaba dispuesto a ejercer esta presión, sabía que no bastaba y que para que fuese eficaz se precisaba la de la CNT. Pero esta organización, todavía en cierto modo conmocionada por el paso trascendental que había dado al aceptar puestos en el Gobierno catalán (y disponiéndose a dar el mismo paso con respecto al Gobierno de Madrid), parecía confiar sobre todo en su

poder económico —en el hecho de que controlaba, a través de comités de empresa y sindicatos, a casi toda la industria catalana— y no se preocupaba mucho del poder político.

Justamente por esto, aunque a la hora de votar se encontraba al lado de los tres consejeros cenetistas, a la hora de argumentar Nin estaba casi siempre solo. Era él quien argüía, quien defendía, quien proponía. Pero fuera del Consejo no hubo manera de establecer entre el POUM y la CNT una alianza virtual, un acuerdo tácito para ejercer presión en favor de los puntos de vista que los representantes de estas dos organizaciones sostenían. Así, todo lo que podían hacer era argüir y dejar que sus argumentos llegaran a la calle, a los periódicos, a la radio.

El POUM sostenía que el Gobierno era obrero con apoyo de la clase media. La CNT, a través de su periódico *Solidaridad Obrera*, decía lo mismo, aunque sus redactores, como buenos anarquistas, preferían emplear el término revolucionario en vez del término proletario. Pero pronto se vio que esto era un argumento de cara a la galería. Nadie en el POUM ni en la CNT podía considerar al PSUC un partido obrero, ni por su composición, ni por su programa ni, sobre todo, por su política. Era un partido de clase media al servicio de la diplomacia soviética que, en aquel momento, quería favorecer a la clase media, pues veía en ella un medio para frustrar la revolución social que había comenzado a realizarse y que no convenía a Moscú (porque temía que comprometiera su alianza con París y Londres). Esto, que no veían quienes conocían superficialmente al movimiento comunista, no podía escapar a los poumistas y sobre todo a Nin, que tenía una experiencia personal, directa, de cómo se elaboraba en Moscú la política de la Comintern y de cómo se aplicaba a través de los partidos comunistas locales.

El Gobierno era, de hecho, un Gobierno de clase media con el apoyo de dos organizaciones obreras. Y los

partidos de la clase media —la Esquerra, sobre todo— trataron siempre de utilizar este apoyo para convertir a esas dos organizaciones en una especie de pantalla de las verdaderas intenciones del Gobierno. Hubo, cierto, concesiones a las exigencias de la CNT y el POUM, pero fueron en aspectos secundarios, mientras que el POUM y la CNT tuvieron que hacer concesiones en aspectos que no eran tan secundarios como podían parecer a los ojos de quienes se dejaban deslumbrar más por el tono revolucionario de las frases hechas que por las medidas que se adoptaban.

Esta diferencia entre el lenguaje y el contenido se encuentra ya en la declaración del nuevo Gobierno, en cuya redacción intervino Nin, durante las negociaciones para formarlo. Consiguió hacer aceptar algunas medidas que el POUM propugnaba y que nunca llegaron a convertirse en realidad:

«...El programa inmediato del Consejo es el siguiente: a) Concentración del máximo esfuerzo en la guerra, no ahorrando ningún medio que pueda contribuir a su fin rápido y victorioso. Mando único, coordinación de todas las unidades combatientes, creación de las milicias obligatorias y refuerzo de la disciplina. b) Reconstrucción económica del país, a cuyo fin se llevará inmediatamente a la práctica el programa del Consejo de Economía creado por decreto del 11 de agosto pasado, que contiene:

1.º La regularización de la producción de acuerdo con las necesidades del consumo.

2.º Control del comercio exterior.

3.º La colectivización de la gran propiedad rústica y el respeto a la pequeña propiedad agraria.

4.º La desvalorización parcial de la propiedad urbana mediante los alquileres o el establecimiento de las tasas equivalentes cuando no se crea conveniente beneficiar a los inquilinos.

5.º La colectivización de las grandes indus-

trias, de los servicios públicos y de los transportes.

6.º La incautación y colectivización de los establecimientos abandonados por sus propietarios.

7.º La intensificación del régimen cooperativo en la distribución de los productos, y en particular la explotación del régimen cooperativo de las grandes empresas de distribución.

8.º El control de los negocios bancarios hasta llegar a la nacionalización de la Banca.

9.º El control obrero sobre las industrias privadas.

10.º La reabsorción enérgica para la agricultura y la industria de los obreros sin trabajo, para la revalorización de los productos agrícolas, el retorno al campo de los obreros que pueda absorber la nueva organización de trabajo agrícola, la creación de nuevas industrias, la electrificación integral de Cataluña, etc.

11.º La supresión rápida de los diferentes impuestos indirectos, en el tiempo y en la medida posible.

c) Enaltecimiento de la cultura popular, en todos sus múltiples aspectos, bajo el signo de la Escuela Nueva Unificada, que haga que por encima de los privilegios que habían imperado hasta ahora todo niño dotado pueda pasar de la escuela primaria a los estudios superiores, y estímulo de todas las manifestaciones culturales.

Las necesidades de la guerra, el bloqueo efectivo a que nos vemos sometidos y las dificultades nacidas de la transformación social que se está operando, imponen sacrificios que las masas trabajadoras soportan si tienen el convencimiento de que no trabajan para enriquecer las clases parasitarias, sino para crear una sociedad nueva. Tenemos en nuestras manos el instrumento invencible de un Pueblo que sabe que lucha y padece por una Humanidad mejor. Lo que este Pueblo quiere ahora es que se le dé una dirección, que se coordinen y unan sus esfuerzos y

sus anhelos. El Consejo, que viene a satisfacer esta profunda aspiración popular, pide el concurso y el entusiasmo, que en estos momentos son necesarios y que tiene la seguridad que no le faltarán. La unión es indispensable bajo el signo de la confianza, de la lealtad y del sacrificio. La unión es la victoria y la victoria es la gloria de los que la habrán forjado y el porvenir más feliz de nuestros hijos.

Mientras aquí construimos un nuevo orden de cosas basado en la justicia social, en el frente ahuyentaremos de las nobles tierras aragonesas a los enemigos que las pisotean, y seguiremos ofreciendo a los otros pueblos de Iberia nuestro concurso para la lucha contra el fascismo y por una sociedad mejor, de la cual sea suprimida para siempre la explotación del hombre por el hombre.

El Consejo declara que respetará y ayudará los esfuerzos de la fecunda menestralía catalana, y se dirige especialmente a los campesinos y les dice que su trabajo será estimulado, que nada han de temer por el trozo de tierra que poseen y que cultivan con su sudor, que el nuevo orden de cosas respetará los frutos de su trabajo, mientras atacará despiadadamente el latifundio mediante la expropiación de los grandes terratenientes enemigos del régimen, y anulará todas las cargas y servidumbres que pesaban sobre la paysía...»

* * *

Era relativamente fácil aplicar los principios revolucionarios a la actividad cotidiana de la Consejería de Justicia: ésta, en aquellos momentos, tenía pocas funciones y nadie se fijaba en ella. Para los aspectos jurídicos de esta labor, Nin confió en la asesoría de un elemento ajeno al POUM (pues en éste no había ningún abogado), el cuñado de un militante del Partido, que

luego fue asesor en el Ministerio de Estado y más tarde en las Naciones Unidas.

La Consejería estaba instalada, si no recuerdo mal, en una torre de la parte alta de la calle de Muntaner. Nin iba a la Consejería por las tardes, y dedicaba las mañanas a su trabajo de secretario político. Muchas veces, tres o cuatro por semana, las reuniones del Consejo se prolongaron hasta la noche. Esto era penoso para Nin, porque su enfermedad del hígado iba empeorando. Más de una vez sus compañeros le vieron interrumpir una frase, para doblarse sobre sí mismo, y continuar una vez había pasado el flechazo de dolor.

En el Comité Ejecutivo del POUM se discutieron algunas de las medidas que Nin adoptó en la Consejería y otras le fueron sugeridas por militantes (por ejemplo, las Juventudes del POUM sugirieron la reducción de la mayoría de edad a los dieciocho años).

En primer lugar, Nin emprendió algo que nadie creía posible y que era indispensable, a sus ojos, para el prestigio de la Revolución y hasta para su honor: limpiar el Palacio de Justicia. Después del 19 de julio, se había instalado en éste una oficina jurídica encabezada por el republicano federal ligado con la CNT Eduardo Barriobero, que cometió numerosas exacciones y aterrorizó a los jueces y fiscales. Nin disolvió este comité —con el apoyo de la CNT— y estableció los Tribunales Populares (decreto del 19 de octubre). Estos quedaron formados por representantes de las distintas organizaciones políticas y sindicales —ocho en total—, un presidente y un fiscal, ambos magistrados de carrera. En unas declaraciones, Nin dijo: «su característica esencial consiste en que es un tribunal de clase, que hará la justicia de la clase obrera, un tribunal revolucionario y de clase». El modelo se lo había proporcionado el POUM que, en Lérida, había establecido un Tribunal Popular sin esperar decretos de Barcelona.

Pero esto no bastaba. Las comisiones y comités que

habían funcionado hasta entonces dejaron condenadas a muerte a muchas personas. Numerosas veces esas condenas eran desproporcionadas, absurdas o injustas. Nin examinó todos los casos pendientes y a menudo propuso el indulto al presidente de la Generalidad. Para poder hacer esto, estableció (5 de noviembre) una comisión—constituida por los presidentes de los cuatro Tribunales Populares de la ciudad y dos fiscales—, que quedó encargada de estudiar todas las penas de muerte (pendientes y futuras) e informar sobre ellas al Consejo de la Generalidad, para que éste decidiera en definitiva. Daba así a la Generalidad un derecho nuevo, extra-estatutario, el de indulto, que hasta entonces había estado reservado al presidente de la República.

Otros decretos de importancia que Nin hizo aprobar por el consejo fueron el que daba jurisdicción a los Tribunales Populares sobre los delitos militares de carácter político (3 de octubre); el que establecía reglas para legalizar los matrimonios celebrados ante jefes de milicias (4 de octubre), con lo que se evitaron situaciones que hubieran podido ser perjudiciales para los hijos eventuales de tales parejas y el que fijó la mayoría de edad, para los dos sexos, a los dieciocho años, y en el cual por primera vez en España no se fijaba ninguna diferencia en edad entre las mujeres y los hombres (15 de noviembre). El 20 de noviembre encargó a cuatro jueces de carrera que terminaran los asuntos no penales iniciados por la Oficina Jurídica aludida, devolviendo así la justicia civil a sus cauces normales. Finalmente, el 5 de diciembre, Nin firmó su último decreto como consejero; ordenó la simplificación del procedimiento para la adopción de niños, con el fin de atender, por este medio, al número creciente de huérfanos que los bombardeos causaban.

Uno de estos decretos ayudará a dar una idea del ambiente en que se redactaron y del tono que Nin dio a su actuación como consejero. Es el ya citado sobre el

matrimonio de los milicianos. He aquí su versión castellana :

«La nueva estructura jurídica derivada de los hechos revolucionarios que vivimos debe tener como consecuencia la ordenación de las relaciones de la familia, la cual deberá establecerse bajo el principio de la libertad de los cónyuges. Precisa, no obstante, que mientras el nuevo orden jurídico no consiga su plenitud mediante las fórmulas legales pertinentes, sean tomadas todas aquellas medidas que, respondiendo a los principios por los cuales lucha el proletariado, encaucen las actividades y recojan las que de hecho establezca, de manera que puedan ser justificadas en todo momento. A partir del 19 de julio, el pueblo ha ido adoptando, en lo que se refiere a las relaciones familiares, aquellas formas que ha considerado más de acuerdo con sus sentimientos. Por este motivo han sido muchos los vínculos matrimoniales contraídos autorizados ante los organismos responsables de las organizaciones sindicales y de los partidos políticos que forman el frente antifascista de Cataluña. Por consiguiente, recogiendo las aspiraciones del proletariado y a fin y efecto de que el acto normal con el que se inicia la vida matrimonial quede reflejado en las oficinas que registran el estado civil de las personas y en las cuales descansa el Estado para tutelar las relaciones que afectan a la capacidad civil de aquéllas, a propuesta del Consejero de Justicia y de acuerdo con el Consejo.

DECRETO: Art. 1.—Los matrimonios celebrados ante los organismos responsables de los partidos políticos y de las organizaciones sindicales que actúan en la lucha contra el fascismo, producirán todos los efectos civiles respecto a las personas y patrimonio de los cónyuges y sus descendientes.

Art. 2.—En el acto de la celebración del ma-

trimonio a que se refiere el artículo anterior asistirá el juez popular del lugar donde se celebre. El juez podrá delegar: en las personas que por razón de su función le sustituyan en caso de vacante, ausencia o imposibilidad, en el procurador del pueblo y en su suplente y, en definitiva, en cualquiera otra persona con plena capacidad civil que merezca su confianza.

Art. 3.—Con el fin de llevar a cabo lo que dispone el artículo anterior, toda persona que quiera contraer matrimonio o el organismo responsable de los partidos políticos u organizaciones sindicales ante los cuales debe celebrarse el matrimonio, lo pondrán en conocimiento del Juzgado Popular respectivo, con veinticuatro horas de anticipación, cuando menos, expresando el día, hora y lugar donde deba celebrarse.

Art. 4.—Si el matrimonio se celebrase sin la concurrencia del juez popular o su delegado, a pesar de aviso de los contrayentes o del organismo responsable, el matrimonio producirá todos los efectos civiles desde el momento de la celebración. Si la causa de la no presencia del juez o de su delegado fuese por no haber dado aviso los contrayentes o el organismo responsable ante el cual se celebre, podrán los cónyuges subsanar la falta solicitando la inscripción del matrimonio en el Registro Civil. En este último caso, el matrimonio no producirá efectos civiles sino a partir de su inscripción.

Art. 5.—Una vez celebrado el matrimonio, el juez popular o su delegado procederá a la extensión del acta y, a este fin, los contrayentes, bajo su exclusiva responsabilidad, facilitarán al representante de la Generalidad todos los datos necesarios para la inscripción del matrimonio.

Art. 6.—El acta deberá contener las circunstancias siguientes: *a)* El lugar, día, mes y año en que se efectúa el matrimonio. *b)* Los nombres y apellidos de la persona que lo autoriza. *c)* El organismo responsable ante el cual se celebra.

ch) Nombres, apellidos, estado, naturaleza y domicilio de los contrayentes. d) Los nombres y apellidos de los padres. e) Cuando alguno de los contrayentes estuviere representado por apoderado, se expresará la fecha, lugar y persona autorizante del poder, y el nombre, apellidos, edad, naturaleza y domicilio del apoderado. f) Si los contrayentes manifestaran tener hijos anteriores al matrimonio, se consignará la manifestación y los nombres y demás circunstancias de los hijos. g) Cuando alguno de los contrayentes fuese viudo o divorciado, se consignará en el acta el nombre y apellidos del cónyuge muerto o divorciado y fecha y lugar de su defunción o de su divorcio y Registro Civil donde se hubiese inscrito. h) Los nombres, apellidos y domicilios de los testigos. Firmarán el acta los contrayentes y los testigos, y cuando alguno de éstos no pudiese, otro a petición suya, y el juez popular o su delegado.

Art. 7.—El funcionario asistente remitirá el acta al registro civil en que deberá inscribirse el matrimonio. La inscripción en el registro civil se realizará en la forma ordinaria, haciéndose constar al margen de la inscripción el organismo responsable ante el cual se celebrara el matrimonio, y se procederá a archivar el acta original transcrita.

Art. 8.—Los organismos responsables de los partidos políticos y de las organizaciones sindicales que actúan en la lucha contra el fascismo, ante los cuales y con anterioridad a la fecha de este Decreto se hayan celebrado matrimonios, remitirán al Registro Civil del Juzgado Popular del lugar del domicilio de los contrayentes duplicado del acta del matrimonio, con el fin de que se lleve a cabo su inscripción.

Art. 9.—Las inscripciones de los matrimonios a que se refiere el presente Decreto surtirán los mismos efectos como si fuesen definitivos. Se entenderán, empero, condicionales mientras no se acredite en forma fehaciente la

libertad de los contrayentes antes de la celebración del acto. Justificada la existencia de la libertad de los contrayentes y de las demás condiciones legales exigidas, se pondrá una nota al margen de la inscripción dándole carácter definitivo. El Consejero de Justicia: Andreu Nin.»

* * *

Pero Nin, evidentemente, no estaba en el Consejo para ocuparse sólo de menudencias jurídicas. Su función era mucho más amplia: debía propugnar medidas gubernamentales que aceleraran el proceso revolucionario y defenderlo de quienes quisieran retrasarlo o detenerlo.

La inauguración de Nin como hombre de gobierno le proporcionó una mezcla de amargura y satisfacción. Consistió en saludar en ruso, y por encargo del presidente Companys, al primer cónsul soviético en Barcelona, Antonov-Ovssenko. Como ya se dijo, Nin le había conocido en Moscú y colaborado con él en tareas de la oposición trotskysta. Nin pronunció un discursito de circunstancias, hablando de los pueblos y no de los gobiernos. Antonov hizo como que no lo conocía.

Más importante que esto era, normalmente, su labor en las reuniones del Consejo de Gobierno de la Generalidad. En ellas había ásperas disputas en las cuales Nin se encontraba del lado de los consejeros cenetistas. Pero como éstos eran figuras de segunda fila, sin influencia en su organización, estas discusiones no sirvieron para dar a los cenetistas una nueva visión del problema del poder, como había esperado el POUM.

La más dura de las discusiones, que estuvo varias veces a punto de provocar la dimisión de los consejeros cenetistas y de Nin, fue en torno a la ley sobre colectivizaciones. Hasta entonces, las colectivizaciones se habían hecho espontáneamente; los sindicatos coordinaban las empresas colectivizadas y el Gobierno no tenía

nada que ver con ellas. Al lado de las mismas subsistían empresas privadas cuyos dueños, por ser moderados o de izquierdas, no habían huido. Indudablemente, había que regularizar la situación. El Consejo de Economía, que ahora dependía ya de la Generalidad y en el cual Nin había sido sustituido como representante del POUM por J. Oltra Picó, de Sabadell, preparó un proyecto por el cual se colectivizaban todas las empresas de más de 50 obreros. Además, les debería facilitar crédito un Banco especial. Esto equivalía, de hecho, a colectivizar toda la industria de cierta importancia de Cataluña. La aprobación y aplicación de este decreto hubiera significado un considerable paso adelante. Así lo comprendieron los psuquistas, que presentaron un contraproyecto, en el cual sólo se colectivizaban las empresas de más de 500 obreros. Al Gobierno correspondería la tarea de coordinar su acción, designándose representantes oficiales en cada empresa colectivizada. Se establecía indemnización a los dueños de las empresas colectivizadas.

Los cenetistas y Nin amenazaron con dimitir si este proyecto se discutía. Tarradellas, de la Esquerra y Consejero-Jefe, para evitar la ruptura, propuso que él se encargaría de redactar un nuevo proyecto en que se conciliaran los distintos puntos de vista. La discusión de este proyecto de transacción fue muy dura. Los cenetistas y el POUM consiguieron que se colectivizaran las empresas, no las de 50 obreros como querían, sino las de 100, que no se diera indemnización a los dueños (a menos que éstos fueran extranjeros, para no provocar conflictos internacionales evidentemente inoportunos en aquel momento), que la Generalidad nombrara solamente representantes en las empresas importantes, y que los sindicatos conservaran su función coordinadora. En cambio no consiguieron que se creara una Banca de crédito para las colectivizaciones, sino que se formó una Caja de Crédito, controlada por la Generalidad y alimentada con fondos de las propias empresas colectivi-

zadas, con lo cual se daba al Gobierno una palanca decisiva sobre las colectivizaciones, sin obligarle siquiera a pagar por ellas. En conjunto, dada la situación en el Gobierno y la renuncia de la CNT a tomar el poder, era todo cuanto cabía esperar. Por lo menos, se salvaba el principio de las colectivizaciones y, si el decreto se aplicaba con espíritu revolucionario, se mantenía el carácter obrero de las mismas. En esta cuestión, como en cualquier otra, el ánimo con que se aplicara la ley era decisivo. Y este ánimo dependía, esencialmente, de la posición que adoptara la CNT en política general.

La CNT y el POUM pidieron que se nacionalizara el comercio exterior —lo que habría dado a la Generalidad una nueva función extra-estatutaria. Pero el PSUC se opuso, alegando que era una actividad que correspondía al Gobierno central. Los consejeros catalanistas apoyaron al PSUC. Nin puso de relieve que quienes en aquel momento estaban en favor de ampliar la autonomía eran los no nacionalistas, las fuerzas obreras, mientras que, para oponerse a éstas, los pretendidos nacionalistas estaban dispuestos a no aprovechar la ocasión de ensanchar las funciones del Gobierno catalán. La paradoja se repitió varias veces más en el curso de la guerra civil.

Pero si estas discusiones proporcionaban a veces motivos de satisfacción, por lo menos al limitar la ofensiva contrarrevolucionaria que ya apuntaba, fueron fuente de frustraciones y disgustos. El mayor, sin duda, lo tuvo Nin el 9 de octubre, cuando se propuso que se disolvieran los Comités —que habían surgido en pueblos y ciudades el 19 de julio y que, de hecho, sustituyeron a los ayuntamientos o los dejaron arrinconados. Puesto que el Comité de Milicias había desaparecido al entrar las fuerzas que lo componían en el Gobierno de la Generalidad, era lógico, argüían los consejeros republicanos y psuquistas, que también desaparecieran los comités y que las fuerzas que los componían se hicieran representar en los ayuntamientos. El argumento era irrefutable en simple lógica, si se hacía abstrac-

ción de consideraciones políticas. Lo malo había sido aceptar la desaparición del Comité de Milicias. Una vez logrado esto, no había motivo para que no se lograra la desaparición de los comités. Y se logró.

La CNT no vio las consecuencias políticas de la medida. Se dejó deslumbrar por la promesa de que en los ayuntamientos tendría más influencia que la que le correspondía por su fuerza local. Aceptó. En efecto, según el proyecto, las organizaciones estarían representadas en los ayuntamientos en la misma proporción con que lo estaban en el Gobierno. Por cada consejero habría tres concejales. La CNT tenía tres consejeros, lo cual le daría nueve concejales; como la fuerza cenetista, fuera de Barcelona y parte de su provincia, no era mayoritaria, esta proporción le resultaba ventajosa. El POUM, en cambio, con un consejero, tendría tres concejales, incluso en ciudades como Lérida y otras, donde era la fuerza mayor. Nin no tuvo más remedio que aceptar, después de discutir el problema con el Comité Ejecutivo, que no pudo encontrar la manera de evitar la medida.

Esto puso al POUM en un brete. Los poumistas de Lérida se negaban a disolver los comités. Para aplicar el decreto, Tarradellas decidió ir personalmente a Lérida, en compañía de un consejero psiquista, un cenetista y Nin. Se hizo acompañar por una fuerza de guardias de asalto. En Lérida estaban dispuestos a resistir, pero al ver a Nin descender del coche al lado de Tarradellas, por disciplina de Partido, renunciaron a recibir a tiros a los guardias de asalto.

El último acto importante de Nin como consejero de la Generalidad es también difícil de explicar en términos simplemente políticos. He aquí los hechos: en agosto, el Comité Ejecutivo del POUM, a propuesta de Nin, sugirió que se diera asilo a Trotsky. La cosa no pasó de la propuesta, como ya se dijo. Pero el 7 de diciembre, Nin insistió y el Comité Ejecutivo propuso de nuevo, esta vez a través de Nin, que la Generalidad concediera

asilo a Trotsky, que se encontraba en Francia, en una situación precaria (y que poco después marchó a Noruega y de allí a México). En el Comité Ejecutivo del POUM se hizo notar que Trotsky nunca se ofreció a ir a España a poner su experiencia al servicio de la Revolución, y que, por tanto, la sugestión de darle asilo no estaba justificada. Pero Nin habló de los deberes de solidaridad y esto decidió al Comité. Nin transmitió la propuesta al consejo de la Generalidad, que la dejó «en estudio» y no se habló más de ella.

¿Qué impulsó a Nin a adoptar esta actitud a todas luces inoportuna y que podía interpretarse como una provocación a los comunistas, formulada, además, en favor de una personalidad que no cesaba de atacar al POUM y que, repito, no se había apresurado, como le ordenaba la solidaridad proletaria, a ponerse al servicio de la Revolución española? Probablemente fue esto mismo: el deseo, por parte de Nin, de mostrar a Trotsky que él no era rencoroso —cosa que no podía decirse del viejo bolchevique— y que estaba por encima de las cuestiones personales. Este gesto inquietó a los poumistas, por un lado y, por el otro, fue utilizado como «justificación» de la campaña que el PSUC y los comunistas habían emprendido ya contra el POUM. Si Trotsky hubiese aceptado —nunca lo hizo explícitamente— y si la Generalidad le hubiese concedido el asilo, su presencia en Cataluña hubiese sido un problema para el Gobierno (que hubiera debido proteger su vida) y hubiera resultado embarazosa para el POUM, a quien habría creado inevitablemente problemas políticos, haciendo todavía más difícil el contacto del POUM con los cenevistas, justificadamente opuestos al hombre que más duramente persiguió a los anarquistas rusos después de 1917.

Por lo demás era evidente que diciembre de 1936 no era el momento propicio para una sugestión de este tipo. Porque ya Companys había decidido cambiar el Gobierno y ya los comunistas empezaban a pedir «la

piel» del POUM. El consulado soviético había mandado a la prensa, poco antes (y, cosa increíble, a través de la Comisaría de Propaganda de la Generalidad), una nota acusando a la prensa que «suministraba material a las insinuaciones fascistas». Esto era en respuesta a una nota aparecida en *La Batalla*, en la cual, el 15 de noviembre, comentando la aceptación de la URSS de entrar a formar parte del Comité de No Intervención, con estas frases: «Lenin no se hubiera declarado ni un solo momento neutral con respecto a la Revolución española... Lo que le interesa realmente a Stalin no es la suerte del proletariado español, sino la defensa del Gobierno soviético, según la política de pactos establecida por unos Estados frente a otros.»

Moscú daba muestras de impaciencia. Quería la eliminación de la CNT y, si ésta era de momento demasiado fuerte para ello, la del POUM. Recuérdese que, para mediados de noviembre, el doctor Juan Negrín, ministro de Hacienda del Gobierno, ya había mandado a Rusia casi todo el oro de las reservas del Banco de España, dando a la URSS la posibilidad de controlar, de hecho, la política española: sólo con este oro podían adquirirse armas y pertrechos. Los deseos de Moscú se convertían en órdenes, al llegar a Valencia, donde se había instalado el Gobierno.

El 9 de diciembre Companys declara a los periodistas: «Nos interesa a todos salvar el honor y la gloria de la Revolución... Sobran juntas y juntitas, comités, comisiones e iniciativas... Hay más de una docena de motivos que obligan a la constitución de un Gobierno fuerte, con plenos poderes, que imponga su autoridad.» El Gobierno que dos meses y medio antes debía ser de mayoría obrera, se ha convertido en un Gobierno débil, sin autoridad. Los consejeros no se dan por aludidos y no dimiten. El 12 de diciembre, Companys recibe a una comisión de la CNT y se entrevista con Comorera. No llama para nada a Nin. Antonov cena con Companys, no en secreto, sino con los periodistas en la antesala.

A la salida, Tàrradellas declara: «Sería difícil negar que hay planteado un problema político.»

Quien realmente lo plantea es Antonov-Ovseenko. El 13 de diciembre se declara oficialmente la crisis y se forma otro Gobierno —que distará mucho de ser el Gobierno fuerte que Companys quiere— y que se compone de CNT, Esquerra, Rabassaires y UGT (en nombre de ésta figura el secretario general del PSUC, Comorera). Así, dorándole la píldora, haciendo aparecer como sindical al nuevo Gobierno (con la Esquerra como «sindicato» de la clase media), se consigue que la CNT acepte la maniobra. El objetivo de ésta es la eliminación del POUM. Pero Companys no quiere aparecer como sometido a la imposición de Antonov y disfraza la crisis con las frases políticas ya citadas.

En nombre de la UGT, Rafael Vidiella, ex dirigente socialista catalán, ex anarquista y ex anticomunista, sustituye a Nin en la consejería de Justicia. Esta vuelve a su existencia gris y burocrática...

En el momento de la sustitución, Vidiella, que conoce a Nin desde hace muchos años, le dice: «Ya sabes que aquí tienes un camarada. Puedes contar conmigo.» Nin, sin darle la mano, le contesta: «Pues conmigo, ¡no!» Y encogiéndose de hombros, pregunta: «¿A qué viene esto, ahora, si todos los días nos tratáis de fascistas?»

La *Soli* cenetista dice que la crisis se debió a «afán de predominio fraccional» y a «maniobras de viejo estilo».

La *Batalla* comenta, el mismo día de la crisis: «La ruptura no ha podido evitarse por la intransigencia del PSUC, que no se contenta con exigir nuestra eliminación [del POUM], sino que preconiza la anulación pura y simple de todas las conquistas revolucionarias de la clase obrera, cosa que nosotros nunca permitiremos.»

Queda por ver si se encontrará la manera de no permitirlo.

Treball, órgano del PSUC, comenta por su parte:

«Luchamos contra los provocadores con la misma tenacidad y por los mismos motivos que contra los fascistas.»

El 16 de diciembre, tres días después de la eliminación del POUM del gobierno de la Generalidad, la *Pravda* de Moscú se encarga de explicar, casi sin disfrazarla, su verdadera causa y su origen: «En Cataluña —dice en un artículo en que se pasa revista a la situación de España— ha comenzado la eliminación de los trotskystas y los anarcosindicalistas; se llevará a término con la misma energía con que se realizó en la URSS»¹.

En la URSS, bien lo decían los poumistas, esta energía se manifestó en detenciones, procesos, sentencias y ejecuciones. Ya saben lo que les espera, si los comunistas pueden salirse con la suya. Pero, ¿podrán?

Los meses que le quedan de vida a Nin serán de lucha constante para tratar de evitar que esa energía soviética pueda ejercerse en España.

¹ La frasecita del órgano del Partido Comunista ruso fue muy comentada. Tanto que Antonov, el 8 de enero, tres semanas después de su publicación, creyó oportuno hacer una rectificación para calmar a los anarquistas. Moscú consideraba que todavía no era posible eliminarlos. Por esto, el consulado soviético publicó una nota: «Es falso que toda la prensa soviética abrigue la esperanza de que la acción depuradora emprendida en Cataluña contra los trotskystas y anarcosindicalistas españoles será realizada con la misma energía que en la Unión Soviética.» Admírese la sutileza: la *Pravda* expresó esta esperanza; el consulado soviético no lo desmiente, sino que dice que la misma esperanza no fue expresada por «toda la prensa soviética», lo cual es cierto, puesto que los demás periódicos soviéticos no publicaron el artículo de la *Pravda*. Pero ésta es la voz de Stalin. El día siguiente, por lo demás, Antonov dijo a un periodista del periódico liberal inglés *Manchester Guardian* (que por cierto era un compañero de viaje comunista): «Niego rotundamente la intervención de Rusia en la política catalana.»

EL ACOSADO

De momento, el POUM y Nin no se dan cuenta de que ha comenzado la persecución contra ellos. Ven la situación como un contratiempo —algunos, casi como una liberación—, pero no como el comienzo de lo que llegará a ser; la llegada a España del ambiente de procesos de brujería que Stalin ha creado ya en la URSS.

Nadie lo ve, es cierto. Los cenetistas consideran que los crecientes ataques comunistas al POUM son «una querella de familia», una pelea entre marxistas. Los republicanos se alegran en el fondo de que los comunistas los defiendan de unos críticos duros. Los socialistas creen que todo quedará en ataques verbales. Nadie se da cuenta de que la eliminación del POUM del gobierno catalán es el primer paso de una campaña sistemática y creciente contra las conquistas revolucionarias, una campaña para volver a la situación de antes del 19 de julio porque así conviene a la diplomacia soviética. Mejor dicho, nadie quiere darse cuenta de esto, porque, de lo contrario, habría que adoptar actitudes que el chantaje de las armas soviéticas hace impensables.

Para una reunión del Comité Central del POUM, que tiene lugar en los días de la crisis, Nin redacta unas conclusiones políticas, en las que dice: «Las consignas fundamentales del momento son: disolución del Parlamento burgués, asamblea constituyente de delegados de comités de fábrica, de representantes de los campesinos y de los milicianos del frente, gobierno obrero y campesino, democracia obrera».

Se trata, pues, en el momento en que las fuerzas contrarrevolucionarias inician su ofensiva, de contraatacar y de convertir la defensa en una marcha hacia la toma del poder. El POUM no puede hacerlo solo. Necesita convencer a la CNT de que esto es lo que conviene. Ha de persuadir a los anarquistas de que el poder es lo esencial. Ni el POUM ni Nin parecen acordarse en esos momentos de la izquierda socialista y de Largo Cabañero, que pronto serán, a su vez, atacados por los comunistas y desplazados del gobierno.

Esta cuestión del poder se convierte, para Nin, en una obsesión política. Todos sus discursos y sus artículos están orientados, a partir de este momento, a convencer a los cenetistas de que la dictadura del proletariado que el POUM preconiza es, en realidad, la democracia obrera, de que tomar el poder es el único medio de salvar la revolución y de ganar la guerra: sin la moral revolucionaria la guerra se perderá, ante la superioridad de medios y de técnica del adversario, y ante la insuficiencia de la ayuda soviética, que permite continuar la lucha pero que es insuficiente para vencer.

Los comunistas llaman trotskysta al POUM, a sabiendas de que Trotsky consagra más tiempo a atacarlo que a criticar a los comunistas españoles, sobre los cuales apenas si escribe unas pocas frases. Pero en la URSS se llama trotskysta a todos los viejos bolcheviques que van «confesando» y siendo ejecutados. Y lo mismo hay que hacer en España. Si el POUM no hubiese existido, el Bloque Obrero y Campesino, que no tenía en sus filas ni a un solo ex trotskysta, hubiera sido llamado trots-

kysta por los comunistas (ya lo hicieron en 1932) y recibido de ellos el mismo trato que el POUM. Pero, así y todo, el POUM debe diferenciarse. Por esto, el Comité Ejecutivo declara, a mediados de diciembre, que «la segunda y la tercera Internacionales no son ni pueden ser los instrumentos de la revolución mundial, y tampoco puede serlo la Cuarta Internacional, fundada por Trotsky, que a causa de su carácter sectario no tiene raíces en las masas».

Se lee lo que Nin escribe. Pero no pasa de ser un monólogo. Los cenetistas, ya en el gobierno de Largo Caballero, no discuten con él; lo leen y callan. Más adelante, cuando el POUM haga tentativas para establecer cierta coordinación con ellos, dirán: «Con nosotros no se atreverán». Esto parece bastarles. Ni siquiera se percatan de que con el nuevo gobierno de la Generalidad, hasta el poder económico y el control de la producción se escapará de sus manos. Y el mito de la «unidad antifascista» sirve para borrar dudas y discrepancias.

Nin se consagra ahora enteramente a sus tareas de partido, liberado como está de los deberes gubernamentales. El partido todavía crece. Sus milicias, en el frente de Aragón, mejoran de organización¹.

El 14 de marzo de 1937, Nin en un largo artículo en *La Batalla* sobre la «concepción marxista del poder», insiste: «Si la CNT, la FAI y el POUM, entre los cuales existen puntos comunes de la mayor importancia, se pusieran de acuerdo sobre esta base esencial [la necesidad de un gobierno obrero revolucionario], la revolución se salvaría», porque los obreros todavía no están desarmados y conservan importantes posiciones estratégicas.

¹ George Orwell explicará, en su *Homenaje a Cataluña*, el ambiente de camaradería y generosidad y de absoluta libertad de discusión que predomina en ellas. Para comprender la atmósfera de esos meses, los últimos de la vida de Nin, conviene leer este libro.

No hay tiempo que perder. «Hay que batir el hierro cuando está caliente».

Pero, ¿lo está? La gente piensa más en las colas que en las cuestiones políticas. Las noticias de los frentes no son alentadoras. Y el PSUC y el Partido comunista aprovechan este ambiente para enfriar el hierro cuanto pueden.

Y pueden mucho. Obtienen puestos en el gobierno y en el naciente ejército regular —que llaman pomposamente popular, como si las milicias no lo fueran—, dispone de poderosos medios de propaganda y del asesoramiento (y mando) de los «consejeros» de la Comintern. y todo ello no porque se hinche el Partido sino por la fuerza *persuasiva* del argumento de las armas soviéticas que Negrín, al enviar el oro a Rusia, ha convertido en decisivo.

Pero ahora, además, el Partido Comunista se atreve a ser abiertamente contrarrevolucionario. En una entrevista en *L'Humanité* de París, Jesús Hernández, dice —con carácter de promesa que deberá cumplirse cuando termine la guerra—, «[a los anarquistas] les daremos su merecido». José Díaz, secretario general del Partido, insiste en que la guerra es para defender la república y la independencia nacional y no para hacer la revolución. Santiago Carrillo, jefe de las Juventudes Socialistas Unificadas (comunistas) repite que no se trata de socialismo, sino de democracia. Esto hace que la campaña de los comunistas contra el POUM atraiga a muchos pequeños burgueses que en los primeros días de julio hubieran deseado estrangular a los poumistas y a los anarquistas, pero que no se atrevían a otra cosa que a sonreírles y que ahora se atreven a enseñarles los dientes, en espera de que llegue el momento de dar gusto al dedo. Es la inquina, el odio, el miedo y la humillación de quienes han pasado por momentos de pánico lo que los comunistas capitalizan y dirigen contra las fuerzas revolucionarias. No deja de ser significativo que, a nivel de militantes, los viejos comunistas del PSUC se muestren

mucho menos ásperos en sus ataques al POUM que los viejos miembros de la USC moderada y que los nuevos psuquistas hijos de familia o intelectuales que hicieron su carrera en la prensa burguesa. Son éstos quienes escriben las barbaridades mayores contra el POUM, quienes se muestran más fértiles en inventar y quienes, más tarde, se mostrarán más dispuestos a la delación.

Moscú quiere demostrar que la imaginaria conspiración internacional trotskysta no es una invención rusa, sino que existía también fuera de Rusia. El POUM le parece un «ejemplo» apropiado. En consecuencia, los ataques contra el POUM aumentan y, a menudo, se personalizan en Nin. En enero de 1937, el periódico de la División Carlos Marx (del PSUC) publica una caricatura en la cual se ve a Nin del brazo de Franco y un artículo en el cual se dice que Nin nunca trabajó porque siempre cobró de Hitler. Nin se siente herido, a pesar de que sabe que los comunistas emplean estos argumentos sabiendo que son embustes. En un mitin de las Juventudes en el Gran Price, el 30 de enero, muestra su enojo: «Mis amigos pueden considerarse estafados y reclamarme parte de mis ingresos», dice y, ya en serio, agrega: «Cuando se llega a estos extremos, lo que se siente es lástima por los calumniadores. Y más lástima todavía si se tiene en cuenta que el miserable que ha escrito esto es el primero que no lo cree... Si los difamadores que nos acusan de cómplices de Franco creen en estas acusaciones, que nos lleven delante de los tribunales populares, los tribunales populares que yo establecí, y veremos lo que pasa».

En realidad, los poumistas —y Nin con ellos—, no creen que los comunistas lleguen a poder aplastarlos. No creen que se pase de las palabras. Lo que racionalmente saben de los comunistas les parece tan incalificable que no aceptan la idea de que puedan salirse con la suya y que sea posible hacer en España lo que están haciendo en la URSS. Además, lo que hacen en la URSS sólo lo conocen con cierto detalle los poumistas. La

prensa de las demás organizaciones informa de ello —cuando lo hace— de modo esquemático y sin aportar ninguna interpretación. *La Noche*, cuando intenta comentar los procesos de Moscú, se ve desautorizada por el Comité Regional de la CNT, que así, de paso, desautoriza a la organización a la cual pertenece el director de *La Noche*, José Balius, los Amigos de Durruti, un grupo anarquista radical surgido últimamente, que parece ser el único que presta cierta atención a la propaganda del POUM.

Esta propaganda se intensifica, pero en vano. En un mitin del 1 de marzo, Nin señala que «la revolución ha retrocedido por presión del reformismo comunista, que es una corriente política no obrera, sino pequeño burguesa. Si el 20 de julio el POUM hubiera tenido la fuerza que tenía la CNT, las cosas no serían como son, porque habríamos tomado el poder. La CNT debe hacer examen de conciencia, ir más allá de los prejuicios teóricos. Todavía estamos a tiempo de formar un gobierno obrero y campesino».

El 23 de marzo, *La Batalla* destaca que la dictadura que quiere el POUM no puede compararse con la de Rusia, porque en Rusia no existía la tradición sindical y de organización que hay en España y esto hizo posible que allí se estableciera la dictadura de un partido único. «Nosotros tenemos un sistema de democracia obrera, con partidos, sindicatos, publicaciones. Por esto no hay soviets en España».

La ofensiva comunista persiste. En la Generalidad, los psuquistas proponen que se reforme el servicio de orden público y que se prohíba a los policías pertenecer a organizaciones políticas o sindicales. Los cenetistas, que controlan buena parte de la policía, se oponen y dimiten. La crisis de Gobierno durará un mes y terminará con un Gobierno similar al dimitido y con la renuncia de los comunistas, por el momento, a su plan de despolitizar a la policía (que en realidad es un plan para someterla al control del PSUC).

Una nueva reunión del Comité Central decide convocar para junio el II Congreso del Partido. Nin comienza a preparar, para que los militantes las discutan, el proyecto de tesis políticas —se publican en el *Boletín Interior del POUM*, del 5 de abril de 1937. En ellas dice: «Es deber imperioso del momento la conquista del poder por el proletariado, aliado con los campesinos, que puede hacerse pacíficamente, y la formación consiguiente de un Gobierno obrero y campesino, único capaz de organizar, de acuerdo con las necesidades de la población y de la guerra, la economía desquiciada y de establecer un orden revolucionario en el país... Naturalmente, esto sólo puede hacerse con una alianza del POUM, la CNT y el ala izquierda del PSOE.» Por fin se cae en la cuenta de que la izquierda socialista puede ser un factor revolucionario, pero como no hay contactos con ella, se pierde la posibilidad de inducirla a proponer a la CNT esta alianza, propuesta que viniendo de Largo Caballero tendría más probabilidades de ser aceptada que procediendo del POUM.

* * *

El 25 de abril, en una conferencia en la Sala Mozart de Barcelona, Nin denuncia y señala no sólo los ataques comunistas contra el POUM, sino los ataques, algunos de ellos con armas, contra la CNT, las luchas a tiros que han venido sucediéndose en las últimas semanas entre comunistas y cenetistas y los asesinatos de unos a otros, hasta robos de tanques por los psuquistas. Ante esto, insiste una vez más: «Las fórmulas de la Revolución rusa, aplicadas mecánicamente, conducirían al fracaso del marxismo. Hay que recoger su espíritu y no su letra. El reformismo [comunismo] quiere invertir la fórmula de Lenin y convertir la guerra civil en guerra imperialista. ...Estamos mil veces más cerca de la FAI que del PSUC, pero a la CNT le falta una doctrina del poder... La eliminación del POUM del Gobierno de la

Generalidad fue una victoria de la contrarrevolución. La CNT no comprendió el alcance de esta eliminación... El proletariado ahora, puede tomar el poder sin violencia, pero si la contrarrevolución avanza más, tendrá que tomarlo con violencia.» Una semana después habrá violencia en gran escala, no toma del poder.

Los comunistas temen lo que los poumistas desean: que los dirigentes de la CNT acaben por comprender la necesidad de tomar el poder. De ahí la serie de provocaciones que el POUM denuncia. El día 3 de mayo de 1937, estas provocaciones dan su fruto, cuando corre la voz que el Comisario de Orden Público, Rodríguez Salas (un psuquista ex bloquista) trata de apoderarse del edificio de la Telefónica, que controla la CNT. La huelga general estalla sin orden de ningún sindicato. Las barricadas surgen sin que nadie lo decida.

Nin y otros miembros del Ejecutivo se entrevistan con el Comité Regional de la CNT. «Ahora verá Companys que no puede jugarse con nosotros», dicen los anarquistas y anuncian que se contentarán con la dimisión del Consejero de Gobernación y del Comisario de Orden Público. A Nin se le cae el alma a los pies —aunque no se hacía muchas ilusiones. Ve que todo se limita a responder a una provocación y que, por tanto, los comunistas saldrán vencedores de la jornada.

Los dirigentes de la CNT, alarmados ante la combatividad de sus masas, tratan de calmarlas por radio. ¿Qué puede hacer el POUM? ¿Quedarse en casa, alegando que es una provocación? Las masas cenetistas, a las que se esfuerza en persuadir, no lo escucharían nunca más. Los poumistas salen a la calle, espontáneamente. Cenetistas y poumistas están juntos en las barricadas. También existe en ellos el deseo de pasar las cuentas a los psuquistas. Pero no encuentran a éstos, que se quedan asediados en sus locales, sino sólo a la policía.

Desde ese momento, la preocupación de Nin es encontrar la manera de que la retirada no sea una derrota. Los obreros cenetistas, desconcertados y desalentados

por sus dirigentes, que les piden que vuelvan a sus casas, acaban abandonando la lucha, después de cinco días de barricadas y de más de un millar de muertos. El POUM aconseja la retirada ².

El POUM, en los hechos de mayo, no desempeña ningún papel decisivo. Ni los organiza —como dirán después los comunistas— ni los dirige. Al contrario, trató de evitarlos, por considerarlos una provocación y trató de ayudar a que terminaran, porque los cenetistas se encontraban decapitados, sin dirección.

Durante las jornadas de mayo, Nin está en el local del Comité de Barcelona, en las Ramblas, y se alimenta casi exclusivamente de cafés, en el Sícoris. Su hígado está en un momento de maligna actividad. Redacta los editoriales de *La Batalla*, que se edita, por unos días, en una imprenta del barrio chino. El 4 de mayo, escribe: «Las barricadas de la libertad han vuelto a surgir en todos los rincones de la ciudad. El espíritu del 19 de julio se ha apoderado nuevamente de Barcelona.» Pero, como el 19 de julio, el espíritu se malgasta en salvas, los cenetistas no toman el poder. Los únicos que lo reclaman son los Amigos de Durruti, no bastante fuertes para desplazar a la dirección vacilante de la CNT.

El 12 de mayo, reunión del Comité Central del POUM, ya vuelta la calma, cuando cada organización cuenta sus muertos y se descubren cadáveres de anarquistas en las carreteras y hasta en los sótanos de algunos de los locales del PSUC. Ante el Comité Central, Nin dice: «Nos enorgullecemos de que nuestro Partido contribuyera eficazmente a acabar la lucha y a evitar que el movimiento obrero fuera aplastado por una represión sangrienta». La verdad es que la lucha acabó porque los dirigentes de la CNT no se pusieron a la cabeza de sus masas.

El Comité Central lanza un manifiesto, redactado por

² De nuevo, es aconsejable la lectura del libro de Orwell *Homenaje a Cataluña* para conocer a fondo los hechos de mayo de 1937 y la atmósfera que los rodeó.

Nin: «Los obreros que salieron a la calle con las armas en la mano representaban los intereses del proletariado en ese momento histórico... Los dirigentes de la CNT, apelando a la calma, sembraron la confusión. El POUM no era bastante fuerte para capitalizar el movimiento espontáneo.»

¿Qué lecciones hay que aprender de lo sucedido?: «Comprender que se juega con la propaganda por la unidad para estrangular la Revolución. La consigna de que primero hay que ganar la guerra disimula el deseo de asfixiar la Revolución y poder negociar una paz blanca.» La única salida es «la conquista del poder por el proletariado». Para ello: «frente único con la pequeña burguesía únicamente para acciones militares, pero no políticas. Solamente la Revolución proletaria triunfante puede llevar la guerra a sus últimas consecuencias: el aplastamiento del fascismo y la instauración del socialismo». Con el fin de preparar las condiciones de la toma del poder, frente único obrero y comités de defensa de la Revolución.

Nada de esto encuentra eco entre los cenetistas desalentados: comprenden tarde que con las jornadas de mayo se ha perdido la última posibilidad —si es que lo era— de mantener las conquistas revolucionarias. A partir de este momento, todo lo que suceda en España estará ya fuera del alcance de las masas; ni la CNT ni el POUM podrán influir en ello.

La CNT no quiso el poder en julio de 1936 y acabó en manos de los republicanos. La CNT no quiso tomar el poder en mayo de 1937 y acabó, de hecho, en manos de los comunistas. Nin no intervino para nada en el rapidísimo proceso por el que se llegó a este resultado. Pero le costó la vida³.

El Gobierno central, instalado en Valencia desde noviembre de 1936, presidido por Largo Caballero y en

³ Para mayor información sobre los acontecimientos de mayo de 1937, véase de Manuel Cruells *Els fets de maig*. Barcelona, 1971.

el cual hay cuatro ministros cenetistas (dos sindicalistas y dos faistas), vio, solamente, en los hechos de mayo el producto de la rivalidad entre las dos centrales sindicales. Envió 5.000 guardias de asalto a Barcelona, a petición del consejero de Gobernación catalán y a despecho de Largo Caballero, que quería mantenerse al margen de los acontecimientos. Pero los dos ministros comunistas se encargaron de hacer ver al Gobierno que lo sucedido en Barcelona tenía un trasfondo político fundamental.

En efecto, el 14 de mayo, Marcel Rosenberg, embajador soviético ante la República, visita a Largo Caballero y le sugiere la liquidación del POUM. El 15, se reúne el Consejo de Ministros y los ministros comunistas piden que el Gobierno disuelva el POUM. Largo Caballero, apoyado por los ministros cenetistas y ante el silencio de los socialistas y republicanos, se niega. Si el POUM ha cometido algún delito, los tribunales deben juzgarlo y, si lo consideran necesario, disolverlo, pero él, militante obrero, no quiere disolver una organización obrera. Los ministros comunistas abandonan la reunión. Largo Caballero quiere continuarla, pero Prieto —que maniobra desde hace tiempo para desplazar a Largo Caballero y que está de acuerdo con Negrín y los comunistas— indica que, a su parecer, el Gobierno se halla en crisis. Largo Caballero visita a Azaña, le explica los motivos de la crisis, y recibe el encargo de formar Gobierno. Trata de constituir uno con sólo las centrales sindicales y los republicanos, pero éstos y la derecha socialista se niegan. Entonces, Azaña encarga a Negrín (el hombre que mandó a Moscú el oro español) que forme Gobierno. Largo Caballero aún puede explicar en una conferencia los motivos de su dimisión, pero poco después quedará recluido en su casa y sin poder hablar en público. No debió de sorprenderle, sin duda, que Nin y el POUM no tuvieran ni una frase en defensa suya, a pesar de que su dimisión fue consecuencia inmediata de ha-

berse negado a perseguirlos. Sabía que el POUM había criticado, tal vez con excesivo dogmatismo, su Gobierno y no esperaba que de repente cambiara esta actitud.

* * *

Ahora, ya todo está listo para que los stalinistas puedan lanzar su ofensiva contra el POUM. Tiene por objeto no sólo librarlos de un rival —realmente ya no peligroso—, sino proporcionarles un chivo expiatorio para su política contrarrevolucionaria y, sobre todo, para «demostrar» que la «conspiración trotskysta» no es un fenómeno ruso, sino que existe en otros lugares. Es, pues, una campaña que responde a las necesidades de la política soviética.

Esta ofensiva ha sido preparada desde hace meses —en realidad, desde antes de que el POUM fuera eliminado del Gobierno catalán. José Díaz, el secretario general del Partido Comunista español, había dicho, el 5 de marzo, ante el pleno del Comité Central de su Partido: «¿Quiénes son los enemigos del pueblo? Los fascistas, los trotskystas y los incontrolados... Nuestro odio va dirigido también... contra los agentes del fascismo que, como los poumistas, trotskystas disfrazados, se esconden detrás de consignas pretendidamente revolucionarias para cumplir mejor su misión de agentes de nuestros enemigos emboscados en nuestra propia retaguardia. Deben ser eliminados de la vida política, no solamente en España, sino en todo el mundo civilizado.» Estas frases marcan claramente los objetivos ya citados: presentar a los revolucionarios como agentes del enemigo y a los poumistas como trotskystas.

Que no son lo primero lo sabe cualquiera que conozca la biografía de sus dirigentes. Pero, ¿son trotskystas? No habría en ello ninguna vergüenza, claro. Pero a los poumistas no les va este adjetivo; discrepan de las posiciones de Trotsky y éste se dedica obsesivamente a criticarlos. Trotsky no suspendió sus ataques al POUM

ni siquiera cuando la persecución contra el mismo fue declarada y sangrienta. Llegó, incluso, a expulsar de su organización a las secciones holandesa y belga, porque consideraban que debía acabar esta actitud. Por cierto que uno de los más intransigentes con estas secciones fue un miembro del Secretariado Internacional que resultó ser un agente staliniano... Nin ha dejado de escribirse con «el Viejo» desde hace ya unos años. Cuando un delegado de Trotsky (Jean Rous) va a Barcelona y quiere dar a los dirigentes poumistas lecciones de cómo deben conducirse políticamente, le aconsejan que se dé una vuelta por las Ramblas y que se entere, primero, de la realidad. Luego, publican esta conversación en *La Batalla*. Trotsky acusa a Nin de seguir una política de «traición». Los calificativos que llegaban de Noruega (donde ahora está desterrado el bolchevique), debían doler a Nin, pero no lo demostró nunca. Había superado ya su lealtad sentimental y consideraba el estilo agresivo de Trotsky como algo con lo que debía contarse sin prestarle mayor atención.

Nin mismo explica la razón de los ataques al POUM en un mitin de las Juventudes poumistas, en el Gran Price: «Porque recordamos la tradición revolucionaria del leninismo, se nos quiere eliminar, como se elimina en Moscú a la vieja guardia bolchevique. Entre la campaña de calumnias de aquí y la campaña de calumnias de Moscú hay un lazo muy íntimo. Se destruye físicamente a los bolcheviques. Se proyecta nuestra destrucción física porque somos fieles a la Revolución. Pero quienes piensan y operan así se engañan. La verdad se abrirá camino y acabará triunfando.»

«Hay que exterminar a Nin y a su grupito de amigos», escribe el diputado comunista catalán Miguel Valdés en UHP de Lérida. En el diario del PSUC *Treball* se invita a los lectores a denunciar a los poumistas que hayan participado en los hechos de mayo. Mikhail Koltzov, el corresponsal en España de la *Pravda* de Moscú, afirma que los poumistas «tienen su periódico, hacen caran-

toñas a los anarquistas azuzándolos contra los trabajadores comunistas, exigen una amplia e inmediata revolución social en España, hablan con repugnante demagogia de la Unión Soviética». Pero, agrega, «en el terreno práctico son mucho más razonables: se han apoderado de los mejores y más aristocráticos hoteles de Barcelona, controlan los restaurantes y establecimientos de diversión más caros».

Los comunistas necesitarán todavía un mes para que puedan pasar de eliminar a los poumistas de la vida política —como pedía José Díaz— a eliminarlos físicamente, como ordena Moscú. Durante ese mes, los comunistas refuerzan sus posiciones, controlan la policía, tratan de descartar a los poumistas de los puestos que ocupan, desplazan a los socialistas de izquierda de la dirección de la UGT, disuelven el Consejo de Aragón formado por los anarquistas y empiezan a tratar de controlar las industrias colectivizadas.

El día 15 de junio consideran que ha llegado su momento. Lo que Largo Caballero no quiso concederles —la disolución del POUM— se lo da Negrín sin ni siquiera discutirlo. La cuestión ni se plantea en Consejo de Ministros. El director general de Seguridad, coronel Ortega (un militar profesional convertido a última hora al comunismo) y el jefe de policía de Barcelona Burillo (otro coronel que ha visto la luz de los ascensos y se ha hecho comunista) actúan por su cuenta, siguiendo las órdenes que Moscú envía, que la *troika* de agentes extranjeros (Togliatti, Stepanov, Codovila) transmite y que los agentes de la NKVD, a las órdenes de Orlov, se encargan de hacer ejecutar.

El 15 de junio sale del cuartel Lenin de la calle de Tarragona, en Barcelona, un grupo de reclutas destinados a la XXIX División (la del POUM), que se halla en el frente de Huesca. Nin debía decirles unas palabras de despedida, pero un ataque al hígado lo retuvo en su casa.

El 16 de junio pudo asistir a una reunión del Comité Ejecutivo que se celebró en el Palacio de la Virreina,

sobre las Ramblas, donde estaba instalado el Instituto Maurín del POUM. El Comité discute diversos asuntos de detalle relacionados con el Congreso del POUM (que no pudo celebrarse en mayo, debido a los acontecimientos de ese mes y que el Comité Central había acordado convocar para el 18 de junio). Se habla también de la Conferencia del Buró Internacional, convocada en Barcelona para el 19 de julio —como conmemoración del primer año del comienzo de la guerra civil. Además se acuerda que Gorkín, que el 18 debe comparecer ante los jueces por un artículo en *La Batalla*, aproveche la ocasión para responder a los ataques comunistas. Se comenta que no ha tenido eco la propuesta formulada por el POUM, hace unas semanas, de que se constituya un Comité Internacional de Investigación de las acusaciones lanzadas por los comunistas. Se ve, pues, que los dirigentes del Partido, aunque rodeados por el alud de calumnias e injurias que les dirige la prensa comunista (de la cual sólo algunos periódicos del grupo de Azaña y los del grupo Prieto-Negrín se hacen eco), no consideran que haya peligro inminente, no creen que los comunistas se atrevan a pasar de las palabras a los actos. El hecho de que el Partido, después de su salida del Gobierno catalán, haya perdido afiliados, pero que ahora los gane (especialmente entre los jóvenes) les da confianza. Aunque conocen a los comunistas —y Nin más que nadie—, se rehúsan a aceptar la idea de que en España puedan ocurrir las mismas cosas que están sucediendo en la URSS. En el fondo, no están convencidos de que el momento de la Revolución ha pasado. Quieren seguir creyendo que todavía hay posibilidades de «abrir los ojos a los cenetistas» y, por tanto, dan por supuesto que, ante esta posibilidad, los comunistas no se atreverán a ir más allá.

Por esto, les toma de sorpresa que, al terminar la reunión y llegar al local del Ejecutivo, en las Ramblas, un centinela les advierta que, momentos antes, un militar que se dijo simpatizante le avisó que sabía que aquel

mismo día iban a detener a los componentes del Ejecutivo. Creen que es una falsa alarma o una broma pesada. Unos se dirigen a diversas comisiones, otros entran en el local, Nin entre ellos. Son las dos de la tarde.

Unos minutos después se presenta un grupo de policías del Estado llegados de Madrid (y que sin duda observaban la puerta del local). Se dirigen al despacho de Nin, lo detienen y se lo llevan a toda prisa. Cuando ya el coche en que lo han montado se aleja, empieza a correr por los despachos la voz de lo sucedido. Los militantes presentes se cuelgan de los teléfonos para avisar a los locales del barrio, a los de los pueblos, a los demás miembros del Ejecutivo que no están allí.

La policía va, al mismo tiempo, a muchos otros locales. Logra, así, detener a Gorkín, Andrade, Arquer y a otros militantes, como Rebull, como Escuder, director técnico de *La Batalla*. El hotel Falcón se convierte en prisión provisional. Muchos militantes que dormían allí cuando trabajaban hasta la madrugada, duermen ahora en el mismo lugar, pero como presos.

Los miembros del Ejecutivo que no han sido detenidos, se reúnen, visitan a Companys para informarle (la Generalidad no sabe nada de lo acaecido) y Companys manda a Valencia a su Comisario de Propaganda, Jaume Miravittles: a Valencia han sido conducidos todos los detenidos.

* * *

El público no se entera de nada. La censura no deja publicar la noticia de las detenciones. No ha habido ningún acto especial del POUM que las haga aparecer ahora más «justificadas» que ayer o que mañana. Tal vez la policía madrileña (toda ella dominada por los comunistas) ha pensado que, empezando la caza de poumistas dos días antes del Congreso, podrá capturar al grueso de los dirigentes locales. Se equivoca, en tal caso, porque los poumistas de Barcelona logran avisar a

sus compañeros del resto del país. En veinticuatro horas, el POUM pasa a la ilegalidad, a la clandestinidad. El Comité Central de después de las jornadas de mayo había decidido prepararse para ello, pero las medidas adoptadas se habían ido relajando ante la aparente calma.

El día 18 —el día en que debe reunirse el Congreso del POUM— la policía da una nota a la prensa: «Ha sido descubierto un importante servicio de espionaje. Han sido practicadas numerosas detenciones, entre las cuales cabe destacar la de un contingente peligrosísimo de ciudadanos extranjeros y de personalidades de determinado partido político.» Ningún nombre. Entre los extranjeros detenidos hay varios que desaparecen definitivamente, asesinados: el austríaco Kurt Landau, el norteamericano Marc Rhein, el alemán Eric Wolff... Más tarde, poco a poco —pero no despacio—, numerosos poumistas, serán asesinados, unas veces «legalmente», como Marciáno Mena, condenado a muerte por un consejo de guerra en Lérida; los maestros Jaume Trepas y Josep Hervés, asesinados en el frente y luego dados como pasados al enemigo, y muchos más que aparecen como muertos en combate o que, simplemente, se desvanecen sin que nadie sepa dónde han ido a parar... Los que llegan a la cárcel pueden considerarse afortunados.

El 22 de junio, la Prensa comunista informa que entre los detenidos están Nin y otros dirigentes del POUM. Luego, más notas diciendo que en Madrid la policía detuvo a unos elementos de la quinta columna en cuyo poder se encontró un cuadro milimetrado de la ciudad y en el dorso del mismo un mensaje a Franco, en tinta simpática, firmado por Nin (más tarde resultará que este supuesto mensaje está firmado por A. N. y luego, simplemente, N.).

Jordi Arquer, al cual por un descuido judicial dejan en libertad en Valencia, visita a Julián Zugazagoitia, ministro de Gobernación, y éste le dice que quisiera poner en libertad a todos, pero que nadie le obedece, en el

Ministerio. Miravittles, enviado por Companys a Valencia, cuenta⁴ que visitó al ministro de Justicia (Manuel Irujo) y que pudo darse cuenta de que no sabía nada del asunto. Se entrevistó también con el coronel Ortega, director general de Seguridad —comunista— y le hizo notar que sería la primera vez en la historia del espionaje en que un espía firmaba con todas sus letras un mensaje, y cuando Ortega indicó que la firma era sólo con iniciales, él le señaló que podía haber muchas personas con las iniciales A. N. Ortega le dijo que consideraba insultantes sus observaciones.

Se tiene noticia que en las afueras de Madrid han sido descubiertos cinco cadáveres no identificados y muchos piensan que son los de los dirigentes del POUM. Los telegramas preguntando por ellos y protestando por su detención, se amontonan sobre las mesas de Negrín, del ministro de Justicia, del ministro de Estado, del ministro de Gobernación. Los partidos del Buró Internacional se esfuerzan en movilizar a la opinión europea y norteamericana para presionar con el fin de salvar a los desaparecidos.

Por fin, el ministro de Justicia anuncia que los detenidos del POUM han sido localizados en una prisión de Madrid. Se necesitará la llegada de una comisión internacional (sus miembros: Fenner Brockway, Luzón, Charles Wolf) para que el ministro tenga suficiente fuerza y pueda ordenar el traslado de estos detenidos a Valencia. Pero cuando llegan a esta ciudad aparecen los expedientes policíacos de todos ellos y un expediente sin detenido: el de Nin. De Nin nadie sabe nada.

Nueva comisión internacional (James Maxton, Weil-Curiel, Pierre Foucaud, Yves Levy), nuevas gestiones, nuevas promesas de que se hará justicia. Pero Nin sigue sin aparecer. En París se forma un Comité de Defensa de la Revolución Española, que manda una tercera comi-

⁴ Jaume Miravittles: *Episodis de la guerra civil espanyola*. Barcelona, 1972, pp. 188-189.

sión, organiza mítines de protesta y convence a algunos intelectuales para que manden telegramas de protesta (uno de ellos firmado por Gide, Mauriac, Duhamel, Martin du Gard y Rive).

Mariano Vázquez, secretario de la CNT, afirma en un mitin, el 28 de junio: «Lo que no puede comprender el pueblo es que se le diga que Nin está en relación con Franco y que Nin es un fascista. Esto debe pasar a los Tribunales y demostrarse ante el pueblo, porque Nin, para el pueblo, es un revolucionario.» Ese mismo día, el Comité Nacional de la CNT manda un documento al presidente de la República. Por fin, el 30 de junio, el ministro de Justicia ya no se atreve a cubrir con su silencio lo que ocurre. Anuncia que el Ministerio recibió los atestados policíacos de los detenidos del POUM, que fueron pasados al Tribunal Especial de Espionaje y Alta Traición (creado unos días antes de las detenciones), pero que «con el atestado de Andrés Nin no fue entregado el detenido».

Víctor Serge, en París, encuentra a André Malraux en un café, le habla de la desaparición de Nin, y Malraux le dice: «Acepto los crímenes de Stalin dondequiera que sea.» Serge, por toda respuesta, la lanza a la cara el café de su taza. Louis Aragon habla de «los crímenes del POUM» en el diario comunista disfrazado *Ce Soir*, fundado con dinero del Ministerio de Propaganda de la República.

Todavía una tercera comisión internacional (John McGovern, Felicien Chalaye), ante la cual el ministro de Justicia ha de reconocer que no se ha logrado saber nada de Nin ⁵.

⁵ La lectura del libro ya citado de Orwell ayudará al lector a respirar la atmósfera de esas semanas en que la persecución se ha desatado contra los poumistas y sus simpatizantes extranjeros. Orwell mismo estuvo a punto de ser detenido y varios de sus compañeros de la 29 División (del POUM) de la cual formaba parte, fueron asesinados. Esta División fue disuelta poco después y su jefe, Josep Rovira,

Mundo Obrero, diario comunista, acoge así a la segunda de estas comisiones internacionales: «¿Qué han hecho todos estos viajeros para el pueblo español? ¿Qué ha hecho para nuestra lucha esta corte de miserables que llena de lodo en el extranjero el nombre de la Unión Soviética? Estos señores de la delegación internacional no tienen nada que hacer aquí y hay que conducirlos rápidamente a la frontera.»

José Bergamín pone un prólogo a un libro contra el POUM⁶, diciendo que los intelectuales franceses que exigían garantías para los detenidos del POUM, «pedían formalidades jurídicas a un Gobierno que prácticamente las lleva con exceso, y que en este caso concreto las viene demostrando diríamos que exageradamente».

El «exceso de formalidades jurídicas» que el Gobierno Negrín daba al POUM, según Bergamín, se traducía en esta frase que el ministro de Justicia le dijo a Arquer cuando fue a pedirle noticias de Nin: «Está en una prisión privada de Madrid. No intente encontrarlo, porque ningún salvoconducto podría protegerlo a usted.» O en una nota del Gobierno, del 4 de agosto, en que se anuncia: «Por los informes recogidos aparece que Nin ha sido detenido por la policía de seguridad general al mismo tiempo que otros dirigentes del POUM, que ha sido trasladado a Madrid, a un preventorio habilitado al efecto, y que de allí ha desaparecido.»

Igual exceso de formalidades se refleja en esta frase de José Díaz, pronunciada el 13 de noviembre ante el Comité Central de su Partido: «Puesto que la traición del POUM está probada, que funcione el pelotón de ejecución para acabar con los traidores y los terroristas.»

detenido sin que se enterara el Ministro de Defensa y puesto en libertad por éste cuando, finalmente, los comandantes de las divisiones cenetistas del frente de Aragón lograron informarle.

⁶ Max Rieger *Espionaje en España*. Barcelona, 1938. Arturo y Lucienne Perucho aparecían como los traductores de este panfleto: probablemente eran sus autores.

Y no menos excesivas son las formalidades jurídicas que hacen escribir en sus memorias⁷ al presidente de la República, Manuel Azaña:

«A última hora he recibido a Miguel Moreno Laguía, antiguo amigo personal, juez de instrucción, encargado del sumario por la desaparición de Nin. De todo lo actuado lleva dos copias y ha consultado siempre sus resoluciones con el fiscal de la República. Por lo que resulta del sumario, Moreno no puede asegurar si el desaparecido está en secuestro o lo han asesinado, o si está escondido. A lo que parece inclinarse es a creer que la policía lo sabe todo, y no lo dice. Quedan en la policía algunos sujetos poco recomendables, y no precisamente de los más antiguos. Resulta que Nin no estaba preso en la cárcel celular de Alcalá, como creía el presidente del Consejo cuando me habló del caso, sino en un hotelito de las afueras, en la carretera de Aragón. No le ha sido posible al juez obtener las llaves de la casa para reconocer el local. Las declaraciones de los guardianes de Nin se contradicen. El juez, con anuencia del fiscal, decretó el procesamiento y prisión de varios funcionarios de Policía, entre otros de un tal Vázquez, que había sido comisario jefe en Madrid. Detenido en Valencia, y teniéndolo a su disposición en el Palacio de Justicia, se presentó un emisario de la Dirección de Seguridad, con un volante, reclamando al preso. El juez se negó a entregarlo, y añadió que si la Dirección General tenía razones para llevárselo, que se lo dijera por oficio. La réplica fue presentarse un capitán de asalto con un pelotón de guardias, en busca del detenido, y con una orden del director general para detener también al juez, si se resistía. Moreno contestó al capitán que no podía detenerlo, y que podía hacer con él lo que qui-

⁷ Manuel Azaña: *Memorias políticas y de guerra*, en *Obras Completas*. México, 1968, vol. IV, p. 711.

siera, pero que no le seguía. En cuanto al detenido Vázquez, el juez dio cuenta por teléfono al fiscal, quien, para evitar mayores males y un escándalo, le aconsejó o le autorizó la entrega. Así lo hizo. Ahora está en libertad. Todo esto es más grave que la misma desaparición de Nin.»

También un exceso de formalidades se trasluce en las escenas con dirigentes comunistas, con Negrín y con el Consejo de Ministros, que Jesús Hernández, ministro comunista de Instrucción Pública, relató años más tarde, cuando, después de lograr salir de la URSS, donde se había exiliado, se separó de su partido, se hizo titista y escribió un libro sobre lo que había visto, como comunista, durante la guerra civil⁸

Evidentemente, tiende a exculpar a la dirección del Partido —o por lo menos a quienes en ella contaban con la simpatía de Hernández— y a cargar toda la responsabilidad sobre algunos miembros de esta dirección, a la *troika* internacional y los agentes soviéticos encabezados por Orlov⁹. Pero, de todos modos, el relato revela un cierto ambiente que explica muchas cosas. Cuenta Hernández que un día estaban con Díaz, enfermo, cuando se enteraron de la detención de Nin. Llamaron al Director General de Seguridad.

«Cinco minutos después se personaba el coronel Ortega, hombre honesto al que habíamos

⁸ Jesús Hernández: *Yo fui un ministro de Stalin*. México, 1952, pp. 90 y ss. Este libro, a menudo escrito en tono muy literario para dar ambiente, se citará *in extenso*, porque es una fuente de información hasta ahora única y porque nunca ha sido desmentido por los comunistas, que se limitaron a injuriar a su autor, pero que jamás demostraron que hubiera mentido. Los subrayados, en esta y otras citas del mismo libro, son de Hernández.

⁹ Orlov, al huir de la URSS, durante la guerra fría, y refugiarse en los Estados Unidos, afirmó que él nunca tuvo nada que ver con la persecución contra Nin y el POUM y que se limitó, en España, a organizar el espionaje en la zona nacionalista. Difícil creerlo.

arrancado del frente para que ocupase la Dirección General de Seguridad, función de extrema importancia y responsabilidad en las condiciones de la guerra. Flaco, de cara angulosa, tenía un reflejo de bondad y franqueza en su rostro enjuto. Aquel hombre que no temblaba ante la muerte cuando se batía en las trincheras de nuestro combate, entró cohibido y pálido a la habitación de José Díaz. Para cuantos no sabían que éramos muñecos de guiñol, la autoridad del Buró Político era temible. Y quien ahora le interrogaba echando lumbré por los ojos era el jefe del Partido. Y Ortega se sentía anonadado.

—Me llamaron hace un rato al Comité Central —explicaba, Togliatti y Codovila, Pasionaria y Checa se encontraban con Orlov. Me ordenaron que transmitiera por teletipo al camarada Burillo (Comandante de Guardias de Asalto, que actuaba en Barcelona desde hacía unas semanas como Delegado de Orden Público) la orden de arresto de Nin, Gorkín, Andrade Gironella, Arquer y todos cuantos elementos del POUM fueran indicados por Antonov Ovseenko o Stajevsky (el primero operaba en Cataluña como Cónsul y el segundo como Encargado de Negocios de la URSS). Las patrullas de policía que debían actuar ya se encontraban en Barcelona.

Estalló rotunda una blasfemia. Díaz, desencajado, saltó de la cama y comenzó a vestirse.

Se hizo un silencio pesado. Ortega nos miraba al uno y al otro sin explicarse lo que sucedía. Trataba de justificarse:

—Yo... yo no podía suponer... Como me lo ordenaron... Además, Togliatti, Pasionaria, Checa... Creí que estaríais de acuerdo...

Ni Díaz ni yo despegábamos los labios. Cualquier explicación hubiera revelado, más de lo que se adivinaba, el desacuerdo entre los propios miembros del Buró Político y el nuestro con la delegación soviética.

Minutos después estábamos en la calle. Nos

despedimos de Ortega. Abordamos mi coche y nos dirigimos a la casa del Comité Central.

Un enorme caserón que encuadraba por uno de sus costados la Plaza de la Congregación, era la sede del Buró Político. Una guardia con mosquetones nos saludó militarmente. Sonaron los timbres anunciando la presencia del Secretario General del Partido. Subimos al primer piso. El secretario particular de Díaz nos abrió la puerta del despacho. En el interior, sentado ante una enorme jarra de agua de naranja y en mangas de camisa, Vittorio Codovila, italiano de origen y nacionalizado argentino, fumaba tranquilamente en una pequeña cachimba. Su enorme humanidad llenaba la amplia mesa de trabajo... del Secretario General del Partido Comunista de España [...].

Ignorándole, Díaz se dirigió al teléfono y ordenó a la centralilla:

—Diga a los camaradas Pasionaria y Checa que bajen a mi despacho inmediatamente [...].

Entró Pasionaria seguida de Pedro Checa, Secretario de Organización del Partido. Pasionaria, teatral, se dirigió a Díaz:

—¡Qué bueno verte por aquí! ¿Te encuentras mejor?

Yo la observaba. Su sonrisa era de circunstancias y su pregunta oficiosa. Pasionaria odiaba a Díaz [...].

Pasionaria tragaba bilis y esperaba la llegada de su hora, una hora que ya le estaba siendo propicia, pues visiblemente la delegación soviética la exaltaba para convertirla en la primera figura del Partido. Togliatti vivía en la propia casa de la Pasionaria y compartía la mesa y el techo con Antón. Ese trío habría de resultar funesto para Díaz.

Sin reparar en los aspavientos de Pasionaria, Díaz contestó secamente:

—Me encuentro perfectamente bien.

Codovila atacaba su cachimba apretando el tabaco con el índice. La situación era embara-

zosa, tirante. Díaz, haciendo esfuerzos por serenarse, preguntó:

—¿Quiéren ustedes decirme si el hecho de encontrarme enfermo me ha inutilizado para el trabajo?

Pasionaria con gesto hipócrita:

—¿Bromeas, Pepe?

—No estoy para bromas. Pregunto y quiero una respuesta clara.

—¿Pero a qué viene esto? —volvió a preguntar con fingida ignorancia Pasionaria.

—¿Quién ha ordenado a Ortega expedir las órdenes de detención de los hombres del POUM? —inquirió Díaz, blanqueando de ira en su palidez de enfermo.

—Nosotros —dijo Pasionaria. Como no era cuestión de molestarte por una cosa tan intrascendente... ¿Qué importancia puede tener la detención por la policía de un puñado de provocadores y espías? —preguntó con malevolencia.

—Las detenciones del POUM no son un asunto policíaco, sino político —replicó Díaz.

Codovila sonreía con una maldad casi sádica. Apretaba con las dos manos la pequeña cachimba. Y sin deponer el gesto insolente, indicó:

—Pepe deberá tomarse unas vacaciones. El exceso de trabajo y la enfermedad le tienen agotado. Esas reacciones son reflejo de un estado hiperestésico. Que los camaradas no quieran molestarte con tonterías es perfectamente comprensible, dado tu estado de salud. La interpretación exagerada que das a un hecho de tan poca monta es una susceptibilidad propia del forzado alejamiento del trabajo. De todas maneras, convengo en que se hace necesario organizar el trabajo de forma que cada día recibas una síntesis de lo que se hace y de lo que se decide por los camaradas. Pero insisto: deberás tomarte unas vacaciones. El reposo te hará bien.

Mis ojos no se apartaban de las manos del cí-

nico que apretaba entre ellas la pipa húmeante. Mientras hablaba creía interpretar el verdadero sentido de sus palabras. Era una advertencia a Díaz para que se alejase durante una temporada del trabajo de dirección. La delegación soviética comenzaba a tomar medidas precautorias. 'Luego me tocará a mí' —me dije mentalmente.

Como viera a Pepe temblarle la barbilla de irritación y nerviosismo, intervine para impedir que estallara en un arrebató de cólera y lo echara todo patas arriba.

—Si las detenciones de los hombres del POUM son una cosa intrascendente, deberían haberse efectuado legalmente, esto es, con autorización de quien debe ordenarlas: **Gobernación**. Si las pruebas de que son unos espías existen ¿por qué temer que Zugazagoitia se haga cómplice de los agentes de Franco? Es demasiado serio el asunto para que un hombre político se juegue su prestigio. Zugazagoitia no se hubiera ni opuesto ni negado a ordenar las detenciones si cualquiera de nosotros le hubiéramos llevado las pruebas. De la forma en que se ha procedido se armará inmediatamente el escándalo, y con razón. Esto es lo que ha enojado a Díaz.

Pasionaria, con cara de fastidiada, miraba en derredor. Checa, muy impresionado, como siempre que se ponía nervioso, se mordía las uñas.

Codovila contestó secamente:

—Las razones que hayan podido tener los camaradas del 'servicio especial' para proceder como lo han hecho, no es asunto que nos incumba. Su actuación se desarrolla al margen del Partido.

—¡Muy bien! —gritó Díaz—. Que acepten ellos públicamente la responsabilidad de sus actos y entonces tendrán razón para hacer lo que les dé la gana. Pero el escándalo recaerá sobre nosotros. Su actuación complicará al Partido. Y este asunto del POUM es muy turbio.

Codovila miraba a Díaz con aire de rencor. Con voz un tanto estrangulada, dijo:

—Los camaradas del ‘servicio’ están prestando una gran ayuda a la República y al Partido al lograr desenmascarar a esa basura contrarrevolucionaria. ¿De qué os quejáis?

Díaz, desafiante y agresivo, replicó:

—Más parece que se ayuden a sí mismos que a nosotros.

—Esa es la misma opinión de Hernández y revela una animosidad intolerable hacia los camaradas de la GPU —replicó hoscamente Codovila.

—No es verdad que tenga animosidad preconcebida alguna contra ningún camarada de la ‘Casa’ —aclaré—. Ahora bien, si el opinar o disentir en éste o en cualquier otro hecho se juzga como animosidad ¿cuál es nuestra misión en el Buró Político? ¿Decir a todo que sí? ¿Callar y obedecer?

Checa, con expresión desolada, habló vacilante:

—No... no creo que la situación deba plantearse así... No, no es posible. Deberemos reunir el Buró Político, discutir serenamente, aclarar las cosas.

Codovila insiste rencoroso:

—Todos tenemos una disciplina y una obediencia. Cuando se es comunista de verdad, sin suficiencias ni vanidades pequeño-burguesas, hay cosas que ni se discuten ni se plantean. Es ofensivo el tono y el propósito de Hernández y de Díaz. Nosotros somos *consejeros*, *consejeros* y nada más que *consejeros*. —Y el cínico subrayaba la palabra ‘consejero’ como abofeteándonos con ella. Y siguió: Los dirigentes son ustedes. Nunca hemos tomado una decisión que no haya sido previamente consultada con alguno de ustedes. ¿Qué decisiones hemos tomado por nuestra cuenta? ¿Qué decisiones les hemos impuesto que no hayan sido discutidas y resuel-

tas por la mayoría de ustedes? Díganme ¿cuáles?, ¿cuándo?...

Sus ojillos relampagueaban detrás de los cristales de las gafas, mientras continuaba su perorata:

—...¿Por qué esa insidia de que ustedes solamente obedecen? El Buró Político no puede estar en sesión permanente, y cuando surge un problema lo resolvemos tras de consultar la opinión de los camaradas que se encuentran más a mano. Y se decide de común acuerdo con ellos. El asunto del POUM se ha decidido juntamente con Pasionaria y con Checa. Otras veces resolvemos consultando con Hernández o con Díaz o con cualquiera de los otros camaradas. ¡Cuidadito, pues, con lo que se dice y con las afirmaciones temerarias! —concluyó amenazador.

—En este caso los camaradas del 'servicio especial' sabían que yo no estaba de acuerdo. Prometieron ir a ver al camarada Díaz y tampoco lo han hecho. ¿Por qué no informaron a los demás de cuál era nuestra opinión?

—Sí, nos informaron —declaró cínica Pasionaria. Pero como era urgente y no teníamos posibilidad de convocar al Buró en pleno para tratar una simpleza, nos pareció correcto resolver sin esperar a más.

Codovila sudaba y fumaba. Se había serenado y una sonrisita sardónica se dibujaba en sus labios. Pasionaria se portaba bien. Cuando hacía un momento hablaba Codovila con tanto aplomo, lo hacía seguro de que la mayoría del Buró Político apoyaría a la delegación frente a cualquier argumento que opusiéramos en contra de la conducta de los *tovarich*. Nos tenían bien cogidos por el cuello.

—Creo —dijo Díaz— que deberemos plantear la cuestión en la próxima reunión del Buró. El asunto es demasiado grave para resolverlo entre nosotros.

Díaz, con lividez cadavérica, se levantó y salió precipitadamente del despacho.

Pasionaria hizo un gesto como para hablar, pero al fin no dijo nada. Checa, con la cabeza baja y el rostro encendido, pasó junto a mí mascullando algunas palabras que no entendí. Codovila invitó a Pasionaria a sentarse:

—Tengo que hablarte —dijo.

Saludé y salí, tratando de alcanzar a Díaz. Me esperaba en el coche. Su expresión era sombría. Me pidió que le condujera a su domicilio.»

Negrín no sabe qué contestar a las gestiones que se hacen por Nin. Su ministro explica:

«Una llamada urgente de la Presidencia me hacía saber que Negrín me esperaba en su despacho. Al entrar yo despidió el presidente a la taquígrafa, a la que estaba dictando, y sin preámbulos me preguntó:

—¿Qué han hecho ustedes con Nin?

—¿Con Nin?... No sé qué pasa con Nin —dije, y era verdad.

Negrín, con evidente enojo, me explicó que le había informado el ministro de la Gobernación de toda una serie de tropelías cometidas en Barcelona por la policía soviética, que actuaba como en territorio propio, sin tomarse la molestia de advertir siquiera por delicadeza a las autoridades españolas de las detenciones de ciudadanos españoles: que a estos detenidos se les trasladaba de un lado para otro sin mandamiento ni exhorto judicial algunos y que se les encerraba en prisiones particulares, ajenas totalmente al control de las autoridades legales: que algunos de los detenidos habían sido traídos a Valencia, pero que Andrés Nin había desaparecido. El presidente de la Generalidad le había telefoneado alarmado y ofendido por estimar un atentado al derecho de gentes la actuación de Orlof y de la GPU en territorio catalán.

No sabía qué contestarle. Podía decirle que pensaba como él, como Zugazagoitia, como Com-

panys, que también yo me preguntaba dónde estaba Nin y que aborrecía a Orlof y a su pandilla policíaca. Pero no me decidí. Veía venir la tormenta sobre nuestro Partido y me dispuse a defenderlo, aunque en aquel caso la defensa del Partido llevaba implícita la defensa de un posible crimen. Hacía ya algún tiempo que trataba de convencerme a mí mismo de que era posible llegar a establecer una línea divisoria que diferenciara nuestra organización como Partido de españoles de la actuación de la URSS como Estado. Mis divergencias lo eran con los procedimientos, no con las doctrinas: las dudas surgían en torno a los hombres, no en cuanto a los principios [...].

Negrín insistía:

—Nin es un ex consejero de la Generalitat de Catalunya. Si existe algún delito probado contra él, deberá consignársele al Tribunal de Garantías Constitucionales.

—Supongo —dije— que la desaparición de Nin será debida a un exceso de celo de los *to-varich*, que lo tendrán en alguna de sus cárceles, pero no creo que su vida corra peligro alguno. En cuanto a lo demás, usted es el indicado para decirle al embajador soviético que moderen sus procedimientos.

—Y ustedes también.

—También nosotros —contesté.

Negrín quedó pensativo un momento. Después, como si hablara consigo mismo, dijo:

—En el Consejo de esta tarde tendremos bronca. Prieto, Irujo y Zugazagoitia, armarán un escándalo. ¿Qué puedo yo decirles? ¿Que no sé nada?... Y ustedes ¿qué dirán? ¿Que tampoco saben nada?... Todo esto es estúpido.

Prometiéndole averiguar lo que hubiera de cierto en el secuestro de Nin e informarle inmediatamente, me despedí y trasladé en el acto a la casa de nuestro Partido. En el despacho de Díaz —que seguía enfermo— encontré a Codovila y Togliatti. Ambos pusieron cara de asom-

bro cuando les revelé la conversación con Negrín. No supe si aquello era verdadero o si se trataba de una comedia más. Codovila suponía que los camaradas del 'servicio especial' tendrían retenido a Nin para interrogarle o efectuar alguna diligencia antes de entregarlo a las autoridades. Togliatti, hermético, repuesto ya de su asombro, fingido o verdadero, nada decía. Ante mi insistencia de que deberíamos saber algo concreto antes de las cuatro de la tarde, hora en que comenzaría el Consejo de Ministros, despegó los labios para decir que no deberíamos tomar por lo trágico la cosa, pues los camaradas del 'servicio' sabían lo que hacían, que no eran novatos en el oficio y que antes que nada eran hombres políticos. Prometió ir a la Embajada a informarse de lo que hubiera. Y salió hacia allá.

La Embajada soviética se encontraba a unos minutos de la Plaza de la Congregación. Decidí esperar. Ni Codovila ni yo hablábamos. Cada uno teníamos nuestros motivos para estar preocupados. Yo estaba poseído de los peores presentimientos. Andrés Nin era una pieza codiciable para la GPU [...].

Desde el balcón vi acercarse el coche de Togliatti. Un minuto después nos decía que en la Embajada no se tenía conocimiento de nada, ni del paradero de Nin, ni tampoco de Orlof. Toda mi inquietud y todo mi nerviosismo estallaron airadamente. Les anuncié que no asistiría al Consejo de Ministros, que no quería ser el saco de los golpes de Orlof y compañía en un asunto que desde el primer momento me había parecido improcedente y turbio.

—No dar la cara, rehuir el debate, sería la mayor torpeza. Eludan el caso concreto de Nin y háganse fuertes en la existencia de las pruebas que demuestran que los dirigentes del POUM estaban en contacto con el enemigo. No acudan al terreno de ellos; planteen el debate en torno a la existencia o inexistencia de una organización de espionaje. Demostrado, como es posi-

ble demostrar que ésta existe, el escándalo por el paradero de Nin pierde vigor. Y cuando Nin aparezca será ya reo de traición.

Por esta explicación de Togliatti deduje que él sabía ya toda la trama de Orlof, y que su visita a la Embajada no había sido ociosa. Nin estaba secuestrado y lo entregarían cuando él *affaire* tuviera estado oficial. Cierta parte de mis temores se disiparon. Y aunque el plan de Togliatti no era muy grato para mí, me dispuse a seguirlo en la reunión ministerial. 'Al fin —me dije— los jueces se encargarán de averiguar lo que haya o no de cierto en toda esta trama gepeuista.'

A las cuatro de la tarde comenzaron a llegar los coches ministeriales al edificio gris de la presidencia.

En el saloncillo de terciopelos mustios y fríos desconchados, los periodistas saludaban a los ministros.

—¿Qué sabe usted de Andrés Nin? —me preguntó uno de ellos.

Con un gesto evasivo eludí la respuesta y entré a la Sala del Consejo.

En la mesa ovalada de las reuniones ministeriales, las cajas de nogal con cigarrillos, las bomboneras, las jarras de agua, los anchos *blocks* y las abultadas carteras de marroquín. En el ceño de algunos ministros el presagio de la tormenta.

Al declarar el presidente abierta la reunión, el ministro de la Gobernación, Zugazagoitia, pidió la palabra para una cuestión previa.

Con razonamiento incontrovertible, argumentación firme y respetuosa forma, Zugazagoitia relató cuanto sabía del 'caso Nin' y de sus compañeros «detenidos, no por las autoridades de la República, sino por "un servicio extranjero" que actuaba, a lo que se veía, omnímodamente en nuestro territorio, «sin otra ley que su voluntad, ni más freno que el de su capricho». «Desearía saber —concluyó diciendo— si mi jurisdicción como ministro de la Gobernación está

determinada por la misión de mi cargo o por el criterio de ciertos 'técnicos' soviéticos. Nuestro agradecimiento a este país amigo no debe obligarnos a dejar jirones de dignidad personal y nacional en las encrucijadas de su política».

Y habló Prieto. Y habló Irujo. Sus palabras eran la protesta airada contra la intromisión y el atropello soviético en nuestra tierra. La dignidad de su hombría y de su españolidad se sublevaban contra los desmanes de los *tovarich*, quienes a cambio del suministro de armas se creían en el derecho de vejarnos y hasta gobernarlos. En sus palabras había anuncio de dimisión antes que convertirse en 'hombres de paja'.

Y hablaron Vélao y Giner de los Ríos. Hablaron todos. Reclamaban a Nin y pedían la destitución del coronel Ortega, cómplice visible y directo, aunque inconsciente, en los atropellos de Orlof.

Hablamos los dos ministros comunistas. Nuestra argumentación era pobre y descolorida. Nadie creyó en nuestra sinceridad cuando declarábamos ignorar el paradero de Andrés Nin. Defendimos la presencia de los 'técnicos' y 'consejeros' soviéticos como la expresión de la ayuda 'desinteresada' y 'solidaria' que nos prestaban los rusos y que fue aceptada por anteriores gobiernos. Expusimos una vez más lo que significaban para nuestra guerra los suministros de armas de la URSS y el apoyo que en el orden internacional nos prestaba la Unión Soviética.

Como a pesar de todo, el ambiente seguía siéndonos hostil y los ceños se mantenían fruncidos, transigí con la destitución del coronel Ortega —chivo expiatorio—, por extralimitarse en su función y no haber informado a su debido tiempo al ministro; pero amenacé con hacer públicos todos los documentos comprometedores del POUM y también los nombres de cuantos dentro y fuera del Gobierno, 'por simples cuestio-

nes de procedimiento', amparaban a los espías de ese Partido.

El recurso era demagógico y desleal, pero no vacilé en emplearlo.

Negrín, conciliador, propuso al Consejo dejar el debate en suspenso hasta conocer todos los hechos y tener las pruebas de que hablábamos los ministros comunistas y en espera de que el ministro de la Gobernación pudiera darnos noticias concretas del paradero de Andrés Nin.

El primer temporal, el más peligroso, lo habíamos capeado.

Al salir del Consejo Uribe me decía:

—Has estado muy hábil en esa combinación de concesiones y amenazas.

Mi pírrica victoria me producía tales náuseas que me daban ganas de vomitar.»

* * *

El POUM era no sólo un Partido Obrero, sino también un Partido de obreros. Había en él unos pocos profesionales (sobre todo médicos) y estudiantes. Los intelectuales estaban en su mayoría en el PSUC, donde encontraban vertedero para la bilis que les provocaba el miedo que les hizo pasar la «vulgaridad» de la masa y su indiferencia hacia ellos a la hora —tan breve— de tratar de ordenar una nueva sociedad.

Privado de Maurín, que a los ojos de los poumistas era casi su dirigente nato y amigo personal de muchos de ellos, el POUM encontró en Nin a un dirigente que, sin tener la influencia de Maurín, hacía quedar bien al Partido. Sin embargo, privado de Nin y del equipo de dirigentes que habían rodeado a Maurín y que colaboraron con Nin, el POUM no se desintegró. Si los comunistas creyeron que podrían decapitar al POUM deteniendo a los componentes de su Comité Ejecutivo, se equivocaron. Salieron muchas otras cabezas. En los pueblos y ciudades, donde los dirigentes locales tuvieron que

esconderse, marcharse a otros lugares o disimularse en unidades cenetistas del ejército —ya no había milicias, sino ejércitos, desde que Negrín ocupaba el Gobierno—, salieron militantes capaces de ocupar su lugar. A nivel del Ejecutivo, los miembros del mismo que no pudieron ser detenidos, lo reorganizaron con delegados de las «provincias» y las juventudes. Cuando este primer Ejecutivo clandestino fue a su vez detenido, se formó otro. Siempre hubo militantes que no sólo estuvieron dispuestos a correr riesgos, sino que a su espíritu de militante unieron la capacidad y el dinamismo necesarios para encabezar al Partido. Algunos, tal vez una docena, se asustaron y se pasaron al PSUC (aunque sin cubrir de lodo a sus compañeros de la víspera). No arrastraron a nadie. Es interesante señalar que esas defecciones ocurrieron en militantes «antiguos», pero que no las hubo entre los que se habían afiliado al POUM después del 19 de julio. Señal de que el Partido los había formado y de que reflejaba sus aspiraciones. Cosa curiosa; en la clandestinidad se reclutaron nuevos miembros, especialmente entre los adolescentes.

Cierto que encontraron apoyos: en primer lugar, en la CNT que, sin cambiar de postura política y sin atreverse a hacer frente abiertamente al Gobierno Negrín, dio a los poumistas acogida en sus sindicatos y en sus unidades militares, con lo que salvó la vida de muchísimos; en segundo lugar, en Companys y en algunos dirigentes de la Esquerra (que comprendieron, aunque tarde, que el ascenso de los comunistas que habían facilitado, significaba la disminución automática de las funciones de la Generalidad), que recibieron siempre a las delegaciones del POUM (incluso haciéndolo constar públicamente, a pesar de que el Gobierno Negrín había disuelto el Partido), e hicieron gestiones para tratar de proteger a los detenidos poumistas y salvar a Nin.

Pero fuera de estos apoyos (que públicamente sólo se manifestaban en la prensa cenetista y en los escasos

periódicos largocaballeristas que subsistían), los poumistas no podían confiar en nadie. Cada persona que los conocía, si no era cenetista, de la Esquerra o de la izquierda socialista, podía ser un delator. Más de uno hubo en el Partido Comunista y el PSUC que hizo una carrera política fulgurante a base de injuriar y delatar a los poumistas. En los sindicatos de la UGT, de los cuales los poumistas formaban parte, como ya se explicó, los dirigentes sostenían campañas constantes para que los miembros denunciaran a los poumistas. Una vez identificados eran expulsados, y, entonces, la prensa comunista publicaba sus nombres para beneficio de la policía, que trataba de capturarlos.

En este ambiente, los sucesivos comités clandestinos lograron sacar frecuentemente sus periódicos ilegales (*La Batalla y Juventud Obrera*) y hasta algunos folletos, y reunir su Comité Central. No doblegaron sus posiciones políticas por oportunismo. Así, a pesar del apoyo que recibían de los cenetistas, los periódicos clandestinos del POUM no dejaron de criticar ciertas posturas de la CNT que consideraban demasiado acomodaticias (por ejemplo, entrar en el Frente Popular a condición de que se le agregara el adjetivo antifascista, en vez de formar con el POUM y la izquierda socialista una Alianza Obrera Revolucionaria, como propugnaban los poumistas). Pero, eso sí, se dieron cuenta de que con la persecución abierta contra el POUM y con la persecución disimulada contra la CNT, había pasado el momento en que se podía hablar de toma del poder. Era preciso, ahora, defender las posiciones que todavía podían conservarse y prepararse para nuevas batallas en el futuro (aunque muchos, en el POUM y fuera de él, se daban cuenta de que el que los comunistas llamaban «Gobierno de la victoria» estaba, en realidad, destinado indefectiblemente a perder la guerra).

Sobre todo, era preciso defender a los detenidos, evitar que los comunistas pudieran eliminarlos físicamente

y tratar, si todavía era tiempo, de salvar a Nin. Había que esforzarse, además, para puntualizar las posiciones políticas del POUM y, sobre todo, librarlo de la etiqueta de trotskysta.

La propaganda comunista era tan intensa, en todo el mundo, en torno a los procesos de Moscú, que continuaban, y en torno al POUM, que el adjetivo «trotskysta» llegó a ser, para muchos incautos, sinónimo de traidor. Pero, como ya se dijo, esto era lo de menos para los poumistas. Lo de más era que no querían que su posición quedara confusa. Si hubieran sido trotskystas, la actitud que el POUM adoptó, su tenacidad en seguir actuando y defendiendo sus puntos de vista, hubiese quedado reducida a una cuestión de rivalidad entre dos concepciones del leninismo. Para los poumistas la cosa era mucho más amplia, pues la experiencia que estaban viviendo les hacía comprender, con años de antelación, que trotskismo y stalinismo eran dos ramas de un mismo tronco, y ellos se consideraban un árbol aparte (por poco frondoso que fuera). Su lucha no reflejaba rivalidades personales y dogmáticas, sino que era producto de una concepción completamente distinta, ya no leninista, del movimiento obrero. No trataban ya (y esto desde hacía años) de enderezar el movimiento comunista, sino que lo consideraban un movimiento irrecuperable: lo veían convertido en contrarrevolucionario.

En una época en que las brumas del Frente Popular enturbiaban la visión de muchos (y hasta los cegaban ante la monstruosidad de los procesos de brujería de Moscú), los poumistas dieron muestras de clarividencia. Pocas veces, en situación tan adversa como la de aquellos momentos, los miembros de un Partido se han sentido tan orgullosos de serlo como los poumistas lo estaban de ser poumistas. Que los llamaran trotskystas disminuía lo que ellos veían como su originalidad ideológica.

No era simple poner los puntos sobre las íes. La ma-

quinaria comunista de propaganda embrutecía a muchísimos. Pocos fueron los corresponsales extranjeros que, al hablar del POUM, no lo llamaron trotskysta. Los «liberales» norteamericanos, muchos «izquierdistas» del Labour Party inglés, muchos intelectuales súbitamente «revolucionarios», repetían las consignas y las frases hechas de la propaganda comunista y procuraban, con éxito, olvidarse del POUM o ignorar su persecución. Esta despertó más protestas entre los militantes de base, obreros, de sindicatos y organizaciones en todo el mundo que entre dirigentes e intelectuales compañeros de camino. Hasta qué punto el chantaje comunista fue eficaz lo muestra el que un partido del Buró Internacional —justamente aquél al que pertenecía Willy Brandt—, acabó separándose de él por considerar que, en aquellos momentos, no debía insistirse en lo que podía debilitar a la URSS, como si no la debilitaran las acciones de Stalin, sino el denunciarlas. (Hay que decir que este partido, con todo, defendió a los poumistas entre los exilados alemanes.) Todavía ahora, al cabo de tantos años y cuando se dispone de un material documental considerable, muchísimos historiadores e «historiadores» persisten en llamar trotskysta al POUM, incluso cuando muestran simpatía por él.

Este adjetivo molestaba más a los poumistas que el de «espías» que los comunistas no dejaban de acoplar al otro. Que los llamen espías no les preocupa, porque sabían que nadie lo creía, ni siquiera los comunistas.

* * *

La situación es dura. Los poumistas, sin embargo, están convencidos de que el tinglado montado por la policía «especial» no se aguanta y, claro está, como no son espías, no creen que se pueda demostrar que lo sean. Un hecho les da esta confianza: que entre los centenares de detenidos del POUM, ni uno solo —hay que insistir

en ello, *ni uno solo*— ha «confesado». Porque no hay nada por confesar. Pero en Moscú, los viejos bolcheviques confesaron, sin que tampoco hubiera nada por confesar. Cierto. Pero los poumistas no han vivido los años de stalinismo que debilitaron la voluntad de los compañeros de Lenin.

¿Qué es lo que la policía (casi toda compuesta de elementos madrileños pertenecientes al partido comunista, con no pocos supervivientes de la antigua policía profesional que, terminada la guerra civil, seguirían en ella, al servicio del nuevo régimen), quisiera que los poumistas confesaran? ¿De qué se acusa concretamente a Nin, a los dirigentes detenidos y al POUM?

Dejemos que un historiador que confió mucho en las «confidencias» del doctor Negrín ya en el exilio, Hugh Thomas, resuma el «montaje» de las acusaciones⁹. Como es de los que califican al POUM de «semitrotskyista» (¿cómo se come este «semi»?), no podrá tachársele de parcialidad. Dice así su síntesis:

«Durante el mes de abril, la policía de Madrid, controlada por los comunistas, había descubierto una auténtica conspiración de la Falange. Uno de los conspiradores, apellidado Castilla, fue obligado por medio de amenazas a convertirse en agente provocador. Castilla convenció a otro falangista de la capital, Golfín, para que preparara un plan fraudulento de alzamiento por parte de la quinta columna. Golfín lo hizo así y, a continuación, él y su plan fueron 'descubiertos' por la policía. Luego, alguien, posiblemente Castilla, falsificó una carta de Nin a Franco en la que se apoyaba el plan de Golfín. También por entonces, otro auténtico agente falangista, llamado Joaquín Roca, que tenía una pequeña librería en Gerona, fue descubierto por los catalanes comunistas controlados por

⁹ Hugh Thomas: *La guerra civil española*. París, 1962, página 379.

Erno Gerö. La tarea de Roca se limitaba a transmitir mensajes a un falangista llamado Dalmau, hotelero en la misma ciudad, la Venecia de Cataluña. Cierta día, al poco tiempo de la disolución del POUM, un individuo bien vestido llegó a la librería, dejó cierta cantidad de dinero para Roca, un mensaje para Dalmau y pidió si podría dejar en la librería una maleta durante tres días. Roca accedió. Poco después llegaba la policía para efectuar un registro. Naturalmente, encontraron la maleta, que contenía una serie de documentos secretos, todos sellados, por rara coincidencia, con el sello del comité militar del POUM. Sobre estos documentos, la carta de Nin a Franco y la maleta encontrada en Gerona, se basó el ataque comunista contra el POUM. Naturalmente, todo había sido preparado previamente.»

Si los policías que actuaban a las órdenes de la NKVD hubieran podido liquidar físicamente a un puñado de dirigentes poumistas, quizá esta mala novela hubiese servido para explicar la detención y la aplicación de la ley de fugas, pongamos por caso. Pero la reacción fue tan rápida y persistente que fue necesario montar un tinglado judicial.

Ya se dijo que poco antes de la detención, se creó un Tribunal Especial de Espionaje y Alta Traición, que en realidad hubiera debido designarse como Tribunal contra el POUM. Los ministros se asustaron. Pusieron al frente de este tribunal un magistrado honesto y a su lado unos jueces socialistas. Esperaban, sin duda, que pararían el golpe que ellos, los ministros, no supieron evitar. Los detenidos del Ejecutivo quedaron a disposición de este Tribunal. Los demás poumistas encarcelados quedaron a disposición de un juez que instruía un proceso general contra el POUM, que nunca llegó a verse, pero que les retuvo en la cárcel hasta el final de la guerra civil.

Mientras estos procesos se instruían, llegaron a través

de Francia noticias de que Maurín estaba vivo, detenido ¹¹. No pocos poumistas, que echaban tanto de menos la presencia de Maurín, se alegraron de que, en aquel momento, no se hallara entre ellos. Pensaban, con razón, que lo habrían asesinado.

«Lo grave es que la detención de los dirigentes del POUM no fue decidida por el Gobierno y que la policía efectuó las detenciones por su cuenta», declaró el socialista Prieto, ministro de Defensa ¹². Esto era ciertamente grave. Pero hubo algo igualmente grave que el mismo Prieto indicó años después: «Apenas el Gobierno supo la desaparición de Nin, el ministro de la Gobernación dispuso que se investigaran las causas; estaba a punto de descubrirse la bochornosa verdad, cuando Negrín ordenó suspender las averiguaciones» ¹³.

¿Cuál era esta bochornosa verdad?

¹¹ Véase, para más detalles de lo sucedido a Maurín, el capítulo 7 de su biografía.

¹² *La Fleche*. París, 18 de agosto de 1937.

¹³ Indalecio Prieto: *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*. México, 1940, p. 54.

EL ASESINADO

Los poumistas comienzan a cubrir los muros de los pueblos y ciudades de Cataluña con esta pregunta en pintura negra: «Gobierno Negrín, ¿dónde está Nin?» En agosto, cuando ya definitivamente se ve que Nin no aparece por ningún lado, lo hacen unos cuantos, espontáneamente. Luego, todos los adolescentes y los viejos del Partido se ponen a la tarea (los jóvenes y aptos están movilizados).

Cuando algún ministro republicano viaja al extranjero, siempre hay algún periodista que le pregunta, en público: «¿Dónde está Nin?» El telégrafo transmite, diariamente, telegramas con firmas de personalidades que hacen la misma pregunta. En los mitines de la CNT, en los periódicos largocaballeristas, en alguna prensa europea que todavía no se deja aterrorizar por el chantaje comunista, en los mítines que organiza en París, Londres y Bruselas el Comité por la Defensa de la Revolución española, la misma pregunta: «¿Dónde está Nin?»

Hoy, al cabo de casi tantos años como los que Nin

tenía cuando desapareció, no hay respuesta comprobable. Pero hay presunciones, indicios y algunas afirmaciones que permiten construir una contestación. Citarlas es cuanto puede hacerse en este capítulo. Una cosa es segura: que Nin fue detenido por agentes comunistas y que no se le volvió a ver jamás ni jamás se supo de él.

Se supone que la policía está a las órdenes del ministro de Gobernación. En el primer Gobierno Negrín este ministro era el periodista socialista Julián Zugazagoitia. Terminada la guerra civil y antes de que lo capturara la Gestapo y lo entregara a la policía de España, donde fue ejecutado, Zuga, como lo llamaban sus compañeros, escribió una historia de la guerra civil. En ella¹ se lee lo siguiente sobre la detención de Nin:

«Peor suerte había de correr el infortunado Andrés Nin. Preso como militante del POUM, trasladado a Madrid a efecto de esclarecimientos policíacos, aislado e incomunicado en una finca de Alcalá de Henares, supe de su 'evasión', así como de los datos anteriores, después de su 'fuga', que me la notificó, en un restaurante de la plaza de Valencia, donde Miaja había invitado a comer a una parte del Gobierno, el director de Seguridad, Ortega.

—No tenga usted cuidado —afirmó— que daremos con su paradero, muerto o vivo. Déjelo de mi cuenta.

—Cuidado —le advertí—, el cuerpo de Nin no me interesa; me interesa su vida.

Miaja, que escuchaba la conversación, como oyese decir que lo probable era que Nin estuviese escondido en alguna unidad 'poumista' del frente, intervino con su violencia verbal:

—Si es así y lo detienen los soldados, yo doy orden de que lo fusilen sin más preámbulos.

—Perdón, general. Lo que corresponde hacer

¹ Julián Zugazagoitia: *Guerra y vicisitudes de los españoles*. París, 1968. Vol. I, pp. 291-295.

con Nin compete a la justicia y usted no tiene por qué ordenar, en ese sentido, nada.

Por la tarde, en mi despacho, como no pudiese digerir la noticia y temiese lo peor, sin otra razón que la de mi instinto periodístico, llamé a Ortega y, con pretexto de preguntarle si había noticias de Nin, le planteé la cuestión de fondo.

—¿Vive o no vive Andrés Nin? ¿Me lo puede usted decir?

—No se lo puedo decir. No conozco más que lo que decía el teletipo que he enseñado este mediodía. He dado órdenes de que lo busquen por todas partes, conforme a su mandato. Cualquiera sabe en estos negocios en que interviene la Gestapo qué es lo que ha podido pasar.

La inopinada invocación de la Gestapo convirtió mis sospechas en certezas. Intenté saber en razón de qué noticia especial el director de Seguridad mezclaba a la historia de la 'evasión' de Andrés Nin el temible organismo policíaco alemán y no supo decírmelo. Era una suposición suya..., una intuición... Sobradamente conocía yo, al decir de mi teórico subordinado, la audacia del espionaje nazi y sus sistemas expeditivos y antihumanos de eliminar, llegado el momento, a sus mejores colaboradores. El teniente coronel Ortega me ilustraba, con bastante aplomo, sobre un tema en el que yo tenía convicciones firmes. Su rápida evolución de un republicanismo templado a un comunismo entusiasta no le había consentido asimilar de modo completo la dialéctica de su nueva filosofía. Esforzándose por razonar lo mejor que podía, en el esfuerzo descubría las fallas. Su principal defecto es que ignoraba que trataba de convencer a un convencido. Nuestra conversación terminó prometiéndome Ortega que daría nuevas órdenes a Madrid para que no descuidasen descubrir el paradero de Nin, y asegurándome que toda novedad me la trasladaría inmediatamente. Solicité una entrevista del presidente del Go-

bierno, a quien creí obligado informarle de lo sucedido y de mis sospechas, adelantándole, al mismo tiempo, la noticia de mi dimisión irrevocable, si no rescatábamos la vida de Andrés Nin, y la previsión del escándalo de tipo internacional que se desencadenaría contra el Gobierno de su presidencia, en el supuesto de que no consiguiéramos el rescate. Obtenida la entrevista, di cuenta a Negrín de los informes que tenía y le declaré mi pensamiento.

—Si, como temo, se confirman mis sospechas, le ruego encarecidamente que me busque un sucesor. Yo no puedo seguir en el Ministerio. Para mí, la vida humana tiene un precio altísimo, y si comienzo por admitir la existencia de la Gestapo, la historia que comienza con el secuestro de Nin tendrá infinidad de capítulos sangrientos. Si acudo a su mayor autoridad, no es exclusivamente para informarle, sino también para que me ayude a rescatar al desaparecido.

—No descarte usted en absoluto, a lo que le veo muy inclinado, la posibilidad de que se trate de una represalia de la Gestapo. No es que lo afirme, pues no tengo especial información, siendo la primera la que me da usted; pero conozco bastante bien a los alemanes y sé de lo que son capaces. ¡No tiene usted idea de su audacia! Sobrepasa todas las medidas y cuanto fuera capaz de decirle resultaría pálido en contraste con la realidad. Insista usted con los servicios en tener una información exacta de lo sucedido y en cuanto la posea venga a verme, que yo quiero saber la verdad. Esté seguro de que, si Nin vive, lo rescataremos. En cuanto a buscarle sucesor, ni pensarlo. Si no tiene usted confianza en alguna persona, la cambiamos.

Estaba claro que el presidente me invitaba a destituir al director general de Seguridad, designación que yo no había hecho, entre otras razones, porque no conocía al interesado y el puesto de referencia era, en aquellas circunstancias, el único importante, y desde luego, el

más delicado del Ministerio. Queriendo tener confianza en la interpretación de mis órdenes, llevé a Valencia, para atribuirle esa responsabilidad, a Paulino Gómez, a quien, habiéndome fallado el cálculo, envié como delegado general de Orden Público a Cataluña, cometido en el que realizó una obra extraordinaria, que no se encomió lo suficiente. El orden público mejoró de una manera considerable. Cuando pude pensar, por la dimisión de Ortega, en confiarle la Dirección General de Seguridad, no me decidí a hacerlo, por temor a romper la continuidad de su obra en Cataluña, de donde me llegaban los más calurosos testimonios de sus aciertos. Antes de acogerme a la invitación del presidente, preferí aclarar el caso de Nin. Terminada la entrevista con Negrín, pedí al comisario jefe de Madrid, que coincidía en ser socialista, un informe puntual de cuanto hubiese sucedido, con la orden de que me lo trajesen personalmente, indicándole que no diese conocimiento del informe a persona alguna. Al día siguiente, por la mañana, el comisario general de Madrid me esperaba en el despacho con el informe y una cartera conteniendo algunos documentos, varias monedas alemanas y una insignia de un ferrocarril tudesco. El informe era muy preciso y claro.

—¿Cuál es su opinión? ¿Cree que Nin ha muerto o supone que vive?

—Tengo la impresión de que vive. Creo que está preso en alguna unidad del frente de Madrid.

Llevé el informe y los testimonios a él adjuntos al presidente. Se quedó con todo, encargándose personalmente de llevar la gestión. Le indiqué la posibilidad de conseguir el rescate de Nin si se confirmaba su secuestro en una unidad militar y le ratifiqué, para en caso contrario, mi dimisión. El comisario general regresó a Madrid en el mismo día y antes de despedirlo, le ilustré sobre cómo debía llevar su trabajo y la necesidad de que yo conociese inmediatamente las

novedades que se fuesen presentando. La gestión personal de Negrín no dio el menor resultado. Se le dijo que el secuestro de Nin era obra de la Gestapo, interesada en que un colaborador suyo de tanto precio no fuese interrogado por nuestros policías y, por debilidad o arrepentimiento, descubriese sus servicios en la España republicana. El embuste no podía ser más grosero. Sin conocer a Andrés Nin, yo negaba la versión. Se lo dije así a Negrín. Este trató de convencerme de que todo era posible. Con carácter general lo admitía: todo es, en efecto, posible, y los más inverosímiles matrimonios de la mano zurda tienen pública y solemne realización; pero no en el caso de Nin. Con el informe del comisario general de Madrid a la vista, la atribución de responsabilidad a la Gestapo no era admisible. Dimitió, después de dos consejos de ministros casi feroces, el director general de Seguridad. Los ministros comunistas defendieron a su correligionario con una pasión extraordinaria. Yo afirmé que el director general podía continuar en su puesto, pero en tal caso yo abandonaría el mío. Prieto, con palabra segura, reprochó a los comunistas su manera de conducir el debate y declaró que, solidarizado con mi posición, sumaba su dimisión a la mía en el supuesto de que no se sustituyese a Ortega. Se aprobó mi propuesta.

Ortega me hizo, al conocer el acuerdo, una escena sentimental y dolorida, eludiendo el fondo del problema: la desaparición de Nin. El comisario general de Madrid llevaba unas gestiones personales con el presidente de la Audiencia, quien creía en la existencia de Nin y en la posibilidad de recuperarlo. Dio la promesa de conseguirlo, a condición de que no se hiciesen averiguaciones ni se pensase en establecer castigos. Di mi conformidad a la propuesta, declarando que todo cuanto me interesaba era recuperar al desaparecido. Me ilusionaba, hasta conmoverme, la idea de salvar a Nin. Dudo que sus

propios compañeros hubiesen tenido una alegría tan profunda. Hice un viaje a Madrid para seguir de cerca la extraña negociación. Después de varias alternativas, el presidente de la Audiencia, que operaba con su autoridad, se nos declaró impotente. ¿Existía o no existía Nin? Ni siquiera eso sabíamos. Los rumores eran variadísimos. Para unos había sido enviado en un buque prisionero a Rusia; según otros fue ejecutado por un batallón de internacionales. En concepto de la policía seguía estando preso en alguna unidad del frente... Yo llegué a persuadirme, sin ninguna razón, que Nin fue muerto pocas horas después de su secuestro. La esperanza de defender su vida me hizo desistir del primer propósito: abandonar un puesto que me exponía, por la desorganización del ministerio, desorganización difícil de corregir por ser obra de la pasión política, más peligrosa cuanto más solapada, a quedar salpicado de sangre.»

El diputado socialista, Juan Simeón Vidarte, que fue subsecretario de Gobernación en 1937, con Zugazagoitia, da algunos datos complementarios, uno de ellos inédito. Cuenta², que la mujer de Nin lo visitó, que él la mandó a Negrín y que le dieron un salvoconducto para Madrid, donde tampoco pudo averiguar nada sobre el detenido. Para ver de aclarar las cosas, Vidarte y Zuga encargaron la investigación a un comisario de policía socialista y masón. En su informe se decía que Nin había estado en una casa de Alcalá, de la cual salieron ruidos, gritos y lamentos, y de la cual sacaron, de noche, un gran paquete que metieron en un coche. Este partió a Alicante, donde se detuvo al lado de un buque soviético. El comisario ya no pudo averiguar más. Este es el dato inédito, según el cual Nin habría sido llevado (¿vivo o muerto?) a la URSS. Pero el mismo Vidarte preguntó a Negrín,

² Juan Simeón Vidarte: *Todos fuimos culpables*. México DF., 1973, p. 724 y ss.

después de la guerra, qué sabía del caso, y obtuvo esta respuesta: «Creo que [a Nin] lo mataron los comunistas.» Agregó que no había podido confirmar «el misterioso embarque de Alicante». Cuando Negrín hablaba del rapto de Nin por la Gestapo sabía, pues, que estaba mintiendo.

* * *

Por otro personaje sabemos algo más. Con fecha del 29 de junio, Manuel Azaña anota, en sus memorias: «Prieto me descubre un hecho muy grave... Prieto me cuenta que Nin fue trasladado a la cárcel de Alcalá y que allí se presentaron una noche unos individuos, no sé si de la policía o con autorización de la policía, o simplemente 'por las buenas', y se lo llevaron. No se sabe dónde estará. Zugazagoitia le ha dicho a Prieto que tiene una pista. Los raptos son comunistas.» Y agrega que Prieto «ha escrito a Negrín, a consecuencia de una carta de Víctor Basch», de la Liga de los Derechos del Hombre, de París, «llamándole la atención sobre la importancia del suceso. También le hablaré yo mañana», se promete Azaña.

Al parecer ese «mañana» llegó al cabo de tres semanas, pues en las memorias del presidente la próxima referencia a Nin no aparece hasta el 27 de julio. Negrín, para entonces, se había ya tragado —con considerable esfuerzo, pues era hombre inteligente— la «explicación» que él mismo y el coronel Ortega sirvieron a Zugazagoitia. Cuenta Azaña:

«Me habló el presidente [Negrín] del espionaje. En Madrid se han hecho descubrimientos importantes. Yo no los conocía. Una emisora, instalada en un sótano, daba noticia de todo a los rebeldes. Se ha encontrado el plano cuadrulado de Madrid, hecho por un arquitecto llamado Golfín, que está convicto y confeso, y que parece haber servido para dar indicaciones a la

artillería. Cuenta Negrín que se consiguió revelar unas líneas escritas con tinta simpática, al dorso del plano, parte en claro, parte en cifra, que resultó ser una que había usado el Estado Mayor. De las indicaciones obtenidas así resultó la detención de Nin y de doscientos o más individuos, casi todos del POUM, que no niegan sus inteligencias con los rebeldes. Sobre esto, vuelvo a preguntar por el caso de Nin. Dice el presidente que una noche se presentaron en la cárcel de Alcalá unos individuos con uniforme de las brigadas internacionales, maniataron a los guardianes y se llevaron al preso. No cree, como se ha dicho, que fuese obra de los comunistas. Por supuesto, los comunistas se indignan ante la sospecha. Negrín cree que lo han raptado por cuenta del espionaje alemán y de la Gestapo, para impedir que Nin hiciese revelaciones. No parece que lo hayan matado. El asunto ha sido entregado a un juez instructor, para que lo esclarezca.

—¿No es demasiado novelesco?

—No, señor. Ahí está lo ocurrido al Estado Mayor ruso, de Madrid, que también parece obra de la Gestapo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Creí que se lo habían contado. El Estado Mayor ruso, en Madrid, se hospedaba en Gaylors. Una noche han estado a punto de perecer todos envenenados. Dos, entre ellos el jefe, estuvieron entre la vida y la muerte. El espionaje alemán es formidable. Las brigadas internacionales tienen dentro muchos espías nazis. Algunos han sido descubiertos y fusilados.»

El 28 de julio, carta de Companys a Azaña, diciéndole que ha escrito a Negrín protestando por la presencia de militares (general Pozas y jefe de policía Burillo) en un Congreso del PSUC y por la detención de Nin. Negrín explica a Azaña que «ha pasado a Prieto lo relativo a los militares que asistieron a un mitin comunista. Y en cuanto a lo del POUM, ha contestado a Companys que el

asunto se halla en manos de un juez». Ya vimos cómo este juez estuvo a punto de ser secuestrado por policías comunistas y cómo no llegó a ninguna parte porque Negrín le dio carpetazo al asunto.

Como nadie parece tener prisa, en las esferas oficiales, hemos de aguardar al 6 de agosto para que Azaña vuelva a ocuparse de Nin. Negrín lo visita y el presidente anota en su diario:

«Le pedí noticias del asunto Nin. Creen ahora, después de las minuciosas pesquisas hechas, que Nin no fue secuestrado, y que se trata de una evasión. Negrín ha recibido la visita de unos delegados de la Segunda Internacional, que venían a hablarle del caso. El secretario (cuyo nombre, un poco raro, no he retenido) le dijo al presidente que creían saber que Nin, Gorkín y Andrade habían sido asesinados en una carretera, por un grupo de comunistas, ocupantes de un camión que se atravesó delante del que conducía a los presos. Negrín se lo negó, y como no le viese muy convencido, le dijo: '¿Quiere usted hablar con Gorkín?' '¡Ah! Eso sería magnífico.' 'Pues le daremos a usted un salvoconducto, para que lo vea en la cárcel de Madrid.' 'No tengo tiempo de ir a Madrid.' 'Muy bien. Pues haré que traigan a Gorkín y le verá usted mañana mismo.' Así se lo pidió al ministro de la Gobernación, pero la orden no fue necesaria, porque ese día Gorkín era trasladado a Valencia, habiéndolo pedido así el tribunal que entiende en el proceso. La visita del delegado extranjero a Gorkín creo que se celebra hoy. A propósito de este asunto, llamé la atención del presidente sobre la feroz campaña que realiza parte de la prensa, pidiendo el castigo inexorable, el escarmiento, el exterminio de todos los acusados. 'No sé por qué lo consienten ustedes, teniendo la censura. Esa campaña siempre estaría mal; pero, tratándose de gente que está ya sometida a los tribunales, peor. ¿A quién se

pretende impresionar? ¿Al Tribunal, al Gobierno, a la opinión? Por grande que sea la capacidad imitativa de los comunistas, aquí no podemos adoptar los métodos moscovitas, que cada tres o cuatro meses descubren un complot y fusilan a unos cuantos enemigos políticos. Supongo que el proceso aún tardará, pero sepa usted desde ahora, y sépalo el Gobierno, que no estoy dispuesto a que los partidos se ensañen unos contra otros ferozmente; mañana fusilando a los del POUM, pasado a los de otro.'

—No creo que las cosas lleguen a ese extremo —dijo Negrín—. En todo caso el Gobierno tampoco lo consentiría.»

Dos semanas más. El 22 de agosto, Azaña recibe una copia del informe de la comisión internacional presidida por el diputado laborista independiente Fenner Brockway (que el presidente llama Bochway), y esto le impulsó a volver a hablar a Negrín del caso Nin. Será la última vez que lo haga. Azaña, como se verá, quiere que se dé un escarmiento al POUM, pero no excesivo. Anota en su diario que habló con Negrín, recordándole lo que ya le tenía dicho «acerca de la imposibilidad de entrar por los caminos de la eliminación de los adversarios políticos»; escribe:

«Por mucha que sea la culpabilidad de los detenidos, es preciso refrenar la propensión a lo novelesco que se advierte en algunas propagandas. El presidente está enteramente conforme. El asunto del POUM está en manos de los tribunales. Recordando a su vez lo que yo le dije sobre el tono feroz de algunos periódicos, me informó de que se han hecho gestiones, dando algún rodeo, para que eso no continúe, y cree que ya se advierte el resultado. 'Hay que estar prevenidos', le digo, 'contra la acción de ciertos grupos extremistas del exterior, que no son precisamente los comunistas, como se aparenta creer fuera de España, y que aprovechan

nuestra terrible guerra para combatir aquí por la revolución social³. Lo más desatinado que podemos decir y creer los españoles, es que no puede combatirse a la dictadura sin combatir al mismo tiempo por la revolución social. Es la tesis de los rebeldes, invertida. No es ésa la opinión de la mayoría de los que resisten de veras a la rebelión, que no son los mismos que se aprovechan de ella. Y hoy lo es menos aún que hace un año. Del informe de Brochway resulta probado lo que ya sabíamos: que el POUM está mechado de extranjeros. Lo mejor es ponerlos en la frontera, sean o no combatientes, y que vayan a ensayar la revolución en su país. Pero todo eso no es bastante para que se haga con ese partido un escarmiento excesivo y sanginario. Con ponerlos en la imposibilidad de hacer daño basta.»

Todavía aparece el nombre de Nin en las memorias de Azaña, pero ya no en referencia con él. El 18 de octubre relata lo que le explica el juez que instruía el sumario (que ya se ha citado). El día 20, anota: «le he dado noticia [a Negrín] de lo que ocurre con el sumario por la desaparición de Nin, según mis informes. Negrín ignoraba que los policías mandados detener por el juez estuviesen en libertad. Quedamos en que pondrá mano en ello».

* * *

Oficialmente, al parecer, se daba por buena la versión rocambolesca de una intervención de la Gestapo. Poco importaba que nadie la creyera. Nadie creía tampoco, ante las constantes derrotas militares, que el Gobierno

³ En todas las memorias de Azaña no hay ni una sola referencia a Togliatti, Codovila, la *troika*, Marty u otros agentes comunistas extranjeros que acudieron a España.

Negrín fuera el «Gobierno de la Victoria» y la propaganda comunista no se cansaba de llamarlo así. Una mentira, cuanto más grande y más repetida, más fácilmente acaba siendo aceptada como verdad. Pero esta regla tiene la excepción en el caso de Nin. Aunque la mentira era muy gorda y fue repetida incansablemente, no la creyó nadie.

Incluso ahora, al cabo de tantos años, los comunistas han de ir con pies de plomo cuando hablan de Nin. O, mejor dicho, con pluma muy ligera, para que no se les escape el nombre.

Así, Dolores Ibarruri («La Pasionaria»), en sus *Memorias*⁴, sólo habla del POUM al referirse a los hechos de mayo y nunca menciona el nombre de Nin. En la *Historia del Partido Comunista de España*⁵, que es la versión oficial de la dirección del Partido, no hay ni una palabra sobre Nin ni sobre la persecución y proceso contra el POUM. Santiago Carrillo, sucesor de «La Pasionaria», se refiere sólo de paso al POUM y no dice nada de Nin, en su artículo en el número de *Nuestra Bandera* conmemorativo del 50 aniversario de la fundación del Partido⁶.

Los simpatizantes del Partido no son más explícitos. Julio Álvarez del Vayo, en sus memorias, *Freedom's Battle*⁷, tampoco habla de Nin ni del proceso del POUM. Manuel Tuñón de Lara, un católico como José Bergamín, en su libro *La España del Siglo XX*⁸, se contenta con decir textualmente: «[Nin] dedicado desde hacía años a una labor difamatoria de Rusia y de la política frente populista... fue acaso una víctima del stalinismo..., pero en el estado actual de las investigaciones, ni tan siquiera esta apreciación amplia es sostenible; en todo caso hay

⁴ París, 1963.

⁵ París, 1965.

⁶ París, junio de 1970.

⁷ Nueva York, 1940.

⁸ París, 1967, p. 568.

algo cierto: la ignorancia de los ministros comunistas españoles.» Según esta corta frase, Tuñón no ha podido investigar sobre la desaparición de Nin, ni ha tenido tiempo para leer la literatura sobre el tema; se limita a insinuar la posibilidad de que Nin haya sido víctima del stalinismo, sin decir qué pudo haberle ocurrido, de no serlo; en cambio parece que ha podido investigar —aunque no dice cómo ni cuándo— en la conciencia y la memoria de los ministros comunistas españoles; mas esta investigación no llegó al extremo, nada desorbitado, de leer el libro que uno de estos ministros —Jesús Hernández— escribió en 1952, después de salir de la URSS, en el cual dedica muchas páginas al caso Nin, y donde se ve que los ministros comunistas y la dirección del Partido español tuvieron conocimiento de lo sucedido, por lo menos *a posteriori*.

No lo ignoraba tampoco el peruano César Falcón, que, ya en 1931, se movía en la órbita del Partido Comunista, presentándose como hombre de izquierdas independiente con la revista *Nosotros*, y que, en 1937, dirigía el diario *Frente Rojo*, órgano de la dirección del Partido en Valencia. En este diario, Falcón escribió: «el bandido Nin está en Salamanca». El juez que instruía el proceso por la desaparición de Nin llamó a Falcón a declarar, para pedirle que le proporcionara los datos en que basaba su afirmación, pues si estos datos probaban que Nin se hallaba, en efecto, en la ciudad castellana y en poder de los militares, no quedaba ya sumario por instruir. Falcón compareció acompañado de cuatro guardaespaldas armados. Declaró que él no sabía nada sobre el paradero de Nin, que si escribió en el diario comunista que se hallaba en Salamanca era porque lo había leído en un diario nada menos que de la India, cuyo título no recordaba. ¿La fecha? Tampoco la recordaba. Cuando tuvo lugar el proceso contra el POUM, se llamó a declarar a Falcón, pero el periodista no compareció.

Tampoco podía ignorarlo el corresponsal de la *Pravda*

soviética en España, Koltzov, a quien Hemingway en su novela *Por quién doblan las campanas* hace hablar de este modo, sin duda porque le oyó en persona expresar algo parecido:

—«He enviado un mensaje que describe la infamia de esa organización de asesinos trotskystas y sus maquinaciones fascistas..., pero, dicho entre nosotros, el POUM no es cosa seria. Nin era su único hombre. Lo tuvimos en nuestras manos, pero huyó.

—¿Dónde está ahora?

—En París. Dicen que en París. Era un tipo simpático, pero con graves aberraciones políticas.

—Pero estaba en comunicación con los fascistas, ¿no es cierto?

—¿Quién no lo está?

—Nosotros no lo estamos.

—¿Quién sabe? Esperemos que no...»

Como se ve, Koltzov, implícitamente, le decía a Hemingway (si éste reprodujo fielmente el espíritu de sus charlas con él) que no creía en nada de lo que confesaban los acusados de los procesos de Moscú, puesto que él y Hemingway también podían estar en contacto con los fascistas... o acaso ya sospechaba que habían comenzado las negociaciones entre Moscú y Berlín, en cuyo caso no se equivocaba.

Hay que aguardar a que termine la segunda guerra mundial y a que ocurran muchas cosas que abren los ojos a algunos comunistas, para que uno de éstos —además de Hernández— se atreva a hablar del caso Nin, y eso cuando ya no está en el Partido. Me refiero a Fernando Claudín, que durante la guerra civil estuvo al lado de Carrillo en la dirección de las Juventudes Socialistas Unificadas (comunistas en realidad). En su libro *La crisis del movimiento comunista*⁹, Claudín dice algo que

⁹ París, 1970, p. 616.

muchos comunistas piensan pero callan, incluso cuando los jóvenes reclutas del Partido les piden aclaraciones y les hacen preguntas sobre Nin. He aquí su comentario:

«La represión contra el POUM y en particular el odioso asesinato de Andrés Nin es la página más negra de la historia del Partido Comunista de España, que se hizo cómplice del crimen cometido por los servicios secretos de Stalin. Los comunistas españoles estábamos, sin duda, alienados —como todos los comunistas del mundo en esa época y durante muchos años después—, por las mentiras monstruosas fabricadas en Moscú. Han pasado catorce años desde el XX Congreso [del Partido Comunista soviético] y el Partido Comunista de España no ha hecho aún su autocrítica ni ha prestado su colaboración al esclarecimiento de los hechos. Suponiendo —cosa bastante probable, a nuestro conocimiento—, que los actuales dirigentes del Partido Comunista de España no puedan aportar gran cosa a lo que ya es sabido, sí podrían exigir del Partido Comunista de la Unión Soviética que revelara los datos que sólo él posee. El caso de Nin pertenece a la historia de España, no sólo a la de la URSS.»

Algo debía saber o sospechar aquel Ilya Ehrenburg que, con su prosa brillante, lo mismo servía para un fregado que para un barrido o para un ensuciado. Cuando Gide y otros intelectuales telegrafiaron a Negrín pidiendo garantías para los detenidos del POUM y que se averiguara lo sucedido con Nin, Ehrenburg publicó en la *Izvestia* (Moscú, 3 de noviembre de 1937) un artículo en el cual se leía:

«Debo expresar el sentimiento de vergüenza que ahora sentí por un hombre. El mismo día en que los fascistas fusilaban a las mujeres de Asturias, apareció en los periódicos franceses una protesta contra la injusticia. La protesta

aparecía firmada por estos escritores: André Gide, Duhamel, Robert Martin du Gard, Mauriac y el profesor Paul Rivet. Pero esta gente no protestaba contra los verdugos de Asturias, ni contra el Gobierno de su país que se niega a poner a disposición de los asturianos condenados a perecer aunque sea un solo velero, un solo barco, un solo bote. No; esos escritores con el corazón sensible protestaban contra el Gobierno de la República española que osa detener a los fascistas y provocadores del POUM. Prescindo de Mauriac. Es un católico, hombre de derecha. Valientemente se había pronunciado en la prensa derechista contra las atrocidades fascistas en el país vasco. Pero, ante mis ojos, aparece André Gide, con el puño levantado, sonriendo a miles de obreros ingenuos. Oigo su voz (me lo dijo hace un año): 'Pienso sin cesar en los obreros españoles y no puedo dormir.' Es asqueroso y es triste. A pesar de todo, han permanecido siendo la carne de la carne de su clase, tanto los Duhamel librepensadores y los Gide 'ultracomunistas'. Y la clase dominante los persigue y los cubre de suciedades. Así, superando a veces su cobardía, levantan su puñito para, inmediatamente después, con su hipocresía de humanistas, arrastrarse de nuevo a los pies de los verdugos. Ayer, en el periódico *Diario de Navarra*, portavoz de los verdugos de Asturias, se reproducía, en lugar destacado, la 'protesta' del nuevo aliado de los moros y de los camisas negras, del viejo ruin, del renegado de sucia conciencia, del llorón de Moscú, de André Gide.»

Esta cita da idea del interés que debía haber en Moscú por la eliminación del POUM. Ehrenburg, que era un buen olfateador, no hubiese lanzado un ataque tan evidentemente bajo, si no hubiese percibido que en Moscú se deseaba acabar con el POUM a toda costa. La razón era evidente para Ehrenburg —y para cualquiera que conociese el movimiento comunista. Ya se dijo: de-

mostrar que lo que se suponía que revelaban los procesos contra los viejos bolcheviques era un fenómeno mundial. Por esto, cualquiera que hubiese sido la política del POUM, se le habría perseguido igualmente. Si el POUM se hubiera declarado en favor del Frente Popular, de la República y contra la Revolución, se hubiera dicho que se disfrazaba para llevar mejor a cabo su labor de sabotaje y se le hubiera calificado igualmente de trotskysta.

Sobre este adjetivo, Orwell escribió algo que hubiera debido hacer reflexionar a cuantos, sin informarse o negándose a que les informara se hicieron eco si no de las acusaciones, sí de las etiquetas propaladas por los comunistas. En su *Homenaje a Cataluña*, señaló que:

«Decían de nosotros que éramos trotskystas, fascistas, traidores, asesinos, cobardes, espías, etcétera. Admito que no resultaba agradable, en especial cuando uno pensaba en algunas de las personas responsables de esa campaña. No era muy bonito ver a un muchacho español de quince años transportado en una camilla, con el rostro pálido y asombrado sobre las frazadas, y pensar en los astutos señores que en Londres y París escriben folletos para demostrar que ese muchacho es un fascista disfrazado. Uno de los rasgos más asquerosos de la guerra es que toda la propaganda bélica, todos los gritos y mentiras y el odio, provienen siempre de quienes no luchan. Los milicianos del PSUC a quienes conocí en el frente, los comunistas de la Brigada internacional con quienes me encontraba de tiempo en tiempo, nunca me llamaron trotskysta ni traidor; dejaban ese tipo de cosas para los periódicos de la retaguardia. Los individuos que escribían folletos contra nosotros y nos insultaban en los periódicos permanecían seguros en sus casas, o, en el peor de los casos, en las oficinas periodísticas de Valéncia, a cientos de kilómetros de las balas y el barro.»

* * *

Nada de esto —ni protestas, ni razonamientos, ni propaganda, ni gestiones internacionales, ni jueces— lograba aclarar dónde estaba Nin. En el Gobierno, había quienes persistían en creer que estaba vivo y que finalmente estaría a salvo. Olga, la compañera de Nin, angustiada y desesperada, hizo gestiones ante el ministro de Justicia, Irujo, que resumió en un documento que firmó en Valencia el 9 de agosto de 1937 y entregó al POUM, para que éste lo hiciera circular por el extranjero. Merece la pena reproducirlo, porque muestra hasta qué punto los mejor intencionados republicanos se dejaron cegar por la situación. He aquí el texto del memorándum de Olga Nin ¹⁰:

«Primera entrevista, el 22 de junio de 1937

— Que los ministros no sabían nada de lo sucedido. Que ignoraban por completo la orden de detención contra Nin y demás camaradas, así como la clausura de los locales del POUM.

— Que hace gestiones para ‘encontrar’ a los detenidos y que en tal sentido trabaja la policía.

— El no cree que se hayan encontrado documentos comprometedores, ni que la gente del POUM sea fascista y agentes de Hitler y de Mussolini. Que está muy disgustado por lo que ocurre y promete hacer todo lo que pueda para hallar a los desaparecidos y ponerlos en manos de la policía española.

¹⁰ Fue publicado, así como la denuncia que le sigue, en un folleto editado clandestinamente por el POUM en 1938, titulado *La represión y el proceso contra el POUM*. El folleto apenas pudo circular, porque lo impidió la caída de Barcelona. Se volvió a publicar, con el título de *El proceso contra el POUM*, en 1974, en París. Con una introducción de Andrés Suárez.

Segunda y tercera entrevistas

— Irujo declara que está completamente seguro de que Nin vive. El y el ministro de la Gobernación tratan de 'rescatarlo'. No puede decir de manos de quién ni con quién trata para tal rescate. El ministro de la Gobernación ha ido a Madrid para rescatar a Nin pero ha vuelto sin él. Todo esto es muy desagradable, pero él no puede hacer nada para remediarlo. Con todo manifiesta su confianza en que pronto podrán tener a Nin en manos de la policía española.

Otras entrevistas

— El señor Irujo continúa afirmando que Nin vive. A la pregunta: '¿Quién puede saber lo que ha sucedido a Nin?', responde: 'Los confidentes', y alude a los ministros stalinistas.

— El ministro de Justicia sabe por confidencias de su gente, correligionarios del Partido Nacionalista vasco, que Nin está en Madrid y vivo, pero que es muy difícil encontrarlo. El piensa que ahora los comunistas están arrepentidos y quisieran entregar a Nin, pero no saben cómo hacerlo. La policía busca por todo Madrid, pero aún no tiene una pista segura. A la pregunta de si su gente ha visto a Nin, responde que no, pero que le han dicho que vive personas que lo han visto.

— El proceso contra los dirigentes del POUM lo será por los hechos de mayo y no por espionaje. Todo esto del espionaje es falso; ese fascista llamado Golfín, que querían complicarlo con ellos, ha declarado que no conoce a Nin ni a nadie del POUM, y los documentos que el ministro ha visto son de Falange. Lo que en uno de ellos se ha puesto sobre el POUM y una N... se ha comprobado que es todo falso: dice que

alguien sacó esos documentos de los archivos de la policía y añadió todo eso que se refiere al POUM. El proceso no será a puerta cerrada y él dará todas las facilidades para que puedan defenderse.

— En entrevistas posteriores se ha limitado a afirmar que Nin vive, que todos los días le dan nuevas pistas, pero que aún no sabe nada concreto.

Firmado: *Olga Tareeva*.

Once días más tarde, Olga está en Barcelona y un abogado amigo le escribe una denuncia al juzgado de guardia por la desaparición de Nin. En ella se indican claramente los pasos que la justicia debería dar si deseara descubrir el paradero de Nin. Esta denuncia sintetiza lo que se conocía —bien poco— al cabo de sesenta y cuatro días del secuestro de Nin. Porque ahora ya no hay duda que su detención puede llamarse secuestro. Esta denuncia debió quitar el sueño al juez de guardia y éste se apresuró a pasarla al presidente de la audiencia, que, a su vez, la pasó al ministro de Justicia, quien nombró, como ya vimos, un juez especial, a cuya actuación puso término Negrín. La denuncia decía así:

«Al Juzgado:

Olga Tareeva Pavlova, mayor de edad, con domicilio en esta capital, calle Rosellón, número 158, piso 4.º, ante el Juzgado comparece y expone:

Que en calidad de compañera de Andrés Nin ha de denunciar al Juzgado algunos hechos de los que ha sido víctima su esposo y que presentan la figura de delitos de los más gravemente sancionados por el Código Penal.

Andrés Nin fue detenido el 16 del pasado mes de junio, cuando se hallaba en su despacho del Comité Ejecutivo del Partido Obrero de Unificación Marxista, instalado en la Rambla de los Estudios. Fue trasladado seguidamente a la Co-

misaría General de Orden Público, de donde, al cabo de unas horas, fue sacado en automóvil, con destino y dirección desconocidos.

Quienes efectuaron la detención acreditaron su condición de agentes del Comité de Investigación y Vigilancia, y exhibieron, además, una orden de detención firmada por el jefe de Policía de Barcelona, señor Burillo.

La noticia de la detención de Andrés Nin la publicó toda la prensa, la cual publicó también la información de que dicha detención había sido efectuada por agentes de la Dirección General de Seguridad, que se trasladaron a Barcelona desde Madrid con el objeto de detener a Nin y a los demás dirigentes del POUM, a los que se acusaba de espionaje.

Desde el momento mismo de la detención de Andrés Nin, se realizaron gestiones para saber su paradero y aclarar el sentido y alcance de su detención. A pesar de ello no ha sido posible localizar el paradero de Andrés Nin. Cuantas gestiones han sido efectuadas cerca de los ministros del Gobierno de la República, han sido totalmente infructuosas. Los ministros del Gobierno de la República no pudieron dar ningún dato sobre el paradero de Andrés Nin, 'porque ellos mismos lo ignoran'.

Nin, detenido en Barcelona en méritos de una orden firmada por el jefe de Policía, señor Burillo, detenido por unos agentes de la Dirección General de Seguridad, 'había desaparecido, en calidad de detenido, del control del Gobierno'.

Posteriormente, una nota hecha pública por el Ministerio de Justicia el día 4 de los corrientes, daba cuenta de que Andrés Nin había estado detenido en Madrid, en un preventorio habilitado al efecto por el comisario de Policía de aquella capital. 'Del cual —sigue diciendo la referida nota— desapareció, habiendo resultado hasta la fecha infructuosas cuantas gestiones se

han llevado a cabo para rescatar al detenido y a su guardia.⁴

O sea que Andrés Nin y los que tenían confiada su vigilancia han sido secuestrados y se hacen gestiones para rescatarlos. Rescatarlos, ¿de quién?

Resumiendo: Andrés Nin es detenido por la Dirección General de Seguridad, a través del jefe de Policía de Barcelona, señor Burillo. Nin es trasladado a Madrid, sin que el Gobierno conozca su paradero. Y al cabo de unas semanas, el Ministerio de Justicia nos informa que se hacen gestiones para rescatar a Andrés Nin.

En esta denuncia queremos hacer abstracción del aspecto político de la cuestión, que en su día juzgará y sancionará el proletariado. Este aspecto político nos llevaría sin duda a poner de relieve la monstruosidad de que un Partido, amparándose en los instrumentos de poder que están en sus manos, detenga y haga desaparecer a un dirigente obrero, tal como se hizo con Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo y Giácomo Matteotti.

No es para exponer este aspecto del caso que comparecemos hoy ante el juzgado, sino porque entendemos que los hechos anteriormente reseñados presentan claramente la figura de delitos, perseguibles de oficio, y previstos y penados en el Código Penal.

La orden de detención de Andrés Nin estaba firmada por el señor Burillo, jefe de Policía de Barcelona. ¿Dicha detención fue conocida y ordenada por sus superiores jerárquicos, el director general de Seguridad y el ministro de la Gobernación?

Andrés Nin fue trasladado a Madrid. ¿Dicho traslado fue ordenado por el director general de Seguridad, señor Ortega, y fue conocido por el ministro de la Gobernación?

Andrés Nin fue secuestrado del preventivo donde se hallaba detenido en Madrid. ¿En qué circunstancias se realizó este secuestro? Podrán

informar sin duda sobre el caso los agentes de la autoridad encargados de su custodia, y especialmente los agentes de la Brigada Especial de Madrid Fernando Valentí Rossell, Ramallo e Iglesias, los cuales estuvieron en relación estrecha con Andrés Nin.

Puede asimismo contribuir al esclarecimiento de los hechos, a que puedan ser aplicadas las oportunas sanciones penales, la declaración del director del diario de Valencia *Frente Rojo*, afecto al Partido Comunista de España, por cuanto en el artículo editorial del día 10 de los corrientes ha afirmado que 'conoce y sabe el paradero de Andrés Nin'.

Por último, creemos que también puede facilitar datos sobre lo acaecido a Andrés Nin, el comisario de Orden Público de Madrid, David Vázquez, al cual se le negó a pesar de la naturaleza de su cargo, que Andrés Nin, detenido gubernativo, quedase bajo su control y responsabilidad.

Por todo lo anteriormente expuesto, y estimando que de los hechos que quedan reseñados aparecen indicios más que suficientes para suponer la comisión de distintos delitos perseguibles de oficio, es por lo que los pongo en conocimiento del juzgado, a fin de que se disponga la instrucción del correspondiente sumario.

Barcelona, 20 de agosto de 1937.»

Firmado: *Olga Tareeva Pavlova.*»

* * *

Corrían rumores de todas clases. Los que tenían verse cómplices de un crimen, persistían en creer que Nin estaba vivo. Olga lo creía por razones emocionales (y siguió creyéndolo hasta que después de la desestalinización, en 1956, hubo de convencerse de que Nin no había sido

conducido a la URSS). Algunos creyeron esto último (por ejemplo, el magistrado Barba del Brío que, todavía en 1943, declaraba en la Causa General abierta por el régimen franquista, que creía que Nin «no fue ejecutado en España»). Pero la versión que con mayor insistencia se propalaba era la que le sirvieron a Negrín y que éste dio por buena: implicaba la creencia de que Nin era efectivamente un agente franquista. Como la desaparición de Nin no podía negarse, los comunistas se esforzaban en hacer creer que se había pasado al enemigo. De este modo, no sólo lo eliminaban, sino que, además, lo desprestigiaban. Por esto, los equipos volantes de militantes del PSUC y del Partido no borraban las inscripciones puestas por los poumistas: («Gobierno Negrín, ¿dónde está Nin?»), sino que les agregaban debajo una frase que rimaba con la anterior: «En Salamanca o en Berlín.»

El Times de Londres dijo el 8 de agosto que el cadáver de Nin había sido encontrado en los alrededores de Madrid. *L'Oeuvre* de París del 7 de agosto reveló que Nin había sido víctima de un «accidente mortal, junto con sus acompañantes, durante su traslado. Todo el grupo fue segado por la misma ametralladora que se cargó en el auto durante su salida de la cárcel de Madrid donde Nin estaba detenido».

Irujo, por otro lado, cuando comprendió que no llegaría a saberse nunca la verdad, declaró a la segunda delegación internacional de encuesta —según el informe de ésta—: «Nin no ha estado nunca en una cárcel del Gobierno... Jamás puso los pies en una prisión del Estado. 'Nin habrá sido secuestrado —dijo el ministro— por elementos fascistas, hipótesis que no le parecía muy verosímil, o por elementos de las Brigadas Internacionales, hipótesis que creía más cierta.'»

Un alto funcionario, Prat García, subsecretario de la Presidencia, manifestó a esta misma delegación: «No puede decirse si Nin vive o si está muerto. Si vive, se le puede hallar sea en una embajada, sea en un lugar que

no goce de protección diplomática. En el primer caso, sería extremadamente difícil poder descubrirlo.» O sea, que suponía que pudo habersele trasladado, por sus secuestradores, a la embajada soviética, a pocas esquinas de la sede de la Presidencia del Gobierno.

Todavía a esta misma delegación, Zugazagoitia, ministro de la Gobernación, le dijo que: «Es preciso llevar las gestiones con una extrema lentitud, puesto que, si se precipitan las cosas se corre el riesgo de no encontrar más que un cadáver.» Esto no podía afirmarse sino en el caso de que, cuando menos, se sospechara quiénes tenían a Nin en su poder.

De momento, en esos meses del verano de 1937, lo más que los compañeros de Nin logran saber (y no se supo más hasta bastantes años después), fue lo que resumieron en el folleto citado sobre la persecución contra el PGUM:

«Las averiguaciones realizadas por camaradas de nuestro Partido y por destacados militantes de la CNT han permitido precisar aún más [de lo que decía la prensa extranjera] lo ocurrido. En efecto, el camarada Nin fue trasladado a un preventorio —en realidad se trataba de una ‘villa’ habilitada a tal efecto en Alcalá de Hénarres. Parece ser que allí se presentaron varios oficiales del ejército republicano, algunos de ellos de las Brigadas Internacionales, llevando una orden firmada por el comisario de policía señor Vázquez [de Madrid], en la cual se ordenaba la entrega de Nin a los portadores de dicha orden. El jefe del preventorio, que casualmente conocía la escritura de Vázquez, observó que la firma era falsa, por lo que se negó a la entrega del detenido.

Los oficiales, con la complicidad de la guardia y quizá de algún alto jefe militar, se llevaron a la fuerza no sólo a Nin, sino también al jefe de la prisión y a un par de funcionarios. Como bien se ve, no querían dejar detrás de sí

más que a gente comprometida y dispuesta al silencio. ¿A dónde fueron trasladados los detenidos? Esto se ignora. Lo que sí se sabe es la complicidad directa del general ruso Orlov.»

El nombre de Orlov no fue el único que se conoció. Poco a poco fueron sabiéndose otros nombres de complicados. No era fácil, pero tampoco imposible, debido a que desde los comienzos de la guerra civil hubo elementos de todas las organizaciones políticas y sindicales en todos los organismos del Estado. Por ejemplo, en las prisiones, había funcionarios que pertenecían a la CNT o a la izquierda socialista. Cuando podían, se comunicaban con los poumistas detenidos y más de una vez les prestaron pequeños y —en ocasiones— grandes servicios. Gracias a ellos, los detenidos pudieron mantener contacto con el exterior, y hasta enviar escritos, informes y artículos a los compañeros que preparaban la prensa clandestina del POUM.

Cuando el ministro de Justicia quiso averiguar lo sucedido, no confió en los trámites administrativos usuales, porque sabía que en el curso de los mismos los papeles llegarían a la mesa de alguien, que los extraviaría, destruiría o dejaría dormir en el fondo de un cajón. Recurrió para informarse a contactos personales con elementos de su Partido —el Nacionalista Vasco— que estaban en la policía o en el cuerpo de prisiones, o bien, si no había ninguno allí donde lo necesitaba, a elementos de la CNT situados en tales puestos.

Poco a poco, gracias a este medio basado en la amistad política, los poumistas que se salvaron de la quema pudieron irse enterando de los nombres de los policías que habían participado en lo que le ocurrió a Nin —aunque no pudieron averiguar exactamente lo sucedido. He aquí los nombres que se conocieron. Acaso no son todos nombres de culpables directos. Es seguro, sin embargo, que todos los citados fueron culpables. Pues Gorkin pu-

blicó esos nombres en un libro¹¹ editado en México, y, a pesar de que la ley de imprenta de este país daba a quienes se sintieran difamados facilidades para defenderse y hacer procesar al autor, ninguno de los nombrados dijo ni pío, ninguno acusó a Gorkín de difamarlo.

Esos auxiliares indígenas de la NKVD soviética —pues ésta fue la que les dió órdenes, instrucciones y posiblemente adiestramiento—, participaron todos ellos en actos de violencia física contra Nin, es decir, en torturas. Fueron los siguientes:

Vicente Judez, yerno del general Riquelme; José (?) Armisen, delegado en el Centro del Tribunal Especial de Espionaje y Alta Traición, que a pesar de su investidura judicial, se condujo como un torturador; Santiago Garcés, que era el jefe de este grupo de «expertos»; Elías Díaz Franco, que era el segundo de Garcés; Tomás Rebosam; Leopoldo Mejorada; Juan Vidarte.

Los componentes de este equipo de secuestradores, interrogadores y torturadores fueron seleccionados por un jefe de policía —comunista—: Francisco Ordóñez.

Vidarte, una vez terminada su tarea, se asustó, al ver la polvareda que la actuación del grupo había levantado. Sus compañeros, al darse cuenta de que estaba desmoralizado, decidieron eliminarlo (o alguno de sus jefes dió la orden de hacerlo), y fue asesinado para evitar que pudiera sentir la tentación de revelar la verdad.

Garcés debió demostrar a los ojos de sus «superiores» —españoles y rusos—, que poseía cualidades especiales, puesto que, terminada su misión en Alcalá de Henares y transcurrido algún tiempo, lo premiaron dándole la jefatura del SIM, el Servicio de Información Militar creado por Prieto y que, aún bajo éste, acabó siendo completamente controlado por los comunistas y utilizado por éstos no sólo en actividades contra la quinta columna

¹¹ Julián Gorkin: *Caníbales políticos*. México, 1941, p. 248.

sino también en la persecución de quienes no se sometían por completo al Gobierno Negrín.

Terminada la guerra civil, Garcés fue de los primeros que lograron salir de Francia; se instaló en México. Su segundo, Díaz, se marchó, con igual prontitud, a Chile.

Ninguno de ellos, que se sepa, ha roto jamás su riguroso silencio sobre Nin.

Los únicos que podrían decirnos la verdad son los comunistas. Los dirigentes del Partido saben algo, aunque no todo. Los ejecutantes —y ejecutores— de la NKVD saben la mayor parte. Alguien, en Moscú, debe saberlo todo. Pero ¿quién es ese alguien? ¿Está todavía vivo? ¿Ha escrito algo sobre el caso, que algún día nos revele la verdad?

* * *

De momento, quién más ha dicho ha sido Jesús Hernández, viejo militante comunista, miembro del Comité Central en una época, del Comité Ejecutivo en otra, ministro de Instrucción Pública con Largo Caballero y Negrín, comisario general del Ejército —todavía con Negrín—, rival de «La Pasionaria» en Moscú por la dirección del Partido, emigrado finalmente a México y, una vez allí, autor de un libro, *Yo fui ministro de Stalin*, que marca su ruptura con el Partido y su adhesión al titismo.

En este libro, Hernández explica cuanto supo directamente, cuanto le contaron y cuanto adivinó o dedujo sobre el caso Nin. Lo relata en tono dramático —que en ciertos momentos perjudica la verosimilitud. Tal vez algunos detalles sean exagerados, imaginados o deformados. Claro que le movían, entre otras razones, el resentimiento por no haber podido desplazar a «La Pasionaria» de la dirección del Partido y la amargura de la derrota; pero sabía que si sus revelaciones no se ajustaban a la verdad, tal como la conocían los dirigentes comunistas,

desde 1952 para acá, sus adversarios podrían fácilmente desmentirle y dejarle en ridículo; ahora bien, no ha habido ni una sola tentativa por parte del equipo dirigente comunista de desmentir a Hernández ni de probar que los hechos que narra fueran falsos. Por algo será... En el estado actual de las investigaciones sobre el asunto, lo que explica Hernández es lo que se acerca más a la verdad. En líneas generales, puede afirmarse que la versión de Hernández es la única posible. Por esto hay que citarle extensamente.

Después de la discusión del caso Nin en el Consejo de Ministros, cuyo relato se reprodujo antes, los dirigentes comunistas indígenas tratan de averiguar algo, aunque sólo sea para poder tener respuestas listas:

«Tardamos dos o tres días más en saber algo concreto sobre Andrés Nin. Nuestra organización de Madrid nos comunicó que Nin se encontraba en Alcalá de Henares, en una prisión particular que utilizaban Orlov y su banda. Planteada la cuestión a la delegación soviética se nos dijo por ésta que, efectivamente, *acababan* —¡qué casualidad!— de tener noticias de que Nin había pasado por Valencia, sin detenerse, en dirección a Madrid; que Orlov pensaba llevarlo directamente a la Prisión Celular de Madrid, pero que tuvo temores de una evasión del reo y que optó por meterle en los calabozos de su Cuartel General en Alcalá hasta la llegada del grueso de los detenidos, quienes deberían ser trasladados de la cárcel de Valencia a la de Madrid.

Como habíamos previsto Díaz y yo, el escándalo político en torno a las detenciones de los dirigentes del POUM se transformó en una enconada lucha política contra nuestro Partido y contra el mismo Negrín. Socialistas, caballeristas, anarquistas, sindicalistas y aunque más tenuemente, también los republicanos, coincidieron en denunciar ante la opinión pública nacio-

nal y extranjera el atentado al derecho de gentes y a las leyes democráticas del país, los arrestos ilegales de Nin, Andrade, Gorkín, Arquer, Bonet y demás dirigentes del POUM. Todos ellos exigían la libertad inmediata de los detenidos, y como una consigna formulaban la pregunta: '¿Dónde está Nin?'

Nuestra prensa desencadenó una furiosa ofensiva que abarcaba al POUM y a todos sus abogados políticos. Sin embargo, era necesario comenzar a dar 'pruebas' de la delincuencia de los detenidos para imponer el silencio. Ahora era el Buró Político el que reclamaba los documentos demostrativos de la culpabilidad de los poumistas, para hacerlos públicos y capear el temporal que se había desencadenado contra nuestro Partido.

Uno de aquellos días, al visitar a Negrín, pude ver en la mesa del presidente un montón de telegramas llegados de todas las partes del mundo preguntando al Gobierno dónde se encontraba Nin y protestando contra las detenciones de los dirigentes del POUM. Negrín nos pedía una solución que pusiera fin a aquel descrédito de su Gobierno dentro y fuera de las fronteras nacionales.

—No hay más remedio que tomar en las manos del Gobierno la responsabilidad del proceso contra el POUM. Al darle estado oficial, cesarán los ataques contra el trabajo de la GPU como autora de este '*affaire*' a espaldas de las autoridades españolas, que es el punto fuerte de todas las protestas —aconsejé a Negrín.

—¿Por qué debo comprometer a todo el Gobierno en este enojoso asunto? —protestó Negrín.

—Porque a veces, contra la voluntad de uno mismo, es obligado sudar calenturas ajenas.

No sé de qué argumentos se valdría Negrín para convencer al señor Irujo, ministro de Justicia, católico vasco, muy poco afecto a los comunistas y francamente opuesto a hacer el jue-

go a la GPU. Pero al día siguiente de esta conversación, en la prensa se insertaba un comunicado oficial del Ministerio de Justicia, anunciando el procesamiento de los dirigentes del POUM, juntamente con el de algunos falangistas encabezados por el ingeniero Golfín, autor del plano milimetrado destinado a Franco, plano en el que se señalaban determinados emplazamientos militares de la capital, constitutivo de un delito de espionaje y alta traición.

Mientras las rotativas de los diarios imprimían el comunicado oficial del Ministerio de Justicia, la mano alevosa de Orlov consumaba uno de los crímenes más sucios de que se tenía memoria en los anales de la criminalidad política de nuestra historia: Nin era asesinado por los esbirros de la GPU de Stalin.

Del crimen de Andrés Nin no fueron responsables solamente los autores materiales del hecho; lo fuimos todos cuantos por sumisión o por temor a Moscú, pudiéndolo haber impedido, con nuestra conducta lo facilitamos. Después, la conciencia de nuestra complicidad silenció las lenguas o, como en nuestro caso, añadió la infamia al crimen. Las paredes de España se llenaron de preguntas que el pincel clandestino pintaba arriesgando la vida del autor: '¿Dónde está Nin?' Y buscando el ripio de la consonante, nuestras tropillas de *Agit-Prop* escribían debajo la injuria sangrienta: '¡En Salamanca o en Berlín!'

¿Sabía el presidente, sabía el ministro de la Gobernación, sabía el ministro de Justicia dónde estaba encerrado Andrés Nin? Si nos atenemos al testimonio de uno de los procesados, de Julián Gorkín, en su libro *Caníbales Políticos*, en la página 159 encontramos esta conversación con Garmendia, inspector general de Prisiones de Madrid, perteneciente al Partido Católico [vasco] y amigo personal del ministro de Justicia, don Manuel Irujo, a quien el Gobierno había

encargado el traslado de los detenidos del POUM de Madrid a Valencia. Dice así:

‘Me lleva (Garmendia) aparte y mantenemos una interesante conversación.

—Nada teman —dice—. Llegarán ustedes vivos a Valencia. Se lo he prometido al Gobierno. Les acompañará un capitán de Asalto de toda mi confianza al mando de cincuenta números. No van para vigilarles, sino para protegerles.

Se muestra muy interesado por conocer nuestras posiciones políticas. Después me dice en tono sincero:

—Conozco a fondo el asunto de ustedes. No creo que les pase nada. El ministro de Justicia está dispuesto a dimitir antes que permitir que se cometa con ustedes un crimen político.

Le pregunto por Andrés Nin. Me confía:

—El Gobierno me tiene ordenado que descubra su paradero. Tomaría ahora mismo mi auto y pararía a la puerta del edificio donde se encuentra. Pero para rescatarle necesitaría unas fuerzas militares que el Gobierno se niega a poner a mi disposición.

—¿Por qué?

—Teme, quizá, las consecuencias. Habría que librar una verdadera batalla con otras fuerzas militares. Usted quizá no sospecha todo lo que hay detrás del asunto del POUM.’

Si este relato es verídico, el Gobierno pudo y no quiso, o no se atrevió, a rescatar a Nin. Me inclino a creer que no se atrevió. Era mucho el peso de la ‘ayuda’ soviética en la voluntad de los ministros, y era mucha la osadía y el descaro con que procedían los agentes de la policía de Stalin en España.

En el mismo libro, página 170, Gorkín relata un hecho revelador del poderío de la GPU en España:

‘Nuestros compañeros de la calle han solicitado por seis veces del ministro de la Gobernación, la libertad de dos militantes contra los

que no aparece cargo alguno. Seis veces les ha sido prometida por Julián Zugazagoitia. Otras seis, nos consta, ha sido ordenada por él. La última exclamó, en presencia de los solicitantes: “¡A ver si la sexta vez me hace caso el portero!” Esta exclamación del ministro —comenta el autor— refleja todo el drama de la España actual. ¿Qué pinta un ministro al que no le hace caso el portero? ¿A quién obedece éste? ¿Por qué no lo destituye el ministro? Y si no es capaz de destituirle, ¿por qué no dimitte él?

Era evidente que en aquellos momentos los ministros no se atrevían a dimitir por tales motivos. Ello hubiera implicado la inmediata represalia soviética contra la persona del osado o en los suministros de armas. Los ‘porteros’ a que aludió el ministro eran miembros del Partido Comunista.»

Una vez estuvo claro que el Gobierno Negrín no se atrevía a rescatar a Nin, podían ocurrir dos cosas: que los secuestradores lo asesinaran o que le hicieran confesar un montón de imaginarios crímenes, a la manera de Moscú, para luego presentarlo como «agente de Franco» y justificar su detención y la de sus compañeros y la persecución contra el POUM.

Hasta que la *troika* no supo que Nin había muerto, los dirigentes comunistas no recibieron orden de divulgar el cuento de la «liberación de Nin por agentes de la Gestapo». Únicamente sabiéndolo muerto se podía propalar esta versión, pues, de estar vivo, hubiera podido reaparecer, en algún momento, y echar por tierra la supuesta «liberación».

* * *

¿Cómo ocurrió, pues, la muerte de Nin? Nadie lo sabe. Nadie sabe la fecha en que sucedió. Pero Hernández da una versión que encaja en todo lo que se sabe y

que, además, se ajusta a la mentalidad de los agentes de la NKVD y de los procesos de Moscú que les servían de modelo.

«Andrés Nin, el antiguo amigo de Lenin, de Kamenev, Zinoviev y Trotsky, fue asesinado en España por la misma mano que en Rusia había exterminado físicamente a toda la vieja guardia bolchevique. El crimen fue así:

Orlov y su banda secuestraron a Nin con el propósito de arrancarle una confesión 'voluntaria' en la que debería reconocer su función de espía al servicio de Franco. Expertos los verdugos en la ciencia de 'quebrar' a los prisioneros políticos, en obtener 'espontáneas' confesiones, creyeron encontrar en la enfermiza naturaleza de Andrés Nin el material adecuado para brindar a Stalin el éxito apetecido.

En días sin noche, sin comienzo ni fin, en jornadas de diez y veinte y cuarenta horas ininterrumpidas, tuvieron lugar los interrogatorios. Quien de ello me informó tenía sobrados motivos para estar enterado. Era uno de los ayudantes de más confianza de Orlov, el mismo que había luego de ponerme en antecedentes sobre el proyecto de asesinato de Indalecio Prieto. Con Nin empezó empleando Orlov el procedimiento 'seco'. Un acoso implacable de horas y horas con el 'confiese', 'declare', 'reconozca' 'le conviene', 'puede salvarse', 'es mejor para usted', alternando los 'consejos' con las amenazas y los insultos. Es un procedimiento *científico* que tiende a agotar las energías mentales, a desmoralizar al detenido. La fatiga física le va venciendo, la ausencia del sueño embotándole los sentidos y la tensión nerviosa destruyéndole. Así se le va minando la voluntad, rompiéndole la entereza. Al prisionero se le tiene horas enteras de pie, sin permitirle sentarse hasta que se desploma tronchado por el insupportable dolor de los riñones. Alcanzado este

punto, el cuerpo se hace espantosamente pesado y las vértebras cervicales se niegan a sostener la cabeza. Toda la espina dorsal duele como si la partieran a pedazos. Los pies se hinchan y un cansancio mortal se apodera del prisionero, que ya no tiene otro afán que el de lograr un momento de reposo, de cerrar los ojos un instante, de olvidarse de que existe él y de que existe el mundo. Cuando materialmente es imposible proseguir el 'interrogatorio', se suspende. El prisionero es arrastrado a su celda. Se le deja tranquilo unos minutos, los suficientes para que recobre un poco su equilibrio mental y comience a adquirir conciencia del espanto de la prolongación del 'interrogatorio' monótono, siempre igual en las preguntas e insensible a las respuestas que no sean de plena inculpación. Veinte o treinta minutos de descanso son suficientes. No se le conceden más. Y nuevamente se reanuda la sesión. Vuelven los 'consejos', vuelve el tiempo sin medida en que cada minuto es una eternidad de sufrimiento y de fatiga, de cansancio moral y físico. El prisionero acaba desplomándose con el cuerpo invertebrado. Ya no discute, ni se defiende, no reflexiona, sólo quiere que le dejen dormir, descansar, sentarse. Y se suceden los días y las noches en implacable detención del tiempo. Del prisionero se va apoderando el desaliento, produciendo un desmayo en la voluntad. Sabe que es imposible salir con vida de las garras de sus martirizadores y su anhelo se va concentrando en un irrefrenable deseo de que le dejen vivir en paz sus últimas horas o de que lo acaben cuanto antes. '¿Quieren que diga que sí? Quizá admitiendo la culpabilidad me maten de una vez.' Y esta idea comienza a devorar la entereza del hombre.

Andrés Nin resistía increíblemente. En él no se daban los síntomas de ese desplome moral y físico que llevó a algunos de los más destacados colaboradores de Lenin a la inaudita abdicación de la voluntad y firmeza revolucionarias.

a esa absurda consideración de que 'Stalin es un traidor; pero Stalin no es la Revolución, ni es el Partido y, puesto que mi muerte es inevitable, voy a hacer el último sacrificio a mi pueblo y a mis ideales, declarándome contrarrevolucionario y criminal, para que viva la Revolución'. ¡Con qué asombro el mundo entero escuchó a estos prohombres de la Revolución rusa infamarse hasta la abyección, sin que de sus labios saliera una palabra condenatoria para el estrangulador de esa misma Revolución que con su silencio querían salvar! Se ha hablado de drogas especiales cuyo secreto poseen los rusos. No creo en tal versión. De no admitir esa desquiciada idea de 'servir a la Revolución' *in articulo mortis*, creería, sí, en el juego de ciertas consideraciones humanas que llevan al hombre que se sabe definitivamente perdido, a tratar de salvar a sus hijos o a su esposa o a sus padres de la venganza del tirano, a cambio de su 'confesión'.

Nin no capitulaba. Resistía hasta el desmayo. Sus verdugos se impacientaban. Decidieron abandonar el método 'seco'. Ahora sería la sangre viva, la piel desgarrada, los músculos destrozados, los que pondrían a prueba la entereza y la capacidad de resistencia física del hombre. Nin soportó la crueldad de la tortura y el dolor del refinado tormento. Al cabo de unos días su figura humana se había convertido en un montón informe de carne tumefacta. Orlov, frenético, enloquecido por el temor al fracaso, que podía significar su propia liquidación, babeaba de rabia ante aquel hombre enfermizo que agonizaba sin 'confesar', sin comprometerse ni querer comprometer a sus compañeros de Partido, que con una sola palabra suya hubieran sido llevados al paredón de ejecución [...]

Se extinguía la vida de Nin. En la calle de la España republicana y en el mundo entero arreciaba la campaña exigiendo el conocimiento de su paradero y su liberación. No podía prolongarse

durante mucho tiempo esa situación. Entregarlo con vida significaba una doble bandera de escándalo. Todo el mundo hubiera podido comprobar los espantosos tormentos físicos a que se le había sometido y, lo que era más peligroso, Nin podía denunciar toda la infame trama montada por los esbirros de Stalin en España. Y los verdugos decidieron acabar con él.

Los profesionales del crimen, pensaron en la forma. ¿Rematarle y dejarle tirado en una cuneta? ¿Asesinarle y enterrarle? ¿Quemarle y aventar sus cenizas? Cualquiera de esos procedimientos acababa con Nin, pero la GPU no se libraría de la responsabilidad del crimen, pues era notorio y público que era ella la autora del secuestro. Había, pues, que buscar un procedimiento que, al mismo tiempo que liberaba a la GPU de la responsabilidad de la 'desaparición', inculpara a Nin, demostrando su relación con el enemigo.

La solución, al parecer, la ofreció la mente encanallada de uno de los más desalmados colaboradores de Orlov, el 'comandante Carlos' (Vittorio Vidali, como se llama en Italia o Arturo Sormenti y Carlos Contreras, como había hecho y se hacía llamar en México y en España). El plan de éste fue el siguiente: Simular un rapto por agentes de la Gestapo camuflados en las Brigadas Internacionales, un asalto a la casa de Alcalá, y una nueva 'desaparición' de Nin. Se diría que los nazis lo habían 'liberado', con lo cual se demostrarían los contactos que Nin tenía con el fascismo nacional e internacional. Mientras tanto a Nin se le haría desaparecer definitivamente y, para no dejar huella, se le tiraría al mar. La infame tramoya era burda, pero ofrecía una salida.

Un día, aparecieron amarrados los dos guardianes que vigilaban al prisionero en la casa de Alcalá de Henares (dos comunistas con carnet de socialistas); declararon éstos que un grupo como de diez militares de las Brigadas Inter-

nacionales, que hablaban alemán, habían asaltado la casa, les habían desarmado y amarrado, habían abierto la celda del prisionero y se lo habían llevado en un automóvil. Para dar más visos de realidad al siniestro folletín, en el suelo de la habitación de Nin se encontró tirada su cartera conteniendo una serie de documentos que demostraban sus relaciones con el servicio de espionaje alemán¹². Para que nada faltase, hasta se encontraron algunos billetes de marcos alemanes.

Tres preguntas son suficientes para poner al desnudo la infame mentira de la historia inventada por la banda de Orlov.

Si la escritura que aparecía en el dorso del plano milimetrado del ingeniero Golfín correspondía a la caligrafía de Nin, ¿por qué no entregarle a las autoridades juntamente con la prueba? ¿Para qué se precisaba otra?

Si se torturó bestialmente a Nin para arrancarle una confesión que le comprometiera ¿cómo se explicaba que pasara desapercibida para la GPU la existencia de una cartera llena de pruebas de espionaje, que después aparece tirada en el suelo del calabozo, y cómo a Nin no se le ocurrió destruir esas pruebas?

Si la casa-prisión de Alcalá de Henares estaba tan custodiada que Garmendía, inspector general de Prisiones en Madrid, declaraba que no rescataba a Nin de su encierro porque el Gobierno se negaba a facilitarle la fuerza necesaria, pues tendría que librar una batalla con los rusos, ¿cómo se explica que sólo ocho o diez hombres la asalten tranquilamente, sin disparar

¹² Estos documentos fueron entregados al Comisario de Orden Público de Madrid, David Vázquez, que los guardó en su despacho. Cuando quiso mandarlos al juez que instruya el sumario por la detención de Nin, descubrió que habían desaparecido. Debían ser falsificaciones tan apresuradas y torpes, que prefirieron robarlas y destruirlas, una vez hubieran servido de endeble base a la novela sobre la «liberación» de Nin por la Gestapo.

un tiro, que penetren impunemente hasta donde están los guardianes, los reduzcan y se lleven al preso?

Por la versión de quien mantenía contacto directo con Orlov pude más tarde reconstruir estos hechos.»

Así murió, pues, Andrés Nin. A los cuarenta y cinco años.

Torturado, porque no quería confesar.

Sin confesar, porque no había nada por confesar.

* * *

En la época en que se cometió el crimen, se solía pensar que los viejos bolcheviques, cuando confesaban innumerables e imaginarios delitos, lo hacían impulsados por un sentimiento de servicio al Partido, como un último sacrificio a la causa. Se creía que los policías que los interrogaban los convencían de que debían confesar para salvar, así, el prestigio de la Revolución a los ojos de las masas desilusionadas.

Stalin había cometido tantos errores y tantas brutalidades, que se achacarían a la Revolución y al Partido si no aparecía algún chivo expiatorio dispuesto a cargar con culpas ajenas. Ya que Stalin estaba en el poder y personificaba la Revolución, no podían atribuírsele sus propias faltas: era preciso que alguien las aceptara. Los viejos bolcheviques, se pensaba, se resignaron a este papel, a perder no sólo la vida, sino también el honor, para limpiar a la Revolución y el Partido.

Todavía en 1946, cuando Arthur Koestler publicó su novela *Oscuridad a mediodía* (o *El cero y el infinito*), prevalecía esta interpretación.

Habría debido dudarse de ella por el simple hecho de que los que no estaban al alcance de los policías de Stalin (Trotsky, por ejemplo), no mostraban este supuesto espíritu de sacrificio, que sólo aparecía en aquéllos sobre

cuyo cuerpo los agentes de la NKVD podían poner sus manos.

Pero en quienes confiaron en la Revolución rusa había una repugnancia muy arraigada a aceptar que ésta pudiera recurrir, multiplicándolos y perfeccionándolos, a los mismos métodos que habían caracterizado los regímenes reaccionarios de terror que ellos habían denunciado tantas veces. Era difícil creer que los viejos bolcheviques hubiesen cometido los crímenes que confesaban; por tanto, alguna explicación debía haber a estas confesiones; la explicación que menos dolía, que menos desgarraba, era la de que se trataba de confesiones hechas, por decirlo así, de acuerdo con Stalin, para salvar el prestigio de la Revolución a costa del honor de los revolucionarios.

Que la Revolución rusa fuera, de acuerdo con lo confesado en los procesos de Moscú, la obra de un grupo de provocadores y de «agentes imperialistas», parecía tener poca importancia. Lo que la tenía era salvar la imagen de la Revolución.

Esta podía resolverlo todo, crear una sociedad ideal. Si no lo hacía, no era por su culpa, sino por la culpa de unos cuantos traidores... que no lo eran, cierto, pero que se avenían a aparecer como tales para que las masas conservaran sus ilusiones revolucionarias.

Tampoco parecía tener importancia, a los ojos de quienes interpretaban así las cosas, el hecho de que esos «criminales» confesos e inocentes, mostraran, al confesar por estos motivos, un supremo desprecio hacia las masas, puesto que estaban dispuestos a dar su vida para lo que, en definitiva, era engañarlas. Perpetuando con su muerte las ilusiones de las masas, perpetuaban el sistema que había cometido los errores y los crímenes que hacían ahora necesario engañar a las masas para salvar el sistema...

Claro que esta interpretación tenía en cuenta algo que se había considerado, con razón, como peculiar de los

bolcheviques: el poner al Partido por encima de los ideales, la maquinaria por encima de los principios; el hacer del Partido no un medio, un instrumento para la Revolución, sino un fin en sí mismo, o sea, identificar el Partido con la Revolución.

Pero ahora, transcurridos casi cuarenta años desde los procesos de Moscú, estamos mucho mejor informados. Ya no hemos de recurrir a hipótesis ni a interpretaciones novelescas. Alguien que pudo salir de la URSS unos meses antes del primer proceso, que conocía a los bolcheviques de memoria y que no había sufrido la perversión de tomar al Partido por un fin en sí, apuntó una interpretación más cercana a la realidad. Fue Víctor Serge, en su novela *El asunto Tulaev*, publicada en 1950, pero escrita varios años antes, hacia 1941. Serge no habla de persuasión de las víctimas por los verdugos, sino de presiones físicas y psicológicas, de amenazas a la familia, de promesas de salvación si se confiesa.

En toda catástrofe histórica siempre hay quienes, por azar, sobreviven. Poco a poco, a medida que algunos supervivientes lograron salir de la URSS y hablaron, se pudo ir trazando el cuadro de las confesiones de los procesos de Moscú.

A los acusados no se les persuadió, no se les pidió un sacrificio. Simplemente, se les torturó. Se les dejó horas y días sin dormir. Se les amenazó con detener y ejecutar a sus familiares. Se les prometió salvarles la vida, con nombre falso, si confesaban. Se jugó con ellos, con su agotamiento físico, con su desmoralización, con su asombro (¿cómo era posible que todo aquello que les estaba sucediendo se hiciera en nombre de la Revolución?).

A la hora de confesar en público, en respuesta a las preguntas del antiguo menchevique Viacheslav Vishinsky, algunos deslizaron contradicciones menores, palabras confusas, con la esperanza de que sus compañeros más afortunados o los historiadores del futuro las interpretaran

como un desmentimiento de su confesión. Otros, pudiendo salvarse y huir —como Bujarin—, no lo hicieron, por una especie de fatalismo, o acaso por asco de sobrevivir en un sistema que permitía aquellas cosas, o porque se persuadieron que cuanto sucedía a otros no podría ocurrirles a ellos.

Fueron muchísimos, millares y millares, los que, en la época de los procesos de Moscú, convencidos de que los viejos bolcheviques no eran culpables de los crímenes que confesaban, aceptaban callar, no denunciar la superchería sangrienta; se decían que la única manera de explicar las confesiones era por la decisión de los compañeros de Lenin de sacrificarse por la Revolución. No les cabía en la cabeza que la policía de Stalin hubiera podido arrancar esas confesiones con torturas. No podían creer, además, que de haber habido torturas, los viejos revolucionarios, los héroes de tantas persecuciones, no hubiesen logrado resistirlas.

No se daban cuenta de que es menos difícil —con no ser nada fácil— resistir las torturas del enemigo que las del supuesto amigo, pues la resistencia cede antes cuando el que tortura es un compañero de ayer que cuando es un adversario de siempre.

En todo caso, quienes se resignaban a callar, porque creían que con su silencio ayudaban a la lucha antifascista, a mantener la unidad, a defender a la URSS y otras zarandajas tácticas similares, mostraban un enorme desprecio por la masa, por el hombre común y corriente. Dieron pruebas de un espíritu de élite, de aristocracia «revolucionaria», que posiblemente ni ellos mismos percibían, pero que no por ello dejaban de tener.

En efecto, lo que con su silencio hacían era decir, de hecho: Nosotros podemos saber la verdad o adivinarla y esto no es grave, porque somos capaces de comprender sus motivos, de tolerarla con la esperanza de que las cosas cambien y, por tanto, nuestro conocimiento de la verdad no perjudica a la Revolución. Pero las

masas, si conocieran la verdad, no serían capaces de comprenderla, no perdonarían a la Revolución lo que nosotros sabemos que son medidas de salvamento, pero que ellas verían como prueba de que la Revolución ha muerto. Por lo tanto, hay que fingir que creemos la versión oficial de Moscú, para evitar que las masas lleguen a conocer la verdad, porque esta verdad, nosotros podemos digerirla, pero las masas no podrían.

Se atribuían, así, una superioridad intelectual y moral. Intelectual, porque ellos podían saber la verdad y comprenderla (y no se daban cuenta de que esta comprensión, en realidad, era una muestra de tolerancia con el crimen que sólo podía venir de quienes, puestos en la situación de Stalin, se hubieran sentido inclinados a cometer los mismos crímenes que Stalin). Superioridad moral, porque su actitud equivalía a decir que ellos eran los jueces, que absolvían, y que, por tanto, la intransigencia, la indignación o la repulsión que imaginaban que las masas mostrarían si conocieran la verdad, serían actitudes erróneas. Lo moral, pues, era aceptar el crimen como un medio para llegar a un fin «alto», mientras que lo inmoral sería rechazar el crimen por entender que destruía o corrompía el fin a cuyo servicio se ponía,

En realidad, esta actitud de tantos intelectuales, de tantos dirigentes obreros, de tantos políticos de clase media, de tantos militantes obnubilados, era, además de una muestra de elitismo, una especie de homenaje del vicio a la virtud. Nosotros, venían a decir los «tolerantes», podemos perdonar y callar, porque haríamos lo mismo, si estuviéramos en condiciones de hacerlo, pero sabemos que las masas no lo harían. Las masas son más exigentes, más rectilíneas, más severas que nosotros. No sé si las masas son todo esto, pero es indudable que los que quisieron ocultar la verdad a las masas pensaban que lo eran y justamente por ello les mentían y se hacían cómplices de Stalin. «Acepto los crímenes de

Stalin donde quiera que ocurran», había dicho André Malraux, hablando de la desaparición de Nin.

Pero Nin, no. Nin creía en las masas, como creían en ellas los poumistas, pese a ciertos aires insoportables de suficiencia que adoptaban a ratos. Nin había hablado muchas veces, especialmente después del 19 de julio de 1936, de que las masas acertaban más que sus dirigentes, había visto cómo las masas, el mismo 19 de julio y el 3 de mayo, aún antes el 6 de octubre y, todavía más allá, el 14 de abril, daban muestras de mayor perspicacia que las organizaciones que las encuadraban.

Nin sabía que la masa tenía derecho a la verdad. Confesar bajo tortura inexistentes crímenes habría sido mentir a la masa, empezando por la pequeña masa del POUM y acabando por la clase obrera internacional. Habría sido contribuir no sólo a engañarla, sino dejarla inerme ante nuevos embustes. Si Nin, que había criticado los procesos de Moscú, confesaba que era agente de Franco y de Hitler, como lo confesaron los viejos bolcheviques, ¿por qué no creer que estas confesiones, todas ellas, respondían a una realidad? Y si se creía esto, la masa ya podría creer cualquier cosa...

Nin tenía, además, un gran respeto por los trabajadores catalanes y por los poumistas. En los dos años —todavía no cumplidos— que el POUM llevaba de existencia, Nin había aprendido a conocer a sus compañeros, se habían anudado entre él y ellos lazos sutiles de respeto y amistad. Confesar sería dejar a todos esos compañeros a la merced de las mismas torturas, de los mismos métodos que él sufría ahora. Sería, además, perder su respeto, como a sus ojos lo habían perdido los viejos bolcheviques, para los cuales ya sólo sentía compasión...

Nin no quería, claro está, la lástima de los poumistas ni de nadie sino su respeto, del cual formaba parte el respeto de sí mismo.

Errado o no, con equivocaciones a veces, con aciertos otras, Nin había sido siempre sincero, honrado en

su vida política. Nunca dijo algo que no creyera. Precisamente porque respetaba a la masa y a los militantes. Porque creía que militar era la forma más alta de vivir, no podía mentirles, ni antes ni ahora. Y, ahora, confesar hubiera sido mentir.

* * *

Toda la vida de Nin había sido una larga formación. Su muerte la completó. Desde la adolescencia había querido ser un revolucionario. Murió como un revolucionario, es decir, no por terquedad o por arrebató, sino por fraternidad, por hacer realidad con su muerte lo que es la aspiración máxima de todo revolucionario, lo que todo revolucionario encuentra en el hecho de militar y de luchar.

Puede decirse, sin exagerar, que Nin fue, en este sentido, un revolucionario más completo que aquellos que había conocido en la URSS y cuya acción, por un tiempo, le pareció ejemplar. Probablemente sus confesiones en los procesos de Moscú le decepcionaron tanto, que esta decepción le dio vigor, a él que tenía un cuerpo debilitado por la enfermedad, y tenacidad, y voluntad para conducirse de tal modo que nadie pudiera sentirse, respecto a él, como él se había sentido respecto a Kámenev, Zinóviev o Bujarin.

Como a éstos, no sólo debieron torturarlo, sino que también debieron prometerle la vida a cambio de su confesión. Pero, a diferencia de ellos, no se hizo ilusiones. No había vivido, del stalinismo, más que los comienzos; el resto, el período más siniestro, lo vio como espectador lejano y apasionado. Los viejos bolcheviques habían visto, casi tocado, cada nuevo crimen de Stalin y así y todo se dejaron engañar. Peor todavía; pudieron llegar a considerar, por lo menos algunos, que valdría la pena vivir, con nombre falso y en secreto, a cambio de deshonrar su nombre y de dar carta blanca a Stalin para

nuevos crímenes y errores, asumiendo las responsabilidades de los pasados.

Nin, no. ¿De qué podía servirle la vida, acaso en un campo soviético o en alguna ciudad perdida de Siberia —si es que le prometieron esto—, si sus compañeros del POUM y los dirigentes de la CNT y cuantos lo conocieron y cuantos le leyeron llegaron a pensar que Nin había flaqueado ante la fuerza bruta?

Debió de haber, para esta reacción, muchas razones. Nin no era un tipo propenso a sentirse «muy hombre». Sin duda, no influyó en su actitud el machismo hispano o la fanfarronería catalana. Pero sí que obró —y esto está claro para quienes le conocieron bien— su fuerte sentimiento del deber.

Más de uno de sus compañeros pudo ver a Nin muy afectado ante la noticia de la muerte de un camarada al que apenas conocía, pero que había ido a combatir y a morir, en parte, porque había creído en Nin y en lo que el POUM representaba. Precisamente porque era un mediterráneo con un fuerte sentimiento del placer de vivir, la muerte le parecía una monstruosidad. Formado políticamente en la aceptación de la muerte como un precio por la Revolución —precio que pagaban los que la defendían lo mismo que quienes se oponían a ella—, tal vez le parecía lo peor del sistema de explotación el que, para suprimirlo, hubiera que pagar con la vida. «Dar la vida para ganar la muerte», dijo un poeta sin indignarse. A Nin, esto le indignaba, aunque se resignaba a ello.

Tantos habían muerto, en las calles, en las cárceles, en los frentes, que Nin ni en los peores momentos, debió de perderlos de vista. Ni perdió de vista, sin duda, a los que sobrevivían y podían morir, literalmente o políticamente, si él confesaba lo inexistente.

Para los viejos bolcheviques, los tiempos heroicos estaban lejanos. Se habían reblandecido en la incómoda comodidad del stalinismo, de los puestos, de las discusiones en voz baja. Pero para Nin los tiempos heroicos esta-

ban a la vista, eran de entonces mismo. El día antes de su secuestro, si no hubiese estado enfermo, habría arengado a un grupo de milicianos del cuartel Lenin que partían para el frente: cada uno de ellos iba, conscientemente, a jugarse la vida.

Esa muerte de todos los días, que había presenciado y que le había rodeado desde hacía meses —como rodeó a cuantos vivieron la guerra civil no como un accidente, sino como una oportunidad histórica—, debió de ayudarle a evadirse del dolor físico. Cualquier que haya sido torturado, sabe que el único modo posible de resistir a la tortura —y nadie puede prever hasta cuándo ni hasta qué nivel de dolor— consiste en conjugar dos estados mentales que parecen opuestos pero que en la tenebrosa realidad de la tortura se complementan: el odio a los torturadores y a quienes se beneficiarían con una «confesión», y la evasión del dolor físico, concentrando la mente en ese odio y en alguna idea (que acaba volviéndose una simple sensación).

Nin sentía el sano odio protector hacia Stalin. Este odio se había incrementado, fortalecido y acentuado, sin duda, ante la sospecha, por no llamarla certeza, de lo que le aguardaba; pues saber que están dispuestos a matarte y a decir luego que te pasaste al enemigo no puede engendrar otro sentimiento que el odio. Y el odio fue seguramente un factor poderoso que ayudó a Nin a soportar y a superar el dolor físico, a no dar a los torturadores la satisfacción de verle quebrarse, ni la ventaja de contar con una «confesión» para «probar» sus «acusaciones»...; a resistir a toda costa.

Al mismo tiempo —tantas cosas se concentran en la mente, cuando el cuerpo sufre lo indecible—, ...al mismo tiempo, «confesar» hubiera sido dar una base teórica a las posiciones contrarrevolucionarias de los stalinistas. «Los que dicen que quieren la Revolución son, en realidad, agentes del enemigo, fascistas disfrazados», habrían podido decir los de las JSU y los del PSUC, blan-

diendo la «confesión» de Nin. No iba a darles este arma a los que, con las armas, habían aplastado la Revolución.

Y no se la dio.

Ni se la dio ningún poumista. Ni los que se pasaron al PSUC por debilidad (una docena, acaso) cayeron en un «mea culpa» que fuera más allá de la humillación personal. Ninguno dijo que el POUM fuese una organización de espías. Ninguno de los centenares de poumistas asesinados confesó, para salvar la vida, que era espía o que otros poumistas lo eran. Ninguno de los millares de poumistas detenidos confesó, para salir en libertad, que él o algún compañero suyo era espía, agente del enemigo o fascista disfrazado.

Si Nin hubiese confesado, es posible que nadie le hubiera imitado pero es posible, también, que algunos hubiesen pensado que no merecía la pena resistir puesto que Nin no resistió.

Nin sabía, pues, que tenía la responsabilidad de la conducta entera del Partido. Debió de estar convencido de que el Partido respondería como él respondía, puesto que si hubiese pensado que otros poumistas podían confesar, acaso su resistencia a la tortura no hubiese sido tanta.

Hubo, en la muerte de Nin y en la integridad de los poumistas, una especie de acto de amor. Los resquemores, la desconfianza, la resistencia mental de los viejos bloquistas, así como la incertidumbre y la cautela de Nin en sus relaciones con ellos quedaron como borradas. La muerte hizo de Nin, para todos los bloquistas, un bloquista más, un bloquista excepcional. Porque Nin murió no sólo por su propia dignidad, sino por la dignidad de todos los poumistas, y todos se dieron cuenta de ello.

Más: Nin murió también por la dignidad del recuerdo de la Revolución española, de la cual los stalinistas y sus aliados no habían dejado nada vivo.

Sin la muerte de Nin, la Revolución española habría quedado como un intento fracasado. Con su muerte, Nin

le dio grandeza y peso histórico, le dio consistencia, porque puso de relieve lo que, después de ella, ya nadie podía disimular: que no había fracaso, como no fracasó Nin, que no era un sueño prematuro, como no eran prematuras las posiciones del POUM, que los errores cometidos por los revolucionarios no habrían bastado a destruir la Revolución, como los errores cometidos por Nin no bastaron para disminuir su talla. La muerte de Nin proclamó que la Revolución había sido asesinada por los mismos que le asesinaron.

En el torbellino de recuerdos, imágenes, sufrimiento, desesperación, odio, náuseas, miedo, esas cosas debieron sostener a Nin en el momento de su vida en que debió sentirse, a la vez, más solo y más acompañado. Solo, él, el secretario político de un Partido de segunda importancia, en un país del extremo de Europa, un escritor que no había creado grandes obras, un hombre notable, pero no un genio, solo frente a «la patria del proletariado», la «sexta parte del planeta», al «faro de la revolución mundial», al «timonel de acero del comunismo»... Y acompañado por todas esas certezas, por ese odio creador de fuerza, por esa confianza en sus compañeros, por la convicción de que, por encima de posiciones políticas, defendía, al negarse a confesar, la voluntad revolucionaria de su pueblo.

Debió de tener momentos de vacilación, de flaqueza; momentos en que, cuando le pusieron la pluma en la mano tumefacta debió de estar a punto de firmar, para acabar con el dolor, con el sueño, con la náusea, la confesión, preparada con cuidado, en la que debían de estar involucrados de algún modo no sólo los poumistas, sino también gentes de la CNT, Largo Caballero, Companys, socialistas y probablemente otros... Pero la confesión quedó sin firmar. De haberla firmado Nin, nadie sabe qué hubiera podido ocurrir; «Nin nos salvó la vida a todos», dijo más tarde Largo Caballero. Nadie sabe lo que los stalinistas hubieran hecho si hubiesen

podido presentar «pruebas» contra otras fuerzas españolas que retrasaban su avance hacia el poder. Una cosa es cierta: que poco después, algunos amansados corresponsales extranjeros hablaron de preparativos de un golpe cenetista, cuando en realidad la CNT había lanzado un manifiesto revelando los preparativos de un golpe comunista. Es posible que, de haber podido ampararse en la «confesión» de Nin, los stalinistas se hubiesen sentido capaces de dar un golpe, para «salvar la República de sus enemigos disfrazados de revolucionarios». ¿No lo estaba haciendo Stalin en la URSS? ¿Por qué no en España?

Los que llevaron el cadáver allí donde lo enterraron —nadie sabe dónde, aunque se dijo que en los jardines de El Pardo—, debieron de sentir deseos de vomitar y sin duda lo cargaron mirando para otro lado.

El cadáver debió de quedar irreconocible, tumefacto, cubierto de heridas y sangre, con esas horribles desfiguraciones que se producen en todas las torturas: los labios partidos, las cejas y las orejas desgarradas, los ojos sangrantes, como reventados, los brazos y las piernas encogidos, la ropa pegada a la piel por el sudor, la orina, la sangre, la mierda...

Era el cadáver de un vencedor.

EL VENCEDOR

Hasta qué punto Nin salió vencedor, vencedor absoluto, de esta lucha se vio cuando aún no se sabía cómo había muerto y se ve todavía ahora, al cabo de casi cuarenta años de su asesinato.

Del 11 al 28 de octubre de 1938 —dieciséis meses después de la detención de Nin—, tuvo lugar en Barcelona, ante el Tribunal Especial de Espionaje y Alta Traición, el proceso contra el Comité Ejecutivo del POUM.

El Gobierno Negrín había perdido batalla tras batalla en los frentes: Bilbao, Santander y Asturias, en el Norte; Lérida y Castellón, en el Este. Las tropas nacionalistas había cortado en dos la zona republicana. Y la batalla del Ebro, maravilla de ejecución técnica y de resistencia de adolescentes y hombres maduros, estaba ya agotándose. Los consejeros rusos del Gobierno habían impuesto esta batalla contra el parecer de los militares republicanos, porque así convenía a Moscú. Stalin había comenzado sus negociaciones secretas con Hitler, que culminarían diez meses más tarde con el pacto nazi-

soviético. Para convencer a Hitler de que Moscú no tenía aspiraciones en Europa, los rusos debían terminar la guerra civil, y hacerlo sin que, en apariencia, los comunistas fueran responsables de ello. De ahí la batalla del Ebro, que destruyó el ejército republicano y su armamento, y dejó Cataluña inerme, abierta a la ofensiva nacionalista, como se vio en Navidad de 1938, cuando comenzó el ataque contra Cataluña, que, al cabo de poco más de un mes, entregó a los nacionales todas las tierras hasta la frontera de Francia.

La gente estaba más preocupada por las malas noticias de la guerra, por las colas ante las tiendas y por las noches sin sueño a causa de los bombardeos, que por la política. Prestó, pues, poca atención al proceso. La prensa, por lo demás, sólo pudo hablar de él cuando estaba terminándose.

Desfilaron ante el tribunal los testigos de cargo: el subsecretario del ejército de Tierra, el coronel comunista Cerdón, el comisario comunista del ejército del Este, Llanos, y algunos más, que repitieron las frases consabidas, leídas en la prensa comunista. Desfilaron los testigos de la defensa: Largo Caballero, la anarquista Federica Montseny, los ministros Irujo y Zugazagoitia, Luis Araquistain y otros más, todos atestiguando el historial revolucionario de los acusados. Los peritos y calígrafos dictaminaron que la escritura del supuesto mensaje a Franco y la de los procesados eran distintas...

Declararon los acusados: Gorkín, Gironella, Andrade, Escuder, David Rey, Arquer y Bonet. Todos ellos reivindicaron como suyos los textos de *La Batalla*, que el fiscal quería hacer aparecer como pruebas de su «traición».

Fueron los acusados quienes colocaron, en una silla inocuada entre ellos, un retrato de Nin, y, junto a él, un ramo de rosas rojas. El fiscal protestó y el presidente del Tribunal hizo retirar las rosas, pero no el retrato.

Porque Nin era el gran ausente de este proceso. El, de no haber sido asesinado, hubiera hablado en nombre del

POUM. Su ausencia convertía a los acusados en acusadores. Ninguno dejó pasar la ocasión sin citar a Nin y sin preguntar dónde estaba.

Los miembros del tribunal tenían, en el expediente del proceso, unas hojas firmadas por Nin, que contenían su declaración, hecha sin duda en Alcalá, después de su detención y cuando aún no lo habían secuestrado para torturarlo y matarlo.

El defensor, un socialista asturiano, Vicente Rodríguez Revilla, tuvo que encargarse de su misión a última hora, porque el defensor inicial, el diputado Benito Pabón, se vio obligado a ocultarse y dejar la defensa ante las amenazas de que era objeto constantemente. Durante dos días y dos noches, el defensor dispuso del expediente. La compañera de Nin, Olga, y un par de militantes poumistas, se turnaron en las noches para copiar el texto de la larga declaración de Nin, que así pudo salvarse para la historia del movimiento obrero y del stalinismo¹. Porque el expediente del proceso y las actas del juicio no han aparecido en ninguna parte. Tal vez estén en Moscú o acaso en los archivos, todavía cerrados, de los documentos de la guerra civil que hay en una ciudad castellana, custodiados por el ejército español.

El fiscal pidió que los acusados fueran condenados por los delitos de espionaje y alta traición. Pero el tribunal, dando aún muestras de más independencia que los jueces soviéticos, condenó a los acusados a penas de diez a quince años de prisión (absolvió a dos, porque se comprobó que no eran miembros del Comité Ejecutivo del POUM). Ordenó además la disolución del POUM y de la Juventud Comunista Ibérica. No valieron las presiones ejercidas por Negrín para que condenara a muerte a los

¹ Figura en el ya citado volumen de artículos de Nin, *Los problemas de la revolución española* (París, 1968). Esta declaración no lleva el nombre de los policías que la tomaron ni el lugar donde fue prestada, en contra de lo que es reglamentario, pero sí lleva la fecha: 18 al 21 de junio de 1937.

acusados, so pretexto de que el «ejército lo exigía» y con la vana promesa de que, una vez condenados, él los indultaría². El tribunal no se fio de la palabra de un jefe del Gobierno que se atrevía a intentar dictarle la sentencia³. La que dio reivindicó políticamente al POUM, e hizo de Nin, de nuevo, el vencedor de la persecución. Véase, si no, este extracto del documento:

«El POUM, grupo político legalmente constituido, que aspira a la instauración de un régimen de economía socialista y de dictadura del proletariado en sus comienzos, a través del desarrollo de sus teorías revolucionarias que le son propias y que le mantienen en relación con diversos grupos internacionales, fue uno de los que desde los primeros momentos de la insurrección luchó contra los rebeldes al lado de los otros elementos antifascistas. Pero dicho Partido, dirigido por su CE [...] se mostró poco dispuesto en todo momento a renunciar a sus aspiraciones específicas en beneficio de la defensa de la República tal como está constituida. Por el contrario, cuando vieron que la política de los gobiernos republicanos, apoyados tanto por los otros partidos políticos como por las organizaciones obreras, seguían fielmente el cumplimiento de los principios constitucionales en los cuales hallaron su origen y se daban por tarea encerrar toda la vida nacional en el cuadro de las leyes republicanas [...] los dirigentes del POUM persistieron en su línea revolucionaria orientada hacia la implantación lo más inmediatamente posible de la ideología que les es propia.

² Carta de Luis de Araquistain a Norman Thomas, reproducida en *La Batalla*, París, 20 de octubre de 1945.

³ Los componentes del Tribunal fueron: Eduardo Iglesias Portal, presidente; Manuel Hernández Solana, Ernesto Beltrán Díaz, Julián Calvo Blanco y Juan Manuel Mediano Flores, magistrados. Merecen citarse como modelo de independencia y firmeza judicial, en un momento en que ninguna de las dos actitudes era fácil.

[EL POUM] lucha en los frentes de batalla, principalmente en el de Aragón, contra las fuerzas dirigidas por los rebeldes y contra los ejércitos de invasión, para lo cual organizaron desde el comienzo unidades de milicias armadas, adquirieron o intentaron adquirir en España y en el extranjero material de guerra y admitieron la colaboración de elementos extranjeros cuya lealtad y sinceridad no siempre fueron demostradas ...Afirmaron falsamente en el mismo periódico *La Batalla* que el Gobierno de la República se halla a las órdenes de Moscú y que persigue a cuantos no se someten a las órdenes de este último.»

Acerca de los hechos de mayo, la sentencia dice que su origen se debió a la tentativa de la Generalidad de instalarse en el edificio de la Telefónica, y que, entonces:

«Algunas organizaciones obreras de Barcelona, que no aparecen concretamente en este proceso, secundaron la acción de sus camaradas de la Central Telefónica [...] El Comité Ejecutivo del POUM decidió que el Partido se sumara al movimiento rebelde, mas habiéndose encontrado con que los elementos dirigentes de los otros partidos y organizaciones desaprobaban la actitud hostil de dichos grupos obreros, por considerarla peligrosa para la República y capaz de favorecer los objetivos de los militares levantados en armas contra el régimen legítimo, consideró que la ocasión era oportuna para dar un contenido y un fin concretos a los actos violentos y espontáneos de las masas obreras e intentó aprovecharse para tratar de ejecutar sus proyectos de conquista del poder, primero en Cataluña que quedaría sustraída a la autoridad del Gobierno de la República, y luego en toda la España leal, para instaurar el régimen social, económico y político que se propone. A este fin, los acusados decidieron constituir la dualidad de poderes con

ayuda de la formación de Comités de defensa de la Revolución [...]

De lo actuado no se desprende como probado que los acusados facilitasen a los elementos fasciosos noticias de ninguna clase que se refiriesen a la situación de los frentes de batalla o a la situación en la retaguardia; que hayan mantenido relaciones directas o indirectas con ellos, ni con organismos policíacos o militares de los países invasores; que se encontraran en contacto o ayudaran a grupos u organizaciones falangistas del país, o de cualquier otra clase; que prestasen un sostén a los combatientes rebeldes, ni tampoco que recibieran para la propaganda política de su Partido una ayuda económica de los enemigos del Estado. En cambio, se desprende de lo actuado que ellos tienen una marcada significación antifascista, que han contribuido con sus esfuerzos a la lucha contra la sublevación militar y que la actuación que queda expresada respondía al propósito de superar la República democrática e instaurar sus propias concepciones sociales. Hechos que declaramos probados.»

* * *

Muchos de aquellos que, durante la campaña contra el POUM, se encogían de hombros y pronunciaban la frase consabida: «Cosas de la política...», para excusar a los difamadores y para excusarse a sí mismos de condenar a los acusadores en falso, se encontraron, a su vez, al terminar la guerra, en una situación parecida a la del POUM en la época de la persecución. Supieron, entonces, cuán duro y cuán exasperante es hallarse con gentes que, encogiéndose de hombros, digan aquello de: «Cosas de la política.»

Pero a esos —que fueron legión— Nin habría querido

abrirles los ojos y sacudirles la conciencia más bien que considerarles enemigos a quienes debía vencer.

No puede decirse lo mismo de los cómplices directos o indirectos del asesinato. Muchos de estos cómplices fueron sometidos, a su regreso a la URSS, a torturas y procesos secretos y acabaron asesinados a su vez.

Rosemberg, el embajador soviético en España, que había pedido a Largo Caballero la disolución del POUM, fue asesinado en Moscú.

Gaikins, encargado de negocios de la URSS en Valencia, que transmitía a Negrín los deseos de Stalin para que se tomaran como órdenes, murió asesinado en Moscú.

Antonov-Ovseenko, el cónsul soviético en Barcelona, que pidió la expulsión del POUM del Gobierno de la Generalidad, que dijo a los dirigentes cenetistas que a Stalin le molestaba que Nin fuese consejero del Gobierno catalán, que en una nota a la prensa acusó a *La Batalla* de ser fascista, murió asesinado en Moscú, al parecer después de haber sido encerrado en un manicomio, y acaso esto no como medida represiva, según se hace ahora en la URSS, sino porque los remordimientos lo enloquecieron (puesto que era un viejo bolchevique y no un simple burócrata y, por tanto, hay que suponerle cierta dosis de conciencia por mucho que el miedo la adormeciera).

Stachevisky, el consejero comercial de la embajada soviética, en España, encargado de recibir y transportar el oro español a la URSS, murió asesinado en Moscú.

Marchenko, Gorev, Kleber, Berzin, Gregorovich y varios más, jefes militares, consejeros del Estado Mayor republicano, que, entre otras cosas, impusieron la batalla del Ebro para terminar la guerra a la conveniencia de la URSS, murieron asesinados en Moscú.

Los españoles tuvieron la suerte de no ser aceptados como refugiados en la URSS. De lo contrario, les habría podido ocurrir lo que sucedió a José Díaz, que murió en un hospital soviético, según unos por suicidio, según otros asesinado.

Varios de los dirigentes españoles que, por sus cargos, encontraron refugio en Moscú, se separaron del Partido en cuanto lograron salir de Rusia: Jesús Hernández, Enrique Castro Delgado, Valentín González (El Campesino).

De los que se refugiaron en otros países, un buen número fueron expulsados del Partido o se apartaron de él: Miguel Valdés, José del Barrio, Félix Montiel, Jesús Monzón, Fernando Claudín. Algunos murieron de un modo tenebroso: Joan Comorera, que regresó a Cataluña para tratar de reorganizar los cuadros del PSUC, fue denunciado a la policía y murió en la cárcel; Gabriel León Trilla, que marchó a España con igual propósito, fue muerto a puñaladas por un agente del Partido; Cristino García, luego detenido y ejecutado por otros motivos. El profesor Wenceslao Roces, uno de los que contribuyeron a preparar los documentos que sirvieron para acusar a Nin y al POUM, hizo en México una humillante confesión de culpas o autocrítica. Muchos que se unieron al PSUC, acabaron expulsados de él: Víctor Colomer, Victorio Sala, Rodríguez Salas; o se separaron: Miguel Ferrer, Serra i Moret. Uno, Llibert Estartús, fue asesinado durante la resistencia francesa por sus correligionarios, que lo veían poco sumiso... Y son sólo los nombres que conocemos.

Cuando Barcelona estaba ya al caer, en enero de 1939, los agentes comunistas del SIM hicieron una redada de poumistas. Detuvieron, entre otros, a Olga, la compañera de Nin, y a su hija mayor, una chiquilla de trece o catorce años. Querían dejarlos en la cárcel, para que los encontraran encerrados las fuerzas nacionales y poder decir así en su propaganda que se habían quedado para «acoger al enemigo». Fueron poumistas quienes los sacaron de las cárceles, en los últimos días, para que pudieran seguir a la masa que se marchaba al exilio.

¿No puede considerarse vencedor quien, después de asesinado, recibe el homenaje de frases como ésta, por parte de sus enemigos de fuera del movimiento obrero: «Si hubo protestas y reclamación por el asesinato de An-

drés Nin, fue, precisamente, por no ser él español. Aunque nacido en nuestra patria, este asesino de Dato, había renegado de su nacionalidad 'legal', por ser Nin un cripto-judío racialmente 'chueta-masón', ciudadano soviético luego, y obediente siempre a la organización extranjera, ya fuera a la Tercera Internacional, en tanto Trotsky tuvo poder en la URSS, ya a la Cuarta, fundada por el mismo Trotsky después de su destierro. Y he ahí, el no ser Nin español, el auténtico motivo de que se sublevase el 'patriotismo' de todos los espías, con Prieto y Zugazagoitia en cabeza, de toda la Masonería y toda la Judería, cuando Stalin ejecuta al espía traidor Nin por haberse pasado a servir a otra organización de espionaje enemiga. Tal es el 'patriotismo' masónico marxista» ⁴.

* * *

Por otra parte, Nin venció el dogmatismo y los resentimientos de Trotsky.

Tuvo que luchar consigo mismo durante años para vencer el peso de su lealtad personal al viejo bolchevique. Se encontró, de 1930 a 1934, obligado por ella a defender posiciones que la realidad iba superando constantemente.

Fue la lealtad a Trotsky lo que, en 1931, le impidió unirse a Maurín en la formación del Bloque Obrero y Campesino.

Tuvo que romper con Trotsky para poder participar en la creación de la Alianza Obrera, pues de haber seguido las órdenes que llegaban de Francia y luego de Noruega, habría ingresado en el Partido Socialista.

En cuanto se sintió libre de Trotsky, en cuanto hubo vencido el lastre de su afecto personal por él, pudo tomar parte en la creación del POUM, que Trotsky criticó, y que fue, para Nin, la culminación de su vida política, la superación de su etapa rusa de bolchevique.

⁴ Mauricio Carlavilla: prólogo a una edición de *Yo, ministro de Stálin en España*, de Jesús Hernández. Madrid, 1954.

Fue todavía un resto de afecto por Trotsky lo que le llevó a cometer uno de los peores errores políticos de su carrera, el proponer que se le ofreciera asilo en España. Por cierto, que en esta ocasión a Nin se le habría caído el alma a los pies, de haber podido leer la carta que Trotsky envió a su delegado en España, a propósito de esta oferta, en la cual aconsejaba: «Hay que aproximarse cueste lo que cueste a los sindicalistas, a pesar de todos sus prejuicios... Sería, a mi parecer, extraordinariamente peligroso dejarse dirigir exclusivamente o incluso sobre todo por cuestiones de doctrina.» De modo que Trotsky decía a sus partidarios una cosa para la galería y otra a los que habían sido sus amigos y de quienes se despedía con estas palabras: «Mis saludos más calurosos para los amigos y también, y sobre todo, para los que creen tener razones para estar descontentos de mí» ⁵.

Esto no le impidió, terminada la guerra civil, afirmar que el POUM había sido «el obstáculo principal a la formación de un verdadero Partido revolucionario».

Cuán triste debía de ser para Nin ver esta progresiva dogmatización de Trotsky y sentir que, para él, la imagen pública y las posiciones «oficiales» que adoptaba eran más importantes que aquello que realmente pensaba. Si lo importante era no dejarse llevar por «cuestiones de doctrina» y si estas cuestiones eran las que constantemente aducía Trotsky para justificar sus críticas al POUM, ¿qué podía pensar Nin de él?

¿Cómo pudo Nin, que vivió las jornadas de mayo con un rabioso sentimiento de impotencia, conservar el respeto intelectual por alguien que a propósito de ellas escribió que si el POUM hubiese ido entonces a la toma del poder, «la reacción burguesa no habría encontrado

⁵ Esta carta fue publicada por primera vez en *Le Monde* de París el 30 de noviembre de 1970. Estaba dirigida a Jean Rous, delegado de Trotsky en Barcelona, y sin duda fue sustraída en el correo por un agente musoliniano, puesto que la descubrió un historiador italiano en los archivos del Gobierno de su país.

ni a dos regimientos para aplastar a los obreros y éstos hubiesen tenido el apoyo de toda España»?

¿Qué habría pensado, de haber estado vivo para leerlo, de lo que Trotsky decía del Gobierno de Negrín⁶: «El Gobierno Negrín-Stalin es un freno casi democrático sobre la vía del socialismo, pero es también un freno, ciertamente que ni seguro ni duradero, pero a pesar de todo un freno, sobre la vía del fascismo. Mañana, o pasado mañana, el proletariado español podrá, acaso, romper este freno y tomar el poder. Pero si hoy ayudara a romperlo, aunque sólo fuese pasivamente, sólo serviría al fascismo»? Y esto lo afirma el mismo hombre que calificaba de traidores a Nin y los poumistas por haber firmado, en 1936, el pacto circunstancial del Frente Popular y por haber entrado en el Gobierno catalán en 1936... El que, sin recordar su carta a Rous un año antes, se atreve a decir⁷, a la caída de Barcelona, que el POUM «estuvo agarrado a los faldones de la CNT» y que el POUM «tuvo un papel funesto en el desarrollo de la Revolución española... se subordinó a los partidos burgueses en todas las cuestiones... cayó víctima de las contradicciones de su política... [pues] en lugar de movilizar a las masas contra los jefes reformistas, incluyendo a los anarquistas, el POUM trataba de convencer a esos señores de las ventajas del socialismo sobre el capitalismo».

Nin y el POUM siguieron una política consistente —errónea o acertada, poco importa— y no se hicieron ilusiones ni sobre los comunistas ni sobre Trotsky, mientras que éste después de haber creído que podría «reformular» el movimiento comunista desde dentro, creyó que podría hacerlo desde los partidos socialistas, para acabar creyendo que esto lo lograría con una nueva Internacional, la cuarta... En fin de cuentas la estrategia de Trotsky dio tantos bandazos como la de Stalin. Y dio pruebas de tener tantas caras como su rival por la sucesión de

⁶ Trotsky: *Ecrits*. París, 1964. Vol. III, p. 528.

⁷ Trotsky: *Ecrits*. Vol. III, p. 543.

Lenin. Una de ellas la vemos —pero Nin no pudo verla, claro está— en la declaración que escribió el 8 de agosto de 1937 sobre la desaparición de Nin y que es, en realidad, una tentativa de utilizar el cadáver de Nin contra Stalin⁸:

«Cuando Nin, el dirigente del POUM, fue detenido en Barcelona, no podía haber la menor duda: los agentes de la GPU no lo soltarían vivo. Las intenciones de Stalin se aclararon con un cinismo excepcional cuando la GPU, que tiene bajo sus garras a la policía española, lanzó una declaración acusando a Nin y a todos los dirigentes del POUM de ser ‘agentes’ de Franco.

La absurdidad de esta acusación es evidente para todos los que conocen los hechos elementales de la Revolución española. El fundador y dirigente del POUM, Joaquín Maurín, fue capturado y fusilado por el general Franco al comienzo de la guerra civil. Los miembros del POUM se han batido heroicamente en todos los frentes de España contra los fascistas. Nin es un viejo e incorruptible revolucionario. Defendía los intereses del pueblo español y catalán contra los agentes de la burocracia soviética. Precisamente por esta razón, la GPU se ha desembarazado de él mediante un ‘raid’ bien calculado contra la prisión de Barcelona. No se pueden hacer más que suposiciones sobre el papel que han jugado a este respecto las autoridades oficiales españolas.

La información enviada por el telegrama e inspirada por la GPU designa a Nin como ‘trotskysta’. El revolucionario muerto ha protestado frecuentemente contra esto, y con razón. El POUM tenía una actitud hostil hacia la Cuarta Internacional, tanto bajo la dirección de Maurín como bajo la dirección de Nin. Es cierto que en el curso de los años 1931-1932, Nin,

⁸ Reproducida por *La Batalla*, París, noviembre-diciembre de 1971.

que estaba entonces fuera del POUM, mantenía una correspondencia amistosa conmigo. Pero desde comienzos de 1933, divergencias sobre cuestiones esenciales condujeron a una ruptura entre nosotros. Durante los cuatro últimos años, solamente hemos intercambiado artículos polémicos. El POUM ha excluido a los trotskystas de sus filas. Pero, para facilitar su propia tarea, la GPU llama trotskystas a todos los que se oponen a la burocracia soviética. Esto facilita la represión sangrienta.

Pese a las divergencias que me separan del POUM, tengo que reconocer que en la lucha que Nin llevaba contra la burocracia soviética, la justicia estaba enteramente de su parte. Nin se esforzaba en defender la independencia del proletariado español con respecto a las maquinaciones diplomáticas y a las intrigas de la camarilla que ocupa el poder en Moscú. No quería que el POUM se convirtiera en un instrumento dominado por Stalin. Se negaba a colaborar con la GPU para arruinar los intereses del pueblo español. Este era su único crimen. Y éste es el crimen que ha pagado con su vida.»

¿No son estas frases un reconocimiento de que Nin salió victorioso, no sólo de su combate contra los comunistas, sino también del esquematismo de Trotsky?

* * *

¿Qué fue, realmente, este vencedor al que calificaron de masónico-marxista, de agente del fascismo y de traidor al proletariado, y que murió combatiendo al fascismo y por el triunfo de la clase obrera?

¿Qué papel tiene en la historia de su tiempo y en el movimiento obrero, al cabo de cerca de cuarenta años de su asesinato?

Querer ponerlo en la leyenda dorada de las izquierdas sería escribir la clase de biografía que él no quisiera.

La Revolución no tiene santos y cuando empieza a elevar algunos a los altares laicos de la mitología popular, es señal de que los burócratas se han apoderado de la Revolución y utilizan la imagen de los revolucionarios como detergente para lavar el cerebro de las masas.

Nin no fue nunca esto y no voy a ser yo quien trate de convertirlo en ello; ni siquiera en pretexto para aguijonear el hipotético sentimiento de culpa de los comunistas. Nin murió para mucho más que todo eso.

Sería disminuir la muerte de Nin y su significado el querer ignorar las lecciones que nos dejó con su vida, justamente porque supo morir. Si de veras queremos que su muerte sea provechosa para el movimiento obrero —y aún más ampliamente, para el pueblo—, hemos de tomarla como una parte integrante de su vida. No emplear su muerte para disimular sus fallas ni dejar que sus fallas empequeñezcan su muerte. Porque la vida de un revolucionario es algo continuo, contenido enteramente en cada momento de sí misma. Y no debe tomarse como una existencia fragmentada, de la cual escogemos unas partes que la engrandecen y desecharnos u ocultamos otras, que podrían disminuirla. Hacer cualquiera de estas dos cosas equivaldría a convertir en inútil la biografía, a dejarla en puro ejercicio de adoración o denigración o, en gimnasia académica y desapaionada. Nin merece, claro está, mucho más.

Esto es así sobre todo porque Nin fue un dirigente obrero más por deber que por vocación. Ya he dicho, al comienzo, que siempre sospeché que realmente deseaba ser un intelectual. Otros amigos suyos coinciden conmigo en esto, especialmente los que lo conocieron en su juventud o aquéllos que lo trataron en sus quehaceres intelectuales —como traductor o como articulista no político. Para ser intelectual tenía todas las dotes necesarias: la preparación, el sentido del lenguaje, la curiosidad por las cosas del pasado y por las gentes, y hasta la punta de vanidad un poco pueril que anida en todo intelectual. Y tenía una mente organizada para el tra-

bajo intelectual: buena memoria, excelente sistematización, fuerza de voluntad para abstraerse, capacidad de trabajo (indispensable en un país donde el trabajo intelectual es poco pagado y, por tanto, ha de ser abundante para poder vivir de él). Tenía también la alegría de vivir, el sentido del humor, el barniz algo bohemio, que tanto cuadra a los intelectuales.

Pero las circunstancias de su formación y el momento histórico en que tuvo que decidir el camino que seguiría lo inclinaron no hacia las labores intelectuales puras, sino hacia la acción. Así se convirtió no en un escritor, sino en un militante que escribía. Fue, pues, por un sentimiento de deber —si se quiere, de deber para con la historia—, por un sentido de adecuación al momento, por lo que renunció, tal vez sin proponérselo y sin darse cuenta, a ser un intelectual —en todo caso un intelectual de izquierdas— y fue un militante, un militante con dotes intelectuales poco corrientes. Sacrificó la vocación a la conciencia, y lo hizo sin que ello le pareciera un sacrificio —única forma de sacrificio humanamente aceptable. El que tomara el camino del militante fue, en cierto modo, como un acto de amor, como un gesto de compañerismo hacia quienes, a sus ojos, más necesitaban gentes como él: los trabajadores.

Luego, a medio camino entre el militante y el dirigente, las circunstancias hicieron de él por un tiempo aquello en que con mayor eficacia, podía utilizar sus dotes intelectuales: un alto funcionario. Claro que un alto funcionario de tipo especial, no de los que miden su importancia por la calidad de la alfombra y el mobiliario de su despacho, ni de los que ven en su cargo un medio de dominar a otros o de medrar.

En el movimiento obrero ha habido siempre, como en toda organización, altos funcionarios. Son quienes lo hacen funcionar, mientras que los dirigentes, unas veces reflejando el sentir de las masas y otras ignorándolo, deciden en qué dirección y para qué debe funcionar.

Parte de la carrera de Nin fue la de un alto funcionario

obrero: secretario del Comité Nacional de la CNT, es decir, la persona encargada no de adoptar las decisiones, sino de aplicarlas y de hacer que el mecanismo de la central sindical funcionara. Luego fue alto funcionario en la Profintern, es decir, encargado de aplicar decisiones adoptadas en los primeros tiempos por el Comité Ejecutivo de la Internacional Sindical Roja, más adelante, por los jefes de la Comintern o del Kremlin. De vuelta en Barcelona, fue alto funcionario, aunque de modo menos operante, de la organización trotskysta internacional, puesto que las secciones nacionales de la misma se encargaban de aplicar las consignas y los puntos de vista de Trotsky.

Claro que los altos funcionarios no renuncian a tener ideas propias y toman partido. La neutralidad es sólo para los pequeños burócratas, y, en el movimiento obrero, ni para éstos (por lo menos hasta que Stalin subió al poder en el Partido Comunista soviético). Nin no dejó nunca que sus funciones oscurecieran su juicio ni que lo inclinaran a la sumisión y la adulación, como ocurrió con tantos comunistas que fueron amigos suyos un tiempo.

No hay nada peyorativo en esta expresión: alto funcionario. Al contrario, más bien denota admiración, porque abundan más los dirigentes que quienes saben hacer funcionar la organización, del mismo modo que abundan más los capaces de dirigir un periódico que aquéllos que saben administrarlo. No es una cuestión de quién es superior, si el dirigente o el alto funcionario, sino de división del trabajo. Nin tuvo suerte: quienes le conocían comprendieron en el momento oportuno que en él —porque era, más que un militante un intelectual— existían las dotes que son indispensables en todo alto funcionario de categoría; que sea eficaz y que tenga tanta talla como cualquier dirigente.

Incluso durante la guerra civil, cuando Nin tuvo que sustituir a Maurín como cabeza visible del POUM, su acción fue más la de un alto funcionario que la de un

dirigente. En efecto —en contra de lo que muchos supusieron—, fueron los antiguos bloquistas de Barcelona y Lérida y los de las Juventudes del POUM quienes ejercieron una presión más fuerte y constante para que el Partido se mantuviera en posiciones intransigentes y tajantes, en contra del parecer de poumistas de otras localidades menores, que eran partidarios de posiciones más flexibles. Cuando una organización se encuentra en situaciones de poder —aunque sean tan limitadas y breves como las que gozó el POUM—, estallan, inevitablemente, conflictos de personalidad que resultan menos marcados cuando el Partido está fuera del poder o en la oposición. Nin tuvo que emplear mucho tiempo, saliva y ductilidad en suavizar estos conflictos. Para esto, sus cualidades de alto funcionario fueron eficaces. En unas condiciones de tensión colectiva, cuando la homogeneidad del nuevo Partido no había cuajado por completo y bajo la constante presión de la campaña comunista, haber logrado no sólo mantener la unidad del Partido, sino fortalecerla para hacer frente a la adversidad, fue algo que acaso un dirigente no hubiese conseguido y que en cambio Nin logró. Su muerte misma contribuyó a ello.

En todo caso, los errores de Nin no fueron impuestos por él, sino que más bien reflejaron un estado de ánimo general en el Partido. La crítica que Maurín formuló en privado en la política del POUM durante la guerra civil⁹ no era una crítica a Nin, sino a la dirección del POUM en general. Pues Nin, porque se encontraba en una situación personal muy especial dentro del Partido, nunca trató de imponer sus puntos de vista valiéndose de su prestigio o de su cargo. Al contrario, más de una vez, después de ver sus puntos de vista rechazados, defendió con ahínco los que habían sido aprobados y en especial los defendió frente a algunos ex trotskystas que criticaban a Nin precisamente por no aprovechar su prestigio

⁹ Véase el capítulo 8 de la biografía de Maurín.

y su puesto para trazar por sí mismo la política del POUM.

Nin, que en la vida privada se dejaba dominar a veces por la exasperación que le causaba su enfermedad, en la vida pública y en su actividad política era ecuánime, paciente y hasta demasiado tolerante. Tal vez contribuía a ello el sentimiento de que debía ganarse a los poumistas, que no habían tenido tiempo de acostumbrarse a él o que inconsciente e irracionalmente no aceptaban que alguien tuviera que ocupar el lugar de Maurín (aún reconociendo que esto era indispensable para la buena marcha del Partido). Pero creo que no se trataba sólo de un esfuerzo de «relaciones públicas», como diríamos ahora. Nin era no sólo bueno, sino que expresaba fácilmente la bondad. Se sentía a gusto entre gente. Su formación de maestro —que reflejaba una vocación profunda— salía constantemente en sus relaciones con los militantes. Vi a Nin hacer aguardar a un diputado que iba a visitarlo cuando era consejero: se hallaba explicando un punto político a un grupo de jóvenes militantes de un pueblo que habían ido a exponerle una situación local. Y lo vi interrumpir con un chiste una agria discusión política, con el fin de aligerar la tensión.

Como persona, no tuvo que recurrir a la muerte para conquistarse a los poumistas. Algunos, tal vez, miraban de reojo al secretario político, pero a Nin todos lo miraban de frente y a todos alcanzaba el calor de su trato. Nadie que lo haya tratado, aunque fuera superficialmente, podría olvidar su sonrisa, su apretón de manos y su carcajada. Cuesta imaginar su rostro desfigurado por las muecas de dolor físico y por la concentración en el «no» que debieron ser sus últimas expresiones. Pero en esas muecas y esta concentración debía haber tanto de convicción ideológica como de calor humano: defendía con su «no» la dignidad de sus compañeros.

* * *

Durante buena parte de su vida política, Nin hizo aplicar la línea trazada por otros, como se acaba de ver.

Esto se reflejó en sus escritos. En efecto, sus libros y sus artículos son glosas a posiciones políticas a las cuales se adhería y no propuestas y defensas de nuevas posiciones. Lo que hay de personal en su actuación y en su literatura política es la explicación y la justificación de sus cambios de una línea a otra, su adopción de nuevas líneas: del catalanismo al sindicalismo, de éste al comunismo, de éste al trotskysmo, de éste a la ruptura con Trotsky y al poumismo.

Fuera de un montón de folletos —algunos escritos por encargo de la Profintern y, por tanto, reflejando la política de ésta, y de otros escritos en defensa de la política de Trotsky—, Nin redactó centenares de artículos y folletos, docenas de tesis para presentar a Congresos y docenas de manifiestos para lanzar a la calle. Además, nos dejó dos libros, sin contar muchas traducciones de la obra de Trotsky y de otros autores políticos.

Los dos libros importantes de Nin fueron escritos ambos en catalán y en un intervalo de cinco años. La necesidad de ganarse la vida traduciendo le impidió llevar a cabo otras obras proyectadas —por ejemplo, una biografía de Salvador Seguí.

Sus dos libros, *Les dictadures dels nostres dies*, publicado en 1930, y *Els moviments d'emancipació nacional*, publicado en 1935, constituyen buenas exposiciones de lo que eran las que podríamos llamar tesis marxista-leninistas al uso. El primero trataba sobre el fascismo, el segundo sobre el problema de las nacionalidades.

Cuando escribía su libro sobre el fascismo —que tomó un libro de Cambó como pretexto— Nin estaba en Moscú. Había ido a la Italia de Mussolini y a la Alemania que contemplaba el ascenso de Hitler, antes de que éste tomara el poder. Había visto informes y documentos sobre la Dictadura de Primo de Rivera y otras dictaduras europeas. Poseía, pues, un conocimiento de primera mano sobre el fascismo. Pero en su libro no se encuentra nada

que permita darse cuenta de que Nin tuviera ideas personales sobre el fascismo. Es posible que las tuviera y que no coincidieran con las tesis propaladas entonces por el movimiento comunista. Quizá por esto las callaba.

De igual modo, cuando escribió sobre los movimientos de emancipación nacional, expuso las tesis corrientes en el movimiento comunista, que habían sido formuladas (pero, probablemente, no pensadas) por Stalin, y consideró que la solución soviética a este problema era la más adecuada, el modelo que debería seguir toda Revolución. En esto reflejaba un estado de ánimo general en el movimiento obrero socialista del momento.

La experiencia rusa pesó mucho en Nin. Se fue librando gradualmente de ella —en mayor medida incluso que Trotsky y que numerosos trotskystas, que aún hoy comparan situaciones presentes con lo ocurrido en Petrogrado— en julio o en octubre de 1917. Pero, aún así, nunca se desprendió completamente de una especie de mimetismo político, que era también fuerte en el BOC. Fue la necesidad de convencer a los cenetistas de que el POUM no se proponía reeditar la Revolución bolchevique lo que aceleró esta liberación. Y sospecho que Nin se sentía intelectualmente mucho más cómodo cuando —ya muy al final de su vida— dejó de buscar, para cada acontecimiento, paralelos en los acontecimientos rusos de 1917.

Tengo para mí que de no haber sido por su muerte (o, de modo más amplio, por la persecución contra el POUM), Nin hubiera tenido un lugar más importante en la historia de la literatura catalana que en la del movimiento obrero.

Imaginemos en un ejercicio trágicamente fútil que Nin no hubiese sido asesinado a los cuarenta y cinco años de edad. Terminada la guerra civil, habría ido, como los demás, a Francia. Allí, se hubiera dedicado a la política —en la muy limitada medida en que ésta existe en el exilio— y hubiera tenido que consagrar muchas horas a ganarse la vida. No creo andar muy lejos del tempera-

mento de Nin si continuó imaginando que hubiera seguido traduciendo a autores rusos (posiblemente para editoriales latinoamericanas) y que hubiese empezado a escribir los libros que desde hacía años le daban vueltas por la cabeza. Alguna biografía, recuerdos personales, memorias y estudios sobre literatura (a los cuales había dedicado algún tiempo en su época de traductor).

Nin habría podido ser el intelectual que quiso ser toda su vida, y posiblemente, se habría visto obligado a serlo para ganarse el sustento.

No creo que sea posible dudar que si Nin hubiese encontrado ocio para escribir estudios literarios, novelas, relatos, habría sido un escritor catalán de categoría, y en un terreno que, a diferencia del de la literatura política, estaba abundantemente habitado. Poseía una experiencia vital mucho más intensa y extensa que la de la inmensa mayoría de los intelectuales catalanes y, además, un sentido del idioma igualado por pocos, como lo demuestran sus traducciones al catalán.

Con estos dos factores, en el marco de su vocación verdadera, Nin no hubiera podido no ser un buen escritor.

Tal vez esto y la experiencia de la guerra civil lo habrían convertido, además, en una excepción: un escritor político original y renovado. Habría sido, de ocurrir así, una rareza, pues es bien sabido que en el exilio español han aparecido muy pocos escritores políticos de envergadura.

* * *

Los agentes stalinistas asesinaron a un político. Pero mataron a un hombre. Un hombre que, evidentemente, era mucho más que un militante, un intelectual, un escritor, un alto funcionario o un dirigente.

Fue el hombre entero quien les opuso un «no» tenaz, invencible, cuando le colocaron entre los dedos la pluma para que firmara su confesión de imaginarios crímenes.

Todo en él decía «no», lo mismo el militante que pensaba en sus compañeros, que el político que pensaba en su ideología, que el intelectual que pensaba en la verdad, que el escritor que pensaba en lo escrito durante años. O que no pensaba en nada de esto, probablemente, pero que lo sentía todo y que en todo esto encontraba fuerzas para el «no» infatigable en la larga agonía de la tortura.

Lo que Nin tenía de bueno, de alegre, de vital, de cálido, de humano, fue lo que le permitió decir «no» a la hora de la verdad, lo mismo que le había hecho decir «no» a tantas cosas feas cuya existencia lo condujo a militar y luchar. En el fondo, era el mismo «no».

En la guerra civil española todos acabaron vencidos. Los triunfadores porque ahogaron en el desquite las posibilidades que les ofrecía su triunfo. Los derrotados también: unos no supieron poner la independencia del país por encima del miedo que les causaba el chantaje soviético; otros no supieron poner la independencia de la Revolución por encima de sus prejuicios ideológicos, y otros no supieron poner sus sentimientos por encima de sus temores mesocráticos.

Quienes más perdieron fueron los asesinos de Nin, que cargan todavía con su cadáver. A lo largo de los años, él ha continuado siendo un vencedor.

«HORA H»

Ensayos y documentos

Una colección abierta a todas las preocupaciones, a todas las corrientes del pensamiento vivo de hoy o de ayer, y especialmente orientada hacia las cuestiones y los problemas que más de cerca tocan a los pueblos hispánicos. Una selección rigurosa de las obras más actuales y de los autores más representativos, en una serie de libros al alcance de todos.

TITULOS PUBLICADOS

- 1 ENRIQUE RUIZ GARCÍA: **El libro rojo del rearme.**
- 2 ANTONIO TOVAR: **Lo medieval en la conquista y otros ensayos americanos.**
- 3 JOAN FUSTER: **El hombre, medida de todas las cosas.**
Prólogo: JOAQUIM MOLAS.
- 4 JULIO CARO BAROJA: **El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo**
- 5 FRANCISCO PI Y MARGALL: **El reinado de Amadeo de Saboya La República de 1873.**
Prólogo: ANTONI JUTGLAR.
- 6 PEDRO LAÍN ENTRALGO: **Ciencia y vida.**
- 7 ANDRÉ MARCHAL: **Integración y regionalización en la economía europea.**
Prólogo: JESUS PRADOS ARRARTE.
- 8 JOEL SERRÃO: **Portugal: del sebastianismo al socialismo.**
- 9 CARLOS CASTILLA DEL PINO: **Vieja y nueva psiquiatría.**
- 10 JOSÉ LUIS ABELLÁN: **Mito y cultura.**
- 11 FERNANDO CHUECA GOITIA: **Invariantes castizos de la arquitectura española. Invariantes en la arquitectura hispano-americana. Manifiesto de la Alhambra.**
- 12 SALVADOR GINER: **La sociedad masa: Ideología y conflicto social.**

13. UNAMUNO-MARAGALL: **Epistolario y escritos complementario**
Prólogo: PEDRO LAIN ENTRALGO.
Epílogo: DIONISIO RIDRUEJO.
14. PAULINO GARAGORRI: **La tentación política.**
15. EDWARD SHILS. **Génesis de la sociología contemporánea.**
Prólogo: SALVADOR GINER.
16. MARIA MANENT. **Palabra y poesía y otras notas críticas.**
17. ANTONI JUTGLAR: **Mitología del neocapitalismo.**
18. DOMINGO GARCIA SABELL: **Testimonio personal.**
19. JOSE JIMENEZ BLANCO, AMANDO DE MIGUEL, LUIS GARCIA SAN MIGUEL, ESTEBAN PINILLA DE LAS HERAS, CARLO MOYA, JESUS AGUIRRE, ANTONI JUTGLAR, DOMINGO GARCIA SABELL, JORDI SOLE TURA, JESUS PRADOS ARRARTE OTROS: **Las ideologías en la España de hoy. (Coloquio).**
20. VICTOR PEREZ DIAZ: **Cambio tecnológico y procesos educativos en España.**
21. JOSE ANTONIO MARAVALL: **Teatro y literatura en la sociedad barroca.**
22. GUILLERMO DIAZ-PLAJA: **El intelectual y su libertad.**
23. RICARDO MACIAS PICAWEA: **El problema nacional: hechos, causas y remedios.**
Introducción, enlaces y notas: FERMIN SOLANA.
24. MARIANO Y JOSE LUIS PESET: **Muerte en España. (Política y sociedad entre la peste y el cólera).**
Prólogo: P. LAIN ENTRALGO.
25. J. P. OLIVEIRA MARTINS: **Historia de la civilización Ibérica**
Prólogo: JOSE ANTONIO MARAVALL.
26. LUIS ROSALES: **Teoría de la libertad.**
27. E. TIERNO GALVAN: **La rebelión juvenil y el problema en la Universidad. (Segunda edición, ampliada.)**
28. G. W. F. HEGEL: **La Razón en la Historia.**
Introducción: ANTONIO TRUYOL.
29. FERNANDO PONCE: **La sociedad sin fronteras.**
30. RICARDO GULLON: **De Goya al arte abstracto.**

1. VALENTI ALMIRALL: **España tal como es (la España de la Restauración).**
Prólogo: ANTONI JUTGLAR.
2. LUIS GARCIA SAN MIGUEL: **La sociedad autogestionada (una utopía democrática).**
Prólogo: DIONISIO RIDRUEJO.
3. JESUS REYES HEROLES: **La Historia y la acción. (La revolución y el desarrollo político de México).**
4. ANTONIO FONTAN, FRANCISCO DE P. BURGUERA Y AMANDO DE MIGUEL: **Madrid, Página 3.**
5. FRANCISCO VEGA DIAZ: **El hombre y su corazón. (Introducción a una cardiología antropobiográfica).**
Prólogo: JULIAN MARIAS.
6. ALEKSEI BOGOLIUBOV: **Un héroe español del progreso: Agustín de Betancourt.**
Prólogo: J. CARO BAROJA.
Epílogo: J. A. GARCIA-DIEGO.
7. ALEXIS DE TOCQUEVILLE: **Inéditos sobre la Revolución.**
Introducción: DALMACIO NEGRO.
8. DIONISIO RIDRUEJO: **Entre literatura y política.**
9. JULIO SENADOR: **Desde Castilla.**
Selección de textos y Prólogo: CESAR ARMANDO GOMEZ.
10. MANUEL MEDINA: **La teoría de las relaciones Internacionales.**
Prólogo: ANTONIO TRUYOL.
11. DAVID RICARDO: **Principios de Economía Política y de Tributación.**
Traducción y prólogo: VALENTIN ANDRES ALVAREZ.
12. CAMILO JOSE CELA: **A vueltas con España.**
Prólogo: DIONISIO RIDRUEJO.
13. PEDRO LAIN ENTRALGO: **La Medicina actual.**
14. EDUARDO MENENDEZ-VALDES GOLPE: **Separatismo y unidad. (Una mitificación histórica).**
Prólogo: RAMON PIÑEIRO.
15. RAFAEL CALDERA: **Justicia social Internacional y nacionalismo latinoamericano.**
16. JAMES H. ABBOTT: **Azorín y Francia.**
Prólogo: JULIAN MARIAS.

47. **EVARIST OLCINA: El Carlismo y las autonomías regionales.**
Prólogo: JOSEP BENET.
48. **FERNANDO CHUECA GOITIA: Historia de la arquitectura occidental. 1. De Grecia al Islam.**
49. **F. GUERRA, H. R. HAGGETT, P. DE VICENTE MONJO, J. SAENZ DE PIPAÓN, K. THOMAS, H. SOLMS, J. ROF CARBALLO, P. DE LA QUINTANA Y P. LAIN ENTRALGO: La droga, problema humano de nuestro tiempo.**
50. **ANDRES SABORIT: El pensamiento político de Julián Besteiro.**
Prólogo: EMILIANO M. AGUILERA.
51. **MARTIN DE UGALDE: Síntesis de la Historia del País Vasco.**
52. **JULIO MATAS: Contra el honor. (Las novelas normativas de Ramón Pérez de Ayala).**
53. **LUIS DíEZ DEL CORRAL: Perspectivas de una Europa raptada.**
54. **JOSÉ MANUEL CASTELLS ARTECHE: El derecho de libre desplazamiento y el pasaporte en España.**
Prólogo: L. MARTÍN RETORTILLO.
55. **JULIÁN MARÍAS: La justicia social y otras justicias.**
56. **LORENZO GOMIS: El medio media. (La función política de la prensa.)**
57. **MIJAIL ALEKSÉEV: Rusia y España, una respuesta cultural.**
Traducción y prólogo: JOSÉ FERNÁNDEZ SÁNCHEZ.
58. **DIEZ ECONOMISTAS PORTUGUESES: La península, mañana: ¿Puede vivir Portugal sin las colonias?**
Prólogo: PABLO MARTÍ-ZARO.
59. **JOSE LUIS CANO: Españoles de dos siglos. (De Valera a nuestros días.)**
60. **FELIX GRANDE: Mi música es para esta gente... (Ensayos.)**
61. **CHR. A BLOM-DAHL ANDERSEN: Principios generales de la comunicación visual: La visión y sus ámbitos cósmico, cerebral y cinematográfico.**
62. **GEORGES BURDEAU: El Estado.**
63. **JUAN JOSE GIL CREMADES: Krausistas y liberales.**
64. **FERNANDO CHUECA GOITIA: Historia de la arquitectura occidental. 5. El siglo XX, de la revolución industrial al racionalismo.**

65. L. A. AROCENA: **El maquiavelismo de Maquiavelo.**
66. ILDEFONSO-MANUEL GIL: **Valle-Inclán, Azorín y Baroja.**
67. ANTONIO FABRA RIBAS: **La Semana Trágica. El caso Maura. El krausismo.**
Prólogo: ALBERTO PÉREZ BARÓ.
68. FERNANDO CHUECA GOITIA: **Historia de la arquitectura occidental, 6. El siglo XX, Las fases finales y España.**
69. VICTOR ALBA: **Dos revolucionarios: Joaquín Maurín, Andreu Nin.**

Víctor Alba

El rigor se conjuga con la intensidad en esta suma de las biografías de Joaquín Maurín y de Andreu Nin, fundadores en 1936, y dirigentes máximos, del Partido Obrero de Unificación Marxista (P. O. U. M.) que resultó de la fusión del Bloque Obrero y Campesino con la Izquierda Comunista. Son dos vidas complementarias. Los dos lucharon por una revolución democrático-socialista no sometida a los intereses ni a los designios de Stalin y de sus agentes. Y los dos, Maurín con su capacidad teórica y pedagógica, Nin con su dura peripecia vital e intelectual, con su tortura y su muerte, escribieron, junto a los hombres que con ellos marchaban, uno de los capítulos más importantes de la historia del movimiento obrero español. Víctor Alba, como testigo de excepción, nos da aquí acabada fe de todo esto.



Ensayos y Documentos